Pedro Urvi
Nacida de la Llama
La Senda de los Dragones Libro1

Nacida de la llama

La senda de los dragones, Libro 1

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon
Web: https://pedrourvi.com/
Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi
Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9
Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/
Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/
Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2024 Pedro Urvi
Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Sarima
Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)

Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)

Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)

Dedicatoria:

Esta saga está dedicada con todo mi cariño a mis lectores incondicionales. Un millón de gracias por todo el apoyo.

Contenido

Otros libros de Pedro Urvi:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Poder Elemental (La senda de los dragones, Libro 2)
Opinión:
Agradecimientos
Poder Elemental (La senda de los dragones, Libro 2)

lectuepub2.com

Capítulo 1

Nahia levantó la mirada y descubrió con horror un enorme dragón rojo que surcaba el matinal cielo de verano. Ahogó un grito y lo observó descender desde su reino entre las nubes y planear sobre su aldea en la distancia consciente de que la muerte venía a buscarla.

El dragón rugió con fuerza. El aterrador sonido que todas las razas de Kraido temían se propagó sobre tierra y aire. A Nahia se le cayó de entre las manos la bolsa de cuero con plantas medicinales que había estado recogiendo. El amo y señor de la comarca venía en busca de siervos humanos de edad el Día de la Servitud, un día fatídico en el que sería elegida para servir a los todopoderosos dragones.

Recogió los dientes de león que se habían desparramado y los metió con rapidez en la bolsa. Debía regresar a casa y despedirse de Aoma, su querida abuela. No conseguía sacudirse de encima aquel sentimiento de condena a muerte que la torturaba, como si el filo de una espada apuntase a su nuca. Lo sentía así desde que las escamas habían aparecido en su piel hacía cinco años, nada más cumplir los diez. Además, se trataba de escamas doradas, las más inusuales. Estaba acabada. Hoy los dragones las descubrirían en la ceremonia y sería su final.

Se colocó bien la capucha para cubrir la parte superior de su frente y las sienes, donde las escamas eran visibles. Solo cubrían dos dedos de piel desde la línea de su cabello rubio, pero a ella le parecía que llenaban su rostro. Eran la manifestación de una maldición que corría en su sangre y contaminaba su alma.

Corrió por el campo de hierba alta hasta llegar al bosque de robles y se internó en él. Entre las copas vio llegar a dos dragones más. Estos eran de menor tamaño, uno azul y otro blanco. Hoy habría dragones de todas las comarcas que sobrevolarían aldeas y ciudades. No para destruirlas, algo que podrían hacer con facilidad, sino para recordar a todos que eran los amos y señores de aquel mundo y que aquellos que vivían en él eran sus esclavos. Rugieron como si una tormenta invernal estallara y se separaron para seguir atemorizando a sus indefensos súbditos.

Nahia sentía su corazón palpitar con fuerza. Parecía querer salir de su pecho y huir de los grandes monstruos alados, pero escapar de su poder era imposible. Los dragones reinaban sobre las ocho razas que poblaban el gran mundo dividido que era Kraido. Todo aquel que intentaba escapar, desobedecer u osaba mirar a los ojos a un dragón, moría sin discusión ni dilación. Era así de simple, así de cruel.

Acrecentó el paso y llegó a la cabaña de madera de su abuela al pie de Zurme la gran montaña blanca desde cuya cima se podía ver toda la comarca.

—¡Aoma, ya están aquí! —avisó entrando a la carrera.

Su abuela dejó de remover el gran caldero que tenía al fuego. Un humo espeso subía por la chimenea de piedra y un aroma poco agradable inundaba la estancia. La anciana se volvió hacia Nahia y la miró con ojos llenos de pesar en un rostro que un día había sido muy bello y ahora estaba marcado por surcos que hacían justicia a las más de sesenta primaveras que tenía a sus espaldas.

—Lo sé, mi pequeña. Los he oído rugir.

—No quiero ir, no quiero separarme de ti. Moriré… lo sé —rogó Nahia a su abuela, aunque sabía que era en vano. Ella no podía ayudarla. Nadie podía salvarla del destino que la aguardaba.

—Yo tampoco quiero que te vayas, mi niña querida —suspiró hondo su abuela—. Este día iba a llegar, lo sabíamos las dos, era inevitable. Pero no pienses que es el final, todavía no se ha decidido cuál será tu servitud. ¡Quizá haya suerte! Mantén la esperanza, aférrate a ella —el tono de Aoma intentaba levantar el ánimo a su nieta.

—Sé que me elegirán para servir arriba, en su reino. Y allí moriré.

—No digas eso. Debemos esperar que no sea así.

—Todavía puedo escapar —Nahia miró a todos lados frenéticamente mientras el pánico se apoderaba de su mente. Comenzó a inspirar y expirar de forma rápida y entrecortada.

—Mi niña, tienes que tranquilizarte. Sabes que con tu condición es muy peligroso.

—Quizá sea lo mejor, que me mate mi condición. Así no les dará la satisfacción a los dragones.

—No digas esas cosas —su abuela se acercó hasta ella y le puso la mano en la frente—. Estas ardiendo, debes tranquilizarte o sufrirás uno de tus ataques.

—Así no podré ir a la ceremonia.

Aoma negó con la cabeza.

—Esa no es la solución. Eres ya de la edad y es el Día de la Servitud. Si no te presentas vendrán a buscarte los Drakónidos. Te capturarán y morirás para que sirvas como ejemplo a los demás. Ya ha sucedido antes —explicó Aoma con tono serio y mirada de resignación.

—Puedo esconderme en las cuevas altas, allí no me encontrarán. Son grandes y profundas. Un laberinto de roca que yo conozco bien y ellos no.

—No te encontrarán por un tiempo, cierto, pero al final lo harán y te obligarán a salir, a entregarte… —Aoma bajó la mirada.

Nahia lo entendió. Irían a por su abuela. Si ella no se entregaba, la matarían. Había oído historias de familias que escondían a sus hijos al cumplir los quince años y todas terminaban muy mal. Dejó su bolsa sobre una silla, resignada.

—Son unos cobardes sin entrañas.

—Los Drakónidos cumplen los deseos de sus señores. Ellos lo ven como un honor.

Nahia arrugó la frente y sus ojos se encendieron de rabia.

—Son la única raza que sirve de forma voluntaria. Son despreciables…

—Porque fueron creados a semejanza de sus amos y señores.

—Que tengan cabeza de dragón y escamas sobre todo su cuerpo no los convierte en dragones. Andan sobre dos patas, tienen dos brazos y no pueden volar, como el resto de las razas. Ni son ni nunca serán dragones, solo sus siervos aquí abajo.

—Recuerda que los Fatum sí pueden volar, pero lo tienen prohibido.

—Les tullen las alas para que no vuelen, es algo terrible y despreciable —Nahia no había visto nunca a uno, pero había oído a los mayores lo que les hacían. A decir verdad, tampoco había visto a nadie de otra etnia, ya que tenían prohibido salir de su región.

Aoma asintió.

—Solo los dragones tienen derecho a volar según su ley. Sus siervos lo tienen prohibido.

—Y el castigo es la muerte —dijo con desprecio saliendo de su boca.

—Así es, por desgracia.

—El castigo siempre es la muerte. Los dragones son monstruos sin alma, los seres más terribles y horrorosos que existen —Nahia no podía dejar de gesticular de la furia que sentía.

—También son las criaturas más poderosas en este y otros mundos.

—¿De verdad existen otros mundos o es solo una historia inventada para darnos esperanzas a los esclavos?

—Existen, yo lo creo. De la misma forma que creo en la Profecía de la Salvación.

Nahia sacudió la cabeza.

—Ningún humano nos librará nunca de ser esclavos de los dragones. Son demasiado poderosos. Ni las ocho razas lo consiguieron cuando se unieron en la Gran Insurrección, donde murieron… cuando… mataron… a madre y padre…

—Mataron a miles y aplastaron toda resistencia sí, entre ellos a tus padres —los ojos de Aoma se apagaron y una profunda tristeza los llenó. No pudo continuar hablando y bajó la mirada.

Nahia intentó recordar a sus padres. Habían muerto cuando ella tenía solo cuatro años. Un recuerdo borroso y muy lejano de dos rostros era todo lo que tenía. Sintió una gran añoranza y la tristeza la envolvió.

—¿Me parezco a mi madre o me parezco más a mi padre?

Aoma levantó la cabeza para mirarla y sonrió con dulzura.

—Tienes el cabello dorado y rostro de belleza delicada de tu madre, Amara. La nariz respingona creo que es mía —dijo ampliando la sonrisa y tocándose la suya con el dedo índice —. Los ojos azules como el mar con su brillo intenso son de tu padre, Jon. Tu madre y yo somos de ojos pardos.

—Y tengo la mente afilada de mi madre y el carácter decidido de mi padre —terminó Nahia, que había hecho esa pregunta cientos de veces a su abuela y conocía la respuesta de memoria. Aun así, siempre le calmaba oírla, la invadía un sentimiento de pertenencia que le sosegaba el alma y la añoranza y tristeza se iban desvaneciendo de su corazón.

—Eso es —su abuela hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Cómo me gustaría que todo fuera diferente! Que no viviéramos bajo las garras de esos monstruos sin alma —Nahia levantó los brazos y caminó por la estancia. No podía estarse quieta.

—No pierdas la esperanza, mi niña querida. Un día dejaremos de ser esclavos. La profecía se hará realidad. Es un vaticinio que tenemos los humanos y también las otras razas. Son un poco diferentes, pero todas coinciden en lo importante: un día, un esclavo se alzará contra los todopoderosos dragones y vencerá, liberando a los pueblos de su tiranía.

Nahia miró al exterior por la pequeña ventana del comedor.

—Eso es porque no quieren perder la esperanza. No es más que un cuento para niños, un sueño que nunca se hará realidad —negó con la cabeza con fuerza.

—Todos los pueblos han sufrido mucho, perdieron mucho en la insurrección y antes, en los levantamientos que cada raza intentó en solitario. Los dragones nos han subyugado con su tremendo poder físico y su magia, pero la esperanza perdura en nuestros corazones. —Aoma

suspiró y fue hacia la mesa de la cocina.

—¿Crees que podré evitar que me elijan para ir arriba? ¿Que me dejarán quedarme como tu aprendiz? Ya sabes… por esto —Nahia descubrió su cabeza y señaló las escamas doradas.

Aoma suspiró con fuerza.

—Aquellos que son de sangre de dragón deben servir a sus amos en su reino —dijo Aoma y señaló hacia el techo con el dedo índice—. Esa es la ley de los dragones.

—Pero a ti no te eligieron —replicó Nahia abriendo los brazos.

—Mi poder es pequeño y cuando cumplí las quince primaveras no se había manifestado todavía, como es tu caso. Pasé la prueba un día como hoy hace muchos, muchos años y me dejaron servir como curandera de la aldea. En tu caso, mi querida nieta, esas escamas significan que tu poder es grande. Si las descubren, los dragones querrán tenerte. Solo a aquellos que no son útiles para la guerra se les permite ejercer una profesión. Al resto se los llevan, sobre todo a los de sangre de dragón. Siempre es así.

—Pues estoy acabada… —Nahia echó la cabeza atrás y la sacudió. Llevaba mucho tiempo temiendo aquello. Cada día sufría pesadillas.

—Lo siento mucho, pequeña mía —Aoma le acarició donde las escamas doradas cubrían su rostro.

—Quizá no lo noten si las disimulo con tu ungüento, llevo capucha, bajo la cabeza y miro siempre al suelo… —planeó intentando animarse, aunque lo ánimos eran pocos.

—Ojalá sea así, pero tienes que estar preparada por si te seleccionan. Debes ser fuerte. No puedes venirte abajo. Si no te eligen para servir por tu sangre, puede que lo hagan para servir en el ejército regular, como lo hicieron tus padres. En ellos no se manifestó la sangre de dragón como en ti.

—Yo no soy fuerte ni alta y tengo mi condición…

—Cierto, eso podría salvarte. Si te ven enferma y débil no te querrán y puede que te dejen servir como mi aprendiz.

Nahia resopló.

—Tengo que evitar que descubran mis escamas y aparentar ser débil. Como no sé luchar ni tengo el físico de un guerrero moriré muy rápido si no me quedo como curandera —Nahia intentó alentarse y cerró los puños para darse coraje.

Un nuevo rugido descendió de los cielos y sacudió la cabaña como si se estuviera produciendo un terremoto. Nahia y Aoma se acercaron a las ventanas y vieron un dragón marrón sobrevolando la zona. Era enorme. Contemplando su poderío a Nahia le volvió la sensación de que iba a morir antes de que acabara el día.

—Tengo un muy mal presentimiento, abuela…

—Es natural. Es un día aciago para todos los de tu edad. Sobrevive como sea, eso es todo lo que importa.

—Lo intentaré… —a Nahia se le hundieron los hombros como si sus brazos fueran de hierro macizo.

—Sobrevivirás, hay más dentro de ti de lo que crees. —aseguró Aoma cogiéndola de los brazos y apretándolos para devolverle el ánimo.

Nahia inspiró con fuerza y soltó un largo soplido. Luego abrazó a su abuela. Mientras lo

hacía se dio cuenta de que le había preparado un macuto y varios contenedores con pócimas y ungüentos. También un cinturón con múltiples bolsas para plantas y componentes.

—Oh, gracias, abuela —se volvió hacia la mesa y rodeó su cintura con cariño apoyando la cabeza en el hombro de quien la había criado como a su propia hija.

—Es para que te ayude allá a dónde vayas.

—Veo que has puesto los tónicos para mi condición y el ungüento para las escamas.

—Por supuesto. En cuanto empieces a sentirte mal tienes que tomar el tónico, no esperes.

—Sí, abuela.

—Ponte el ungüento, cúbretelas. No les demos ninguna facilidad a esos dragones.

—Ninguna facilidad —replicó Nahia, asintiendo.

Se acercó hasta la mesa y cogió el bote con el ungüento que había estado utilizando para disimular las escamas. Fue hasta el viejo espejo que colgaba de la pared y lo aplicó sobre la frente. Recordó que al principio había pensado que tenía un rasponazo de andar por el bosque recogiendo hongos y plantas y no le había dado ninguna importancia.

Una mañana se había levantado tras sufrir pesadillas horribles toda la noche y al mirarse en aquel mismo viejo espejo descubrió tres destellos dorados. Al mirar la frente de cerca las vio: tres escamas doradas. Escamas de sangre de dragón. Del susto se había caído al suelo de espaldas. Las escamas manifestaban que tenía sangre de dragón en sus venas y eso significaba que tenía magia drakoniana en su interior. Para todos los que la tenían era una maldición. Ya sospechaba que poseía magia en su interior, aunque siempre había enviado al fondo de su ser esa sensación. No porque la temiera u odiara, sino porque aquellos que tenían magia eran de interés para los dragones y eso era lo último que quería. Por desgracia, ahora no había forma de esconderlo, solo de disimularlo. Había intentado incluso arrancárselas con un cuchillo afilado, fruto de la desesperación, pero su abuela la había detenido. Se destrozaría la cara y no serviría de nada, pues volverían a salir.

—¿Cómo me queda? —preguntó a su abuela tras aplicarse el ungüento por todas las escamas. Era fácil hacerlo, pues las sentía como si estuvieran sobre su piel.

—Un poco más aquí —dijo Aoma y le tocó con el dedo índice bajo la sien derecha.

Nahia cogió más ungüento y lo aplicó creando una capa. Su abuela había conseguido que fuera de un color muy similar al de su piel y que aguantara todo el día sin resecarse y caerse. Le había costado casi una estación entera lograrlo, pero lo había hecho. Desde entonces Nahia nunca salía de casa sin ponérselo cuando iba a Heria, la aldea. Cuando estaba entre la gente se preguntaba si habría más como ella allí, ocultando sus escamas. La magia drakoniana corría con fuerza por las venas no solo de humanos sino de todas las razas de Kraido.

—Ya está, no se te nota nada —Aoma asintió y le movió la cabeza de lado a lado para asegurarse, como hacia siempre.

—Ay, abuela, voy a echar tanto de menos estos pequeños rituales nuestros.

—Lo que seguro no vas a echar de menos es la preparación de tónicos contra las fiebres.

—Es que huelen fatal y saben aún peor —Nahia arrugó la nariz y puso cara de asco.

—Por eso curan tan bien —respondió su abuela como había hecho miles de veces.

Las dos rieron y se abrazaron.

—Ten mucho cuidado. Resiste, sobrevive. Que la madre naturaleza te proteja —dijo Aoma

entonando como si fuera un conjuro de protección y poniéndole un collar alrededor del cuello.

Nahia cogió la piedra del colgante en su mano y la estudió. Era una piedra plana y blanca de la montaña.

—¿La has encantado con tu magia de protección?

—Para algo soy una bruja. Te ayudará.

—Eres una curandera experta en plantas medicinales con una pizca de magia y yo tu aprendiz. No somos brujas.

—Cierto, pero no me digas que no suena mejor así —sonrió su abuela.

—Eso no te lo voy a negar.

—Somos un poco brujas, por carácter y por la sangre que corre por nuestras venas —sonrió Aoma.

Nahia rio y el buen humor hizo que se sintiera bien por un momento.

De pronto sonaron cuernos de llamada que imitaban el rugido de los dragones.

—Drakónidos, llaman a la ceremonia —Aoma dejó de sonreír.

Nahia suspiró hondo.

—Ha llegado el momento.

—Ven, da a tu abuelita un gran abrazo de hasta luego.

Nahia rodeó con sus brazos el delgado cuerpo de su querida abuela y la abrazó como si fuera la última vez que fuera a verla.

Se quedaron abrazadas un momento, compartiendo el amor que sentían la una por la otra.

—Ve, mi niña querida.

Nahia se apresuró a meter unas prendas en un macuto y luego cogió todo lo que su abuela había preparado. Cuando ya estaba en la puerta, se volvió.

—Gracias por todo. No pierdo la esperanza. Intentaré sobrevivir y regresar un día.

—Aquí te espero —sonrió Aoma con cariño abriendo los brazos y señalando a la casa.

Nahia salió de la cabaña. Debía enfrentarse a su destino, a los dragones, y no morir. Al menos, no aquel día.

Capítulo 2

Nahia llegó a la plaza de la pequeña aldea de Heria donde los que habían cumplido los quince años debían presentarse para la Ceremonia de la Servitud. Como todos los años, había mucha expectación. Casi todos los lugareños estaban presentes: granjeros, ganaderos, pastores, mineros y demás habitantes que vivían en las proximidades y que pertenecían a la aldea. Muy pocos solían faltar al evento y no porque fuera uno festivo, ni mucho menos, sino porque muy a menudo le tocaba a un familiar, un vecino o un amigo de la familia. También lo hacían para darles ánimos a los elegidos ese año y que no pensaran que se les abandonaba a su suerte.

Suspiró al observar a la multitud. Pensó en su abuela. Ella ya no asistía, no desde la muerte de su hija y de su yerno. No estaría hoy allí y ya lo habían hablado. Era demasiado doloroso para su viejo corazón presenciar lo que le iba a suceder a su nieta, a su único familiar con vida, pues le partiría el alma en mil pedazos. Temía no recuperase nunca y ceder ante la muerte que ya la rondaba como un buitre carroñero. Nahia lo entendía y prefería que no asistiera. Lo que le iba a suceder era inevitable y veía un sinsentido hacer sufrir a su querida abuela por un poco de apoyo emocional en aquel trágico momento del que no había escapatoria.

La multitud se apartó al ver a Nahia y ella pasó con la cabeza gacha entre la gente para llegar hasta el centro. Cuando estuvo cerca vio que aquel año los desdichados eran una docena. Los conocía a todos de vista, aunque no los había tratado mucho. Ella era una solitaria y lo había aceptado hacía tiempo. Se debía sobre todo a su condición, y también a sus horrendas escamas. Desde muy pequeña había estado siempre enferma, lo que la había mantenido en cama por largos períodos cada año. Nadie sabía qué mal padecía ni por qué razón se ponía de pronto y sin aviso tan mala. Eso había afectado de forma negativa a su vida social en la aldea. La buena de su abuela había conseguido desarrollar un tónico que la ayudaba. Le había costado años de intentos y estudios, pero había logrado llevar una vida medio normal, aunque no evitaba los ataques que su condición le producía.

Arrugó la nariz al recordar que luego habían aparecido las escamas, que también le había impedido relacionarse. Había pasado casi toda su vida con su abuela como única amiga y compañera centrándose en aprender el arte de la curación en medio de los bosques y montañas. Ahora solo bajaba a la aldea cuando necesitaban alguna provisión o para ayudar con alguna cura.

Observó a los que hoy participarían en la ceremonia con ella según se acercaba. La mayoría tenían aspecto de estar asustados, excepto un par que parecían seguros de que no les iba a suceder nada, ¡ilusos! Nadie estaba a salvo cuando se trataba de los sanguinarios dragones. Al acercarse al grupo tuvo que reconocer que a ella le hubiera gustado tenerlos como amigos, aunque entendía que no hubiera sido así. ¿Quién querría ser amigo de una niña débil y enfermiza que vive asilada en una cabaña en las montañas y de la cual se rumoreaba que tenía una enfermedad contagiosa incurable? Los de su edad lo habían intentado cuando era más joven, pero habían desistido por los largos tiempos que ella pasada postrada. También porque temían contagiarse de lo que fuera que le afligía, una enfermedad muy extraña que ni su propia abuela, curandera experta, podía sanar. No les culpaba, era del todo natural y entendible. Además, al llegar las escamas había sido ella la que se había alejado de todos para esconderlas.

De los que estaban allí, solo Isa, la hija del panadero del obrador, y Max, el fortachón hijo del ganadero, se habían esforzado de verdad. Era algo que Nahia agradecía, aunque su amistad no hubiera florecido. Al menos habían disfrutado de algo cercano a una amistad y mostraba que ellos dos tenían corazones valientes. Le entristeció verlos allí, su destino se decidiría en breve y podía ser horrible. Se dio cuenta de que, exceptuando a Isa, todos los demás eran ganaderos, pastores o mineros. No le extrañó, la gran mayoría lo eran en la comarca. Los dragones requerían cantidades ingentes de carne que sus siervos debían proporcionar. Era eso o servir ellos de plato principal, cosa que sucedía cuando había escasez de carne por enfermedades. A los dragones parecía darles igual que la carne fuera de res, de humano o de cualquier otra raza.

—¡Si eres de la edad ponte en el centro con el resto! —gritó de pronto un Drakónido vestido con una armadura pesada del color del acero.

Debía ser el oficial al mando. Estaba en la zona norte de la plaza y con él había dos soldados que lo escoltaban. Situados alrededor de la plaza había una docena más de soldados Drakónidos. Todos portaban armadura pesada e iban armados con lanza y escudo. Estaban de cara hacia la gente. A sus espaldas, en el centro de la plaza, aguardaban la docena de infelices cuya vida estaba en juego. Los soldados se aseguraban de que la ceremonia transcurría sin problemas. Los muy despreciables eran de una guarnición cercana que reportaba al fuerte que controlaba la región para sus señores. Se encargaban de hacer cumplir la ley de sus amos y eran casi tan despiadados como ellos. Ante la más mínima indisciplina matarían al infractor al momento. Las doce comarcas humanas estaban controladas de la misma manera. Los dragones no se dignaban a descender a tierra para tales fines. Ellos eran seres superiores y los humanos seres indignos, esclavos que debían servir o morir. Así que delegaban las labores de control de sus esclavos a sus fieles siervos Drakónidos.

Nahia bajó la cabeza e hizo como le ordenaban sin mediar palabra. No debía llamar la atención. Mientras se situaba con los otros observó a los Drakónidos. Eran sin duda la peor de las razas pues traicionaban al resto para satisfacer a los dragones y lo disfrutaban. Tenían aspecto de ser una mezcla de dragón y humano. La cabeza era de dragón, solo que mucho más pequeña, del tamaño de la de un humano, quizá algo más grande por las crestas que salían de ella y bajaban por la nuca. De constitución eran algo más fuertes que los humanos. Se creían los más fuertes de todas las razas, pero eso no era verdad. Los Tauruk-Kapro eran algo más grandes y fuertes que ellos, o al menos eso le había explicado Aoma.

Respiró hondo y con disimulo se situó entre el resto. Bajó la cabeza cuanto pudo.

—Pensaba que eras un año menor que nosotros —dijo Maika, hija de pastores que la había reconocido pese a su intento de pasar desapercibida.

—Es que soy debilucha —respondió ella sin levantar la cabeza.

—Puede que eso te ayude hoy —dijo Max y sonrió intentando darle ánimos.

—¿Crees que a nosotros nos dejaran servir en nuestras profesiones familiares? —preguntó Isa con una inflexión de temor que intentaba controlar sin demasiada suerte.

—No lo sé, ojalá —respondió Nahia con tono apagado y se encogió de hombros.

—Los señores dragones siempre necesitan carne. Nos dejarán seguir con nuestro oficio —comentó Lauri esperanzado. Su familia se dedicaba a la cría de corderos.

—Mineros también —añadió Ikatz, su familia se dedicaba a la minería en una apertura grande cerca de la aldea—. Los dragones necesitan sus metales y piedras preciosas, los adoran por alguna razón que nadie conoce. Después de la carne, es lo que más aprecian.

—A mí seguro que me eligen para el ejército —expresó Max y con las manos se señaló el considerable cuerpo que tenía.

—Es lo más probable, eres el más grande y fuerte de todos nosotros —dijo Samuel, otro que era hijo de ganaderos.

—Quizá no requieran más soldados este año —intentó animar Isa y lo miró con ojos húmedos.

Nahia se sintió mal por Max. Los dragones siempre necesitaban soldados porque siempre estaban en guerra, o eso se rumoreaba. Con quién o dónde, nadie lo sabía. Los que entraban en el Ejército Drakoniano no regresaban para contarlo. Morían luchando o vivían en los fuertes hasta perecer en batalla. Era así de triste y desesperado. A Nahia aquello le hacía pensar. El ejército ya rara vez actuaba allí, en Kraido. No había habido necesidad desde la Gran Insurrección. Por lo tanto, la guerra debía de ser en otro lugar, en un mundo alejado de allí, y eso significaba que efectivamente había otros mundos donde los dragones no reinaban, así que había esperanza. Se llevó la mano al corazón y cerrando los ojos deseó que así fuera.

—Esperemos que este año necesiten más carne que derramar sangre —deseó Iker, también hijo de ganaderos.

—No tendremos esa suerte —replicó Xabier, un chico alto y delgado que era hijo de un pastor de ovejas—. Nos enviarán al ejército y nadie volverá a vernos nunca.

Un silencio de desánimo absoluto se hizo en el grupo.

—¡Atención, recuento! —gritó el oficial.

Dos Drakónidos entraron en la plaza por la parte norte y se dirigieron hacia donde el oficial impartía órdenes. No eran soldados, si bien llevaban armaduras, aunque más ligeras. Nahia los reconoció. Uno era un escriba y una capa gris que le caía por los hombros lo identificaba como tal. Llevaba un tomo grande entre las manos con aspecto de garras. El otro, con una capa plateada, era muy peligroso: un brujo. Era de la sangre de los dragones y poseía algo de su magia. Entre las manos portaba una perla blanca del tamaño de dos manzanas. Llegaron hasta el oficial con paso firme y ademán relajado. Se situaron uno a cada lado y el oficial saludó con respeto inclinando la cabeza ante cada uno.

Los nervios empezaron a ser notables y Nahia tuvo que cerrar los puños con fuerza para intentar controlarlos. Debía mantener la calma, de perderla se acabaría todo para ella. Se centró en imaginar un futuro mejor, una vida llena de alegría, un mundo en el que no hubiera dragones. Intentaba convencerse de que había esperanza, pero no lo estaba consiguiendo. Y no era la única. Sus acompañantes también estaban muy inquietos. Algunos temblaban y se escuchaba algún sollozo ahogado.

Los aldeanos que observaban comenzaron a cantar una vieja canción de pertenencia a la familia, a la aldea, a la comunidad. Les daban ánimos para que supieran que no estaban solos y que todo el pueblo estaba con ellos.

El brujo miró al grupo y Nahia, al ver los ojos reptilianos mirando en su dirección, sintió como si ya la hubieran descubierto. Apretó los puños todavía con más fuerza. Saldría de allí como curandera. Las aldeas necesitaban curanderas o las enfermedades las diezmarían y eso era muy malo para mantener la producción de animales y las riquezas que se obtenían de las minas.

—Ahora haré recuento —habló el escriba con una voz entre rasposa y sibilante que era característica de los de su raza.

Todos se tensaron mucho. Llegaba el momento de la verdad.

—Suerte a todos —deseó Max.

—Xabier Lormas —llamó el escriba con tono firme, pero sin levantar la voz.

—¡Acércate! —ordenó el oficial gritando. Daba la impresión de que no podía dirigirse a ellos sin hacerlo.

Xabier avanzó temeroso. Le temblaban las manos.

—¡Baja la cabeza ante mí!

El desventurado así lo hizo.

—¿Para qué estás hoy aquí? —preguntó el brujo con tono apacible.

—Para servir a mis señores, los todopoderosos dragones, como ellos mejor deseen… —recitó Xabier de la misma forma que todos ellos debían hacer.

El brujo cerró los ojos y, situando su mano derecha sobre la perla que sujetaba con la izquierda, comenzó a recitar algo entre dientes. Nahia observaba con disimulo, sin levantar la cabeza. Se dio cuenta de que el brujo estaba usando frases de poder, conjurando. Llamaba a su magia. No se movió, solo interactuó con la perla.

De pronto, esta brilló emitiendo un destello plateado y el brujo extendió los dos brazos en dirección a Xabier, como mostrando a la perla al infeliz sobre el que debía actuar. El pobre Xabier tenía los ojos cerrados, el cuerpo le temblaba por momentos del terrible miedo que sentía. Todos eran conscientes de que se estaba usando poder de sangre de dragón y el temor apareció en sus angustiados rostros.

Un aro plateado se formó a un palmo de altura sobre la cabeza del muchacho. Se quedó levitando allí por efecto de la magia mientras el brujo continuó con su conjuro, musitando. El aro comenzó a moverse y descender hacia Xabier. Al llegar a la cabeza amplió su tamaño y la rodeó sin tocarla. Continuó descendiendo, hacia los hombros, y al llegar volvió a abrirse para no tocarlos y seguir deslizándose hacia abajo. Fue recorriendo todo el cuerpo agrandándose o reduciendo su tamaño según requería. Bajó desde la cabeza a las rodillas y luego continuó hasta los pies.

Nahia observaba sin levantar la cabeza. Sabía lo que el brujo hacía. Lo estaba examinando. Buscaba saber si aquel individuo era de la sangre de los dragones usando Magia Drakoniana que se buscaba a sí misma en el cuerpo del joven. Era un momento temido, pues quienes tenían su sangre eran entregados a estos para servir arriba, en sus dominios. Los rumores decían que aquellos que ascendían se convertían en brujos como el que estaban viendo. Un futuro nada agradable.

El anillo realizó el recorrido inverso volviendo a analizar el cuerpo de Xabier, que apenas podía contener sus temblores. Levitó sobre su cabeza un momento y luego regresó a la perla despareciendo en ella.

—No es de la sangre —afirmó el brujo.

El escriba asintió y anotó algo en el tomo.

—Es el hijo tercero de un pastor de ovejas. El hermano mayor sirve como soldado. El segundo como pastor… —continuó el escriba—. Por la gracia de nuestros todopoderosos señores, servirás a tus amos como soldado.

Nahia maldijo para sus adentros. Los tenían a todos censados y sabían la familia, el oficio de

esta y la edad de todos los miembros. No solo eso, elegían su destino uno por uno. El control que los dragones tenían sobre ellos era total. Una rabia ácida le subió por la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse.

—¡Abre los ojos y sitúate con los soldados! —ordenó el oficial y señaló a los dos que estaban tras él.

Con resignación, Xabier hizo como le indicaban. Según marchaba lanzó una mirada a su familia, a la que no volvería a ver. Estos saludaron con cánticos y expresiones de cariño mientras sus ojos se ahogaban en lágrimas.

—Continuemos —pidió el escriba.

Los cánticos de los lugareños continuaron mientras el número de elegidos para servir como soldados iba en aumento. Max no tuvo suerte. Tal y como ya esperaba, le tocó servir en el ejército. Incluso Inma, que era una granjera algo rechoncha y fuera de forma, fue enviada a servir al ejército. Nahia supo al ver aquello que aquel era año de guerra. Contra qué nación o mundo no lo sabía, pero estaban preparándose para la batalla, eso era seguro. A Ikatz lo dejaron continuar como minero, que era casi peor que ser soldado. Isa fue la única afortunada a la que permitieron que siguiera el oficio de su padre, el panadero de la aldea.

Y llegó el temido momento.

—Nahia Aske —llamó el escriba.

Era momento de afrontar la prueba.

Capítulo 3

Nahia soltó un suspiró profundo y se acercó hasta el oficial con la cabeza gacha y mirando al suelo. Antes de que se lo ordenara bajó todavía más la cabeza. Tenía delante al oficial, a su izquierda al escriba y a su derecha al brujo. Los cánticos se volvieron más altos y profundos, era como si los residentes supieran que Nahia necesitaba más ayuda de la normal.

—¿Para qué estás hoy aquí? —preguntó el brujo como había hecho con todos.

—Para servir a mis señores, los todopoderosos dragones, en aquello que mejor consideren —afirmó Nahia con tono firme, ocultando toda la rabia que le nacía en el estómago por tener que pasar por aquello y todo lo que significaba. No sabía si había dicho la frase de forma correcta, pero el sentido era ese.

El brujo no le dedicó ni una mirada, lo cual lo confirmó. Escuchó las palabras de poder del conjuro, entrecerró los ojos y apretó los puños con fuerza. Deseó con todo su ser que no la descubrieran. Si no la dejaban ser curandera y tenía que ir al ejército con el resto lo aceptaría, pero ir al reino de los dragones no. Eso no podía pasar.

La perla en las manos del brujo destelló en argento y Nahia apretó la mandíbula. Llegaba el momento de la verdad. Le puso la perla sobre la cabeza, esta brilló y el aro plateado se formó.

Era el momento, tenía que intentar engañarles antes de que descubrieran que era de la sangre. Si no hacía algo la descubrirían. Iba a ser peligroso para ella, podía incluso morir, pero su destino era la muerte en cualquier caso si no hacía nada. Se concentró y cerró los ojos con fuerza. Despertó una llama en su interior, una que residía en el centro de su torso. Había aprendido a hacer lo contrario, a apagarla para no enfermar, pero hoy haría lo opuesto. Le había prometido a Aoma hacía mucho tiempo que no haría algo así, que no se provocaría un ataque, pero no había otra opción. Aoma lo entendería. Era un momento desesperado y requería una acción desesperada.

Comenzó a elevar la temperatura de su cuerpo. Esto era algo que le ocurría de forma esporádica, no intencionada, y que la enfermaba. Sin embargo, esta vez, quizá la salvara. Su temperatura se elevó de forma muy rápida. Podía sentir todo su cuerpo ardiendo, como si tuviera un fuego intensísimo en sus entrañas, un incendio que generaba un calor inmenso. Uno de los efectos de esta acción era que no se llegaba a externalizar. Ella podría estar sufriendo un ardor insoportable internamente, pero nadie sabría qué le estaba pasando.

Y comenzó el gran incendio, como ella lo llamaba. El calor era insoportable en su interior y en su piel. Las palpitaciones empezaron y crecieron a un ritmo terrible. El pulso lo sentía como si le fuera a estallar en la cabeza. Su corazón latía desbocado. Se mareó y comenzaron las náuseas. Perdió el equilibrio y se cayó a un lado. Comenzó a temblar de forma compulsiva. Los calambres le azotaron en piernas y brazos y gritó de dolor mientras convulsionaba en el suelo.

El brujo la miró y detuvo el conjuro. Retiró la perla.

—¿Qué le sucede? —preguntó el escriba.

—Está sufriendo algún tipo de ataque —dedujo el brujo.

—Puede ser un engaño. No me extrañaría… he visto de todo llegado este momento. Estos

humanos intentan librarse de su responsabilidad hacia sus amos y señores —expresó el oficial que se inclinó para observar cómo Nahia se retorcía en el suelo.

—¿Lo es? —preguntó el escriba.

El brujo se agachó y sujetó de la muñeca a Nahia, que convulsionaba.

—Tiene el pulso muy acelerado y está ardiendo. Sufre de alguna condición.

—En ese caso no la queremos para el ejército. Ya es muy debilucha y encima enferma no nos sirve. Además, podría tener algo contagioso —expresó el oficial.

El brujo soltó la muñeca de Nahia y se irguió.

—No sé si sobrevivirá.

—Desde luego esto tiene mal aspecto —el escriba hizo un gesto de que aquello no le gustaba nada.

—Siempre ha estado enferma, desde niña —dijo Isa.

Los tres Drakónidos se volvieron a mirarla y luego se centraron un momento más en Nahia. El oficial perdió interés y ladró un par de órdenes a sus soldados para que controlaran mejor al público, que estaba horrorizado ante lo que estaba sucediendo.

—Lo anotaré —el escriba escribió en su tomo sobre Nahia y su enfermedad.

El brujo, sin embargo, seguía mirándola, interesado.

Nahia sabía por experiencia que intentar parar aquello era imposible. Una vez uno de aquellos ataques comenzaba, nada podía hacerse. Ni ella ni nadie, curanderos incluidos, podían detenerlo. Por eso era tan peligroso, por eso y porque la mataba por dentro. Era algo tan horrible como incomprensible. Estaba maldita desde su nacimiento. Debía vivir con ello y lo había hecho. Hoy esperaba que su desdicha la sacara de allí. El dolor era tan intenso y los calambres tan agudos que chilló como si la estuvieran desmembrando viva. Tenía que aguantar, debía llevar la mano al cinto. El problema era que brazo y mano se sacudían de forma incontrolada y no podía hacer que respondieran a su mente.

Hizo un esfuerzo descomunal, centrándose en su mano, enviándole la orden de que fuera al cinturón. La mano comenzó a moverse hacia su destino, pero el brazo se sacudía y la desviaba. Se concentró más todavía y consiguió que obedeciera a su mente. Al llegar al cinturón pidió a su mano que cogiera uno de los cinco tónicos que llevaba siempre consigo. La mano se cerró sobre el primero de ellos. El dolor la estaba matando. Convulsionó y estuvo a punto de perderlo. No se dio por vencida y consiguió llevarse el tónico a la boca. Si no lo bebía podría morir. Logró quitarle el tapón con la boca y lo bebió mientras las convulsiones y calambres seguían torturándola.

Estaba acostumbrada a sufrir ataques y a tomar el tónico lo más rápido posible. Al principio no podía hacerlo sola y su abuela se lo daba. Con los años había conseguido ser capaz de tomarlo por sí misma, aunque no era nada sencillo. El efecto fue rápido. La temperatura comenzó a descender en su cuerpo, como si hubiera bebido hielo y aplacara el fuego en su interior. Al bajar la temperatura, los calambres y convulsiones fueron cesando.

—Que se la lleven, no sirve para nada —ordenó el oficial.

Nahia no podía estar más contenta al oír aquello. Los había engañado, no serviría a los dragones en la guerra y se quedaría con su abuela. Si no fuera porque estaba tan agotada y dolorida que ni podía moverse, se hubiera puesto en pie y hubiera salido corriendo.

—Un momento… —pidió el brujo.

El corazón de Nahia dejó de latir por un instante. Cuando volvió a hacerlo, una ansiedad la acongojó.

—Ponedla en posición —pidió el brujo a los dos soldados.

Estos obedecieron y levantaron a Nahia del suelo hasta ponerla de rodillas.

—Aguantadla, que no se vaya al suelo.

La agarraron bien y la mantuvieron en su sitio.

El brujo comenzó a conjurar usando la perla blanca en sus manos y el aro plateado se formó sobre la cabeza de Nahia.

La iba a descubrir. Aquello no podía pasar. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que no ocurriese nada.

El aro comenzó a descender por su cabeza y al llegar al torso se detuvo.

Nahia no lo vio, pero de alguna forma lo sintió. Supo que estaba perdida.

El brujo miró con expresión muy interesada en su rostro de dragón.

El anillo comenzó a brillar, cada vez con más fuerza, sin moverse de donde se había detenido. De pronto emitió un haz de luz plateada hacia los cielos donde el anillo se proyectó.

Los cánticos cesaron. El pueblo ya no cantaba. Algo sucedía.

La frente comenzó a arderle y un instante después las sienes. Eran las escamas. Soportó el ardor agudo y no se llevó las manos a la cara. Lo que ella no podía ver al tener los ojos cerrados era que sus escamas doradas brillaban con intensidad y emitían una luz de oro que salía de su rostro golpeando el suelo. Abrió los ojos y vio el destello que la delataba. Pegó la barbilla contra el torso, pero no consiguió ocultar la luz.

—Es de la sangre —se pronunció el brujo, que con ojos de reptil entrecerrados analizaba a Nahia.

—¿Ella? ¿Este ser débil y enfermo? —preguntó el escriba al brujo con tono de estar sorprendido.

—La sangre de los amos corre fuerte por las venas de algunos en Kraido —respondió el brujo y retiró la perla. El anillo seguía alrededor del torso de Nahia y emitía la intensa proyección hacia el cielo.

—No vivirá, aunque lo sea —afirmó el oficial.

El brujo inclinó la cabeza y la observó. Luego la giró hacia el otro lado y la volvió a observar, analizándola.

—Extraño acontecimiento —opinó el escriba y apuntó algo en su tomo.

—Ponedla en pie —pidió el brujo.

Los soldados levantaron a Nahia por los brazos. Ella mantuvo la cabeza gacha y, entreabriendo los ojos, descubrió que sus escamas brillaban con luz dorada.

—Descubridle la cabeza —ordenó el brujo.

Los soldados le quitaron la capucha. Nahia sentía un agujero enorme en el estómago, como si la hubieran atravesado con una estaca.

La habían descubierto. No podría volver con Aoma y ser curandera y tampoco iría al ejército regular. La iban a enviar con los que tenían sangre de dragón, el peor destino de todos. Un

desasosiego intenso comenzó a apoderarse de su cuerpo y de su alma.

El brujo la observó con mayor interés si cabía.

—Vuelve tu cara hacia mí, humana.

En medio de un suspiro enorme, Nahia miró al Drakónido brujo a los ojos. Le sorprendió ver que había sorpresa en ellos. Gran sorpresa.

—No solo tiene sangre de dragón, esta humana es especial. Es una Nacida de la Llama.

Nahia abrió mucho los ojos. ¿Qué significaba aquello? ¿Especial? ¿Nacida de la llama? ¿A qué se refería aquel brujo?

—¿Estás seguro? Eso… es casi… imposible… —dijo el escriba balbuceando, lo que resultó extraño. Los escribas eran estudiosos, las letras y la palabra eran su fuerte.

—Tiene escamas doradas. Las ha intentado ocultar, pero se aprecian con claridad.

El escriba se acercó a observarlas.

—Quieta —dijo y con su uña de garra rascó el ungüento de Aoma de su frente y las escamas doradas quedaron a la vista. Ahora brillaban todavía con más intensidad.

—¿Lo aprecias ahora? —preguntó el brujo.

El escriba asintió.

—Son doradas, pero tiene que haber otra explicación…

—No la hay. Tiene sangre de dragón y escamas doradas. Es lo que digo que es —afirmó el brujo con tono de que mejor no dudaran.

—Hay que informar de esto a nuestros señores de inmediato —el escriba estaba ahora nervioso y esto provocó que Nahia lo estuviera todavía más.

El brujo miró al cielo, donde el anillo señalaba. Nahia siguió su mirada.

—No es necesario. Ya lo han visto —dijo el brujo y señaló al este, entre las nubes.

El enorme dragón rojo que Nahia había visto aquella mañana apareció saliendo de entre ellas. Rugió con fuerza y se dirigió directo hacia donde ellos estaban.

—Oh, no. Viene a por mí… —masculló viendo la terrorífica estampa aproximarse en los cielos.

—En efecto, humana. Viene a por ti —confirmó el brujo.

Nahia supo que su presentimiento se cumplía. Estaba muerta.

Capítulo 4

El gigantesco dragón rojo descendió de los cielos y soltó un tremendo rugido anunciando su llegada antes de posarse en el centro de la plaza del pueblo. Todos los que estaban presenciando la ceremonia salieron corriendo y no se detuvieron hasta salir de la aldea por las calles traseras. El terror que la gran bestia infundía en los corazones de los aldeanos hizo que huyeran despavoridos, como si la encarnación del mal se precipitara desde los cielos sobre ellos. En un abrir y cerrar de ojos en la plaza solo quedaron los desdichados que participaban en la ceremonia y los soldados Drakónidos, que se habían retirado detrás de su oficial.

El gran monstruo alado se instaló en medio de la plaza y levantó un vendaval de aire, tierra y polvo en todas direcciones. Sus potentes patas, terminadas en garras aciagas, pisaron el suelo con fuerza mientras erguía la cabeza y mostraba las fauces. La parte final de la cola cayó sobre la casa del herrero y partió el tejado en dos con un crujido seco. El herrero se lanzó a la calle por una ventana trasera para no ser aplastado. El tamaño de aquel ser era tan masivo que los aldeanos habían hecho bien en huir para no morir aplastados.

—¡De rodillas ante vuestro señor! —ordenó el oficial vociferando.

Los soldados que sujetaban a Nahia la dejaron caer al suelo y se arrodillaron. Nahia también intentó hacerlo, pero no pudo y se quedó tendida en el suelo. Miró alrededor. Los que permanecían en la plaza se habían arrodillado: la docena de desdichados y los Drakónidos. Todos mostraban el respeto que debían a su amo y señor. De reojo y con el corazón encogido, Nahia observó al imponente y aterrador monstruo. Debía medir veinticinco varas de largo de la cabeza hasta la punta de la cola, que sacudió provocando que parte de otro tejado se desmoronara. Luego golpeó el costado de la casa del carnicero agrietándola de arriba abajo y sacudió las alas enviando una potente ventolera hacia ellos. Nahia cerró los ojos e intentó recuperase mientras sentía la fuerza del aire como si un torbellino se hubiera desatado.

La gran bestia rugió de nuevo con gran potencia, helando los corazones de los presentes. Dejó de sacudir las alas y las recogió a los costados. Por lo que había visto, Nahia calculó que debían alcanzar más de veinte varas de envergadura total. Suspiró angustiada. Aquel monstruo reptiliano y alado era tan impresionante que el alma humana perdía toda esperanza en su presencia. Era como si el espíritu de los hombres supiera que nada se podía contra semejante ser mitológico. Nahia luchó consigo misma para no dejarse llevar por el miedo y la desesperanza.

—Nuestro señor nos honra con su presencia —el escriba realizó una reverencia sin dejar de arrodillarse.

«Bajad la cabeza ante Gorri-Buru-Koma, del Clan Gondra, señor de esta comarca humana» se anunció enviando un mensaje mental a todos en la plaza. A Nahia le golpeó la mente con tal fuerza que quedó con la cabeza pegada al suelo, como si la hubiera pisado con una de sus garras. Nunca había recibido un mensaje mental de un dragón. Sabía que se comunicaban así, que ellos no usaban la palabra. Aoma le había contado que los dragones consideraban la comunicación verbal algo de seres incivilizados y sin poder. Ahora que había sentido un mensaje mental por primera vez podía asegurar que no era una experiencia nada agradable. Era como si a uno le golpearan en el interior de la cabeza al tiempo que le hablaban. Aquello solo podía lograrse con

poder, no era algo natural.

—La comarca y todos cuantos en ella viven os servimos —respondió el oficial Drakónido.

«Así es. Todo ser en esta región me debe lealtad total. Como señor de esta comarca es mi responsabilidad para con mi clan gobernarla con absoluta firmeza».

—Los Drakónidos sirven con humildad a su señor en todo lo que requiera —dijo el escriba.

«Todos aquí me sirven o mueren» envió el dragón y el mensaje mental fue tan potente y amenazante que hizo que los humanos se llevaran las manos a la cabeza y algunos se fueran de lado contra el suelo. Nahia aguantó el golpe mental apretando la mandíbula con fuerza. Lo sintió como si le dieran con un martillo en la parte posterior de la cabeza, sobre la nuca.

Los Drakónidos bajaron la cabeza, pero parecieron aguantar el golpe. Nahia pensó que, o estaban acostumbrados, o su raza les permitía asimilar mejor aquel tipo de comunicación mental. Por la reacción de sus compañeros de ceremonia, los humanos no lo estaban ni asimilaban bien aquello.

«He visto el indicador de que hay uno de la sangre en esta aldea».

—Sí, mi señor. Hemos descubierto una humana con poder —informó el brujo.

«¿La humana que está a tus pies?».

—Así es, mi señor. Hay algo más…

«Levántate y habla. Tienes el permiso de tu amo y señor».

El brujo se puso en pie y el resto permanecieron de rodillas. Habló en dirección al dragón, pero con sus ojos hacia el suelo.

—Es una Nacida de la Llama, mi señor.

El temible rostro del dragón mostró un pequeño gesto de sorpresa.

«Eso es muy poco probable. Son una anomalía y apenas se dan».

—Sí, mi señor. Lo más probable es que esté equivocado. Pero las escamas coinciden… quizá las he percibido de forma errónea.

«Los errores no se toleran. Espero por tu bien que no hayas cometido uno, porque si me haces perder el tiempo comprobándolo y resulta que lo que dices es falso, lo lamentarás».

—Siempre al servicio de mi señor —el brujo realizó un saludo de respeto bajando la cabeza.

«Humana, acércate».

Nahia recibió el mensaje mental y se quedó aturdida. La potencia del envío y saber que aquel ser monstruoso se estaba dirigiendo a ella la marearon. Levantó ligerísimamente la vista y lo vio mirándola con sus grandes ojos reptilianos de un rojo intenso. Tenía un aspecto maligno, de ser predispuesto a la perversidad. Las escamas que cubrían todo su cuerpo eran rojas, con varias venas negras que le corrían por los costados. Dos cuernos gruesos salían de su cabeza curvados hacia atrás. Una amplia cresta le bajaba desde la nuca pasando por toda su inmensa espalda hasta la punta de la cola con diferente grosor según la zona del cuerpo. Las garras en las que se apoyaba eran del tamaño de espadones, solo que de aspecto mucho más mortífero. Nahia intentó levantarse, pero cuanto más lo observaba más paralizada estaba por el miedo.

«¿A qué esperas, humana? Un dragón no repite una orden» envió y esta vez el mensaje transmitió un sentimiento de enfado que golpeó todavía con más fuerza la mente de Nahia. Para hacer la situación todavía peor, el dragón había abierto su boca al mostrar su enfado y sus terribles fauces quedaron a la vista. Nahia miraba con ojos enormes. Intentó levantarse y

obedecer, pero las rodillas le temblaron y no pudo.

«Lamentable, humana. Incapaz de seguir una sencilla orden. Me obligas a comprobar si realmente eres una Nacida de la Llama de una forma que podía haberse evitado. Si no lo eres vas a sufrir, aunque será un sufrimiento intenso y corto. Morirás en un instante».

Nahia se quedó petrificada.

El brujo hizo señas con urgencia a los demás para que se apartaran.

El dragón abrió la boca.

Era el momento que Nahia había estado temiendo: la muerte aguardaba por ella.

De la boca del dragón salió una llamarada enorme directa hacia Nahia, que seguía tendida en el suelo, indefensa e impotente. Vio el fuego llegar hasta ella y cerró los ojos. Experimentó un calor abrasador que le engullía. En ese momento final de su existencia sintió una rabia furiosa. Aquel monstruo asesino la abrasaba con fuego. Era una forma horrible de morir. Sin motivo, sin necesidad, solo porque le apetecía. Aquello no era justo, no estaba bien. La furia que sentía se desató y sintió que despertaba algo en su interior, en medio de su torso. Era como si algo estallara dentro de su cuerpo, proyectándose hacia el exterior. Una gran cantidad de energía pareció emanar de ella. Pensó que era el fuego que le hacía sentir aquella insólita experiencia antes de morir consumida por las llamas. Fue a gritar de dolor y rabia.

Para su mayúscula sorpresa, el dolor no llegó, solo sentía rabia. De repente, ya no sintió más calor. Sorprendida, abrió los ojos y lo que vio la dejó sin habla. El dragón seguía enviando su aliento de fuego sobre ella. Estaba rodeada de llamas intensísimas, pero no ardía. Vio un destello dorado sobre sus ojos y se dio cuenta de que sus escamas brillaban con mucha intensidad.

No eran solo sus escamas, todo su cuerpo refulgía. Un brillo dorado de gran intensidad salía de ella. Al alcanzar el destello, las llamas se detenían y no llegaban hasta ella. Lo que estaba presenciando no tenía ningún sentido. ¿Estaba delirando de sufrimiento y ni siquiera lo sabía? ¿Era tan grande el dolor que su mente le hacía ver cosas imposibles para protegerla? ¿Acaso que ya había muerto y se estaba viendo arder sin comprenderlo?

El dragón detuvo su aliento y la miró inclinando la cabeza. Entonces su boca se ladeó como en una sonrisa. Parecía estar divirtiéndose.

«Esto sí que es una sorpresa. Una que dará de qué hablar en el clan».

—¿Era mi suposición acertada, mi señor? —preguntó el brujo con tono de gran respeto y algo de temor.

«Lo era y eso te salva de que repita la prueba contigo. La humana es inmune al fuego. Es una Nacida de la Llama».

Nahia se miraba brazos y piernas buscando las quemaduras sin poder entender cómo era posible que no estuviera muerta. Se palpó la cara, el torso, la cabeza tendida en el suelo… todo parecía estar bien. No sentía dolor, ni siquiera se había chamuscado su cabellera rubia. No pudo tocarse las piernas, pero no las sentía doloridas.

«No busques heridas en tu cuerpo, humana. El fuego no puede dañarte» envió el dragón.

—Eso… no puede ser… —balbuceó, no podía creer lo que acababa de suceder.

«No vuelvas a dudar de mi palabra, ni de la palabra o deseo de ningún dragón, o morirás como el pequeño e insignificante ser que eres. El fuego no puede matarte, pero mi mente, mis fauces y mis garras lo harán en un abrir y cerrar de ojos».

El mensaje mental llegó con tal fuerza que de nuevo se le fue la cabeza contra el suelo. La intensidad y el enojo que el mensaje portaban no los podía soportar.

—No lo haré… —respondió intentando rebajar el enfado del dragón. Ella no había tratado nunca con uno, pero Aoma ya le había advertido de que eran unos monstruos ególatras desmedidos y sin la más mínima empatía o piedad. Era su palabra o la muerte y no tenían paciencia alguna. Estaba empezando a comprobar que en efecto era así.

«¿Hay alguno más de la sangre en esta aldea?».

—No, mi señor. Los demás son humanos corrientes —explicó el Drakónido escriba.

«Lástima. Tampoco se puede esperar mucho más de este lugar. Llevad a esta humana a la ciudad de Gorja y que la preparen para ascender. Tú que eres de la sangre la acompañarás y te asegurarás de que no hay ninguna complicación».

—Sí, mi señor. Por supuesto —asintió el brujo y realizó una reverencia de respeto.

«Todos los que sean de la sangre y lo manifiesten deben ascender y comenzar la Senda de los Dragones» envió Gorri-Buru-Koma como si fuera un dogma.

—La Senda seguimos, por ella nos guiamos. Llegado el momento, por ella morimos —recitó el brujo y con la mano derecha hizo un extraño gesto, como trazando algo en el aire.

«Humana, agradece que la fortuna te sonríe. Pocos son de la sangre y ser un Nacido de la Llama es una rareza y un privilegio. Tu destino es servirnos usando tu poder contra el enemigo. Un destino reservado a los que son especiales, pues nuestra sangre corre fuerte por tus venas. Es tiempo de que aprendas a usar ese poder que intenta salir de tu interior y que no sabes controlar. Agradece que se te haya encontrado. De lo contrario tu magia te hubiera vuelto loca o matado. Nos debes la vida y tu vida nos cobraremos».

Nahia comprendía lo que significaba aquello pero se negaba a aceptarlo. El dragón la estaba condenando a batallar en su nombre hasta morir en alguna lucha sin sentido. Y no contento con eso, debía agradecérselo porque la magia que ella tenía podía lastimarla. Con mucho gusto hubiera preferido no ser descubierta y arriesgarse a manipular su propia magia ella misma. Seguro que con la ayuda de Aoma lo habría conseguido. A su abuela la magia no la había vuelto loca ni matado. Cierto era que en ella el poder era muy pequeño, quizá por eso no le había sucedido nada. O tal vez el dragón estaba mintiendo para que se sintiera agradecida.

«Te he dicho que agradezcas. No querrás que lo repita, ¿verdad, humana?».

A Nahia la cabeza se le fue de nuevo contra la tierra. Sintió la advertencia como si le pasaran un filo helado por toda la espalda desnuda.

—Agradezco la fortuna que tengo —expresó con rapidez.

«Y el honor que supone servirme y luchar por mí y el clan Gondra» envió Gorri-Buru-Koma con un sentimiento de advertencia de muerte.

—Sí, por supuesto. Es un honor enorme —expresó Nahia asegurándose de que el dragón creía sus palabras. Aquel monstruo no se andaba con tonterías. Al pensarlo Nahia se estremeció. ¿Y si podía leerle la mente? ¿Se la habría leído? El estómago le empezó a dar vueltas. No, no podía o ya estaría muerta, le habría arrancado la cabeza de un zarpazo o aplastado viva con el tremendo peso de una de sus patas.

«Pronto aprenderás cuál es tu lugar y cómo debes comportarte ante tus señores dragones».

El mensaje sonó a clara amenaza. Tuvo la nítida sensación de que iba a aprender por las malas y que, si se descuidaba lo más mínimo, lo pagaría con su vida.

—Sí, mi señor, aprenderé —se apresuró a decir imitando el tono que utilizaba el brujo, que la miró de reojo.

«Veo que eres inteligente. Eso es bueno, hará que vivas algo más. Me acordaré de ti, humana, y de esas escamas doradas en tu frente».

Nahia no supo qué pensar. Que se acordara de ella no era bueno. Ella quería pasar desapercibida y regresar con su abuela a vivir una vida tranquila y en paz. Todo había salido mal, muy mal.

El dragón miró hacia los cielos, extendió las alas y las sacudió con fuerza. Dio un brinco potente y se elevó en medio de una ventisca de polvo y tierra en dirección norte buscando unas lejanas nubes. Nahia pudo discernir al menos otros cinco dragones en los distantes cielos volando en diferentes direcciones. Hoy se dejarían ver por todas las comarcas humanas. Hoy no sería ella la única desafortunada que descubrirían con poder en sus venas.

Suspiró. Así era vivir en un mundo esclavizado donde los dragones reinaban a sus anchas. La rabia nació de nuevo en su vientre. Daría cualquier cosa por liberarse de aquellos monstruos de corazón malvado. Por desgracia, sabía que nadie vendría a liberarles. Estaban a su suerte en aquel mundo y el único camino para ella era el de la Senda de los Dragones.

Se quedó tendida en el suelo exhausta y con la mente muy dolorida. No podía moverse y el aturdimiento no terminaba de irse. Al marchar el dragón, los aldeanos volvieron a aparecer de entre las casas y se acercaron a la plaza con rostros de pesar por los que partían y nunca más verían.

—Suerte —deseó Max a Nahia cuando los separaban.

A los elegidos para ser soldados los montaron en carros del ejército. Los trasladaban a Gudaein, fuerte militar de humanos donde les enseñarían a luchar y los convertirían en soldados forzosos.

—Suerte —correspondió ella sin levantarse.

Sabía que lo más probable era que nunca volviera a verle, solo en medio de una guerra en la que ambos participaran. A los que elegían para el ejército los formaban durante año y medio en el manejo de armas y armadura, y los convertían en soldados preparados para la batalla. A partir de ahí, los enviaban a alguna guerra o se quedaban en los fuertes hasta la siguiente acción bélica. Lo que no hacían nunca era volver a sus aldeas, o al menos nadie había regresado hasta el momento. La idea de un soldado retirado era una utopía.

Los vio marchar custodiados por los soldados y se le encogió el corazón. Estuvo a punto de ponerse a llorar, pero se mantuvo firme, no quería que los Drakónidos la vieran así. Arrugó nariz y frente. Era muy injusto, eran simples aldeanos, buenas personas inocentes que no se merecían que se les arrancara de sus familias así. No se merecían aquello. Nadie lo merecía.

El oficial Drakónido terminó de discutir con el escriba y el brujo. Acordaron algo, ya que los tres asintieron, y a continuación se dio la vuelta y marchó con paso firme hasta su montura, que estaba atada a la entrada del pueblo. Luego cabalgó hacia sus soldados. El escriba se despidió del brujo y también marchó a por su montura.

Las buenas gentes de la aldea despidieron a los que marchaban entre cánticos y arroparon a los tres que habían tenido la suerte de no ser elegidos para el ejército. Nahia se preguntó qué pasaría ahora con ella. El brujo le hizo un gesto para que permaneciera donde estaba. Lo agradeció, así al menos se recuperaría un poco. Pronto llegaron cuatro soldados a caballo y un quinto con una carreta.

—¿Puedes levantarte? —preguntó el brujo.

Nahia pensó en mentir y decir que no. No deseaba que se la llevaran, quería permanecer allí. Hizo como que no podía, aunque la verdad era que se sentía un poco mejor.

—No creo...

—No importa, te llevarán al carro. ¡Soldados, portadla y acomodadla para el camino!

Nahia suspiró. No había escapatoria.

La levantaron con bastante cuidado entre dos soldados y la metieron en la carreta. Era sencilla, militar, para transporte de soldados o armas. Se acomodó entre unas mantas. Estaba tan cansada y dolorida que ya ni podía pensar.

—Nos ponemos en camino —ordenó el brujo.

Isa salió de entre la gente.

—¡Cuídate mucho, Nahia! ¡Suerte! —deseó.

—Gracias. Que la aldea cuide de mi abuela, se queda sola —rogó Nahia desde la carreta estirando el cuello.

—La aldea la cuidará —llegó de varias personas al unísono.

Con aquella despedida y un sentimiento en su corazón de que jamás regresaría, partió hacia una nueva vida, a servir de forma forzosa a sus señores dragones. Todo había salido mal, pero seguía con vida.

Al menos su premonición de muerte no se había cumplido, no todavía.

Capítulo 5

Cada bache en el camino hacia la ciudad de Gorja provocaba que el corazón de Nahia diera un vuelco. Se dirigía hacia un futuro más que incierto del que nadie regresaba. Miró al cielo y constató que cuanto más se acercaban a su destino, con mayor nitidez podía apreciar uno de los reinos de los dragones en el cielo.

El brujo montaba en cabeza del grupo y ella iba tras él en un carro conducido por dos soldados. El resto montaban escoltándolos. El brujo solo volvía la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que ella lo seguía, pero no le dirigía la palabra. Era bien sabido que los Drakónidos eran hoscos y muy parcos en palabras. Nahia había evitado siempre contacto alguno con ellos, pero gracias a aquel viaje forzoso, ahora lo podía atestiguar. Ni le decían nada, ni le daban ninguna muestra de que les importara lo más mínimo si vivía o moría. La miraban como si estuvieran enojados y se centraban en sus órdenes.

Nahia pasó la mayor parte del trayecto mirando hacia las nubes. No porque su cabeza estuviera allí perdida, sino porque en medio de ellas podía apreciar algo único y del todo inverosímil: una enorme masa de tierra que flotaba suspendida en el aire. Era como si una enorme isla se hubiera elevado desde los mares hasta los cielos y luego los vientos la hubieran arrastrado tierra adentro.

Mientras la observaba, Nahia recordó la leyenda de Sekodrome que Aoma tantas veces le había contado y que era parte de la base de la mitología de los humanos. Se contaba que miles de años atrás accedió al trono Sekodrome, el rey más poderoso de los dragones en su tiempo, un ser déspota y soberbio que no soportaba la idea de vivir al mismo nivel que las otras razas que poblaban Kraido. Un día decidió resolver aquella situación. Ordenó primero que todos los dragones vivieran en las cumbres más altas y no pisaran la tierra que las razas inferiores habitaban y así lo hicieron durante mucho tiempo. Pero al prepotente monarca esto no le pareció suficiente, quería estar por encima de los demás seres de aquel mundo. Juntó a los más poderosos y sabios entre los dragones para idear cómo hacerlo. Un día, usando un gran poder, elevaron la isla de Waten desde el mar hasta el cielo. Sekodrome la convirtió en su reino y ordenó que los dragones solo pudieran vivir en ella.

El traqueteo del carro hizo que Nahia tuviera que sujetarse y perdió el hilo de sus pensamientos por un momento. Lo recuperó al entrever la masa de tierra en el cielo. Que los dragones hubieran podido sacar una isla del mar y elevarla hasta las nubes era una muestra de su increíble poder. Ahora había al menos cinco reinos suspendidos en los cielos, uno por cada uno de los poderosos clanes que reinaban en Kraido y sometían a las ocho razas en sus tierras. La que estaba viendo era el reino de Gondra, donde vivían los dragones de ese clan. Desde allí arriba gobernaban a los humanos, a los que consideraban de su propiedad. De allí procedían Gorri-Buru-Koma y el resto de los dragones que había observado durante el día. Ella solo había visto aquel reino en las nubes, ya que los otros estaban lejos, sobre las tierras de las otras razas. Torció el gesto. Bien pensado, le bastaba con ver uno, no tenía ninguna gana de ver el resto.

Un nuevo bache en el camino hizo que se tuviera que agarrar. Continuó observando con ojos entrecerrados el enorme bloque de tierra que se sostenía en el aire por la magia de los dragones.

Era tan grande que se veía casi desde todas las comarcas humanas. La parte inferior tenía forma ovalada, cóncava y superficie irregular y rugosa. La superior era plana y sobre ella parecía haber montañas. A Nahia siempre le había dado la impresión de que el reino parecía la mitad de una esfera sin pulir hecha de tierra y arcilla. No sabía si los otros reinos de los dragones eran así, pero suponía que serían similares.

—Nos desviamos a la derecha —ordenó el brujo al grupo cuando llegaron a un cruce.

Nahia siguió el camino con la mirada un rato y luego no pudo evitar inquietarse y volver a mirar al cielo. Aquella visión entre las nubes recordaba a todas las razas que sus amos y señores vigilaban sin descanso. Además, y lo que era más desesperante, que no tenían opción contra ellos pues ni tan siquiera podían alcanzarlos allí arriba. A ella se le hundía el alma al pensarlo. ¿Como iban a derrotar a los todopoderosos dragones si ni siquiera podían llegar a sus reinos en los cielos? No había esperanza para las razas esclavas, pues siempre lo serían, vivirían sufriendo el despiadado y opresor yugo de los dragones.

Se le escapó un largo suspiro buscando algo de esperanza en el fondo de su corazón. No quería reconocer la imposibilidad de un día ser libres. No sabía cómo podía suceder, y reconocía que en las circunstancias presentes era imposible. Aun así, su corazón guardaba una minúscula esperanza y se negaba a renunciar a ella. Quizá un día las circunstancias cambiaran. Quizá un día alguien las cambiara.

La noche antes de llegar a su destino acamparon junto a un riachuelo. Nahia trató de sonsacar algo de información al brujo. No creía poder conseguirlo, pero decidió intentarlo de todas formas pues una vez llegaran al final del trayecto imaginaba que no tendría oportunidad.

—¿Qué me va a pasar? —preguntó de forma directa mientras comían algo de carne salada de las provisiones junto a un pequeño fuego de campamento que los Drakónidos habían preparado.

Los soldados miraron a Nahia como si hubiera cometido una ofensa al hablar.

El brujo levantó la mano y los soldados asintieron y continuaron con sus tareas.

—¿No lo sabes? Deberías —respondió sin mirarla.

—Hay muchos rumores entre los míos… diferentes… sobre lo que les pasa a los que son de la sangre… Ninguno bueno…

Él la miró y la observó un instante con sus ojos amarillentos de reptil.

—Puedo asegurarte de que lo que te va a pasar es un honor.

—¿Lo es? —el tono de sorpresa que a Nahia se le escapó fue grande y lleno de incredulidad.

—Lo es —asintió el brujo—. Vas a ascender y luego a convertirte en un brujo, como lo soy yo.

—En mi caso… ¿seré una bruja?

—Así es, ya que eres una humana. En tu caso, además, tengo la sensación de que serás una hechicera más adelante.

—¿Hay diferencia? —Nahia no tenía ni idea de lo que era una cosa o la otra en el mundo de los dragones y la magia.

El brujo asintió.

—Los brujos usamos armas y magia.

Se palpó la espada que llevaba a la cintura y luego el centro del torso. Giró la mano con un

movimiento lento hasta que la palma quedó hacia arriba y cerró los ojos. Dijo algo extraño y se produjo un destello azulado sobre su palma. Ante la mirada atónita de Nahia apareció agua flotando sobre la mano del brujo.

—Vaya… magia… —balbuceó.

Nunca había visto a nadie usar magia así, de forma tan casual y dominándola por completo. Se dio cuenta de que las escamas del cuello del brujo destellaron en azul. Esas escamas eran diferentes al resto que le cubrían la cabeza, que eran de un color verde más oscuro. Debía de tener otras del mismo tipo que las que ella tenía en frente y sienes.

—Los que poseen mucha magia o poder tienden a luchar con ella en lugar de con las armas. Esos son los hechiceros —explicó y dijo algo más que Nahia no entendió.

El agua se convirtió entonces en hielo. Luego le dio forma de estaca helada haciéndola rotar sobre su mano. Cuando estuvo a su gusto, la lanzó como si lanzara un cuchillo y se clavó en un árbol cercano.

—Impresionante… Creo que entiendo. Un brujo es dado a luchar más con armas que con magia y un hechicero más dado a luchar con magia que con armas.

—Así es. Eres lista, eso es bueno. Puede que sobrevivas más tiempo que la mayoría. En cualquier caso, brujos y hechiceros deben dominar tanto las armas como la magia. Esa es la Senda y esa debemos seguir. También se descubrirá tu Talento y una marca lo determinará.

—¿Un Talento? ¿Qué es eso? —Nahia echó la cabeza un poco hacia atrás. No había oído nunca hablar de algo similar.

—Un Talento es parecido a una profesión, solo que una que es de tipo marcial o con uso en la batalla y la guerra.

—¿Una profesión de guerra?

—Eso es. Mi Talento es el de guerrero —afirmó y desenvainó su espada, la sostuvo en la mano y dejó que las llamas se reflejaran en ella—. He aprendido a luchar con espada larga, espada corta, hacha de combate, lanza y otras armas marciales. Se me da muy bien, sobre todo la espada. El Talento de guerrero es el más común y por lo tanto el más numeroso.

—Oh, ya veo…

—No te preocupes ahora de eso. Aprenderás todo esto y mucho más en Drakoros, la Escuela de Dragón, a donde debes ir.

Nahia levantó la mirada hacia el cielo estrellado y localizó el reino de Gondra, que brillaba como si fuera una estrella ardiente.

—¿Allí arriba?

—Sí, en uno de los reinos de nuestros amos.

—¿Voy a Gondra?

El brujo sonrió.

—No, vas a Drakoros. La Escuela de Dragón no está en ninguno de los cinco reinos de los clanes.

—¿No? Pensaba que estaría allí… —Nahia señaló el reino, que era visible incluso de noche pues ardía con mil luces y emitía destellos plateados similares a los de una estrella. Era de lo más singular.

La cabeza del brujo negó de lado a lado.

—Los cinco clanes están siempre luchando por liderar Kraido. Si uno de ellos tuviera la escuela de guerra para sí, dispondría de mucha ventaja sobre los otros cuatro. Por ello y para evitar disputas, se creó un reino elevado, uno neutral. Allí está la escuela. Ninguno de los cinco clanes tiene derecho sobre ese reino ni sobre la escuela. Allí es a donde irás, a donde iréis todos los elegidos con sangre de dragón de todo Kraido.

Nahia intentaba asimilar toda aquella información y guardarla en su mente. Era precipitado sacar conclusiones tan rápido, pero empezaba a hacerse una idea de a dónde se dirigía y del tipo de enseñanzas que recibiría. No le estaba gustando nada, ella no quería aprender a luchar y usar armas. La iban a obligar a matar en nombre de los dragones.

—¿Ha habido guerra entre los clanes antes? —preguntó.

—La ha habido, pero ya hace más de un milenio. Tiempos oscuros, cuando nuestros señores dragones luchaban entre ellos por la supremacía de sus clanes. Pero eso está ya en el pasado. Ahora los clanes están en paz y la lucha de poder se lleva a cabo sin derramar la sangre sagrada de nuestros señores.

Esta información a Nahia le pareció de lo más interesante. Los clanes de los dragones eran clanes rivales que luchaban entre ellos por el poder. Eso podía darle una oportunidad, algo de lo que poder sacar provecho. Lo internalizó y pensó que debía saber más, aunque decidió no continuar preguntando para no levantar sospechas.

—¿Todos los que son como nosotros… terminan en esa escuela de guerra para luego luchar para los dragones? ¿No hay otro camino a seguir? —preguntó con la esperanza de no acabar luchando, cosa que para ella era contra natura. Era una aprendiz de curandera con un cuerpo débil y no podía concebir luchar y matar.

—Para nuestros señores, los todopoderosos dragones —corrigió—. Aprende modales o morirás rápido. Nuestros amos no tienen ni paciencia ni piedad.

—Oh, sí, lo siento.

—La lucha y la conquista son esenciales en la Senda de los Dragones. Ya lo aprenderás y lo respetarás. Es el único camino.

Tenía que haber algún otro. Nahia no iba a aceptar aquello, por mucho que se lo intentaran inculcar. No dijo nada, no quería enemistar al brujo que le estaba dando algo de información que seguro le sería muy valiosa.

—¿Cuál es tu nombre? Yo soy Nahia —dijo intentando ser cordial.

El brujo la miró inclinando la cabeza. Sus ojos de reptil en aquella cabeza de dragón pequeño eran desconcertantes.

—Eres una humana singular. Los de tu raza no suelen intentar fraternizar con los de la mía.

—Quizá porque no soléis ser portadores de buenas nuevas o alegría, como hoy.

El brujo sonrió y a Nahia se le hizo muy extraño ver una sonrisa en la cara de un Drakónido.

—Cierto —asintió el brujo—. Me llamo Asi-Dra-Koa.

—Encantada de conocerte —respondió ella intentando que no sonara irónico sino como si estuviera haciendo un esfuerzo por ser agradable.

—Encantada no creo.

—Bueno, dentro de lo mala que es mi situación.

Asi-Dra-Koa asintió con la cabeza y siguió comiendo.

—Veo que usáis el mismo tipo de nombres que los dragones.

—Fuimos creados a su semejanza. Es natural que intentemos emularlos en todo cuanto hacemos y somos.

Nahia se quedó pensativa. Si eso era así, si un día los dragones desaparecían, los Drakónidos intentarían tomar su lugar subyugando al resto de las razas y esclavizándolas como habían hecho sus amos. No tuvo que intentar sonsacárselo, lo veía en sus ojos de reptil. Seguirían las enseñanzas de sus amos y se creerían con derecho a reinar por la fuerza. Pero a estos sí que podrían vencerlos si se unían el resto de las razas, solo hacía falta que los dragones desaparecieran primero. Eso iba a ser muy difícil, si no imposible, pero de nuevo la esperanza se encendió en su corazón.

—Entiendo. Debéis sentiros muy honrados —tuvo que hacer un esfuerzo para que su tono sonara sincero. La garganta le molestó y bebió de un pellejo de agua que había a su lado.

—Es un gran honor. El resto de las razas no lo entienden, lo cual no me extraña. Solo nosotros, que nos vemos reflejados en nuestros amos y señores, lo apreciamos.

El agua estaba recién cogida del arroyo y Nahia disfrutó de su frescor. La experiencia de ser casi calcinada y todas las emociones vividas aquel día la habían dejado reseca y deshidratada. Bebió como si llevara dos días sin hacerlo.

—Lo necesitaba —le dijo al brujo al ver que la miraba con intensidad.

—Sé que ahora me ves a mí y a los míos como a captores, enemigos, pero pronto cambiarás de opinión y nos verás como lo que realmente somos: tus aliados. Todos servimos a nuestros señores. Todos vivimos y morimos para su mayor gloria.

Eso no iba pasar ni en mil lunas. Nahia disimuló la expresión negativa de su cara, pero no lo hizo con suficiente rapidez y Asi-Dra-Koa se dio cuenta.

—Espero que así sea… —dijo disimulando.

—Lo será. Hay muchas cosas sobre las que cambiarás tu forma de ver y pensar.

Los dos guardaron silencio y terminaron de comer. Mil ideas y preguntas asaltaban la mente de Nahia, la mayoría malas. Tuvo que decir a su cabeza que parara de pensar por un instante. Lo importante era que estaba viva. Debía centrarse en eso y no cometer un error que culminase con su muerte.

—¿Qué querías decir con ascender? —preguntó para continuar con la conversación e intentar entenderlo.

El brujo abrió las manos.

—En tu situación tiene dos sentidos. Está el significado espiritual, entendiendo que siguiendo la Senda alcanzarás un estado elevado —dijo moviendo la mano izquierda—. Y está el físico. Ascenderás físicamente al reino de los dragones —afirmó moviendo la mano derecha.

—No sé cuál de los dos me da más miedo.

—Ninguno debería dártelo.

—¿Quieres decir que no hay peligro de que muera en ninguno de los dos sentidos?

—Yo no he dicho eso. Por supuesto que hay peligro de que mueras. Ese peligro es constante y permanente al servicio de los amos. De lo contrario no se puede avanzar por la Senda. La motivación por sobrevivir crea estudiantes propicios y ayuda a alcanzar todos los logros.

Nahia suspiró. Iba a morir, sí o sí. Eso era lo que le estaba diciendo de una forma menos

directa.

—No podré esquivar la muerte.

—Nadie puede a la larga. Solo podemos sortearla un tiempo, luego nos encuentra. Nosotros moriremos sirviendo a nuestros señores y será un gran honor.

A Nahia morir no le parecía ningún honor y mucho menos sirviendo a aquellos monstruos despiadados que no valoraban otra vida que la suya propia. Decidió en aquel momento que intentaría ponérselo difícil. Si tenía que morir, que no les resultara fácil. Más bien todo lo contrario, intentaría escabullirse como fuera y que su muerte fuera lo más tardía posible.

Aquella noche su descanso se vio plagado de pesadillas. Soñó con guerras en tierras lejanas, fuego y destrucción, muerte y sufrimiento y gigantescos dragones monstruosos.

Capítulo 6

Al día siguiente, al atardecer, llegaron a Gorja. La ciudad estaba rodeada de una muralla en decadencia que ya nadie mantenía. Era un vestigio de un pasado en el que los humanos intentaron defenderse de sus enemigos. Entraron por la calle principal. Nahia iba observando los edificios y talleres. Las ciudades eran muy diferentes a las aldeas, tanto en cuanto a su distribución, como en su cometido. La gente que vivía allí no se dedicaba a conseguir alimento o materias primas para los dragones, ahora la función de las ciudades era proporcionar todo aquello que los dragones precisaran que no tuviera que ver con su sustento. En ellas vivían en su mayoría artesanos de diferentes oficios. En especial, aquellos que trabajaban metales preciados y piedras preciosas. Los dragones las valoraban y consideraban un tesoro ambas, ya que siempre requerían grandes cantidades que obligaban a sus razas esclavas a producir y refinar. Nadie sabía por qué, el mundo de los dragones era un misterio para sus siervos.

Según bajaban por la calle principal Nahia no perdía detalle e iba recordando lo que sabía sobre las ciudades. Cada comarca humana tenía solo una por decisión de los dragones, no de los humanos. Por lo que le había dicho su abuela, en cada comarca seis de cada diez personas trabajaban en conseguir comida para los dragones en primera instancia, y para sustento propio y de otros humanos en segunda. Tres trabajaban en minas y canteras para conseguir metales preciosos como plata y oro y también piedras preciosas como rubíes y esmeraldas. El resto eran artesanos que trabajaban los materiales y los convertían en refinados metales y joyas que los dragones consideraban invaluables. Nahia había conocido mineros de la mina cercana a su aldea, pues había tenido que tratarlos de sus heridas varias veces debido a desprendimientos. Por lo que le habían contado, los dragones perseguían un material muy raro parecido a la plata, pero más brillante, que denominaban metal de dragón. Le habían dicho que se suponía que tenía propiedades mágicas. Nahia no sabía si eso era verdad, a ella le sonaba un poco a creencias místicas infundadas de mineros esclavos.

Al llegar a una plaza circular con una fuente, Nahia pudo ver que otros grupos de composición similar al suyo llegaban también. Eso debía significar que no era la única humana con sangre de dragón que habían descubierto en las doce comarcas aquel año. No esperaba serlo y se alegró de ver a otros como ella. Al mismo tiempo, se sintió mal por ellos ya que compartirían su desgracia y destino. No sabía cuántos habían tenido la mala fortuna de ser seleccionados, aunque deseaba que no muchos. De una calle al este vio acercarse a un grupo de Drakónidos escoltando a un chico rubio que mostraba la misma expresión miserable que ella. De entre las calles del lado oeste de la ciudad apareció una chica morena de pelo corto también escoltada.

Al verlos a Nahia le dieron ganas de saludar para que supieran que no estaban solos, o quizá para no sentirse tan sola ella misma. Fue a levantar la mano, pero no lo hizo. Se sintió un tanto ridícula. Lo que sí hizo fue cruzar miradas con ellos en cuanto se acercaron. Por alguna razón Asi-Dra-Koa detuvo su grupo y aguardó la llegada de las otras dos comitivas. Los tres humanos con sangre de dragón disimularon e intercambiaron varias miradas intentando darse ánimos.

Una vez los tres grupos se encontraron en la plazoleta en la que Asi-Dra-Koa aguardaba, este se puso a hablar con los otros dos brujos que lideraban sus comitivas. Los soldados vigilaban a

los tres elegidos que debían servir en el reino de los dragones mientras los brujos comentaban algo entre ellos en el idioma de los Drakónidos. Nahia no podía entender una palabra. Cada raza tenía su propia lengua, pero todos habían aprendido la común de Kraido hacía milenios. Cuando una raza no quería que otra la entendiera, como era el caso, cambiaba a su lengua materna.

La chica de pelo corto tenía aspecto de estar curtida por el sol y varias pecas bañaban su nariz. Debía trabajar los campos. Era de constitución fibrosa, bastante alta y parecía fuerte. El chico era también bastante fuerte y tenía cara de estar frustrado y enojado.

Los pocos artesanos que pasaban cerca de ellos bajaban la cabeza y seguían con sus tareas, claramente no querían interferir ni verse involucrados en lo que sucedía con los recién llegados. Nahia lo entendía. Apostados en diferentes puntos de la ciudad había soldados Drakónidos y los artesanos tenían prohibido hacer otra cosa que no fuera su propósito para servir a los dragones. Se sintió mal por ellos. En la mayoría de las aldeas no solía haber soldados más que en momentos determinados, como la Ceremonia de la Servitud, pero en las ciudades los había siempre.

—Continuemos —ordenó Asi-Dra-Koa, que ya había terminado de conferenciar con los otros brujos.

Siguieron por la calle principal de la ciudad y llegaron a una enorme plaza despejada. En ella Nahia vio a una veintena de humanos rodeados de soldados y a varios brujos que conversaban algo más apartados. Aquellos desdichados procedían de otras comarcas y habían sido elegidos en la ceremonia. Debían haber llegado antes y aguardaban. No se equivocó. Le entristeció ver a tantos. Esperaba que solo fueran una media docena en total, pero con disimulo los contó y resultaron ser veinticinco.

Si encontrarse con aquellos infelices la entristeció, lo que descubrió detrás de ellos la dejó helada. En el centro de la plaza mayor vio lo que parecía una enorme perla blanca de granito. Era una esfera del tamaño de una casa y parecía presidir el lugar. Al verla, impoluta y pulida, Nahia supo que aquel objeto tenía un propósito para los dragones, uno que pronto iban a descubrir y, lo más probable, lamentar.

—Poneos con los otros —ordenaron los brujos cuando llegaron.

Nahia desmontó y lanzó una mirada de ruego a Asi-Dra-Koa en un último intento baldío de buscar ayuda. El brujo no se inmutó y le indicó con la cabeza que se pusiera con el resto de los elegidos. Se debía a sus amos y cumpliría sus órdenes. Que ella muriera no le importaba lo más mínimo, ni a él ni a ninguno de los Drakónidos que había.

Se pusieron con el resto como les indicaron. Los elegidos tenían semblantes que iban desde la preocupación, pasando por el miedo, angustia y condena, a la resignación. Solo unos pocos mantenían la serenidad. Había al menos cuatro con heridas de haber intentado escapar o haberse resistido. Por lo que pudo apreciar a primera vista, había tantas chicas como chicos. ¿Sería casualidad o se debería a algo? Le dio qué pensar. Podría ser el azar o podría representar que la sangre de dragón corría por igual en chicos y en chicas. Intuyó que sería eso, era la respuesta más lógica. Como no iba a obtener ninguna más para esa pregunta ni para muchas otras que le estaban asaltando la mente, decidió no darle más vueltas al asunto. Fuera como fuese, se alegró de ver a otras chicas como ella. Podrían entenderse y ayudarse entre todas, o eso esperaba.

Otra cosa en la que se fijó y que la sorprendió sobremanera fue que todos los que estaban allí tenían escamas en sus rostros. Siempre se había sentido como un bicho raro, pero ver a más gente como ella la tranquilizó bastante. Se paró a observar las escamas del resto. Eran de

diferentes colores y también cubrían partes distintas del rostro, formando patrones, o al menos a ella se lo parecían. No eran estructuras desiguales ni se distribuían de manera aleatoria por la cara. No, definitivamente tomaban formas con un sentido. Las tonalidades azul, marrón, roja y blanca predominaban y brillaban con destellos metálicos cuando les alcanzaban los rayos del sol. Vio que a algunos les cubrían hasta el cuello, por diferentes lados y se preguntó si también tendrían por el cuerpo. Ella por el momento no tenía, pero se temía que aquellas escamas se extendieran por toda su piel como una enfermedad contagiosa.

Fue observando con tanto disimulo como pudo, aunque era obvio que todos se miraban los unos a los otros. La curiosidad era superior a ellos y se fijaban sobre todo en las escamas. Nahia las había estado ocultando y suponía que la mayoría de ellos habría hecho lo mismo. De entre los chicos que estaban en el centro uno le llamó la atención. Era alto y fuerte y tenía el cabello negro como una noche sin luna. Sus ojos azules claros, casi grises, brillaban con intensidad con una expresión seria. Su rostro era bello y anguloso. A Nahia le sorprendió darse cuenta de aquello. Las escamas le bajaban por el lado izquierdo hasta el cuello. Parecía que le hubieran dibujado un argénteo río ondulante, ya que sus escamas eran plateadas. Eso era muy extraño, pues era el único que las tenía de esa tonalidad del mismo modo que ella era la única con ellas doradas. Le pareció una casualidad insólita.

El joven se dio cuenta y le clavó una mirada con sus intensos ojos azul claro. Nahia quiso desviar la suya y disimular, pero no pudo apartar sus ojos de los de él. Aquel chico era singular, como ella. Esto pronto se hizo evidente porque cuando consiguió apartar su vista de él, se percató que todos los miraban a ellos dos, seguramente porque eran los únicos con escamas de color dorado y plateado. De súbito, Nahia fue muy consciente de las miradas de todos y se sintió avergonzada. Se ruborizó y bajó la cabeza para evitarlas. Sobre todo, la de él, que seguía mirándola impasible ante el escrutinio del resto.

Nahia desvió sus ojos hacia la gran perla. Observó la gran esfera blanca que parecía ser de granito y vio que nada parecía emanar de ella. Estaba allí, inerte, estoica, como el juguete que un dios se había dejado olvidado. Sin embargo, sentía su poder. En la aldea había oído rumores sobre las perlas. Según se decía, había una en cada una de las naciones de las razas, lo que sumaba ocho en total. La que estaba viendo era la de los humanos. Había rumores de que emanaban poder y que su magia podía sentirse a una legua de distancia. Lo meditó un instante. A una legua de la ciudad Nahia no había sentido nada, y allí tan cerca tampoco. Quizá los rumores eran infundados.

Un Drakónido brujo surgió de uno de los edificios junto a la gran perla y parlamentó con el resto de los brujos un momento. Cuando terminó, se colocó bien la capa plateada y se acercó a los elegidos, o prisioneros, que se pusieron muy tensos. Algo sucedía.

—Ha llegado el momento de que partáis, vuestro destino os aguarda. Servid bien a vuestros señores dragones —informó con tono seco.

Nahia se dio cuenta de que su vida tal y como la conocía acababa allí. No sabía lo que le esperaba, pero estaba segura de que tendría que luchar y usar la cabeza para sobrevivir, ya que su cuerpo no estaba hecho para el combate.

—Arrodillaos ante vuestros señores —ordenó y señaló al cielo.

Sobrevolando la ciudad apareció un dragón de color marrón. Era más pequeño que Gorri-Buru-Koma, pero todos se arrodillaron de inmediato. El dragón dio dos pasadas sobre el grupo de elegidos que agacharon la cabeza, temerosos, y luego se posó sobre la gran perla blanca. Mantuvo el equilibrio sobre la superficie esférica sacudiendo sus alas y luego las plegó a los

costados.

«Humanos de la sangre de dragones, vuestro destino es servirnos para nuestra mayor gloria. Habéis sido elegidos pues el poder corre por vuestras venas. Tendréis el privilegio y el orgullo de ir a Drakoros, a la Academia de Dragones. Allí os formaréis en el manejo de la magia y las armas para combatir en la guerra defendiendo los intereses de vuestros señores. Quienes sobrevivan a los tres años de formación servirán con honor bajo nuestras órdenes. Os convertiréis en Brujos de Dragón para mayor gloria de nuestra estirpe y lo haréis siguiendo la Senda de los Dragones. Si alguno muere en el camino significará que no era digno de seguirla» envió el dragón.

Todos recibieron el mensaje en la mente con fuerza, como si les hubiera golpeado una fuerza invisible y dejado medio aturdidos. No era tan solo una orden inexorable, era además una sentencia de muerte.

—Así será. Se formarán y servirán en la batalla a nuestros señores dragones —respondieron los brujos inclinándose en recias reverencias.

Los infelices se miraban los unos a los otros con expresiones de angustia e incomprensión. Ninguno hizo ademán de dejar de estar arrodillado por si acaso. Nahia se percató de que todos estaban tan perdidos como ella, si no más. Nadie allí sabía lo que les esperaba. El mensaje del dragón les cayó a todos encima como una enorme losa que los aplastó con una condena a muerte tallada en ella. Comenzaron a escucharse “pobre de nosotros” y “estamos muertos” entre los desventurados, que intentaban entender la situación al tiempo que trataban de controlar el miedo y la angustia en sus corazones.

«No quiero oír ni un lamento y mucho menos un sollozo. Solo los débiles sin agallas lloran cuando se enfrentan a una situación complicada. Los de sangre de dragón sonríen ante un reto y se ríen ante el enemigo. Derraman su sangre sin dudar y entregan su vida por sus señores con honor. Los débiles no sobreviven a la Senda de los Dragones, eso puedo aseguráoslo. Así que asimilad mi mensaje y hacedlo rápido o conoceréis mi ira, y la ira de un dragón no conoce piedad, ni límite».

El mensaje llegó con fuerza y un fuerte sentido de amenaza. Los lamentos y gemidos murieron al instante. La mayoría bajó la cabeza, que sentían aturdida y abrumada, evitando mirar al dragón sobre la esfera. Nahia le lanzó una rápida mirada de reojo y tuvo la impresión de que un dios en forma de enorme ave rapaz reptiliana les observaba.

El dragón rugió provocando que todos se encogieran, como si quisiera asegurarse de que entendían lo que sucedía. Luego cerró sus ojos marrones reptilianos. Incluso con ellos cerrados el dragón atemorizaba por su pura presencia de ser mitológico y bestial.

Nahia sintió un escalofrío, pero no de frío o miedo. Sentía algo diferente que no supo identificar. Se le erizó el bello de la nuca y se le puso la piel de gallina, era de lo más extraño. Miró a sus compañeros. Varios parecían estar sintiendo escalofríos y algunos se miraban los brazos donde el vello se les erizaba. Fuera lo que fuera debía de provenir del dragón. No había brisa y el clima era cálido. ¿Estaba la criatura usando su magia? Antes de que pudiera decidirse si era así o no, la gran perla blanca destelló con un brillo plateado que los deslumbró a todos obligándoles a cerrar los ojos. Ya no tenía dudas. El dragón estaba usando su poder. Para qué, no lo sabía, pero que la gran perla blanca destellara como respondiendo al dragón la dejó muy intranquila.

Llegaba el momento. Los nervios le atenazaron el estómago. Abrió los ojos con cuidado y observó. Vio que sobre la perla se formaba una gran esfera plateada. Era cinco veces el tamaño

del dragón, que permanecía quieto. La percibía translúcida, intangible. La observó mientras iba ganando consistencia. Se produjo un segundo destello plateado que surgió de la perla y de nuevo tuvo que cerrar los ojos. Al abrirlos descubrió una segunda esfera en el interior de la primera que se iba creando y tomando forma. Una tercera apareció tras un nuevo destello.

El vello de todo su cuerpo se le erizó al sentir la enorme energía mágica que desprendía la perla y las esferas sobre ella. Las tres se fueron combinando en una que terminó por crearse y tomar forma física. Era enorme, al menos tres veces el tamaño de la propia perla sobre la que se apoyaba. La descomunal esfera parecía estar rellena de plata líquida y se apreciaba cómo ondulaba. Parecía que alguien hubiera tirado una piedra a un lago de plata, solo que este estaba vertical y tenía forma esférica.

«Entrad en el portal» llegó la orden del dragón marrón. Era una orden, no había lugar a la negativa.

¿Portal? ¿Qué quería decir el dragón con portal? ¿Y cómo iban a entrar? Nahia estaba desconcertada y no era la única. Los elegidos se miraban los unos a los otros sin saber qué hacer. El chico moreno de ojos azul claro se puso en pie y avanzó con decisión, como si no tuviera miedo. La miró y Nahia entendió que era para que lo siguiera. Observó a dónde se dirigía y descubrió que a un lado de la perla los soldados habían puesto una escalera de madera. El chico de escamas plateadas comenzó a subir con facilidad. No solo era fuerte, también ágil, y por lo que parecía, muy decidido. Nahia lo siguió. Ella no era fuerte ni muy decidida, pero ágil sí. Comenzó a ascender. No lo hacía tan bien como él, por supuesto, pero tampoco era torpe, por lo que llegó arriba sin problema.

Miró hacia abajo y vio que el resto les seguían. El chico moreno estaba junto al dragón y no parecía temerlo. Tampoco lo desafiaba. Se mantenía junto al gran reptil alado, arrodillado, con la cabeza gacha y las manos a la espalda. Nahia avanzó a su lado y se situó como lo había hecho él.

«Así me gusta. Todos de rodillas, humanos. Esperad al resto. Debéis cruzar todos al mismo tiempo» ordenó el dragón.

Ambos aguardaron.

El resto comenzó a llegar y situarse a su alrededor.

—Me llamó Nahia —susurró ella con la cabeza gacha mientras comenzaban a llegar los demás.

—Yo Logan. Es mejor que guardemos silencio —aconsejó él y con los ojos le hizo una seña hacia el dragón.

Nahia lo entendió. Mejor no arriesgar y hacer enfurecer a aquella criatura. Si ya de por sí era enorme y de aspecto feroz, a su lado y arrodillada le pareció un ser gigantesco y monstruoso. Se sintió como si fuera una hormiga a la que en cualquier momento iban a aplastar. El dragón movió la cola y a Nahia casi se le paró el corazón del susto.

Resopló y tras un momento lanzó disimuladamente una mirada. Le dio la impresión de que la criatura estaba interactuando con la gran esfera de plata, que volvió a emitir un destello plateado.

Uno por uno, subieron todos los elegidos y se situaron tras ellos de rodillas. Cuando estuvieron todos sobre la perla, el dragón sacudió sus amplias alas y con un potente brinco echó a volar. Ascendió unos doscientos pasos y comenzó a sobrevolar el portal trazando círculos en el aire.

Los soldados retiraron la escalera.

«Ahora os pondréis de pie y cruzaréis el portal. Avanzad hacia él y entrad. Quien vacile, aunque sea un instante, lo pagará con su vida» El mensaje mental del dragón llevó consigo un fuerte sentimiento de orden mezclada con amenaza que todos recibieron como si los empujaran de forma brusca.

Nahia se puso en pie, miró al dragón en el cielo y luego a la esfera de líquido plateado, y suspiró con fuerza. Dio un paso al frente y Logan la siguió.

Dio dos pasos más y entró en el portal.

La oscuridad la engulló.

Capítulo 7

Un terrible dolor de cabeza y estómago la despertaron. Estaba tendida en un suelo frío y duro de roca. Nahia entreabrió los ojos y la luz la golpeó con una claridad hiriente. Se sintió muy mareada. Por un momento pensó que estaba sufriendo las fiebres del bosque rojo. Sentía la cabeza muy embotada y no podía salir de un aturdimiento que apenas la dejaba pensar. El estómago lo tenía del revés. Consiguió abrir los ojos y vio que había vomitado a un lado. Levantó la cabeza y consiguió mirar alrededor aguantándose el estómago con una mano mientras se apoyaba en la otra para medio incorporarse de costado. Descubrió al resto del grupo de elegidos desparramados por el suelo. Una parte seguían inconscientes y los otros intentaban recuperarse. Logan estaba ya de pie y ayudaba a un chico rubio.

A Nahia la cabeza comenzó a dolerle algo menos y con un esfuerzo que le pareció titánico se levantó. Estuvo a punto de perder el equilibrio e irse de nuevo al suelo, pero de alguna manera consiguió permanecer de pie. Miró al frente para intentar centrarse y ver dónde estaban y lo que vio le hizo dar un paso atrás. A unos quince pasos un dragón azul de escamas brillantes con vetas de color plata los observaba. Permanecía inmóvil, erguido, mostrando su poderosa estampa. Debía medir veinte varas de largo y sus ojos brillaban con un destello que Nahia interpretó como muy poco amistoso. Una neblina blanca se levantaba a la espalda del dragón y no había forma de ver qué había más allá.

En un intento por huir de aquel ser, Nahia miró a su espalda y descubrió que tenían la gran perla blanca a unos pasos. Era idéntica a la que habían cruzado, pero sobre esta no había un portal abierto. La neblina también la rodeaba y no dejaba ver qué había tras el objeto de poder. En medio de la confusión y del aturdimiento que sentía, se preguntó si aquella no sería la misma perla y seguían en el mismo lugar.

Enfocó la mirada y entre la niebla entrevió unas estructuras de piedra que se elevaban a derecha e izquierda. Aquel lugar no era la ciudad de Gorja. Ya no estaban allí y, por lo tanto, aquella no era la misma perla. Se aseguró de que tenía su macuto a la espalda con sus cosas y varios viales en el cinturón por si su condición volvía a salir a la luz. Todo estaba en su sitio. Eso la tranquilizó un poco, aunque no demasiado.

«¡Despertad, débiles humanos!» llegó la orden en forma de mensaje mental del dragón con un sentimiento de enfado.

La cabeza de Nahia dio un bandazo y se mareó. Estuvo a punto de volver a vomitar, pero consiguió no hacerlo y mantenerse de pie. Las dos acciones le parecieron verdaderas proezas de lo mal que se sentía. A su alrededor los gemidos y gárgaras eran más que ostensibles.

«¡En pie todos! ¡Sois una desgracia!» envió el dragón azul con desdén y rabia.

Nahia aguantó la fuerza del mensaje apretando la mandíbula y cerrando los ojos con fuerza. Luego ayudó a levantarse a una chica pelirroja que tenía a su lado y que estaba todavía más mareada que ella. Los mensajes mentales del dragón empeoraban el estado de aturdimiento y mareo de todos. ¿Por qué los enviaba si estaban todos tan mal? Lo más probable era que lo estuviera haciendo adrede. Los que estaban en el suelo se fueron poniendo en pie como pudieron, algunos por sí mismos y otros con la ayuda de los que tenían a su lado. Quedaron tres que no

parecían poder levantarse, aunque quizá no quisieran hacerlo y enfrentarse al nuevo mundo al que habían llegado y al guardián que les esperaba.

El dragón azul avanzó hacia el grupo con pesados pasos. Su presencia emanaba poder, tanto físico como mágico. Se detuvo frente a ellos y paseó su vista barriendo al conjunto con ojos reptilianos de color azulado que brillaban de odio y rabia. A Nahia aquella mirada no le gustaba lo más mínimo. Presentía que algo malo iba a suceder. Puede que solo fuera el miedo que sentía al estar frente a un imponente dragón, aunque estaba segura de estar ante un ser despiadado y monstruoso.

«Primera regla de la Senda de los Dragones que debéis aprender: los dragones no repiten las órdenes» envió y con su cola soltó un terrible golpe a los dos chicos que no habían conseguido levantarse. Ambos salieron despedidos por el aire y cayeron sobre el duro suelo. Se dieron un golpe tremendo. Nahia temió que se hubieran roto algún hueso.

«¡En pie, he dicho!» ordenó con furia el dragón azul.

—Pobres… —oyó decir a una chica de pelo castaño a su lado.

Nahia hizo ademán de ir a ayudar.

«Que nadie ayude. La Senda la debe recorrer cada uno por sí mismo. Solo los débiles y los no dignos requieren de ayuda» envió el dragón.

El mensaje llegó a Nahia con tanta fuerza que echó la cabeza atrás y no pudo moverse.

Uno de los dos chicos consiguió levantarse y avanzó dando tumbos de un lado al otro. Se sujetaba el brazo izquierdo, en el que había recibido un buen golpe. Por fortuna para él, el dolor que sentía le había hecho levantarse. El otro chico lo intentó un par de veces, pero no consiguió ponerse en pie. Su rostro mostraba que le dolía mucho. Se quedó a cuatro patas y miraba al dragón mientras sollozaba, parecía vencido. Lo intentó una tercera vez, gritó de dolor y se quedó como estaba.

«Tú no eres digno de caminar la Senda de los Dragones» envió el dragón y acto seguido abrió la boca. De ella surgió un vaho helado al que siguió un potente chorro con una mezcla de agua y aliento gélido que alcanzó al pobre chico de pleno. Nahia pensó que saldría disparado de la potencia del chorro, pero algo extraño y a la vez terrible sucedió. El potente caudal helado congeló por completo al infeliz donde estaba y el chico murió congelado en un instante.

Nahia se llevó las manos a la boca para tapar un chillido. La escena la horrorizó. Los dragones eran realmente monstruosos y despiadados. Observó el rostro del muchacho muerto, no parecía haberse dado cuenta de lo que sucedía. Su expresión congelada era de incomprensión, no de sufrimiento. Era poco consuelo, pero al menos no había sentido dolor.

«Primera baja de la cosecha de elegidos de este año. Espero que los demás hayáis aprendido la lección porque no la repetiré» envió con un sentimiento de diversión. El dragón reía su propia gracia.

A Nahia le pareció algo despreciable. Entrecerró los ojos y miró al monstruo azul. Un día pagarían por todas las muertes que habían causado, un día les llegaría su castigo por matar y torturar a personas inocentes y tratarlas como si no fueran nada. ¡Un día los humanos se liberarían de los dragones! Esa esperanza comenzó a formarse en su corazón. Pasara lo que pasase, fuera cual fuese el destino que le aguardaba, se aferraría a la esperanza de un mundo libre de dragones.

«Soy Sarre-Urdin-Olto, Guardia de la Puerta. Es mi deber velar la entrada y salida de este

lugar. Recibo y despido a quienes llegan y parten usando el portal. Para vosotros soy vuestro señor y me respetareis no solo como vuestro superior, sino como guardia de esta puerta. Recordadlo siempre. No tolero errores ni faltas de cortesía. ¡Bajad la mirada de inmediato!».

Envió el mensaje mental con tal hostilidad que todos sintieron una sacudida en sus mentes. Al instante bajaron las cabezas, nadie se atrevía a desafiar al dragón muy conscientes de que hacerlo significaba la muerte. Ningún humano podía enfrentarse a un dragón y salir victorioso. Muchos lo habían intentado a lo largo de los siglos de esclavitud y todos habían fracasado. Los dragones eran seres enormes y poderosos de fauces y garras temibles, y estaban recubiertos de escamas impenetrables que el acero no podía cortar ni agujerear. Y por si eso no fuera suficiente, su magia elemental y mental era poderosísima. Nahia sabía bien que quien desafiaba a un dragón perecía al instante, sus padres lo habían hecho y habían pagado el precio. No había otro resultado posible. Suspiró y ahogó el dolor que le nacía en el alma al recordarlos.

«Nunca nos miraréis a los ojos. Siempre mantendréis la cabeza baja y la mirada en el suelo. No sois dignos de estar en nuestra presencia. Somos seres superiores y vuestros amos y como tales nos trataréis. Nunca hablareis sin ser preguntados y siempre obedeceréis sin vacilación. Quien no cumpla estas sencillas reglas, morirá».

Nahia tragó saliva. Ya intuía que aquel lugar iba a ser terrible, y lo estaba comenzando a constatar. Escuchó algún sollozo a sus espaldas y se volvió despacio sin levantar la mirada para no encontrarse con la del dragón. Una chica lloraba. Tenía escamas marrones que bajaban desde la frente hasta el comienzo de la nariz. Era morena, de cabello largo y liso. Sus húmedos ojos verdes mostraban angustia, pero eso no le iba a gustar al dragón. Con disimulo Nahia se retrasó hasta situarse junto a ella y la agarró de la mano.

—Tranquila, no llores. Hay que sobrevivir —susurró intentando imbuirle algo de ánimo para que se calmara.

—Lo… intento… —respondió ella entre sollozos que se esforzaba por contener.

—Soy Nahia. Mantente fuerte —murmuró y le apretó la mano.

—Ana… — respondió y se secó las lágrimas con la manga.

Otra chica, la morena de pelo corto que había llegado al mismo tiempo que Nahia a Gorja, se les acercó con disimulo.

—Yo soy Maika. Nada de lloros o ese nos convertirá en un trozo de hielo —susurró inclinándose hacia delante.

Ana dejó de sollozar y agradeció a Nahia con la mirada que la consolara.

Nahia la miró sin levantar la cabeza y le guiñó un ojo.

—Mantente fuerte.

«Ahora que habéis sido recibidos y he cumplido con mi deber, formad en cinco hileras. Manteneos erguidos, como si tuvierais algo de honor, y mirad al frente. No a mí, por supuesto» ordenó el dragón.

Mirándose los unos a los otros se organizaron en función de dónde estaban y formaron las cinco filas. Las expresiones de todos eran una mezcla de tensión y miedo. A Nahia le tocó en la segunda fila y a Ana y Maika a su lado. Estaban algo a la izquierda del dragón. Una vez consiguieron formar las filas, se quedaron quietos y firmes con la vista al frente, como les habían ordenado.

Nahia intentaba ver dónde estaban, pero con aquella neblina blanca y densa que les rodeaba

solo se apreciaban la perla y algunas estructuras de roca que no podía definir. El suelo que pisaban era de piedra y tenía algunos símbolos extraños tallados alrededor de la perla formando un gran círculo que la rodeaba. Serían símbolos del lenguaje de los dragones, o quizá fueran runas grabadas con su magia. Aoma le había explicado que se podía imbuir magia a la piedra creando runas. Era una práctica muy antigua, generalmente para proteger una casa o pertenencia. Pensarlo puso a Nahia nerviosa. Quería ver cómo era aquel lugar, pero no podía. La niebla lo impedía y creaba un ambiente húmedo, frío y lóbrego que no ayudaba en nada dada la situación en la que se encontraban.

Aguardaron en formación. De súbito, de entre la niebla, un nuevo dragón descendió para posarse frente a ellos. Había aparecido de repente de la nada dándoles un susto de muerte. Más de uno había soltado un grito y varios habían dado pasos atrás. Era de color rojo y algo más grande que el azul, de unas veinte varas de longitud. Nahia empezaba a ver que había dragones de diferentes colores y tamaños, tendría su razón de ser, aunque ahora la desconocía y casi prefería no saberla.

«Atención. Este es el Sargento Mayor Irakas-Gorri-Gaizt de la insigne Drakoros, Academia de los Sangre de Dragón» presentó Sarre-Urdin-Olto.

Todos se quedaron callados y muy quietos, con la mirada baja hacia el suelo como había ordenado el dragón azul.

«¿Es la cosecha de humanos de este año?» preguntó el dragón rojo al azul.

«Sí, acaban de despertar. No parecen gran cosa, los veo débiles. No son aptos, en mi opinión. Si quieres puedo rechazarlos y deshacerme de ellos».

El dragón rojo los miró con ojos entrecerrados de color rubí.

«Entiendo. Tendremos que conformarnos con frutos marchitos este año, aunque tienes razón, son lamentables».

Nahia no sabía cómo era posible que estuvieran oyendo la conversación mental entre los dos dragones. A menos que les estuvieran enviando los mensajes a propósito para intimidar.

El dragón rojo los volvió a estudiar.

«Estáis en el reino de Cael-Utrum. Este es el sexto reino de los Dragones. Es un reino neutral y no está regido por ninguno de los cinco clanes. Aquí es donde esta Drakoros, la academia militar, a donde iréis. Sé que ahora no entendéis todo lo que os transmito, pero recordadlo, es importante» envió el dragón con enorme autoridad y firmeza.

Nahia suspiró. Aquello confirmaba sus temores. Había deseado no haber terminado en ese lugar, pero tendría que hacerse a la idea de que iba a pasar allí los tres próximos años de su vida, no quedaba otro remedio. Bueno, si no moría antes, que era una posibilidad muy real. No deseaba estar allí y mucho menos morir. Un escalofrío le bajó por la espalda y se dio cuenta de que ese era ahora su destino.

«Imagino que son los últimos en despertar de entre todos, ¿verdad?» preguntó Irakas-Gorri-Gaizt a Sarre-Urdin-Olto.

«Lo son. Los humanos son siempre los últimos en llegar y recuperarse» respondió con un tono de desprecio extremadamente claro.

«Lo imaginaba. No perdamos tiempo, ya vamos retrasados. Yo me encargo de ellos».

Los dos dragones se saludaron inclinando la cabeza.

Irakas-Gorri-Gaizt se volvió hacia ellos mientras Sarre-Urdin-Olto desaparecía entre la

niebla.

«Como es tradición entre todos los que llegan a este insigne lugar para ingresar en la academia marcial, realizaréis la Escalada, es un bonito ejercicio de aclimatación y os sentará bien. Entenderéis ciertas cosas y me ahorraré tener que explicároslas» anunció y sus ojos rojos brillaron.

A Nahia aquello no le sonó nada bien. ¿Qué era la Escalada y qué pretendía el dragón con aquello? Miró de reojo a sus compañeros. Todos estaban pensando lo mismo que ella.

«Seguidme, humanos. Hacedlo sin romper la formación y manteniendo el mismo paso. Demostradme que no sois los más ineptos de todas las razas como muchos aseguran». El mensaje no trasladaba ironía sino una mínima esperanza. Lo decía en serio.

Siguieron al dragón rojo, que se movía con bastante agilidad para el gran tamaño que tenía. Les costó un momento adecuar los pasos que tenían que dar por cada zancada de la criatura, que desplazaba su enorme cuerpo apoyándose sobre las cuatro fuertes patas terminadas en tremendas garras.

Pasaron entre la espesa niebla y Nahia sintió que se le empapaba el rostro, cabello y manos, que llevaba al descubierto. Tembló de frío. Siguieron al dragón, cuya larga cola se movía de un lado a otro, sin romper la formación, con la cabeza baja y, a juzgar por las expresiones en sus rostros, con el ánimo todavía más bajo. Nahia tuvo la impresión de que eran unos pollitos que seguían a la madre equivocada. En cualquier momento se daría la vuelta, abriría su boca y con sus enormes fauces los devoraría a todos.

Irakas-Gorri-Gaizt los condujo hasta una torre de piedra. La neblina la rodeaba pero al acercarse discernieron que era cuadrada y alta, de aspecto militar. Debía tener unas veinte varas de altura. El dragón se detuvo frente a ella, abrió las fauces y sin previo aviso envió una tremenda llamarada que barrió la base de la torre. La niebla desapareció al contacto con el fuego y pudieron ver algo más de la estructura. Luego envió otra enorme cascada de fuego hacía las alturas de la torre.

Ahora que podían ver la estructura, Nahia se dio cuenta de que la torre era algo extraña. Tenía unas cinco varas de amplitud en cada dirección, no tenía ventanas y en su parte superior se apreciaba una plataforma más ancha que la propia torre, como si fuera un techo plano. Situadas a derecha e izquierda, había dos largas rampas que ascendían desde el suelo unas cinco varas y morían en los costados de la torre.

«Es el momento de comenzar la Escalada. No me defraudéis, humanos».

Nahia sintió en el estómago que algo malo iba a suceder. Algo que podía acabar en muerte.

Capítulo 8

«Formad en dos grupos con orden y rapidez» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

La orden era simple, pero acatarla para aquel grupo de inexpertos y asustados jóvenes, no tanto. Unos iban hacia un lado y otros hacia el opuesto. Hasta ahí todo bien, pero luego al ver que no les seguían los demás, volvían y se entremezclaban de nuevo en el centro. Nahia se dio cuenta de que aquello no iba nada bien. Si no lo solucionaban de inmediato el dragón les haría pagar con sangre.

Logan agarró a un par por el brazo con cada mano y les indicó que se situaran a cada lado de una línea divisoria invisible que trazó con su pie derecho. Cuando le hicieron caso, cogió a otros dos y lo repitió. Continuó empujando a quien se despistaba al lugar que le correspondía intentando organizar el caos reinante antes de que el dragón los castigara. Nahia se situó en el lado de Logan y se llevó a Ana y Maika consigo.

Terminaron de formar, pero no eran dos mitades exactas. Había más personas en el grupo de Logan que en el otro. Como había estado organizando, algunos lo habían tomado por líder y más gente se había sumado a su mitad, incluso después de haberles especificado dónde colocarse. Era natural, pero un inconveniente en aquel momento.

«No habéis cumplido la orden. Una bien sencilla». El mensaje que les llegó fue neutro, sin furia, solo decepción.

La cola del dragón se movió y, antes de que nadie pudiera reaccionar, golpeó con fuerza a los cinco primeros del grupo de Logan que salieron despedidos para rodar por el suelo de roca. Ana agarró a Nahia de la mano con fuerza y ahogó un grito. Nahia vio la cola pasar frente a sus ojos, no la había alcanzado por dos dedos. El corazón le latía tan fuerte del susto que pensaba que iba salírsele del torso. Maika tenía los ojos tan abiertos como podía.

El dragón rojo observó a los cinco desafortunados que intentaban ponerse en pie, doloridos.

«Cumplid la orden o moriréis» envió, pero no les llegó como una amenaza, sino como una verdad inexorable.

Cuatro de los golpeados consiguieron ponerse en pie y corrieron a situarse en la otra mitad. El último casi no podía andar del golpe y comenzó a arrastrarse, intentando llegar hasta los otros cuatro.

El dragón lo observó con ojos apagados, como quien contempla algo que le decepciona tanto que lo da por perdido. Luego emitió una especie de rugido tenue.

«Qué lamentable humano… No mereces vivir. Sin embargo, hoy me siento generoso. Iba a calcinarte, pero te dejaré proseguir con tu intranscendente existencia un poco más».

El desdichado llegó hasta el resto, que lo ayudaron a incorporarse y mantenerse en pie.

«El grupo que no tiene en sus filas a ese afortunado al que acabo de perdonar la vida, id a la rampa derecha de la torre. ¡Rápido!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt con un mensaje mental acompañado de un sentimiento de urgencia.

Todos salieron corriendo hacia la rampa. Al llegar se pararon ante ella y se quedaron mirando

la gran torre que se alzaba. Nahia los observó, estaban tan perdidos como ella. Le dieron pena, la misma que sentía por sí misma y aquella horrible situación en la que se encontraba.

«El resto, id a la rampa izquierda».

Nahia suspiró con fuerza. Logan y los otros compañeros comenzaron a correr y ella los siguió presta tirando de Ana. Maika fue tras ellas. Al llegar al pie de la gran rampa descubrió que la pendiente era muy pronunciada. Las dos rampas parecían sostener los laterales de la torre. Lo pensó mejor, no, no eran para sostenerla, debían ser para subir a sus costados.

«A mi orden ascenderéis por las rampas y continuaréis subiendo hasta llegar a la cima. Quien no lo logre no será digno de caminar la Senda. Y ya sabéis lo que les ocurre a aquellos que no lo son, así que os recomiendo que os esforcéis o no volveréis a esforzaros».

—Oh, no… —Ana comenzó a sollozar de nuevo.

Nahia la miró y vio que su rostro, bello, delicado incluso, se ensombrecía. Le dio lástima, parecía frágil de espíritu. Pensó que el destino se reía de ellas, una era frágil de espíritu y la otra de cuerpo. ¿Cómo iban a sobrevivir allí?

—Tranquila, lo conseguiremos —aseguró, aunque no estaba nada convencida, por no decir que lo dudaba muchísimo. Miró hacia la rampa y luego a la pared vertical de roca de la torre y se le cayó el mundo encima. ¿Cómo iban a subir por allí? Era imposible y más para alguien como ella, débil de constitución y sin apenas fuerza física. Miró a Ana, que tampoco era muy fuerte, y luego a Maika. Ella al menos parecía mucho más competente en el aspecto físico, quizá pudiera conseguirlo.

«Subid. ¡Ya!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt con un mensaje de autoridad incuestionable.

Ambos grupos a los dos lados de la torre comenzaron a ascender por la rampa y al momento se dieron cuenta de que la superficie era lisa y resbaladiza. Parecía húmeda, como si hubiera llovido sobre ella, aunque el resto del área estaba seca. Los más osados subieron a toda velocidad, pero resbalaron y cayeron deslizándose de espaldas y haciendo caer a los que estaban detrás. En un momento el ascenso se volvió una pesadilla. Los que conseguían llegar a media rampa comenzaban a resbalar y caer hacia atrás y se llevaban consigo a varios que ascendían tras ellos. Había gritos, golpes, quejas y hasta algunos sollozos.

«Es triste comprobar cómo, en efecto, los humanos sois los más incompetentes de las ocho razas. Este sencillo ejercicio lo pone de manifiesto» envió Irakas-Gorri-Gaizt junto a un sentimiento de gran decepción.

Nahia intentaba subir por la rampa siguiendo a Maika, que lo estaba haciendo mejor que ella. Miró alrededor y se percató de que casi todos lo hacían mejor, incluso Ana le pasó por la derecha. Se sintió avergonzada, pero intentó no perder la esperanza. Se vio en serias dificultades para mantenerse en pie, así que se dejó caer de bruces sobre la plataforma, era lo único que se le había ocurrido. Una chica pasó resbalando sin control a su lado. Nahia intentó agarrarla, pero no consiguió cogerla del brazo. La pobre terminó abajo con un buen porrazo. Miró de reojo al dragón, que parecía que estaba mirándola. Nahia sintió el pánico corriendo libre por su cuerpo y se levantó como si la hubiera picado una serpiente para intentar subir de nuevo.

Tras un breve instante volvió a tirarse al suelo. La cosa iba muy mal para casi todos. Solo Logan y unos pocos habían logrado superar la mitad de la rampa. Como debía ascender, Nahia comenzó a hacerlo arrastrándose sobre la rampa como si fuera una serpiente. Para su sorpresa, empezó a pasar a varios que intentaban subir medio agachados y que se esforzaban por todos los medios en no patinar sin demasiada suerte.

Uno de los chicos grandes que iba en cabeza junto a Logan resbaló y comenzó a descender de espaldas. Descendía mientras intentaba mantener el equilibrio moviendo los brazos. Buscaba no caer y al mismo tiempo detener su retroceso, pero no lo consiguió. Se llevó consigo a un chico rubio y una chica pelirroja que no pudieron apartarse y terminaron todos al pie de la rampa.

Nahia siguió subiendo pegada al suelo y se percató de que, aunque era la que más lento iba, al menos no patinaba. Su ropa y el peso de su cuerpo parecían ejercer suficiente fricción para evitar que se deslizase. Eso la extrañó. Palpó la superficie de la rampa y la observó con detalle. No estaba mojada de la lluvia. Le habían aplicado alguna sustancia líquida y resbaladiza.

—Echaos al suelo —dijo a Ana y Maika, que se agarraban la una a la otra y estaban en serios apuros. Intentaban mantener el equilibrio sujetándose entre sí. Por momentos funcionaba, pero no del todo.

Ana la miró y asintió varias veces. Se soltó de Maika de manera desesperada y se tiró al suelo contra la rampa. Maika comenzó a patinar de lado y, al verse perdida, también se lanzó al pavimento.

—Hay que subir reptando —indicó Nahia haciendo gestos.

Maika pareció haberlo entendido y comenzó a ascender serpenteando. Ana también se puso a hacer lo mismo y tras un par de minutos eran media docena los que subían de aquella forma.

—¡Todos al suelo, contra la rampa! —gritó Nahia.

Las dos chicas de las escamas negras iban algo más arriba y al oírla hicieron caso, se pegaron contra la rampa y comenzaron a subir arrastrándose.

—¡Subid arrastrándoos! —gritó Nahia a los restantes, que no le habían hecho caso. Uno de ellos cayó rodando. Logan se echó al suelo y con él los que iban en cabeza.

Todo el grupo ascendía ahora arrastrándose como culebras de agua por la resbaladiza rampa. Los últimos que habían caído pronto alcanzaron a Nahia que, aunque avanzaba, lo hacía más despacio que el resto. Levantó la mirada y vio que Logan y otro chico rubio ya habían llegado al final.

—Ayudémosles —dijo Logan al chico rubio señalando a los que iban consiguiendo llegar.

—De acuerdo.

Ambos se pusieron a echar una mano a los que iban llegando y poco a poco todos fueron alcanzando el final de la rampa.

—Vamos, Nahia, te esperamos aquí —dijo Maika, que la miraba con sus ojos pardos mientras le hacía señas de ánimo para que continuara subiendo.

Ana llegó y se agarró a la pared. Su rostro mostraba un miedo enorme.

—Esto es una pesadilla… —comentó.

Nahia se dio cuenta de que era la última. Sintió una vergüenza tremenda, pero no se vino abajo y continuó subiendo. Ya sabía que era mucho más débil que los demás, incluso que la pobre Ana. Aquello no la pillaba por sorpresa. Cualquier ganadero, pastora y no digamos minero o minera, tenía un físico mucho más desarrollado que el suyo. ¡Qué se le iba a hacer! Tendría que arreglárselas de alguna forma. Pensó en Aoma, ella le diría que siguiera adelante, que no se rindiera nunca. La situación podía ser difícil, desesperante, insufrible incluso, pero la derrota solo llegaba si uno se rendía.

Continuó subiendo, debía seguir las sabias enseñanzas de su abuela. No podía fallarle.

—Nunca darse por vencida, siempre luchar y seguir adelante —masculló entre dientes. Si fracasaba, no sería por no haberlo intentado con todo su ser. Apretó la mandíbula.

Movió un brazo delante del otro, ayudándose de sus pies, arrastrando su cuerpo rampa arriba.

—Dame la mano —oyó decir a Logan.

Nahia levantó la mirada y se percató de que había conseguido llegar al final de la rampa. Cogió la mano del muchacho y, de un tirón, su compañero la alzó a la repisa que había al final de la rampa, como si fuera un muñeco de trapo sin peso alguno. Aquel chico era fuerte de verdad.

—Sujétate aquí —indicó y puso su mano sobre un saliente de la pared de la torre.

Nahia consiguió permanecer de pie, apoyada contra la pared de la muralla. Le pareció todo un logro haber llegado hasta allí. Solo había un pequeño problema: ahora comenzaba lo peor, tenía que escalar la pared vertical de roca.

—Vamos, hay que subir, el dragón nos observa —advirtió Maika y comenzó a escalar la pared. Nahia observó cómo lo hacía. Apoyaba manos y pies en unos salientes desiguales.

Ana se limpió la nariz con la manga de su blusa y siguió a Maika.

—Esto es terrible… —expresó y sus ojos verdes se humedecieron, apagándose.

Parecía que la pared no era lisa a propósito. Nahia entrecerró los ojos y estudió el muro que se alzaba ante sus ojos. Se había construido colocando bloques de roca que sobresalían en algunos puntos por toda la pared. Dedujo que eran puntos de apoyo que debían utilizar para subir. Estaban bastante separados y desperdigados, así que no sería fácil.

Se miró las manos y luego los pies, iba a forzarlos y mucho, y también piernas y brazos. Eso la preocupó. Tenía muy poca fuerza y todavía menos resistencia a esfuerzos continuados. Escalar aquella torre le iba a llevar una eternidad y su cuerpo no iba a aguantar. Se fijó en sus compañeros que, algo más arriba, escalaban como podían y se agarraban a cada saliente con todo su ser. Se jugaban la vida y todos eran muy conscientes. Se dio cuenta de que las chicas parecían hacerlo bien, más ágiles y menos pesadas que los chicos, que estaban teniendo problemas.

—¿Podrás subir? —preguntó Logan, que seguía abajo.

—No lo sé… hasta arriba no creo —Nahia negó con la cabeza.

Recordó que en su corta vida había intentado numerosas veces subirse a árboles y a algún que otro muro y el resultado siempre había sido el mismo: terminaba en el suelo con un buen porrazo y las posaderas doloridas. Sus manos, brazos y piernas no eran lo suficientemente fuertes para sostener su débil cuerpo, que era bien ligero. La esperanza comenzó a menguar y su espíritu se apagó. Cuanto más lo pensaba más le parecía que escalar era imposible para ella.

«Recordad que los débiles no sobrevivirán. Detenerse a ayudar no es más que una muestra evidente de falta de carácter y liderazgo. Nadie debe ayudar a los endebles. Solo un ser sin carácter se para a ayudar a otro frágil de cuerpo o espíritu» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt.

—Eso va por nosotros —dijo Logan, que con rapidez miró de reojo al dragón.

—Sí, tú sigue. Continúa con los demás, no me ayudes o ese es capaz de incinerarte.

—Lo que dice no está bien, no estoy de acuerdo. A mí me enseñaron mis padres a ayudar a quien lo necesitara.

Nahia asintió con la cabeza.

—Y es lo correcto, pero ya no estamos con nuestros seres queridos. Ahora estamos en uno de

los reinos de los dragones y tenemos que seguir sus leyes y órdenes o moriremos. Ve, te lo ruego. Sigue subiendo.

Logan suspiró.

—Agárrate fuerte y sígueme. Te iré indicando dónde apoyarte.

—Gracias. Te sigo. Tú sube.

Capítulo 9

Mientras Nahia se aferraba al primer saliente, en el lado opuesto de la torre el otro grupo ya subía. Nahia se preguntó cómo les iría.

Logan comenzó a subir con una agilidad y naturalidad impresionantes, como si toda su vida la hubiera pasado escalando torres. Ella lo siguió y de inmediato se dio cuenta de que tenía problemas tremendos para asegurarse contra la pared y no caer de espaldas. ¿Cómo lo estaban consiguiendo los demás? No era nada sencillo. No solo tenía que apoyarse bien, también sujetarse y mantener el equilibrio para no despeñarse. Y el macuto a la espalda tampoco ayudaba. Lo único que se le ocurrió fue que todos aquellos debían haber pasado tiempo subiendo a árboles, muros y tejados en sus aldeas.

—¡Vamos, tú puedes! —llegó el ánimo de Maika, que ya había ascendido hasta la mitad de la torre. Ana iba algo más retrasada, pero parecía estar subiendo bastante bien.

—Sí… —fue todo lo que pudo responder Nahia, que jadeaba por el esfuerzo y solo había escalado cinco varas.

—Tú sígueme, es más fácil de lo que parece. Pégate mucho contra la pared en todo momento —intentó animar y aconsejar Logan.

Nahia se sujetó en una piedra saliente con las dos manos y colocó los pies donde recordaba que Logan lo había hecho. Al menos tenía buena memoria.

Empezó a sentirse dolorida. No solo en dedos y manos, sino también en piernas y brazos. Miró hacia abajo y vio que había ascendido bastante, al menos para lo que ella podía, y se animó. Por fortuna no tenía mal de alturas, eso la consoló. No era tan imperfecta después de todo, solo un tanto débil de cuerpo.

Siguió subiendo, intentando copiar cada movimiento de Logan de la forma más exacta posible. De pronto sintió mucho calor y se asustó. ¿Era su condición que atacaba en aquel momento? Si era eso podía darse por muerta. Caería al suelo desde aquella altura y se partiría la espalda y la cabeza. Sintió que la angustia le atenazaba la garganta. Le costaba respirar y sentía el calor en su torso.

—No, ahora no —masculló intentando controlarse.

Respiró profundamente por la nariz y exhaló. Volvió a repetirlo. Lo hizo una tercera vez y se sintió mejor. Eso la tranquilizó un poco. ¿Había sido el inicio de uno de sus ataques? Se quedó pegada a la pared, sujetándose con la suficiente fuerza para no irse de espaldas y sin apretar demasiado para ahorrar energías. No, no había sido uno de sus ataques. El calor que había sentido era por el esfuerzo. El sudor le bañaba la frente y le caía por los brazos.

«Se me está agotando la paciencia. Sois el grupo de humanos más lamentable que he recibido en diez años. ¡Subid! ¡Alcanzad la plataforma superior!».

El mensaje mental golpeó la mente de Nahia con fuerza y tuvo que agarrarse con todo su ser para no perder el equilibrio.

Se escuchó un grito desesperado y un chico que iba delante de Logan cayó de espaldas.

—¡No! —exclamó Logan e intentó agarrarlo.

No lo consiguió. El chico se golpeó contra la rampa con un sonido seco y casi hueco para salir rebotado y terminar contra el suelo en la base de la torre. Se oyeron exclamaciones de horror y gritos ahogados.

«Un débil menos que no recorrerá la Senda de los Dragones. Llevamos ya dos y ni siquiera habéis terminado este sencillo ejercicio de iniciación. Me parece que muy pocos de vosotros, si acaso alguno, sobrevivirá toda la Senda. Esperaba que este año tuviéramos una mejor cosecha, pero ya veo que no va a ser así. No sois dignos. ¡Escalad! ¡Ya!».

Horrorizados por lo sucedido y temiendo la ira del dragón continuaron subiendo. Los que iban más avanzados consiguieron llegar arriba, se tumbaron sobre la plataforma y miraron hacia abajo. Intentaron animar y ayudar a los que iban llegando.

Nahia había rebasado la mitad de la altura de la torre y le parecía haber logrado el mayor de los hitos. Por desgracia, su logro no servía de nada. Tenía que alcanzar la parte superior o el dragón acabaría con ella. El problema era que con lo cansada que estaba y lo que le dolía todo el cuerpo no iba a poder llegar a la meta.

—Vamos, no te rindas. ¡Puedes hacerlo! —dijo Logan, que con una mano se sujetaba y con la otra le hacía gestos para que siguiera subiendo.

Nahia agradecía el ánimo. Se sentía tan endeble, tan poco valiosa… una carga.

—Sigue, Logan, no me esperes.

El joven la miró desconcertado por un momento y luego negó con la cabeza.

—Los humanos nos ayudamos. Al menos, los de mi comarca. Te espero, sigue subiendo.

Aquello mostraba el buen corazón de Logan y se lo agradecía en el alma, pero a ella la hacía sentirse muy mal. No tenía la vitalidad necesaria, siempre iba a ser una carga para todos. Siendo aquella prueba solo el comienzo, ¿cómo iba a sobrevivir cuando las cosas empeoraran? Y lo que era peor, pondría en peligro a personas nobles como Logan que quisieran ayudarla.

Maika se había detenido a tres tercios de la torre y la esperaba.

—Si yo he llegado hasta aquí, tú también puedes —dijo y le hizo un gesto de ánimo.

Ana iba soltando lamentos mientras ascendía. Por cada uno conseguía avanzar un poco. Era una técnica extraña, pero parecía que le funcionaba.

Nahia luchó contra el desánimo. Respiró por la nariz tres veces, dejando escapar largas bocanadas de aire y consiguió sentirse un poco mejor. Levantó la cabeza y vio a Logan y Maika esperándola. Si no continuaba, el dragón se iba a hartar y los calcinaría a los por su culpa. Tenía que seguir adelante. Pensó en su abuela. Tenía que conseguirlo, por ella.

—Voy… —fue cuanto pudo decir y colocó el pie derecho en el saliente donde recordaba que Logan había puesto el suyo. Comenzó a ascender hacia él. Los ojos claros del moreno la observaban con preocupación, sin duda porque podía ver que a ella le temblaban los brazos con cada esfuerzo.

—Sacúdelos —dijo Logan y sacudió su brazo derecho. Uno donde se apreciaban fuertes músculos que ella no tenía. Los suyos parecían carentes de otra cosa que no fuera algo de nervio.

Sacudió el brazo derecho como Logan le indicaba mientras se sujetaba fuerte con el izquierdo y sobre todo sus pies. Le sorprendía que sus pies aguantaran. No sabía por qué, pero era una buena noticia. Así como sus manos la estaban matando, sus pies parecían tan cómodos pisando

aquellos salientes de roca y aguantando su peso. Le pareció cuanto menos curioso, pero no le dio más importancia porque no quería gafarlo y que de repente le fallaran. Si le fallaba un pie se mataba.

Después de sacudir los dos brazos, se sacudió las dos piernas.

—Mucho mejor —le dijo a Logan y continuó ascendiendo. Sabía que aquello solo la aliviaría un rato, pero decidió aprovecharlo. El más mínimo respiro podía significar la diferencia entre vivir y morir en aquella torre interminable.

No tardó mucho en tener que detenerse de nuevo para volver a sacudir brazos y piernas. Esta vez la sensación de descanso le duró menos, pero la volvió a aprovechar para ascender un poco más.

Continuó con aquella estrategia y fue ganando altura. Logan y Maika la miraban y la animaban. Ana llegó hasta el final y la ayudaron a subirse a la plataforma, donde soltó un último lamento.

Maika fue la siguiente en llegar a la cima.

—Yo ya estoy, ahora tú —animó haciendo gestos con los brazos para que subiera.

Logan llegó también al final, pero no subió a la plataforma y se quedó esperándola.

—Aquí está mi mano —dijo y la extendió hacia ella.

Nahia vio la mano extendida y suspiró. Parecía estar tan cerca que le dio esperanzas. Pensó en ir a alcanzarla y en ese momento le pareció que estaba a un mundo de distancia. Quería llegar hasta ella, que Logan la sujetara y la ayudara a llegar a la plataforma, pero su cuerpo no podía más. Estaba exhausta, tenía las manos agarrotadas y le dolían horrores. Los brazos y piernas ya ni le respondían, los sentía sin vida alguna. Solo se mantenía sobre la pared gracias a sus pies, que de alguna forma se mantenían firmes.

Miró abajo y la altura era tremenda. No se explicaba cómo había sido capaz de subir hasta allí sin caerse y matarse. Tenía que ser por el miedo que sentía del dragón, que la observaba desde abajo, y por la ayuda de Logan. En su vida hubiera imaginado poder hacer algo así, tan exigente físicamente. Estaba muy cerca de lograrlo, el problema era que su cuerpo ya no daba más.

«El ejercicio ha llegado a su fin. Quien no esté en la plataforma no verá un nuevo amanecer» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt.

Varios de los que estaban arriba se echaron hacia atrás, hacia el centro de la plataforma, como queriendo evitar que el dragón pensara que no lo habían conseguido. Tras un momento se fueron retirando todos, incluyendo los del otro lado que ya habían ascendido. Solo quedaron Maika, que estaba tumbada en la esquina con los brazos extendidos hacia abajo, y Logan, que tampoco se movió pese a la amenaza mortal del dragón.

Nahia supo que aquel monstruo no la perdonaría. Iba a morir de una forma horrorosa. Algo se encendió en su interior, una mezcla de fuego y rabia. Su fuego interior ya lo conocía, y no era bueno. La rabia a veces le salía sin ella quererlo, como si un pequeño volcán estallara en su interior. Esta vez se combinaron ambos y sintió que sus brazos y piernas comenzaban a arder. Al fuego le siguió una explosión de energía que recargó sus miembros de fuerza y vitalidad. Las manos dejaron de estar agarrotadas, los calambres desaparecieron y se sintió fuerte.

Miró al dragón, que extendía sus alas. Venía a por ella. No iba a sobrevivir ni siquiera un día. Su cuerpo reaccionó y, propulsado por el miedo, comenzó a subir hacia Logan a toda velocidad. Iba más rápido incluso de lo que el propio joven había subido. No entendía cómo lo estaba

haciendo, pero no tenía tiempo de razonarlo. Se concentró en ascender por donde había visto que Logan lo había hecho. Tenía que escapar de una muerte cierta, su cuerpo lo sabía y le propulsaba.

Logan vio que Nahia llegaba hasta él y con expresión de sorpresa retiró la mano que ella ya no necesitaba y ascendió hasta la plataforma con gran agilidad. Se situó junto a Maika y miró hacia abajo. Nahia subía ahora como si fuera una experta escaladora, que para nada era, emulando cada movimiento de Logan. Sintió una corriente de aire fuerte que la alcanzaba por la espalda y supo que era el dragón que volaba hacia ella. No quiso mirar, si lo hacía el miedo podía distraerla y se despeñaría o se agarrotaría y el dragón la despedazaría. Apretó la mandíbula y continuó subiendo tan rápido como su cuerpo en llamas le permitía. Llegó hasta Maika y Logan. Los brazos de ambos la agarraron y tirando de ella la auparon a la plataforma.

Nahia puso los pies sobre la superficie firme y sus piernas le fallaron. El fuego que la había propulsado hasta la cima se había apagado en su interior. Se derrumbó. Ana la agarró para que no se fuera de espaldas y se quedó en el suelo sin poder levantarse. Los brazos tampoco le aguantaban.

—Lo he conseguido… —balbuceó exhausta y se quedó tendida en la fría superficie de roca.

Capítulo 10

El dragón se elevó sobre la torre pasando cerca del punto por el que Nahia acababa de conseguir ascender y los miró mientras agitaba sus enormes alas. No la había matado por muy poco. Nahia dejó escapar un largo y profundo resoplido de alivio. Estaba arriba y viva. No podía creerlo. Se había librado y no sabía cómo. De no estar exhausta, habría dado un salto y un grito de alegría, pero no podía hacer ni una cosa ni la otra, solo mover la cabeza le resultaba un esfuerzo descomunal de lo extenuada que estaba.

—Te dije que lo conseguirías —Maika se sentó a su lado cruzando las piernas y sonrió de forma tímida.

—Casi te da con las garras —dijo Ana e hizo un gesto con la mano de que se había librado de una buena.

Logan permaneció de pie mientras la miraba con expresión reservada.

—Me alegro de que lo hayas logrado —expresó tras un momento.

—Gracias… por tu ayuda… No lo habría conseguido si no me guías por la pared.

—No ha sido nada. Era lo menos que podía hacer. No iba a dejarte a tu suerte.

—Gracias a vosotras… también.

—De nada —le dijo Ana restándole importancia con la mano.

—Antes en la rampa nos has ayudado tú. Un favor se devuelve con un favor —dijo Maika con convencimiento.

—A ese… no le ha gustado que me ayudarais… —dijo Nahia que miraba a Irakas-Gorri-Gaizt sobrevolar la torre haciendo círculos.

—¿No os parece un enorme buitre sobrevolando la carroña? —preguntó Maika, que arrugó la nariz mostrando en su rostro pesadumbre.

—Somos personas, no carroña —replicó Logan con tono seco mirando también al dragón.

—No para los dragones, para ellos solo somos esclavos o alimento —se quejó Ana con voz agria.

—O soldados que mueren por ellos —expresó con rabia un chico con pecas y pelo rizado del color de la calabaza que les había oído.

Nahia miró alrededor sin apenas moverse. La mayoría del grupo estaban tumbados en el suelo o sentados, esparcidos por el tejado plano de roca de la torre. Descansaban y se recuperaban de la dura experiencia. El área en el que estaban era grande, mucho más de lo que Nahia se había imaginado mientras subía. Allí cabían un par de dragones. Se percató de que le costaba respirar. Se veía obligada a hacerlo de forma rápida y breve y le dolían los pulmones. Era un pequeño suplicio que deseó que pasara pronto. Una leve brisa fría los arrullaba y Nahia la agradeció. Le hizo sentirse mejor. Se quedó tendida en el suelo intentando recuperar el resuello y descansar su castigado cuerpo. El frío que hacía allí arriba consiguió calmarlo algo.

—Mirad dónde estamos, es impresionante… —comentó una chica delgada de cabello moreno rizado que estaba de pie señalando justo detrás de ellos, hacia el sur.

—Es horrible —expresó una chica rubia que se llevó las manos a los ojos.

Maika y Ana se levantaron y Logan se giró para mirar. Nahia hizo un esfuerzo y se puso de costado para intentar ver, pero no podía apreciar nada más que el final de la azotea donde estaban.

—Impresionante y horrible a la vez —opinó Maika con tono de angustia y ojos de inquietud.

—De aquí no hay escapatoria… —se dio cuenta Ana y suspiró.

Logan no dijo nada, pero su expresión era de preocupación.

—¿Qué sucede? —inquirió Nahia, que ya intuía que no era nada bueno.

—Mejor que te ayudemos a verlo. Desde ahí no podrás apreciarlo —Logan le hizo un gesto a Maika. Entre los dos cogieron a Nahia por los brazos y la alzaron.

—Oh… Vaya… —balbuceó ella.

Desde allí arriba podía ver el suelo bajo ellos en la parte posterior de la torre. Trazaba una forma circular irregular y acababa en un acantilado, pero no era uno normal, ni mucho menos. Al fondo del acantilado no se veían rocas en el suelo o agua de un mar o lago. Se veían nubes. Una masa blanquecina acolchada de nubes y más nubes que se extendía no solo alrededor del acantilado sino hacia el exterior cubriéndolo todo. La torre y el suelo que la rodeaba terminaban en un precipicio que daba a los cielos.

—Estamos… en el aire… arriba… —se dio cuenta Nahia.

—En uno de los reinos de los dragones en los cielos, sí… —confirmó Logan asintiendo.

—Es imposible… Eso son nubes y están más bajas que nosotros —Maika miraba con los ojos muy abiertos.

—Y allí a lo lejos, entre las nubes, se ve azul… —Ana apenas podía creer lo que estaban viendo y su expresión lo mostraba.

—Debe ser el cielo. Es… increíble —Maika sacudió la cabeza sin poder creerlo.

—Este lugar debe ser entonces una de las islas que flotan entre las nubes. Eso se dice donde yo me crie —razonó Logan.

—Sí… el brujo Drakónido que me llevó hasta Gorja me dijo que nos traerían aquí arriba —asintió Nahia—. No lo quise creer… bueno, deseé que no fuera cierto, más bien, pero veo que decía la verdad.

—Impresionante. ¿Cómo harán los dragones para que no se caiga? —Maika se preguntó en voz alta mientras se rascaba la coronilla con el dedo índice.

—Magia poderosa —replicó Ana con cara de horror.

—Entonces la niebla que nos rodeaba abajo y no nos dejaba ver, no era niebla en realidad. Eran nubes —dedujo Nahia.

Logan asintió.

—Eso parece —convino Maika.

—De aquí no se puede salir. Quien intente escapar caerá desde los cielos para morir en la tierra que nos vio nacer —Ana suspiró profundamente.

Nahia sintió que se desvanecía.

—Dejadme en el suelo, por favor. No me encuentro bien.

Maika y Logan la bajaron con suavidad.

—Reposa, te vendrá bien —dijo Maika. Le acarició la frente y sonrió.

—Gracias… —Nahia quería hacerlo, pero todo lo que había sufrido y descubrir que estaban en una de las islas en los cielos era demasiado.

—Es horrible… —continuaba diciendo Ana, que ahora lloraba. Maika se acercó y la abrazó.

—Todo irá bien. Seguimos vivas —dijo para animarla.

Poco a poco todos se fueron dando cuenta de dónde estaban y de lo que Ana ya había deducido: no había escapatoria. Si caer de la torre significaba la muerte, caer desde aquel lugar implicaba morir mil veces peor. Los rostros se fueron ensombreciendo y los espíritus apagando. Mientras todos intentaban asimilar lo que estaban descubriendo, Nahia se centró en recuperarse. No podía hacer nada sobre aquella situación en aquel momento, lo más inteligente era descansar e intentar sobrevivir. Que estuvieran allí arriba no quería decir que estuvieran muertos, al menos no todavía. Tenía que recuperarse para seguir viviendo. La fría brisa volvió y con ella se sintió mejor, aliviada.

Maika siguió el borde del acantilado con la mirada.

—Mirad allí —señaló a su izquierda.

—Parece que no somos los únicos infelices a los que han hecho escalar una torre —comentó Ana oteando hacia donde Maika apuntaba.

Logan también se volvió y miró. Su rostro reservado mostró algo de sorpresa.

Nahia hizo un esfuerzo desde el suelo para colocarse de lado y mirar en aquella dirección. Pudo discernir otra torre casi idéntica a donde estaban ellos. Un dragón la sobrevolaba al igual que lo hacía Irakas-Gorri-Gaizt. Sobre la parte superior había otro grupo de personas. Sin embargo, su aspecto era algo extraño. A Nahia le pareció que eran mucho más fuertes que ellos y una cosa la dejó muy desconcertada: tenían cuernos en la cabeza. Eso era de los más extraño. Entrecerró los ojos para intentar verlos mejor. Sí, algunos tenían cuernos como los de un toro, otros como los de un carnero… Era eso o debido al esfuerzo había perdido la razón.

—¿Quiénes son? —preguntó Ana.

—Yo diría que son Tauruk-Kapro —Maika observaba con la cabeza inclinada—. Por lo que sé tienen ese tipo de cuernos y son grandotes. No aprecio sus caras desde aquí, pero parecen enormes toros y carneros sobre dos patas… así que tienen que ser de la raza de los Tauruk-Kapro…

Logan asintió.

—No he visto nunca uno, pero lo que me han explicado sobre esa raza encaja con lo que estamos viendo.

—Son de lo más… intimidantes —Nahia les observaba y le transmitían una sensación de peligro.

—Dicen que son muy fuertes y que tienen mal carácter —explicó Maika—. Aunque puede que no sean más que rumores malintencionados.

—Fuertes parecen —midió Logan.

—Quizá sean buenos y solo tengan una apariencia ruda —deseó Ana, que se encogió de hombros.

—Ya, como los dragones… —replicó Nahia.

—Ahí vas a tener razón —cambió de opinión Ana.

—Si están sobre esa torre quiere decir que les sucede lo mismo que a nosotros —dedujo Logan—. Creo que pronto los conoceremos.

—¿Eso crees? —Maika se extrañó.

—No lo sé, quizá nos mantengan separados. ¡Quién sabe lo que los dragones traman!

—A nuestra derecha hay otra torre... con otra raza diferente sobre ella… —descubrió Maika, que seguía explorando los alrededores.

Nahia y Logan se giraron para mirar en esa dirección. Distinguieron lo que parecían seres humanos como ellos, solo que tenían algo semejante a alas plegadas a la espalda.

—Esos son Fatum, sin duda —afirmó Logan.

—Tienen que serlo, sí. Son los únicos que tienen alas entre todas las razas —estuvo de acuerdo Ana.

Nahia volvió a revolverse por el suelo hasta conseguir una posición que le permitiera verlos mejor sin ponerse de pie. Tuvo que mirar entre las piernas de varios de sus compañeros que también observaban las torres al este. Por lo que pudo distinguir, la torre era muy similar a la que habían escalado los Tauruk-Kapro. Se fijó en los Fatum y pudo comprobar que se parecían mucho a ellos, los humanos. Las dos diferencias mayores eran que tenían unas alas a la espalda similares a las de una mariposa o libélula y que tenían orejas más puntiagudas que las de los humanos. No podía vérselas desde tan lejos, pero distinguía algunas alas. Le pareció de lo más singular e interesante. Eran como humanos voladores, aunque en ese momento no pudieran hacerlo porque el dragón que volaba sobre su torre los aniquilaría y porque tenían las alas mutiladas, o eso se decía.

—Parecen primos nuestros —comentó Maika con tono animado.

—Si no fuera por las alas, pasarían por humanos —estuvo de acuerdo Logan.

—¿No parecen más delgados que nosotros? —preguntó Ana.

—Buena apreciación. Parecen más delgados y no tan altos —Maika se había llevado la mano a los ojos para ver mejor.

—Supongo que una raza que tiene alas y en algún momento pudo usarlas, por lo general, será gente ligera —razonó Logan mientras los estudiaba.

Nahia observaba a los Fatum sobre su torre y pensó en la razón por la cual los dragones habían construido varias de aquellas edificaciones. ¿Tendrían una por cada una de las razas? Podía ser pero ¿para qué? ¿Por qué no utilizar una por turnos si aquello solo era un ejercicio de iniciación? Quizá tuvieran otra función. El mundo de los dragones era todo un misterio para Nahia. Tendría que ir descubriéndolo si sobrevivía lo suficiente, cosa que dudaba, visto lo visto.

—Esto es un tanto extraño… —comentó pensativa.

—¿Te refieres a las otras razas? —Logan se volvió hacia ella.

—Sí, pero no solo eso. Me refiero a las torres, su localización y esta isla en el aire. Decidme, ¿qué veis abajo frente a nosotros?

—La gran perla blanca está en el centro, allí abajo —señaló Maika.

—¿Qué veis a su alrededor? —Nahia se sentía mejor pero sus fuerzas eran muy limitadas y decidió guardarlas por si acaso. No se puso en pie.

Maika y Logan estudiaron los alrededores de la perla desde la altura en la que estaban,

acercándose al borde. Luego regresaron con Nahia.

—Hay seis torres alrededor de la perla —contó Logan—. Y están situadas a la misma distancia unas de otras. Crean un círculo completo.

—Y en cada torre hay subida una raza diferente —dijo Maika, que se llevó la mano a la barbilla y se quedó pensando.

—Hay más. Estamos en un área de tierra en círculo rodeado de abismo —explicó Logan.

—¿Otra isla? —Nahia se sorprendió.

—Casi, hay un puente que une este lugar con lo que parece un tramo de tierra más grande.

—Sí, al norte —asintió Maika.

—Y nosotros estamos al sur, ¿verdad? —Nahia no estaba segura.

Logan miró hacia el sol.

—Es difícil decirlo aquí arriba, pero yo diría que sí, estamos al sur.

—Entonces esto es como un puerto de llegada —razonó Nahia.

—Si consideras las nubes como si fueran el mar y el portal un barco, sí, es un puerto —sonrió Maika.

Logan hizo un gesto de que tenía cierto sentido.

—Ummm… parece que cada torre tiene una delante, al otro lado de la esfera —señaló Ana.

—Sí, y delante de la nuestra está la peor de las razas —comentó Maika.

—¿Los Drakónidos? —quiso saber Nahia.

—Esos mismos. No los veo muy bien por la distancia, pero son Drakónidos. Cabeza de dragón y escamas, eso sí puedo apreciar.

Logan asintió y cruzó los brazos.

—Están en la torre justo frente a la nuestra y un dragón los sobrevuela.

—Aunque sean fieles siervos de sus amos, parece que reciben el mismo trato que las otras razas —dedujo Ana.

—Eso tendré que verlo para creerlo —expresó Nahia, que imaginaba que tendrían un trato de favor por parte de los dragones.

—Al otro lado de la perla y a la izquierda está la torre con una raza de lo más interesante —comentó Maika.

Nahia ya miraba hacia allí. La curiosidad le podía. Una cosa era lo que había oído sobre las razas en su aldea y otra muy distinta verlas allí. Era como si la mitología se tornara realidad. Había rodado sobre sí misma y conseguido un ángulo de visión bastante aceptable entre las piernas de un chico moreno y alto. Lo que descubrió sobre la torre la dejó boquiabierta. Aquellos no parecían humanos, ni primos suyos en ninguna forma. Eran leones, tigres y panteras, solo que se mantenían sobre dos patas. Por un momento pensó que la posición desde la que miraba le estaba jugando una mala pasada. No podía ser que se mantuvieran de pie erguidos.

—Eso sí que es extraño e interesante. La raza felina —comentó Logan—. Siempre he pensado que no podían ser reales.

—Son los Felidae y por lo que parece, son bien reales —comentó Maika, que estiraba el

cuello para verlos mejor.

—No puedo creer que estén erguidos como nosotros. Parecen tigres y leones de verdad —expresó Ana y se llevó las manos a las mejillas.

—Son una raza parte felina, parte humanoide —comentó Logan—. Dicen que son realmente fieros.

—Eso lo creo —afirmó Maika, que observaba con ojos entrecerrados.

—Yo no sé si quiero conocer a un león o tigre andante… —comentó Ana—. Igual me come la cabeza…

—Esperemos que no —deseó Nahia, que entendía muy bien el temor de Ana.

—Son una raza esclava como nosotros, no serán tan diferentes… —expresó Maika.

Logan no dijo nada ni en un sentido ni en el otro y se limitó a estudiarlos desde la distancia.

—Pues nos queda la raza más singular de todas, en mi opinión —expresó Maika y señaló a la torre a la derecha al otro lado de la perla.

Nahia se movió en el suelo buscando alguna forma de verlos. Apartó con la mano los pies de una chica que se había puesto delante para mirar.

—Los Escarlatum —afirmó Logan.

Nahia consiguió por fin vislumbrarlos. Lo primero que le sorprendió fue que tenían la piel de diferentes tonalidades de rojo purpúreo intenso y lo segundo los cuernos, curvados y puntiagudos. Su fisonomía era similar a la de los humanos. Le parecieron extraños y llamativos.

—Dicen en mi aldea que nunca debes fiarte de ellos —comentó Maika.

—¿No? —Nahia no sabía gran cosa sobre esa raza. Por lo que su abuela le había contado eran listos y atractivos. Todo lo contrario que los Tauruk-Kapro.

—Son muy buenos embelesando y embaucando —afirmó Ana—. O eso se dice.

—Quizá solo tengan mala fama, mejor no apresurarnos a sacar conclusiones —pidió prudencia Logan.

—Las fábulas y la mitología tienen base real, deberías hacerles caso —aconsejó Maika.

Logan inclinó la cabeza y no dijo más.

—Ahora que lo pienso… faltan dos razas, ¿verdad? —preguntó Nahia—. ¿Veis otras dos torres?

Maika y Logan miraron alrededor.

—No, solo seis torres —confirmó Maika.

—Con seis razas —continuó Logan.

—¿Y las otras dos?

Maika se rascó la coronilla pensativa.

—Por lo que tengo oído los dragones no usan a los Tergnomus y a los Exarbor para la guerra.

—¿Y eso? —a Nahia le extrañó—. ¿Por qué a ellos sí y aquellas dos razas no?

—Los Tergnomus son muy pequeños, los dragones los desprecian por su reducido tamaño. No son buenos luchadores, así que los usan principalmente para la minería, que se les da muy bien —explicó Logan.

—A los Exarbor también desprecian por su lentitud —dijo Ana—. Son una mezcla entre un árbol y un humano. Viven mucho tiempo, pero son muy lentos y apenas tienen agilidad. No sirven para la guerra y se prenden fuego con demasiada facilidad.

Nahia inclinó la cabeza.

—Tiene su sentido. Bueno, desde el punto de vista de un dragón, quiero decir.

—Un punto de vista horrible —dijo Ana.

Nahia y Maika asintieron. En eso estaban todos de acuerdo.

«Ha llegado el momento de bajar de la torre. Todos preparados» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt por sorpresa. Varios perdieron el equilibrio y se cayeron sobre el suelo de la azotea. Por fortuna, ninguno se fue abajo.

—Oh, no… —Nahia sintió que se le atenazaba el estómago. No le quedaban fuerzas para bajar.

El dragón rojo comenzó a descender de los cielos y sin avisar se dirigió al centro de la torre, donde estaban todos.

—¡Apartaos! —avisó Logan al ver que el dragón iba a aterrizar sobre ellos.

—¡Corred! —gritó Maika señalando el descanso del dragón.

Capítulo 11

Nahia comenzó a arrastrarse por la azotea como había hecho en la rampa intentando no ser aplastada por las garras del enorme dragón. Tenía los brazos muy cansados. Las piernas le respondían un poco mejor, así que las usó para propulsarse. A su alrededor todos corrían y gritaban temiendo que el monstruo alado se les echase encima.

—¡A las esquinas! ¡Quedaos en las esquinas! —gritaba Logan mientras se retrasaba junto a Ana y Maika.

Nahia llegó al borde y se detuvo. Miró hacia abajo y vio las nubes cubriendo la parte baja de la torre. Si avanzaba un poco más caería y sería su fin.

Todos corrieron hasta alcanzar las esquinas y laterales de la azotea mientras el dragón se asentaba en el centro levantando un torbellino de aire con sus impresionantes alas. La mayoría se echaron al suelo y se agarraron como pudieron para no ser arrastrados ante el serio riesgo de ser llevados por la fuerza de la corriente de aire.

«Así me gusta, insignificantes humanos. ¡Postraos! Veo que vais aprendiendo cómo debéis comportaros ante vuestros amos. ¡Aprended la lección!» envió Irakas-Gorri-Gaizt y recogió las alas a sus costados.

Todos permanecieron echados en el suelo a lo largo de los cuatro bordes de la azotea. Nahia se percató de que en la torre de al lado el dragón que controlaba a los Fatum también se había posado en el centro. Intuyó que los seis estaban haciendo lo mismo. Los Fatum y los Tauruk-Kapro estaban como ellos, en el suelo. Al ver a los dragones erguidos sobre las torres se dio cuenta de que en realidad debían ser atalayas de vigilancia. Desde allí arriba observaban y controlaban la entrada a sus dominios en aquel reino en el aire.

De pronto se escuchó un "*crac*" rocoso y bajo Irakas-Gorri-Gaizt se abrió un rectángulo en medio de la azotea. El tamaño del rectángulo era de tres varas por cada lado y estaba bajo el enorme cuerpo del dragón, que se mantenía sobre sus cuatro potentes patas. Permanecía inmóvil mirando hacia abajo, hacia la perla blanca, en el centro de aquel lugar al que habían llegado que tenía forma de círculo.

«Arrastraos hasta la abertura y bajad por ella. ¡Todos abajo! ¡Ya!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Conscientes de que si repetía la orden alguien moriría, el grupo comenzó a arrastrarse hacia la abertura. Nahia se quedó atrás, esperando, para ir la última. Cuanto más tiempo tuviera para recuperarse, mayores serían las posibilidades de sobrevivir a lo que fuera que viniera. Maika y Ana permanecieron con ella con expresión de preocupación. Logan se empezó a mover pero al ver que ellas no, se detuvo a esperarlas.

Los primeros en llegar avanzaron con expresiones de incertidumbre y movimientos temerosos hasta que alcanzaron la abertura.

—Hay varias cuerdas que bajan —comentó el primero a los que estaban tras él. El mensaje se propagó hacia atrás, pasando de unos a otros en susurros hasta llegar a Nahia, que seguía quieta donde estaba.

—¿Podrás bajar por una cuerda? —preguntó Maika.

—No lo sé, pero seguro que es mucho mejor que subir por una pared de roca.

—O que bajarla… —añadió Ana con expresión de disgusto.

—Sí, solo de pensarlo se me pone la piel de gallina…

Los primeros comenzaron a descolgarse y descender por las cuerdas.

«Con rapidez y arrojo. Los lentos y cobardes no caminarán la Senda».

La amenaza tuvo impacto inmediato y el grupo se apresuró a bajar. Los que llegaban hasta la abertura decidían rápido quién iba después. Nahia no tuvo más remedio que comenzar a arrastrarse hacia el descenso tras Logan. Ana y Maika iban con ella. Llegaron bajo el cuerpo del dragón y nada más entrar bajo su sombra, Nahia pudo comprobar lo terriblemente grandes y poderosas que eran aquellas criaturas de corazón malvado. Pasando bajo su cuerpo a rastras se sintió como una lombriz bajo una imponente águila. Y de pronto toda su esperanza menguó, no había forma humana de vencer a semejante bestia.

Llegaron a la abertura, eran los cuatro últimos. Logan miró hacia el interior y palpó una de las cuerdas.

—Arrancaos un trozo de ropa y protegeos las manos con ella. Esa soga os las va a quemar —dijo y lo hizo para enseñarles.

Ana, Maika y Nahia lo imitaron. Rasgaron sus prendas de vestir y con dos retales se protegieron el interior de las manos como mejor pudieron, envolviéndolas.

—Iré primero, imitadme —indicó Logan y se descolgó agarrándose a una de las cuerdas.

Comenzó a bajar.

Ana miró a Nahia y con cara de miedo agarró la misma cuerda que Logan y empezó a descolgarse.

—Agárrate bien —dijo Nahia temiendo que cayera.

Ana asintió y miró a Logan, que se sujetó con una mano y con la otra les indicó cómo pasar la cuerda por las piernas para ir frenando con ellas. Maika y Nahia no perdían detalle. Maika se descolgó a continuación haciendo lo que Logan les había enseñado.

Nahia miró hacia abajo y observó a los tres bajando. Fue a descolgarse, pero tuvo dudas y se detuvo, no estaba segura de poder hacerlo.

«Se acaba el tiempo, humana. ¿Siempre has de ser la última? ¿Estás poniendo a prueba mi paciencia? Porque te aseguro que no la tengo» llegó el mensaje amenazante del dragón.

La cabeza le dolía como si le hubieran clavado una púa al rojo vivo en la mente. Ese mensaje no era para todos, se lo había enviado solo a ella, no sabía cómo pero estaba segura. Debía apresurarse. Cogió la cuerda por la que Logan descendía con una mano, luego con la otra y se descolgó. Al tirón que sintió en los brazos le siguió un dolor intenso con el que casi se precipitó, pero aguantó el sufrimiento apretando los dientes. Se colocó la cuerda entre las piernas como debía y miró hacia abajo. A Maika la veía, a Ana un poco, pero a Logan ya no, estaba demasiado oscuro en al interior de la torre. La luz solo entraba por la abertura superior y el dragón estaba sobre ella impidiendo que los rayos del sol penetraran.

Comenzó a descender y le dio la sensación de que ya lo había hecho alguna vez, aunque no recordaba cuándo o dónde. Esta sensación le transmitió algo de optimismo. Sin embargo, desapareció en cuanto la oscuridad la engulló y los brazos comenzaron a dolerle demasiado.

—Tienes que aguantar… —masculló entre dientes apretando la mandíbula.

No podía verlos, pero sabía que Maika, Ana y Logan no estarían muy lejos, así que con esa certeza en mente siguió bajando. Sentía la cuerda áspera y gruesa rasparle manos y piernas. Menos mal que a Logan se le había ocurrido aquella idea para proteger las palmas o ya tendría las manos en carne viva. Para su sorpresa, sus piernas estaban aguantando bien el descenso, quizá porque necesitaba hacer fuerza con sus muslos, algo que no había usado mucho en el ascenso, o tal vez porque pesaba poco.

Continuó bajando cuando, de súbito, en medio de la oscuridad, escuchó un grito al que siguió un golpe seco. Alguien se había caído. No podían ser Maika, Ana o Logan porque el grito había sonado bastante más abajo. Nahia deseó que fuese quien fuera no se hubiera matado.

El descenso comenzó a ponerse difícil. Los brazos le dolían horrores y la protección de las manos se le había terminado de raer, así que sentía la cuerda raspando sus palmas, arrancando piel y llegando hasta la carne. No podía rendirse. Siguió bajando, pero pronto el dolor de manos y brazos comenzó a hacérsele insufrible. Aun así, no se rindió. Rendirse significaba la muerte y no podía permitirlo. No iba a dar a los dragones la satisfacción de fracasar y morir. No, lucharía hasta sus últimas fuerzas, hasta su último aliento.

Intentó con todo su ser no ceder, pero su cuerpo la traicionó y las fuerzas se le acabaron. No le quedaba nada. Estaba vacía por el esfuerzo realizado. Manos y brazos cedieron y luego las piernas.

Cayó.

Era su final. Se estrellaría contra el suelo de roca de la base de la torre.

Gritó maldiciendo a los dragones.

Un mar de brazos detuvo su caída.

—¿Estás bien? —preguntó Maika mientras la dejaban en el suelo.

—Sí… habéis parado mi caída… —Nahia no podía ver nada, estaba todo muy oscuro.

—Sabíamos por dónde bajabas —dijo Ana.

—Gracias… Gracias a todos…

—Los humanos tenemos que ayudarnos —dijo Logan.

—Sí, hay que ayudarse y sobrevivir —coincidió Maika.

—Ayudémonos todos a sobrevivir —afirmó Ana.

Se escucharon otras voces que Nahia no reconoció y que se unían a las de sus amigos, que acababan de salvarle la vida.

Se escuchó un nuevo "*crac*" y el sonido de una pared de roca rozando sobre otra al desplazarse. Entonces una abertura en forma de puerta rectangular apareció ante ellos. La luz penetró y con ella parte de la neblina nubosa.

«Salid de la torre y formad frente a ella. El ejercicio de introducción ha acabado» llegó el mensaje mental de Irakas-Gorri-Gaizt y con él un sentimiento de que estaba muy decepcionado.

Salieron frente a la torre agradeciendo la luz y el calor del sol, aunque hacía frío, y formaron como habían hecho antes, solo que a los heridos los seguían aguantando entre dos compañeros. A Nahia la sujetaban entre Maika y Logan. Al chico que se había caído lo sacaron entre otros dos y lo aguantaron en la formación. No se había matado, pero viendo la forma en la que no podía ni apoyar el pie derecho, Nahia dedujo que tenía el tobillo o la pierna rotos. A otro chico también lo sacaron entre dos. Nahia miró a Ana y le preguntó con la mirada.

—Es el chico que se había hecho daño en el brazo al principio. También se ha caído en el descenso un poco antes que tú, pero lo han recogido como a ti, evitando males mayores —explicó ella.

Nahia asintió, estaba tan cansada que no podía ni hablar. Las manos le dolían horrores y los brazos parecía que ya no funcionaban. No habían hecho más que llegar a aquel lugar y la experiencia estaba siendo una pesadilla absoluta. No podía creer la mala suerte que tenían todos los que estaban allí. Empezaba a ver que sobrevivir iba a ser muy complicado y más para ella, que era de las más débiles, si no la más débil del grupo, al menos en lo físico. Dio gracias de tener a Ana, Maika y Logan ayudándola.

Terminaron de formar y se encontraron con la gran perla blanca frente a ellos. Irakas-Gorri-Gaizt descendió hasta situarse dándoles la espalda y mirando hacia la perla. Agitó las alas con fuerza y usando su aliento ígneo despejó un área de neblina. Pudieron ver que a derecha e izquierda otros dos dragones hacían lo mismo.

Al despejarse más el lugar, apreciaron frente a la torre a su izquierda a los Tauruk-Kapro, que aguardaban tras un dragón blanco del tamaño del Gorri. Nahia los observó con interés. Eran más grandes y fuertes de lo que le habían parecido sobre la torre. Llevaban unas vestimentas de cuero muy sencillas que colgaban de sus torsos y bajaban hasta sus cinturas para continuar a modo de faldas cortas. Sus rostros eran una mezcla entre el de un toro y el de un humano. La verdad era que tenían un aspecto antropomórfico.

Parte de los Tauruk-Kapro los observan a ellos y otra parte observaban a los Fatum. Nahia se fijó en la raza alada, a los que ahora también podían ver mucho mejor frente a la torre a su derecha. Un dragón de color azul estaba frente a ellos. Si los Tauruk-Kapro le parecían más grandes y bestiales, los Fatum daban la impresión de ser algo más pequeños y frágiles que los humanos. El contraste era significativo. Quizá fuera solo un extraño efecto óptico y su vista la estaba engañando. La verdad era que estando en un estado tan lamentable como en el que ella se encontraba, que viera mal o incluso doble le parecía de lo más natural. Vestían similar a ellos, aunque mucho más elegantes, con pantalones y camisas de materiales mejores que el cuero, la lana y el lino que ellos usaban. Los patrones también parecían más refinados.

«Preparaos para avanzar a mi orden. Cruzaremos el Puente del Cielo. Desde allí accederemos a la Plaza de la Neutralidad y nos dirigiremos a Drakoros, vuestro nuevo hogar» anunció Irakas-Gorri-Gaizt.

Los primeros en ponerse en marcha fueron los Felidae, que siguieron a un dragón marrón. Nahia pudo constatar que eran grandes felinos, solo que caminaban sobre dos patas. Eran enormes y poderosos, en especial los leones y tigres. Desde luego eran más grandes y de aspecto más feroz que los humanos. La impresionaron. Otro aspecto que la sorprendió fue que vestían prendas de cuero curtido hechas acorde a sus cuerpos. Se le hacía muy extraño verlos caminar erguidos en formación tras el dragón. Se preguntó si estarían igual de molestos y perdidos que ellos. Quizá fuera así. Le dio la impresión de que los Felidae eran una raza que respetar. Avanzaron hacia el puente que se veía al norte y lo tomaron.

Los siguieron los Drakónidos liderados por un dragón de color negro. A Nahia le sorprendió ver un dragón de ese color, tenía un aspecto de lo más intimidante. Parecía una representación del mal, de la muerte incluso. Sus escamas no brillaban, no reflejaban la luz, parecían devorarla cuando las tocaba. Sintió un escalofrío. Los Drakónidos no la sorprendieron, pues los conocía. Eran la única raza que tenía permitido salir de su nación y entrar en otras. Lo hacían sirviendo a los dragones como soldados, escribas o brujos. Marchaban orgullosos tras sus señores vistiendo

túnicas de colores con dibujos de escamas.

Si los Drakónidos no la sorprendieron, los Escarlatum lo hicieron y mucho. Eran una raza de lo más singular. Sus pieles de diferentes intensidades de rojo purpúreo y sus cuernos puntiagudos, además de sus ojos rubíes, les daban un aspecto que era imposible evitar mirar. En cuanto a su físico era similar al de los humanos y muy bien proporcionado. Eran atractivos, lo que le llamó la atención. Vestían ropajes ajustados que ensalzaban sus cuerpos curvilíneos. Sin embargo, y aunque fueran atractivos, había algo en ellos que a Nahia le hacía desconfiar. Los observó un momento y le dieron la clara impresión de que no eran muy recomendables. Era mucho deducir, y quizá estaba muy equivocada, pero esa era la primera impresión que le transmitían.

Los Tauruk-Kapro y el dragón azul que los lideraba fueron los siguientes en dirigirse al puente.

«Atención. Marchamos» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt y comenzó a avanzar hacia el puente.

De inmediato todos lo siguieron intentando mantener un ritmo que pareciera algo marcial. Entre las personas que tenían que llevar entre dos y la angustia de otros, no consiguieron mantener un paso muy constante. Iban mirando la espalda del gran dragón rojo por si decidía darse la vuelta e incinerarlos a todos por ser un grupo tan patético.

Nahia apenas podía pensar de lo cansada que estaba, solo deseaba cruzar el puente y seguir con vida.

Capítulo 12

Llegaron hasta el puente. Era amplio y ascendía para luego volver a descender. Desde el extremo por el que accedieron no se veía el lado opuesto, donde desembocaba. Irakas-Gorri-Gaizt avanzaba con grandes pasos y el grupo intentaba seguirlo lo mejor que podía. El puente era tan ancho que cabían seis dragones en él, uno junto al otro.

—Puedo intentar andar… —dijo Nahia a Maika y Logan. Se sentía avergonzada de que tuvieran que llevarla. Era una carga y lamentaba que tuvieran que ayudarla por su propia debilidad física.

—De eso nada, no puedes con tu alma —se negó Maika.

Logan no dijo nada, pero negó con la cabeza.

—Vosotros también estáis cansados… No tendríais que llevarme…

—Pero si pesas menos que una pluma —dijo Maika—. Ni siento que te llevo.

Nahia sabía que no era del todo cierto, pero agradecía que Maika le restara importancia.

—Yo os doy relevo cuando queráis —se ofreció Ana voluntariosa.

Maika y Logan asintieron y continuaron llevando a Nahia que apenas apoyaba los pies en el suelo de roca del puente.

Alcanzaron el punto más elevado y entendieron por qué se llamaba Puente del Cielo.

—Estamos cruzando el vacío —comentó Maika.

—El cielo… —añadió Ana.

Logan miró a derecha e izquierda. Todo lo que se veía eran nubes y cielo azul. Asintió varias veces, impresionado.

—Este puente une los terrenos de llegada con lo que debe ser el reino —comentó Ana, mirando atrás hacia la perla y luego al frente.

Nahia la imitó y vio que los Fatum los seguían, liderados por el dragón azul. Se dio cuenta de que el puente estaba rodeado de nubes, no en la distancia en el cielo, sino a su lado, a la misma altura. Eran blancas como la nieve, lo rodeaban y pasaban por debajo. Tuvo la extraña sensación de estar cruzando un mar infinito. Era de lo más extraño y como sacado de un sueño. Cruzaban un océano de cielo sobre un puente. El problema era que la situación en la que estaban envueltos convertía aquel sueño en pesadilla. Bajó la mirada al suelo para asegurarse de que era de roca y que el puente era sólido. Todo aquel lugar parecía flotar entre las nubes, lo que era de locos.

Resopló intentando asimilar todo lo que veía. El cielo sobre sus cabezas estaba en algunas partes despejado y era de un azul muy celeste, el más celeste que había visto nunca. La brisa era fresca y comenzaba a tener bastante frío. Al darse cuenta de dónde estaba, entendió el porqué de su respiración entrecortada y rápida y aquella temperatura baja. No le sucedía nada, era por la altura a la que estaban. Cuanto más arriba se subía en las montañas, más costaba respirar y más frío era el aire. Estar entre las nubes estaba provocando los problemas de respiración que sufría. Tendría que andarse con cuidado porque podía perder el conocimiento, como ocurría a grandes alturas. Una cosa más de la que preocuparse, como si no tuviera ya bastantes.

Terminaron de cruzar el puente y al llegar al otro extremo se encontraron con una muralla y un gran arco. No tenía puertas. Pasaron por debajo y entraron en una gran plaza rectangular amurallada en sus cuatro lados. Vieron que había otras tres arcadas más. La muralla tenía unas treinta varas de altura. La plaza era inmensa, de un par de miles de varas en todas las direcciones y con suelo de piedra. Miles de cuadrados de roca la formaban. Pero lo sorprendente no era eso. Lo que dejó a todos pasmados fue que en cada baldosa de roca había insertadas piedras preciosas que brillaban a la luz del sol. Toda la plaza emitía infinidad de destellos cristalinos a intervalos variables, como si siguiera el compás de una canción que cantara el sol con sus rayos de luz.

—Esta plaza es… irreal… —comentó Ana barriéndola con los ojos muy abiertos.

—¿Son diamantes? —preguntó Maika—. No puede ser, ¿verdad?

Logan observó el suelo y arrugó la frente.

—Los dragones aprecian las joyas preciosas, podría ser.

—Pero son miles… miles de millares —comentó Ana.

Nahia tenía la misma duda, pero no dijo nada para ahorrar las escasas fuerzas que le quedaban. Estaba tan mal que hasta hablar le costaba.

—Es posible que sean diamantes u otras piedras preciosas y las usen como decoración —aventuró Logan.

—¡Por los cielos, qué desperdicio! —exclamó Maika.

—Shhh… Susurra, que no te oiga el dragón —advirtió Ana.

No dijeron más. Los susurros y exclamaciones llegaron desde otras partes. No eran los únicos que estaban deslumbrados por el suelo de aquella plaza, las otras razas también murmuraban y exclamaban ante semejante despliegue de riqueza y despilfarro.

Avanzaron anonadados y descubrieron que en el centro de la plaza había tallados en el suelo en color plata tres círculos concéntricos enormes que rodeaban una gran fuente de bellas formas. De pronto, como si supiera que se acercaban, la fuente propulsó un chorro de agua a más de quince varas de altura. Varios de los integrantes del grupo se asustaron y perdieron el ritmo. El avance y la formación sufrieron, así que tuvieron que corregir de inmediato y volver a sus posiciones. Irakas-Gorri-Gaizt les lanzó una mirada de enfado. Todos temieron por sus vidas.

La fuente en realidad parecía un géiser. Nahia se preguntó si el agua estaría fría o caliente. Seguro que estaba hirviendo, teniendo en cuenta que había sido construida por dragones o alguna de las razas esclavas para su disfrute. Nahia no se imaginaba a los dragones tallando fuentes o construyendo torres y murallas. No, aquello lo habían construido las razas esclavas, seguro. Eso o los dragones tenían algún tipo de magia que les permitía hacerlo. Por alguna razón eso no le encajó, tenían alientos de fuego y magia mental, pero dudaba que tuvieran algún tipo de magia de construcción.

Según avanzaron siguiendo a Irakas-Gorri-Gaizt y el resto de las comitivas que iban por delante, Nahia pudo ver que en las cuatro direcciones cardinales había una puerta en arco. Ellos habían accedido por la puerta sur y se dirigían a la norte cruzando la inmensa plaza. Las puertas eran tan grandes que varios dragones podrían pasar por debajo al mismo tiempo.

«Esta es la Plaza de la Neutralidad. Al sur se encuentra la Puerta del Puente del Cielo que hemos dejado atrás. Al norte la Puerta de Drakoros, Academia de los Sangre de Dragón, a donde nos dirigimos. Seguid y mantened el paso y la formación. El que se quede atrás y me desprestigie morirá». La amenaza golpeó la mente de todos como un latigazo, aunque provocó que avivaran

el paso e intentaran no romper la formación.

Cruzaron la plaza y a Nahia le pareció que tardaron una eternidad de lo inmensa que era. Empezaba a entender que en el reino de los dragones todo era de proporciones descomunales. No le pareció extraño, construirían las cosas a su medida, la de seres titánicos, no a la de sus diminutos esclavos. Viendo las otras dos puertas, al este y al oeste, se preguntó a dónde conducirían. Irakas-Gorri-Gaizt no las había mencionado, por lo que no debía interesarles, o quizá estuviera prohibido cruzarlas. Fuera como fuese, la dejó intrigada. ¿Qué más cosas había en aquel reino neutral en los cielos aparte de la Puerta del Puente del Cielo, aquella Plaza de la Neutralidad y Drakoros, la academia marcial?

La curiosidad la atacaba con cada paso que daban. Quería ir a una de las dos puertas laterales y echar una ojeada al otro lado. Un dolor agudo le subió por el costado debido al castigo físico que su cuerpo había recibido y decidió que no era el momento, ni tampoco una buena idea. La imagen de un dragón arrancándole la cabeza de un mordisco por haberla sacado por la puerta le saltó a la mente y le quitó todas las ganas de curiosear. Quizá un día lo descubriera, pero no iba a ser ahora.

Llegaron al final de la plaza y Ana le dio relevo a Maika. Logan no quiso que lo sustituyeran y negó con la cabeza con contundencia. Nahia no podía agradecerles lo suficiente a Ana, Maika y Logan que la ayudaran. Lo intentaba y las palabras se le atragantaban en la garganta de la emoción. Quería decirles que ya estaba mejor, que podía caminar sola, pero no era verdad. Estaba mal y por el momento no podía arreglárselas por sí misma. Esperaba recuperarse, lo que no sabía era si lo lograría antes de agotar a sus compañeros. Volvió a sentirse fatal por ser una carga para ellos. No era del todo su culpa y lo sabía. Había nacido así, con aquella debilidad física. Y tampoco había pedido estar allí, la habían obligado. Aun así, en aquellos momentos, ser consciente de ello tampoco la consolaba.

Pasaron bajo la puerta norte siguiendo el gran desfile que parecían formar. Los humanos tenían problemas para mantener la formación y el paso, pero no eran los únicos. Las otras razas parecían tenerlos también. Nahia imaginó que, a excepción de los Drakónidos, que seguro que ensayaban formaciones y desfiles militares antes de ser seleccionados, el resto de las razas tendrían problemas. Los Fatum, a los que veía detrás, claramente los tenían y llevaban más heridos que ellos.

Tras dejar atrás el gran arco llegaron a lo que parecía un inmenso jardín muy bien cuidado. Un amplio camino de piedra de más de cien pasos de ancho lo cruzaba y lo tomaron sin miramientos. Sin embargo, a ambos lados se apreciaban unos jardines maravillosos. Había rosas, lavanda, azaleas, amapolas, jazmines, claveles, lirios y gran cantidad de diferentes flores y plantas realmente preciosas, hasta orquídeas. Sus aromas les llegaron embriagadores y Nahia miraba a todos lados encandilada. No podía creer que los dragones apreciaran la belleza de delicadas flores y mantuvieran semejantes jardines dignos de auténticos reyes.

—Esto es increíble —comentó Maika.

—Más que eso, teniendo en cuenta dónde estamos —añadió Ana que pese a no ser tan fuerte como Maika aguantaba bastante bien.

Logan miró alrededor, llenó los pulmones del perfume encandilador de las flores y asintió.

—Sorprendente.

Nahia observó hacia el este y luego al oeste y se percató de que tras los grandes jardines se

alzaban bosques de frondosos árboles. Unos caminos de piedra algo más estrechos, con cabida para un par de dragones, surgían de la vía principal y se perdían en los bosques.

—¿Creéis que alguien podría escapar y esconderse en esos bosques? —preguntó Maika con una inflexión que sonaba a deseo.

—Eso es muy arriesgado. Yo no me atrevería… —negó con la cabeza Ana.

—No llegarías. El dragón te alcanzaría —dijo Logan con tono de que era mala idea.

—Supongo que tenéis razón… es que está ahí mismo… dan ganas de lanzarse a correr.

—Las distancias planas engañan a la vista. Creo que esos bosques están bastante lejos —la intentó disuadir Ana.

Nahia se percató de que en efecto todo allí era planicie y no había montañas. Era como si un dios hubiera cortado con un filo descomunal toda la superficie de leguas a la redonda y construido caminos, plazas, jardines y bosques sobre el corte plano.

—Seguro que alguien lo ha intentado antes. Si a mí me dan ganas a otros… —comentó Maika y se interrumpió. Como si le hubiera oído, un Fatum a sus espaldas comenzó a correr por uno de los caminos laterales entre los jardines.

Corría como el viento entre las flores y plantas en dirección oeste.

—¡Oh…! —Ana echó la cabeza atrás al darse cuenta.

—Disimulad, que tenga una oportunidad —pidió Logan.

—No miréis —dijo Maika a los que tenía al lado, que ya se habían percatado.

Nahia vio que por delante de ellos un Tauruk-Kapro hacía lo mismo huyendo hacia el este.

—Otro que lo intenta… —murmuró Ana y se calló de inmediato.

Las exclamaciones de sorpresa y apoyo al intento de huida fueron acalladas rápidamente para que los dragones no se percataran y los fugitivos tuvieran una oportunidad. Por un momento todos observaron con disimulo, en silencio, esperando que lo lograran, deseando que no fueran descubiertos en su intrépido intento de fuga.

De pronto el dragón azul que lideraba a los Fatum desplegó las alas y con un fuerte brinco echó a volar.

—Oh, no… —se lamentó Ana entre dientes.

—Que no lo alcance… —deseó Maika.

El Fatum corría a gran velocidad, parecía muy ágil y rápido. Tenía los bosques del oeste muy cerca. Nahia deseó que llegara, que con un último esfuerzo lograse internarse entre los árboles y desparecer en su espesura. Alentó de forma callada al joven Fatum. Quizá podía extender sus alas y planear la distancia que le quedaba.

En ese momento del cielo descendió el dragón azul en su dirección. Abrió la boca y de ella salió un chorro potente y largo de agua helada que alcanzó al Fatum cuando le quedaba ya nada para llegar a los árboles. Quedó congelado donde estaba en postura de carrera. No consiguió escapar ni salvar la vida y murió congelado. El dragón azul se elevó a los cielos y rugió victorioso.

Nahia miró hacia el lado contrario, donde el Tauruk-Kapro corría todo lo que podía. Al ser mucho más grande y pesado que el Fatum no iba tan rápido. Le estaba costando bastante más cruzar los jardines para llegar a los árboles del este. En el cielo vio al dragón blanco, que lideraba el grupo de enfrente, y ya volaba para darle caza. Nahia supo que no lo iba a conseguir. Aun así

cerró los ojos y deseó que lo hiciera, que de alguna forma pudiera recorrer la distancia que le faltaba hasta alcanzar el bosque sin que el dragón lo matara. Abrió los ojos con miedo por el desdichado y vio cómo el dragón descendía sobre el Tauruk-Kapro y le enviaba desde sus fauces un caudal terrible de rayos y relámpagos como salidos de la peor de las tormentas. Los rayos alcanzaron al fugitivo y lo electrocutaron causándole la muerte al instante. Cayó al suelo convulsionando.

—Qué horror… —se lamentó Ana y comenzó a llorar.

—Déjame que te releve —dijo Maika y cambiaron de posición. Ana estaba muy afectada y sus pocas fuerzas la abandonaron.

Nahia vio cómo Maika la sostenía y se lo agradeció con una mirada.

—Saldremos de esta —dijo Maika.

Nahia quiso creerle, pero tras lo que acaban de ver, lo dudaba mucho.

«A este lugar lo llamamos los Jardines de la Esperanza Baldía, estoy seguro de que entendéis el motivo. También espero que hayáis captado el mensaje subyacente en este lugar. No hay posibilidad de huir, no hay esperanza de escapar. Es inútil siquiera pensarlo. Si no habéis entendido el mensaje os aliento a que salgáis corriendo para cruzar los jardines e intentéis llegar a los bosques. Me encantará enseñaros la lección con fuego» envió Irakas-Gorri-Gaizt junto a un sentimiento de reto. Nadie se atrevió a intentarlo, era una locura siquiera considerarlo.

Las comitivas reanudaron la marcha una vez que los dos dragones volvieron a sus posiciones de liderazgo. Cruzar los maravillosos jardines tenía ahora un sentido menos poético y más drástico. Eran como un espejismo en el desierto para alguien que no tuviera agua. Daban esperanza al alma donde no la había para el cuerpo. Quien intentara cruzarlos moriría.

Ana y Maika se cambiaron de nuevo cuando llegaron al final. Logan solo negó con la cabeza cuando le preguntaron si quería que lo relevaran. Nahia sintió una gran admiración por él. No solo no se quejaba por tener que cargar con ella todo el trayecto sino que no quería que otro tomara su lugar y lo hacía de corazón y sin protestar ni pedir ningún reconocimiento. A Nahia le pareció un chico increíble.

Al finalizar los jardines y continuar por el amplio camino empedrado, divisaron unas murallas de más de treinta varas. Detrás de estas distinguieron varios edificios de piedra rectangulares, sólidos, altos y regios, de más de cincuenta varas de altura. Nahia supo que eran edificios militares, pues parecían un enorme castillo junto con varias fortalezas a sus lados. Tras ellos se apreciaban montañas en la distancia, contra el firmamento. Esto le pareció sorprendente. Por fin se divisaban montañas en el paisaje.

«Atención. Estamos ante la insigne Drakoros, Academia de los Sangre de Dragón. Contemplad lo magnífica que es y mostrad respeto» envió Irakas-Gorri-Gaizt junto a un sentimiento de gran orgullo.

Nahia recibió el mensaje y el sentimiento como si le cayera encima una cascada de agua. Se dio cuenta en ese momento de que los dragones podían no solo transmitir mensajes y sentimientos duros y malignos, sino también positivos. De hecho, se sintió mucho mejor, aunque solo fuera por un momento. Se detuvieron a las puertas de las murallas. La primera comitiva parecía estar pidiendo permiso para acceder al gran complejo militar.

Nahia observó el inmenso castillo en el centro, las altísimas murallas que rodeaban todo el lugar, la veintena de atalayas a lo largo de la muralla con dragones apostados en ellas y supo que

una vez entraran en aquel sitio no habría escapatoria posible. La academia parecía una majestuosa y descomunal fortaleza sin salida para ellos.

—Es lo más increíble que he visto en mi vida —expresó Maika.

—Es grandioso, quita la respiración —Ana miraba anonadada.

Hasta Logan parecía muy sorprendido y observaba con grandes ojos. No dijo nada, solo sacudió la cabeza como si aquello no fuera posible.

Nahia miraba intentando asimilar lo gigantesco y esplendoroso que era aquel castillo-fortaleza y los edificios que lo rodeaban tras las murallas. Su mente estaba teniendo serios problemas para poder entender cómo era posible que algo tan inmenso y regio existiera. No tenía palabras.

Las puertas de entrada a la academia tenían más de treinta varas de altura y otras diez de amplitud. Según pasaban por ellas, Nahia pudo ver que en las dos hojas de las puertas, que parecían de plata sólida, había grabadas varias runas enormes y un sello en cada una con la imagen de un dragón de perfil mostrando sus fauces y garras de forma amenazante. No tenía ni idea de qué significaban, pero tuvo la sensación de que aquel era un lugar de guerra, de agresión.

—Empiezo a sentir mucho miedo… —confesó Ana.

—Tranquila, no eres la única —la intentó consolar Maika.

Nahia miró alrededor y se percató de que el resto del grupo también estaba asustado y con ganas de salir de allí corriendo. Nadie se atrevió, pues sabían lo que les esperaba de hacerlo.

Entraron en el enorme recinto militar y avanzaron desde la puerta sur hacia el castillo que se alzaba en el centro. Según se acercaban empezaron a notar ciertos detalles que los dejaron sin habla. Toda la fachada principal del castillo y la de los edificios adyacentes estaban recubiertos de piedras preciosas y tallados de estilo rúnico en plata bordeaban las ventanas y cornisas de los edificios. Las puertas de todos, que eran más de una docena y de oro puro hasta donde podían ver, tenían grabados en plata.

Sin embargo, lo que más sorprendió a Nahia no fue eso, sino lo inmensamente grande que eran todos los edificios, el patio donde estaban, las murallas que los rodeaban, las atalayas… todo era gigantesco, del tamaño de los dragones.

Las comitivas se detuvieron frente al castillo.

«Bienvenidos a Drakoros, aquí se forjará vuestro destino. Los que sean fuertes de cuerpo, mente y magia sobrevivirán y tendrán un porvenir de gloria. Los que sean débiles en cualquiera de los tres atributos mayores fracasarán y morirán en la Senda de los Dragones. Vuestro es el destino, nuestra la Senda».

Con aquel lapidario mensaje Irakas-Gorri-Gaizt les daba la bienvenida a la academia militar. Nahia tuvo claro que pocos de ellos sobrevivirían. Quiso pensar que ella lo lograría, pero al verse apoyada en sus compañeros supo que si alguien tenía pocas posibilidades de sobrevivir allí era precisamente ella.

Capítulo 13

La comitiva con los seis grupos de elegidos de aquel año entró en la gran plaza de armas frente al majestuoso castillo. Según llegaron frente al colosal edificio, los dragones se fueron situando tres a cada lado de las grandes puertas de oro. Irakas-Gorri-Gaizt se situó a la izquierda siguiendo el orden en el que llegaban. Se detuvo y se giró por completo encarando a sus humanos. Parecía querer asegurarse de que sus polluelos estaban todos allí.

«Formad donde estáis y guardad silencio absoluto. Os quiero a todos como estatuas de piedra. El que me deshonre aquí morirá al instante» envió y se quedó con la cabeza alta, erguido y dando la espalda al colosal castillo.

Siguieron la orden con rapidez y permanecieron tan estoicos como les fue posible. Nahia les indicó a Maika y Logan que no la sujetaran, no quería correr riesgos y que el dragón los incinerase. Por fortuna, algo de vitalidad había regresado a su cuerpo y pudo mantenerse de pie y quieta. Maika y Logan la miraban de reojo por si necesitaba ayuda, pero ella les dijo con la mirada que estaba bien para no asentir y que se considerara que se había movido.

Vieron que el resto de los grupos se colocaba también de la misma manera. Los otros dragones debían haber dado la misma orden. Los seis grupos formaron, tres a cada lado de las puertas, dejando diez pasos de separación entre ellos. Nahia miró y vio que tenían a los Tauruk-Kapro a su izquierda y a los Fatum a la derecha. Al otro lado de las puertas formaban los Felidae, luego los Drakónidos y por último, los más alejados, los Escarlatum.

Todos aguardaron en silencio. Nahia observó alrededor y se dio cuenta de que todos los grupos tenían un número parecido de integrantes. Si la vista no le engañaba, los componían alrededor de dos decenas por cada grupo, después de las bajas que habían sufrido en la llegada. No había una raza que tuviera un número mayor o menor que fuera significativo y eso le pareció curioso. ¿Sería coincidencia o habría un motivo por el que aquello era así? No lo sabía. Ni siquiera sabía si las poblaciones de las diferentes razas eran parecidas o había mucha diferencia entre unos y otros. Se dio cuenta de que sabía muy poco de Kraido y sus razas y mucho menos de los dragones y sus reinos entre las nubes. Todo aquello siempre le había parecido lejano cuando estaba en su cabaña con su querida Aoma. Nunca le había dado mucha importancia ya que en realidad no la tenía en lo que era su tranquila vida. Ahora se veía en medio de aquella pesadilla y todo lo que nunca la preocupó por sentirse a salvo y alejada, comenzaba a tener importancia.

Las puertas del solemne y radiante castillo se abrieron sin hacer el más mínimo ruido, como si no pesaran y no rozaran la roca del edificio o el suelo, y un dragón enorme surgió del interior. Era rojo con vetas lilas que le bajaban por una espalda crestada y de un tamaño imponente, bastante más grande que Irakas-Gorri-Gaizt, de cerca de cincuenta varas de longitud. Su aspecto intimidaba, no solo por su enorme tamaño sino por su cabeza, con cuernos largos que se curvaban hacia atrás y unos ojos rubíes que parecían arder. Con él iba otro dragón de color blanco con vetas también lilas en los costados. Era algo más pequeño, pero también más grande que Irakas-Gorri-Gaizt, de unas cuarenta y cinco varas de longitud. Ambos eran magnificentes y terroríficos al mismo tiempo.

El dragón rojo se detuvo frente al castillo sin entrar en el patio donde todos formaban y soltó un profundo rugido seco y corto, como para llamar la atención hacia su persona, como si fuera a anunciar algo. El otro dragón se detuvo a su lado y también rugió una vez. Parecía que pedía atención para el dragón rojo.

«Bienvenidos a Drakoros, Academia de los Sangre de Dragón. Soy el coronel Lehen-Gorri-Gogor líder ejecutivo de esta institución de formación marcial. Mi parecer es la ley, la vida y la muerte aquí. A mi lado está el comandante Bigaen-Zuri-Indar, segundo al cargo en la dirección de esta escuela ilustre, afamada y con larga tradición militar» envió el dragón rojo junto a un fuerte sentimiento de autoridad que obligó a todos a encogerse.

El dragón blanco soltó un rugido tremendo, seco y corto, presentándose.

El coronel los miró a todos con su intensa mirada de fuego y levantó la cabeza para volver a dirigirse a ellos.

«Soy un dragón milenario. Ahora no entendéis qué significa eso, pero lo haréis. Soy duro, inflexible y me rijo por la más pura disciplina. También soy justo, aunque eso vuestras inferiores mentes es más que probable no lo lleguen a comprender. La disciplina es imperativa aquí. Seguiréis toda orden de un dragón, sea cual sea su rango, sin la más mínima dubitación. Aquel que rompa esta simple regla, morirá. No hay excepciones. Aquel que sea disciplinado y cumpla con todo lo que se le ordene al instante, puede que sobreviva. La formación que se os impartirá en esta academia es marcial y aprenderéis a servir a vuestro propósito en los ejércitos de los dragones».

Nahia miró a Ana y Maika. En sus ojos vio que, al igual que ella, se temían lo peor. Aquellos dos dragones eran terribles y el mensaje del líder de la academia no les proporcionaba tranquilidad, precisamente. Ana tenía los ojos húmedos. El único que parecía entero era Logan, que fruncía el ceño.

«Estáis desorientados, angustiados, afligidos. Es natural pues os acaban de arrancar de vuestras tranquilas, pacíficas e insignificantes vidas para traeros a servir a este insigne y glorioso lugar. En esta academia se estudia la Senda de los Dragones y se domina el arte de la guerra y la conquista. Debéis entender que es un honor enorme el que se os hace dándoos la oportunidad de formaros aquí. Pocos son los de nuestra sangre, los elegidos entre las razas inferiores que tienen el privilegio de servirnos. Cuanto antes lo entendáis y lo aceptéis, mejor será para vosotros, eso os permitirá sobrevivir en este lugar. Aquellos que se nieguen o tengan dificultades para aceptar este honor, este destino de gloria que se abre en vuestras insulsas vidas, perecerán. Eso puedo aseguráoslo. Este es un lugar de gloria, pero también de muerte, pues ambas siempre estarán unidas. No hay gloria sin muerte y así lo marca la Senda».

El mensaje del dragón les llegó a todos no como una amenaza, sino como si se les hiciera en verdad un halago y se les presentara un futuro glorioso en la guerra al servicio de los dragones y muriendo por ellos. Nahia se dio cuenta de que el dragón rojo usaba el poder de su mente para que el mensaje calara en ellos de forma más profunda, casi como si lo que decía fuera una verdad inquebrantable, pero ella sabía que no era así. Los habían llevado allí para que lucharan, mataran y murieran por ellos. Eso no era un honor ni era glorioso, ese mensaje no lo iba a aceptar nunca. Si eso significaba que sus opciones eran mínimas y que iba a morir en aquel lugar, lo aceptaba. Lucharía para que no fuera así, pero no se iba a dejar convencer.

«Habéis completado la Escalada, nuestro pequeño ritual de bienvenida. Parece que algunos han perecido y otros han resultado heridos. Eso no me complace. Muestra debilidad y si algo odia un dragón es la debilidad. Por fortuna para vosotros, elegidos de la sangre de dragones, en

esta academia convertiremos vuestra debilidad en fortaleza… o pereceréis en el intento. Eso queda en vuestras manos».

Al recibir el mensaje y el sentimiento de advertencia, Nahia tensó su cuerpo pese al cansancio y el dolor que sentía. No quería parecer débil, ni lo más mínimo, o su existencia se acortaría de modo brusco.

«Tras las presentaciones, lo primero que haremos será formar las escuadras. Capitanes de Escuadra, explicadles lo que significa» envió el coronel.

Irakas-Gorri-Gaizt levantó la cabeza, irguiéndose, y les envió un mensaje.

«Una escuadra es la unidad militar más pequeña. En el ejército de los dragones una escuadra está formada por tres dúos, o lo que es lo mismo, seis integrantes. Formaréis como una escuadra durante todo el tiempo que estéis en la academia y cuando finalicéis la formación combatiréis como una escuadra en los campos de batalla».

Nahia miró de inmediato a Ana, Maika y Logan y ellos la miraron de vuelta. Nahia les hizo un gesto con la cabeza, indicando que ellos cuatro podrían formar un grupo. Ana puso expresión de que esperaba que sí y Maika asintió ligerísimamente y le sonrió. Logan asintió también muy levemente, aunque estaba serio. No fueron los únicos que ya buscaban agruparse. Las miradas y gestos eran claros. Nahia calculó que había tres escuadras allí y un par de personas adicionales que quedarían descolgadas. Deseó con toda su alma no ser una de las descolgadas y que le tocara con Ana, Maika y Logan.

Nahia se percató de que el resto de las razas también lo estaban haciendo de la misma manera.

El comandante soltó un rugido profundo y tremendo anunciando que iba a pronunciarse.

«Es probable que algunos de vosotros hayáis hecho ya pequeñas amistades en vuestro periplo hasta llegar aquí. Seguro que estáis pensando que formaréis escuadra con vuestros nuevos amigos… Esa mentalidad es de seres inferiores y débiles. Capitanes, explicadles cómo se forman las escuadras en el ejército de los dragones».

Irakas-Gorri-Gaizt levantó la cabeza de nuevo.

«Las escuadras se forman con un componente de cada raza, y la elección de los integrantes será al azar».

—¡No! —se le escapó a Nahia.

Ana abrió mucho los ojos y se quedó con expresión de estar en *shock*.

—¿De cada raza? —Maika miraba hacia los otros grupos con cara de estupor.

Logan se mordía el labio inferior.

Un murmullo de protesta y desasosiego siguió al anuncio. Uno que partía de los seis grupos.

«¡Silencio! ¿Quién os ha dicho que podéis hablar, seres inmundos?» envió Irakas-Gorri-Gaizt con un sentimiento de furia que les golpeó la mente como si fuera una barra de hierro candente.

Nahia sintió que se ahogaba. Aquello no podía estar pasando, no podían separarla de sus amigos. No solo era desalmado, no sobreviviría sin ellos a su lado. Los miró con ojos llenos de angustia. Los tres estaban tan descolocados e inquietos como ella.

Esta vez quien habló fue el comandante.

«Comencemos con la formación de escuadras. El primero por la derecha de cada línea primera que dé un paso al frente» ordenó el dragón blanco con un mensaje de orden directa y un

sentimiento de que no podía ser de otra forma.

Para asegurar que no había ninguna confusión, Irakas-Gorri-Gaizt envió un mensaje mental al chico que debía dar el paso adelante. Fue evidente porque se le fue la cabeza hacia atrás y al momento se movió. En los otros grupos de las otras razas se repitió la misma situación.

«Muy bien. Vosotros seis formaréis la primera escuadra. Situaos tras los grupos en formación de tres por dos. No habléis ni os mováis» ordenó el comandante.

Los seis obedecieron mientras todos observaban de reojo, sin levantar la mirada. Cuando formaron en dos hileras de tres, todos pudieron apreciar lo diferentes que eran las razas entre sí. El Tauruk-Kapro era más alto y fuerte que los demás, seguido por el Felidae y el Drakónido. El humano y el Escarlatum eran de parecida altura y fortaleza. El Fatum era el que menos fortaleza física tenía.

«Bien, continuemos. Que dé un paso al frente el siguiente continuando por la izquierda en la fila de formación».

De nuevo Irakas-Gorri-Gaizt no permitió duda alguna y envió el mensaje al chico pelirrojo que debía dar el paso al frente. Así lo hizo tras un momento de desconcierto y luego se juntó con los otros cinco de las otras razas para formar la escuadra.

El proceso continuó y los llamados fueron dando un paso al frente para retirarse a formar su escuadra. Le llegó el momento a Logan, que estaba a la derecha de Nahia. Recibió el mensaje mental de Gorri, pero apenas movió la cabeza. Se giró hacia Nahia, Maika y Ana.

—Hay que sobrevivir —les susurró y marchó a formar su escuadra.

Al verlo marchar Nahia sintió que el corazón se le caía por un pozo negro sin fondo. Una tristeza enorme y un vacío en el estómago la asaltaron. Logan ya no estaría con ella y de pronto se sintió indefensa. Sin su ayuda, ¿cómo iba sobrevivir allí?

—Tranquila, lo lograrás —le susurró Maika como si le estuviera leyendo los pensamientos.

Y le llegó el turno a ella.

«Paso al frente, humana» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia aguantó bastante bien el mensaje mental y dio un paso al frente. No quiso ni mirar a los otros grupos para ver con quién le había tocado. Lo iba a descubrir en un momento, así que prefirió no preocuparse.

«A formar, dos filas de tres» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Antes de moverse, Nahia soltó un suspiro profundo. Se armó de valor y fue a formar con su escuadra, temiéndose lo peor. Avanzó al lugar en el que debían formar despacio, dejando que los demás fueran antes. No tenía prisa ni ganas de integrarse en aquel grupo, quería estar con Ana, Maika y Logan, no con aquellos cinco desconocidos de razas extrañas.

Vio que el Tauruk-Kapro se había situado en la mitad de la primera fila. Era enorme y fortísimo. Según Nahia se acercó a él pudo constatar que le sacaba la cabeza y parte del torso. Tenía un aspecto de lo más temible con aquellos cuernos de toro y rostro bestial. No le miró mucho por si acaso. A su derecha se puso el Drakónido, era como todos los que había visto antes y no le llamó tanto la atención. A la izquierda se situó el Felidae. Este sí que le sorprendió y mucho. Era un tigre blanco, casi albino, precioso. A Nahia le dio la impresión de que era chico.

Los rodeó y vio que detrás formaba en un lado el Fatum, era sin duda una chica y muy guapa. Tenía el pelo moreno, liso y largo atado en una coleta. Nahia no pudo evitar mirar las alas que llevaba plegadas a la espalda. En el otro extremo de la línea de tres estaba el Escarlatum y

tampoco había duda de que era una chica porque era no solo muy guapa sino que muy atractiva. Nahia se situó en medio entre las dos y no dijo nada. Se quedó mirando a la inmensa espalda del Tauruk-Kapro que tenía delante y no le dejaba ver nada de lo que pasaba al frente.

La asignación de escuadras continuó hasta que todos tenían la suya. La última, quedó con solo cuatro miembros, ya que los números de ese año no daban. Nahia se preguntó qué pasaría con ellos, pero enseguida obtuvo la respuesta.

«Parece que este año tenemos una escuadra con dos miembros menos. Eso es algo que la pone en desventaja, por lo que se le asignará a dos miembros de segundo año que han estado parte del año pasado en enfermería» informó el comandante.

Nahia no quiso saber por qué razón aquellas personas de segundo año habían pasado casi todo el año en la enfermería. Caerse de una torre y romperse un montón de huesos le vino a la cabeza. Por otro lado, no los habían matado, y eso era raro, siendo aquellos dragones tan desalmados y despiadados como eran. Debía haber alguna razón que intentaría averiguar, más que nada porque le daba un poco de esperanza que no todos los caminos llevasen a la muerte en aquel lugar, aunque la enfermería no era precisamente donde ella quería terminar.

El coronel Lehen-Gorri-Gogor tomó la palabra de nuevo.

«Una vez asignadas las escuadras, es momento de que entendáis cómo funciona esta ilustre academia marcial. Este es un lugar de formación y adiestramiento militar. Estáis aquí para aprender el arte de la guerra y convertiros en Brujos de Dragón. Os formaréis en el manejo de magia de dragón y armas. Os advierto desde ahora que no será nada fácil. Todos los años suele haber bajas, es inevitable. Es un adiestramiento que requiere de máxima concentración y esfuerzo. Los que no ponen el empeño exigido o son inadecuados, no sobrevivirán al adiestramiento. Os formaréis durante los tres próximos años. Al final de cada uno habrá una ceremonia de graduación. Los que obtengan los galones en sus disciplinas y el privilegio y oportunidad de graduarse, pasarán una prueba final que será una prueba real en el campo de batalla, en territorio enemigo. Los que completen la prueba y sobrevivan, se graduarán. Los que no, como el resto que vayan pereciendo en la Senda durante el año, no serán más que ceniza al viento» envió con un sentimiento de advertencia mezclado con peligro.

Nahia negó con la cabeza con el ánimo muy decaído. Tenía que formarse en matar a otros, que era lo último que hubiera querido hacer en la vida, y sobrevivir a la formación, que ya le quedaba claro que podía acabar con ella de manera fácil y en cualquier momento. Además, si por una gracia del destino conseguía llegar al final del año, la iban a enviar a territorio enemigo. Era de locos. ¿Cómo iba ella a sobrevivir en una zona de guerra? ¿Por qué les iban a enviar a territorio enemigo siendo unos infelices novatos? Una cosa era entrenamiento duro y otra enviarlos a la muerte de cabeza. Se sintió perdida. Aunque sobreviviera al curso, algo que le parecía imposible, ¿cómo iba a sobrevivir a una misión real de guerra? Decidió no pensar más en ello porque cuanto más lo hacía peor y más desmoralizada se sentía.

«Comandante Bigaen-Zuri-Indar. Finalice la presentación» ordenó el coronel.

El gran dragón blanco rugió y se irguió.

«Tenéis mucho que asimilar. Reflexionad y preparaos para un futuro glorioso al servicio de vuestros señores o la muerte. Vuestra es la elección, la única de la que dispondréis siempre. Con el amanecer comenzará vuestra formación. Estad preparados».

El mensaje lapidario del comandante dejó a Nahia con el estómago revuelto. ¿Asimilar aquello? ¿Prepararse? Le parecía una broma despiadada. Iba a morir y su presentimiento se

cumpliría. Sí, eso era lo que iba a suceder y no iba a poder evitarlo.

El coronel Lehen-Gorri-Gogor se dio la vuelta y se dirigió al interior del gran castillo.

El comandante Bigaen-Zuri-Indar se dirigió a todos.

«Los barracones son los tres grandes edificios rectangulares junto a la muralla este, a vuestra izquierda. El de los de primer año es el edificio más alejado. Los otros dos son el de segundo y tercer año. Quizá un día podáis usarlos, quién sabe. Por ahora id y tomad aposento en el que os corresponde. Cada escuadra que elija una habitación, hay de sobra puesto que este año no sois muchos. Con la primera luz comenzará vuestra formación. Estad preparados y recordad: solo los fuertes y de mente despierta sobreviven en Drakoros. Id, ahora».

El mensaje llegó como una orden directa que casi se vieron físicamente obligados a seguir. Las escuadras comenzaron a moverse y la de Nahia también. El Drakónido de la suya se adelantó y los demás le siguieron. Cruzaron la plaza de armas hasta llegar al barracón de primer año. Era también de un tamaño descomunal, con tres pisos de altura y muy amplio. La puerta era curva y de tamaño de dragón, lo que permitió que pudieran acceder en tropel.

Una vez dentro se encontraron con un gran vestíbulo y unas escaleras a derecha e izquierda para subir a los pisos superiores. Nahia se fijó en que para ser unos simples barracones para novatos, también estaban muy ornamentados en el interior. Las paredes tenían runas de colores plateados y las ventanas tenían adornos también argénteos.

Varias escuadras subieron por las escaleras, unos a derecha y otros a izquierda. Sin embargo, el Drakónido de su escuadra que iba liderando al grupo de Nahia avanzó recto por el amplísimo pasillo, por el que cabían fácil dos dragones grandes. Los techos eran altísimos, de más de quince varas de altura. Nahia volvió a sentirse una enana en un mundo de gigantes. El Drakónido buscó la primera puerta a la derecha y la abrió, pero ya había una escuadra en el interior. Se volvió y buscó la puerta de enfrente. Esta estaba vacía.

—Es la nuestra —dijo en el lenguaje común de Kraido y entró.

Los demás lo hicieron detrás de él mientras el resto de las escuadras se desperdigaba por el descomunal barracón.

—Hemos conseguido la habitación más cercana a la puerta. Seremos primeros —dijo el Drakónido orgulloso.

El resto de la escuadra no pareció compartir su entusiasmo por la habitación, pero nadie dijo nada.

Nahia suspiró. Todo estaba saliendo mal. Se consoló pensando en que al menos no había dragones allí adentro.

Capítulo 14

Nahia estaba detrás del Tauruk-Kapro en la entrada de la habitación y apenas podía ver nada de lo grande que era su espalda. Los techos eran altísimos, eso podía verlo. Se desplazó a un lado para ver cómo era la habitación. Descubrió seis camastros grandes y robustos a un lado y un gran armario corrido al otro. Una docena de ventanas sobre el armario dejaban entrar los últimos rayos de luz del día.

—Es muy grande —comentó la Fatum con una voz fina.

—Grande será para ti, que eres una renacuaja, para mí es del tamaño justo —respondió el Drakónido, que parecía ladrar en lugar de hablar. Como su voz era un tanto sibilante la combinación era muy curiosa. Se acercó al primer camastro para ver si aguantaba su peso y se dejó caer de espaldas con los brazos abiertos. Lo aguantaba.

—Es de un tamaño más que suficiente —comentó el Taruk-Kapro que se sentó despacio en el camastro siguiente también para probarlo—. Lo encuentro cómodo, me gusta —afirmó con tono sosegado y agradable, casi dulce.

A Nahia le llamó la atención que el Tauruk-Kapro actuara y hablara de forma tan calmada y suave. Por lo que tenía entendido eran criaturas muy salvajes y brutas, dadas a destrozar cosas.

—Yo encuentro toda esta habitación de lo más fría y muy poco habitable —comentó la Escarlatum, que se acercó hasta el inmenso armario y comenzó a revisarlo a ver que encontraba.

El Felidae se movió con agilidad hasta el final de la estancia y abrió la puerta posterior.

—Aquí hay un baño. Hasta han puesto una cortina y una bañera de madera redonda.

Nahia seguía sin poder creer que aquel enorme tigre albino caminara erguido sobre dos patas. Que además hablase la tenía atónita.

El Drakónido se puso en pie de un salto brusco y fue a verlo desplazándose con pesadas zancadas.

—Yo en esa bañera no entro —protestó al entrar a verla y agitó los brazos, contrariado.

—De pie sí que entras —aseguró el Felidae con voz suave y rasposa.

—Pues qué bien, no voy a poder darme un baño —volvió a protestar y sacudió la cabeza.

—¿A los Drakónidos os gusta bañaros? —preguntó la Escarlatum.

—¡Por supuesto que nos gusta bañarnos! ¿Por qué no nos iba a gustar? ¿O insinúas que somos sucios? —preguntó él mirando desde la puerta del baño a la bella fémina de piel carmesí.

—No insinúo nada. Pensaba que eráis más de secano, siendo reptiles y eso —se explicó la Escarlatum con tranquilidad y miró al Drakónido, que no parecía intimidarla.

Nahia observaba el barracón desde la puerta en silencio. Sin duda era enorme y tenía mucho espacio, aunque pocas comodidades. No le sorprendió el tamaño, estaba claro que todo en aquel mundo de dragones era grande, hecho a su medida. Le parecía irreal estar allí en aquella enorme habitación de piedra con cinco extraños que eran, no solo de otras naciones, sino también de otras razas. Al verlos tan de cerca se dio cuenta de que eran realmente diferentes los unos de los otros. Unos tenían piel, otros pelaje, otros escamas y otros incluso alas. Era muy extraño y le

estaba causando cierta ansiedad. ¿Cómo iban a entenderse y arreglarse siendo tan diferentes? Lo veía muy difícil, además uno de ellos era un Drakónido. El Tauruk-Kapro tampoco inspiraba confianza por su bestialidad y los Escarlatum tenían fama precisamente de ser poco fiables. Solo la Fatum y el Felidae le transmitían buenas sensaciones.

—Creo que lo mejor que podemos hacer en este momento es presentemos, ¿no os parece? —sugirió la Fatum con su fina voz desde el centro del barracón.

Todos se volvieron hacia ella.

Nahia la estudió. Además de tener el pelo negro liso atado en una cola de caballo, su rostro era fino y delicado. Tuvo que reconocer que era muy bella, más incluso que la Escarlatum. Tenía ojos de un azul muy claro que brillaban a la luz. En su frente se apreciaban unas escamas muy curiosas y cristalinas, como pequeños diamantes. Le parecieron de lo más singulares. ¿Serían especiales como lo eran las doradas suyas? Tendría que preguntárselo. Quizá ahora no fuese el mejor momento. El patrón que formaban en su cara le pareció que era el de un ave observada desde arriba con el pico hacia la nariz y las alas abiertas sobre su frente y sienes.

—Sí, deberíamos conocernos —convino el Felidae, que aparte de tener una voz rasposa hablaba bajito, como en un susurro.

—Es descortés y poco apropiado tratarse sin haber sido presentados —afirmó la Escarlatum mostrando una sonrisa encandiladora. Nahia se fijó en que hablaba con tono dulce y muy sugerente. Le pareció significativo.

—Yo soy Ivo, de los Tauruk-Kapro, encantado de conoceros a todos. Me alegra que tengamos un grupo agradable —expresó poniéndose en pie y abrió los brazos como si quisiera abrazarlos a todos.

El Drakónido le lanzó una mirada de extrañeza.

—Tú no te comportas como un Tauruk —le echó en cara.

—¿No? ¿Cómo debería comportarme? —preguntó Ivo con un gesto de extrañeza en su rostro de bestia.

—Sosegado desde luego no.

Ivo se encogió de hombros.

—Si tú lo dices… así será.

Al Drakónido le volvió a sorprender el comportamiento del Tauruk y lo mostró con un gesto en su rostro de dragón pequeño. Nahia lo observó. Comparado a otros soldados y oficiales Drakónidos que había visto, era definitivamente más grande y fuerte. Tenía dos cuernos de dragón que le salían de la cabeza y le iban hacia atrás, hacia la nuca. La tonalidad de sus escamas era de un negro verduzco oscuro, muy característico de los de su raza. Lo que le llamó la atención fueron las escamas discordantes de su cara. Eran blancas y le bajaban por la mitad derecha del rostro formando una especie de rayo o relámpago. Resaltaban mucho en contraste con sus otras escamas tan oscuras.

—Yo soy Aiden-Zuri-Suge, pero podéis llamarme Aiden para acortar. Ya sé que los de otras razas no estáis acostumbrados a los nombres compuestos Drakónidos.

—Lo sabes porque los de tu raza son los únicos que pueden visitar las otras naciones —replicó la Fatum con tono ácido.

—Es una de las ventajas de ser los favoritos de nuestros señores dragones, supongo.

—Por algo seréis los favoritos, ¿no crees? —dijo la Escarlatum con ironía dulce en su tono.

—Si insinúas que es por algo deshonesto, te aseguro que no es mi caso —replicó con tono de amenaza.

La Escarlatum miró al Drakónido con ojos entrecerrados, como intentando leer si había verdad o falsedad en sus palabras e ignorando la amenaza. Sonrió encantadora y no dijo nada más.

—Espero que así sea —intervino el Felidae—. Mi nombre es Taika.

Nahia lo estudió. Su aspecto de tigre era letal y, sin embargo, la voz que tenía no era agresiva, sino reflexiva, como la de un zorro, inteligente. Nahia pensó que, en cualquier caso, de dos zarpazos podría matar a cualquiera. En su cuerpo cubierto de pelaje blanco se apreciaban trazas negras, no era completamente albino. Las escamas en su rostro eran negras, dos líneas le bajaban en diagonal por las mejillas bordeando su boca, donde se apreciaban sus fauces cuando hablaba.

—Bonito nombre, me gusta —sonrió la Escarlatum —. El mío es Lily.

—Muy bonito también —replicó el tigre y asintió.

—Yo soy Dafne, encantada de conoceros —la Fatum realizó una pequeña reverencia.

—Una chica encantadora y con modales. Me gusta —dijo Lily con una sonrisa amplia y le devolvió la reverencia.

—Nos queda la humana callada y delgaducha —dijo Aiden.

—No te metas con ella, cada uno es como es y todos corremos la misma suerte desgraciada aquí —dijo Dafne.

—Muy bien dicho —se unió Lily.

—¿Suerte desgraciada? ¿Por haber sido elegidos para servir a nuestros señores en la guerra? —Aiden puso cara de estar sorprendido.

—No todos desean luchar en la guerra y matar —comentó Dafne.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Es un gran honor! Más llevando la sangre de los dragones en nuestras venas. Es nuestro deber —respondió Aiden y miró a todos uno por uno como buscando que convinieran, pero nadie lo hizo.

Nahia no pudo contenerse.

—Será el deber de un Drakónido, pero no de una humana, eso te lo aseguro. Los dragones nos esclavizan y nos matan. Estar aquí es una desgracia. Si no lo ves es porque los de tu raza te han inculcado ideas muy equivocadas.

—Vaya, nuestra delgaducha y silenciosa humana tiene fuertes creencias después de todo. ¿Qué te parece, Aiden? —preguntó Lily con tono juguetón.

—Me parece que se equivoca, aunque tampoco me extraña. Los humanos siempre han sido la más conflictiva de las razas.

—Será porque no nos gusta que nos esclavicen y nos maten —replicó Nahia.

—También tiene lengua mordaz —se unió Dafne a los comentarios.

—Quizá sea mejor no discutir. Después de todo acabamos de conocernos —intentó poner paz Taika.

—La que discute es ella. Yo tengo razón. No hay nada más que decir —se cruzó de brazos Aiden.

Nahia fue a replicar y vio que Taika le lanzaba una mirada para que no escalara la situación. Suspiró dejando escapar una larga bocanada.

—Soy Nahia. Espero que podamos convivir y llevarnos bien —expresó sin demasiada convicción.

—Debería ser posible. Después de todo, estamos todos aquí por el mismo motivo y debemos alcanzar la misma meta —afirmó Taika.

—¿Cuál es esa meta? —preguntó Ivo.

—Nuestra meta debe ser terminar el primer año y graduarnos —elaboró Taika—. Para seguir con vida, me refiero, que es lo más importante.

—Brindo por eso —dijo Lily y levantó una copa imaginaria.

—Lo conseguiremos. Soy optimista —se expresó Dafne que imitó el gesto e hizo como que brindaba con Lily.

—Es un buen objetivo. Sí, graduarse y no morir en el intento. Espero que lo logremos —afirmó Ivo.

—Seguid mi liderazgo y lo conseguiremos sin duda —afirmó Aiden convencido y levantando el puño.

—¿Tu liderazgo? —preguntó Taika enarcando una peluda ceja blanca.

—Sí, claro. El Tauruk no parece tener cualidades de líder, lo que me convierte en la mejor opción. Soy el más fuerte y preparado para la lucha.

—Desde luego modesto y con sutileza no eres —replicó Lily enarcando su finas y bien definidas cejas.

—Si alguien ha de ser líder de este grupo, esa seré yo —afirmó Taika.

—Tú no eres más fuerte que yo —aseguró Aiden.

—¿Por qué lo crees?

—Porque no eres un león macho, que quizá tendría alguna opción.

—¿Quieres que lo averigüemos? —Taika abrió la boca y le mostró sus fauces.

—Tranquilicémonos, no hay necesidad de matarnos entre nosotros —intervino Dafne y se interpuso entre Aiden y Taika.

—La Fatum tiene razón, ya se encargarán los dragones de eso —añadió Lily, que observaba divertida la situación.

—No deberíamos discutir y menos luchar —se pronunció Ivo.

Aiden lo miró con ojos de reptil muy abiertos.

—Definitivamente, tú no eres un Tauruk de verdad —expresó negando luego con la cabeza.

—Soy un Tauruk diferente, amante de la paz y la tranquilidad —corrigió Ivo con tono sosegado.

—Eso es una contradicción, al menos por la fama que tienen los tuyos —dijo Lily.

Ivo encogió sus enormes hombros.

—Soy diferente, lo acepto. Me agrada.

—¿Alguien más es diferente? —preguntó Lily.

—Yo… bueno… también lo soy… pero no es el momento… —confesó Nahia.

—Sí, a ti se te ve diferente. Esas escamas doradas son únicas —dijo Taika.

—Ya… creo que es por eso. ¿No son las escamas de Dafne también diferentes? —preguntó Nahia queriendo dejar de ser el centro de atención.

El resto miraron a Dafne, que al verse escrutada se puso colorada.

—No creo que tanto…

—La Fatum tiene razón. Yo he visto esas escamas antes entre los míos —dijo Lily.

—Yo también —afirmó Taika—. Son menos comunes que las rojas, azules, marrones y blancas, o mis negras, pero se dan.

—Las que no se dan son las doradas —afirmó Aiden y señaló a Nahia.

—Bueno, pues entonces tenemos dos diferentes y medio entre nosotros —contabilizó Lily.

—Es una forma de verlo —comentó Taika.

—¿Y las de plata? ¿Son raras? —preguntó Nahia pesando en las que Logan tenía.

Lily y Taika se encogieron de hombros.

—Nunca las he visto —afirmó Dafne.

—Son raras, como las doradas —confirmó Aiden.

—En cualquier caso, no deberíamos sacar demasiadas conclusiones de momento —comentó Taika—. Estoy seguro de que pronto sabremos lo que significan estas escamas que nos han tocado.

—Mientras no muramos descubriéndolo, me parece bien —comentó Lily.

—Estoy contigo en eso —dijo Dafne.

—Buenos pensamientos nos traerán buenas auras —comentó Ivo.

Aiden echó la cabeza atrás y luego negó varias veces mientras murmuraba por lo bajo.

Nahia se fijó en Ivo. Era enorme, el más fuerte y alto de todos. Su rostro era de aspecto bestial, una mezcla entre el rostro de un toro y el de un humano. Al principio a Nahia le había dado miedo. Tanto su tremenda apariencia física como su rostro y aquellos cuernos de toro que salían hacia los lados y terminaban en punta. Tenían un aspecto muy aciago. Sin embargo, ahora que se había fijado mejor, veía que sus ojos, aun siendo negros, no eran tan bestiales, sino que transmitían calma. Unas escamas marrones le cubrían la frente. Extrañamente, le pareció que tenían la forma de un árbol con el tronco partiendo de la nariz de Ivo y el follaje formado un círculo sobre su frente. También podía ser que su imaginación estuviera un poco disparada y la forma no fuera esa.

—¿Te encuentras bien, chica dorada? —preguntó Lily acercándose y entrelazando su brazo con el de Nahia.

—Sí… bueno… estoy muerta de cansancio.

—Elige cama entonces y descansa. No sabemos qué nos espera mañana, pero imagino que nos habrán preparado un primer día de formación para recordar —sonrió.

—Sí, eso me temo yo también.

—¿Qué camastro prefieres?

Nahia miró el que había cogido Aiden, que era el primero, y decidió escoger el más alejado del fondo.

—Aquel —dijo a Lily señalando.

Lily miró el camastro, luego a Aiden y rio.

—No te culpo.

—En cualquier caso, deberíamos dividir el barracón —sugirió Dafne.

—¿Dividir? ¿Por qué razón? —quiso saber Aiden.

—Por decoro y dignidad —afirmó Dafne—. Los chicos a un lado y las chicas al otro.

—Oh… —el Drakónido hizo un gesto de sorpresa—. Ni lo había pensado.

—Sería lo mejor, si —dijo Taika.

Hay un biombo plegado al final del armario. Debe de ser para eso —dijo Lily.

—Estupendo —Dafne lo sacó y lo extendió. En efecto era para eso, pues cubría desde la pared al armario.

—Cada uno a su lado —dijo Lily con una risita.

Dafne cogió el primer camastro del lado de las chicas, Lily el segundo y Nahia el último.

Aiden e Ivo se estiraron en los suyos, el uno junto al otro. Taika cogió el último del lado de los chicos.

—Es grande y bastante cómodo —se pronunció Lily sobre su camastro.

Nahia la observó. La Escarlatum era una auténtica preciosidad. Su rostro carmesí era muy bello, sus ojos rubí cautivadores, y su cuerpo muy curvo y bien proporcionado. Incluso los dos pequeños cuernos que le salían hacia arriba de color mezcla de rojo y negro le quedaban bien y le daban un aire de traviesa. Sintió una envidia inmensa. Era cien veces más guapa y atractiva que ella. Además, seguro que podía escalar torres y bajar por cuerdas sin problema. Las escamas que tenía eran de color azul y le bajaban por ambos lados del cuello formando lo que se asemejaba a dos ríos. Le quedaban genial.

—¿Te gustan? —le preguntó Lily al ver que Nahia miraba las escamas y giró el cuello para que las pudiera ver bien.

—Perdona… no quería molestarte.

—Tranquila, no me molesta lo más mínimo que admires mis escamas, o el resto de mí —añadió e hizo un gesto con la mano pasándola por todo su cuerpo de cabeza a los pies.

A Nahia aquella confianza en sí misma de Lily la sorprendió.

—Son muy bonitas.

—¿Y el resto? —preguntó con picaresca.

—Bueno… también —asintió.

Lily rio.

—Gracias. Lo sé.

—¿De dónde sacas esa confianza en ti misma?

Lily torció la cabeza y la miró con expresión divertida.

—Si tú no confías en ti misma, ¿quién lo va a hacer?

—Sí… buena forma de pensar...

—Además, mi confianza está bien fundada, no te preocupes.

—Ya me gustaría a mí que la mía también lo estuviera.

—Eres un encanto. Tú y yo vamos a ser buenas amigas, ya lo verás. Te ayudaré con tu confianza.

—Gracias, me vendrá bien —Nahia sonrió. La verdad era que necesitaba amigos si quería sobrevivir allí y si eran de su propia escuadra mucho mejor.

—Descansa, Nahia, lo necesitas. Tienes un aspecto terrible —le dijo Dafne desde su camastro, que había estado escuchando.

Nahia asintió y se tumbó. Estaba tan cansada que le dolía hasta pensar. Aquel había sido un día horrible. El problema era que habría más días como aquel, muchos más. Al menos estaba viva y eso era lo más importante. Ahora debía concentrarse en sobrevivir. Pensó en las palabras de Taika: la meta era terminar el primer año y graduarse para seguir con vida, que era lo más importante. Ese era su objetivo y lucharía por conseguirlo.

Capítulo 15

Un rugido tremendo despertó a Nahia y provocó que casi se cayera del catre.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó sorprendida y todavía sin terminar de despertar con los ojos medio cerrados.

—Los amos llaman —explicó Aiden desde la puerta.

Nahia miró hacia el Drakónido pero no pudo verle por el biombo que separaba ambos lados de la estancia.

—¿Qué es este escándalo? Necesito mi descanso de belleza —se quejó Lily en el catre de al lado desperezándose.

—Creo que es la llamada a formar —informó Dafne, que se estaba incorporando—. Un tanto brusca, la verdad, al estilo de los dragones.

En el otro lado del biombo Taika tenía la cabeza metida en el gran armario.

—Es curioso, el armario es enorme pero solo hay unas mantas y algunos paños para el aseo. Pensaba que nos darían ropajes.

Ivo se levantó y, tan grande como era, se estiró soltando un gruñido que resonó golpeando las paredes de roca del barracón.

—Mejor, a mí me gustan mis ropas. Si me dan otras seguro que me quedan pequeñas y son incómodas.

—Ya, como solo vistes esa falda extraña y una rústica prenda de cuero sobre ese torso de toro tuyo, imagino que cualquier ropaje te quedará incómodo —dijo Dafne, que lo miraba sacando la cabeza por el biombo mientras se ponía su chaleco de fina seda con bordados de plata.

—La ropa es superflua y oculta el alma —afirmó Ivo.

—Ahí no te falta algo de razón —coincidió Taika, que había dormido vestido—. En mi tribu la ropa se usa solo por decencia y tiene que ser resistente y permitir movilidad.

—Lo que pasa es que tenéis envidia de los exquisitos materiales y diseños que tenemos los Fatum para elaborar nuestras bellas prendas de vestir. Lo entiendo y no os juzgo por ello —dijo Dafne levantando la barbilla orgullosa mientras terminaba de vestirse. La Fatum había doblado con sumo cuidado sus vestimentas antes de irse a dormir, como si fueran un tesoro.

Nahia intentó incorporarse y sintió mil pinchazos de dolor por todo el cuerpo. Gruñó y se volvió a tumbar en el catre aguantando el sufrimiento.

—Pero si todavía es de noche… —se quejó Lily mirando hacia las ventanas por las que apenas entraban dos rayos de luz.

—Parece que la formación comienza con la primera luz —dedujo Taika y se encogió de hombros.

—Como tiene que ser. Debemos estar preparados para luchar por los amos desde el amanecer hasta el anochecer —expresó Aiden como si fuera un mantra.

—¿Este de qué árbol se ha caído de cabeza? —dijo Lily a Nahia y le hizo un gesto de que

estaba fatal.

A Nahia se le pasó un poco el dolor con la gracia e intentó ponerse de nuevo en pie. Aguantó los pinchazos agudos que cada parte de su cuerpo le enviaba. Se miró las manos y las tenía agarrotadas. Esperaba no tener que utilizarlas aquella mañana. Había dormido vestida, ya que de lo cansada que estaba la noche anterior ni había logrado desvestirse así que solo tuvo que ponerse en pie para estar preparada.

Lily fue al baño y se acicaló antes de salir.

—Una debe estar guapa y preparada para afrontar cada día —dijo desde el interior.

Aiden se llevó su garra de semidragón al rostro y negó con la cabeza.

Taika en cambio sonrió.

—La imagen es fundamental —se unió Dafne a Lily—. Me alegro de que al menos una persona entre los presentes lo aprecie.

Nahia se miró sus ropajes de curandera, que eran sencillos y estaban bastante gastados además de algo sucios por las últimas experiencias vividas. Tenía una muda en su macuto junto al camastro, pero decidió reservarla para cuando realmente hiciera falta. De momento, seguiría con lo puesto, aunque no fuera ni elegante ni estuviera demasiado limpio.

Un segundo rugido, este más amenazante, llegó hasta ellos.

—Mejor si os dais prisa… —aconsejó Taika.

—¡Hemos de formar ante nuestros señores, corred! —urgió Aiden.

—Vayamos antes de que al Drakónido le dé un ataque —comentó Dafne con rostro de que no podía creer que fuera así.

Salieron de la habitación en orden de camastro y con Aiden haciéndoles gestos para que se dieran prisa.

Encontraron el ancho pasillo inferior de los barracones con gente que corría por él. Varias escuadras salían en aquel momento al igual que lo hacían ellos. Nahia se cruzó con Logan, que pasaba con la suya.

—¡Logan! —llamó ella saludando con la mano.

Él la oyó y volvió la cabeza. Sus ojos se encontraron.

—Nahia, ¿estás bien? —preguntó deteniéndose.

—Sí, tranquilo. ¿Tú?

—Bien, sí —asintió él mirándola de arriba abajo como queriendo asegurarse de que seguía de una pieza.

—¿Has visto a Ana y Maika? —preguntó Nahia.

—No, solo a ti.

Por un momento se quedaron con las miradas entrelazadas.

—¡Vamos, Nahia, no te quedes atrás! —llamó Aiden desde algo más adelante, que había notado que se había detenido.

Logan miró a su escuadra, que le llamaba también. Se volvió hacia Nahia.

—Será mejor que vayamos.

—Sí, o tendremos problemas.

—Ten mucho cuidado aquí —advirtió él con preocupación en sus ojos claros.

—Lo tendré, no te preocupes —aseguró ella e intentó que sonara con seguridad, aunque no lo consiguió del todo.

Él asintió y girándose siguió a los de su escuadra a la carrera.

Nahia suspiró y buscó a los de la suya. Según se juntaba con ellos Lily se puso a su lado.

—Guapo chico ese moreno de ojos claros —dijo y le guiñó un ojo sonriente.

—Sí… bueno… —Nahia no supo qué decir así que siguió corriendo.

Al llegar a la descomunal plaza de armas se encontraron con que todos corrían a formar con sus escuadras. Hubo un momento de desconcierto, no solo en su escuadra sino en casi todas. Se detuvieron al ver a los seis dragones del día anterior. Estaban situados en la zona norte de la plaza, de espaldas al gran castillo, como se habían colocado la jornada previa. Lo que les desconcertó fue que no les llegó orden alguna de ellos.

—¡Rápido, formemos! Somos de los últimos. ¡Qué desprestigio tan grande llegar tarde! —expresó Aiden y en su rostro Drakónido se apreciaba la contrariedad que sentía.

—Llegar un poco antes o un poco después no cambia nada en la vida. Tengamos tranquilidad —expresó Ivo.

A Aiden aquel comentario no le gustó nada y le lanzó una mirada de disgusto al Tauruk.

—A mí me gusta llegar la última, que me miren —soltó Lily tan tranquila y sin apresurarse.

—No sé si eso es bueno aquí. A los dragones no me parece que vaya a gustarles que les hagas esperar —advirtió Taika.

Nahia estaba del todo de acuerdo con el Felidae. Se apresuró, no quería sufrir la ira de una de aquellas seis criaturas.

—Situémonos donde ayer, creo que es lo que se espera que hagamos —sugirió Taika que observaba a los dragones y a las otras escuadras con sus grandes ojos felinos.

—No saber cómo actuar ante nuestros señores dragones es algo inaceptable —Aiden levantó las manos al cielo.

—Si nadie te informa de qué has de hacer, no es inaceptable no saberlo —replicó Dafne con voz de desagrado.

—No saber no es excusa ante nuestros amos —replicó Aiden con tono de advertencia.

—Mejor si nos colocamos como ha sugerido Taika y no discutimos, que a nada nos conduce hacerlo —intervino Ivo con su tono sereno.

Se colocaron dónde y cómo lo habían hecho el día anterior. Nahia se fijó en que casi todos lo habían hecho así y a los que no pronto les dijeron las otras escuadras que lo hicieran. En pocos momentos todos estuvieron situados y aguardando órdenes.

Un dragón descendió desde los cielos y se plantó delante de los seis que aguardaban. Era de color blanco con vetas lilas de unas cuarenta y cinco varas de longitud. Todos reconocieron al comandante Bigaen-Zuri-Indar, segundo al cargo de la academia militar.

«Atención. Primer orden del día: asignación de escuadras a escuadrones y estos a su líder» envió el comandante a todos y el mensaje llegó con tal fuerza que lo sintieron como si les golpearan en la cabeza con un martillo.

Nahia miró a Lily a su lado, que le hizo un gesto de dolor. Dafne cerraba los ojos para

aguantarlo.

—¿Sabéis qué significa eso? —preguntó Nahia en un susurro a los de su escuadra.

—Cosas militares, supongo —susurró Lily y puso cara de que no sabía de qué iba aquello.

—Creo que nos van a agrupar y supongo que nos asignarán a uno de esos seis dragones —dedujo Taika.

—Oh, claro, eso tiene sentido —convino Nahia.

Pensó que quizá tuviera suerte y agruparan a Ana, Maika y Logan en su mismo escuadrón. Eso sería estupendo. Los buscó con la mirada. Estiró el cuello y se giró en todas las direcciones a ver si los encontraba. Consiguió ver a Logan, lo que la animó. Maika estaba algo más lejos. A la que no vio fue a Ana. Había demasiada gente para poder localizarla. Deseó con toda su alma que no le tocara el dragón rojo. Ya había visto lo despiadado que era en la Escalada y, aunque se imaginaba que los otros iban a ser parecidos, quiso pensar que igual había uno que tuviera algo de corazón y decencia, si es que eso era posible.

«Este año, por el número de escuadras que tenemos cada escuadrón contará con tres de ellas. Es una lástima porque el número ideal es de cuatro, pero esta cosecha no ha sido nada fructífera y tendremos que conformarnos con lo que ha tocado».

El mensaje les llegó de nuevo con fuerza, como otro golpe mental y tuvieron que asimilarlo.

Nahia se recuperó y no pudo aguantarse de la rabia que sentía.

—¿Fructífera? Pero si nosotros hemos perdido gente llegando hasta aquí.

—Nosotros también —confirmó Lily.

—Todos —asintió Dafne.

—En el ejército las bajas son inevitables —dijo Aiden.

—Pero si ni siquiera habíamos llegado, ni estábamos en ningún ejército —dijo Nahia y lo miró con enfado.

—Nuestros señores saben cómo prepararnos. La Senda será dura y larga —respondió Aiden con la mirada fija en el coronel.

Nahia lo miró con grandes ojos de furia.

—Mejor si guardamos silencio, es peligroso y pueden oírnos —aconsejó Taika con su tono rasposo y suave.

Nahia hizo un esfuerzo por calmarse. Dafne la miró y le hizo un gesto indicándole que estaba con ella.

«Como es tradición en esta academia, la selección de escuadras será al azar. Así es más justo y equilibrado para los capitanes líderes. Comenzaré por crear la esfera selectora. No quiero ver ninguna reacción. Todos formaréis donde estáis. Si hemos de perder alguna escuadra más, la perderemos» envió el coronel y cerró los ojos.

Nahia recibió el mensaje y un sentimiento muy fuerte de que no debía moverse. Se percató de que el sentimiento afectaba a su cuerpo pues intentó mover el pie derecho una pizca y no lo logró. Aquel dragón afectaba a la mente con los mensajes y sentimientos que transmitía. Esto dejó a Nahia preocupada. Los dragones tenían un poder enorme sobre las razas esclavas y, lo que era peor, ellos no podían defenderse.

Frente al coronel comenzó a formarse una esfera translúcida de tres varas de diámetro que se suspendía en el aire. Al verlo, todos se dieron cuenta de que el coronel estaba usando su poder

para crearla y los nervios comenzaron a afectar a los presentes. Varios ahogaron exclamaciones que no surgieron de sus bocas y otros intentaron dar un paso atrás, temerosos, pero no lo lograron.

La esfera terminó de formarse. Era blanca y de forma perfecta. Emitía un destello blanquecino. A Nahia le pareció que era preciosa, aunque se dio cuenta de que seguramente la usarían en algo que no iba a ser bueno para ellos. Se sostenía a unas cinco varas de altura frente al coronel y entre los seis dragones.

«Comencemos con la selección aleatoria. Capitanes, adelante» envió el coronel.

Nahia miraba asustada, pero llena de curiosidad. ¿Qué iban a hacer con aquella esfera mágica? De pronto los seis dragones se irguieron. Nahia intuyó que iban a usar su magia. No se equivocó. Los seis abrieron sus bocas y de ellas salieron sus alientos elementales dirigidos a la esfera cristalina. El dragón marrón envió su aliento de tierra, el azul el de agua, el blanco el de aire, el rojo el de fuego, el negro uno oscuro como la noche, y el dragón cristalino uno de luz brillante y casi transparente.

«Muy bien, que la selección se realice» ordenó el coronel y a su orden la esfera comenzó a rotar sobre sí misma mientras los seis dragones seguían enviando su aliento elemental sobre ella.

El miedo comenzó a subirle a Nahia del estómago hacia el torso. Aquello empezaba a tener mala pinta. La esfera rotaba cada vez más rápido, como fuera de control, solo que no se movía del punto en el que estaba suspendida en el aire.

De súbito tres rayos marrones surgieron de la esfera y se dirigieron a tres de las escuadras. Al llegar a ellas, se dividieron en otros seis rayos que alcanzaron a cada componente de la escuadra en el torso. Todos quedaron marcados con un círculo marrón en su pecho.

Nahia miraba con ojos como platos, al igual que sus compañeros de escuadra. Tres rayos azules siguieron a los marrones y seleccionaron a otras tres formaciones, que se dividieron en seis rayos y marcaron a todos los componentes con un círculo azul. Nadie gritaba ni se movía porque no podían, pero la experiencia era de las que producían un miedo intenso. Nahia se dio cuenta de que los rayos que emitía la esfera no herían a los seleccionados, aunque de base tenían el aliento elemental y mortal de uno de los dragones. El rayo blanco siguió al azul y seleccionó a otras tres escuadras, cuyos integrantes quedaron marcados con círculos blancos en el torso.

Todo el mundo estaba tan pasmado con lo que estaban presenciando que ni se daban cuenta de a qué dragón estaban siendo asignados. No fue el caso de Nahia, que lo supo de inmediato en cuanto vio el rayo rojo llegar a su escuadra. Todos quedaron marcados con un gran círculo rojo en medio del torso.

Sintió que se le hundía el corazón. Lo último que quería era que le tocara aquel dragón y eso era justo lo que había pasado. Pertenecían al escuadrón rojo, el de Irakas-Gorri-Gaizt. No podía creer su mala suerte. Miró a las otras dos escuadras que habían quedado marcadas de rojo. Estaban algo lejos y tuvo que estirar el cuello para identificar qué humanos había en ellas con la esperanza de que fueran sus amigos. Vio a un chico moreno y el corazón le dio un vuelco pensando que era Logan. Lo miró mejor y vio con enorme tristeza que no era él, sino otro con un cabello similar. Buscó al otro humano y llegó la desesperación. Era un chico rubio, ninguno de sus amigos estaba en su escuadrón. El alma se le cayó hasta el suelo, no aquel que pisaba, sino uno mucho más abajo, donde moraban las razas esclavas.

El reparto continuó y Nahia descubrió que a Logan le había tocado el dragón blanco. A Maika le tocó el escuadrón del dragón marrón y a Ana el del azul. Nahia no podía creerlo. Era

como si las fuerzas de la naturaleza estuvieran en su contra. Les había tocado separados a todos. Estaban condenados por alguna razón, como si una maldición hubiera caído sobre ellos. Siendo así, sus oportunidades de sobrevivir eran todavía menores.

La esfera dejó de rotar y los seis dragones dejaron de enviar su aliento elemental sobre ella. Un momento después comenzó a desvanecerse hasta que desapareció del todo, como si nunca hubiera estado allí.

«Ya tenemos las escuadras asignadas a cada líder. Vuestro capitán y líder de escuadra es el dragón del color con el que habéis sido marcados» envió el coronel junto a un sentimiento de que quien no entendiera aquello era poco más inteligente que una lombriz.

«Desde este momento seguiréis todas y cada una de las indicaciones de vuestro líder de escuadrón. Viviréis y moriréis por sus órdenes, que seguiréis sin dubitación alguna. Ahora, capitanes, los escuadrones son vuestros» envió el coronel junto a un sentimiento de que era una orden imperativa y, extendiendo las alas, dio un brinco tremendo y ascendió hacia los cielos.

Mientras el gran dragón blanco ascendía, el espíritu de Nahia descendía a las profundidades.

—Qué mala suerte… —masculló entre dientes.

—¿Esto en concreto o toda nuestra maravillosa situación? —preguntó Dafne.

—Esto y todo —Nahia movió la cabeza de lado a lado con expresión de gran resignación.

—Seguro que ahora nos darán buenas noticias, verás —Dafne la miró con expresión de pura ironía.

Taika se volvió.

—Recordad el objetivo: sobrevivir el curso y graduarse. Mantened el espíritu —animó.

—La gloria nos espera. Seremos el orgullo de nuestros amos y señores —soltó Aiden.

—Con este sí que estamos perdidos. Nos llevará de cabeza contra el enemigo, cargando los primeros —dijo Dafne.

—Por supuesto. Lideraremos el escuadrón rojo y seremos el orgullo de nuestro líder —afirmó Aiden convencido.

Dafne puso los ojos en blanco.

Lily negó con la cabeza.

—Quizá sería mejor que nos relajásemos y nos tomásemos las cosas con calma. No hay por qué cargar ni morir ahora mismo —expresó Ivo con tono tranquilo y expresión serena en su cara mitad toro, mitad bestia.

Nahia observó a las otras dos escuadras que formaban el escuadrón con ellos.

—¿Conoces a los de tu raza de las otras escuadras de nuestro escuadrón? —preguntó a Lily.

La Escarlatum los observó y negó con la cabeza.

—No los conozco, mi nación es grande.

—¿Vosotros? —susurró Nahia al resto.

Todos miraron y estudiaron a los componentes de las otras escuadras.

—No, no los conozco —afirmó Taika.

—Yo tampoco, pero no me extraña. Mi nación es grande y los Tauruk-Kapro tendemos a vivir separados —explicó Ivo.

—Nosotros somos más tribales y nos gusta la manada, pero no son de la mía —explicó Taika.

—Nosotros vivimos entre aldeas en los bosques y casas en los árboles la mayoría. No son de la mía —negó con la cabeza Dafne.

—Yo no necesito conocerlos. Son Drakónidos. Serán orgullosos, leales y valientes.

—Como no podría ser de otra forma… —añadió Dafne con sarcasmo.

«Las escuadras rojas formarán mi escuadrón frente a mí» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt, que echó a volar y descendió para situarse en la parte superior izquierda de la gran plaza.

—Vayamos rápido con nuestro líder —dijo Aiden.

—Vayamos, sí —convino Taika.

Corrieron a formar frente a su líder y junto a ellos lo hicieron las otras dos escuadras rojas. Lo mismo estaba ocurriendo con los otros cinco escuadrones. Cada dragón había elegido una zona de la plaza para situarse y reunir al suyo.

Nahia corría con el alma rota y una idea fija en la cabeza que se repetía una y otra vez: “sobrevivir el curso y graduarse”.

Capítulo 16

Según corrían cruzando la plaza de armas se toparon con las otras escuadras, que hacían lo mismo para formar frente a sus líderes. Se formó un revuelo y tuvieron que andarse con cuidado de no golpearse o tropezar los unos con los otros y caer.

—Ha elegido el sitio más lejano de la plaza —se quejó Lily según se acercaban al gran dragón rojo.

—¿Te extraña? —preguntó Dafne con cara de disgusto.

La Escarlatum hizo un gesto de que no, en absoluto.

Se apresuraron a llegar hasta Irakas-Gorri-Gaizt. Se situaron frente al dragón y sobre tres cuadrados que había marcados en el suelo. La forma en que estaban señalados sorprendió a todos: con piedras preciosas. Debían ser rubíes por sus destellos rojizos al alcanzarles los rayos del sol. No tuvieron duda de que aquellos cuadrados eran para ellos pues el suelo brillaba rojo. Formaron frente a su líder, una escuadra junto a la otra. La primera por la izquierda era la de Nahia. Aiden había corrido a ocupar ese lugar y el resto le habían seguido. No tenían más remedio, ya que no querían dar ningún motivo al dragón para que se enfureciera con ellos.

«Este es el sitio en que formaréis ante mí durante todo este primer año de formación. Para marcarlo y para que reconozcáis el estandarte de vuestro escuadrón, lo plantaré ante vosotros. Permaneced quietos y en silencio» envió y todos recibieron el mensaje claro y fuerte en sus mentes.

Nahia empezaba a soportar mejor los mensajes que no llevaban asociados algún sentimiento negativo. Ya no le impactaban tanto y esto lo interpretó como que su mente se iba adaptando y acostumbrando a aquel tipo de comunicación tan directa.

De súbito, entre ellos y el gran dragón rojo, apareció una columna de fuego surgiendo del suelo. Tenía más de cinco varas de altura por una de grosor y terminaba en una corona ardiente. Todos se fueron uno o dos pasos hacia atrás del susto.

«¡Mantened la posición! ¡No salgáis de vuestro recuadro! Este es el estandarte de nuestro escuadrón. Cuando lo veáis, iréis hacia él».

Todos volvieron a las posiciones iniciales, aunque el miedo a la alta columna de fuego intenso no se les pasaba.

«Apreciad los estandartes de los otros escuadrones» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia miró a la derecha y vio que el dragón azul levantaba un estandarte de agua y hielo. Este también tenía unas cinco varas y era de color blanco azulado. El exterior estaba helado, mientras que en el interior se apreciaba un chorro de agua que primero subía y luego bajaba. Siguió mirando y vio el estandarte marrón hecho de tierra. Este tenía una corteza dura de piedra y en el interior se veían miles de pequeñas rocas que subían y bajaban a gran velocidad. El estandarte blanco la dejó muy impresionada pues estaba hecho de viento y relámpagos. Los rayos subían y bajaban las cinco varas de altura pero sin salirse y golpear a los de su escuadrón, estaban contenidos en corrientes muy fuertes de aire que los envolvían. No pudo apreciar el resto de los estandartes. Tendría que fijarse otro día. Todos ellos parecían vivos, lo que la dejó muy

sorprendida.

Cruzó miradas con Lily y Dafne y ambas parecían impresionadas por el despliegue de magia de los dragones. No decían nada para no arriesgarse a enfadar a su líder, pero se notaba que querían comentarlo, al igual que ella. Aiden, por su parte, tenía expresión de estar encantadísimo con lo que estaban presenciando. Taika observaba y analizaba con sus ojos felinos, siempre atento. Ivo no parecía ni estar presente. Su rostro bestial estaba en calma y sus extraños ojos parecían perdidos, como si estuviera meditando sobre lo que acaban de presenciar. Desde luego eran un grupo de lo más singular.

El gran dragón rojo observó a sus tres escuadras con sus ojos encarnados de gran reptil depredador.

«Ahora sois el Escuadrón Rojo. Los otros escuadrones cogerán el color de su líder y os referiréis a ellos por su color. Este escuadrón lo formáis las tres escuadras que habéis sido elegidas y será así el resto del año. Cada una tendrá un nombre por el que me dirigiré a ella. Os denominaré ahora. La escuadra de la humana rubia será la Escuadra Ígnea. La del humano moreno será la Escuadra Ardiente. La del humano rubio será la Escuadra Candente. Así os referiréis entre vosotros».

El mensaje llegó junto a un sentimiento de pertenencia. Los integrantes de las tres escuadras se miraron entre ellos y luego a las otras. A Nahia los nombres le parecieron significativos. El dragón era rojo y tenía aliento elemental de fuego, por lo que dedujo que los nombres de las escuadras estaban relacionados con ese elemento de la naturaleza.

«Debéis aprender a comportaros con propiedad. Os explicaré las reglas básicas que rigen esta academia marcial. Memorizadlas y no cometáis un error. Para empezar, cuando estéis ante un dragón en la academia, mostraréis respeto poniéndoos de rodillas, sobre las dos, sentados sobre vuestros talones y con el cuerpo echado hacia delante. ¡Hacedlo!».

Todos se arrodillaron. Mirándose los unos a los otros consiguieron entender la postura. Se sentaron sobre los talones y luego doblaron el cuerpo sobre las piernas y las rodillas, hacia delante. Nahia no tuvo dificultad en hacerlo, al igual que Dafne y Lily. Ivo y Aiden, por el contrario, no consiguieron doblarse del todo bien. No eran para nada flexibles. Taika, sin embargo, sí lo era, tanto o más que las chicas, lo que a Nahia le resultó chocante al ser un tigre tan grande. Sus habilidades innatas de felino debían proporcionarle esa agilidad extra.

«¡En pie! ¡Formad como escuadra!».

Todos obedecieron al instante y se colocaron como siempre hacían.

«Es momento de establecer el orden de formación, tal y como lo hacéis es incorrecto. La primera línea estará compuesta por Humano, Fatum y Escarlatum. La segunda por Drakónido, Tauruk-Kapro, y Felidae. Formad siempre así y no olvidéis el orden o perderéis la cabeza. Os la arrancaré de un bocado si cometéis un error tan grande en algo tan sencillo».

Las tres escuadras formaron frente a su líder como él había indicado. Irakas-Gorri-Gaizt los miró de arriba a abajo a cada uno, como si quisiera memorizar sus caras.

«Eso que veis en mitad de la plaza es un reloj solar. Sirve para indicar y medir el tiempo. Sé que no estáis acostumbrados a la noción de tiempo ni a medirlo o respetar las horas. Sin embargo, aquí arriba es muy importante. ¿Quién de entre vosotros sabe leerlo? Quien sepa que dé un paso adelante».

Nahia no tenía ni idea. Miró a Dafne y Lily y por sus expresiones de extrañeza dedujo que ellas tampoco.

Los tres Drakónidos de las escuadras dieron un paso al frente.

Lily y Dafne pusieron cara de incredulidad.

«Vosotros tres explicaréis a vuestras escuadras cómo funciona el reloj solar. A partir de hoy todos formaréis a primera hora de cada día. Quien se retrase será castigado. No habrá excusas ni piedad. Tras formar iréis a desayunar al comedor común y a segunda hora comenzaréis la formación. Cada día de la semana se impartirá una materia diferente durante todo ese día. La formación durará siete horas diurnas. Las cuatro últimas de cada día las dedicaréis a fortalecer las áreas en las que estéis débiles. Para unos será la parte física, para otros la mágica y para los más torpes, ambas. Os recomiendo que uséis esas horas o no lograréis sobrevivir a la Senda. Las horas nocturnas las pasaréis en el barracón. En vuestra habitación del barracón. Está prohibido deambular por los edificios. Está prohibido salir de la habitación del barracón de noche. Está prohibido hablar con otros alumnos excepto en el comedor en vuestra mesa, en biblioteca por estudios o en el gimnasio para practicar y ejercitaros. Está prohibido llegar tarde a las clases. Quien me deshonre y quiebre alguna regla, lo pagará. Ahora id al reloj solar y aprended a leerlo. ¡Romped formación!».

Rompieron filas y Aiden les hizo una seña para que lo siguieran. Los llevó hasta el reloj solar que estaba en el centro de la gran plaza de armas. Era circular, de más de diez varas de anchura. Una aguja alta proyectaba una sombra sobre él.

—Es sencillo —comenzó a explicar Aiden—. El día se divide en doce partes. Son las líneas que veis trazadas en el suelo. La sombra de la aguja es la que marca el momento del día que es.

—Interesante sistema, avanzado —comentó Taika, que observaba el reloj mientras razonaba su funcionamiento.

—No veo la necesidad de medir el tiempo. Nos guiamos por la altura del sol en el firmamento como siempre, es mucho más natural —se expresó Ivo.

—Estoy de acuerdo con nuestro bestialito —dijo Lily asintiendo.

—El sistema tradicional está bien, pero este es más sofisticado. No sé si me convence tener que andar mirando este artilugio cada vez que quiera saber qué momento del día es —comentó Dafne arrugando la nariz.

—Nosotros no usamos medidores del tiempo —dijo Nahia y se rascó la sien.

—Este sistema es exacto, los vuestros no —dijo Aiden—. Por eso los amos nos enseñaron.

—¿Y qué pasa con la noche, listillo? —preguntó Dafne.

—El reloj solo marca las horas diurnas. Las nocturnas también son doce pero no se representan ya que el reloj funciona con el sol marcando la hora con esa aguja que veis —respondió Aiden.

—Resumiendo, de noche no funciona —dijo Dafne con ironía en el tono.

—Si los dragones miden el tiempo así, tendremos que estar atentos al movimiento del sol y las horas —comentó Taika.

—Qué remedio… —se quejó Lily cuya expresión indicaba que no estaba contenta con lo de medir el tiempo y adaptarse a lo que marcara.

—Estoy impaciente por ver qué tenemos hoy de formación —comentó Aiden muy animado.

—Ya, impacientísimos estamos —ironizó Dafne.

Lily soltó una risita contagiosa.

«Atención, escuadrón» envió Irakas-Gorri-Gaizt con un sentimiento de orden inapelable. El gran dragón extendió las alas, las sacudió con fuerza y, dando un enorme brinco, echó a volar. Ascendió sobre la plaza y pasando entre las grandes torres de la muralla, salió de la academia sobrevolando la puerta sur por la que habían accedido el día anterior.

—¿Sabes qué pasa ahora? —preguntó Nahia a Taika.

—No, pero imagino que el dragón rojo regresará en breve y nos dará órdenes.

El Felidae no se equivocó. Irakas-Gorri-Gaizt regresó y tomó tierra en la parte superior izquierda de la plaza, junto al estandarte viviente que seguía ardiendo en el lugar donde lo había plantado el dragón.

«Mi escuadrón formará frente a mí» envió.

—Vamos todos —urgió Aiden.

Llegaron y formaron tal y como les había instruido su líder.

«Ahora marcharéis a intendencia. Es el edificio cuadrado con rejas en las ventanas que está en medio de la muralla oeste. Allí se almacena todo lo que los alumnos necesitan, desde ropaje a armas tradicionales y mágicas. Lo primero que os asignarán son los ropajes de la academia. Id y que os den la ropa que vestiréis de aquí en adelante. Una vez vestidos iréis al comedor que se encuentra en la muralla sur, es el edificio bajo y alargado. Desayunaréis y os reuniréis conmigo aquí al oír mi llamada. No tenéis mucho tiempo, así que os recomiendo que os apresuréis o no desayunaréis. ¡Romped la formación y marchad!».

Nahia sintió la orden golpearle la mente, pero la aguantó bien. Vio que Dafne y Lily echaban la cabeza atrás. Le dio la impresión de que a ellas les afectaban más los mensajes mentales de los dragones. Se sintió un poco mejor, si bien sabía que aquel tipo de consuelo no era digno, tenía que buscar la forma de proteger mejor su mente de aquellos ataques.

—Vamos, rápido —urgió Aiden que de nuevo quería ser el primero, aunque fuera en llegar a intendencia. Apresuró el paso.

—Tranquilo, que no todos tenemos tus ganas de destacar —dijo Dafne con desgana.

—Deberíais. Tenemos que triunfar en todo ante nuestro líder y señor —dijo e hizo señas para que aceleraran.

—Hay que cruzar toda la plaza de armas, hay tiempo —dijo Ivo, que no apresuraba el ritmo, aunque sus grandes zancadas eran como dos de Nahia.

Nahia se puso detrás de Ivo, intentando seguir su paso. Pronto vieron que no eran el único escuadrón que iba a intendencia. Según iban terminando con su líder todos se volvían y se dirigían hacia el edificio.

Taika se percató.

—Va a formarse una buena cola allí.

—¿Sí? Pues yo no quiero perderme el desayuno —se pronunció Ivo, que comenzó a dar zancadas más grandes y rápidas.

—Vaya, parece que sí que hay algo que hace que nuestro Tauruk se acelere —comentó Lily y sonrió.

—Ya os lo he dicho, hay que ser primeros en todo siempre —les echó en cara Aiden con tono hosco y se puso a correr.

—Este nos va a llevar por el camino de la amargura —negó con la cabeza Dafne.

Se dirigieron a intendencia a la carrera siguiendo a Aiden. Nahia echaba vistazos hacia las otras escuadras a ver si conseguía ver a sus amigos. Vio a Maika y le lanzó una mirada, pero estaba muy lejos y ella no la vio. A Logan y Ana no los consiguió localizar.

Al llegar a intendencia ya tenían dos escuadras delante y tuvieron que esperar haciendo cola.

—Terceros, esto no es aceptable —expresó Aiden disgustado.

—Ni que dieran medallas al honor —dijo Dafne.

—Debemos destacar en todo. ¿Es que no os han enseñado nada en vuestra tierra?

—Tú estás bastante tocado de la cabeza —dijo Dafne e hizo un gesto con las manos sobre su cabeza que Nahia interpretó que quería decir locuelo en el mundo de los Fatum.

—Terceros. Bien, no perderemos el desayuno —Ivo se frotó su musculoso y amplio abdomen.

Tuvieron que esperar y Nahia aprovechó para volver a observar bien a sus compañeros de escuadra. Para una humana como ella, resultaban de lo más chocantes, pero tendría que acostumbrarse. No tenía otra elección. Aquellos cinco no era con quienes quería convivir y formar vínculos, pero ya veía claro que no tendría más opción. Suspiró profundamente y se resignó.

Capítulo 17

Aguardaron a que las dos escuadras anteriores hubieron terminado y les tocó el turno. Entraron en el edificio, que era un gran almacén de roca sólida, y se acercaron a una larga barra que hacía las veces de mostrador. Nahia se sorprendió al ver que no había nadie atendiendo y, tras un momento, se sorprendió todavía más. No es que no hubiese nadie atendiendo, es que no se les veía de lo bajitos que eran. Se inclinaron sobre el mostrador para verlos.

—Esos son… Tergnomus… —masculló muy sorprendida observándolos como si hubiera descubierto unos seres mitológicos y mágicos.

Eran bajitos, de tamaño reducido, la mitad que un humano, a excepción de las manos y pies, que eran grandes en comparación. Tenían la cara afilada, con nariz larga y aspecto de ser un largo pico. Las orejas también eran muy largas y puntiagudas y se iban hacia atrás entre cabellos revueltos de tonalidades verduscas. Sus ojos eran oscuros y sus pieles de un color entre el blanco y el marrón con algo de tonalidad verde en la mezcla. A Nahia le parecieron unos seres fascinantes.

—Vaya, esto es toda una sorpresa —comentó Taika inclinando la cabeza a un lado mientras los observaba—. Qué curioso…

—¿Estos son quienes están repartiendo los uniformes? —Dafne también estaba sorprendida y por su expresión no le encajaba que estuvieran al cargo de la intendencia.

—No entiendo que haya Tergnomus aquí, nuestros señores dragones no los aprecian —comentó Aiden.

—Quizá no les gustan para aspectos bélicos, pero como sirvientes o trabajadores parece que sí —comentó Taika.

—Son encantadores, tan chiquititos… es como para llevárselos a casa —opinó Lily, que les sonreía.

—No creo que eso sea buena idea. Dicen que tienen muy mal humor —comentó Aiden.

—¿Como tú? —dijo Dafne y lo miró enarcando una ceja.

—Yo no tengo mal humor. ¿Por qué dices que tengo mal humor? No me conoces —se defendió él hablando a ladridos.

—Quizá sea porque te expresas como un león al que se le ha clavado una estaca en el pie y tiene prisa por ir a alguna parte —dijo Lily.

Aiden levantó la cabeza y la movió de lado a lado con expresión de estupor.

—Lo que ocurre es que tenéis envidia de un Drakónido seguro de sí mismo y de lo que hay que hacer aquí. Eso es lo que pasa.

—Sí, es eso, sin duda. Y se te ha olvidado añadir que además eres irresistible —dijo Dafne llena de sarcasmo y abriendo mucho los ojos.

—¡Siguiente, he dicho! —chilló el Tergnomus con voz de enfado.

—Somos la Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo —se presentó Aiden con rapidez y seguridad, orgulloso de sí mismo.

—Yo soy Hiputz, jefe de intendencia. Todo lo que necesitéis tiene que pasar por mí. Yo me encargaré de conseguíroslo si está aprobado.

—Encantados de conocerte, Hiputz —sonrió encantadora Lily y le guiñó un ojo.

—Tus encantos no te conseguirán materiales extra, Escarlatum, por muy preciosa e irresistible que seas.

—¿No…? ¡Qué lástima! —Lily le lanzó un beso.

El Tergnomus pareció sonrojarse, aunque con la piel tan áspera que tenía era difícil de decir.

—Escuadrón Rojo, ¿eh? —Hiputz se subió a un pedestal y los observó de arriba a abajo a todos.

—Sí, lo somos. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió Taika con tono de sospecha en su voz y se quedó mirando al Tergnomus.

—No, por nada. Es que me da rabia que se desperdicie tan buen material cada año —comentó y se dio la vuelta bajándose del pedestal.

—¿Desperdiciar? —Taika frunció la frente y su mirada felina se agudizó.

—¿No sabéis en qué escuadrón estáis? —dijo Hiputz, al que ya no veían porque había desaparecido entre grandes cajas de madera en lo que parecía un almacén sin final que se expandía hacia el fondo. Allí había miles de cajas enormes y solo podían ver parte del almacén.

—Estamos en el Escuadrón Rojo y muy orgullosos —confirmó Aiden.

El Tergnomus no respondió. Por un momento desapareció y los dejó allí, esperando. Nahia y Lily intercambiaban miradas de confusión.

Por fin Hiputz apareció seguido de otros tres Tergnomus. Llevaban seis macutos verdes.

—Estáis en el escuadrón más famoso de esta academia militar —dijo Hiputz.

—¡Lo sabía! ¡Seremos héroes! —Aiden no podía estar más contento y levantó el puño en señal de victoria.

—¿Sí? Curioso… —Taika seguía sospechando algo porque lo miraba con ojos entrecerrados.

—También es el que más bajas tiene siempre. Hay años que ninguna de sus escuadras sobrevive —explicó Hiputz con total naturalidad, como quien da los buenos días y cuenta un chisme sin importancia.

—¿La que más bajas tiene? —Dafne enarcó ambas cejas y se estiró mucho, como si fuera a echar a volar huyendo de allí, solo que no podía.

—Eso suena fatal. Yo soy demasiado bella y encantadora como para morir tan pronto —comentó Lily negando con el dedo índice.

—Yo simplemente preferiría no morir —expresó Nahia, a la que aquella noticia no le había gustado nada. ¿Es que nada le podía salir bien? ¿Es que no podía tener un poquito, solo una pizca de buena suerte? Todo se torcía y empeoraba a cada paso que daba.

—Las malas noticias hay que tomarlas con serenidad. Quizá deberíamos sentarnos y meditar el futuro que nos espera —propuso Ivo.

—Futuro cortito, parece ser —comentó Dafne enfurruñada.

—¿Hay alguna razón especial por la que este escuadrón sea tan propenso a las bajas? —preguntó Taika a Hiputz.

—A su líder, Irakas-Gorri-Gaizt le gustan las misiones arriesgadas. Presenta a su escuadrón a

las más complejas y peligrosas, o eso me han dicho. ¡Pero qué sé yo! Tan solo soy un Tergnomus de intendencia —dijo Hiputz encogiéndose de hombros.

—Tergnomus, jefe de intendencia —puntualizó el segundo Tergnomus.

—Que tiene mucha información —añadió el tercero.

—Porque lo oímos y vemos todo —afirmó el cuarto.

—Sí, ya sé lo que soy. Tengo muy buena memoria. Y os tengo dicho que no habléis, que sois unos bocazas —amonestó Hiputz volviéndose hacia ellos con muy mal humor. Luego cambió al idioma de los Tergnomus y comenzó a gritarles. Ellos empezaron a gritarle de vuelta y en un momento aquello se convirtió en una batahola.

—Vaya con los Tergnomus… pues sí que tienen mal humor —comentó Taika con expresión de contrariedad.

—Ya no me parecen tan encantadores y ni loca me llevo uno a casa. Mira como gritan… y esos rostros desencajados de ira. ¡Qué horror! —Lily puso cara de espanto.

—Discutir y enfurecerse es de necios. Deberían relajarse y disfrutar de estar vivos y de este maravilloso día —afirmó Ivo con tono positivo.

Los Tergnomus le ignoraron y siguieron discutiendo a grito pelado y gesticulando mucho. Las cosas se tornaron feas cuando uno de ellos intentó golpear a Hiputz con el macuto. Falló por poco. El Tergnomus jefe se defendió y le golpeó con el suyo desde el pedestal y se fue de espaldas. Los otros dos comenzaron a golpearse el uno al otro con los macutos mientras seguían gritando a pleno pulmón.

—¡Detened la discusión y atendednos! —gritó Aiden.

Las palabras del Drakónido no surtieron efecto.

—¡He dicho que nos atendáis! —gritó enfadado.

Tampoco le hicieron caso y siguieron discutiendo y dándose con los macutos en la cabeza los unos a los otros.

—¡Que nos atendáis! —gritó Aiden tan fuerte que casi tuvieron que taparse los oídos. De súbito, comenzó a aporrear el mostrador con los dos puños.

—No creo que te vayan a hacer caso así —dijo Dafne.

Aiden continuó golpeando el mostrador, cada vez con más fuerza y más rápido. Tras un instante parecía un loco. Golpeaba y golpeaba y golpeaba.

—Aiden, tranquilo, que te vas a hacer daño —dijo Taika e intentó sujetarle un brazo. El Drakónido continuó golpeando con todas sus fuerzas una y otra vez. No parecía que viera u oyera nada.

—Para ya, Aiden, te vas a lesionar —dijo Dafne.

Los Tergnomus se percataron de lo que sucedía y dejaron de discutir para quedarse mirando al Drakónido, que golpeaba el mostrador con sus puños de forma repetitiva.

—Ayudadme —pidió Taika intentando sujetarle un brazo.

Nahia y Lily le agarraron del otro. Aun así, el Drakónido continuó golpeando con la vista perdida al frente.

—Le ha dado algún tipo de ataque —diagnosticó Dafne y le pasó la mano por delante de la cara. Aiden no respondía.

—¿Se te ocurre cómo sacarle de él? —preguntó Taika, que tenía que usar toda su fuerza para controlar el brazo de Aiden.

—Imagino que pronto saldrá de él o se agotará —se encogió de hombros Dafne.

—O quizá no —dijo Nahia, que con ayuda de Lily intentaba sujetar el otro brazo y tenían problemas.

Ivo se acercó. Sin mediar palabra cerró su puño y le dio un fuerte golpe a Aiden en la nuca. El Drakónido se derrumbó al suelo y quedó inconsciente. Gracias a que le agarraban los brazos no se dio un golpe.

—¡Ivo! —protestó Taika con expresión de total sorpresa en la cara.

—Pero ¿qué haces? —Lily miraba a Ivo sin poder creerlo.

—Solucionar el problema —dijo él y tan tranquilo volvió a retrasarse.

—Razón no le falta al bestia este —comentó Dafne con una sonrisa.

—Esta no es forma de solucionarlo —se quejó Taika y se arrodilló a ver cómo estaba Aiden. Nahia hizo lo mismo.

Lily se volvió hacia Ivo.

—¿No eras tú el de la paz, serenidad, tranquilidad, armonía y todo eso? —preguntó enarcando ambas cejas.

—Lo soy, sí. Pero si hay que solucionar un problema, lo soluciono.

—Al estilo Tauruk, según veo —dijo Lily.

Ivo no dijo nada y se encogió de hombros.

—Cada vez me cae mejor este Tauruk —expresó Dafne con una sonrisa y le dio una palmada en la espalda.

Un momento más tarde salían de intendencia. Taika e Ivo cargaban con Aiden y el resto llevaban los macutos de todos. Fueron hasta los barracones, a su habitación, y dejaron a Aiden descansando en su catre.

—Pongámonos los ropajes —dijo Taika.

—De acuerdo —convino Dafne.

—Espero que no sean muy feos, militares y eso —deseó Lily.

Sacaron los ropajes de los macutos. Había unas botas de cuero, pantalones, una túnica de mangas largas hasta la cintura, y una capa de un material similar al lino. Eran de color negro y estaban recubiertas por completo de grandes escamas rojas que brillaban con reflejos plateados al darles la luz.

—Hiputz nos ha dado uno de cada medida. Tiene muy buen ojo el Tergnomus —dijo Dafne cogiendo el de su tamaño y comenzando a vestirse.

—El rojo sobre negro es muy resultón y va a juego con mi piel, me quedará de maravilla —sonrió Lily, a la que no le disgustó la vestimenta lo más mínimo.

—Llamativa y vistosa es —comentó Taika no como algo bueno, sino todo lo contrario.

—Mirad, las capas tienen la estampa de un dragón grabada en plata en mitad de la espalda y bajo ella el número uno —dijo Lily mostrándoselo.

—Es para que no olvidemos que somos de primero y pertenecemos a los dragones —comentó Dafne con ironía.

—Hasta las botas están recubiertas de escamas —comentó Nahia—. Qué curioso, ¿no?

Taika estaba raspando una escama de su capa con las fuertes uñas de su zarpa.

—Estas escamas son de dragón, no se rayan. Nos protegerán, el acero no las traspasará.

—¿Tú crees? —Dafne se puso a examinar las de su pantalón.

—Mis ropajes me quedan bien, eso es sorprendente —expresó Ivo con tono de estar contento, y se ajustó bien la capa.

—Yo necesitaré toda la armadura que puedan darnos —confesó Nahia.

—Pue si es armadura, es realmente ligera. Estas ropas apenas pesan —dijo Dafne, que tenía la capa entre sus brazos y calibraba cuánto podía pesar.

—Eso también me viene bien —asintió Nahia, que al ponerse la capa comprobó que en efecto era liviana pese a que el material negro era grueso.

—Esta armadura es ligera y resistente —concluyó Taika que hizo varias pruebas sobre su capa, túnica y pantalones—. El material no sé qué puede ser, pero las escamas son de dragón, seguro.

—¿Serán de nuestro líder? —preguntó Nahia.

Taika negó con la cabeza.

—Serán de algún dragón rojo que ha muerto en batalla.

—Eso tiene más sentido. Nuestro líder necesita sus escamas —dijo Dafne—. No creo que se deshaga de ellas.

—¿Quizá los dragones muden su piel de escamas? —aventuró Nahia.

—Interesante noción. Sí, podría ser —se quedó pensativo Taika.

—Con los dragones cualquier cosa es posible, sobre todo las malas —afirmó Dafne.

—¿Alguien sabe si es así? —preguntó Nahia de nuevo.

Los demás se miraron y negaron con la cabeza.

—Igual el dragoncillo este lo sabe —dijo Dafne señalando con el pulgar a Aiden—. Pero aquí nuestro amante de la paz con cuernos de toro lo ha dejado fuera de combate.

Ivo hizo un gesto de disculpa.

—Cuando despierte nos lo podrá decir. Tenemos tiempo y la paciencia es una virtud.

—Ya, una de la que tú a veces te olvidas —replicó Dafne con una mueca graciosa.

—Lo que no olvido es que tanto el alma como el cuerpo necesitan alimentarse. En este momento, lo segundo. Vayamos a desayunar —propuso Ivo.

—¿Y él? —Nahia miraba a Aiden en su catre.

—Lo despertamos después —sugirió Dafne—. Igual no se lo toma del todo bien si lo hacemos ahora.

—Muy de acuerdo —dijo Ivo y salió por la puerta sin esperar a nadie.

Nahia, Lily y Taika se miraron y asintieron. Mejor dejarlo descansar y evitar su enfado, que sería mayúsculo al despertar. Además, no querían perderse el desayuno. Todos estaban muy hambrientos, incluso Nahia, que no era de comer mucho. En ese momento podría engullir una vaca entera a la parrilla.

Capítulo 18

Se dirigieron al comedor y vieron que no eran los únicos. De los barracones de segundo y de tercero salía gente formando escuadras a medida que cruzaban la plaza de camino al desayuno. Nahia los observó echando miradas con disimulo. Los de segundo año estaban más cerca y vio que parecían bastante mayores que ellos. Solo tenían un año más, pero daba la impresión de que eran por lo menos tres.

Una escuadra de segundo año se puso delante de ellos y Nahia vio que en la capa, en mitad de la espalda, tenían bordado un dragón más grande plateado y el número dos también en ese color bajo el grabado. Tras un momento una escuadra de tercer año pasó a su lado a ritmo muy rápido, casi al trote, y Nahia se quedó boquiabierta. Si los de segundo año parecían tres años mayores que ellos, los de tercero al menos cinco. No solo eso, sus rostros y miradas eran de alguien que había vivido situaciones difíciles que habían dejado marca en sus almas.

—Interesantes, ¿eh? —dijo Lily a su lado.

—Más bien un poco aterradores.

—¿Y eso? Son guapos y mayorcitos.

—¿No crees que parecen demasiado mayores? Es como si cosas muy malas les hubieran pasado y obligado a crecer mucho más rápido de lo normal.

—Seguro que eso es precisamente lo que ha ocurrido —asintió Dafne, que iba detrás de ellas.

—Nahia tiene razón —se volvió Taika—. Parece que han crecido rápido, muy rápido, y todas las razas.

—Las experiencias de la vida nos marcan y nos cambian haciéndonos crecer —expresó Ivo, que seguía avanzando en cabeza directo hacia el comedor guiado por su apetito.

Llegaron al enorme edificio y Nahia se encontró con una nueva sorpresa. A ambos lados de la enorme puerta con arco descubrió a dos seres que nunca antes había visto. Eran de aspecto humanoide, solo que sus cuerpos estaban recubiertos de corteza y de sus brazos, piernas e incluso cabeza salían ramas cortas con algunas hojas. Sus rostros no estaban tan marcados por la corteza y parecían casi humanos. Tenían ojos marrones, al igual que lo que parecía ser su cabello, que se enredaba con las ramas y hojas y tenía aspecto de lianas.

—Esos son Exarbor —afirmó Taika.

—Sí, tienen que serlo. Parecen un cruce entre un humano y un árbol —apuntó Dafne.

—Una gran raza, se toman su tiempo y disfrutan de la vida —explicó Ivo y saludó a ambos inclinando su cabeza con sus grandes cuernos. Cada vez que los movía todos se apartaban.

—Cuidado con esa cornamenta que nos vas a sacar un ojo —protestó Dafne.

—Mantened una distancia prudencial y nada malo os sucederá. Además, es cortés dejar espacio para que otros puedan respirar —respondió Ivo con su tono tranquilo.

Los dos Exarbor devolvieron el saludo inclinándose. Al hacerlo todos comprobaron el porqué de su fama. Tardaron tres veces más que Ivo, que ya de por sí lo había hecho bastante lento.

—Los de primero… deben… registrarse —indicó el de la derecha con su lenta voz y un tono

como de madera verde quebrándose.

—Somos la Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo —anunció Taika.

El Exarbor tenía una libreta en una mano y apuntó algo en ella con la otra. Nahia se fijó en que para escribir utilizaba un jugo que le salía del dedo índice. Lo que apuntaba era de color verde.

—Las tres mesas… del Escuadrón Rojo… están al fondo a la izquierda. No tienen pérdida… están pintadas de rojo. Vuestra mesa… tiene grabado el nombre… de vuestra escuadra.

—Qué bien organizado —comentó Taika positivamente impresionado.

—Nos gusta… la organización… y la eficiencia.

—La rapidez no tanto, ¿verdad? —soltó Dafne.

El Exarbor la miró durante un largo momento.

—Jo…jo… jo… —rio.

Todos se quedaron muy sorprendidos.

—Vaya, tiene sentido del humor —sonrió Lily—. Deberías humedecer un poco más el rostro, quizá con rocío mejoraría tu aspecto facial.

—Gracias… lo recordaré…

Nahia miró a Lily para saber si lo decía en serio o en broma. La Escarlatum le guiñó un ojo.

—No son muy despiertos —susurró al oído—. Esa cara no hay quien la reviva.

—Entrad… por favor… se forma cola…

Nahia miró a su espalda y vio a varias escuadras de primero aguardando.

—Vamos, ¡a comer! —dijo Ivo y con grandes zancadas entró en el comedor.

Entraron y nada más dar un par de pasos se detuvieron a contemplar el lugar. Al igual que todo allí, era de un tamaño impensable. La estancia tenía forma rectangular, era más larga que profunda y había un techo altísimo. Las paredes eran de roca y en ellas había incrustadas piedras preciosas alrededor de los grandes ventanales frontales y laterales por los que entraba la luz del día.

—Aquí cabe un ejército —afirmó Taika mirando alrededor.

—Así da gusto, me encanta que haya espacio —expresó Ivo abriendo los brazos.

—Se está llenado rápido. Parece que todo el mundo está muerto de hambre —comentó Dafne.

Nahia se fijó en que en los dos laterales opuestos del edificio había una especie de barra muy larga y la gente se acercaba allí a pedir la comida. La mitad a una barra y la otra mitad a la otra.

—Qué curioso, los de tercero se sientan en las mesas junto a la puerta —comentó Taika.

—Sí, los de segundo en las del medio y nosotros, los novatos, en las del fondo —comentó Dafne, que observaba cómo se iba sentando la gente.

—Supongo que es porque se han ganado ese privilegio —comentó Lily.

—A mí mientras me den de comer no me importa dónde tenga que sentarme, como si tengo que hacerlo en el suelo con las piernas cruzadas y esperar meditando —comentó Ivo.

—¿También meditas? —preguntó Dafne abriendo mucho los ojos.

—Por supuesto, ¿tú no?

—Pues no, me parece una pérdida de tiempo y no entiendo cómo un Tauruk que se supone que es de la raza más bestial de Kraido medita. Es… ilógico.

—No todos los Tauruk somos iguales y meditar te ayudaría con ese temperamento y acidez tuyas.

Dafne sonrió de medio lado.

—Me encanta mi temperamento y mi acidez, no quiero cambiarlos.

—Y yo que pensaba que todos los Fatum eran dulces y agradables —dijo Ivo y le lanzó una mirada.

—Ni todos los Fatum ni todos los Tauruk son iguales y en nuestra escuadra tenemos prueba viviente de ello —comentó Lily.

—Mejor si vamos a sentarnos, no sé si os habéis fijado, pero hay dos dragones en medio de la estancia que miran a todos lados —comentó Taika.

—Me he dado cuenta —dijo Nahia—. Son azules y no muy grandes.

Aquellas criaturas debían tener unas diez varas de largo.

—Serán jóvenes, los tendrán castigados en tareas de vigilancia y control —supuso Lily.

—Podría ser, sí —comentó Taika e hizo una seña para que fueran hacia la mesa al fondo.

Llegaron hasta la sección de los de primer año. Reconocieron las mesas de inmediato y se sentaron en la suya. Observaron el lugar sentados y sin decir nada por un momento, apreciando lo que les rodeaba e interiorizándolo. Estaban en un nuevo submundo. No era el lugar más vistoso, pero tampoco les producía una sensación de peligro, exceptuando a los dos dragones en el centro, que parecían controlarlo todo moviendo sus cabezas de lado a lado cada poco tiempo.

—¿Habéis notado que la mitad de las mesas de los de tercero están vacías? —comentó Taika.

—Será que ya no son parte de la academia —comentó Lily.

—Más bien del mundo de los vivos, no sé si me entendéis —dijo Dafne y guiñó un ojo varias veces.

—Te entendemos, el disimulo y la sutileza no son tu fuerte precisamente —dijo Lily.

Dafne sonrió.

—Tendré que trabajar en mejorarlos.

Lily hizo un gesto indicando que tendría que trabajarlo mucho.

—Si es el caso y han departido, que la madre naturaleza los acoja en su seno y de la vida extinta vida nueva cree —recitó Ivo e hizo un gesto juntando las palmas de sus enormes manos bestiales.

Nahia se fijó en que las manos del Tauruk eran como las de los humanos pero tres veces más grandes y gruesas. Sus manos y cuernos eran todavía más desproporcionados que su enorme cuerpo, aunque sin duda lo que más le sorprendía eran los pies con forma de pezuña. No porque fueran grandes, sino porque eran pezuñas y se mantenía sobre ellas de pie.

—Los de segundo curso tienen un tercio de sus mesas libres… —comentó Taika, que no perdía detalle de nada. Sus atributos felinos le hacían estar atento a todo, tanto lo que le rodeaba como lo que pudiera estar al acecho.

—Quizá estén de excursión —dijo Dafne con tono alegre y gesto cómico.

—Ya, seguro. Los dragones tienen aspecto de organizar actividades festivas cada poco… —

dijo Lily.

—Voy a por comida, los malos presagios es mejor dejarlos para después de comer —Ivo se levantó y tan tranquilo se dirigió a la barra que tenían más cerca.

—Yo también, estoy famélica —dijo Lily que se levantó y fue tras Ivo.

—Espero que tengan buena comida, aunque lo dudo mucho —expresó Dafne poniéndose en pie.

Nahia se quedó un momento observando el lugar y a todos los que había en él. Por primera vez desde que habían pisado aquel reino de dragones escuchó conversaciones entre los miembros de las distintas razas. Eso le sorprendió. Los de segundo y tercer año hablaban entre ellos sentados a sus mesas y lo hacían con naturalidad. Parecían tranquilos pese a la presencia de los dos dragones en mitad del comedor. No daba la impresión de que estuvieran preocupados por ellos, como si supieran que mientras estuvieran allí podrían hablar con tranquilidad. Ese no era el caso de los de primero, que se iban sentando sin saber cómo comportarse o cómo actuar, mirando al resto con ojos de preocupación.

Las otras dos escuadras del Escuadrón Rojo llegaron y se colocaron en sus mesas. Estaban tan perdidos como ellos. Miraron alrededor y luego a Nahia. Ella bajó la cabeza algo avergonzada al ver que todos la miraban. En realidad lo que hacían era preguntarse dónde estaba el resto de su escuadra. Al verlos en la barra, algunos se decidieron y los imitaron. A Nahia se le hacía raro no intercambiar saludos o hablar con ellos, pero tampoco los conocía de nada, ni a los humanos. De hecho, no recordaba haber visto a los dos chicos que estaban en las otras formaciones. Volvió a sentirse mal por no haberse fijado. Luego recordó lo mal que lo había pasado en la Escalada y no se culpó. Bastante había tenido con sobrevivir.

—¡Qué aspecto más sabroso tiene esta comida! —dijo Ivo, que llegaba con una bandeja de madera y un plato enorme de lo que parecía un asado de carne.

—Lo tiene y huele muy bien —asintió Nahia—. Veo que no se andan con escaseces.

—No, eso me ha sorprendido. He pedido ración doble y me la han dado. Es que los Tauruk, y también los Kapro, comemos mucho, como el doble que las otras razas.

—Vaya, eso no lo sabía, pero por tu aspecto físico no me extraña.

—Ahora te digo si está bueno —dijo y le dio un tremendo mordisco al asado al más puro estilo bestial, sujetándolo con las manos y usando su boca como arma despedazadora.

Nahia disimuló un gesto de asombro.

Taika llegó con otra buena ración de carne, pero menor que la de Ivo, y se sentó junto al Tauruk.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—Buenísimo, voy a tener que ir a por más.

—Estupendo —asintió Taika y se puso a comer. Lo hizo con garras y fauces al estilo de un tigre, cosa que a Nahia le sorprendió, pero menos.

Dafne llegó con una ración menor y algunas verduras.

—¿Tienen verduras? —preguntó Nahia.

—Sí, lo que pasa es que estos dos han ido directos a por la carne —dijo Lily, que también tenía asado con algo de verduras en el plato.

—¿Que tal está tu pariente, Ivo? ¿No tienes remordimientos al comértelo? —preguntó Dafne.

Nahia no podía creer que Dafne hubiera hecho aquella gracia. Era muy inapropiada.

Ivo la miró con su rostro bestial.

—No es pariente mío y eso ha sido de muy mal gusto. Deberías recapacitar y buscar el motivo por el que necesitas decir comentarios como ese. Estoy seguro de que te haría bien.

La respuesta serena y meditada de Ivo dejó sin posibilidad de réplica a Dafne.

—La verdad es que, para ser tan guapa y delicada de apariencia, menuda boquita que tienes, maja —dijo Lily, que para sorpresa de Nahia utilizó tenedor y cuchillo para el asado y las verduras. La Escarlatum tenía manos similares a los de los humanos, solo que sus uñas eran más largas y fuertes, tipo las de un ave rapaz.

—Supongo que será por contrastar —se encogió de hombros Dafne.

—Delicioso, en efecto —comentó Taika volviendo al asado—. Es una pena que haya un plato único, pero imagino que será por todos a los que tienen que alimentar.

Nahia se levantó para ir a por una ración. Se fijó en que Dafne también usaba cuchillo y tenedor y lo hacía con delicadeza. Claramente tenía modales. Otra cosa era su carácter algo arisco. Las manos de la Fatum eran muy parecidas a las de un humano, casi idénticas.

Nahia se acercó hasta la barra y vio que los que estaban sirviendo la comida eran una veintena de Tergnomus, todos vestidos con túnicas blancas y una boina del mismo color. Se quedó sorprendida mirándolos. Uno de ellos la vio y se acercó rápidamente.

—Hoy tenemos asado de vaca vieja con verduras a la parrilla con ajo y cebolla. Plato único. ¿Necesitas cubiertos?

—Eh, sí, cubiertos, sí.

—¿Ración simple de ambas cosas?

—Sí, por favor.

—Al momento —dijo el Tergnomus.

Se fue tras una pared y tras un momento apareció con los dos platos en una bandeja que era casi tan grande como él. Se subió a un altillo tras la barra y se la ofreció a Nahia.

—Gracias.

—No es necesario darlas, es mi trabajo y profesión —replicó el Tergnomus y se volvió a atender a la siguiente persona.

—Este lugar es de lo más pintoresco… —comentó Nahia para sí.

—¿Verdad que sí? — dijo una voz conocida.

Nahia levantó la cabeza de su bandeja y se encontró con Maika.

—¡Maika! ¡Qué alegría!

—¡Lo mismo digo! —Maika agarró de los brazos a Nahia y los frotó de forma amistosa con cuidado de no provocar que se le cayeran los platos.

—Qué desgracia que no nos haya tocado en el mismo escuadrón —se apenó Nahia.

—Lo es. Estamos todos desperdigados, este sistema que utilizan aquí es para eso, para que no estemos juntos.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Estás bien?

—Sí, bastante bien. El cuerpo me duele horrores del esfuerzo, pero contenta de estar con vida.

—Ya te dije que lo lograrías —sonrió Maika.

—Ojalá tuviera tu físico, mis posibilidades aumentarían mucho.

—Seguro que tienes otras cualidades que yo no tengo y que te ayudarán aquí.

—No estoy yo tan segura.

«Solo está permitido hablar en las mesas» les llegó a las dos de pronto. El mensaje mental las pilló desprevenidas. Maika echó la cabeza hacia delante y Nahia hacia atrás. Agarró con fuerza la bandeja como para mantener el equilibrio y consiguió que no se le cayeran los platos al suelo.

Las dos miraron a los dragones azules en el centro. Uno de ellos las miraba.

—Mejor lo dejamos —dijo Maika.

—Sí, mejor. Cuídate mucho. Y sobrevive.

—Tú también —asintió Maika y se fue a pedir a la barra.

Nahia regresó a su mesa y se sentó.

—¿Amiga tuya? —preguntó Lily mirando a Maika.

—Sí. Bueno… nos conocimos al llegar.

—Entiendo. Hay experiencias que unen, como la Escalada —dijo Lily sonriendo.

—Eso es.

—Buenísimo. Voy a por otra ración —afirmó Ivo y se puso en pie.

—No hables con nadie. Está prohibido hablar fuera de las mesas, me lo acaba de enviar uno de esos dragones —informó Nahia.

—Nuevas reglas, mira tú por dónde —dijo Dafne.

—No podía ser tan bonito —comentó Lily.

Ivo marchó en busca de su ración extra. Según iba hacia la barra se cruzó con Aiden, que llegaba vestido con los ropajes que le habían dejado en el cuarto. Ivo lo ignoró por completo y fue a pedir.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Aiden según llegó a la mesa.

—¿No lo recuerdas? Qué curioso… —dijo Dafne con una sonrisa traviesa.

—Recuerdo que estábamos en intendencia…

—¿Y luego? —preguntó Taika con ojos entrecerrados.

—Luego… no sé lo que pasó.

—¿Recuerdas golpear el mostrador? —preguntó Nahia interesada. Era raro que no recordara lo que había pasado. Quizá fuera por el fuerte golpe recibido, eso lo explicaría, pero había sido en la nuca, no en la cabeza. No, el golpe no era. A Aiden le pasaba algo más.

—Sí… creo que sí.

—¿Nada más? —preguntó Taika.

—Pues… no… hasta que me he despertado en mi camastro. ¿Me habéis llevado vosotros?

—Sí, hemos sido nosotros —confirmó Taika.

—Porque te has desvanecido —informó Dafne con sonrisa astuta.

—¿Desvanecido? ¿Yo? No puede ser.

—Me temo que sí —confirmó de nuevo.

En ese momento llegó Ivo con otra ración de carne asada.

—Le estábamos contando a Aiden que se ha desmayado en intendencia —dijo Dafne y le guiñó un ojo.

—Oh, sí, desmayado. Quizá la excitación del momento —aventuró Ivo y se puso a comer.

—Es de lo más extraño. Qué vergüenza más grande… Espero que no me haya visto ningún señor dragón.

—Tranquilo por eso, nadie te ha visto —le aseguró Taika.

—Ve a comer algo, te hará bien —sugirió Nahia.

Aiden suspiró.

—Sí, quizá sea la falta de alimento. Iré a coger fuerzas. Esto no me puede volver a pasar. Qué desgracia…

Aiden marchó y el resto se miraron.

—¿No deberíamos decirle la verdad? —preguntó Nahia.

—¿A ese "cabeza de dragón", "todo por mis amos", "el primero de cabeza"? Claro que no. Ahora tenemos algo con lo que bajarle los humos —afirmó Dafne.

—Algo de razón tiene —convino Lily pensativa—. Será menos inaguantable y eso es de apreciar.

—Pero tiene derecho a saber…

—Así evitaremos una disputa —dijo Taika—. Si le decimos que Ivo le golpeó habrá pelea. No lo dejará pasar, los Drakónidos son muy orgullosos.

—Fue por su bien —opinó Nahia.

—Lo fue —asintió Ivo y siguió comiendo.

—Él no lo verá así. Es un Drakónido —Taika hizo un gesto con las manos.

—Entonces igual deberíamos decírselo, a ver qué pasa —sonrió Dafne.

—Eres terrible —le recriminó Lily.

—No se lo diremos y evitaremos una trifulca que puede terminar mal —afirmó Taika—. ¿Todos de acuerdo?

Nahia asintió y luego todos los demás. La última fue Dafne.

—Está bien, no se lo diremos. Qué aguafiestas sois… —se quejó la Fatum.

Aiden volvió con una ración doble de asado y se sentó a comer mientras los demás hablaban sobre el comedor, los Exarbor, los Tergnomus y los dragones en el centro. Cuando Aiden terminaba de comer llegó hasta ellos un rugido terrible.

—Nos llaman a clase —dedujo Taika.

De pronto se escucharon más rugidos, uno detrás de otro.

Nahia resopló. No sabía qué esperar de las clases, pero imaginaba que sería algo difícil, doloroso y seguramente mortal.

Capítulo 19

Salieron del comedor y entraron en la plaza de armas. Se detuvieron a mirar alrededor y comprobaron que mucha gente salía a la carrera y había algo de caos.

—Parece que llaman a todos —comentó Nahia.

—Vayamos al estandarte de la llama —dijo Taika señalando el cuadrante superior izquierdo de la inmensa plaza donde esperaba Irakas-Gorri-Gaizt. La gran llama que había creado seguía en pie y ardiendo.

—Me pregunto por qué habrá elegido ese sitio en concreto —comentó Lily.

—Porque es el más alejado del castillo —respondió Dafne.

—Las decisiones de los amos no se cuestionan y mucho menos las de nuestro capitán y líder —amonestó Aiden con tono serio.

—Deberías tomarte la vida con un poco más de serenidad —aconsejó Ivo.

—No necesito consejos sobre cómo debo actuar, lo sé perfectamente.

—Ya, por eso te dan ataques y luego no recuerdas la mitad de lo sucedido —dijo Dafne con tono sarcástico.

Aiden le lanzó una mirada de odio. Nahia se percató entonces de la similitud que tenían los Drakónidos con los dragones.

—Tengamos paz —dijo para que no escalara la conversación.

—Vayamos antes de que nuestro líder pierda la paciencia —sugirió Taika.

Aiden echó a correr como si le persiguiera una jauría de monstruos hambrientos y los demás lo siguieron. Llegaron a la carrera y junto a ellos las otras dos escuadras de su color.

«Formad ante vuestro líder y atended» envió Irakas-Gorri-Gaizt con un mensaje de dolor. El sentimiento de que no estaba contento lo siguió.

Todos formaron en el orden y posición que debían. Se quedaron quietos y prestaron toda su atención al líder del Escuadrón Rojo.

«Antes de partir a vuestra formación hay un concepto que debéis entender y asimilar. Vuestra escuadra lo es todo. Os formaréis, comeréis, dormiréis, sangraréis, moriréis o viviréis con vuestra escuadra. Desde este momento en adelante vuestra escuadra es vuestra vida. Espero haberme expresado con claridad».

Nadie dijo nada, pero el mensaje llegó con un sentimiento de que era una verdad inalterable, así que todos lo interiorizaron como tal.

«Llega el momento de comenzar la formación. La hay de índole mágico y marcial y ambas son igual de importantes. Debéis dominarlas por igual. El fracaso en la formación no se tolera. Todo aquel que no sea capaz de asimilar las enseñanzas, morirá. Recordadlo bien».

A Nahia el mensaje no le sorprendió lo más mínimo. Los dragones no perdonaban ningún error y por supuesto no iban a tolerar el fracaso. El castigo era siempre el mismo: la muerte. El momento de descanso que habían tenido en el barracón y en el comedor era solo un espejismo.

Volvían a estar en peligro y lo peor de todo era que estaba claro que sería así todo el año. Cada día tendrían que enfrentarse a las clases y esforzarse por no fracasar y morir. Aquello iba a ser una agonía y Nahia iba a tener que sufrirlo. Ella y todos sus compañeros.

«Os dirigiréis a la Plaza de la Senda. Está situada detrás del castillo, es circular y de color plateado. En medio de la plaza hay una fuente y alrededor encontraréis a unos Exarbor. Ellos os indicarán qué formación tenéis hoy y a dónde debéis ir. No entréis en el castillo para cruzar, no sois dignos de pisar su suelo. Está prohibido. Rodeadlo. Al castillo solo podéis entrar con un líder y cuando se os diga».

Nahia no tenía ninguna intención de entrar en el castillo, donde había visto que estaban el coronel y el comandante, además de seguramente otros oficiales. Mejor no acercarse ni de lejos.

«Marchad y no fracaséis. Recordad que estar aquí y ser formado es un privilegio y un honor que se os ofrece. Mataros es solo una pérdida de tiempo para todos».

Tras aquel fatídico mensaje, las tres escuadras marcharon hacia el castillo. La de Nahia iba la primera pues de nuevo Aiden salió en cabeza a paso ligerísimo, como si dieran algún premio por ello. Tras un momento ya marcaba un paso muy rápido que los demás intentaban seguir, aunque en realidad eso de marchar no lo hacían nada bien.

—¿Puedes ir más despacio? No hay tanta prisa —dijo Dafne.

—Sí que la hay. Hemos recibido una orden y debemos cumplirla de inmediato —respondió Aiden con tono de indignación.

—Si perdemos el paso tampoco vamos a quedar bien —intervino Lily.

—Tenemos que ser los primeros, debemos llegar antes que las otras escuadras —insistió Aiden.

Nahia miró hacia atrás intentando no perder el ritmo del paso y vio que las otras escuadras les seguían, compitiendo por alcanzarles. De la misma forma que Aiden tiraba de ellos, los Drakónidos de las demás tiraban de las suyas. Aiden no era el único que tenía metidas en la cabeza aquellas enseñanzas de total obediencia a los dragones y sus órdenes.

Cruzaron la inmensa plaza de armas y pasaron frente a dos de las torres junto a la alta muralla oeste. Sobre ambas había un dragón haciendo labores de vigilancia. Nahia se preguntó con qué finalidad. No había nadie que pudiera llegar hasta allí. Estaban en una isla flotante entre las nubes, nadie podía atacar allí arriba. Luego pensó que quizá aquellos dragones no vigilaran para prevenir un ataque de las razas esclavas, sino para evitar un posible ataque de otros dragones. Los clanes rivalizaban por conseguir el poder y aquel reino era neutro, tal vez esa era la causa. O simplemente los vigilaban a ellos, por si intentaban algo.

Pasaron rápido por el costado del castillo, que si bien no era tan elegante y magnificente como la fachada principal, sí que era muy largo. La enorme amplitud de aquel edificio hizo que la carrera por llegar a la Plaza de la Senda se intensificara. La Escuadra Ardiente les pisaba los talones y la Candente apretaba para sobrepasar a ésta. Aiden era muy consciente y los llevaba volando.

Rodearon el castillo siguiendo el costado este del gran edificio y llegaron a la parte posterior. Los dejó sin habla. Un nuevo mundo se abrió ante ellos. Había una gran plaza plateada con una fuente en medio y tras ella una docena de descomunales edificios. No sabían para qué eran, pero su tamaño y el de toda la parte posterior del castillo era inmensa.

Nahia observaba en todas direcciones intentando captar todo aquello, pero era tan grande y

majestuoso que le era imposible. Lo que le vino a la cabeza era quién había construido todos aquellos edificios enormes y magnos. Y no solo los edificios, también la gran muralla que los rodeaba y que parecía no tener fin, así como las atalayas que continuaban hacia el norte junto a las murallas.

Aiden miró atrás y vio que tenían a las otras escuadras pegadas.

—Rápido, que nos van a pasar —urgió a sus compañeros con gestos de velocidad.

—Pero qué pesadito que es… —se quejó Dafne con respiración entrecortada.

—Ni que dieran deliciosos platos de comida —comentó Ivo, que gracias a sus enormes zancadas no tenía tantos problemas para seguir al Drakónido.

Lily negaba con la cabeza.

Aiden se dirigió a la plaza circular de color plateado que tenía runas y símbolos grabados en todo su contorno. Una fuente con un alto géiser en el medio lanzaba agua hacia los cielos a más de quince varas de altura.

Llegaron hasta ella y vieron a seis Exarbor que la rodeaban con sus espaldas hacia ella. Cada uno llevaba un peto de un color diferente. Aidan se acercó al primero para hacerlo más rápido. El Exarbor lo miró, levantó un largo dedo con hojas y lo movió indicando que no.

—¿Qué? ¿Cómo qué no? —Aiden se quedó contrariado.

—Tienen petos de colores. Creo que debemos hablar con el Exarbor que porta el peto de nuestro color —razonó Taika, que observaba el remolino de gente que se estaba formando según llegaban el resto de las escuadras.

—Sí, creo que tienes razón —comentó Dafne y se fue desplazando para observar a los seis Exarbor situados alrededor de la fuente.

—¿Dónde está el rojo? —preguntó Lily.

—Aquí, al otro lado —dijo Dafne.

—Pue vamos con él —afirmó Aiden y se fue corriendo, adelantando a las otras dos escuadras rojas que estaban haciendo el mismo razonamiento.

Nahia siguió a sus compañeros. Aquel mundo le resultaba tan extraño que se sentía perdida. Sin embargo, al ver a todas las escuadras yendo de un lado a otro alrededor de la fuente, buscando su Exarbor, se dio cuenta de que todos estaban igual. Se sintió un poco mejor.

—Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo —se presentó Aiden hablando muy rápido para hacerlo antes que el Drakónido de los Ardientes, que ya llegaba.

El Exarbor con el peto rojo comenzó a consultar un tomo enorme que tenía entre las manos con forma de rama.

—Rápido, que no queremos llegar tarde —urgió Aiden.

—No seas obtuso, déjale hacer su función en paz —regañó Dafne.

—Además, por mucho que le presione, los pobrecitos arbolitos pensantes no creo que puedan ir más rápido de lo que van —dijo Lily.

Aiden les lanzó a las dos una mirada de enojo.

—Escuadrón Rojo… Primer día semana… Magia de dragón básica… Edificio de las Artes Arcanas... Aula roja.

Todos se quedaron perplejos ante las palabras del Exarbor.

—¿Magia de dragón básica? —preguntó Dafne enarcando una ceja.

—¿Edificio de las Artes Arcanas? —Aiden miraba hacia el norte, donde estaban los edificios, intentando localizarlo.

—¿Cuál de los edificios que vemos es? —preguntó Taika.

El Exarbor no se inmutó por las preguntas atropelladas y con su tranquilidad innata explicó.

—Es el edificio… con fachada de plata… y una esfera blanca… sobre su azotea. No tiene… pérdida.

—Allí, en medio de aquella plaza —señaló Lily con su dedo índice terminado en una uña estilo garra roja y fuerte.

Todos miraron e identificaron el edificio de inmediato.

—Tiene que ser ese, sí —afirmó Aiden, que ya se disponía a partir.

—¿Todas las escuadras del Escuadrón Rojo deben ir ahí? —preguntó el Drakónido de la Escuadra Ardiente, que estaba escuchando tras Aiden.

—Sí, todas… los escuadrones se forman juntos… Todas las escuadras de un escuadrón tienen siempre… la misma clase —explicó el Exarbor.

—Oh, de acuerdo —asintió el Drakónido e hizo una seña a sus compañeros, que estaban escuchando algo más atrasados. Se dieron la vuelta y corrieron hacia el edificio.

—¡Maldición, nos adelantan! ¡A la carrera todos! —Aiden echó a correr tras ellos.

—Este cabeza de dragón es insufrible —negó gesticulando Dafne.

—Algo de razón no te falta —convino Lily, que también negaba con la cabeza.

Aiden intentó llegar primero él solo, pero las otras dos escuadras que estaban tras ellos se le adelantaron. Se quedó en la puerta esperando a la suya y maldiciendo en su lenguaje. Nahia agradeció no entender qué decía porque seguro que lindezas no eran.

Entraron los terceros e Ivo se puso al lado de Aiden.

—No es quien más corre el que llega primero, es quien más piensa. Y quien más piensa no ve la necesidad de correr tanto.

Aiden lo miró con ojos como platos sin poder creer lo que el Tauruk le había dicho.

—Toma baño de conocimiento que te ha dado —rio Dafne pasando a su lado.

—Nuestro Ivo es todo un sabio —comentó Lily pasando junto a Aiden con una enorme sonrisa en su seductor rostro.

Taika y Nahia se miraron, sonrieron y entraron sin decir nada.

Aidan despotricaba en su lengua entre dientes.

Capítulo 20

El edificio de las Artes Arcanas era casi tan majestuoso como el castillo. Toda la fachada era de plata con runas de oro enormes y símbolos en el lenguaje de los dragones. Por lo intricado de aquellas runas y símbolos Nahia pensó que debían de estar escritas en el lenguaje de su magia y en el de los dragones. Como ambos le eran ininteligibles solo pudo admirarlos y encogerse de hombros.

Entraron en el gran edificio. Era de forma redonda, tenía tres alturas y cada piso formaba un círculo sobre el anterior. Nahia intuyó que sería uno para cada curso. En el centro descubrió un enorme jardín muy bien cuidado con árboles con hojas de oro y plata alrededor de otra de aquellas enormes fuentes que lanzaban agua a quince varas de altura. Nahia se preguntó si aquellos árboles serían de verdad o solo de adorno. Ella no conocía ninguna especie de árbol con hojas como aquellas. A modo de tejado, el gran edificio tenía una amplia azotea y sobre ella una esfera blanca enorme muy parecida a la perla blanca por la que habían accedido a aquel reino.

Encontrar el aula roja no les resultó difícil pues las puertas de entrada a las clases marcaban el curso y el color del escuadrón que debía acceder. Los de primero estaban en la planta baja y la suya era la tercera por la izquierda según se accedía al edificio.

En el interior del aula, que era de grandes dimensiones, se encontraron con un dragón plateado aguardando al fondo. Con él estaba un Exarbor que parecía tener mil años. Sus hojas estaban chamuscadas y pasadas y sus ramas caducas y resecas. En el lado de acceso, siguiendo la forma circular del edificio, había bancos corredizos a tres alturas diferentes.

—Sentaos… todos en… los asientos —indicó el Exarbor junto al dragón.

Las tres escuadras lo hicieron en el orden en el que habían llegado, con Nahia y los suyos en la tercera altura.

«Bienvenidos, alumnos. Este lugar es de aprendizaje y desarrollo personal. No es un entorno hostil, aquí dentro no debéis temer. Mi objetivo es enseñaros, no castigaros y mataros, para eso ya están otros» envió junto a un sentimiento de tranquilidad.

Nahia se sorprendió al percibirlo. Era la primera vez que recibía un sentimiento agradable proveniente de un mensaje. Se preguntó si sería sincero o si no era más que una treta para que se confiaran y hacerlos fracasar con mayor facilidad. Tendría que esperar para resolver esa duda. Otra cosa que la asombró sobremanera fue que aquel dragón era sin duda femenino. Tenía rasgos en la cabeza y la cara que así lo denotaban. Era difícil de explicar, pero era más bonita y fina que los demás dragones que habían visto hasta entonces. El mensaje también llegaba con un tono femenino, más sedoso, muy diferente a los que hasta ahora habían recibido.

«Me presentaré. Soy Mag-Zilar-Ond y seré vuestra instructora de magia de dragón básica durante todo el primer año. Mi labor consiste en enseñaros a utilizar la magia que hay dentro de vosotros para hacerlo de forma eficiente y rápida en un futuro no muy lejano, lo cual es muy importante, como ya descubriréis. Esta, mi clase, solo abarca esa disciplina. Pero hay más disciplinas mágicas que cursaréis. No os voy a robar la sorpresa y el suspense, así que no os adelantaré cuáles son, solo os diré que aprenderéis mucho y os convertiréis en magos de gran poder si sobrevivís a este primer año y a los dos posteriores. Pero vayamos paso a paso. Antes de

pensar en ser grandes brujos y brujas que dominan la magia de dragones, hay que despertarla y aprender a usarla. Este es Mabor-Exarbor, lo podéis considerar mi ayudante».

—Un placer… conocer a la nueva remesa… de estudiantes de este año… del Escuadrón Rojo —saludó y se inclinó muy despacio en una reverencia.

Nahia miraba con disimulo al dragón plateado y le pareció bastante mayor. Sus ojos reptilianos parecían cansados y su tamaño y escamas eran más grandes incluso que las de Irakas-Gorri-Gaizt, por lo que debía de ser más viejo que el capitán. Aquella clase era el nivel inicial de magia de dragones, así que supuso que cualquier instructor podría impartirlo, sobre todo teniendo en cuenta que ellos no sabían nada sobre magia. Le pareció extraño que lo hiciera alguien mayor que tendría grandes conocimientos.

«El primer día de aprendizaje en esta clase es uno que ninguno de vosotros olvidará nunca. No lo digo para asustaros, no es esa mi intención, aunque alguno puede que se espante. Lo digo porque lo primero que vamos a hacer es despertar vuestro poder interior, vuestra magia, y eso es algo muy especial. Mabor, comencemos con el ritual, son tres escuadras completas y nos llevará tiempo».

Mabor se acercó a un ritmo muy lento al centro de la estancia, donde había un pedestal con un gran tomo abierto.

Nahia se puso nerviosa y miró a Lily, que abría mucho los ojos.

—Esto se pone peliagudo —susurró Dafne muy bajito.

Aiden le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Está al otro lado de esta inmensa estancia, no puede oírnos —replicó Dafne convencida de que el dragón estaba demasiado lejos.

—No creo que nos oiga desde allí si hablamos muy bajito —asintió Taika, que calculaba la distancia con los ojos cerrados.

—A menos que los dragones tengan un oído muy desarrollado —comentó Lily.

—Pues solo nos faltaba eso. Como no son ya de por sí criaturas poderosísimas —se quejó Dafne.

—Los dragones tienen un oído y una vista normales, no son excepcionales —comentó Ivo.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Aiden sorprendido. La expresión de su cara delataba que él también lo sabía, por lo que parecía que era cierto.

—No solo los Drakónidos saben sobre sus señores —dijo Ivo tan tranquilo.

—¿A alguno de vosotros se os ha despertado el poder? —preguntó Dafne.

—¿Te refieres a que se haya manifestado la magia? A mí no —negó con la cabeza Lily.

Nahia también negó con la cabeza. Taika hizo lo mismo.

—Yo he intentado despertarla, pero no lo he conseguido —reconoció Aiden.

—Yo he preferido mantenerme en paz —comentó Ivo.

—Es decir, nada de nada —confirmó Dafne.

El Exarbor anotó algo en el tomo.

—Estoy preparado, mi señora —le dijo a la dragona.

«Muy bien, comencemos con el ritual. No sentiréis demasiado dolor, pero algo es inevitable. Como con todo en el mundo de la magia, siempre hay un precio que pagar. En este caso, un poco

de sufrimiento. No os matará, tranquilos, lo soportaréis. El miedo, la angustia y los nervios… ya es cosa vuestra. Aquellos que los dominen, más fácilmente pasarán este pequeño y algo doloroso rito. Aquellos que no… bueno, sufrirán, pero no de mi hacer sino del suyo propio. La mente es poderosa y puede facilitar o complicar una experiencia hasta extremos insospechados. En eso nada puedo hacer».

—Todos tranquilos. Afrontemos esta prueba con serenidad y sin temores. Todo saldrá bien —dijo Ivo con su voz calmada.

—Ya, porque la naturaleza nos protegerá —replicó Dafne con tono de incredulidad.

—Eso mismo —Ivo hizo un gesto con sus manos.

Dafne puso los ojos en blanco.

Lily le cogió la mano a Nahia y le hizo un gesto de ánimo. Esta lo agradeció y sonrió.

«Que se adelante el primer alumno» pidió Mag-Zilar-Ond.

Mabor-Exarbor señaló con su mano de ramas al primero de la izquierda del grupo de abajo.

Era un Drakónido y se puso en pie muy rápido. Con paso decidido avanzó. Cuando estaba a la altura de Mabor, éste le preguntó su nombre. El Drakónido se lo dio y el Exarbor lo apuntó en el tomo.

«Acércate a mí» pidió la dragona de plata.

El Drakónido no mostró miedo ni duda alguna y avanzó hasta llegar ante ella, que estaba sentada sobre sus patas de atrás y se apoyaba en las de delante irguiendo la cabeza. El Drakónido se arrodilló como debía hacer ante un dragón.

«Levanta. Para este ritual te necesito de pie».

El Drakónido así lo hizo.

«Abre tus brazos y cierra tus ojos. Sentirás que algo en tu interior cobra vida. No te resistas, déjalo despertar».

El Drakónido asintió y abrió los brazos.

Mag-Zilar-Ond abrió la boca y de ella surgió un rayó plateado que alcanzó al Drakónido en el medio del pecho. La dragona mantuvo el rayo constante, como si quisiera atravesarlo. Él seguía con los brazos abiertos y ahora tenía la cabeza echada hacia atrás. Comenzó a emitir un gruñido, como si le doliera. La dragona siguió proyectando el rayo un largo rato. El Drakónido gruñía ahora más alto, como si le doliera más. Pese a eso, ella continuó con el ritual, el rayo no cejó. Tras otro largo rato el gruñido se tornó en puro sufrimiento. Ahora estaba padeciendo de verdad.

Nahia se temió lo peor. No sabía qué era aquel rayo plateado ni lo que le estaba haciendo a aquel infeliz, pero que sufría mucho estaba claro.

—Aguanta, como un auténtico Drakónido —animó Aiden por lo bajo.

—Eso tiene muy mal pinta —comentó Dafne.

—Sí, vamos a sufrir, y a mi sufrir se me da muy mal. Además, es muy malo para mi cutis —opinó Lily.

—Podremos con eso —comentó Taika e hizo un gesto de ánimo con el puño.

«No te resistas a tu poder interior. Deja que despierte» envió Mag-Zilar-Ond al Drakónido y extendió el mensaje a todos para que entendieran lo que estaba sucediendo.

El Drakónido soltó una especie de rugido y tras de lo que pareció una eternidad, de su torso

surgió un destello plateado.

«Eso es. Muy bien, el poder ha despertado en ti». Mag-Zilar-Ond detuvo el rayo y el Drakónido cayó de rodillas frente a la dragona y bajó los brazos. Por un momento se quedó allí quieto, como sobrepasado por la experiencia.

«Levanta y regresa a tu sitio. Ahora tienes poder».

Se levantó con dificultad y regresó a su puesto tambaleándose. Su rostro mostraba sufrimiento. Todos pudieron apreciar que del centro de su pecho surgía una luz plateada, como si tuviera una estrella de ese color incrustada.

«Sigamos, que pase el siguiente. Este ritual debe proseguir hasta que todos hayáis pasado por él».

Nahia se dio cuenta de que aquello iba a ser largo y doloroso. Solo con el primero Mag-Zilar-Ond había tardado un buen rato.

No se equivocó, el ritual se prolongó todo el día. Uno por uno, todos fueron pasando y todos sufrieron. Cuando le tocó el turno a Nahia se levantó y caminó decidida. Aiden, Taika e Ivo ya habían pasado y aunque en sus rostros podía ver que habían sufrido, los tres habían soportado el ritual y los tres tenían ahora aquella estrella de plata brillando en mitad del pecho. Ella no quería ser menos que sus compañeros. Si ellos habían pasado el ritual, ella también lo pasaría, daba igual lo que le doliera.

Abrió los brazos y cerró los ojos ante Mag-Zilar-Ond. El rayo le alcanzó en el torso y de inmediato empezó a sentir un pinchazo de dolor que se fue incrementando poco a poco según pasaba el tiempo. Nahia no sentía que nada se despertara en su interior, solo un dolor agudo que iba creciendo. Lo que sí percibió fue que aquel rayo argénteo penetraba en su cuerpo y actuaba sobre algo. No era la carne, ni ningún órgano, sino algo diferente. Era como si estuviera irradiando poder a un pequeño huevo de escamas plateado en el interior de su torso. Esta imagen apareció en su mente, cosa que se le hizo muy rara. ¿Por qué veía como si en medio de su pecho tuviera un huevo con escamas plateadas? Debía de ser que el dolor que estaba sufriendo la hacía ver alucinaciones. Pero no, el dolor no era tan intenso y ella tenía los ojos cerrados. Aquello no era una alucinación, era su mente que intentaba racionalizar lo que le estaba sucediendo.

Mag-Zilar-Ond continuó enviando poder a su cuerpo por medio del rayo plateado y Nahia sintió que el dolor se agudizaba y el sufrimiento crecía. Apretó la mandíbula y se centró en el huevo plateado que veía en el interior de su pecho. Intuyó que, de ser un huevo, para que su magia despertara debía romperse. Era como si la dragona estuviera incubando aquel huevo por medio del rayo plateado. Nahia decidió intentar ayudar al proceso y que así el dolor cesara. Se concentró y deseó con todo su ser que el huevo se rompiera y que lo que fuera que hubiera dentro naciera. Como nada sucedía lo deseó todavía más en medio de un gran sufrimiento. No sabía si tendría efecto alguno, quizá no, pero aun así lo intentó.

Y entonces sucedió. La parte superior del huevo se rompió en mil pedazos y de su interior surgió un dragón del tamaño de la palma de su mano. Era muy brillante y desprendía una luz cegadora, irradiaba poder.

«Perfecto. El poder ha despertado en ti». Mag-Zilar-Ond detuvo el rayo.

Nahia abrió los ojos. Se miró el torso y vio que brillaba con una luz que procedía del interior, de aquel dragón que acaba de despertar. No sabía qué significaba ni el efecto que tendría en ella, pero se alegraba de que el dolor hubiera cesado por fin. Las consecuencias de aquel proceso las descubriría al día siguiente, porque en aquel momento se sentía agotada y apenas se mantenía en

pie. Volvió a su sitio como pudo.

Las siguientes fueron Dafne y Lily. Ambas sufrieron el proceso y tardaron algo más que Nahia, por lo que su agonía fue mayor. Sin embargo, lo lograron y al sentarse las tres juntas se agarraron de las manos para animarse y consolarse.

Tuvieron que esperar a que todos pasaran por el ritual, lo que fue una tortura adicional, ya que estaban exhaustos y doloridos. Cuando por fin todos hubieron pasado, la dragona se dirigió a ellos.

«Estoy muy satisfecha. Todos habéis conseguido despertar el poder que lleváis dentro. No siempre sucede así. Hay quien no es capaz de despertarlo y debe ser… expulsado. Es una lástima, pero ocurre todos los años. Vosotros habéis tenido suerte en ese aspecto. Ahora marchad a descansar y reponeos. Hacedlo con la certeza de que la magia, el poder de la sangre de dragón, reside en vosotros» envió junto a un sentimiento de éxito.

El sentimiento positivo les extrañó, pero nadie dijo nada. Todos se encaminaron hacia el barracón exhaustos y doloridos. Nahia se sentía diferente y decidió consultarlo con sus compañeros aprovechando que Aiden no corría.

—¿Alguno se siente, no sé… diferente después de esto?

—Bueno, llevamos una estrella plateada que brilla como incrustada en el torso, así que un poco yo diría que sí —replicó Dafne, que se miró el destello que le surgía del interior atravesando los ropajes.

—Yo estoy agotada. No sé qué me han hecho en ese ritual, pero estoy cansadísima —expresó Lily y bostezó.

—Mi paz se ha visto quebrada por esta experiencia. Necesitaré meditar y centrarme para serenar mi ser —se pronunció Ivo.

—Creo que todos sentimos cansancio físico —comentó Aiden, estirándose.

—A mí como me deje marca esta estrellita se va a enterar esa dragona instructora de magia —dijo Lily enfadada.

—Creo que Nahia se refiere a si interiormente nos sentimos diferentes, ¿verdad? —preguntó Taika.

—Sí, eso es. ¿Os ha cambiado esto algo por dentro? Es que yo… siento como si un dragón brillante hubiera despertado en mi interior…

—Eso es lo que debemos sentir todos —respondió Aiden.

—¿Un dragón? —preguntó Dafne, sorprendida.

—Sí, eso es lo que yo he sentido. Un dragón que ha nacido de un huevo plateado en mi interior —explicó Nahia.

—Yo no he sido capaz de sentir más que una fuerte luz en mi interior —dijo Taika.

—¿Y tenemos todos que ver ese dragón? —preguntó Lily enarcando una ceja.

—Así debe ser —confirmó Aiden.

—¿Tú lo has visto? —preguntó Lily con tono de reto.

—Este seguro que lo ve, vive convencido de la maravilla que son los dragones, como para no sentir uno dentro —afirmó Dafne.

—Por supuesto que lo siento y que lo he percibido, como debe ser —afirmó Aiden.

Lily y Dafne pusieron cara de no estar sorprendidas lo más mínimo.

—Debemos pensar que todos lo manifestaremos y lo sentiremos en algún momento. Será parte de nuestro ser, será una experiencia nueva y maravillosa —expresó Ivo con tono místico en su voz profunda.

—Ya, como la que acabamos de pasar, dolorosa y nada trascendental —rebatió Dafne.

—Si tengo un dragón brillante dentro más vale que no me estropee la piel —expresó Lily.

—Debemos ser positivos. Todos deberíamos manifestar el poder y sentirlo y así lo haremos —aseguró Taika—. Ahora vayamos a descansar.

El grupo llegó a los barracones y nada más entrar en su habitación se metieron en sus catres. De lo exhaustos que estaban se quedaron dormidos casi de inmediato. Nahia tuvo sueños extraños donde un dragón brillante surgía de su cuerpo para tomar forma frente a ella, radiante y poderoso, pero en lugar de ser su enemigo, este era su defensor y amigo. Durmió y descansó como hacía días que no conseguía hacerlo.

Capítulo 21

Las primeras luces de la mañana entraron por las ventanas del barracón antes de que el rugido matinal los despertara, de eso se encargó Aiden, que se puso en pie de un brinco.

—¡Despertad, comienza el día!

Ivo soltó un gruñido y se dio la vuelta en su catre para seguir durmiendo.

—El amanecer está con nosotros —murmuró Taika, que abría un ojo felino para observar la luz matinal.

—Un ratito más… —pidió Dafne y se tapó la cabeza con la sábana.

Nahia seguía tan cansada que no dijo nada. Tampoco se movió, permaneció quieta intentando recuperar algo más de sus exhaustas fuerzas.

—Mi piel necesita un poco más de descanso —pidió Lily.

Aiden se vistió a toda velocidad y recorrió toda la habitación para ver si sus compañeros se levantaban. Solo Taika se había incorporado y estaba terminando de vestirse.

—¡Despertad! ¡Hay que ir a formar! —gritó Aiden.

Ivo gruñó de nuevo y abrió un ojo.

—El despertar debe ser pacífico, como el sueño. Estos gritos matinales no son buenos para el alma.

—¡Levantad! ¡Nuestro líder aguarda! —los gritos de Aiden mostraban una clara incredulidad.

Nahia se incorporó de costado y volvió a sentirse muy dolorida y cansada. Necesitaba por lo menos otra semana de descanso y sueños largos y reparadores para recuperarse. Supo que no iba a tener ese lujo, así que intentó despejarse.

Dafne se levantó con los dedos índices tapándose los oídos.

—Ya es suficientemente malo tener que levantarse con la primera luz, no hace falta que vociferes como si estuviera ardiendo el barracón.

—¡Es que no os movéis! —argumentó Aiden, que gesticulaba fuera de sí.

Lily se levantó estirando los brazos y bostezando.

—Este alboroto perturba mi descanso. Si provocas que me salgan bolsas bajo los ojos te voy a arrancar esas escamas blancas tuyas y me voy a hacer un collar con ellas —amenazó a Aiden.

—¡Sois la peor escuadra que a uno le podría tocar! —vociferó él y alzó los brazos al aire furioso.

—Será mejor que os preparéis antes de que le de otro ataque —sugirió Taika, que ya estaba vestido y listo para salir.

Ivo comenzó a vestirse con bastante parsimonia. Sus movimientos eran amplios y lentos.

—Yo ya estoy —afirmó con la capa medio puesta.

Las chicas tardaron algo más. Nahia porque le dolía todo y cada movimiento que hacía le invitaba a soltar un grito, Dafne porque decidió cambiarse el peinado y llevar el pelo suelto y

Lily porque, bueno, era Lily y prepararse le llevaba una eternidad.

—Vosotros tres no lleváis botas, nosotras sí —puso como excusa.

Taika sonrió.

—Ahora que lo mencionas, Aiden y yo tenemos garras por pies e Ivo pezuñas. ¿Tú qué tienes?

Lily puso cara exagerada de haber sido insultada.

—Por favor, nunca se pregunta a una dama cómo son sus pies. ¡Que descortés!

—Qué teatrera eres… Tiene pies parecidos a los de Nahia y a los míos, pero sus uñas son como garras de águila rojas. Las botas grandes le quedan bien por alguna razón —explicó Dafne con tono de estar enfurruñada.

—Dafne, qué mal despertar tienes… No se cuentan los secretos de una señorita y menos a un chico —regañó Lily.

—¿Os habéis dado cuenta de que ya no emitimos el destello de ayer? —preguntó Nahia mirándose el torso.

—Cierto, ya no brillamos. Qué curioso… —comentó Dafne.

—Yo lo prefiero así, me ponía nerviosa —confesó Lily.

—Espero que no signifique nada malo —deseó Nahia.

—Estoy seguro de que es lo normal —dijo Taika para tranquilizarla.

—Si ninguno brilla, debe ser el estado natural en que debemos estar. Lo extraño sería que unos brillaran y otros no —razonó Ivo rascándose la cabeza.

—¡Somos de los últimos, esto es una vergüenza! —gritó Aiden que tenía medio cuerpo fuera y veía a las otras escuadras salir por el pasillo.

—Ya vamos… —dijo Dafne.

—Creo que se me está arrugando la piel alrededor de mis preciosas orejitas rojas con tanto grito —opinó Lily mientras se las masajeaba.

Nahia dio un par de pasos y al ver que su cuerpo aguantaba medio bien, aunque le dolían músculos que ni sabía que tenía, decidió considerarlo una victoria. Los demás parecían haberse recuperado del primer día con rapidez, pero no era su caso. Decidió que debía aguantar la segunda jornada como fuera. Era mucho desear, pero salió del barracón con esa idea en la cabeza: sobrevivir un día más.

No tuvieron que pensar a dónde debían ir o qué debían hacer. Según salían se escucharon rugidos de llamada. De inmediato miraron hacia el estandarte de fuego de su escuadrón y vieron que su líder estaba junto a la gran llama, aguardando.

—¡Vamos, nuestro líder nos espera! —exclamó Aiden y echó a correr.

—Alguien debería decirle a nuestro dragoncillo cabeza de roca que se calme un poco —comentó Dafne siguiendo sus pasos, pero sin lanzarse a la carrera—. No por mucho correr se consiguen los mejores trofeos.

—Estoy de acuerdo contigo. Tanta prisa me revuelve el cabello —dijo Lily colocándoselo bien a un lado.

Nahia se fijó en el pelo negro azabache, largo y ondulado de la Escarlatum. Era precioso.

—Qué cabello más bonito tienes —dijo.

—¿Solo el cabello? Toda yo soy una obra de arte —dijo medio en serio medio en broma y rio con su seductora risa.

Dafne negó con la cabeza.

—Tú encima hínchale más el ego a esta, como si solita no se bastase.

Lily le hizo un gesto con la mano para que lo dejara y rio de nuevo. Nahia envidiaba no solo su cabello sino su espíritu. De entre todos, la Escarlatum era el ser que parecía tener más autoestima y mejor humor. Lo chocante era que la más bella era Dafne, pero su carácter hosco y gruñón parecía eclipsar lo radiante de su belleza física.

De pronto Nahia se percató de que no tenía frío, aunque el aire en el rostro lo sentía bien fresco. Se miró los ropajes escamados y tocó el interior de la capa de aquel material negro grueso. No sabía qué tipo de tela era aquella, pero protegía del frío por completo, cosa que la maravilló. Según se aceraban al estandarte también se dio cuenta de que le costaba menos respirar. Ya habían hablado del asunto y Taika les había asegurado que era debido a la altura en la que se encontraban, como Nahia ya sospechaba. Si les costaba menos respirar, debía ser porque se estaban acostumbrando a ella. Ese pensamiento la tranquilizó. Cuanto más tiempo pasaran allí arriba entre las nubes, más se aclimatarían y menos les costaría respirar.

Cruzaron la gran plaza de armas y según llegaban al estandarte se les juntaron las otras dos escuadras. Nahia notó que, al igual que en la suya, los que tiraban del grupo eran los Drakónidos. Se preguntó qué les habrían inculcado desde pequeños en su tierra para ser así. Nada bueno, eso seguro.

«Formad, escuadrón» envió Irakas-Gorri-Gaizt junto a un sentimiento de que era una orden inapelable.

Las tres escuadras rojas formaron en el orden establecido y se quedaron firmes y con la cabeza gacha ante su líder.

«Ahora iréis al desayuno y después a formación. Esta es una rutina que realizaréis todas las mañanas sin excepción a primera hora. De aquí en adelante no habrá más llamadas, os regiréis por el reloj solar. No lleguéis tarde o el castigo será ejemplar. ¡Romped formación y marchad!».

El desayuno fue rápido y no hablaron demasiado. Todos estaban pendientes de no llegar tarde. Uno debía vigilar el reloj solar. Taika propuso hacerlo por turnos, pero Aiden se negó. Él se encargaría de esa tarea porque no se fiaba del resto, eso lo dejó bien claro y se llevó varios comentarios poco afables de Dafne.

Llegaron a la Plaza de la Senda y rápidamente fueron en busca del Exarbor de peto rojo. Hoy tampoco eran de los primeros en llegar, lo que enojó a Aiden. La Escuadra Candente de su escuadrón ya partía hacia los edificios al norte.

—Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo —se presentó Aiden.

—Podríamos seguir a la Escuadra Candente —comentó Lily viéndolos marchar—. Tendremos la misma asignación.

—Eso es correcto… Escuadrón Rojo… Segundo día semana… Formación marcial básica… Edificio de Armas... Aula roja.

—¿Qué edificio es ese? —preguntó Aiden sin casi dejar terminar al Exarbor y con tono de que no podía con la lentitud de aquel ser.

—El edificio fortaleza al norte… detrás del de magia… Lo reconoceréis porque… en la fachada… tiene dibujados… un cuchillo… una lanza… una espada…. y un escudo de plata.

—No creo que sea difícil encontrarlo —sonrió Lily.

—¡Vamos, no lleguemos tarde! —urgió Aiden, que ya corría.

—Este va a llegar a la guerra antes de que empiece —comentó Dafne y se llevó la mano a la frente.

Llegaron al edificio y no había duda alguna de que era el Edificio de Armas. Parecía una gran fortaleza alargada sin muralla alrededor. Por su enorme longitud, que se expandía hacia los lados para luego formar un cuadrado con una plaza descubierta en su interior, allí podían formar hasta treinta escuadrones, si no más.

En la parte frontal y central, que parecían las principales, estaban dibujados en plata el cuchillo, la espada, la lanza y el escudo. Se apreciaban desde muy lejos. Nahia se preguntó por qué solo esas armas y no por ejemplo un arco.

—¡Vamos, que ya entran! —urgió Aidan al ver que otras escuadras también entraban en el interior.

—¿Ese no se da cuenta de que esas escuadras son de segundo y tercer año? —comentó Dafne, irritada.

—¿Cómo sabes que son de segundo y tercer año? —preguntó Ivo.

—Parecen mucho más maduros y curtidos que nosotros —opinó Lily, que los miraba con ojos entrecerrados.

—Eso también, pero sus capas son diferentes —comentó Dafne.

—¿Diferentes cómo? —preguntó Ivo, que no parecía apreciar la diferencia.

—Tienen un dragón diferente en la espalda y debajo el número dos y el número tres, si te fijas bien se aprecia —explicó Taika.

—Oh… cierto…

Nahia ya se había percatado. Le pareció curioso que llevasen todos los mismos colores que los de primero. Dedujo que los escuadrones se mantenían al pasar de año. Darse cuenta de aquello la desmoralizó un tanto ya que significaba que tendrían casi seguro el mismo líder. Serían el Escuadrón Rojo los tres años y servirían a Irakas-Gorri-Gaizt. Eso era mucho que tragar y asimilar.

Entraron en el gran edificio y vieron que las escuadras se dirigían a diferentes estancias. Buscaron la que les tocaba y no les resultó difícil encontrarla, ya que las aulas de primero estaban situadas cerca de la entrada. Solo tuvieron que buscar la asignada a su escuadrón. Una runa roja sobre el arco de la puerta doble de madera les dio a entender que aquella era el aula. La puerta estaba abierta, así que entraron. Las otras dos escuadras rojas estaban ya dentro.

Descubrieron que el aula era un espacio amplio sin mobiliario. Al fondo aguardaba un dragón macho negro de gran tamaño. Frente a él estaban un Felidae con forma de león, un Escarlatum y un Drakónido. Eran todos chicos de mayor edad que ellos. Vestían armaduras diferentes, más pesadas y sólidas, si bien también de escamas con detalles de oro y plata que refulgían a la luz. A la cintura los tres portaban espadas largas, parecían auténticos guerreros. El león tenía escamas blancas en una mejilla, el Escarlatum marrones sobre nariz y cejas, mientras que el Drakónido las tenía rojas y en diagonal en el lado izquierdo de su rostro.

Todos se situaron formando frente al dragón y los guerreros. Se arrodillaron sentándose sobre

los talones e inclinaron el cuerpo sobre las rodillas hacia delante, mostrando respeto, como debían hacer.

«Bienvenido, Escuadrón Rojo, a la formación marcial básica. Soy Mai-Beltz-Gaiz y seré vuestro maestro. Un Brujo de Dragón debe ser capaz de dominar la magia y las armas. Yo os enseñaré la parte inicial de la senda de las armas que debéis seguir y dominar».

Nahia observaba al gran dragón negro y le pareció realmente espeluznante. Todo en él era negro, aunque de diferentes tonalidades. Las escamas brillaban mientras que su cuerpo y cresta, que le bajaba por la espalda, eran opacos y no reflejaban la luz.

«Conmigo están tres guerreros expertos que ejercerán de formadores. La experiencia ha demostrado que en el arte de las armas las razas inferiores aprenden mejor si pueden emular a un maestro de una raza similar. Por este motivo están aquí. Los dragones no necesitamos de armamento auxiliar, nos bastan nuestras garras y fauces. No es vuestro caso. Para vosotros las armas son una ventaja aunque algunas de las razas tengan garras y fauces que pueden usar. Formadores, tomad la palabra».

Los tres formadores dieron un paso adelante.

—¡Todos en pie! —ordenó el león.

—¡Formad como escuadra! —ordenó el Escarlatum.

—¡Mantened la cabeza gacha ante vuestro señor y maestro en armas, Mai-Beltz-Gaiz, —ordenó el Drakónido.

Al instante todos se pusieron de pie y formaron erguidos, pero con la cabeza bajada.

«Estoy seguro de que todos estáis pensando qué arma os va a tocar y cómo manejarla. Miráis a las espadas que los formadores llevan a la cintura y pensáis que en nada vosotros también las llevaréis. Eso es del todo erróneo. Para poder manejar un arma con propiedad, primero hay que preparar el cuerpo y aprender a luchar sin ella. Eso es lo que aprenderéis en esta clase».

El Felidae se situó frente a la escuadra de Nahia y sus compañeros, el Escarlatum frente a la Escuadra Ardiente y el Drakónido frente a la Escuadra Candente.

«Comenzaremos la lección con un ejercicio sencillo. Cada uno de vosotros intentará derribar con sus manos y fuerza física al maestro».

Nahia miró a Lily y Dafne con ojos de temor. Ella no iba a poder derribar a un león tan fuerte y curtido como aquel ni en mil años. Lily la miró y puso cara de que ella tampoco iba a poder. Dafne no dijo nada, pero resopló. Sonó a que sentía lo mismo que sus compañeras.

—Adelante —hizo una seña el Felidae a Nahia.

Ella maldijo la mala suerte que la había puesto en primer lugar. Si siempre le iba a tocar ser la primera iba a sufrir mucho. No iba a poder ver cómo lo hacían los demás y aprender algo antes de sufrir la humillación que tocara en cada momento.

Se adelantó y observó al león ante ella. Era fuerte y de aspecto fiero. Solo de pensarlo le tembló una rodilla.

—Sitúa tus brazos sobre mis hombros —ordenó.

Nahia así lo hizo.

El Felidae echó una pata hacia atrás.

—Ahora echa una pierna hacia delante algo flexionada.

Ya empezaba a ver lo que pretendía el león. Nahia hizo como le indicaba.

—Ahora empuja con todas tus fuerzas. Debes moverme de mi posición.

A Nahia se le escapó un suspiro. Respiró por la nariz y empujó con todas sus pocas fuerzas. No sucedió nada. El león debía pesar al menos tres veces lo que pesaba Nahia. Era imposible que ella lo pudiera mover. Además, estaba en algún tipo de posición defensiva que lo impedía.

—Sigue empujando, esfuérzate —pidió el instructor con tono duro.

Nahia apretó los dientes e intentó con todo su ser moverlo. Mientras se esforzaba, los otros dos humanos, dos chicos fuertes, intentaban mover a sus instructores con la misma suerte que ella.

—Más fuerte —ordenó el instructor y Nahia, que ya estaba quedándose sin fuerzas, hizo un último intento y lo dio todo. El león no se movió ni un ápice de donde estaba clavado al suelo.

Nahia resopló y se quedó sin energías.

—Muy bien, es mi turno. Imita mi postura.

Nahia miró a los ojos felinos del león buscando el tono de broma. La mirada dura y decidida le indicó que lo estaba diciendo en serio. No se atrevió a protestar o a decir nada e hizo lo que le pedía el instructor.

Sin mediar palabra, el Felidae impelió a Nahia con un empujón seco de las palmas de sus garras. La chica salió volando hacia una de las paredes. No la golpeó por muy poco, o más bien, porque el instructor había calculado su fuerza para que no lo hiciera. Nahia se quedó tendida con un buen golpe en las posaderas.

Un momento después los dos chicos humanos volaban como ella con el mismo resultado.

Hubo unos murmullos de protesta.

«¡Silencio! Prestad atención. Sois débiles de cuerpo y mente. Esta prueba solo lo pone de manifiesto. Esforzaos, los débiles no sobrevivirán» envió el dragón negro y todos guardaron silencio al instante.

—Siguiente —pidió el Felidae.

Dafne dejó salir un resoplido y fue a realizar el ejercicio mientras Nahia se levantaba dolorida y volvía a su lugar en la formación.

La Fatum lo intentó con todo su ser y parte de su carácter, que tenía mucho, pero no consiguió nada. Terminó en el mismo sitio donde Nahia había caído con el trasero dolorido. No le hizo nada de gracia.

Lily era más fuerte que Nahia y Dafne, pero tampoco pudo mover ni un ápice al león, que la lanzó igual que a sus compañeras.

Les tocó a los chicos. El primero fue Aiden, que afrontó convencido la prueba. Empujó con todo lo que tenía con la esperanza de que su poderío físico pudiera mover al instructor. Lo intentó de verdad, con todo su músculo y espíritu, sabiéndose uno de los elegidos de sus amos, uno que era fuerte y poderoso, más que las otras razas. No lo consiguió. No solo eso, el león lo envió volando como a las chicas y terminó en el suelo en el mismo lugar que ellas. Nahia se percató de que aquel instructor no solo era fuerte, sino que controlaba su fuerza física con precisión.

Ivo fue el siguiente. Sus compañeros le desearon suerte por lo bajo, si alguien podía vencer a aquel instructor, ese era Ivo. Por otro lado, no era el típico Tauruk-Kapro, por lo que su escuadra no sabía muy bien qué esperar de él. Era el más fuerte de todos, de eso no había duda, pero que

fuera a vencer al instructor era algo diferente porque Ivo no empleaba nunca su fuerza bruta, al contrario que los de su raza.

Adoptó una posición bastante más retrasada que los otros dos Tauruk-Kapro porque se había acercado con paso mucho más lento y pausado. De hecho, parecía que iba meditando hacia la prueba, lo cual era un tanto desconcertante. Todos esperaban que Ivo pudiera, al menos, hacer algo de mella en el instructor, al que sacaba una cabeza de altura y un hombro de anchura.

El instructor miró a Ivo a los ojos y Nahia se dio cuenta de que no había duda en ellos. Aquel Felidae tenía la total certeza de que el gran Ivo no iba a poder moverlo y esto la descorazonó. Si Ivo no podía, no había esperanza para ninguno. Y como si hubiera tenido una premonición, eso fue lo que sucedió. Ivo lo intentó con toda su bestialidad, que la sacó. No se contuvo, se comportó como los otros dos Tauruk-Kapro. Uno era un Kapro, con grandes cuernos de carnero, llamado Cordelius y la otra era una Tauruk, no tan grande como Ivo, pero con bastante peor humor, a la que se conocía como Valka.

Los tres pusieron a prueba a sus instructores y empujaron con la fuerza de seres nacidos para llevarse por delante a quien fuera con sus enormes y potentes cuerpos. Sin embargo, y para sorpresa de todos, ninguno consiguió mover a su instructor. No solo eso, lo que fue peor y los dejó en total ridículo fue que los tres instructores los enviaron volando de espaldas al mismo punto al que habían enviado a todos, como si no pesaran nada, como si no fuera un esfuerzo para ellos.

Nahia suspiró profundamente mientras veía a Ivo levantarse magullado y algo dolido por la derrota, aunque lo disimulaba. Le tocó el turno a Taika y los miró con ojos de quien sabe lo que va a suceder y es inevitable. Y así fue. Si Ivo no había podido, y era el más fuerte de todos, Taika tampoco. Terminó como el resto y tras levantarse con agilidad, volvió a la formación.

«Espero que hayáis aprendido la lección. La fuerza bruta no lo consigue todo. Trabajaréis hasta que seáis capaces de mover a vuestros instructores, hasta que seáis capaces de lanzarlos de espaldas como lo han hecho ellos. Los instructores os enseñarán ahora una pose defensiva básica y una serie de ejercicios y movimientos para mejorar vuestro equilibrio, agilidad y fuerza corporal. Os aconsejo que os apliquéis, y mucho, porque lo que habéis evidenciado hoy aquí es lamentable».

Nahia miró a sus compañeros y estos le devolvieron miradas de no saber muy bien qué esperar. El instructor les mostró la postura defensiva que estaba empleando y luego varias combinaciones de movimientos de pies y brazos de índole defensiva, todas sin armas. Las tres escuadras practicaron los movimientos el resto del día hasta que los instructores dieron la clase por finalizada.

Nahia se retiró con su escuadra hacia el comedor para cenar. Iba pensando en caer rendida sobre su catre y se dio cuenta de que cada músculo de sus brazos, piernas y abdomen le dolía del esfuerzo. Lo peor de todo era que solo habían realizado movimientos, nada más. Que el cuerpo le doliera tanto le pareció un síntoma de que la cosa se pondría mucho peor y el dolor se multiplicaría hasta puntos insospechados.

Capítulo 22

Al día siguiente el Escuadrón Rojo se presentó al completo a la clase de magia básica.

«Bienvenidos, Escuadrón Rojo, sentaos y atended. Hoy será otro día muy interesante para vosotros» envió Mag-Zilar-Ond, la dragona plateada.

Se sentaron y atendieron entre nerviosos y expectantes por lo que sucedería en aquella clase. Lo primero que Nahia notó fue que Mabor-Exarbor estaba en el centro junto al pedestal con el tomo abierto y que a sus pies tenía un cofre grande. Se preguntó qué habría dentro y para qué serviría. Solo de tener aquellas preguntas dándole vueltas en la mente se puso nerviosa.

«Ya hemos despertado el poder que reside en vuestro interior. Hemos hecho que el dragón de poder nazca de su huevo y se manifieste. Sin embargo, ese es solo el primer paso. Quiero saber quién de entre vosotros sintió al dragón nacer. Que se ponga en pie».

Aiden y los otros dos Drakónidos se levantaron.

«Vosotros estabais esperando sentirlo, pues tenéis conocimientos del proceso. ¿Alguien más?».

Nahia dudó si levantarse o no. No quería llamar la atención y quizá era una pregunta trampa. No se fiaba. Por otro lado, si no decía la verdad y de alguna forma la dragona plateada la descubría, no le perdonaría la mentira. Decidió no correr el riesgo, prefirió ser sincera. Se levantó despacio.

«Una humana, vaya… Eso es sorprendente» envió Mag-Zilar-Ond al tiempo que un sentimiento de sorpresa le llegó a Nahia con claridad.

—¿Cuál es… tu nombre…, humana? —preguntó Mabor.

—Nahia… —respondió ella con cierto temor.

Mabor apuntó algo en su gran tomo.

—Queda… anotado —dijo.

Si aquello era bueno o malo no había cómo saberlo, pero que apuntaran su nombre a Nahia no le gustó nada.

«Ahora que se sienten quienes solo lo hayan sentido y no visto con total claridad en su mente» pidió Mag-Zilar-Ond.

Para enorme sorpresa de Nahia, Aiden y los otros dos Drakónidos se sentaron. Solo ella quedó de pie. Se dio cuenta de que todos la miraban.

«Muy interesante. Y dime, humana, ¿viste también el huevo y cómo se rompió?».

Nahia no podía creer que el dragón le hablara directamente a ella. Le había hecho una pregunta directa, pero ellos no podían hablar a un dragón así que asintió y se quedó con la cabeza gacha.

«Eso es todavía más interesante. Muy pocos tienen esa capacidad. Veo que tienes escamas de oro. ¿Eres una Nacida de la Llama? ¿Te han hecho la prueba?».

Nahia estaba cada vez más nerviosa. Asintió dos veces con rapidez deseando que el

interrogatorio cesara.

«Anótalo, Mabor, hacía mucho tiempo que no teníamos una en la academia. Toda una anomalía y, por los síntomas que ya comienza a presentar, es una anomalía de las significativas. Habrá que vigilarla y estudiarla».

—Por supuesto —asintió Mabor y comenzó a anotar en su gran tomo.

A Nahia aquellas anotaciones le parecieron como si la estuvieran condenando a muerte y de lo nerviosa y angustiada que estaba comenzó a sentirse mal. Sentía un calor extremo que empezaba a consumirle el cuerpo. Intentó tragar saliva y respirar, pero le costaba. Reconoció los síntomas, estaba empezando a tener uno de sus ataques. Se llevó la mano derecha a su cinturón bajo la capa.

«Siéntate, humana. Eres una rareza, algo singular. Espero que consigas entender lo que significa y las dificultades y oportunidades que a ello están ligadas. No voy a mentirte, tu senda será algo más complicada que la de tus compañeros, pero también las oportunidades que tendrás serán mayores. Eso, claro, si no pereces».

Nahia se sentó como el rayo y doblándose hacia delante descorchó el tónico que ya tenía en la mano. Hizo como que tosía para disimular y se lo tomó de golpe en un abrir y cerrar de ojos.

«Muy bien. Los que no habéis sentido al dragón despertar en vuestro interior es porque no estáis alineados con vuestra magia. Os es extraña, ajena. Eso debe cambiar. Para poder caminar por la Senda de los Dragones es necesario conocer al dragón que lleváis dentro. Quien no lo haga no podrá seguir el recorrido y no he de recordaros lo que les sucede a quienes no caminan la senda».

El mensaje llenó de intranquilidad a todos los que no habían conseguido sentir el despertar del dragón en su interior. Dafne y Lily se miraban con expresiones de preocupación. Taika le puso la mano en la espalda a Ivo, que tenía el gesto torcido, algo raro en él. Nahia se estaba recuperando del ataque que había empezado a sufrir y que el tónico había evitado.

«Mabor, las esferas para los alumnos» pidió Mag-Zilar-Ond.

—Sí, mi señora —dijo el Exarbor y con su habitual lentitud se puso frente al cofre y lo abrió con cuidado. Metió la mano dentro y sacó una esfera blanca de aspecto cristalino que mostró a las escuadras.

«Lo que Mabor os muestra es una Perla de Aprendizaje. Es un objeto que de aquí en adelante llevaréis con vosotros siempre y que no perderéis. Aquel que la pierda será castigado sin excusas, sin piedad».

A Nahia aquella frase lapidaria que tanto les gustaban a los dragones: “sin excusas, sin piedad”, le parecía terrible. Cada vez que la oía se le ponía la carne de gallina porque sabía que le iba a costar la vida a alguien, quizá a ella.

—Pasad… a recoger vuestra… perla —dijo Mabor.

Uno por uno, en orden, fueron pasando a recoger la suya. Primero la Escuadra Ígnea porque Aiden se levantó con la velocidad del rayo. Luego la Escuadra Ardiente y finalmente la Escuadra Candente.

Nahia tenía la perla en sus manos y la observaba con detenimiento mientras la entrega finalizaba. Intentaba ver si era mágica, si emitía algún poder. No sentía que lo fuera, al menos ella no podía captar ninguna magia emanando del objeto. Sus compañeros actuaban de manera similar, manipulando la perla e intentando ver si tenía magia. Todos menos Ivo, que la dejó a su

lado en el asiento y ni la miraba. No parecía interesado.

«La Perla de Aprendizaje es vuestra mejor amiga y lo será durante todo el año. Lo primero que quiero que hagáis es formar un vínculo con ella. Ese vínculo os permitirá interactuar con su poder y, a su vez, la perla podrá ayudaros a manejar vuestro dragón interno, la fuente de vuestro poder mágico».

Aquella explicación dejó a Nahia muy interesada. Parecía que el dragón que ella había visto nacer en su interior no solo era real sino la fuente de su poder mágico. Si la perla la ayudaba a comunicarse con esa magia en su interior, quizá tuviera una oportunidad. Miró a sus compañeros. Dafne observaba la perla con la frente fruncida, como disgustada porque no le respondía, Lily la acariciaba y jugueteaba con sus dedos como si fuera una joya preciosa.

—Todos en pie… —dijo Mabor.

Al momento todos se levantaron.

«Situad la perla al frente sujeta con las dos manos y a la altura de la cara» llegó el mensaje de Mag-Zilar-Ond junto a un sentimiento de que aquello era importante.

Nahia estiró los brazos con la perla entre las manos y los subió un poco para ponerla a la altura de la cara. Una vez todos lo hicieron y Mabor corrigió la postura a un par, se quedaron quietos, expectantes.

Mag-Zilar-Ond cerró los ojos. Una esfera brillante se formó ante ella y quedó levitando a media altura. Emitía un brillo plateado a intervalos no constantes. De la esfera comenzaron a surgir unos hilos de energía de color plateado que parecían danzar según se expandían. Se dirigieron a las perlas que los alumnos sujetaban. Los hilos de energía que formaban arcos ascendentes y descendentes alcanzaron las perlas. Había uno por cada objeto y unieron la esfera de energía a las perlas. Se mantuvieron unidas y los arcos parecieron emular las olas del mar sin romperse ni despegarse de ambos objetos. Los hilos de energía parecían tener vida propia. Las perlas comenzaron a reaccionar a la energía que recibían de la esfera y emitieron destellos plateados.

«Sujetad firmemente las perlas. Pase lo que pase, que nadie deje caer la suya o lo pagará» llegó la orden de Mag-Zilar-Ond, que había abierto los ojos.

De pronto, de las perlas surgió un hilo de energía que alcanzó a cada uno en la frente. Era como si intentara conectar la perla con sus mentes. Nahia se sorprendió mucho, pero no soltó la perla y sus compañeros tampoco. Sin embargo, el humano rubio de la Escuadra Ardiente se asustó y la dejó caer. La esfera golpeó el suelo, pero no se rompió, rodó hacia delante.

—Yo la recojo… —dijo Mabor y fue a por la perla con pasos lentos. La recogió y volvió a entregársela a quien la había dejado caer.

—¿Nombre? —preguntó.

—Brendan…. —dijo con temor en la voz.

—Quedas… anotado… —dijo Mabor.

Todos sintieron que aquello era malo.

«Cerrad los ojos y concentraos en la perla. Abrid vuestra mente a ella. Dejadla entrar. Debe formase un vínculo entre ella y vosotros, uno mental y mágico».

Nahia sintió que la perla, de alguna forma que no comprendía, quería interactuar con ella. Se lo permitió. Cerró los ojos y abrió su mente.

Le dio acceso y al hacerlo algo muy extraño sucedió. La perla envió una carga de energía a través del hilo fluctuante que los unía. La energía entró en la mente de Nahia y de pronto pudo ver al dragón brillante en el centro de su torso. Emitía destellos. La perla envió más energía y esta vez pudo verlo con total claridad.

Lo que estaba sucediendo era muy singular. Nahia entendió que la perla le estaba mostrando la fuente de su poder y ahora la percibía claramente. De súbito, de la perla surgió otro hilo de energía fluctuante que fue hasta el centro de su torso, donde estaba el dragón brillante. Un momento después la perla envió dos descargas de energía simultáneas. Una a su mente y la otra a su torso. En ese momento, Nahia supo que la perla se había vinculado con ella, por mente y por magia. Las descargas de energía las sintió como dos pinchazos agudos.

«Algunos de vosotros sentiréis que el vínculo se forma rápido, en unas tres descargas si habéis sentido ya el dragón en vuestro interior. Otros necesitaréis bastantes más. Los menos aptos requerirán de muchas más para poder apreciar el dragón y finalizar el vínculo. La Perla de Aprendizaje os ayudará. Debéis aguantar los pinchazos de dolor. Quien no lo haga será catalogado de mágicamente débil y eso es algo que no queréis, creedme» advirtió Mag-Zilar-Ond.

La perla de Nahia quebró los dos hilos de energía que los unía haciéndolos desaparecer y emitió un destello plateado intenso.

«Muy bien, humana dorada. Vuelves a sorprenderme. Te has vinculado de una sola descarga. Puedes abrir los ojos y bajar los brazos» llegó el mensaje de Mag-Zilar-Ond en un mensaje que Nahia supo que solo iba para ella.

Hizo como la maestra le pedía, abrió los ojos y miró a sus compañeros. Todos permanecían con los ojos cerrados.

«Continuad hasta que identifiquéis al dragón en vuestro interior y se complete el vínculo. Quien se rinda tendrá una estancia breve en esta academia así que os reitero la importancia de que lo consigáis» envió Mag-Zilar-Ond a todos y con un sentimiento de amenaza por el fracaso.

Nahia aguardó observando a los demás. Deseaba que lo consiguieran. Se dio cuenta de que sentía miedo por ellos. ¿Y si alguno no lo lograba? ¡Podría morir! Pasó el tiempo y la chica podía ver cómo se iban produciendo descargas. Los cuerpos de sus compañeros mostraban dolor al recibirlas. Nadie abría los ojos y empezó a preocuparse de verdad. No podían fracasar, eso sería terrible. Una angustia ácida comenzó a subirle del estómago a la garganta. Se dio cuenta de que sus compañeros le importaban. Por mucho que su escuadra fuera un grupo formado a la fuerza, y no tuvieran nada en común entre ellos excepto que todos eran esclavos, sintió un miedo terrible a perderlos.

El proceso de vinculación continuó y ella estaba cada vez más angustiada. De pronto, la perla de Dafne destelló en plata. Nahia la miró y vio que los hilos de unión desaparecían.

¡Lo había logrado! Se alegró una barbaridad. Dafne abrió los ojos y gruñó de dolor.

—Ouch…

—Lo has conseguido —susurró Nahia muy contenta.

—Ha sido… coser y cantar… —gruñó de nuevo.

—Menos mal que lo has logrado —murmuró muy aliviada.

—¿Y los demás? —preguntó Dafne bajando la voz al ver que Mabor la miraba.

Nahia negó con la cabeza.

—Ninguno, ni siquiera de las otras dos escuadras —susurró.

Pasaron unos momentos más y los Fatum de las otras dos lo consiguieron.

—Parece que esto empieza a resolverse —dijo Dafne.

—¿Has visto y sentido al dragón, vedad? —preguntó Nahia.

—Ya lo creo. El mío es peleón.

Nahia no pudo sino sonreír.

—Siendo tú, no podía ser de otra forma.

Lily lo consiguió a continuación y Nahia tuvo que contenerse para no abrazarla.

—¿Me ha dejado marca en la frente? —preguntó preocupada.

—Para nada. Estás tan guapa e irresistible como siempre —sonrió Nahia.

—Seguro que tu dragón es coqueto —dijo Dafne.

—Por supuesto —sonrió Lily, pero se llevó la mano al torso del dolor—. Malditos pinchazos… ¡Cómo duele!

—Tranquila, se pasa tras un momento —aseguró Nahia asintiendo.

Los Escarlatum de las otras dos escuadras también lo lograron y un momento más tarde los dos chicos humanos.

—A ver si lo consiguen estos tres —dijo Lily mirando a Taika, Aiden e Ivo.

—Son torpes y cabezotas, les va a costar, ya veréis —afirmó Dafne.

No se equivocó. Tuvieron que esperar un buen rato hasta que Taika lo consiguió por fin.

—Una experiencia interesante —comentó con cara de dolor.

—Ya, de lo más recomendable —dijo Dafne.

Pasó otro rato largo y Aiden lo logró por fin.

—Soy de los últimos. ¡Qué decepción!

—Es una fuente interminable de alegría —dijo Lily y las chicas sonrieron.

Finalmente, cuando ya empezaban a perder la esperanza, Ivo terminó.

—Intentar llegar al corazón de un árbol no es tarea de un día —afirmó y se llevó las dos manos al centro de su pecho.

Un momento más tarde Mag-Zilar-Ond dio por bueno el ejercicio.

«Me alegra comprobar que lo habéis conseguido todos. No me gusta tener que deshacerme de alumnos tan pronto. Estáis doloridos y cansados, es buen momento para que vayáis a la biblioteca de magia de dragón».

Nahia miró a sus compañeros. No sabía que hubiera ninguna biblioteca allí y menos aún de magia. Y a juzgar por las expresiones de sorpresa del resto, ellos tampoco.

—La biblioteca… es el edificio posterior a este… antes del edificio de armas —indicó Mabor.

«En la biblioteca pediréis el tomo Magia de Dragón Básica. Es un volumen extenso que debéis estudiar y memorizar. Todo cuanto explica sobre la magia de dragón y su uso es esencial y debéis conocerlo. Las clases de aquí en adelante se dividirán. Una parte se realizará aquí conmigo y la otra consistirá en estudio en la biblioteca. La magia requiere de mucho estudio. Aquellos que seáis poco dados a leer, os aseguro que vais a tener una senda muy complicada».

Ivo soltó un resoplido, no parecía contento. Aiden no dijo nada, pero su expresión no era de total seguridad como era habitual en él. Nahia sospechó que el estudio no era su fuerte. A ella leer tomos le era muy fácil porque su abuela tenía muchos en su casa y lo había hecho desde pequeña, en especial de botánica y plantas medicinales, así como de remedios caseros y todo tipo de enfermedades.

«Id ahora y comenzad con el estudio. Quiero que para la siguiente clase hayáis preparado los cuatro primeros capítulos».

Todos se levantaron y salieron en orden. Era momento de descubrir cómo era aquella biblioteca.

Capítulo 23

Fueron al edificio posterior y nada más verlo intuyeron que era especial. Tenía forma de gran esfera blanca con tonos plateados y brillaba a la luz del sol. Ni siquiera parecía un edificio, era más como un gran monumento, una réplica más grande de la perla por la que habían llegado hasta aquel reino en los cielos. Quizá por ello les había pasado desapercibido. Tuvieron que buscar la entrada, pues no se apreciaba a primera vista. Resultó que la puerta estaba abierta, pero no la veían. Al ser el edificio en forma de esfera y la sala de entrada del mismo color que la cara exterior, la puerta desaparecía y daba la impresión de ser solo pared.

—El efecto óptico es increíble —dijo Nahia frente a la puerta extendiendo el brazo y moviendo la mano hacia el interior para asegurarse de que no había pared y sí una puerta.

—Muy bien pensado y elaborado —convino Taika, que observaba con ojos entrecerrados.

—Yo me veo reflejada en la esfera, aunque distorsiona mi cuerpo —comentó Lily haciendo poses hacia la pared brillante.

—No tenemos tiempo para esto, hay que entrar a estudiar —dijo Aiden y sin esperar a nadie entró en el edificio.

—Pues ya nos ha fastidiado la ilusión óptica el cabeza de piedra este —comentó Dafne con un gesto de incredulidad.

—Esta forma tan esférica y este color tirando a plateado no me resultan muy tranquilizadores —comentó Ivo.

—Bueno, quizá sea porque se parece bastante al portal que nos trajo hasta aquí —dijo Dafne.

—Muy cierto —convino Taika—. Puede que esté relacionado. No sé si os habéis fijado, pero en el mundo de los dragones las esferas parecen importantes.

—Yo no me había dado cuenta, pero te creo —afirmó Lily.

—Yo sí lo he notado —expresó Nahia.

—Eso es porque eres… singular —dijo Dafne e hizo como que le lanzaba el mensaje mental de su cabeza a la de Nahia.

Lily rio.

—Yo no quiero ser singular… Ha dicho que las cosas serán más difíciles para mí… —expresó ella decaída.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Taika—. De momento sabemos que eres muy afín a la magia. Eso es una ventaja, algo positivo.

—Cierto, no es algo negativo, tranquila —tranquilizó Lily y le puso el brazo sobre los hombros—. Además, ahora eres la más famosilla del Escuadrón Rojo.

—Eso seguro —asintió Dafne.

—Pues preferiría no serlo.

—Será mejor que entremos antes de que llamemos la atención de algún dragón —dijo Taika mirando hacia una de las atalayas, donde un dragón blanco hacia guardia.

—Sí, será lo más prudente —se unió Ivo siguiendo la mirada de Taika.

Entraron en la biblioteca y Nahia se quedó helada. El lugar era increíble. Tenía seis pisos redondos con barandillas de cristal que daban a un patio circular. En medio había una gran columna de plata con lo que parecía un libro enorme de tapas de oro. Alrededor del monumento había mostradores donde una veintena de Exarbor parecían estar muy ocupados con grandes tomos abiertos que parecían consultar.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —afirmó Lily con grandes ojos que observaban aquel lugar increíble.

—En los pisos de arriba se ven mesas y grandes estanterías con libros. No sabía que los dragones leyeran, o que apreciaran los libros —comentó Dafne con el entrecejo arrugado.

—Hay mucho que desconocemos sobre ellos —afirmó Ivo.

—De hecho, sabemos muy poco de su mundo —puntualizó Taika.

Aiden se dirigió hacia el grupo.

—Lo he preguntado. Tenemos que ir a la primera planta. Allí nos darán los libros y podremos coger una mesa de ese nivel para estudiar. No podemos ir a los otros niveles.

—¿Por qué no? —preguntó Dafne con mirada de sospecha.

—Porque no —respondió Aiden a malas.

—Es decir, que no lo sabes —replicó ella.

—No se pregunta cuando te dicen lo que debes o no debes hacer —Aiden sacó pecho.

—Querrás decir que los obtusos como tú no preguntan. Los que tenemos algo de mollera, preguntamos —respondió Dafne.

—Tú sigue así y verás dónde terminas —dijo Aiden señalándola con su garra.

Dafne puso mala cara y lo ignoró.

—Ese enorme libro dorado en esa especie de monumento no será… —comenzó a decir Lily.

—Es la Senda de los Dragones —confirmó Aiden—. ¿Podéis creer que está ahí mismo? ¡Es increíble! —expresó muy excitado.

—¿Te lo han dicho los Exarbor? —preguntó Ivo.

—Sí, es una maravilla.

—Tamaño dragón es… —asintió Lily.

—¿No has pedido leerlo? —preguntó Dafne con tono de ironía.

Aiden se puso muy tieso.

—Está en la lengua antigua de los dragones, pero hay copias en la lengua unificada de Kraido en todos los niveles y podemos consultarlas. ¡Es maravilloso! —Aiden estaba contentísimo.

—Sí, maravillosísimo —dijo Lily con guasa.

—Recordadme que no me vaya sin leerlo, que con mi memoria se me olvidará —pidió Dafne con un tono lleno de sarcasmo.

—Vayamos al primer nivel y que nos den los tomos de estudio —sugirió Taika—. Así veremos mejor este lugar tan especial.

Subieron por unas escaleras de caracol hasta el primer nivel. Contra la superficie esférica de la pared había estanterías llenas de libros. Frente a ellas estaban dispuestas mesas de estudio y

unas columnas cuadradas que parecían sostener el piso superior. En las columnas había lo que parecían escritos enmarcados. Se acercaron a ver el más cercano.

—"Nada hay que sea más despreciable que la debilidad" —leyó Lily.

—Mira, esa nos la conocemos —afirmó Dafne con mucha ironía.

—Esta también: "El Brujo Dragón dominará la magia y las armas por igual" —leyó Ivo del otro lado de la columna, donde había otro escrito enmarcado.

—Son extractos de La Senda de los Dragones —dedujo Taika.

—Pues mira qué bien, así no tendré que leérmela —afirmó Dafne con tono festivo.

—¡Por supuesto que la leerás! ¡Todos debemos leerla! —Aiden estaba fuera de sí.

—Shhh… —llegó la advertencia de un Exarbor que estaba en una mesa no muy lejos y tenía el dedo índice en sus labios de corteza.

Aiden se contuvo y, negando con la cabeza, se acercó al Exarbor.

—Necesitamos el tomo Magia de Dragón Básica.

—¿Escuadra… y Escuadrón…?

—Somos la Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo.

—Muy bien… seguidme…

El grupo siguió al Exarbor, que andaba a un ritmo tan lento como hablaba.

—Está prohibido… hacer ruido.

—Entendido —asintió Aiden.

—Y traer… comida…

—De acuerdo.

—Y… sacar libros…

—¿No podemos llevarnos los libros para estudiar? —preguntó Lily sorprendida.

El Exarbor se detuvo y se giró.

—Se estudia… solo aquí…

—Oh, bueno, yo prefería estudiar en el barracón…

—No… solo aquí… —dijo negando con el dedo índice, que parecía una rama y del que le salía una hoja.

—Cumpliremos con todas las normas, por supuesto —aseguró Aiden.

—Por supuesto —repitió Dafne imitando la voz de Aiden y haciendo una mueca.

Este le lanzó una mirada de odio.

El Exarbor se volvió muy despacio y continuó. Al cabo de un momento llegaron hasta una estantería grande.

—Aquí tenéis los tomos… Recordad lo dicho…

—Lo recordaremos, no causaremos ningún problema —aseguró Aiden.

El Exarbor se inclinó un poco a modo de saludo y marchó.

—Tomad —dijo Aiden y a cada uno le dio una copia del tomo.

—¿Y ahora? —preguntó Dafne.

—Ahora a estudiar —canturreó Lily con tono alegre.

—Busquemos mesa —dijo Taika observando las que tenían cerca. Había personas de otras escuadras estudiando.

De pronto Nahia vio a alguien al que reconoció y una alegría enorme le llenó el corazón.

—¡Maika! —saludó levantando la mano.

—¡Nahia! —correspondió ella al verla. Estaba sentada en una de las mesas con un tomo.

Nahia corrió a su lado y la abrazó con fuerza.

—¡Qué alegría verte!

—Lo mismo digo —rio Maika.

—Shhh… no se hace ruido… —riñó un Exarbor cercano que colocaba un tomo en su sitio en otra gran estantería.

Las dos lo miraron y asintieron.

—Siéntate conmigo y hacemos como que estudiamos —dijo Maika.

—De acuerdo —Nahia cogió una silla y se sentó junto a ella en la mesa.

—Cuéntame, ¿qué tal todo? ¿Cómo te las estás arreglando? —preguntó Maika.

—Sigo viva, ya es mucho —respondió ella con una medio sonrisa.

—Muy cierto, yo también.

—No tenía duda de que tú te adaptarías y sobrevivirías. Eres dura —reconoció Nahia y le puso la mano en el brazo.

—De momento me arreglo, pero en este sitio nunca se sabe…

—¿Qué tal tu escuadra?

—Escuadra Granito del Escuadrón Marrón. Somos duros —sonrió Maika.

—¿Te arreglas bien con tus compañeros?

—Bueno, digamos que no es ideal, pero nos las arreglamos. La Drakónida es insoportable con su lealtad desmedida a los dragones. No la aguanto.

—Ya, como el nuestro entonces.

—El Kapro que tenemos es un bruto tremendo. Arremete contra todo a la más mínima.

—Nuestro Tauruk es un tanto singular…

—¿No es un bestia?

—Pues no… es bastante tranquilo…

—Eso sí que es raro.

—Ya, eso me dicen.

—¿Qué tal el Felidae? Yo tengo una leona que es bastante noble, aunque fiera.

—Yo un tigre muy listo, siempre está pensando y razonando.

—Mi Fatum es un chico guapo y encantador. Es con quien mejor me llevo.

—El mío es chica y guapísima, pero tiene un carácter un poco agrio, aunque me cae bien.

—¿Y el Escarlatum?

—Oh, la mía es un encanto, me gusta. Nos llevamos muy bien.

—El mío es un chico vanidoso y muy guapo, y no parece de fiar —guiñó un ojo Maika.

—Menudo repaso les hemos dado, como nos oigan… —Nahia sacudió la mano y miró alrededor esperando que ninguno de sus compañeros la hubiera oído. Por suerte estaban bastante lejos en otra mesa.

—Y que lo digas.

—¿Qué sabes de Ana y Logan? —preguntó Nahia interesada por su bienestar.

—Con Logan solo he podido hablar un momento. Ya sabes cómo es de reservado, así que apenas me contó nada. Me dijo que estaba bien y que no me preocupara por él sino por mí misma.

—Ya, eso es muy de Logan —asintió Nahia recordando cómo era y cómo se comportaba.

—Ana lo está pasando mal.

—¿Sí?

Maika asintió.

—La he visto un par de veces… No lo está llevando nada bien. Una chica de su escuadrón, la Fatum, ha muerto. No me contó cómo ha pasado, pero parece que le ha afectado mucho.

—Oh, eso es terrible. Este lugar… —Nahia sacudió la cabeza.

—Ya sabes que no es de espíritu fuerte y me da la impresión de que esta experiencia está pudiendo con ella.

—Ya… pero físicamente podrá arreglárselas, mejor que yo al menos.

—Quizá, pero si te falta el espíritu, el cuerpo no te va a llevar muy lejos —Maika suspiró y en sus ojos Nahia vio que estaba preocupada.

—A ver si la consigo ver y le doy ánimos —deseó Nahia.

—Tampoco es que podamos hacer mucho más.

—Intentemos ayudarla, tenemos que hacerlo —afirmó Nahia convencida y le apretó el brazo a Maika.

—Eso haremos —asintió la chica y sonrió.

—Si ves a Logan cuéntaselo también. A ver si entre los tres podemos animarla.

—Tienes buen corazón —dijo Maika y le dio un abrazo.

—Igual que el tuyo —respondió Nahia, que agradeció mucho el abrazo y el contacto humano.

—El mío es algo más frío —rio Maika.

Por un largo rato las dos conversaron entre susurros para no ser amonestadas por los Exarbor de la biblioteca. Disfrutaron de la compañía mutua. Nahia estaba encantada de haber podido por fin hablar con Maika y compartir experiencias y sensaciones. La vida en la academia era dura, estricta y peligrosa, y tener una amiga con la que hablar de todo era un lujo y le hizo un bien enorme a su alma y a su cabeza. Sin embargo, tras despedirse para ir a cenar se quedó triste pensando en la pobre Ana y si estaría bien. Tendría que estar más atenta a ver si conseguía verla y hablar con ella.

Capítulo 24

En la cena, conversando en la mesa, Nahia quería comentar con sus compañeros cómo se sentían después de lo que había pasado en clase de magia. Le costó buscar el momento pues todos estaban hambrientos y eso tenía prioridad. Una vez que todos tuvieron su ración y la estaban degustando, se animó a preguntar.

—¿Cómo os encontráis?

—Muy bien. Este cocido de carne con zanahorias y laurel está exquisito. Estos cocineros Tergnomus son fenomenales —dijo Ivo, que se metía cucharada tras cucharada en la boca como si alguien fuera a robarle el plato.

—No se refiere a eso, pedazo de buey —dijo Dafne.

—Tauruk —corrigió Ivo—. De buey tengo poco, ni la cornamenta.

—La frente y lo que hay detrás fijo que sí —replicó la Fatum con una sonrisa burlona.

—No me vas a fastidiar esta magnífica cena, por mucho que lo intentes —afirmó Ivo y, dejando la cuchara en el plato, juntó sus enormes manos por las palmas y se puso a meditar.

Aiden negó con la cabeza.

—Yo no estoy nada satisfecho. No sé si lo sabéis, pero hay competiciones de escuadras más adelante y no nos veo nada bien para afrontarlas.

—¿Las hay? —preguntó Lily sorprendida.

—Sí, a mitad de año se nos evaluará de manera individual y por escuadra. Lo llaman Competición de Escuadras. Para demostrar nuestra valía tendremos que enfrentarnos a los otros —explicó Aiden.

—¿Hay algo que no sepas de este mundo que nos rodea? —preguntó Lily.

—Seguro que lo sabe todo. Ha estado preparándose para esto toda la vida —opinó Dafne.

—No lo sé todo. Y sí, me he estado preparando, como deberíais haber hecho vosotros. La preparación lleva a la victoria. Por eso opino que tenemos pocas posibilidades cuando nos evalúen y nos enfrentemos a las otras escuadras.

—Eso lo dirás tú —Dafne puso cara de no estar de acuerdo.

—No lo digo yo, es la realidad. No estáis preparados. Además, tenemos un Tauruk que medita, una humana muy debilucha, una Fatum que no sobresale en nada más que en soltar pullas y una Escarlatum a la que solo le preocupa estar irresistible.

—Vaya, qué buena opinión tienes de nosotros —dijo Nahia sorprendida por la brutal honestidad del Drakónido.

—Solo digo la verdad y lo sabéis.

—A mí no me has mencionado —dijo Taika.

—Eso es porque tú sí que eres válido para la escuadra. Tienes cabeza y muy buenos reflejos.

—O sea que nosotros no valemos para tu escuadra —dijo Dafne.

—Este es un grupo lastimoso. Ni en mis peores pesadillas pensaba que tendría tan mala

suerte.

—Pide que te cambien, hay Escuadras que han perdido miembros —dijo Nahia.

—No se pide cambiar de escuadra. ¡Eso es de cobardes! Debo arreglarme con lo que me ha tocado.

—Bueno, al menos nosotros, los lastimosos, somos majos, no como tú que tienes la gracia, modales y simpatía de un trozo de carbón —dijo Lily.

—Los Drakónidos no valoramos esas cosas, así que me da igual no tener nada de eso. Lo que sí valoramos es la fortaleza y el honor. Eso tengo, vosotros no —afirmó y siguió comiendo.

Nahia, Lily y Dafne echaron la cabeza hacia atrás. Las había insultado y se había quedado tan tranquilo. Ivo no se alteró y siguió meditando y haciendo como que no lo había oído, aunque quizá no lo había hecho.

—Los Drakónidos, y tú en particular, sois insoportables y detestables —dijo Dafne.

—Y feos hasta decir basta —añadió Lily.

Aiden se encogió de hombros.

—Eso no cambia nada. Seguimos siendo una escuadra lamentable.

—Creo que será mejor si no discutimos —recomendó Taika—. La situación ya es de por sí complicada. Mejor no empeorarla con rencillas internas.

—Yo solo quería saber qué os ha parecido lo que ha sucedido en la formación de magia —dijo Nahia y abrió los brazos con un gesto de resignación.

—Ha sido una experiencia dolorosa, pero bastante interesante —comentó Taika.

—¿Interesante? A mí me ha parecido solo dolorosa —opinó Lily.

—Estoy con Lily en eso. Para hacernos ver un dragón tampoco hace falta que nos claven agujas ardientes en la mente —comentó Dafne arrugando la nariz.

—Eso es exagerado, no ha sido tan duro —opinó Aiden.

—Ya, a ti si un dragón te arranca una pierna dirías que pobrecillo, que tenía hambre y había que alimentarlo. Seguro que le ofrecerías la otra pierna —dijo Lily.

Dafne soltó una carcajada.

—Acertadísimo.

Aiden negó con la cabeza.

—Yo sentí el dragón el primer día y hoy lo he visto. A partir de ahora podré usar mi magia. Es un gran paso adelante y lo que realmente importa. El dolor sufrido para alcanzarlo es irrelevante.

—El asno este no tiene solución —Dafne negaba con la cabeza.

Taika entrecerró los ojos.

—Cuando lo he conseguido me he dado cuenta de que nuestras chicas ya lo habían logrado antes que yo. Os felicito.

—Porque las chicas somos las mejores —afirmó Dafne convencida.

—Y más guapas e inteligentes —añadió Lily.

Taika sonrió.

—Me refería a que yo he sido el cuarto en conseguirlo, Aiden el quinto e Ivo el último.

—Ivo casi me mata de la angustia de lo que ha tardado —dijo Lily.

—Las cosas buenas en la vida llevan su tiempo, se hacen esperar —entonó Ivo.

—Vaya, ya no meditas —se dio cuenta Dafne.

—No, debo alimentarme, eso es más importante ahora —explicó y siguió con el estofado.

—Humana, Fatum, Escarlatum, Felidae, Drakónido y Tauruk-Kapro ha sido el orden en nuestro grupo —enumeró Taika—. ¿Ha sido igual en las otras dos escuadras?

—No, no ha sido igual en las otras —dijo Nahia.

Todos la miraron.

—Ella ha sido la primera de todos —explicó Dafne.

—¿De entre todos? —preguntó Aiden con expresión de sorpresa.

—Pues… sí… —reconoció Nahia.

—Cuando yo lo he conseguido solo había terminado Nahia.

—¿Entonces tú has sido la segunda? —preguntó Taika.

—Creo que sí, o empatada con la Fatum de los Ardientes.

—Interesante, contadnos entonces en qué orden han ido terminando el resto —pidió Taika.

—Por lo que he visto y con la excepción de Nahia, que ha sido primera, los Fatum, los Escarlatum, los otros dos humanos, luego los Felidae, los Drakónidos y los Tauruk-Kapro al final —explicó Dafne.

—Eso es muy interesante y significativo —Taika se acariciaba sus largos bigotes de tigre—. Concuerda con la creencia de mi pueblo sobre cuáles son las razas más afines a la magia.

—Mi pueblo es el más mágico, en todos los sentidos —afirmó Dafne.

—Seguido de cerca por el mío —guiñó un ojo Lily.

—Los humanos van después, aunque nuestra Nahia es un caso especial —comentó Taika.

—Y luego vais vosotros tres, que sois muy poco mágicos —dijo Dafne sonriendo y señalando a Taika, luego a Aiden y finalmente a Ivo.

Aiden se molestó y dejó de comer.

—Recuerda que todo Brujo de Dragón debe dominar las armas y la magia. Puede que vuestras razas sean algo más poderosas en la parte mágica, pero te aseguro que mi raza y la de estos dos —dijo señalando a Taika e Ivo— es muy superior a las vuestras con las armas.

—Ya se ha puesto competitivo el burro este —dijo Lily.

—No es una competición entre razas —quiso poner paz Taika y levantó las manos—. Unas razas son mejores en unas cosas y otras en otras.

—Muy bien expresado. Así es como se logra el equilibrio en la naturaleza. Unos sobresalen en unas facetas y otros en otras. —opinó Ivo con tono filosófico.

—¿Y en el caso de Nahia? —preguntó Lily rodeando con su brazo el de la aludida.

—Creo que Nahia es una anomalía, alguien especial —razonó Taika con tono reflexivo y la observó con ojos felinos llenos de interés.

—Sí, porque los otros humanos han tardado más —comentó Dafne.

—No habléis así de ella, pobrecita —le acarició el brazo Lily.

—Que soy rara es algo que sé desde hace mucho tiempo, no me molesta —afirmó Nahia y se

encogió de hombros.

—En cualquier caso, estamos sacando conclusiones basadas en nuestro propio escuadrón —razonó Taika—. No sabemos si en los otros escuadrones el orden ha sido similar.

—Nuestro zorro tiene razón, como siempre —convino Dafne asintiendo.

—¿Zorro? —preguntó Taika.

—Porque eres listo y estás siempre dándole a la cabeza —explicó Lily con una risita.

Dafne se le unió.

Taika echó su cabeza de tigre hacia atrás.

—No me había dado cuenta… Supongo que soy como soy…

—Podríamos intentar averiguar qué ha pasado en los otros escuadrones —propuso Nahia, que miraba a las mesas en busca de Logan.

Lo vio sentado con su escuadra. Le dieron ganas de ir hasta allí y preguntárselo, pero luego vio a los dos dragones azules y recapacitó. No era buena idea. Buscó y vio a Maika en su mesa y también a Ana. A la hora de la cena estaban todos allí. Si pudiera comunicarse con ellos de alguna forma… Pero tenían prohibido hablar con otras escuadras y estar fuera de su mesa.

—Buena idea —estuvo de acuerdo Lily.

—Me gusta —se les unió Dafne.

—No, eso es demasiado peligroso. Nos arriesgamos a un castigo que puede ser ejemplar —advirtió Taika.

—No tienen por qué descubrirlo —Dafne se llevó el dedo índice a los labios.

—Si intentáis algo así, lo descubrirán —aseguró Aiden.

—Solo tenemos que asegurarnos de que no se enteran los Drakónidos —dijo Dafne con mirada acusadora.

—Para ser tan poca cosa, Fatum, tienes una lengua muy suelta —advirtió Aiden con tono muy serio, como una advertencia.

—Haya paz —dijo Taika—. Y reitero que es muy arriesgado y no merece la pena.

—Lo merece si conseguimos establecer relaciones con las otras escuadras —opinó Nahia.

—¿Para qué quieres hacer eso? —preguntó Taika.

Aiden miraba a Nahia con ojos de mucho interés.

—Porque puede llegar el día en el que nos convenga estar organizados —explicó Nahia.

Los ojos de dragón de Aiden se abrieron mucho.

—Espero que no estés sugiriendo ninguna locura como las que se han dado en el pasado y que han acabado con miles de muertos.

—Ella no sugiere nada —dijo Lily a Aiden—. No malinterpretes sus palabras.

—Y no vayas a chivarte a tus amos —dijo Dafne lanzando una mirada dura.

—No voy a informar de nada a nuestros amos, porque no hay nada de qué informar. Ahora bien, si lo hubiera, ten por seguro que informaría.

—Eres un chivato sin entrañas —acusó Dafne.

—Soy fiel a mis principios y a mis amos.

—Tus amos nos esclavizan, nos torturan y nos matan. ¿Cómo puedes estar tan ciego? —dijo

Nahia.

—Ciego es quien cree que su verdad es mejor que la de los demás —Aiden se puso en pie y se marchó.

—Dejadlo ir. Él es como es y no cambiará —aseguró Ivo.

—Pues tenemos un problema —dijo Dafne.

—¿Por qué creéis que hay un Drakónido en cada grupo? —preguntó Lily.

—Para que informen a los dragones, esa es su función —aseguró Dafne.

Lily asintió.

—Así controlan lo que ocurre a nivel de escuadra —opinó Nahia.

—No podemos asegurarlo del todo… —comentó Taika levantando las manos.

—¿No me dirás que confías en un Drakónido? —preguntó Dafne.

—Por esa regla solo podría confiar en un Felidae, en uno de los míos.

—Al tigre no le falta razón. Todos tendemos a confiar en los más cercanos a nosotros —comentó Ivo.

—En cualquier caso, no deberíamos arriesgarnos. Ese no es nuestro objetivo —dijo Taika.

—¿No quieres algo más que simplemente sobrevivir al curso? —preguntó Nahia.

—Lo que quiero es seguir con vida. Arriesgar no es buena táctica. Además, ¿con qué objetivo?

Nahia pensó cómo decirlo.

—El de un día quedar libres de los dragones.

Todos la miraron.

—Eso ya se intentó y fue un gran fracaso —dijo Taika.

—Lo sé, mis padres murieron en la Gran Insurrección.

—Y aun así ¿sigues con esa idea en la cabeza?

—Soñar es libre —dijo Nahia.

—Aquí no, aquí te costará la vida —advirtió Taika y la miró con ojos felinos que mostraban cautela.

—Muchos perdimos seres queridos en la Gran Insurrección —afirmó Lily.

—Cierto, todas las razas lo hicieron —se unió Dafne.

—Nosotros muchos. Fuimos los que cargaron contra los dragones —afirmó Ivo.

Se hizo un silencio tenso.

—Taika, tú eres inteligente y noble. ¿Por qué eres contrario a intentar cambiar esta situación en la que vivimos? —preguntó Dafne y enarcó una ceja.

—Yo me guio por mi instinto de supervivencia. Todo lo que observo y aprendo lo utilizo con ese fin.

—Podrías buscar metas más altas —dijo Lily.

—No las quiero. Entre los míos los que lideran son los leones. Nosotros, los tigres, somos guerreros. Y yo soy un guerrero al que le preocupa seguir con vida en esta jungla hostil con depredadores mucho más fuertes que nosotros.

—Te vendes corto —dijo Dafne—. Hay mucho más en ti.

—Yo no soy un líder, no me interesa. Los líderes terminan sacrificados, lo he visto y vivido —un dolor apareció en sus ojos por un breve instante.

—Yo tampoco soy ninguna líder, pero creo que deberíamos intentar entender este mundo para un día derrocarlo —explicó Nahia.

—Esa es una aspiración muy alta para alguien que apenas sobrevive —advirtió Ivo con su habitual tono calmado, pero aquel comentario hizo mella en todos.

—A veces sueltas verdades como montañas sin aviso, y aplastan —dijo Dafne.

Ivo se encogió de hombros.

—Las verdades deben decirse de forma natural, cuando deben escucharse. Ni antes, ni después.

Nahia asintió.

—Razón no le falta.

—Mejor si dejamos estos temas por ahora. Las otras escuadras nos están mirando —advirtió Lily sonriendo con disimulo.

—Perdonad, me he acalorado un poco —se disculpó Nahia.

—No te disculpes por sentir, y mucho menos por sentir lo correcto —dijo Dafne.

Nahia asintió y le agradeció a la Fatum su apoyo.

Terminaron la cena en silencio, cada uno sumergido en sus pensamientos.

Capítulo 25

Los días y semanas pasaban rapidísimos en la academia. Una vez que se habían acostumbrado a los horarios de inicio del día, al desayuno, las clases, las cenas y el reloj de sol que los marcaba, todo fluía. La disciplina que les obligaba a mantener su líder de escuadrón y el miedo a cometer un error o falta hacían que todo se hiciese sin dilación, favoreciendo el sentimiento de que el tiempo volaba. Por las noches estaban tan cansados de las clases y de la tensión en la que vivían en todo momento, que caían agotados y dormían como lirones.

Nahia intentaba por todos los medios no quedarse atrás en las clases, o al menos que no se notara demasiado. Las de magia no se le estaban dando del todo mal. Además, se aplicaba en el estudio de los tomos en la biblioteca. Tenía que reconocer que aquel lugar le gustaba. Lo que los tomos de magia explicaban y enseñaban tenía sentido para ella y empezaba a entender cómo debía interactuar y hacer uso del dragón que tenía en su interior. Ahora sabía que, para invocar su magia, el dragón debía pasarle su poder primero.

Sin embargo, las de formación marcial eran un auténtico suplicio. Por mucho que se esforzaba, le resultaba durísimo seguir los ejercicios e instrucciones y siempre acababa molida. No solo por lo duras que eran las clases que se impartían sin piedad ni miramientos, también porque no tenía la resistencia física de los demás y no podía con los ejercicios que se les exigían a lo largo de todo un día de formación. Tras medio día, Nahia se quedaba sin fuerzas y el agotamiento empezaba a apoderase de su cuerpo.

Aquel día, las tres escuadras del Escuadrón Rojo formaban y atendían a las explicaciones de Mai-Beltz-Gaiz. Frente a él estaban los formadores que le ayudaban: el león Felidae, el Escarlatum y el Drakónido. Vestían sus armaduras pesadas y sólidas. Bajo su atenta mirada, las escuadras llevaban semanas trabajando los movimientos de ataque y defensa usando solo sus cuerpos, sin armas. Al principio Nahia no entendía el sentido de realizar movimientos de ataque y defensa al aire, golpeando y defendiéndose con brazos y piernas mientras tenían que mantener el cuerpo en perfecto equilibrio. A ella le parecía que estaban entrenando una especie de baile marcial. Los instructores les mostraban cómo realizar los movimientos y ellos les seguían.

«Un Brujo Dragón debe ser capaz de defenderse y matar sin armas. El combate sin herramientas es la base sobre la que construiréis vuestro dominio de las armas. Es lo que marca la Senda y nosotros la Senda seguimos» enviaba Mai-Beltz-Gaiz como un recordatorio en cada clase.

El problema para Nahia era que ejercitaban aquellos movimientos durante todo el día. Y para hacerlo todavía más difícil para ella, los últimos días los habían puesto a practicar movimientos de ataque y defensa por parejas. Nahia había practicado ya con Dafne, Lily y Taika. Hoy le tocaba con Ivo y tenía miedo. De no controlarse podría arrancarle la cabeza de una patada o partirle el esternón con un golpe seco del puño.

Ivo le guiñó un ojo dejándole saber que tendría cuidado, era algo que ya habían hablado en el dormitorio cuando charlaban por las noches sobre las clases antes de caer rendidos. Realizaron los ejercicios e Ivo, que era el más lento, pero el más poderoso con los golpes, los hizo igual de lentos, pero mucho menos poderosos para no dañar a Nahia, algo que ella le agradeció en el

alma.

Al terminar la ronda de ejercicios Mai-Beltz-Gaiz se dirigió a sus alumnos.

«Habéis realizado todas las combinaciones de ejercicios con bastante competencia. El avance que aprecio es significativo. Eso me complace».

El mensaje llegó con un sentimiento de logro. A Nahia le extrañó que el gran dragón negro les enviara un mensaje positivo. No era su estilo. Si por algo se caracterizaba era por su mano dura y carácter hosco.

«Sin embargo, todavía no habéis alcanzado el dominio de la técnica que espero de vosotros. Por ello, para mejorar vuestro avance, cambiaréis de pareja y realizaréis los ejercicios con alguien de otra escuadra. Así será más competitivo y la mejora de la técnica más rápida».

Nahia miró a Ivo con ojos de horror. Hasta ese momento siempre habían practicado con los de su escuadra y todos se habían comportado, incluso Aiden, que tampoco se había ensañado con Dafne y Lily. Esto lo complicaba todo.

«Instructores, seleccionad parejas».

Los tres instructores comenzaron a emparejar a los integrantes de las diferentes escuadras. De pronto Nahia se encontró con que tenía que realizar el ejercicio con una Felidae con forma de pantera negra, una hembra llamada Lara de la Escuadra Ardiente. Suspiró y el estómago le dio un vuelco. Lara tenía un aspecto letal. Era un felino de tamaño considerable y mirada fiera con cara de pocos amigos. Se consoló pensando que al menos no le había tocado el Tauruk-Kapro de esa escuadra, que se llamaba Cordelius y era un carnero enorme con una cornamenta enroscada terrorífica.

—Soy Nahia —se presentó en un susurro mientras se ponían en posición la una frente a la otra. Le extendió la mano a su rival en el ejercicio con la esperanza de que no se aplicara del todo.

—Lara —saludó la pantera con una breve inclinación de cabeza sin tomar la mano que Nahia le extendía.

—Yo no soy muy fuerte… —dijo con intención de que la pantera no golpeara con todas sus fuerzas.

—Lo veo —fue su respuesta y por la mirada en sus ojos felinos entendió que no tenía intención de aflojar.

Una vez emparejados, los instructores dieron la orden de comenzar con los ejercicios. Era una combinación de diez ataques de puño y patada que un contrincante realizaba y diez defensas que el otro debía ejecutar. A Nahia le tocó atacar primero. Lanzó el puño derecho adelante avanzando el pie izquierdo y manteniendo el cuerpo flexionado y en equilibrio. Lo hizo con la potencia y velocidad con la que lo hacía con su escuadra. La pantera bloqueó el ataque con su antebrazo con gran rapidez y fuerza. Nahia tuvo que aguantar un quejido del dolor que sintió cuando se produjo el bloqueo. Por lo general, quien defendía lo hacía para no ser alcanzado y no empleaba excesiva fuerza, pero aquella pantera había bloqueado con fuerza y rapidez. Nahia se fijó en ella y supo que no es que se estuviera excediendo, es que ese movimiento para la pantera era probablemente un bloqueo comedido.

Nahia se concentró y continuó con los ataques tal y como debía hacer. Los tres instructores se iban moviendo entre las parejas, vigilando y comentando mejoras y correcciones. Lara bloqueó o desvió sin la más mínima dificultad todos los ataques tanto de puño como de pierna. Era

rapidísima y tenía unos reflejos increíbles. Lo peor de todo era que cada bloqueo o desvío de brazo o pierna dejaba a Nahia un dolor agudo y un moratón.

Le tocó el turno de atacar a Lara y Nahia supo que estaba en graves aprietos. La pantera iba a hacerlo con gran rapidez y ella no iba a poder defenderse de todos los ataques, pues no era lo suficientemente rápida ni fuerte. De todas formas, no tenía opción. Los tres instructores se paseaban y observaban a los alumnos con toda su atención. El dragón negro tampoco perdía detalle de lo que sucedía. Tendría que aguantar y sufrir. Lara comenzó con los ataques. Nahia fue capaz de bloquear el primer puño al torso y desviar el segundo a la cara. La patada lateral a su estómago no la pudo desviar del todo y el talón de Lara le golpeó en la cintura. Se dobló de dolor y cayó de rodillas.

El instructor Escarlatum se acercó.

—Levanta, humana. Esa patada debes desviarla así —dijo y le mostró la llave con un movimiento que realizó con una fuerza y rapidez asombrosas.

Nahia asintió y se puso en pie. Le dolía mucho el golpe.

—Continuad —dijo el instructor.

Lara atacó de nuevo. Nahia consiguió esquivar más o menos los dos primeros ataques de la pantera, pero no así el tercero. Tras un golpe de puño directo a su esternón cayó al suelo y se quedó sin poder respirar.

—Ese bloqueo ha sido muy lento y muy poco contundente —regañó el instructor Escarlatum.

Nahia tardó un momento en recuperarse. Continuaron con los ejercicios y cuando llegó la patada giratoria de revés, el golpe que más temía Nahia, se agachó con la rapidez de una gacela. El talón de Lara pasó rozando su cabeza, pero no la alcanzó. Estaba tan contenta de haberla esquivado que no llegó a tiempo de evitar el último ataque: un barrido con la otra pierna. Sintió el golpe en sus dos piernas y cómo salían hacia delante mientras ella caía hacia atrás. El golpetazo que se dio de espaldas, coscorrón incluido, fue tan brutal que se quedó en el suelo con la cabeza dándole vueltas.

—No has saltado a tiempo para evitar el barrido. Muy mal —recriminó el instructor.

Nahia tardó un momento en levantarse y para cuando lo hizo ya le habían asignado a su siguiente contrincante. Cuando la vio supo que iba a ser todavía peor que su enfrentamiento con Lara. Se puso en pie y ahogó un par de quejidos del dolor que sentía. Ya en posición le esperaba su siguiente compañera, nada menos que Lita, la Drakónida de la Escuadra Candente.

—¿Preparada? —preguntó Lita mirándola con aquellos ojos de reptil en un rostro de dragón femenino. Su cuerpo, si bien femenino, era grande y fuerte, casi tanto como Aiden. Solo de mirarla ya sabía que le iba a doler, y mucho.

—No soy muy fuerte y esto no se me da muy bien… —reconoció intentando apelar a su corazón.

La Drakónida la miró con desprecio.

—Eres débil, no deberías estar aquí.

Como suponía, la Drakónida no tenía corazón.

—No hace falta que me castigues mucho… me vencerás con facilidad.

—Por supuesto que hace falta. Siempre hemos de esforzarnos al máximo y mostrar a nuestros señores de lo que somos capaces.

Nahia suspiró profundamente. Aquella Drakónida le iba a hacer sufrir con cada golpe.

Los instructores dieron orden de comenzar con los ejercicios. De nuevo a Nahia le tocó atacar primero. Si Lara se había defendido con fuerza, Lita lo hacía como si fuera ella la que atacaba y golpeaba con dureza en cada bloqueo o desvío. Nahia sintió los golpes en brazos y piernas. La Drakónida la machacó sin piedad aprovechando cada oportunidad para castigarla. Al terminar su turno de ataque, Nahia estaba tan dolorida que apenas podía pensar.

Ahora le tocaba atacar a Lita y defenderse a Nahia. Los instructores dieron la señal y Lita avanzó con el pie izquierdo soltando un seco golpe de su puño derecho hacia el esternón de Nahia. Ella sabía qué golpe era, solo tenía que bloquearlo. Lo intentó con su antebrazo izquierdo, pero fue como golpear un tablón. El brazo se desvió, pero no del todo y el puño la alcanzó en el hombro izquierdo. Nahia sintió el dolor del bloqueo más el del impacto del puño.

El ejercicio continuó y con cada ataque de Lita, Nahia recibía doble castigo: el de intentar defenderse y el de la fallida defensa. Le dolía tanto todo el cuerpo que cuando comenzaron los ataques con piernas consideró la posibilidad de salir corriendo, pero sabía que no podía hacerlo. Tenía que quedarse y aguantar el sufrimiento. Huir significaba morir. No consiguió parar la siguiente patada a la cabeza y recibió el golpe en la mano derecha, con la que se protegía. Se fue al suelo como un árbol talado y se quedó tumbada y algo mareada.

El instructor se acercó y se agachó a su lado.

—Defensa muy débil. Esa mano debe soportar la patada. ¡Arriba!

Nahia asintió como pudo y se puso de pie todavía algo aturdida. Pensó que Lita retomaría el ejercicio y la destrozaría, pero para su sorpresa la Drakónida aguardó un momento mirándola a los ojos sin atacar.

—No hay honor en vencer al vencido —susurró—. Avísame cuando puedas continuar.

Aquello la sorprendió. Los Drakónidos tenían un sentido del honor un tanto extraño. Respiró tres veces dejando escapar el aire en una larga exhalación hasta que se le pasó el mareo. Al recuperarse del aturdimiento, todo el dolor que sentía en el cuerpo le volvió de golpe. Lo peor era que todavía vendría más, pero se preparó para recibirlo.

—Adelante —dijo a Lita.

La Drakónida atacó con una patada recta a la cara. Nahia bloqueó hacia arriba y la garra le pasó por encima. Se había librado por poco y había podido aguantar el dolor del bloqueo. Se preparó para la siguiente embestida cuando sintió algo que conocía y que temía. No algo exterior, sino por dentro, y una llama se encendió en su interior, una que residía en el centro de su torso. Pensó que quizá era el dragón de poder brillante, pero de inmediato supo que no lo era. La temperatura de su cuerpo comenzó a elevarse de forma muy rápida. Abrió mucho los ojos.

Le estaba dando uno de sus ataques.

Lita se percató y la miró con ojos de extrañeza, pero no podían parar y ejecutó el siguiente ataque de patada a las costillas de Nahia. El desvío debía realizarse con ambos antebrazos. Nahia consiguió ejecutarlo y desviar la patada, aunque de nuevo sufrió un dolor tremendo al contacto con la extremidad de Lita. Sin embargo, eso no fue lo que le preocupó. La temperatura de su cuerpo se elevó mucho y sintió su piel arder por todo él. Notó que una llama se generaba en su interior y la hacía arder, como si un incendio la estuviera consumiendo del interior hacia el exterior, pero su cuerpo no lo manifestaba y para Lita a ella no le sucedía nada.

—Espera… —dijo levantando una mano para que se detuviera.

Lita la miró y detuvo la patada que iba a lanzar. Nahia notaba ya un gran incendio. El calor era insoportable en sus entrañas y piel. Se le aceleró tanto el pulso que las palpitaciones parecía que le iban a reventar las venas. Su corazón latía como una manada de caballos salvajes.

Se mareó por completo. Intentó mantener el equilibrio, pero no lo consiguió y se fue al suelo. Cayó de frente y Lita tuvo que dar un paso atrás para evitar que le cayese encima. Comenzó a sacudirse de forma compulsiva mientras calambres terribles le recorrían piernas y brazos. Gritó de dolor sin poder dejar de convulsionar. El ataque era uno de los malos.

Capítulo 26

El instructor Escarlatum se acercó y se agachó a observar qué sucedía, pero no la tocó.

—Está sufriendo algún tipo de ataque, mi señor —informó a Mai-Beltz-Gaiz.

«¿Un ataque? Eso no es aceptable» envió el dragón negro entre sorprendido y frustrado.

El resto de los alumnos detuvieron los ejercicios para ver lo que sucedía. Nahia estaba en el suelo y convulsionaba. Había conseguido llevar su mano derecha hasta el cinturón y, sin poder parar los terribles temblores, consiguió coger uno de los tónicos que llevaba. Ahora debía llevarlo hasta la boca, que era lo más complicado porque su brazo derecho no dejaba de dar sacudidas constantes e incontrolables. Sentía mucho dolor por los horribles calambres, pero no le quedaba otra opción. Ya empezaba a ahogarse y si el corazón no le estallaba primero de lo rápido que iba, moriría asfixiada.

Sus compañeros de escuadra se acercaron a ayudar.

«¡Que nadie la toque! Un guerrero se recupera solo. Nadie debe ayudarla, ese no es el camino de la Senda» envió Mai-Beltz-Gaiz enfadado.

Los cinco se detuvieron a un paso de Nahia. Querían socorrerla, pero no podían desobedecer una orden directa de un dragón. Eso significaba morir.

Nahia luchó por llevarse el tónico a la boca. Ya comenzaba a ahogarse. No le quedaba apenas tiempo. Aquel ataque era de los malos y la iba a matar si no lograba tomarse el tónico. Luchó por controlar su brazo derecho. Poco a poco fue acercando su mano a la boca.

Ya casi lo tenía. Intentó quitar el tapón de madera con los dientes, pero la mano se movía hacia todas partes y no acertaba con la boca.

Todo el mundo la miraba. Lily y Dafne tenían las manos extendidas, intentando llegar hasta ella, pero ahora los tres instructores estaban entre ellos y Nahia y no dejarían que nadie la ayudara, como su señor había ordenado.

Con un último esfuerzo se llevó el contenedor a la boca y consiguió morder la tapa. Ahora solo necesitaba hacer un movimiento que tenía muy entrenado, un tirón hacia atrás y otro hacia delante para sacar el tapón y llevar el contenedor destapado a la boca. Se preparó y lo ejecutó con su temblorosa mano. Tenía el contenedor abierto. Con las sacudidas el contenido cayó por su boca y de allí a su garganta. Lo tragó todo.

Un momento después, sus pulmones se llenaron de aire. Respiró y tosió. La temperatura de su cuerpo comenzó a bajar y dejó de temblar y sacudirse. Se quedó tendida en el suelo mirando al techo. Estaba viva, por muy poco, pero viva.

«La debilidad, como bien sabéis, es inaceptable en esta academia. Ser débil es una auténtica deshonra» envió Mai-Beltz-Gaiz muy molesto.

El mensaje golpeó la cabeza de Nahia, que se fue hacia un lado. El sentimiento que llegó con el mensaje era de decepción mezclada con rabia. Nahia se asustó de verdad. Abrió mucho los ojos y el temor que sentía se mostró en ellos. Se acababa de salvar, pero no estaba segura de si la matarían por ser débil. Los dragones no soportaban la debilidad, eso lo habían dejado bien claro

desde el primer día. El miedo la invadió, pero no podía hacer nada. Su cuerpo estaba exhausto. Por mucho que quisiera defenderse o escapar, no le respondía.

«La Senda de los Dragones solo la caminan los fuertes de cuerpo, magia y espíritu. Quienes no lo son, deben abandonarla y este es un claro ejemplo» envió a todos con un sentimiento de desaprobación.

Sus compañeros de escuadra se dieron cuenta de que Nahia estaba en serio peligro de morir por defraudar las expectativas del dragón y la miraron en el suelo. Dafne y Lily se acercaron rodeando a los instructores y formaron junto a Nahia. Un momento después lo hizo Taika. Ivo pareció dudar sobre cómo actuar, pero se colocó en su sitio. Aiden no pareció dispuesto a moverse. Vio cómo las otras dos escuadras observaban lo que sucedía, así que ocupó su lugar en la formación ante el dragón con Nahia en su sitio, solo que en el suelo. Nahia se lo agradeció en el alma. Era un gesto increíble, pues arriesgaban sus vidas por ella.

«Tu escuadra te protege. Eso te honra e implica que hay algo de valía o liderazgo en ti. Aun así, mereces un castigo, pero no seré yo quien lo imponga. Dejaré que sea tu líder de escuadrón quien lo decida. Después de todo, es a él a quien avergüenzas. Al finalizar la clase irás a tu estandarte y aguardarás de rodillas. Él decidirá qué hacer contigo».

A Nahia aquello le sonó como una condena a muerte, o incluso algo peor. Si la mataban sería rápido y todo terminaría en un abrir y cerrar de ojos. Un castigo iba a ser peor, seguro, pues la harían sufrir. En cualquier caso, no podía dejarse llevar por pensamientos tan negativos. Ella no quería morir, quería vivir y hacer pagar a aquellos monstruos sin corazón por toda su maldad y el sufrimiento que causaban. La rabia que le nació en el estómago la hizo sentirse un poco mejor. Debía mantenerse con vida y luchar, aun en las peores situaciones.

«Continuad con la formación, instructores» ordenó el dragón negro.

—En posición, de dos en dos —dijeron los tres dirigiéndose cada uno a su escuadra.

«Instructor, que la escuadra de la débil sepa lo que sucede cuando uno de los miembros falla».

—Sí, mi señor —el instructor Escarlatum realizó una reverencia ante el gran dragón.

Como Nahia no podía levantarse a Taika le tocó realizar los ejercicios con el instructor y al momento entendieron todos lo que el dragón quería decir. El Escarlatum comenzó el ejercicio y pasó a luchar con extrema fiereza y fuerza.

Se empleaba con demasiada intensidad. Taika se defendió como mejor pudo, pero el instructor era un maestro experto. Recibió golpe tras golpe defendiéndose sin quejarse ni una sola vez. Recibía los ataques con gruñidos apagados de dolor y continuaba con el ejercicio.

Nahia podía ver que se estaba ensañando con él. Supo que era por su culpa y se sintió fatal. Después cambiaron de parejas y le tocó el turno a Lily. La pobre terminó en el suelo dolorida y con otra paliza terrible. Dafne gruñía y se quejaba con cada golpe fuerte que recibía, aunque intentaba devolverlos con la misma intensidad. Por desgracia, los suyos eran esquivados o bloqueados por el maestro. La Fatum terminó como Lily, muy dolorida y en el suelo. Nahia quería llorar de rabia e impotencia. Les estaban haciendo daño por su culpa.

Ivo y Aiden aguantaron mejor el castigo, sobre todo Ivo, que en ningún momento pareció sufrir, aunque los golpes que recibió fueron tremendos. Aiden intentó defenderse con la mayor de las habilidades y lo hizo bastante bien, pero al final el instructor superó sus defensas y le propinó una buena paliza. Aiden, en lugar de maldecir o quejarse, se lo tomó como si el instructor le hiciera un honor por emplearse a fondo con él y saludó con respeto al finalizar.

Después de la clase, según salían, Nahia quiso disculparse con sus compañeros.

—Lo siento muchísimo, es mi condición… a veces… me pasa… no puedo controlarlo —dijo con ojos húmedos.

—No te disculpes, no es culpa tuya sino de esos despreciables dragones —dijo Dafne, que tenía un tremendo moratón en el ojo derecho y se agarraba las costillas del dolor.

—Sí, ha sido Mai-Beltz-Gaiz quien nos ha hecho esto, no tú —le aseguró Lily, que cojeaba y se sujetaba un brazo que llevaba inerte.

—No me quedaré callado escuchando cómo mancilláis los nombres de nuestros señores. Lo que ha ocurrido es culpa nuestra y de nadie más —dijo Aiden mirando a Nahia.

—Es culpa mía, no vuestra —corrigió ella.

—Debemos tomarlo como una lección más en este mundo —dijo Taika—. Habrá situaciones en que uno de nosotros falle y nos hagan pagar al resto.

—Yo no fallaré —afirmó Aiden convencido.

—Espero que lo hagas —dijo Dafne con rencor.

—No lo verás —aseguró él convencido.

—Árboles más altos han caído, no hay nada seguro en la vida —dijo Ivo a Aiden.

—De verdad, lo siento muchísimo —Nahia no sabía cómo disculparse.

—Será mejor que vayas a recibir tu castigo —aconsejó Taika—. No hagas esperar a nuestro líder de escuadrón, será peor.

—Tienes razón. Voy.

—Buena suerte —deseó Dafne.

—Que sea leve —animó Lily.

—¿Qué haréis vosotros? —preguntó Nahia antes de marchar.

—Creo que es momento de estrenar ese bonito edificio que hay junto a intendencia —dijo Dafne.

—Oh, la enfermería —se dio cuenta Nahia.

—Sí, ya tocaba ir —dijo Lily—. Ya te contaremos cómo es.

Nahia asintió y se marchó. Con el ánimo muy decaído se dirigió a su estandarte tal y como Mai-Beltz-Gaiz le había dicho que debía hacer. Al llegar se arrodilló y aguardó. Vio cómo sus compañeros se dirigían al hospital. Deseó que pudieran darles algo contra los golpes y volvió a sentirse un fracaso y una carga.

Aguardó por un largo rato mientras en el interior de su mente luchaban una batalla la lástima y la rabia. Sabía que no debía sentir lástima por sí misma, pero no podía evitarlo después de lo sucedido. Por suerte la rabia fue venciendo y aunque aquella academia era un lugar horrible, Nahia se propuso superar lo que fuera que le echaran encima.

Irakas-Gorri-Gaizt descendió de los cielos agitando sus enormes alas rojas y se posó detrás del estandarte llameante. Era enorme, poderoso y sus ojos parecían arder. Rugió mostrando sus terribles fauces. Nahia se sintió una hormiga ante semejante criatura.

«Me has deshonrado, humana» envió con un sentimiento de furia contenida.

Nahia lo sintió como si le golpearan sobre la cabeza con un martillo de herrero. La cara se le fue contra el suelo y gruñó de dolor.

«Eres de la Escuadra Ígnea, del Escuadrón Rojo. Lo que ha sucedido no puede suceder en mi escuadrón».

Cada palabra, cada frase, Nahia las sentía como si algo en el interior de su mente estallara y le causaba un terrible dolor insoportable. Se llevó las manos a la cabeza. Aquello no era como el primer mensaje, era un sentimiento que le enviaba que al recibirlo sentía dolor.

«Cuando fallas en la formación me deshonras. Cuando quedas como un ser débil, me faltas al respeto. Eso es inaceptable. No puedo tolerarlo».

Un dolor muy intenso aparecía con cada palabra. No había sentimiento asociado, era solo dolor. En medio del sufrimiento Nahia se dio cuenta de que le estaba haciendo daño a propósito. Estaba atacando con su mente.

«Debería matarte, pero por ser tu primera ofensa no lo haré. Sin embargo, mereces un castigo y lo tendrás. A partir de mañana y durante un mes, después de las clases, limpiarás las mazmorras. Es una experiencia que abre los ojos. Irás directamente, sin cenar, y trabajarás hasta que termine el turno de limpieza. No faltarás ni llegarás tarde a ninguna clase por la mañana. Si lo haces, no tendré piedad».

Las palabras le produjeron un dolor tan intenso que Nahia no lo pudo soportar y perdió el conocimiento.

Un rato más tarde, Ivo cargaba a Nahia al hombro y se la llevaba. El resto de la escuadra estaba con él. Todos tenían varios vendajes y restos de ungüento en cara y extremidades.

—¿Cómo sabías que nos necesitaría? —preguntó Dafne a Taika.

—No lo sabía, pero imaginé que sería así.

—Eres un tigre de lo más intuitivo —felicitó Lily y le dio una palmada en la espalda.

—De lo más racional —corrigió Aiden.

—¿Enfermería o barracón? —preguntó Dafne observando el rostro de Nahia, que seguía inconsciente.

—Llevémosla a la enfermería primero, por si acaso —opinó Lily.

—De acuerdo —Ivo se dirigió hacia allí.

Aquella noche se perdieron la cena y todos durmieron con dolores. Por fortuna ninguno tenía nada roto, solo algunas fisuras en las costillas y golpes duros en cara, brazos y piernas. Nahia tenía el cuerpo lleno de moratones y un tremendo dolor de cabeza. Estaba tan exhausta que el sueño venció al dolor y cayó rendida. Su última frase antes de quedar dormida fue:

—Gracias… escuadra…

Capítulo 27

Nahia se presentó ante la puerta de las mazmorras tras la formación a cumplir con su castigo. Estaba nerviosa. El edificio le transmitía muy malas sensaciones, no solo porque fuera una cárcel que intuía que estaría llena de calabozos, sino porque en sí era un edificio oscuro y de aspecto retorcido. Lo estudió un momento. Era una fortaleza negra rodeada de altas murallas con cuatro torres circulares con una espiral a su alrededor y terminadas en punta. El edificio principal era también circular y con una espiral que lo recorría desde la base hasta su alta punta. Estaba situado al final de la academia, junto a la muralla norte. Solo llegar hasta allí le había llevado un buen rato.

Observó que había un dragón vigilando en cada una de las cuatro esquinas que formaban las murallas alrededor de la fortaleza. No eran muy grandes, por lo que supuso que serían jóvenes. Los colores de los dragones vigía eran los más comunes: rojo, azul, blanco y marrón, los colores de los elementos principales. Le pareció inteligente que hubiera un dragón elemental de cada tipo, por si quien intentaba escapar era inmune a uno de esos elementos, como lo era ella al fuego. El rojo no podría quemarla de intentar escapar, pero el resto la destruirían con sus alientos elementales en un abrir y cerrar de ojos. No sabía por qué había pensado tal cosa. Ella no quería estar prisionera allí dentro y mucho menos intentar huir. Mejor no pensar en situaciones tan complicadas y negativas. Bastante tenía ya.

Lo que más le sorprendía del lugar eran las espirales. No sabía qué representaban o qué función tenían, pero le recordaban a enormes víboras enroscadas en la roca del edificio. Volvió a sentir un escalofrío. Ya era el tercero. El primero lo había sentido al ver el edificio en la distancia, otro al llegar y ahora al verlas con más detalle. Aquel lugar tenía algo, y era malo.

Dos dragones negros guardaban la entrada. También eran jóvenes, de unas quince varas de largo cada uno. Estaban apostados uno a cada lado de las grandes puertas del edificio de roca oscura. A diferencia de la mayoría de las puertas en los edificios de la academia, aquellas estaban cerradas. Los dos dragones la miraron un instante con sus ojos negros y a Nahia se le congeló la sangre. Los dragones negros parecían enviados por la misma muerte a recolectar almas.

Se quedó quieta delante de la puerta con la cabeza baja. Ninguno de los dos dragones se dirigió a ella, así que se quedó a la espera. No podía dirigirse a un dragón, así que decidió aguardar y ver qué sucedía. El problema era que esperar entre aquellos dos la ponía muy nerviosa. Su imaginación se disparó y comenzó a pensar cosas horribles, como que uno de ellos la aplastaba con una garra contra el suelo y con la otra le sacaba el alma para entregársela a la muerte. El corazón le latía cada vez más rápido y con más fuerza.

Decidió que lo mejor que podía hacer era tranquilizarse. Comenzó a respirar profundamente y exhalar. Estaba consiguiendo relajarse un poco cuando oyó un "*clac*" metálico en la puerta. Según se abría Nahia se fue poniendo más nerviosa y sus esfuerzos por mantenerse en calma resultaron infructuosos.

Nahia esperaba que saliera algún dragón terrible, pero no fue el caso. Le sorprendió muchísimo ver a un pequeño Tergnomus. Intuía que allí no habría Exarbor de servicio, por el tipo de lugar que era, pero quizá también estaba equivocada en aquello. Bien pensado, tenía

sentido que un Tergnomus sirviera en aquel lugar. Eran pequeños, pero duros y resistentes, y con fama de ser muy trabajadores. Además, en aquel sitio oscuro se las arreglarían bien ya que ellos vivían en cuevas y en el subsuelo en su nación. Al menos eso tenía entendido.

—Soy Tarcel, Tergnomus Principal de los calabozos. ¿Qué haces aquí, alumno?

—Soy Nahia… Debido a algunos problemillas con el entrenamiento me han castigado a limpiar calabozos por un mes…

—Vaya, ¡qué buenas nuevas! —el Tergnomus sonrió y mostró unos dientes muy cuadrados.

—¿Buenas?

—No para ti, pero sí para nosotros. Andamos bastantes escasos de manos que limpien. Que nos envíen ayuda es siempre de agradecer, aunque sean alumnos inexpertos y poco profesionales en el mundo de la limpieza.

—Oh, entiendo. Haré cuanto pueda…

—Harás más que eso, o tu líder será informado.

—Sí, haré todo lo que se me requiera y mucho más —respondió Nahia, que lo último que quería era defraudar más a su líder. Más que nada porque era capaz de arrancarle la cabeza de un bocado si lo hacía.

—Bien, entremos, sígueme.

Nahia asintió y siguió a Tarcel al interior de la prisión. Nada más entrar las puertas se cerraron a sus espaldas y Nahia se sintió prisionera en aquel lugar. Había poca luz natural ya que las ventanas del edificio eran pequeñas y estaban reforzadas con rejas de acero, como correspondía a una prisión. Las antorchas que colgaban de las paredes eran las que emitían algo de luz, suficiente para ver el interior, pero sin crear demasiada claridad.

—Espera aquí un momento. he de gestionar tu llegada. No te muevas, en este lugar está prohibido ir a ningún sitio si no es acompañado por uno de nosotros.

—No me moveré.

Tarcel asintió y se marchó caminando de aquella forma tan curiosa con la que caminaban los Tergnomus, que parecía que pisaban charcos de agua con cada pie al andar.

Mientras esperaba miró alrededor. Aquella fortaleza era enorme por dentro, con amplios y despejados pasillos por los que podían pasar varios dragones. La altura de los techos era de más de veinticinco varas. De hecho, la estancia en la que estaba tenía por lo menos la misma cantidad de varas en todas las direcciones. Era enorme, al menos para una humana, y no digamos para un Tergnomus. Para un dragón, en cambio, era justita.

Tarcel regresó tras un momento.

—Vayamos a inscribirte —dijo y con un gesto de la mano indicó que debía seguirle.

Fueron hasta la estancia adyacente y allí Nahia descubrió que había Exarbor en aquel lugar. Vio a tres sentados en sendos escritorios con grandes tomos abiertos sobre ellos en los que parecían estar trabajando. Contra las paredes de aquella estancia había estanterías con tomos similares a los que tenían abiertos. Nahia dedujo que serían registros del lugar.

Tarcel se acercó a uno de ellos y se detuvo frente a su escritorio.

—Tenemos nuevo miembro temporal del equipo de limpieza.

El Exarbor levantó la mirada del tomo en el que estaba trabajando y observó a Nahia.

—Humana… primer año… —dedujo con mirarla—. ¿Nombre? —preguntó con aquella voz quebradiza de los de su especie.

—Soy Nahia Aske.

—¿Tiempo… de castigo?

—Un mes, todas las tardes—noches —respondió Nahia con un suspiro.

—Registrando… —dijo y con enorme parsimonia cerró el tomo en que estaba trabajando, se levantó, fue hasta una de las estanterías y cogió otro. Los demás Exarbor no se inmutaron y continuaron con sus labores.

—Llevan el control de todo aquel que entra y sale de este edificio —explicó Tarcel a Nahia —. Sean prisioneros o personal de limpieza u otras funciones ellos toman nota.

—¿Otras funciones? —se interesó Nahia.

—Alimentación. Debemos dar de comer y beber a los prisioneros a diario. Es complicado con algunos que tenemos en la zona más profunda de las mazmorras.

—Oh, entendido.

El Exarbor llegó a su mesa de trabajo tras un rato y abrió el tomo tras sentarse en su sillón. Solo la operación de sentarse le llevó un rato tiempo. Aguardaron a que terminara de apuntar en el registro.

—Todo en orden… puede comenzar… permiso de un mes… en labores… de limpieza.

—Muy bien, acompáñame, te llevaré con el supervisor de limpieza —dijo Tarcel a Nahia.

El Tergnomus la condujo por un largo y amplio pasillo hasta unas escaleras que descendían.

—Las mazmorras están abajo —indicó Tarcel—. Hay tres subniveles. Te asignaré al primero. Cuanto más abajo, peor está la cosa y más peligrosos son los prisioneros. Nunca vayas a los niveles inferiores, mantente siempre en el primero.

—Entendido —asintió Nahia, que no tenía ninguna intención de bajar a los otros niveles.

Descendieron por la escalera de piedra negra y Nahia sintió que se dirigía a un mundo lúgubre y oscuro. No solo paredes y suelo eran de roca negra, sino que allí no había ventanas y las antorchas no parecían alumbrar lo suficiente. Era como si al golpear las paredes la luz que desprendía el fuego perdiera intensidad, iluminando muy poco.

Llegaron a una estancia en el primer subnivel, donde encontraron cuatro Tergnomus ocupados con diferentes tareas. Los observaron llegar de reojo, pero no dijeron nada y continuaron trabajando.

—Ahora traigo al supervisor de limpieza —dijo Tarcel y le indicó con un gesto que permaneciera allí.

—De acuerdo —Nahia asintió y miró a su alrededor.

En la estancia había grandes armarios y varias mesas con sillas. Por lo que pudo apreciar, en los armarios había herramientas y utensilios de diferentes tipos. Los Tergnomus se sentaban en las mesas y parecían arreglar cosas. Uno de ellos estaba lijando unas llaves gruesas y Nahia se preguntó si serían de una mazmorra o quizá de argollas.

Tarcel regresó acompañado de otro Tergnomus algo más joven, aunque ambos parecían haber vivido largas vidas. Nahia no sabía poner edad a los de su raza, le parecían todos bastante mayores, aunque estaba segura de que no lo eran tanto.

—Soy Framus y estoy a cargo de labores de limpieza de los calabozos —se presentó el recién llegado.

—Yo Nahia, de primer año.

—Sí, se te nota —asintió Framus y la miró de arriba abajo—. No estás muy curtida.

—Lo tomaré como un cumplido.

—No lo es. Los novatos que no se curten rápido perecen.

—Lo recordaré…

—Mejor, los muertos recuerdan poco.

Nahia hizo un gesto afirmativo.

—Lo haré.

—Os dejo. Haz cuanto Framus te indique y como él te ordene —dijo Tarcel a Nahia y se marchó hacia las escaleras.

—Bien. Viendo que tampoco tienes cuerpo para grandes esfuerzos te asignaré la limpieza del bloque sur del subnivel primero, este en el que estamos. Es de los más limpios y menos peligrosos —explicó Framus.

—Vaya, gracias.

—No me las des. Una humana tan poco curtida no puede meterse en grandes limpiezas. Me estorbarías más que ayudar y ya tenemos suficiente trabajo.

—¿Tanto?

—Y más. No te puedes imaginar la cantidad de excrementos y suciedad que producen los prisioneros que hay aquí.

—¿Tantos hay?

—Bastantes, sí, y generan mucha inmundicia.

—¿De qué raza son? —Nahia preguntó por intentar entender quién generaba tanto que limpiar más que por curiosidad.

—Pues déjame pensar… —Framus miró hacia el alto techo y se quedó pensativo. Tenemos prisioneros de todas las razas y también dragones.

—¿Dragones… prisioneros? —Nahia no podía creerlo. Echó la cabeza hacia atrás y abrió muchos los ojos.

Framus asintió.

—Sí, varios y de los peligrosos.

—Pero son dragones…

—Los dragones también cometen crímenes contra otros dragones. ¿O acaso pensabas que no?

—Pues la verdad es que supongo que creía que no…

—Entonces también pensarás que todos los dragones son malos, ¿no?

Nahia miró a todos lados y luego a al Tergnomus.

—¿No deberías tener cuidado al hablar así? ¿Y si te oyen? —susurró preocupada.

Framus sonrió.

—No pierden el tiempo escuchando conversaciones de los Tergnomus. Podríamos estar organizando la mayor de las rebeliones a gritos y no nos harían ni caso. Se creen tan superiores y

nos infravaloran tanto, sobre todo por nuestro tamaño reducido, que no nos prestan la más mínima atención.

—Vaya, no lo sabía.

—Estás muy verde, hay mil cosas que no sabes. Irás aprendiendo, aunque en tu caso vas a necesitar de grandes cantidades de suerte con lo poca cosa que eres. En cuanto a los dragones, te diré que tienen conflictos entre ellos, la mayoría derivados de guerras y rencillas entre clanes, pero también los hay de índole personal. Hay dragones que matan dragones por motivos tan normales como avaricia, celos, ansias de poder, codicia desmedida y similares. Son sentenciados a prisión, destierro o muerte. Aquí hay varios sentenciados a prisión.

—¿Por qué aquí? Quiero decir, esto es un centro de formación militar.

—Los que están aquí han sido condenados por crímenes ocurridos en la academia o contra la institución.

—Oh, ya veo…

—Y para que lo sepas, joven humana inexperta, hay dragones buenos y malos.

—¿Los hay? —Nahia no dijo más, pero Framus entendió que su cara de total sorpresa era por la existencia de dragones buenos.

—Sí, escasean, pero los hay.

—Espero encontrarme uno un día —comentó Nahia con incredulidad.

—Quién sabe, igual tienes esa suerte.

Nahia sonrió, aunque dudaba muchísimo de que algún día fuera a conocer un dragón bueno. Eso le parecía imposible.

—Sígueme, te indicaré dónde tienes que limpiar.

—De acuerdo, gracias.

—No tienes que darme las gracias. Estar aquí es un castigo y como tal tienes que tomártelo. Aunque agradezco que seas educada. Cuando me envían Drakónidos o Tauruk-Kapro suelo tener problemas con su actitud.

—No estarán muy contentos de limpiar mazmorras…

—Se creen superiores a nosotros por ser más grandes y fuertes —Framus hizo un gesto con la mano de que desechaba esa opinión—. No saben que la verdadera fortaleza no está en los músculos, está aquí y aquí —dijo señalando primero a su cabeza y luego a su corazón.

A Nahia lo que le decía el Tergnomus le encajó.

—Creo que tienes mucha razón.

—¡Por supuesto que la tengo! Bien lo sé yo. Se creen que por ser de tamaño grande son mejores que los demás y eso es un error. Ni los dragones en toda su enormidad serían poderosos sin mente y alma luchadora. Nosotros tenemos de los dos en abundancia, aunque seamos pequeños en comparación con las otras razas. Eso nos hace sobrevivir. ¿Por qué crees que los dragones nos usan para sus labores domésticas y menos agradecidas? Por esa misma razón, porque nosotros ponemos el alma en toda tarea que realizamos, no como el resto de las razas.

Nahia se quedó pensativa, intentando asimilar todo aquello.

—Tus palabras son sabias.

—Gracias, harás bien en recordarlas —Framus inclinó la cabeza como reconocimiento—.

Sígueme, te llevaré con los demás.

—¿Los demás?

—Sí, no eres la única a la que han castigado a limpiar los calabozos. Es un castigo habitual. Tenemos alumnos de primer, segundo y tercer curso. Yo lo considero un pequeño honor.

—¿Porque los dragones lo consideran un castigo?

Framus miró a Nahia a los ojos.

—Así es. Lo que es trabajo para nosotros, es castigo para otros. Eso significa que nuestro trabajo es duro y así se reconoce como tal por nuestros señores, si bien nos siguen despreciando igual.

—Eso he pensado.

—Porque eres una chica lista. Espero que tu corazón sea fuerte también —deseó Framus y le volvió a hacer el gesto de llevarse la mano a la cabeza y luego al corazón.

Nahia sonrió.

—Yo también lo espero.

Framus asintió y la guio por un largo pasillo de una anchura enorme hasta llegar a una puerta de acero que abrió con unas llaves.

—Aquí comienza la sección sur.

—De acuerdo…

—Tranquila, es donde tienen a prisioneros interesantes. No corres mucho peligro.

—Bueno, algo es algo —se tranquilizó Nahia. Suspiró y luego se quedó pensando qué habría querido decir.

—Hay secciones mucho peores en este lugar, créeme. La de los dragones es la peor con diferencia. La cantidad de excrementos que sueltan es enorme. Además, tienen tendencia a comerse a los limpiadores en cuanto se despistan un instante.

—Vaya, eso no es nada bueno…

—Por eso solo envío a Tergnomus expertos allí. Aunque algunas veces me llegan órdenes de enviar a alguno de vosotros a esa sección.

—¿A la de dragones?

—Sí, algunos de los líderes de escuadra tienen muy mal humor y castigan de verdad.

—Oh, entonces mi castigo no es tan malo…

—No lo es. Pero si vuelves a ser castigada puedes terminar en la sección norte del tercer subsuelo, y déjame decirte que no quieres ir allí.

Nahia puso ojos de horror.

—Lo recordaré: sección norte del tercer subsuelo.

Framus dio una dentellada al aire y luego hizo como que masticaba. Nahia tuvo claro a lo que se refería y el estómago se le revolvió.

Capítulo 28

Framus llevó a Nahia con la escuadra de limpieza de la sección sur del primer subsuelo. La formaban tres Tergnomus, un Fatum y un Tauruk-Kapro, todos chicos. Los últimos dos habían sido enviados allí como castigo, al igual que ella. No preguntó qué les había pasado a ellos, aunque imaginó que habían fallado en algo.

—Lo primero, las pulseras —dijo Framus y de un armario obtuvo un cofre de cobre de aspecto humilde.

Lo puso sobre una mesa de trabajo y lo abrió. De su interior sacó tres pulseras de plata. Eran del grosor del dedo índice de Nahia y no tenían adornos o florituras en su superficie. Parecían más una argolla que una pulsera, solo que se apreciaba que eran de plata en lugar de acero.

—Extended los brazos —dijo uno de los Tergnomus, que tenía una nariz larga y retorcida.

Nahia y los otros dos castigados hicieron como se les pedía.

—Muy bien, os pondré las pulseras que os identifican como fuerza de trabajo en las mazmorras —explicó Framus y procedió a ponérselas.

Se bloqueaban con un cierre también de plata de varias posiciones. No era lo mismo la muñeca de un Fatum que la de un Tauruk-Kapro, como quedó demostrado de inmediato. El Fatum usó la primera posición del cierre y el Tauruk la última.

—No os las quitéis nunca ni las perdáis —ordenó el tercer Tergnomus, cuyas orejas largas y puntiagudas estaban muy arrugadas.

—De acuerdo… —musitó Nahia.

El Fatum asintió y el Tauruk-Kapro gruñó.

—Muy bien. Os dejo con vuestras obligaciones y me vuelvo a las mías —se despidió Framus —. Recordad: siempre hay mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

Los tres Tergnomus repitieron la frase musitando, como si fuera un dogma. Nahia lo encontró de lo más interesante.

—El área que debemos limpiar es grande, así que nos dividiremos en tres grupos de dos —dijo Ufrem, el Tergnomus a cargo de la cuadrilla—. La novata conmigo. Los demás como viene siendo habitual.

Todos asintieron y cogieron el material de los armarios: fregonas, paños, cepillos de púas, desinfectante, alcohol y raíces y hierbas aromáticas, además de jabón abundante. Se acercaron al pozo de la entrada, recogieron varios cubos de agua que tenían preparados y se dirigieron a trabajar.

—Novata, no te separes de mí —dijo Ufrem y le indicó que cogiera un cubo de agua y el resto de los utensilios de limpieza.

—Ahora mismo —Nahia se cargó con todo y siguió a Ufrem que era capaz de llevar una docena de cosas sin que se le notara cargado o desequilibrado. Nahia en cambio estuvo a punto de tropezar e irse al suelo varias veces, pero consiguió recomponerse y no hacerlo.

En una especie de antesala Nahia vio que una de las cuadrillas se dirigía hacia una puerta al

este y la otra hacia el oeste y dedujo que ellos irían hacia la del norte, ya que habían entrado por el sur. Eran puertas metálicas y al tocar la que llevaba al norte notó que eran de plata sólida y brillaban con un destello tenue. Se miró la pulsera y vio que desprendía el mismo destello. Ufrem abrió la puerta con un manojo de grandes llaves que llevaba a la cintura y continuaron. Nahia vio un gran pasillo despejado, sin rastro de vida alguna y bastante limpio. Aquella no era la zona que limpiar. Eso seguro.

Continuaron avanzando y llegaron a una gran reja metálica de gruesos barrotes que iba de pared a pared. Nahia distinguió una puerta también de reja, grande, del tamaño de un dragón, y otra más pequeña, del tamaño de sus siervos. Ufrem abrió la pequeña con las llaves que llevaba y Nahia dedujo que los Tergnomus tenían llaves de toda aquella zona de las mazmorras y casi seguro de todas ellas.

—A partir de aquí comienzan las mazmorras. Ten cuidado y no te acerques a ellas. Hay todo tipo de prisioneros y sería una lástima que te ocurriera un accidente.

—Tendré cuidado —dijo Nahia y tragó saliva. No saber qué prisioneros había allí y cuan peligrosos eran era casi peor que si le dijeran que estaba lleno de cocodrilos salvajes.

Pasaron a la zona de las mazmorras y Ufrem cerró la puerta tras ellos. Nahia contempló un enorme pasillo de piedra ligeramente alumbrado por antorchas. En ambos lados del mismo había grandes puertas plateadas. Nahia intuyó que eran las celdas en las que tenían a los prisioneros.

—Empieza ahí mismo. Yo me adelantaré. Lo quiero limpio. Espero que sepas hacerlo o me pondré de muy mal humor.

—Sé limpiar —aseguró ella.

—Bien, no serías la primera ni la última que me envían que ni siquiera sabe hacer algo tan básico. Me refiero a hacerlo bien.

Nahia se puso a trabajar. Aoma le había enseñado a hacerlo bien. Era una de las tareas que siempre hacía ella en la cabaña para dar algo de descanso a su abuela.

Limpió el lado izquierdo del gran pasillo en el que estaban sin acercarse mucho a las grandes puertas de las celdas, por si acaso. Framus iba algo más adelantado limpiando la parte derecha y de vez en cuando la observaba. Nahia ponía más brío todavía cuando lo hacía. La superficie era muy rugosa y costaba dejarla bien.

Llegaron al final del pasillo que daba a una nueva reja con barrotes fijos muy gruesos. Nahia miró y vio que otro amplio corredor con celdas continuaba hacia el fondo. Era bastante largo lo que significaba que tenían trabajo para rato.

—Seguiremos con aquel —dijo Framus—. Además de ese hay otros dos más que tenemos que limpiar hoy.

—Oh, de acuerdo —Nahia miró el pasillo cuyo final no veía, en parte porque era larguísimo y en parte porque la luz era escasa.

Ufrem abrió la puerta y pasaron al siguiente pasillo.

—Yo el lado derecho, tú el izquierdo —dijo y se puso a trabajar.

Nahia lo imitó y se puso con su lado. Levantó la mirada del suelo y al mirar al frente le pareció ver una sombra que se acercaba desde la penumbra. Le extrañó. Seguramente no estaba viendo bien por la escasez de luz. Entrecerró los ojos y volvió a mirar. Discernió de nuevo la sombra, que se acercaba por el centro del pasillo. Se puso muy nerviosa y entonces se dio cuenta de que no era una sombra. Cuando la tenía ya muy cerca pudo por fin ver lo que era.

—¡Una víbora negra gigante! —exclamó y la fregona se le cayó de la mano del susto.

Ufrem se volvió y se acercó a Nahia con rapidez.

—Mantén la calma, es un Serpetuss. Son los guardianes de las mazmorras.

Nahia se quedó estupefacta. Una enorme víbora negra de más de diez varas de longitud y una de grosor se acercaba deslizándose por el suelo.

—Es… terrorífica…

—Quédate quieta y no te hará nada.

La gran víbora llegó hasta ellos, se detuvo y se alzó sobre su cuerpo hasta que su cabeza estuvo por encima de ambos. Con su larga lengua pareció olerlos. A Framus lo reconoció de inmediato y lo dejó, volviendo todo su interés sobre Nahia. La enorme serpiente siseó con fuerza y mostró unos colmillos enormes y letales.

Nahia estaba aterrada, pero aguantó como petrificada. Parecía que aquella Serpetuss le iba a clavar los colmillos en la cabeza. Por un momento pensó que estaba todo perdido, pero mantuvo la calma y no reaccionó. La descomunal serpiente cerró las fauces y volvió a sisear con fuerza. Luego bajó su cabeza hasta el suelo y continuó su camino zigzagueando. Al llegar a los barrotes pasó entre ellos, aunque su cuerpo era más ancho que la separación entre estos, y se alejó por el pasillo que acababan de limpiar.

—Pensé que no lo contaba —Nahia resopló y se dobló del miedo que había pasado.

—Unas criaturas de lo más especiales estos Serpetuss —comentó Framus—. Son los vigilantes de los pasillos. Se encargan de que ningún prisionero escape si logra salir de su celda, cosa muy poco probable. Son formidables.

—Ya me he dado cuenta… —Nahia no podía sacudirse el susto del cuerpo.

—Si se juntan varias son capaces de acabar con un dragón.

—¿Lo son? Pensaba que los dragones eran prácticamente invencibles.

—Verás, los Serpetuss son parientes lejanos de los dragones, más primitivos y menos inteligentes. Sin embargo, comparten algo: sus defensas mágicas y la dureza de sus escamas. Eso los convierte en formidables luchadores.

—Pero vencer a un dragón… lo veo difícil.

—Lo es, pero ha ocurrido y por eso son los guardianes de este lugar. Cuatro Serpetuss fueron capaces de arrancar los ojos a un dragón que se había fugado. Lo cegaron e inmovilizaron enroscándose en sus alas y patas hasta que lo estrangularon. Murió ahogado.

—Eso es impresionante.

—Lo es. Las Serpetuss son una fuerza de la naturaleza.

—¿Cuántas hay aquí?

—Una veintena. Recorren todos los pasillos de los tres subniveles día y noche, vigilando. Si alguien escapa de su celda, se encargan de que no lo haga de las mazmorras.

—Me ha dejado helada, eso puedo asegurarlo.

—Te acostumbrarás. Recuerda que debes mantenerte quieta en su presencia y todo irá bien.

—¿Cómo saben que no soy un prisionero?

Ufrem sonrió.

—Por la pulsera que te han hecho poner.

Nahia se miró la pulsera de plata en su muñeca izquierda.

—No es solo de plata, ¿verdad?

—Eres lista, esa plata está encantada con magia de dragón.

—La Serpetuss capta la magia de su pariente lejano y por ello sabe que no soy un prisionero —dedujo ella examinándola.

—Así es. Así que harás bien en nunca bajar aquí sin ponerte esa pulsera.

—¿Ha ocurrido?

—¡Por supuesto que ha ocurrido! La estupidez de algunos roza en la incapacidad total de utilizar su cabeza.

—Entiendo que la Serpetuss…

—Mata y come.

Nahia puso cara de horror.

—¿Come?

—Les encanta la carne de cualquier raza, de cualquier ser, diría yo. Así que si no quieres terminar devorada por una de ellas, será mejor que no estés en las mazmorras sin esa pulsera.

—La cuidaré con mi vida.

—Más te vale. Ahora sigamos limpiando, hay mucho que hacer y poco tiempo.

Nahia se esforzó en limpiar con brío toda la zona que la habían asignado. Según pasaba la fregona, Ufrem se le acercó.

—Primero tienes que pasar el cepillo de púas con jabón para levantar la porquería y luego la fregona.

—Así lo haré —dijo. Se puso a cuatro patas y mojó el cepillo en el cubo. Comenzó a raspar el suelo. Iba a ser un trabajo difícil, ya lo intuía, pero ahora lo estaba experimentando de verdad.

Llevaba un rato cepillando el suelo y ni se había dado cuenta de que se había acercado a una de las celdas. Se levantó. Sabía que no debía mirar, que si lo hacía se podía meter en un lío gordo. Podría haber un dragón dentro y de alguna forma arrancarle la cara.

—No mires dentro… —masculló entre dientes intentando convencerse a sí misma.

Por desgracia, había algo en su interior que la empujaba a hacerlo. Se resistió, sacudió la cabeza y siguió cepillando el suelo. No debía mirar, eso lo sabía. Sin embargo, algo la animaba a ello. Pensó que era su curiosidad innata, pero se dio cuenta de que no era eso, la curiosidad podía dominarla. Una fuerza que nacía de su interior la forzaba a mirar. Intentó resistirse.

—No voy a mirar, es peligroso. Podría morir —se intentó convencer a sí misma.

A su alrededor todo estaba en calma. Había poca luz y solo se oía a Ufrem limpiando algo más adelante. ¿Qué era eso que la empujaba a mirar? Una cosa era que tuviera ganas, curiosidad, algo interno, pero sentía como si una fuerza exterior a su alrededor también la obligara. Se sintió muy rara.

Se pegó a la puerta de plata y subió hasta la mirilla. Tenía un pasador también de plata de un palmo de alto por tres de ancho. Nahia sabía que no debía descorrerlo. Sin embargo, sus manos no la obedecieron y con un movimiento seco, desplazó el pasador. Pensó que haría mucho ruido, pero no hizo ninguno, como si estuviera perfectamente engrasado.

Miró al interior y se fijó en que en la celda había alguien. Un único prisionero tendido en el

suelo, medio incorporado. No era un dragón, por lo que el peligro no era tan grande, al menos en principio. Aun así, no se fio demasiado y observó al prisionero. No podía verle la cara porque tenía una máscara que se la cubría. No solo el rostro sino toda la cabeza. Por su constitución y manos, Nahia dedujo que era humano, eso la sorprendió. ¿Por qué tenían los dragones a un humano preso allí? ¿Por qué le habían puesto una máscara cubriéndole toda la cabeza? Le pareció algo insólito. Lo tenían en lo profundo de un calabozo sin apenas luz, en solitario y con una máscara horrible que le aprisionaba cara y cabeza.

Suspiró. A menos que aquel humano fuera un asesino o un torturador no se merecía aquello. Lo estudió. No era muy alto y tampoco fuerte. Por lo que podía apreciar de sus brazos y piernas, que no era mucho, parecía fibroso, alguien que había estado expuesto a trabajo físico. Dudó en preguntarle quién era. Sabía que hacerlo era un error que podía ser castigado con la muerte. Sin embargo, por alguna razón que desconocía, algo en su interior la empujaba a preguntar, a intentar averiguar quién era aquel desdichado.

Apoyó la frente contra la rendija para ver más. El prisionero parecía dormitar tendido sobre una cama hecha de heno y paja seca.

Estudió la celda para ver si podía discernir algo más.

El prisionero se incorporó de golpe.

Nahia se fue de espaldas del tremendo susto.

Capítulo 29

Nahia se puso de pie a toda velocidad y, dejando un paso de distancia, echó un vistazo por la mirilla. El corazón le latía deprisa por el susto que se había llevado. El prisionero la observó a través de la mirilla. Aguardó sin acercarse, como quien sabe que corre peligro de sufrir un castigo.

El extraño la miró con ojos humanos tras una máscara de oro viejo que representaba la cabeza de un dragón. En realidad, no era una simple máscara, parecía un yelmo, pues le cubría toda la cabeza.

—Perdón… no quería molestar… —dijo Nahia extendiendo su mano en actitud pacífica desde el exterior.

El prisionero la miró inclinando la cabeza. El yelmo de dragón le hacía parecer un Drakónido, lo que le producía una sensación de inquietud profunda. Si un Drakónido tenía aspecto amenazante por sí mismo, aquel era algo extraño.

De detrás de la máscara surgió un sonido que Nahia identificó como la voz del prisionero. Había realizado una pregunta, dedujo, ya que terminó con una entonación descendente, pero no pudo entender ni una sola palabra.

—No te entiendo…

De nuevo una frase surgió de la máscara de dragón, una que Nahia no pudo comprender. A esta siguió otra y una tercera. El prisionero hablaba, pero ella no entendía ni una palabra de lo que decía.

—Lo siento… no te entiendo. ¿No hablas el idioma unificado de Kraido?

El prisionero señaló a Nahia con su dedo índice. Luego se llevó la mano a la boca de la máscara e hizo como que hablaba. Por último, se encogió de hombros.

Definitivamente no la entendía y ella a él tampoco. Nahia repitió los signos que el extraño le había hecho para hacerle entender que ella tampoco entendía nada.

El prisionero asintió y se puso de cuclillas. Se señaló el torso con su dedo índice y luego señaló a Nahia con el mismo dedo índice.

Nahia se quedó pensativa. ¿Qué le estaba queriendo decir? Mientras lo intentaba entender, el prisionero lo repitió.

—Me dices que tú eres como yo, ¿verdad?

El prisionero inclinó la cabeza.

—Yo, como tú —dijo Nahia y se señaló a ella con el dedo índice y después a él.

El extraño asintió.

Nahia se alegró de haberse podido comunicar, aunque fuera tan poco. Se acercó más a la abertura para intentar verlo mejor. Imaginaba que el extraño era un chico por su fisonomía, pero se lo preguntó. Se señaló a sí misma, a su cabello largo, a sus pechos y luego señaló al prisionero.

El extraño negó con la cabeza, hizo que la máscara girara de un lado a otro y pudo comprobar

que parecía una única pieza con un cierre en la parte de la nuca. Le pareció horrible. Además, parecía ser sólida, pesada. ¿Por qué se la habrían puesto? Le señaló la máscara y luego abrió manos y brazos en gesto de intriga.

El prisionero la miró. Entendía la pregunta, eso lo notó en sus ojos. El problema era cómo transmitir la respuesta. Le hizo un gesto con la mano a Nahia para que esperara mientras pensaba cómo explicárselo.

—No deberías hablar con ese prisionero —dijo una voz a su espalda.

Nahia dio un brinco enorme del susto. Se volvió y vio a Ufrem, que limpiaba el suelo con una fregona y un cubo de madera algo más adelantado.

—Qué susto me has dado…

Ufrem dejó de limpiar y la miró.

—Este lugar asusta a cualquiera. Hacer cosas que no deberías, también.

—¿Está prohibido hablar con los prisioneros? —preguntó, se imaginaba la respuesta, pero se hizo la tonta.

—Lo está. No se puede hablar con ningún prisionero de las mazmorras.

—Bien, lo recordaré…

—Además, ese en concreto es…especial.

—¿Este? ¿Por qué?

—Tú estás aquí para limpiar, no para hacer preguntas.

—Perdón… Es la situación. Y este lugar me pone un poco nerviosa.

—Y habladora —dijo Ufrem con ironía en el tono.

—Sí, bueno, los nervios a algunos nos hacen parlotear.

—Lo veo, sí. Cosa de humanos, supongo.

—Sí, somos un poco curiosos y habladores.

—Los Fatum lo son más. Te diré para calmar tu curiosidad que ese prisionero es peligroso.

—¿Él? Si es un humano, ¿no?

Ufrem se acercó, mantuvo la distancia y observó al prisionero.

—Sí, es humano y chico, y también peligroso. No debes hablar con él.

—Oh, no lo haré.

—Más te vale. El castigo por hacerlo será ejemplar. Aquí abajo no se andan con tonterías —dijo Ufrem y cerró la mirilla con un movimiento rápido.

Nahia se sintió extraña al desaparecer el prisionero, como si debiera seguir conversando con él.

—Siento haber mirado dentro —se disculpó Nahia.

—La curiosidad mató al Felidae, que no te ocurra a ti, humana.

Nahia recogió su cepillo y fregona y continuó limpiando el tramo que le quedaba. Ufrem abrió la siguiente sección y siguieron con sus tareas.

En la última se volvieron a cruzar con un Serpetuss. Nahia se quedó quieta, como petrificada y mostrando la pulsera. Lo último que quería era llamar la atención de aquellos seres tan repelentes y mortíferos. Estaba segura de que si la mordía moriría envenenada y no llevaba

ningún antídoto contra venenos con ella.

Finalizaron el turno de limpieza y Ufrem la acompañó hasta la entrada.

—Deja la pulsera de plata aquí, no se permite sacarla de las mazmorras.

—Oh, de acuerdo.

—Te espero mañana a la misma hora.

—Aquí estaré.

Ufrem asintió y marchó.

Nahia salió de las mazmorras y pasando entre los dos dragones negros se dirigió a los barracones. Miró la luna. Era de madrugada, así que el turno de limpieza había sido largo. No había podido ir a cenar y encima ahora tenía muy pocas horas para dormir y poder reponerse. Resopló. Al día siguiente tendría mucho sueño y estaría cansada, lo que no la ayudaría con las clases. Ya preveía que iba a pasar un mes agotador.

—Este castigo va a ser un verdadero tormento —masculló mientras se alejaba de las mazmorras.

Los siguientes días fue a limpiar después de las clases. La verdad era que le deprimía ir a aquel lugar tan lúgubre. Estaba cansada y, aunque limpiar no se le hacía muy duro, le restaba parte de la poca energía que le quedaba después de las clases.

Además tenía mucha curiosidad. Aquel prisionero con máscara de dragón la intrigaba mucho. No sabía por qué y era consciente de que no debía arriesgarse a comunicarse con él porque podría meterse en un buen lío, pero no podía evitarlo. Era un misterio que deseaba resolver, algo en su interior y algo del exterior le empujaban a descifrar aquello. Decidió confiar sus pensamientos a sus compañeros de escuadra una mañana mientras se preparaban.

—Ya tienes bastantes problemas, delgaducha, no te busques más —advirtió Aiden.

A Nahia aquello no le sorprendió. Aiden solo vivía para hacer lo que era correcto para los dragones.

—¿Dices que es un prisionero humano importante? —preguntó Taika con su voz suave y rasposa y con tono enigmático.

—Eso creo.

—Importante para los dragones, asumo… —preguntó Dafne.

Nahia asintió.

—Lo tienen en una mazmorra y le han puesto una máscara de oro con forma de cabeza de dragón que le cubre toda la cabeza, como un yelmo —explicó Nahia.

—Qué extraño… ¿Para qué hacer eso si ya lo tienen en una mazmorra? —preguntó Ivo.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Será monstruosamente feo y no quieren que se vea su rostro —bromeó Lily con tono risueño.

—No es eso —dijo Aiden.

Todos lo miraron.

—Tú sabes algo —acusó Dafne—. Suéltalo…

—No es que yo sepa algo, es que vosotros no sabéis nada —respondió él—. En la cultura de los dragones, y en la de los Drakónidos también, una máscara de oro completa se usa a veces en

prisioneros.

—¡Mira por dónde! —dijo Dafne haciendo un gesto de que no podía creer que Aiden no lo hubiera dicho antes.

—¿Una máscara de oro completa con forma de cabeza de dragón? —preguntó Nahia.

Aiden miró al techo y calló.

—Habla, sabemos que no nos estás diciendo todo —dijo Ivo y, aunque su tono fue suave como siempre, se notó cierta amenaza en él.

El Drakónido lo miró y arrugó la frente.

—A mí no me amenaza nadie.

—No te está amenazando. Te estamos pidiendo que nos transmitas el conocimiento que tú tienes y nosotros no. Es simplemente eso —dijo Taika mirándole fijamente a los ojos y entrecerrando los suyos.

—Bien… si no lo sabéis… Las máscaras de oro se usan para ocultar el rostro de alguien importante.

—Eso ya lo habíamos deducido —le dijo Dafne con sorna.

—Sigue —pidió Nahia.

—Que la máscara sea de dragón es muy significativo. Indica que quien la lleva es muy importante para los dragones, para algo de gran importancia para ellos.

—O sea, es un prisionero de lo más importante para nuestros queridos señores —razonó Lily.

Aiden asintió.

—Así es.

—¿Sabes por qué? —preguntó Taika.

El Drakónido negó con la cabeza.

—Poder, guerra, victoria, metales y joyas preciosas, uno de ellos.

—Ya, todo lo que les gusta —hizo un gesto de despreció Dafne—. Necesitaríamos afinar un poco más en el motivo.

—No necesitamos afinar nada. Si se enteran de que andáis husmeando cerca de ese prisionero os matarán —afirmó Aiden—. Eso os lo aseguro. Yo no pienso verme involucrado en esto. No quiero oír ni una palabra más acerca de este asunto. Dejadlo estar, no os concierne. Lo que nuestros señores quieran con ese prisionero no es de nuestra incumbencia.

—En parte tiene razón —razonó Taika—. No sé hasta qué punto debemos involucrarnos en esto. Podríamos morir todos y no sabemos quién es ni su importancia, tanto para los dragones como para nosotros, si es que la tiene.

—Taika habla con sensatez y cordura —asintió Ivo—. No es conveniente meter la mano en un avispero…

—Pero si es importante para los dragones, es posible que también lo sea para nosotros —dijo Nahia—. Yo… siento como que lo es… Ya sé que es solo un sentimiento infundado, pero algo me dice que es importante para todos.

—Yo lo que sé es que el cementerio está lleno de aquellos que tuvieron sentimientos y premoniciones relacionados con los dragones —afirmó Dafne—. No me gustaría terminar como ellos.

—No te lo tomes a mal, Nahia, pero sin algo más tangible, yo tampoco metería mi preciosa naricita en el asunto —aconsejó Lily.

Nahia suspiró.

—Lo sé… lo sé… es solo que…

—Sé prudente y mantente alejada. Si consigues algo más de información relevante, lo volvemos a evaluar —dijo Taika. Su tono suave e inteligente la calmó y reafirmó.

—Está bien. De momento me mantendré a la escucha, a ver qué más puedo averiguar sobre el prisionero de la máscara dorada de dragón.

—Más vale que lo hagas con mucho cuidado o tendremos pronto una vacante —advirtió Aiden.

—Desde luego, ¡qué aguafiestas eres! —reprochó Lily.

—Solo digo la verdad. Nuestros amos no tendrán piedad.

—Y seguro que tú te alegrarás —le echó en cara Dafne.

Aiden puso cara de ofendido. Su chata nariz de dragón subió hacia su frente.

—No soy yo quien desafía a nuestros señores. Yo os he advertido, lo que hagáis es cosa vuestra.

—¿Y no te chivarás? —Dafne lo miró con una ceja enarcada.

—Eso es cierto. ¿Podemos confiar en que no irás a contárselo a tus señores? —preguntó Lily.

Aiden guardó silencio y en sus ojos reptilianos Nahia vio que había dolor. Las acusaciones le habían afectado.

—No dirá nada porque es de nuestra escuadra y su lealtad es primero con su escuadra —dijo Taika.

—Y porque si se chiva le partiré la espalda en dos —afirmó Ivo tan tranquilo.

Aiden se puso en pie.

—Lo que ha dicho Taika —afirmó y salió del dormitorio.

Capítulo 30

Las primeras semanas de formación pasaron volando y el verano partió antes de que se dieran cuenta dando paso al otoño. Nahia estaba muy preocupada por no hacerlo mal en las clases. Tenía que evitar a toda costa que su líder de escuadrón la castigara por deshonrarlo de nuevo, ya que podría decidir matarla esta vez. Con tanta tensión, los días se le pasaban como una exhalación. El hecho de que terminara tan cansada de las clases y de tener que limpiar las mazmorras provocaba que cayera desfallecida en el catre cada noche. Todo esto hacía que pareciera que los días de su vida se le escapaban entre los dedos.

Acababa de terminar el período de castigo y ahora trataba de recuperar algo del sueño atrasado. Tenía una pequeña espina clavada en el costado porque no se había atrevido a volver a hablar con el prisionero de la máscara. Todas las noches pasaba por delante de su celda, deteniéndose un momento, pero sin descorrer la mirilla. El prisionero le había hablado cada noche, lo que quería decir que la esperaba, pero ella no le entendía. Había seguido el consejo de sus compañeros de escuadra para evitar meterse en líos, pero algo en su interior le decía que no había hecho lo correcto. En cualquier caso, seguía con vida y eso para ella era un triunfo.

Otra cosa que la preocupaba cada vez más, porque era muy notorio, era su tremenda debilidad física. Se había hecho evidente en la formación, algo terrible considerando que solo estaban recibiendo la básica de magia y de armas. Solo de pensar en qué sucedería cuando la formación fuera más avanzada provocaba que le temblaran las rodillas. Este problema le robaba el sueño. Sabía que inevitablemente su debilidad la iba a condenar a morir y si algo habían dejado claro los dragones era que los débiles no sobrevivían la Senda. Lo repetían casi a diario y lo tenía grabado a fuego.

Aquella mañana, antes de la clase de magia, decidió compartir su temor con su escuadra. Estaba segura de que ellos ya se habían dado cuenta y que no tenían por qué ayudarla, allí cada uno tenía que mirar por sí mismo y salir adelante. Aun así, prefería arriesgar su orgullo a morir por no reconocerlo ante sus compañeros.

—Si sigo así… no lo voy a conseguir —afirmó mientras desayunaban en su mesa del comedor.

Sus compañeros dejaron de masticar y la miraron perplejos por la confesión.

—¿Lo dices por tus problemas físicos? —preguntó Taika con su tono rasposo y suave y mirada de zorro.

Nahia asintió.

—Vamos a comenzar con el manejo de armas y yo ni siquiera soy capaz de hacer todas las tablas de movimientos desarmados sin agotarme.

—Si yo las puedo hacer, tú también puedes —dijo Dafne asintiendo en su dirección.

—Tú eres más fuerte que yo.

Dafne resopló.

—Un pelín más fuerte, nada más.

—Yo también creo que, si Dafne y yo podemos, tú también puedes —dijo Lily intentando darle ánimos.

—Lily, tú eres el doble de fuerte que yo —aseguró Nahia.

—Quizá en lo físico, pero no en lo mental. Y en magia tú lo eres mucho más que yo. —Lily le lanzó una mirada de confianza.

—La humana tiene razón, no sobrevivirá al otoño si sigue así —afirmó Aiden con la tranquilidad del verdugo que pasa sentencia a un condenado a muerte.

—¡No le digas eso, cabeza de granito! —regañó Dafne.

—¡No seas desalmado! —se unió Lily.

Aiden se encogió de hombros.

—Solo digo la verdad y vosotras lo sabéis. Siempre queda mal en los ejercicios físicos. Y lo que vemos nosotros, lo ven nuestros señores.

—Me dan ganas de atizarte con una silla en esa cabeza cornuda que tienes —dijo Dafne e hizo el gesto de coger la silla y pegarle.

Aiden no se inmutó.

—En lugar de eso quizá debieras aplicarte. Ella no sobrevivirá al otoño, pero tú tampoco. Y en cuanto a la Escarlatum… no sobrevivirá al invierno. Sois débiles y no sobreviviréis al año.

Dafne y Lily se pusieron de pie en la mesa y estuvieron a punto de lanzarse sobre Aiden, que siguió comiendo sin importarle.

—Tranquilidad, por favor —pidió Taika—. Nos vigilan… —dijo y miró hacia los dragones en medio del comedor.

Dafne y Lily lanzaron miradas furibundas a Aiden y se sentaron a regañadientes.

—Nuestro compañero Drakónido es poco agraciado en el arte de la comunicación, pero tiene razón —se pronunció Ivo—. Es innegable que nuestra humana tiene problemas serios en lo físico, y también en lo mágico, derivados de su poco cuerpo. También es evidente que nuestra Fatum no va muy detrás y sus carencias son cada vez más manifiestas. Las de nuestra Escarlatum se harán notorias en la última parte del año.

Dafne y Lily fueron a protestar, pero Taika intervino.

—En lo que debemos centrarnos es en solucionar los problemas que tenemos, no en discutir entre nosotros. Eso solo nos conducirá a la derrota y a la muerte. Lo primero que debemos hacer es ayudar a Nahia a mejorar. Solo así sobrevivirá.

—¿Podemos hacerlo? —preguntó Aiden y miró a Taika con incredulidad en sus ojos.

—Yo creo que podemos —aseguró Taika.

—¿Tú lo crees? —insistió Aiden también a Ivo.

El gran Tauruk miró a Nahia, como evaluándola.

—Me gustaría pensar que sí, aunque tengo mis dudas, no lo voy a negar. Su cuerpo es demasiado frágil, como una rama de un árbol joven.

—Aiden tiene el tacto de un tiburón, pero tú podías tener algo más, que Nahia está sentada ahí —reprochó Dafne a Ivo.

—Soy de la opinión que la verdad, aunque duela, resulta siempre mil veces mejor que una mentira piadosa.

—Cuando te pones filosófico no hay nada que hacer contigo —dijo Lily y le hizo un gesto con la mano.

—No me importa oír verdades, aunque sean duras… Es cierto todo lo que se ha dicho aquí… —expresó Nahia cabizbaja.

—No vamos a dejar que muera —aseguró Dafne, que negaba con el brazo extendido y moviendo el dedo índice.

—¿Por qué no? No es problema nuestro, sino suyo —opinó Aiden.

—¡Eres monstruoso! —gritó Lily.

—Deberíamos hacerlo por el bien de la escuadra y ya está —sentenció Taika.

—No estoy de acuerdo. Muchas escuadras pierden miembros durante el año, es natural. Si la nuestra lo hace continuaremos adelante igual.

—¡Es para matarlo! —Dafne estaba furiosa y sus ojos centelleaban de rabia.

—Creo que te equivocas en esa apreciación —dijo Taika manteniendo la calma—. Es mejor una escuadra de seis que una de cinco, aunque el sexto integrante no sea muy fuerte. Algo podrá aportar. El que no está es el que no aporta nada.

Aiden lo sopesó mirando a Nahia.

—Puede que tengas algo de razón, pero también será un lastre.

—Un lastre que puede ayudar —puntualizó Taika.

—Bueno… tal vez sea así.

—Tiene razón. Los lobos no abandonan a sus mayores, los dejan liderar y se amoldan a su paso. La manada es más importante que el individuo —explicó Ivo como si contará una fábula.

Aiden se encogió de hombros.

—Supongo que lo veremos.

—Muy bien. ¿Cómo la ayudamos? —preguntó Lily.

—Hay que fortalecer su cuerpo —afirmó Taika.

—¿Y cómo lo fortalezco? —preguntó Nahia.

—Solo hay una forma: mucho trabajo, sufrimiento y sacrificio —afirmó Taika.

Nahia bajó la cabeza y asintió.

—Imaginaba que sería algo así.

—Es eso, o morir —aseguró Taika—. Tienes que elegir.

—Elijo trabajo, sufrimiento y sacrificio —afirmó Nahia.

Taika asintió.

—Así se habla —Lily le dio a Nahia una palmada en la espalda.

—Lo conseguirás. Y no escuches al cabeza de mármol y al filósofo del bosque —animó Dafne.

Nahia asintió.

—Esta tarde al finalizar las clases iremos al gimnasio y trabajaremos ese cuerpo tuyo —dijo Taika.

—Te lo agradezco, de verdad.

—No es nada.

Nahia se animó un poco. Había esperanza y su escuadra la iba a ayudar.

Aquella tarde, al finalizar la formación de magia, Nahia fue al gimnasio con Taika. Le agradecía en el alma que fuera con ella porque él no lo necesitaba, pues los Felidae tenían una fisionomía extraordinaria. Por lo que tenía entendido, al gimnasio iban sobre todo humanos, Fatum y Escarlatum, los más débiles en el apartado físico. A Ivo y Aiden tampoco les hacía falta y Taika hasta ahora tampoco.

Llegaron al edifico, que tenía aspecto solemne. Nahia contó más de cincuenta columnas circulares sosteniendo un soportal de mármol blanco con incrustaciones de brillantes. Tuvo que reconocer que los dragones tenían gustos muy particulares. El edificio formaba un gran cuadrado y estaba cubierto por un techo plano.

Al entrar se percató de que estaba lleno de gente, lo que la sorprendió mucho. No esperaba que tantos usaran el gimnasio. Lo primero que pudo constatar era que allí casi todos eran humanos, Fatum y Escarlatum. Apenas había algún que otro Drakónido o Felidae y solo vio a un par de Tauruk-Kapro. Otra cosa que le llamó la atención fue que allí había gente de los tres cursos. No eran solo los de primero, que eran los más necesitados, sino que también había de segundo y tercero. Los identificó con facilidad porque estaban claramente separados: los de tercero a la entrada, los de segundo en medio y los de primero al fondo del edificio.

Se dirigieron con los de su curso y según pasaban por las zonas pudo ver que había áreas donde se ejercitaban solos, otras donde luchaban sobre esterillas y otras en las que hacían ejercicios de fuerza levantando lo que parecían pesadas rocas talladas con formas rectangulares. Al ver que levantaban aquellas pesadas piedras con un brazo y con las piernas, se desanimó por completo. Ella nunca iba a poder algo así.

Taika pareció darse cuenta de su desánimo.

—No te preocupes por esas pesas de piedra, no es en lo que vas a trabajar tú.

—¿No? Menos mal… —resopló Nahia, que miraba a todos lados como si hubiera entrado en un mundo nuevo poblado por gente con una fuerza impresionante.

Taika sonrió.

—Para construir una casa hay que empezar por colocar un bloque en el suelo.

—Mi bloque es más bien una piedrilla.

—Pronto será un bloque de granito sólido y podrás construir sobre él.

Nahia no dijo nada, pero no tenía la confianza que Taika enfocaba en ella.

Llegaron a la zona de los de primer año. Nahia reconoció a los dos chicos humanos de su escuadrón: Brendan y Morgan. Los dos la saludaron con respeto y eso la animó. Ella saludó de vuelta de la misma manera.

Aunque estaba cansada del largo día de formación, se sentía bien por estar allí. Aguardó a que Taika le indicara qué debía hacer, pues ella estaba perdida en aquel lugar. Miró a su alrededor y vio chicos y chicas trabajando la fuerza y la flexibilidad en las esquinas contra las paredes, mientras que en el centro, en las diferentes esteras, combatían por parejas. Todos daban la impresión de saber lo que hacían y se esforzaban al máximo. La intensidad con la que se empleaban era evidente.

—Tendría que haber empezado a venir aquí desde el primer día —expresó Nahia al verse tan perdida y atrasada en comparación con los que allí estaban.

—No te tortures por el pasado, ese ya no se puede cambiar. Céntrate en el futuro que está sin escribir y trabaja en lograr tus metas.

—Sí, tienes razón… pero es que he perdido una estación…

—No la has perdido. En tu caso no era posible que empezaras antes. Llegaste muy rota y débil. Solo con la formación te quedabas sin fuerza alguna. Y luego, cuando empezaste a recuperarte, fuiste castigada.

—Sí, eso es verdad…

—Pues no le des más vueltas al asunto. Ahora puedes y estás bastante entera. Aprovechemos.

—Tienes toda la razón.

Taika sonrió y sus ojos llenos de inteligencia se entrecerraron.

—Lo lograrás.

—¿Con qué elemento de peso comienzo a trabajar? —preguntó Nahia convencida.

—Con uno que siempre llevas contigo —dijo Taika.

—¿Encima? —Nahia se miró a sí misma. Solo llevaba la ropa de la academia, que no era nada pesada.

—Realizarás una serie de ejercicios usando el peso de tu propio cuerpo para trabajar y desarrollar esos músculos, que están un tanto atrofiados.

—Y son raquíticos.

—Bueno, yo no diría tanto. Te sorprenderá cómo reaccionan.

—Cuando dices el peso de mi propio cuerpo, ¿a qué te refieres?

—Te lo mostraré. Quiero que te agaches con la espalda vertical y flexionando las piernas así —Taika le mostró cómo hacer el ejercicio.

—Oh, de acuerdo.

Nahia realizó el ejercicio y no le pareció nada difícil.

—Muy bien, haz el mismo movimiento treinta veces, despacio, manteniendo la forma y el equilibrio.

Hizo las treinta sentadillas y cuando terminó se masajeó los muslos.

—¿Qué tal? —preguntó Taika.

—Al principio muy bien, pero los últimos me han costado y ahora me tiran los muslos.

—Es natural, tranquila. Has estado sosteniendo el peso de tu cuerpo sobre ellos.

—Oh… ya veo a qué te refieres con usar el peso de mi cuerpo.

—Ahora quiero que te coloques en el suelo de esta manera —Taika se puso en el suelo realizando una plancha.

—De acuerdo —se puso a su lado en la misma posición.

—Espalda recta, apóyate en la punta de los dedos de los pies.

—Vale. ¿Cuánto tiempo?

—Cuenta hasta treinta, despacio.

Nahia hizo como le decía y pronto sintió los brazos cargados.

—Vaya, cuesta más de lo que parece —afirmó al terminar.

—Los ejercicios que te voy a enseñar parecen sencillos y no necesitan de levantar peso, solo el tuyo corporal. Los harás todos en el orden que te explico —Taika se puso en pie.

—¿Cuántos ejercicios son? —preguntó Nahia y también se puso en pie. Ya le dolía el cuerpo.

—Veinte. Todos sencillos.

—¿Veinte? ¿Y cuántas veces tengo que hacer cada uno?

—Treinta.

—Pero si con solo dos que llevamos ya me duelen los brazos y muslos. ¿Cómo voy a hacer treinta?

—Con esfuerzo y sufrimiento. No hay otra forma —se encogió de hombros Taika.

—¿Seguro que estos ejercicios me ayudarán a ganar músculo?

—A ganar músculo y resistencia. Créeme.

Nahia resopló.

—Está bien… ¿Cuál es el siguiente?

—La zancada flexionada —dijo Taika y le mostró cómo hacerlo extendiendo una pierna hacia delante y bajando el cuerpo en equilibrio.

Nahia hizo el ejercicio y al terminar miró a Taika.

—Ahora sí que me queman las piernas.

—Es buena señal, sigamos.

Taika le mostró los veinte ejercicios que debía realizar. Desde flexiones y abdominales de diferentes tipos a saltos en el sitio y otros ejercicios. Los últimos cinco eran de flexibilidad.

Para cuando terminaron un ciclo, a Nahia le dolía todo el cuerpo una barbaridad.

—Te veo bien. Quiero que descanses un buen rato y luego hagas un ciclo más. Descansa de nuevo un largo rato y haz un tercer ciclo. Con eso será suficiente por hoy.

—¿Tres ciclos? —Nahia abrió mucho los ojos.

—Recuerda, trabajo y sacrificio, no hay otro camino. Si no puedes con ello, haz lo que te sea posible.

Nahia asintió y se puso a trabajar. Taika la observaba y le corregía la postura en cada ejercicio para que lo hiciera bien. El tercer ciclo fue un suplicio para ella, que apretó los dientes y luchó por realizar todas las series, aunque no pudo con las flexiones y los abdominales. Cuando llegaron los cinco últimos ejercicios de flexibilidad no hacía más que resoplar aliviada. Terminó derrotada sobre una de las esterillas.

—No ha estado nada mal para ser la primera vez —dijo Taika y en su voz rasposa se apreció que quería animarla.

—Pero si no he podido con los ejercicios… —se lamentó Nahia que tirada en el suelo boca arriba respiraba con dificultad por el esfuerzo realizado. Sudaba mucho, más de lo que recordaba haberlo hecho nunca con su abuela.

—Lo has hecho bien —dijo otra voz que Nahia reconoció al instante.

Intentó incorporarse para verlo, pero sus músculos abdominales estallaron de dolor y se

quedó tirada de espaldas donde estaba. La cabeza de Logan apareció sobre la suya.

—De verdad que no lo has hecho mal —dijo el moreno y la miró con sus ojos azules tan claros como el cielo de verano.

—¿Me has visto? —preguntó ella intentando disimular lo avergonzada que estaba. Se puso muy colorada y se le notaba a una legua de distancia.

—Sí, justo he llegado a ejercitarme y te he visto.

—No lo he hecho nada bien…

—Has puesto esfuerzo, que es lo que al final cuenta. Los resultados ya llegarán.

—Eso le digo yo —intervino Taika.

—Hola, soy Logan, Escuadra Torbellino, Escuadrón Blanco —se presentó y se inclinó ligeramente mostrando respeto ante Taika.

—Taika, Escuadra Ígnea, Escuadrón Rojo —el Felidae se inclinó a su vez devolviendo el saludo.

—Un placer —dijo Logan cortésmente.

—Creo que por hoy es suficiente. Te veré en el barracón, Nahia —dijo Taika y despidiéndose con un gesto de la cabeza se marchó.

—¿Te está entrenando? —preguntó Logan.

—Sí. Necesito mejorar mucho y rápido.

Logan asintió y se puso de cuclillas.

—Lo lograrás, tienes mucho espíritu.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

—Pero si no puedo ni ponerme de pie.

—Eso es buena señal. Significa que los ejercicios han trabajado tu cuerpo, que es lo que hay que conseguir.

—Me siento un poco ridícula…

Logan la miró e inclinó la cabeza.

—No lo hagas. Siéntete orgullosa, estás un pasito más cerca de sobrevivir a este lugar.

—¿Sobreviviremos? ¿De verdad lo crees?

Logan la miró a los ojos.

—Lo haremos —aseguró.

Capítulo 31

El otoño estaba resultando realmente complicado. Si la formación de armas era dura, la de magia se había vuelto de lo más enrevesada. Tenían que estudiar varios capítulos del tomo antes de cada clase y resultaban difíciles de entender y asimilar. Los dragones trataban la magia como si fuera algo natural para todos, cuando no lo era para las otras razas. Ni Nahia ni ninguno de sus compañeros de escuadra tenían ningún conocimiento sobre magia, sus fundamentos o cómo hacer uso de ella.

Llevaban un par de semanas trabajando sobre cómo utilizar el vínculo que existía entre su mente y el dragón que representaba su poder interno. Los ejercicios no eran muy difíciles, consistían en crear una pequeña esfera de poder del tamaño de una canica sobre la palma de una mano mientras con la otra usaban la Perla de Aprendizaje para ayudarse. Las primeras veces casi todos habían fallado, pero poco a poco habían ido consiguiendo crear las pequeñas esferas de energía. Los siguientes ejercicios habían consistido en mantenerlas levitando sobre sus manos y hacerlas subir y bajar manteniendo el control con la mente.

Nahia lo hacía bastante bien y parecía no tener dificultades. Dafne y Lily también eran buenas con esto. Los chicos estaban teniendo más problemas. Al principio no podían crear las canicas de energía y luego las movían sin ningún control, haciendo que subieran hasta el techo y se desintegraran contra este o que se cayeran al suelo con el mismo resultado. En la última clase habían conseguido ponerse más o menos al nivel de las chicas, pero con mucho esfuerzo e infinidad de intentos.

Aquella mañana se dirigían a la clase de magia y el nerviosismo se notaba en el humor del grupo.

—¿Habéis preparado la lección de hoy? —preguntó Nahia a sus compañeros según iban a la formación.

—Por supuesto, todos tenemos que llevar la parte teórica bien aprendida antes de entrar en el aula de formación —respondió Aiden.

—Lo de bien aprendida tiene bastantes matices… —comentó Lily.

—No tiene ningún matiz. Bien aprendida significa eso: bien aprendida —Aiden le lanzó una mirada de que no entendía de qué estaba hablando.

—Nada como una explicación comprensiva —comentó Dafne y cuando Aiden fue a decirle algo le dio la espalda.

Aiden masculló una sarta de cosas que sonaron a “insoportable” “increíble” y “peor escuadra del mundo”.

—Yo he intentado entenderlo, pero son conceptos alejados de la espiritualidad, la paz y la armonía —comentó Ivo—. No termino de comprenderlo del todo.

—Estamos en una academia de guerra, Ivo, aquí poca paz y espiritualidad vas a encontrar —dijo Lily.

—Estamos aquí para aprender a matar con armas y magia —aclaró Dafne con tono casi cruel.

—No es algo que comparta o que me agrade —se encogió de hombros Ivo.

—Por desgracia no tenemos elección —dijo Taika—. Vas a tener que aplicarte y aprender a hacerlo o te lo harán pagar. Los dragones lo verán como una debilidad y tendrás serios problemas.

—Lo sé… Pero no me gusta.

—Ánimo, gigantón, lo conseguirás —intentó levantarle la moral Lily.

Ivo sonrió, aunque sus ojos estaban apagados.

Entraron en clase y comprobaron que Mag-Zilar-Ond aguardaba al fondo del aula con Mabor junto a su pedestal.

«Escuadrón Rojo, bienvenidos. Hoy comenzaremos a utilizar ese poder interno que tenéis y que comenzáis a dominar. Lo canalizaremos para poder atacar con él, como habéis leído en los tomos de conocimiento» envió la dragona plateada y todos sintieron que era un momento importante.

—Prepararé… el blanco —dijo Mabor y con su habitual parsimonia se dirigió al extremo oeste del aula. Allí levantó un poste que tenía adherida una diana sólida de madera a media altura.

«Ahora que ya sabéis interactuar con el dragón interior de vuestro poder y crear una pequeña esfera de energía, aprenderéis a incrementarla y luego a usarla para atacar. Entiendo que todo esto ya lo habéis estudiado y, por lo tanto, no os parece tan extraño como vuestros rostros expresan ahora mismo».

Nahia disimuló su expresión de sorpresa. Los tomos hablaban de cómo crear las esferas de energía usando el poder interno del dragón y cómo enviar más poder para hacer la esfera más grande y poderosa. Lo que no se especificaba en el tomo era la forma de usarlas como un arma, o al menos ella no lo había visto o entendido.

«Que se presente el primer alumno».

—Escuadra Ígnea… primero —indicó Mabor.

Nahia ya se lo temía. Se levantó y fue hasta el pedestal donde se encontraba Mabor.

«Muy bien, humana. Crea la esfera» ordenó Mag-Zilar-Ond.

Nahia sacó la Perla de Aprendizaje de su cinturón y la sujetó en la mano izquierda. Cerró los ojos y buscó el dragón brillante y poderoso en el centro de su torso. Al hacerlo sintió como si lo estuviera llamando y él viniese a su encuentro. Era una sensación de lo más extraña, pues era consciente de que estaba sucediendo solo en su mente, una interpretación de su poder mágico para que no perdiera la razón. Se concentró y abrió la mano derecha. Se vinculó con el dragón y buscó crear la pequeña esfera sobre la palma de su mano. La Perla de Aprendizaje destelló en un color blanco plateado. Nahia supo que la criatura estaba ayudando. La pequeña esfera se formó, abrió los ojos y la observó. Era translúcida y emitía destellos, como si tuviera vida. Se concentró en mantenerla levitando sobre su palma.

«Muy bien hecho. En tu caso el poder fluye con facilidad. Eso me complace. Ahora quiero que envíes más poder a la esfera y la hagas crecer hasta que sea del mismo tamaño que la Perla de Aprendizaje sin desestabilizarla ni destruirla».

Los ojos de Nahia apuntaron a la Perla de Aprendizaje. Era mucho más grande que su pequeña esfera de energía. No se desalentó y llamó a su dragón de poder. Por lo que había leído en los tomos, su mente debía emitir órdenes a su dragón interior y a la Perla de Aprendizaje

simultáneamente para que ambos trabajaran en conjunto. Así lo hizo y comenzó a enviar energía del dragón a la esfera que levitaba sobre su mano derecha. Al hacerlo, la perla emitió un destello.

La esfera comenzó a incrementar su tamaño según le iba llegando la energía que partía del centro del torso de Nahia. Continuó creciendo y Nahia se concentró en evitar que se desestabilizara y se destruyera. Reforzó la capa exterior de la esfera, que iba expandiéndose, enviando energía extra para que aguantara. Le costó un momento, pero consiguió que fuese del mismo tamaño que la perla. Las observó y se sintió muy bien, lo había conseguido.

«Has logrado formar la esfera de energía. Muy bien hecho. Ahora es momento de aprender a usarla como arma. Hay dos formas de hacerlo, una es enviando la esfera contra el blanco con la fuerza de la mente. La otra, más sencilla pero también efectiva, es lanzándola con la mano como si lanzaras un objeto. Ambas funcionan y ambas son destructivas. En tu caso, que eres afín a tu poder, quiero que uses tu mente».

Nahia suspiró. No sabía si podrá hacer aquello. Lanzar algo con la mente se le antojaba impensable. Le pareció que era como intentar mover un objeto con la mente. Eso era imposible, al menos en el mundo terrenal. Allí arriba, en el mundo en los cielos de los dragones, cualquier cosa era posible.

«Focaliza tu mente en la esfera y luego en la diana. Hazlo repetidamente cada vez más rápido».

La instrucción era clara aunque un tanto complicada de llevar a cabo, pero Nahia hizo como la dragona le decía. Se centró en la esfera, luego en la diana, luego en la esfera de nuevo y luego en la diana, y comenzó a pasar de una a otra cada vez más rápido. De súbito, la esfera abandonó su posición y se dirigió directa contra el centro del objetivo a gran velocidad. Golpeó la diana y se produjo una explosión de energía. Trozos de madera salieron volando en todas las direcciones. La diana resultó totalmente destruida.

No podía ser. Nahia se quedó con la boca abierta y una mirada de total incredulidad. No podía creer lo que acababa de hacer.

«Excelente trabajo. Me complace mucho, eres una alumna aventajada, Nacida de la Llama. Ahora vuelve a tu sitio y veamos cómo lo hace el resto».

A Nahia le costó un momento reaccionar y cumplir con la orden. Se fue hasta su sitio mientras Mabor ponía una nueva diana.

—Espectacular —dijo Dafne cuando se sentó.

—Impresionante —la felicitó Lily.

—Muy bien hecho —congratuló Aiden, que asentía muy complacido.

—No sé… cómo ha pasado… —Nahia estaba pasmada.

—El siguiente… —llamó Mabor.

—Me toca a mí, a ver qué pasa —Dafne salió decidida.

Todos observaron a la Fatum, que no lo hizo tan mal. Fue capaz de ampliar la esfera y lanzarla con la mente, solo que no pudo acertar en la diana. Por alguna razón se le desvió a la izquierda y la esfera explotó contra la pared. Mag-Zilar-Ond le indicó que repitiera el ejercicio. Dafne lo hizo y la esfera volvió a fallar golpeando la pared algo a la derecha. Tendría que trabajar en mejorar su focalización en el objetivo.

Lily fue la siguiente. Logró crear la esfera y la intentó lanzar con la mente, pero no lo logró. Mag-Zilar-Ond le dijo que lo intentara con la mano. Lily arrojó la esfera como si lanzara una

bola y fue hacia la diana. Pareció que el lanzamiento se quedaba corto, pero alcanzó la parte baja del objetivo y se produjo una explosión que la destruyó. Lily emitió un grito de alegría.

—Sin euforia… —amonestó Mabor y fue a poner otra diana.

El siguiente fue Aiden, que estaba convencido de que lo iba a lograr. Los humos se le bajaron rápido cuando comenzó a tener serios problemas para ampliar la esfera. La primera vez se descontroló y se destruyó. Por fortuna, al destruirse no explotaba, sino que parecían implosionar. La segunda vez logró crear la esfera, aunque era bastante más pequeña que su perla. No buscó agrandarla porque se le desestabilizaba.

Intentó lanzarla con la mente y la esfera no se movió del sitio. Tuvo que resignarse tras varios intentos y hacerlo con la mano. Eso lo hizo bien, alcanzando la diana en el medio. Sin embargo, la explosión no fue muy fuerte y solo la partió en dos. Regresó con el grupo con expresión de estar muy decepcionado consigo mismo.

Le tocó a Ivo que se acercó con caminar pausado. Tuvo muchos problemas para crear la esfera y mantenerla levitando. Cuando intentó enviar más poder para hacerla más grande, no lo consiguió. Finalmente, y viendo que no podía, lanzó su esfera con su potente brazo y alcanzó la diana, pero la explosión fue mínima y no causó daño alguno. Se encogió de hombros y volvió con el grupo al dar Mag-Zilar-Ond su ejercicio por terminado.

Taika fue a realizar el ejercicio con su habitual calma y concentración. También tuvo problemas para crear y mantener la esfera, pero finalmente consiguió crear una de un tamaño entre la de Ivo y la de Aiden. Al igual que ellos tuvo que lanzarla con la mano. Alcanzó a la diana en el centro, pero la explosión ni siquiera la partió.

Al finalizar la Escuadra Ígnea le tocó a la Ardiente. Sus componentes fueron realizando el ejercicio. Luego les tocó el turno a los de la Escuadra Candente. Nadie consiguió la proeza de Nahia, pero quedó claro que los Fatum y Escarlatum eran los más aptos en el manejo de la magia. Los humanos les pisaban los talones y luego iban los Drakónidos. Los Felidae y los Tauruk-Kapro no parecían muy afines.

«Ahora que sabéis cómo hacerlo os quiero a todos repitiendo el ejercicio contra la pared, a cinco pasos. Separaos bien de forma que no os alcancéis los unos a los otros por accidente. Lanzad las esferas de energía contra la pared frente a vosotros. Imaginad que un contrincante quiere atravesaros con su espada. Lo haréis hasta que os quedéis sin energía interna. Cuando el dragón interior se apague, no os quedará energía. Continuad practicando hasta ese momento».

Todos se situaron como les había indicado Mag-Zilar-Ond y practicaron todo el día. Algunos más rápido, los más aptos, y otros más despacio, los que tenían más problemas. Nahia se percató de que se le daba muy bien, tanto lanzar la esfera con la mente como con la mano. Incluso intentó sobrecargar la esfera para hacerla algo más grande y potente y lo consiguió, pero al estallar contra la pared hizo mucho ruido.

—La esfera… no más grande que la perla… —corrigió Mabor, que era lento, pero no se le escapaba nada de lo que sucedía.

Al finalizar, se fueron a la biblioteca a terminar el día. Por una vez Nahia iba contenta. No era ese el caso de Aiden, Taika y en especial Ivo, cuyos resultados habían sido bastante pobres.

Según se sentaban en una de las mesas de la biblioteca de magia, Nahia vio que Ana estaba en otra al fondo. Se alegró tanto de verla que se puso en pie y salió como una flecha a hablar con ella sin despedirse de sus compañeros.

—¡Ana, qué alegría! —dijo al llegar junto a ella.

Ana levantó la mirada del tomo y se dio cuenta de quién era.

—¡Nahia! —exclamó con ojos húmedos por la ilusión.

Las dos se abrazaron con fuerza, como asegurándose de que en verdad la otra persona era real, de carne y hueso.

Nahia se sentó junto a su amiga.

—He intentado hablar contigo, pero nunca coincidimos —le susurró al ver que un Exarbor las observaba.

—Yo suelo verte en el comedor, pero como no se nos permite hablar…

—Ya, lo mismo me sucede a mí. Aun así, deberíamos saludarnos, aunque solo sea un gesto.

—Eso me gustaría…

—Pues pensemos un gesto que nos podamos hacer —propuso Nahia, animada.

—No se me ocurre… ¿un guiño?

—Eso va a ser difícil de ver con tanta gente allí. Además, hay mucho movimiento entre los que van a por comida y los que vuelven con ella.

—Sí, cierto. Pero no puede ser muy descarado o los dragones vigías se darán cuenta y no quiero que me castiguen, o algo peor…

—Sí, he oído que has perdido a un compañero. Lo siento…

—Fue horrible… todavía no puedo creerlo. Solo protestó en alto y el dragón negro lo mató, sin aviso y sin piedad.

—¿Solo por eso?

—Sí, dio un salto hacia delante rapidísimo y le arrancó la cabeza con sus fauces. Su cuerpo decapitado cayó al suelo. Luego el dragón escupió la cabeza a un lado. Fue algo terrible…

—Son unos desalmados, es su naturaleza.

—No había necesidad… solo se quejó… Lo mató por hablar, por no estar de acuerdo.

—Siento que tuvieras que presenciar eso.

—Tengo pesadillas casi todas las noches… En muchas soy yo a la que matan… Vivo en una angustia constante.

—¡Cuánto lo siento! En clase de magia puedes relajarte, no creo que la dragona plateada sea tan malvada como el dragón negro. Es dura, pero creo que no es de mal corazón.

—Todos son horribles. Nos matarán sin ningún miramiento, no te engañes. Lo veo en sus ojos de reptil.

Nahia asintió.

—Sí, tienes razón, cualquiera de ellos nos puede matar en cualquier momento. Pero no debes vivir angustiada, es mejor no pensar en ello y concentrarse en la tarea a realizar.

—No creas que no lo intento. Es como ahora, estoy estudiando magia pero mi cabeza no deja de pensar en que, si no lo hago bien, si fallo, me van a matar de una forma terrible —explicó y comenzó a llorar.

Nahia la volvió a abrazar para consolarla.

—Tranquila, no llores. Me tienes a mí.

—Tú… no podrás salvarme… de ellos —masculló sollozando.

—Tienes que dejar de pensar así, eso solo te hundirá más. Yo también tengo malos sueños y mi cabeza también me dice que puedo morir en cualquier momento. Pero lucho contra esos sentimientos y me concentro en hacer bien las cosas y sobrevivir. Eso es lo que tienes que hacer.

—No sé si podré… Cada día estoy más hundida… A veces pienso que lo mejor es acabar cuanto antes con esta agonía… No veo salida…

—No digas eso, ¡eso nunca! Hay una salida. La encontraremos y seguiremos adelante. Te lo prometo. Confía en mí, saldremos de aquí con vida.

Ana lloró desconsolada y Nahia tuvo que taparla con su abrazo o lo verían como un signo de debilidad. Allí no había dragones, pero sí Exarbor, y podrían informar. Nahia no sabía si se podía confiar en los Exarbor y en los Tergnomus de la academia. Muy probablemente no, por muy esclavos que fueran. Pensó en los Drakónidos, que también eran esclavos y en los que no se podía confiar en absoluto.

—Gracias… por animarme… y consolarme —dijo Ana.

—No es nada. Ahora escúchame, no debes llorar. No debes dejar que te vean sollozando. Eso les da una excusa para acusarte de débil y es lo peor que puedes hacer.

Ana asintió con la cabeza y se pasó la manga por la nariz y los ojos.

—Lo intentaré.

—Muy bien. Oh, ya se me ha ocurrido qué gesto podemos hacer.

—Dime, ¿cuál?

—Este —Nahia juntó ambas manos con las palmas hacia dentro y los dedos extendidos y pegados. Luego las puso frente a su rostro y las separó formando una V.

—Una V.

—De victoria —asintió Nahia.

—Me gusta —dijo Ana y una leve sonrisa apareció en su rostro.

—Y mira, si mueves las manos hacia delante y hacia atrás, parece una mariposa.

—Es verdad, lo parece.

—La llamaremos la Mariposa de la Victoria.

—Precioso nombre —estuvo de acuerdo Ana, que sonrió al ver cómo Nahia movía sus manos creando el efecto de que era una mariposa.

—Cuando nos veamos hagamos este gesto. Recordémonos que hay que vencer a los dragones.

—Hagámoslo —dijo Ana con semblante de estar convencida.

—Si ves a Maika o Logan cuéntaselo. Yo haré lo mismo si los veo. Así los cuatro podremos saludarnos y darnos ánimos.

—Lo haré.

Las dos se volvieron a abrazar un largo momento y Nahia deseó con todo su ser que Ana no se rindiera, que siguiera luchando. Debía sobrevivir.

Capítulo 32

Aquel día, en formación de armas, después de media mañana de entrenamiento, los instructores dieron el alto. Las tres escuadras rojas habían estado realizando todos los movimientos de ataque y defensa por parejas por enésima vez.

—Formad y escuchad —ordenaron.

Mai-Beltz-Gaiz se irguió. Nahia ahora cada vez que intuía que se iba a dirigir a ellos se ponía nerviosa. Si le volvía a dar un ataque en aquella clase, estaba segura de que no iba salir con vida de allí. Se había corrido el rumor de que eran ya cinco los alumnos de primer año que habían muerto en la formación. Se decía que dos por no haber conseguido despertar al dragón interior, otro por no haberse comportado adecuadamente ante un dragón y dos en formación de armas. Ella había tenido suerte, pero estaba segura de que aquel dragón no volvería a perdonarle la vida, así que no podía tener otro ataque o hacerlo mal en su clase, cosa que por otro lado era un riesgo muy real. Ella era la peor de su escuadrón con diferencia.

«Con esta última remesa de ejercicios de combate desarmado habéis completado la formación marcial básica inicial. Ahora podéis comenzar con la formación de armas» anunció.

Los integrantes de las tres escuadras del Escuadrón Rojo se miraron los unos a los otros con alegría contenida. Formaban firmes y nadie hizo alarde excesivo de felicidad, pues los tres instructores observaban en pose estoica y con expresión hosca.

—No puedo creer que haya sobrevivido —susurró muy bajito Nahia, que estaba como en *shock* por haber logrado aquella pequeña victoria.

—Sabía que podrías, no pierdas la confianza —animó Taika en un susurro.

—Yo también estoy contenta, tampoco las tenía conmigo —afirmó Dafne en un murmullo.

—Quien se esfuerza al final recibe el fruto del árbol de la vida —murmuró Ivo.

—Y moratones también —se quejó Lily, que llevaba varios en brazos y piernas que según ella le hacían parecer un monstruito.

—Esto es solo el comienzo. No hay nada de lo que enorgullecerse todavía —dijo Aiden.

—Este siempre tan ameno —replicó Dafne.

«Los brujos que trabajan con sangre de dragón utilizan solo tres armas y un elemento de defensa, que tendréis que dominar. Comenzaréis este año con un arma y el elemento de defensa. En los dos siguientes aprenderéis el uso de las otras armas. Así podréis graduaros de esta academia marcial con honores» anunció Mai-Beltz-Gaiz.

—¿Alguien sabe qué armas son? —preguntó Nahia.

—Imagino que una es la espada, los tres instructores la llevan —dedujo Taika.

—¿Y las otras dos? —preguntó Lily.

—Seguro que el cabeza de granito lo sabe —dijo Dafne.

—Lo sé, por supuesto.

—¿Y? —preguntó Lily.

—Prefiero que lo anuncie nuestro maestro y señor —respondió Aiden.

—Para matarlo… —susurró Dafne.

«Os estáis preguntando cuáles son esas armas. Vuestros instructores os las presentarán».

Los tres instructores se agacharon. Frente a cada uno de ellos había dos grandes mantas. Nahia las había visto al comenzar la clase y le intrigaba para qué las iban a utilizar. Como tenían prohibido preguntar, ni a dragones ni a instructores, nadie lo había hecho. Casi prefería que fuera así, de esa forma no se metían en líos por preguntar lo que no debían.

El Felidae con forma de león desdobló la manta y cogió el arma que guardaba en ella. Se puso en pie y la mostró a la clase.

«La primera arma, digna de ser empuñada por un Brujo de Sangre de Dragón, es la daga» proclamó Mai-Beltz-Gaiz.

Todos la observaron. Nahia resopló por lo bajo aliviada. Ella sabía usar cuchillos pues había aprendido con su abuela. Los usaban para infinidad de labores en sus tareas de curanderas, desde cortar plantas y raíces a despellejar liebres. Aquella daga, aunque más larga que un cuchillo, no debía pesar mucho.

«La daga es un arma noble. Con ella podéis atravesar el corazón de vuestro enemigo y luego sacárselo».

A Nahia aquel comentario no le gustó lo más mínimo, pero tendría que hacer como que estaba del todo de acuerdo.

El instructor Escarlatum descubrió lo que ocultaba su manta y se levantó. Mostró el arma a todos.

«La segunda arma, digna de ser empuñada por un Brujo de Sangre de Dragón es la espada» proclamó Mai-Beltz-Gaiz.

Era de acero y larga y parecía pesada. Nahia ya no estaba tan animada, era una espada larga y de doble filo con una empuñadura con una cruceta. No se veía manejándola.

«La espada es no solo un arma noble, sino la más letal de las armas en manos de alguien que haya estudiado su uso y manejo. Con ella podréis cortar el cuello de vuestro oponente de un rápido y seco golpe. Hasta el más alto y fuerte de los enemigos morirá si se le corta el pescuezo».

De nuevo Nahia sintió que aquello no era para ella. No tenía ninguna intención de cortar el cuello a nadie, fuera de la raza que fuera y por muy enemigo que le dijeran que era.

Le tocó el turno al instructor Drakónido. De su manta sacó un arma que era inconfundible y que hasta una curandera como Nahia conocía. La mostró sujetándola con las dos manos.

«La tercera arma digna de ser empuñada por un Brujo de Sangre de Dragón es la lanza. Es la más segura y eficaz de las armas pues puede acabar con un enemigo antes de que éste pueda siquiera acercarse. Con la lanza podréis perforar el corazón o el cuello de vuestros oponentes a distancia» proclamó Mai-Beltz-Gaiz.

De nuevo a Nahia la imagen que se le formó en la cabeza no le gustó lo más mínimo. Tampoco la largura del arma y que fuera de acero, porque si la espada pesaba, aquella lanza todavía más.

«Y finalmente el elemento defensivo, que no es otro que un escudo» anunció Mai-Beltz-Gaiz.

Los tres instructores se agacharon y de la otra manta sacaron un escudo cada uno. Lo sujetaron en la mano izquierda mientras en la derecha llevaban el arma que cada uno había

mostrado.

«El escudo os protegerá de armas enemigas y puede usarse como arma si es necesario. Un barrido o un golpe de revés con un escudo puede lanzar al enemigo de espaldas y hasta dejarlo sin sentido y usarse para aplastar la cabeza del contrincante».

Nahia no se veía aplastando la cabeza de nadie con un escudo. Al ver a los tres instructores con él en un brazo y el arma en el otro sus ánimos se evaporaron. ¿Cómo iba ella a manejar aquellas armas pesadas y encima un escudo? Lo veía imposible. Eso era para Ivo, Aiden y Taika, pero para ella no. Miró a Lily y Dafne y por sus expresiones debían estar pensando algo parecido. ¿Cómo iban a luchar con tanto peso?

«Comenzaréis a entrenar con la más sencilla de todas, pero que puede quitar la vida de forma tan efectiva como las otras si se usa bien, la daga. Este primer año aprenderéis el manejo de la daga y del escudo por separado y en combinación. La espada la aprenderéis a usar el segundo año, ya que es un arma de difícil manejo, y la lanza el tercero. Todos aprenderéis a usarla. Además, la lanza es el arma principal en un tipo de combate avanzado al que solo los mejores de entre vosotros podrán optar, pero eso no ocurrirá hasta que hayáis dominado primero las otras armas».

Nahia intentaba asimilar aquella información. Por lo que había entendido comenzarían con la daga, lo cual era un gran alivio para ella. Tanto la espada como la lanza le parecían demasiado pesadas. Lo que no le gustaba era que tendría que aprender a usar también el escudo el primer año. Aprender el manejo de la espada en segundo ya le preocupaba menos, quizá para entonces tendría algo de músculo y aguante. La lanza en tercero le pareció estupendo, para entonces sería fuerte o eso esperaba. Lo del combate avanzado no le interesaba lo más mínimo. No sabía a qué se refería, pero ella no pensaba estar entre los mejores con las armas, así que lo descartó. También se dio cuenta de que daba por hecho que iba a sobrevivir en la academia por tres años. Solo de pensarlo se le puso la piel de gallina.

«Ahora vuestros instructores os entregarán una daga a cada uno. Adelante, instructores».

El Drakónido se acercó hasta la Escuadra Ígnea y entregó una daga plateada y larga a cada uno. Lo hizo con cierta parsimonia, como quien entrega algo valioso. Según lo hacía, saludaba inclinando la cabeza. Nahia y sus compañeros respondieron al saludo con uno igual. Una vez entregó las armas se retiró.

Nahia cogió la daga que el instructor le acababa de entregar y la sostuvo entre las manos. Era bastante más larga de lo que ella había calculado, casi era media espada. Siempre había pensado que una daga era similar en tamaño a un cuchillo. Estaba claro que no era el caso, pues aquellas eran largas. No solo eso, tenían dos filos y una punta muy afilados. Nahia sopesó el arma y resopló aliviada. Era más pesada de lo que había intuido, pero no creía que le fuera a traer problemas. Eso la tranquilizó un poco. Luego se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo usarla, más allá de hacerlo como un cuchillo de cocina, y se volvió a poner nerviosa. De súbito se dio cuenta de que tendría que matar a alguien y sintió una angustia terrible. Ella no quería matar a nadie y menos con un arma como aquella, que haría sangrar a quien fuera. Le pareció una auténtica barbaridad.

—La daga se utiliza para cortar con sus dos filos —mostró el instructor—. Se pueden ejecutar golpes de corte con ambos, tanto en una dirección como en la contraria—. El instructor ejecutó varios golpes el aire cortando a derecha e izquierda y luego del revés.

«Esta daga que se os ha entregado la cuidaréis con vuestra vida. Quien la pierda o maltrate

será castigado».

El instructor Drakónido se dirigió a la escuadra.

—La daga se lleva en el cinturón, en el costado contrario de la mano con la que se usa —explicó—. Esto es así para permitir sacarla con rapidez en caso de combate inesperado.

Hizo una demostración sacando la daga de su cinturón a gran velocidad y lanzando una estocada al frente con ella.

Todos entendieron al momento a lo que se refería.

—Ahora realizaremos ejercicios similares a los que hemos estado haciendo en el combate desarmado, solo que específicos para ataques y defensa con daga. Situaos en posición defensiva, con las piernas flexionadas, el cuerpo en equilibrio, el brazo sin arma delante y el brazo con la daga recogido junto al cuerpo —dijo y les mostró cómo debían hacerlo.

Todos se situaron como indicaba el instructor. Se fijaron en que los otros dos instructores estaban haciendo lo mismo con las escuadras Ardiente y Candente.

—Comenzaremos con unos movimientos sencillos. Realizadlos como yo los hago. Uno: tajo de interior a exterior buscando el cuello del oponente —comandó y realizó el ataque—. Dos: posición defensiva y estamos atentos a un posible contrataque —adoptó una posición de defensa —. Tres: avanzamos y lanzamos una estocada directa al corazón. Cuatro: Posición defensiva de nuevo.

Nahia y sus compañeros realizaban los movimientos siguiendo las explicaciones e imitando a su instructor en cada detalle. Los tuvo realizando movimientos de ataque y defensa todo el día. Cuando por fin dio por finalizada la sesión, ordenó formar y volvió junto al dragón negro. Los otros dos instructores también lo hicieron.

«Habéis comenzado la senda de la daga. Debéis recorrerla y convertiros en expertos en su manejo. Lo que aprendéis aquí es un arte, y como tal debéis verlo. Os convertiréis en maestros en el manejo de esta arma. Con ella podréis matar al enemigo y traer gloria a nuestro reino. Ahora marchad y recordad que el camino de la victoria se labra con sangre».

A Nahia aquellas últimas palabras no le habían gustado lo más mínimo. Ella no deseaba matar a nadie ni derramar sangre para mayor gloria de los dragones. Estaba contenta por finalizar el día de entrenamiento y no estaba tan agotada como pensaba que iba a estar ya que la daga no era tan pesada y ejercitarse con ella no era mucho más cansado que el entrenamiento de combate desarmado.

Después de cenar se retiraron a descansar. Nahia se sentó en su camastro y se quitó las botas. Se quedó contemplando su daga plateada.

—Si no fuera porque sirve para herir y matar hasta sería bonita —comentó más para sí misma que para los demás.

Dafne la oyó y se volvió hacia ella.

—También sirve para lisiar de por vida.

Nahia se sorprendió de aquel comentario.

—Sí… supongo que también…

—No supongas, te lo puedo asegurar. La han usado en mí —dijo mientras se quitaba la capa.

—¿Te han lisiado con una daga como esta?

—Una muy parecida, sí.

—Te refieres a tus alas, ¿verdad?

Dafne asintió.

—Los dragones no nos permiten volar y la única forma de que un Fatum no vuele es que le corten las alas.

Nahia asintió.

—Me parece una atrocidad.

—Lo es —convino Dafne.

—Perdona que te lo pregunte… ¿no puedes usarlas en absoluto? —inquirió Nahia señalando las alas que Dafne llevaba plegadas a la espalda.

—No me molesta que me lo preguntes porque eres tú, de otro me molestaría. Puedo usarlas, o más bien moverlas, pero no volar —explicó y desplegó sus cuatro alas.

Luego las movió.

—Vaya, son preciosas —dijo Nahia—. Quería verlas desde que nos conocimos, pero como siempre las llevas recogidas no quería importunarte.

—Eso es porque eres una chica con muy buenos modales y buen corazón. Por eso te las muestro ahora.

—Gracias, de verdad.

—No hay de qué. ¿Ves los cortes?

Nahia se acercó a la espalda de Dafne y estudió las alas. Eran preciosas, parecían tejidas con seda trasparente y tenían trazados que se asemejaban a elaborados bordados. Entonces vio los cuatro cortes, uno en cada ala. Comenzaban en la parte interior y recorrían casi toda ella. No partían el ala, sino que dividían el interior, como si a la vela de un barco se le hiciera un largo desgarro.

—Los veo. Te impiden volar.

—Así es. Para volar las alas tienen que estar completas.

—¿No podéis curar esos cortes?

—Podríamos, pero el que se atreve es condenado a muerte si lo descubren.

—Entiendo, el riesgo es demasiado grande —Nahia se sentía fatal por la pobre Dafne. Solo unos seres tan desalmados como los dragones harían algo así, los tullían de por vida.

—Lo es.

—¿Te dolió mucho? —Nahia tocaba con las yemas de sus dedos una de las alas, era de un material que no había visto nunca, como seda humana.

—Nos lo hacen de pequeños para que no tengamos la tentación de volar. Luego cada cierto tiempo se vuelven a realizar los cortes. A mí me queda uno más, cuando cumpla los veinticinco. Duele, pero más en el alma.

—Es atroz lo que os hacen.

—Sí que lo es —se unió Lily, que salía del baño.

Dafne se giró hacia ella y le mostró las alas.

—Me encantan. Te dan un aire… no sé, como etéreo —dijo Lily con una gran sonrisa.

—Me gusta, aire etéreo.

—Yo también tengo algo que seguro que os despierta curiosidad —dijo Lily y señaló su cabeza.

—Tu mente prodigiosa no es —dijo Dafne con guasa.

Lily rio.

—Mis cuernos —dijo y se los tocó.

—Ah, cierto —asintió Dafne disimulando.

—¿Puedo tocarlos? —Nahia quería saber cómo eran, le intrigaban.

—Por supuesto, no seas tonta, ¡adelante! —Lily agachó la cabeza.

Nahia y Dafne le tocaron los cuernos, estudiándolos.

—No lo parece, pero son duros y afilados —se dio cuenta Dafne.

—Por supuesto, son un arma defensiva. ¿No creerás que son solo para hacerme más irresistible? —rio.

—Yo pensaba que sí… —confesó Nahia.

—Para nada. Con estos cuernecitos tan coquetos puedo sacarle un ojo a alguien, o cortarle o agujerearle el cuello si me pone de muy mal humor.

—Por eso los Escarlatum tenéis tan buena reputación —dijo Dafne con una mueca.

—Por eso y por muchas más cosas de índole retorcido —rio Lily, que se lo tomó como un cumplido.

Dafne y Nahia se miraron y negaron con la cabeza. Luego se echaron a reír con ella.

Capítulo 33

Por la noche, cenando en el comedor, comentaron el tema de las armas. Ahora todos llevaban la Perla de Aprendizaje colgando del cinturón a la derecha y la daga a la izquierda, todos excepto Dafne que era zurda y las llevaba al revés.

—Es una lástima que no comencemos con el aprendizaje de la lanza —comentó Aiden mientras degustaba una chuleta de toro a la plancha con ajos acompañada de pimientos rojos dulces.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Taika con interés.

—Porque es la más noble de las armas.

—¿No lo es la espada? —preguntó Taika.

—No para un Drakónido.

—En mi cultura es la espada —aseguró Taika.

—Nosotros somos más de dagas —comentó Dafne.

—Yo… la verdad es que ni idea… —Nahia no sabía qué arma preferían los humanos. Ella no entendía nada de armas.

—El hacha de dos cabezas para nosotros —dijo Lily—. Pero aquí no la usan.

—Tampoco los arcos —comentó Dafne—. Eso sí que es curioso.

—Los arcos son para cobardes —opinó Aiden.

—Ya estamos con las opiniones absolutas —levantó las manos Dafne.

—En la cultura de los dragones los arcos y flechas son considerados armas menores y solo utilizadas por aquellos que no son capaces de dominar las armas nobles —explicó Aiden.

—O quizá a los dragones no les gusten por alguna razón —comentó Dafne.

—Porque el arco es un arma inferior —reiteró Aiden.

—Ummm… puede que Dafne haya dicho algo interesante —comentó Taika con ojos entrecerrados, pensativo—. Si los dragones detestan esta arma puede ser porque realmente sea un arma inferior, o porque es un arma que los incomoda de alguna forma…

—Esto se pone interesante —comentó Lily, que miraba a Taika y a Aiden pasando la mirada de uno a otro.

—Nada incomoda a un dragón. El acero no puede traspasar sus escamas y las flechas no pueden perforarlas tampoco —explicó Aiden.

—Sí, cierto, eso lo sabemos… —Taika se quedó pensativo.

—Tampoco la magia les afecta, tienen defensas mágicas innatas —confirmó Dafne.

—Siendo así, ¿cómo se unieron las razas para luchar contra los dragones en la Gran Insurrección? —preguntó Nahia e inclinó la cabeza.

No podía entenderlo, era algo que siempre se había preguntado. Si tan formidables eran los dragones, ¿cómo es que las razas se habían unido y revelado contra ellos si no tenían forma de

vencerlos?

Todos la miraron con expresiones de sorpresa.

—¿No sabes lo que sucedió? —preguntó Dafne.

—La verdad es que no… mi abuela no me ha contado mucho… solo que las razas se unieron para luchar contra los dragones y conseguir liberarnos de su esclavitud.

—Eso es cierto, lo hicieron —confirmó Ivo—. El camino de la guerra no es el de la sabiduría, pero así pasó.

—Pero… si el acero no puede matarlos y la magia tampoco, ¿por qué lo intentaron? Mis padres no era unos suicidas, no lo habrían hecho de no haber alguna opción de vencer —razonó Nahia.

—Ni tus padres, ni los demás —comentó Lily y bajó la cabeza.

—Lo hicieron porque creyeron que había una oportunidad —explicó Dafne.

—Y todos fueron engañados —sentenció Aiden.

—¿Engañados? —preguntó Nahia.

—El líder de la revuelta, Dramkon Udreks, un Drakónido, hizo creer a todos los líderes de las otras razas que había descubierto la forma de acabar con los dragones —explicó Lily.

—Pero era mentira… —añadió Dafne.

—Y por su engaño todos los que se revelaron murieron —dijo Lily.

—A la Gran Insurrección también se la conoce como el Gran Engaño —explicó Taika.

—Pero… no entiendo… ¿por qué le creyeron mis padres? ¿Por qué le creyeron los líderes de las demás razas?

—Porque fueron unos ingenuos y unos crédulos. Nada puede matar a los dragones —se expresó Aiden con su crudeza y certeza habitual.

—¿Qué esperas de un Drakónido? Traición, que te venda a sus señores dragones, nada más —dijo Dafne.

—No tenía el apoyo de la mayoría de los Drakónidos, para empezar, y lo que sucedió lo tenían merecido.

—Retira eso si no quieres que te corte la lengua —Dafne se levantó y se inclinó amenazante hacia Aiden con la mano en la empuñadura de su daga.

—Y yo te sacaré los ojos —se unió Lily, que también se puso en pie y se inclinó hacia él con la daga medio sacada.

—Tranquilas, si atacáis el castigo será ejemplar —avisó Taika e hizo un gesto con la cabeza hacia los dos dragones azules que vigilaban el comedor.

Aiden no se movió y las miró sin echarse atrás.

Las dos otearon a los dragones y se sentaron un momento después lanzando miradas de odio a Aiden, que las ignoró y siguió cenando.

—Me niego a creer eso… tuvo que haber una razón —Nahia no podía creer que sus padres fueran tan inocentes que se dejaran engañar por falsas promesas. Y no solo ellos, sino el resto de las razas, miles habían muerto en la revuelta.

—Dramkon Udreks hizo creer a los líderes de las otras razas que había una forma de matar a los dragones —explicó Taika.

—No le creerían solo por su palabra, y menos siendo un Drakónido —razonó Nahia.

—Cierto, lo demostró. Por lo que sabemos, Dramkon Udreks mató a varios dragones frente a los líderes y los convenció —explicó Ivo.

—Por ello se unieron y se preparó el gran alzamiento. Los líderes contaron a las razas que Dramkon Udreks tenía la forma de matar a los dragones y que, si se le unían todos, los derrocarían —continuó Lily algo más calmada.

—Pero cuando llegó el momento de la verdad resultó que Dramkon Udreks y su forma de matar a los dragones era un engaño. Estos arrasaron a los insurrectos, matándolos por centenas —contó Dafne con rabia en el tono.

—Así fue —asintió Ivo con tono de gran pesar—. La guerra y el derramamiento de sangre solo conducen a más guerra y más derramamiento de sangre.

Nahia negaba con la cabeza. Sus padres, al igual que su abuela, eran personas con cabeza, conocedores del mundo en el que vivían. ¿Cómo pudieron dejarse engañar así?

—¿Cuál fue el engaño? —preguntó.

—Hicieron creer a las razas que se podía matar a los dragones cuando es algo imposible para las razas esclavas —afirmó Aiden.

—Sí, pero… ¿cómo? —insistió Nahia, que necesitaba entenderlo.

—¡Qué más da el cómo! No era verdad y todos murieron—dijo Dafne sacudiendo la cabeza con rabia.

—Necesito entenderlo —dijo Nahia muy contrariada.

Empezaba a sentirse mal. El calor comenzaba a apoderarse de su cuerpo.

—Todos queremos entenderlo, pero no hay una respuesta que podamos darte. Yo al menos no la conozco —dijo Lily.

—Los líderes de las ocho razas estaban convencidos, así que la prueba debió ser más que convincente, pero nunca transcendió —explicó Taika—. No fue divulgada. Solo los ocho líderes la conocían. Precisamente para que los dragones no supieran que tenían un arma que usar contra ellos.

Nahia escuchaba y su temperatura corporal iba en aumento. El corazón comenzó a latirle con mucha fuerza, cada vez más rápido.

—Por desgracia, no funcionó. Luego se corrió el rumor de que todo había sido un engaño —contó Dafne.

—Eso es lo que todo el mundo cree, a día de hoy —añadió Lily.

—Un gran engaño o un fracaso —comentó Ivo—. En cualquier caso, supuso la muerte de miles.

Nahia negaba con la cabeza.

—Necesito saber… si fue un engaño… o sucedió algo que impidió la revuelta —Nahia no podía respirar. Se dio cuenta de que estaba teniendo un ataque.

—¿Estás bien? —Lily se preocupó al ver que se ahogaba.

—Sí… es que…

—Estás teniendo uno de tus ataques —dijo Dafne y le puso la mano en la frente—. Ardes como el fuego.

Nahia asintió y sacó uno de los tónicos de Aoma. Le quitó la tapa de un mordisco y se lo tomó de un trago. Todos la miraban preocupados.

—Se me… pasará… enseguida.

—No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero parece que hablar de ciertos temas transcendentales para ti te altera, y eso provoca tus ataques —razonó Taika.

Nahia, que ya comenzaba a sentirse mejor, miró al Felidae.

—Puede ser… sí.

—En ese caso será mejor que aprendas a controlar tus emociones o te meterás en problemas y arrastrarás a tu escuadra —dijo Aiden

—No escuches nada de lo que diga ese —dijo Dafne y le acarició la mano para calmarla.

—Ya estoy… mejor —aseguró Nahia, que sentía que podía respirar de nuevo y sus pulsaciones se iban calmando.

—La verdad es que nadie sabe qué ocurrió en realidad, solo los ocho líderes lo sabían y murieron todos. Los dragones no tuvieron piedad con ellos —explicó Taika—. Puede ser incluso que el Gran Engaño no lo fuera, y que los dragones crearan ese falso rumor para que nadie volviera a intentar algo así —razonó.

—Eso podría ser —dijo Lily y miró a Taika interesada.

—Seguro que los Drakónidos hicieron correr el bulo por las ocho naciones —dijo Dafne, lanzando una mirada dura a Aiden.

—Puede ser que fuera lo que fue: un gran engaño y que se divulgara la verdad —sentenció Aiden.

Nahia se quedó muy trastocada. No conocía todo aquello. ¿Por qué no se lo había contado Aoma? ¿Era solo por protegerla o había algo más? Ella no quería pensar que sus padres habían dado la vida por un gran engaño. Estaba convencida de que no se habrían dejado estafar así. Pero ¿y si era como Aiden decía? ¿Y si realmente fueron todos engañados?

—¿Qué fue de Dramkon Udreks? —preguntó.

—Fue el último de los líderes en ser capturado. A él no lo mataron los dragones, está en algún lugar que se desconoce —explicó Dafne.

—Entonces si no murió ni fue ejecutado, sí que parece que fue un engaño… —el ánimo de Nahia cayó por los suelos.

—O eso quieren que pensemos —dejó caer Taika con su tono de zorro.

Todos se volvieron hacia él.

—Si lo mataban, no parecería un engaño, sino algo que salió mal —razonó Nahia siguiendo el hilo de la sugerencia de Taika—. Pero si lo dejaban con vida, parecería que había traicionado a todos los líderes rebeldes.

—Así es —asintió Taika.

—Lo que nos lleva a que ambas cosas pueden haber pasado —dijo Ivo—. Pensar en el peor de los resultados no tiene por qué ser el que se obtiene y tampoco el mejor. El equilibrio suele ser el resultado más probable.

—Podéis elucubrar cuanto queráis. Fue un gran engaño y demuestra que los dragones son invencibles —se pronunció Aiden, que se levantó de la mesa y se marchó.

—Yo sigo pensando que hay algo más detrás de todo esto… —confesó Nahia.

—A todos nos gustaría —dijo Lily.

—También hay que pensar que el cabeza mármol puede estar en lo cierto —dijo Dafne.

—Yo quiero saber la verdad de lo que sucedió, sea una cosa o la otra —dijo Nahia convencida.

—No eres la única, a todos nos gustaría —se unió Taika.

—La mayoría de las veces es mejor no meter la cabeza en la boca del león —advirtió Ivo.

—Tienes razón, pero yo necesito respuestas —insistió Nahia.

Continuaron comiendo y charlando de temas menos transcendentales y agónicos. Al finalizar la cena y levantarse, Nahia miró hacia la mesa de Ana. Aguardó un momento hasta que ella se diera cuenta y la mirara. Cuando lo hizo, Nahia puso sus manos sobre su cara e hizo la mariposa de la victoria. Ana lo vio y sonrió. Un instante después le devolvía la mariposa.

Nahia sonrió y se marchó a los barracones.

Capítulo 34

Las semanas pasaron de nuevo como si a aquella altura, en medio del cielo, transcurrieran cien veces más rápido que sobre la tierra firme. O quizá fuera que los vientos mucho más potentes las hacían pasar con la velocidad con la que se llevaban las nubes.

Todos los miembros de la Escuadra Ígnea estaban entregados a sus clases y estudios. Sabían que les iba la vida en ello. Nadie quería quedarse atrás y fracasar, porque podía significar el fin. Se les hacía difícil vivir con aquella presión diaria encima, pero era acostumbrarse o perecer y, por muy diferentes que fueran, todos tenían una característica común: querían sobrevivir.

El otoño terminó y marcó con su final la conclusión de la mitad del primer año en la academia. Nahia quería sentirse contenta de haber sobrevivido la mitad del curso, pero aquello también marcaba el día de la temida Competición de Escuadras. Nahia estaba muy asustada.

Ese día se despertó antes incluso de que saliera el sol. Había estado teniendo pesadillas toda la semana y la última noche habían sido terribles. En ellas siempre terminaba derrotada y humillada ante todos y castigada a muerte por débil e inservible.

—¡Vamos, despertad, hoy es un gran día! —les increpó a gritos Aiden.

—No es nada bueno para el espíritu despertar así, y menos aún en días importantes —se quejó Ivo en el camastro de al lado.

—¡Hoy es la Competición de Escuadras! —exclamó Aiden con tono emocionado.

—Lo sabemos, tranquilo —dijo Taika y se puso en pie de un salto.

—¡La victoria nos aguarda! —continuó gritando exaltado.

—¡Calla de una vez, cabeza de granito! —chilló Dafne, que se levantaba malhumorada por los gritos.

—¡Estos despertares tan bruscos afectan a mi belleza! —replicó Lily.

Nahia, que ya estaba levantada y muy nerviosa, comenzó a vestirse.

—Espero que no sea un día terrible —deseó por lo bajo.

—¡Hoy demostraremos a nuestro líder de qué está hecha la Escuadra Ígnea! —proclamó Aiden, que ya estaba vestido y preparado para salir.

—Os juro que un día lo estrangulo con su propia capa —dijo Dafne a Lily y a Nahia.

—Yo te lo sujeto —sonrió Lily.

Nahia sonrió, pero estaba tan angustiada que apenas pudo decir nada más.

Se vistieron y cogieron sus dagas y Perlas de Aprendizaje. Se las colgaron al cinturón, una a cada lado. Nahia pensó que las iban a necesitar, no para clase, sino para la competición, y se puso más nerviosa. Una vez preparados y empujados por los vítores y ánimos de Aiden salieron a la gran plaza de armas.

Todavía estaba amaneciendo. Se dirigieron a formar como cada mañana a su posición marcada por el estandarte llameante donde debía aguardar su líder, Irakas-Gorri-Gaizt. Nada más pisar la plaza se detuvieron. Su líder y el estandarte llameante no estaban donde siempre, sino

frente al gran castillo. Los seis líderes formaban tres a cada lado de las puertas con sus espaldas hacia el edificio. Frente a cada uno se alzaba su estandarte.

—¡Vayamos con nuestro líder! —exclamó Aiden y echó a correr hacia él.

El resto no tuvieron más remedio que seguirle. Según corrían, Nahia vio que las demás escuadras hacían lo mismo.

«¡Escuadrón Rojo, formad en línea!» la orden de Irakas-Gorri-Gaizt llegó con urgencia y fuerza.

Formaron como siempre solían hacerlo cuando era en línea. La Escuadra Ígnea a la izquierda, la Ardiente en el centro y la Candente a la derecha. Aiden estaba disgustado por no haber conseguido estar en el centro, que era donde él creía que debían estar. Al resto les daba igual, excepto a Taika que había comentado que la posición central era la más segura al tener los flancos cubiertos. Cuando formaban así, Nahia era la primera por la izquierda, lo que la hacía sentirse muy expuesta y vulnerable a ataques.

«¡Mantened la formación y aguardad órdenes!» llegó con un sentimiento de que aquel era un momento importante.

Nahia miró de reojo y con disimulo. Junto a ellos formaba el Escuadrón Azul. Pudo ver a Ana, que tenía cara de estar muy asustada, seguida por el Escuadrón Negro. Luego había un gran espacio vacío frente a las puertas del castillo. El Escuadró Blanco era el siguiente y distinguió a Logan. Él no parecía asustado, tenía la mirada dura de siempre. A su derecha estaba el Escuadrón Marrón con Maika, a la que no pudo ver bien. El último Escuadrón era el Cristalino.

Todo el mundo estaba tenso. Formaban con rostros contraídos y cuerpos muy rígidos.

De pronto las puertas del majestuoso castillo se abrieron y el coronel Lehen-Gorri-Gogor, líder ejecutivo de la academia, apareció. Nahia lo observó intentando interiorizar lo enorme y poderoso que era aquel dragón rojo de más de cincuenta varas de longitud y con vetas lila a la espalda. Sus ojos rubíes en aquella cabeza de dragón milenario intimidaban. Nahia respiró profundamente para calmarse. Si antes estaba nerviosa, ahora mucho más.

Escoltándole iba el comandante Bigaen-Zuri-Indar, segundo al mando en la dirección de la academia. Nahia lo observó con disimulo. Era casi tan grande y terrorífico como el coronel. El hecho de que fuera de color blanco con vetas también lila no lo hacía menos temible. Con cada paso que daban el suelo parecía temblar. Nahia agradeció que hicieran una entrada formal y que no descendieran de los cielos porque cuando lo hacían eran todavía más aterradores. Se detuvieron entre los seis dragones capitanes y las escuadras que formaban, algo más retrasados.

Nahia sabía lo que venía ahora, así que se preparó. Lehen-Gorri-Gogor soltó un tremendo rugido anunciando su presencia y el comandante también emitió uno. Algunos se inquietaron y se movieron un poco en su sitio, eso no iba a gustar nada a sus líderes. Por fortuna, la Escuadra Ígnea no lo hizo.

El coronel volvió a rugir tras un momento y todos prestaron atención.

«Hoy es un día especial en Drakoros, Academia de los Sangre de Dragón. Como líder de esta institución de formación marcial siempre aguardo con anticipación este día. Hoy es la Competición de Medio Año o de Escuadras. Os aseguro que es una de mis favoritas. Lo es porque podemos evaluar el avance de los de primer año que, aunque todavía estáis muy verdes, tendréis la oportunidad de demostrar que tenéis lo que hace falta para ser Brujos de Dragón. Este día que marca la mitad del primer año de formación en esta ilustre academia es uno que no olvidaréis, eso puedo aseguráoslo» envió junto con un fuerte sentimiento de mando y orgullo.

Bigaen-Zuri-Indar rugió y se dirigió a ellos.

«Esta es una prueba que debéis superar. Quien no consiga pasarla no será apto para continuar con la segunda parte del año de instrucción. Y ya sabéis qué sucede con aquellos que fracasan. No habrá piedad ni benevolencia, así que os recomiendo a todos que os esforcéis al máximo».

Nahia ya se temía aquello, así que el mensaje del comandante no fue una sorpresa. No sabían cómo sería la prueba, pues no podían preguntar a los de segundo y tercero, pero ya anticipaban que sería dura. Llevaban días comentando lo que podría suceder tanto en el comedor como en la habitación y, exceptuando Aiden, todos estaban muy preocupados. Aiden, por supuesto, estaba convencido de que iba a triunfar.

«No hay ninguna razón por la que no podáis pasar la prueba. No suele ser el caso la mayoría de los años, pero siempre hay una primera vez. Yo mismo la juzgaré y también los resultados. Vuestros capitanes y líderes esperan lo mejor de vosotros, haréis bien en no deshonrarles» envió el coronel.

Nahia suspiró e intentó tranquilizarse. Lily, a su lado, la miró y luego a Dafne. Nahia envió miradas de preocupación y ellas de ánimo. Por desgracia lo que acaban de escuchar de aquellos dos dragones sin alma no daba ánimo alguno.

«Comandante, indique a los alumnos en qué consistirá la prueba» ordenó el dragón rojo al blanco.

El comandante rugió y anunció:

«La prueba se realizará por escuadras, no por escuadrón, y se tendrá en cuenta el desempeño de todos los miembros. Si uno o varios no están a la altura, afectará a toda la escuadra. La prueba estará dividida en dos partes: una primera prueba de resistencia física y una segunda de combate por escuadras».

«Por supuesto, el combate se realizará después de la prueba física y será eliminatorio. No queréis quedar en las últimas posiciones…» añadió el coronel.

Nahia no pudo evitar poner cara de horror.

«Comenzareis con la prueba física. Es una prueba de resistencia y de rapidez. Cada escuadra deberá escalar cuatro atalayas y hacerlo antes de que su estandarte se extinga. Dejadme deciros que el tiempo estipulado es el justo y necesario y se ha medido a conciencia. Todo aquel que no logre superar esta primera parte… creo que no he de enfatizar que comenzará mal. Las cuatro torres a escalar son las dos que forman la esquina sur y las dos que forman la esquina norte de la academia. La prueba comienza y termina en el reloj de sol» especificó el comandante.

Nahia resopló sin poder evitarlo. La distancia a recorrer era enorme. Les obligaban a ir desde el reloj a la muralla sur, subir las dos atalayas en cada esquina y luego cruzar toda la academia para llegar hasta la muralla norte, subir también esas dos atalayas y regresar hasta el reloj de sol cruzando de nuevo casi toda la academia. Nahia empezó a sudar, aquella prueba los iba a destrozar. Subir a una torre costaba una barbaridad, subir y bajar cuatro le parecía imposible. Además, tenían que hacerlo a toda velocidad. Solo de pensarlo se estaba poniendo mala. Y no era la única, Lily y Dafne también tenían muy mala cara.

«Además, para hacerlo más emocionante y como es tradición, todos los alumnos de segundo y tercer año asistirán a la prueba como espectadores. Y sus capitanes también. Ya están situados sobre las atalayas» envió el coronel.

Nada más decirlo aparecieron los de segundo y tercer año y formaron frente al edificio, en un

lateral de la plaza, sin entrar en ella. Nahia resopló. No solo tenían que pasar la prueba sino hacerlo con público. La cosa cada vez se estaba poniendo peor.

«Ha llegado el momento de comenzar con la prueba. Lo haremos de seis escuadras en seis escuadras, una de cada escuadrón. Esto fomentará la rivalidad y la motivación. Dejaremos que sean los capitanes quienes elijan sus escuadras» envió el coronel y sacudió sus enormes alas rojas como si de verdad estuviera emocionado por la prueba.

Irakas-Gorri-Gaizt se irguió.

«Escuadra Ígnea, primera. Marchad en formación hasta el reloj solar. Llevaos el estandarte. No me deshonréis ante todos o lo pagaréis con vuestras vidas» ordenó.

Nahia estaba aterrada. Miró el estandarte en llamas y no se atrevió a cogerlo. Aiden no dudó, lo cogió por una barra sólida que tenía en el centro y se lo llevó orgulloso. Por alguna razón, no quemaba.

Las seis escuadras formaron delante del reloj en una línea. Nahia miró a las otras y vio que la de Maika estaba junto a la suya. Ella la vio y con disimulo le hizo la mariposa de la victoria. A Nahia el gesto le llegó al alma. Se sintió un poco menos aterrada. Le devolvió el gesto con cuidado.

«A mi orden clavad el estandarte y comenzad la prueba. ¡Ahora!» ordenó el comandante.

Aiden clavó el estandarte en llamas en el suelo y con él el resto de los que los portaban.

Y la prueba dio comienzo.

—¡Torre izquierda! —dijo Taika.

—¡Vamos, todos! —Aiden salió corriendo como loco.

Casi de forma natural tres de las escuadras se dirigieron a la torre izquierda y tres a la derecha debido a cómo se habían colocado delante del reloj. De inmediato nació la competitividad entre escuadras. Todos corrían a más no poder y al ver que la escuadra con la que competían iba más rápida, la intentaban superar. Nahia vio que la Escuadra Granito de Maika se dirigía a la misma torre que la suya. Se alegró de que Maika fuera con ella, aunque se tratara de una competición. Subirían juntas, como lo habían hecho a su llegada a aquel reino en los cielos. La otra escuadra que iba con ellos era la Escuadra Huracán del Escuadrón Blanco.

Las tres llegaron casi al mismo tiempo a la base de la torre izquierda. Al hacer la torre esquina con la muralla, solo tenía dos caras interiores por las que se podía subir, así que una de las tres escuadras tendría que quedar relegada por el momento. Como Aiden había corrido como un poseso y sus compañeros le habían tenido que seguir, llegaron los segundos, después de la Escuadra Huracán.

—¡Vamos, arriba! —gritó Aiden y comenzó a ascender por la cara interior izquierda.

Nahia iba tan acelerada que no tuvo tiempo para pensar.

La torre, era como todas las atalayas en aquel lugar, con rocas salientes y entrantes que permitían escalar sin cuerda. También tenía una altura similar a la que habían subido el primer día. Nahia sabía que le iba costar mucho trabajo subir. Confiaba en que todo el entrenamiento marcial más el extra que había realizado en el gimnasio, le permitiera aguantar mucho mejor.

Según subían Taika se puso en cabeza. Era el más ágil de los chicos y subía con facilidad. Le seguía Aiden, que no era tan ágil, pero sí fuerte y tiraba de fuerza. Ivo había empezado bien, pero comenzaba a perder ritmo. Era muy fuerte y podía subir sin muchas dificultades, el problema era que también era torpe y colocar sus pezuñas en los salientes era todo un reto para él. Nahia subía

bastante bien y pasó a Dafne, algo que la sorprendió. Lily iba un poco por delante.

De pronto comenzaron a llegar los miembros de la escuadra de Maika.

—Sitio, Nahia, que paso —dijo Maika con una sonrisa cuando la alcanzó y la pasó por la derecha.

—Ten cuidado —advirtió Nahia y saludó con la cabeza.

—Descuida, te veo en la siguiente torre —dijo y continuó ascendiendo.

Los miembros de las dos escuadras se entremezclaron, pero no hubo encontronazos ni mal hacer, solo pura competición. Aiden no quería que el Drakónido del Escuadrón Marrón le sobrepasase y ambos subían por la pared de la torre como posesos. Por desgracia los Felidae eran los mejores escaladores con diferencia y cuando llevaban media torre subida, quedó claro.

Nahia se concentró y fue subiendo a su ritmo. Estaba sorprendida de lo bien que lo estaba haciendo teniendo en cuenta lo mal que lo había hecho la primera vez. A tres cuartos de la torre las distancias entre los buenos escaladores y los no tan buenos eran claras. Nadie decía nada, todos subían concentrados y siendo conscientes de que ya estaban a una altura considerable y que de caer se podrían romper la espalda o matarse. Taika consiguió llegar hasta la plataforma de arriba y esperó.

Cuando Aiden le alcanzó aventajando al otro Drakónido lo miró con semblante hosco.

—¿Por qué te paras? ¡Sigue!

Taika le devolvió una mirada tranquila.

—Es una prueba de escuadra y se nos puntuará como tal.

—Si llegas antes que otras escuadras se puntuará positivo.

—Prefiero esperar a mis compañeros y ayudarles.

Aiden negó con la cabeza.

—Eso es un error.

—Lo veremos al final de la prueba.

—Yo no os voy a esperar.

Taika asintió.

—Lo imaginaba.

Aiden subió a la plataforma y fue hasta el centro.

—Hay que bajar por la cuerda —le dijo a Taika y comenzó a descender.

La siguiente en llegar arriba fue Lily y Taika la ayudó a subir.

—Gracias, tigrecillo —sonrió ella.

Él sonrió y negó con la cabeza.

Nahia fue la siguiente, muy orgullosa de haber podido subir hasta arriba.

—¡Conseguido! —exclamó muy animada cuando Taika la ayudó a alcanzar la plataforma. Ella luchaba contra sus propias fuerzas, no tanto contra la prueba.

Dafne llegó tras un momento.

—Esto es un suplicio —se quejó.

Ivo tardaría todavía un poco.

—Id bajando, yo me quedo con Ivo —dijo Taika.

—¿Estás seguro? —preguntó Nahia.

—Es mejor que yo ayude al grandullón. Vosotras id avanzando, os alcanzaremos más adelante. Tened en cuenta que vuestras fuerzas se irán agotando antes que las nuestras.

Nahia lo pensó un instante y se dio cuenta de lo que Taika ya había deducido. Al final de la prueba Ivo y él estarían más sobrados de fuerzas que ellas y las alcanzarían. Esperarles ahora era perder un tiempo valioso que no tenían.

—De acuerdo, seguimos.

Capítulo 35

Nahia fue hasta la abertura en mitad de la torre. Había tres cuerdas, por lo que no hubo peleas con los miembros de las otras dos escuadras.

—Preparada —dijo Lily lista para descolgarse.

—Mejor si nos protegemos las manos, la cuerda va a quemar. Usemos nuestras capas —propuso Nahia.

—Buena idea —sonrió Lily.

—Menos mal que tienes cabeza —dijo Dafne.

Bajaron por la cuerda usando las capas para rodearla y deslizar las manos sobre ella. El descenso con esta técnica fue mucho más rápido y mejor de lo que Nahia había calculado. Salieron de la torre por la puerta que estaba abierta y echaron a correr hacia la siguiente. Tenían que cubrir toda la amplitud de la academia, de un lado al otro, pues la torre siguiente era la opuesta a la que habían subido.

Según corrían Nahia empezó a ver claro que aquello iba a ser más una prueba de fuerza y resistencia que de velocidad. Las distancias eran larguísimas y las torres altísimas. Iban a terminar rotas.

Llegaron a la torre sur del lado derecho y comenzaron a escalarla. Las otras dos escuadras seguían más juntas que la de ellos. Cuando estaban a media torre empezaron a pasar a varios miembros que se estaban quedando atrás.

—¡Vamos, más rápido! —gritó Aiden desde arriba.

—¡Sigue tú! —dijo Nahia.

Aiden miró al norte.

—¡Torre de este lado! —indicó señalando.

—¡De acuerdo! —dijo Nahia.

Lily y Dafne subían sufriendo. El cansancio empezaba a hacer efecto y Nahia también lo notaba.

—¡Venga, Nahia, tú puedes! —animó Maika, que ya estaba arriba.

—¡Sigue, enseguida te alcanzo! —respondió ella, que lo dudaba mucho.

Maika sonrió y desapareció.

—Empiezan a dolerme las manos —dijo Dafne.

—A mí los pies —respondió Lily.

—Lo conseguiremos, seguid —animó Nahia, que pese a todo seguía bastante entera todavía.

Llegaron arriba cuando Taika e Ivo iban todavía por el cuarto inferior de la torre.

—¡Ánimo! ¡Torre de este lado! —dijo Nahia.

—¡De acuerdo! —respondió Taika.

Ivo iba muy concentrado en dónde poner sus enormes manazas y pezuñas.

Nahia, Lily y Dafne descendieron por la cuerda con el truco de la capa y adelantaron a un par de las otras escuadras. Salieron y se pusieron a correr.

—Vayamos en línea recta pegadas a la muralla a nuestra izquierda —propuso Nahia.

—Sabéis lo lejos que esta la muralla norte, ¿verdad? —dijo Dafne.

—Sí, por desgracia —asintió Lily.

—No lo penséis, venga, corramos —animó Nahia y las tres echaron a correr.

En plena carrera Nahia podía ver a Maika y otro de su escuadra delante. Les llevaban una buena ventaja, pero mientras los vieran y pudieran mantener su ritmo, estarían haciéndolo bien. Con eso en mente corrió tirando de Dafne y Lily. No le preocupaban todavía porque sabía que eran más fuertes que ella y de momento aguantaba.

Pasaron junto al reloj solar y los estandartes. Nahia se llevó un disgusto enorme al ver lo rápido que se iba consumiendo la llama del suyo. No iban a conseguir terminar la prueba antes de que se extinguiera. Corrieron dejando atrás a los capitanes y las otras escuadras que observaban la prueba y también al coronel y al comandante. Nahia ni los miró por si acaso.

Continuaron y recorrieron todo el largo de la academia hasta llegar a la torre norte que hacía esquina. Al alcanzarla tuvieron que detenerse a recuperar el aliento.

—¡Vamos, subid! —gritó Aiden, pero ahora solo estaba a media torre.

—La carrera… no se le da tan bien… a cabeza de piedra —dijo Dafne respirando entrecortadamente.

—Es… que es muy pesado de cuerpo… y más de cabeza —dijo Lily.

La gracia les hizo reír y Nahia se puso a toser.

Comenzaron a subir por la tercera torre y aquí el esfuerzo y el cansancio empezaron a hacer estragos. Nahia sentía que las manos se le comenzaban a agarrotar y notaba los brazos y las piernas doloridas. Estaba llegando al final de lo que podía soportar. Se dio cuenta de que, aunque había mejorado mucho desde que había comenzado a entrenar en el gimnasio, todavía le quedaba un largo recorrido para poder solventar pruebas como aquella. Lily parecía aguantar algo mejor que ella. Dafne empezaba a quedarse atrás, lo que la preocupó.

Continuaron subiendo. Cada vara que ascendían era un auténtico logro y el esfuerzo un tormento.

—¡Sigo hacia la otra torre! —gritó Aiden, que ya había alcanzado la cima.

—¡Sigue, ahora vamos! —respondió Nahia, que ya estaba a media torre.

—Si ese cabeza de roca puede, yo tengo que poder —apretó la mandíbula Dafne y siguió subiendo con pundonor.

—Vamos —animó Lily.

Llegaron arriba exhaustas y se arrastraron hasta la abertura. Descansaron un instante y respiraron el aire a aquella altura.

—Un momento y bajamos —pidió Dafne.

Si ellas estaban cansadas, también los de las otras escuadras, que estaban sufriendo tanto como ellas. Cuatro, dos de cada escuadra, estaban tirados boca arriba en la azotea.

—Vamos, hay que bajar, es la parte fácil. Agarraos bien —dijo Nahia y bajó la primera.

Sus compañeras la siguieron.

Una vez estuvieron las tres fuera de la torre observaron la última que tenían que subir. El problema era que tenían que volver a cruzar toda la amplitud de la academia para llegar hasta ella.

—Cuanto antes lleguemos antes terminaremos —expresó Nahia y comenzó a correr tan rápido como pudo, que no era mucho.

La carrera era un esfuerzo muy diferente a escalar la torre y ahora otros músculos le dolían con intensidad y los pulmones le ardían por el esfuerzo. Nahia se dio cuenta de que se sentía muy débil y recordó que no había desayunado. Les obligaban a realizar la prueba en ayunas. Aquello no solo era cruel, sino peligroso. Alguno podría perder la consciencia por falta de alimento y sobreesfuerzo.

Las piernas le ardían y hasta las plantas de los pies, que no solían darle problemas, ahora se los daban. Lily y Dafne aguantaban mejor la carrera que el ascenso, por lo que pudieron llegar a la última torre.

—No sé… si voy a poder… —confesó Dafne mirando hacia arriba con el aliento entrecortado.

—Tenemos que hacerlo —dijo Lily y le dio una palmada en la espalda.

Nahia abría y cerraba las manos para estirar los dedos, que sabía que le iban a doler horrores. Se sentía muy cansada y sin fuerzas. Aquella última torre era como un coloso imposible de superar.

—El cabeza de mármol ya no va tan bien —dijo Dafne mirando hacia arriba.

—A ese le pillamos ahora —Lily se animó—. ¡Vamos, arriba! —alentó y comenzó a escalar.

Dafne y Nahia resoplaron y fueron tras ella.

El cuerpo de Nahia no tardó en enviarle señales de dolor y agotamiento. Cerró los ojos y aguantó. Los abrió y pese al dolor siguió subiendo. Las dos caras de la torre estaban muy concurridas. Todos los que habían partido antes estaban teniendo las mismas dificultades que ellas. A Nahia no le extrañó. Vio a Maika que, con cara de esfuerzo, ascendía y alcanzaba la última parte de la pared.

Llegaron hasta donde estaban otros competidores y los pasaron, algo que animó a Nahia. No era de las peores, después de todo. Con esa fuerza adicional continuó subiendo, intentando ignorar el tremendo dolor que su cuerpo le enviaba. Estaba a media altura cuando escuchó un grito ahogado. Uno de los que estaban en la parte alta de la torre se había caído y casi se lleva a otro detrás al hacerlo. Golpeó el suelo de costado. El golpe fue tremendo. Nahia miró con horror deseando que no fuera Maika. Resopló al comprobar que no lo era, era alguien del Escuadrón Azul. Se quedó en el suelo retorciéndose de dolor.

—¡Tened mucho cuidado! ¡No arriesguéis! —avisó Nahia a Lily y Dafne.

—No me quedan fuerzas. No es que arriesgue, es que no tengo más —negó con la cabeza Dafne.

—Yo estoy igual —dijo Lily, que iba delante de ellas.

—No ascendáis si no estáis seguras del agarre —aconsejó Nahia.

Por un momento todos se detuvieron. Cuatro Tergnomus aparecieron con una camilla y se llevaron al caído a la enfermería. El resto continuó subiendo. Estaban ya casi arriba cuando se escuchó un nuevo grito. Este provenía de la otra pared. No lo vieron caer, solo oyeron el golpe contra el suelo.

—¡Oh, no! —exclamó Nahia y se agarró con todo lo que tenía. Sus temores se estaban haciendo realidad. El sobresfuerzo brutal y el estómago vacío estaban causando estragos.

—¡Maldita prueba! —exclamó Dafne con rabia.

—Centraos, tenemos que terminar —dijo Lily.

De pronto una mano apareció en la azotea, era Aiden.

—Coged mi mano, os subo.

Lily la cogió y Aiden la ayudó a subir. Luego le tocó a Dafne y finalmente a Nahia. Las tres quedaron tendidas sobre la azotea.

—¿No… puedes más… eh? —le dijo Lily a Aiden.

—Puedo, pero mejor llegar todos a la vez.

—Ya, seguro —Dafne no se lo tragó.

Llenaron los pulmones de aire y relajaron los músculos un momento.

—Hay que bajar —urgió Aiden.

—Está bien, vamos.

Aiden fue primero y ellas lo siguieron. Bajar la cuerda, que tampoco era precisamente fácil, les pareció un alivio en comparación con lo que acaban de pasar para subir. Salieron de la torre y vieron cómo se llevaban al que había caído.

—Corramos en diagonal hasta el castillo. Lo bordearemos por este lado —sugirió Nahia.

—De acuerdo —asintieron los demás.

Echaron a correr, pero pronto se hizo evidente que no les quedaban fuerzas para nada.

Y no eran los únicos. El trayecto hacia la plaza de armas era un río de participantes descolgados. Ellos cuatro avanzaban a una especie de andar rápido más que correr porque no podían más. De pronto Dafne se fue al suelo. Se detuvieron a ayudarla a ponerse en pie.

—Estoy… muerta…

—Lo estamos todos —afirmó Lily.

—Ánimo, ya casi estamos —Nahia intentaba alentarla, pero ella misma estaba derrotada de cansancio.

En ese momento las alcanzaron Taika e Ivo.

—Yo me encargo —dijo Ivo, y levantó a Dafne con su fuerte brazo para seguir corriendo.

Los demás continuaron. Nahia iba sufriendo horrores, le dolía todo el cuerpo y los pulmones de una forma terrible pero, por alguna razón, aguantaba.

Al llegar a la altura del castillo fue Lily la que no pudo más y se fue al suelo. Delante de ellos dos del Escuadrón Blanco también estaban tirados intentando ponerse en pie.

—Yo la ayudo —se ofreció Taika, la sujetó de la cintura con su brazo y la ayudó a continuar.

Llegaron a la plaza de armas.

—¡El estandarte aún tiene llama! ¡No hemos perdido! —gritó Aiden.

—¡Ve y cógelo! —dijo Nahia señalándolo.

Aidan salió esprintando como si acabara de empezar la prueba. Adelantó a dos del Escuadrón Azul y a un tercero del Escuadrón Blanco. Corría como si le persiguiera una manada de leones hambrientos. Llegó al reloj de arena, con el estandarte a punto de apagarse. Se lanzó en plancha

y deslizándose por el suelo llegó hasta él y lo cogió con una mano. Lo levantó en señal de triunfo.

Un momento más tarde llegaba el resto.

«Habéis logrado llegar a tiempo al estandarte. Se concede la prueba como superada. Como solo uno ha llegado a tiempo y cinco han llegado con un retraso no muy considerable, seréis penalizados en la puntuación total, pero no de forma severa» llegó el mensaje mental de su líder.

Nahia, Lily, Dafne, Taika e Ivo se quedaron con las manos en los muslos, doblados de cansancio, intentando recobrar el aliento. Estaban tan agotados que ni se dieron cuenta de lo bien o mal que lo habían hecho las otras escuadras. La de Maika lo había hecho bien, pues había llegado antes que ellos.

Al llegar los últimos participantes de su tanda hicieron formar a todos los que habían finalizado la prueba. Se dieron cuenta de que dos habían sufrido caídas y otros dos habían terminado la prueba con algo de retraso. Nahia temió el castigo que recibirían. No estaba segura de cuál sería, pero a sus líderes no les iba a gustar.

Tras su tanda le tocó el turno a la segunda y los resultados fueron muy parecidos. En esa participó Logan y llegó el primero, alzando su estandarte a tiempo. En la última participó Ana. Nahia temía que la pobre no pudiera terminar o tuviera un accidente. Hubo suerte y lo consiguió, aunque llegó bastante retrasada.

Una vez que todos hubieron acabado, varios Tergnomus aparecieron y dieron un pequeño morral a cada uno. Al abrirlo descubrieron que tenía un odre con agua y carne salada y pan.

«Bebed y comed. En breve comienza la segunda parte de la prueba: el combate entre escuadras» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Capítulo 36

Nahia no podía creer que les obligaran a continuar con la segunda prueba de inmediato. Estaban exhaustos, no podían moverse. A ella el cuerpo le dolía horrores. No podía entenderlo ni creerlo. Miró de reojo a su líder y recordó que los dragones eran así, desalmados y brutales. Si alguno de los competidores muriese les daría igual, incluso lo encontrarían entretenido. El odio que sentía por ellos crecía con cada día que pasaba en la academia.

Les llegó un terrible rugido que ya conocían, el del coronel.

«Ahora que habéis descansado, es momento de pasar a la prueba de combate. Os deseo suerte a todos» envió Lehen-Gorri-Gogor.

El dragón blanco rugió a continuación.

«Pasamos a la prueba de combate por escuadras. Esta prueba es eliminatoria. Los que obtengan los mejores puestos serán recompensados y los que acaben en los últimos, castigados. Os recomiendo que luchéis con toda el alma porque os va la vida en ello» envió Bigaen-Zuri-Indar.

Nahia sintió que el estómago se le revolvía.

El coronel hizo un inciso.

«Me indican que varias escuadras no tienen a todos sus miembros disponibles para esta prueba. Eso es una desgracia y un deshonor para su líder. En cuanto a la competición, se realizará con los miembros remanentes en cada escuadra. Adelante, comandante».

Entre todos los que habían caído durante la primera parte del año y en esta prueba, bastantes escuadras tenían bajas. Nahia se animó al pensar que la suya estaba completa. Eso era bueno, muy bueno. No solo por la prueba sino porque le daba cierta seguridad en sus compañeros.

«La prueba de combate se realizará de tres escuadras en tres escuadras. Tres entrarán en el laberinto elemental y solo una saldrá victoriosa. Las escuadras, por supuesto, no pueden ser del mismo escuadrón, al menos, no hasta la final. Lucharéis con daga y magia. Podréis crear esferas de energía, pero no grandes. Se os dará una Perla de Entrenamiento especial. Las dagas que utilizaréis también son especiales. No tienen filo ni punta, pero están cargadas de energía. No matan, pero dejan fuera de combate si se acierta en una parte vital del cuerpo del enemigo. Cada escuadra entrará con su estandarte. El último luchador en pie que salga con los tres estandartes ganará el combate» explicó el gran dragón blanco.

Cuanto más oía, más nerviosa se estaba poniendo Nahia. Iban a tener que luchar de verdad entre ellos y aplicarse. Hasta ese momento solo habían estado luchando en clase y todo estaba muy medido.

«Dos apuntes finales. El combate será aquí mismo, en la plaza de armas. Sin embargo, para hacerlo más interesante, la plaza tendrá un aspecto un tanto diferente. Os recomiendo que no toquéis las paredes a no ser que estéis seguros de que no son dañinas. Esta también es una prueba con tiempo. El estandarte se irá consumiendo. Si no vencéis antes de que se consuma, perderéis».

De pronto el suelo de la plaza comenzó a destellar en los diferentes colores elementales de los dragones: blanco, rojo, negro, azul, marrón y cristalino. Líneas de estos colores se fueron

formando en el suelo y luego convirtiéndose en paredes de tres varas de altura. Un momento después formaban diferentes pasadizos y formas geométricas por toda la plaza creando un laberinto de colores indescifrable. Tres puertas aparecieron en la muralla exterior, equidistantes.

Nahia miraba a sus compañeros. Estaban todos estupefactos. Aquel laberinto de paredes elementales que se acaba de formar ante ellos no parecía real. El mundo de los dragones y su magia no dejaba de sorprenderles. Donde hacía un momento estaba la gran plaza de armas que tan bien conocían, ahora había un laberinto de batalla con paredes y formas de magia elemental.

«Líderes, presentad escuadra» ordenó el comandante.

«Escuadra Ígnea, ¡a competir! Extremo Sur. Llevad el estandarte y luchad con honor. ¡Derrotad a las escuadras rivales!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Aiden cogió el estandarte, que ya volvía a arder, y se hinchó tanto que estuvo a punto de reventar de lo orgulloso que estaba. El estandarte se encogió hasta medir dos varas. Aiden El resto siguieron a Aiden, que ya marchaba hacia el extremo sur de la plaza. Según la bordeaban vieron las paredes que la rodeaban y comenzaron a preocuparse. Algunas eran de fuego, otras de hielo y otras de una negrura muy preocupante. Estaban compuestas de trozos de paredes elementales, unos tras otros. El cómo se mantenían alzadas o pegadas entre si les era incomprensible.

En la entrada sur les esperaban dos Tergnomus.

—Las dagas y Perlas de Entrenamiento —pidió uno. Se las entregaron.

—Aquí las de competición —ofreció el otro.

Cogieron las dagas y al empuñarlas de inmediato discernieron que una energía viva rodeaba el filo y la punta del arma, que eran romos. Las perlas para la prueba eran algo más pequeñas que las que solían usar.

—Capuchas puestas para proteger golpes en la cabeza —dijo el Tergnomus que les entregaba las armas.

Todos se pusieron las capuchas, que también estaban revestidas de escamas. A Nahia lo de golpes en la cabeza no le sonó nada bien.

«Preparadas, escuadras. Entrad ahora» llegó la orden del comandante.

Entraron y aparecieron en un rectángulo de paredes brillantes. Una pared apareció tras ellos cerrando la entrada.

—Veamos, ¿cuál es el plan? —preguntó Dafne. Tocó una de las paredes con la daga y se produjo un destello cegador.

—No tocar las paredes, para empezar —dijo Lily intentando volver a ver.

—Es fácil, acabaremos con las otras dos escuadras, cogeremos sus estandartes y ganaremos —afirmó Aiden, que veía cómo el estandarte comenzaba a consumirse.

—Sí, claro, porque va a ser así de sencillo —replicó Nahia, incrédula.

—Mirad arriba —dijo Lily.

Observaron que el comandante y el coronel volaban a dos de las atalayas para ver mejor el combate desde las alturas. Los líderes hicieron lo mismo compartiendo otras tres atalayas. Los alumnos de segundo y tercero subieron al tejado de los barracones, que era plano, para ver la pelea.

—Qué bien, tenemos público —murmuró por lo bajo Dafne.

—Mejor olvidarnos de ellos y centrarnos en lo nuestro —sugirió Nahia.

—Lo mejor que podemos hacer es buscar alguna posición ventajosa —sugirió Taika.

—¿Para una emboscada? —preguntó Ivo.

—Sí, algo así. Esto es un laberinto, habrá sitios propicios. La sorpresa es siempre la mejor aliada —dijo Taika.

—Yo prefiero atacar de frente y vencer con fuerza de choque —dijo Aiden.

—Menuda estrategia… —dijo Dafne.

—No, no me gusta —Lily negaba con la cabeza.

—Si seguimos hablando nos van a sorprender a nosotros —se quejó Aiden.

Taika asintió.

—Iré primero. ¡Seguidme!

—¿Vamos en formación? —preguntó Nahia.

—Mejor en línea de a uno. Delante tenemos un pasillo estrecho —dijo Taika.

—De acuerdo, adelante.

Taika avanzó seguido de Aiden. Ivo fue tras ellos y Lily, Dafne y Nahia cerraron el grupo. Nada más avanzar un poco se dieron cuenta de que, en efecto, aquello era un verdadero laberinto. Había pasillos estrechos y amplios, habitaciones cuadradas, triangulares y en forma de rombo, y todo tipo de pequeños muros más bajos detrás de los que se podían resguardar. Como la plaza era tan grande y amplia, el laberinto era enorme. Iban a tener dificultades para encontrarse.

De súbito, el estandarte llameante emitió un destello rojo muy potente que subió hacia los cielos.

Todos miraron a Aiden.

—¿Qué has hecho? —riñó Dafne.

—Yo nada… Lo ha hecho solo.

—Sí, solo… —regañó Lily.

Tras un momento se produjo un resplandor marrón que vieron a su izquierda y un momento después uno azul a su derecha. Los dos subían hacia el cielo y se veían perfectamente.

—Ya sabemos cómo vamos a encontrarnos —afirmó Ivo.

—Veis como no era yo… —se defendió Aiden.

—Todos detrás de ese muro bajo —dijo Taika y lo señaló.

—No lo toquéis, es del elemento aire y a saber qué hace —advirtió Lily.

Nahia pensó que les soltaría una descarga o un soplido fuerte.

Se agazaparon detrás del muro. La habitación en la que estaban era triangular con tres entradas, una en cada esquina.

—Nahia, Dafne y Lily, vosotras usad esferas de energía. Necesitaremos sorprenderles. Nosotros tres usaremos las dagas.

—Sí, mejor —dijo Ivo con expresión en su rostro de que la magia se le daba mal.

—Estoy de acuerdo —asintió Aiden.

—Clava el estandarte allí detrás —Taika señaló una forma de herradura en un lado de la

estancia.

—Voy —Aiden se apresuró a colocarlo. Al golpear el estandarte contra el suelo se quedó de pie llameando. Aiden corrió a refugiarse detrás del muro bajo.

Nahia se sentó en el suelo de espaldas al muro con la perla en una mano. Llamó a su dragón interior y con su poder creó una esfera de energía sobre la palma de su mano derecha. Intentó ampliarla una vez creada, ya que no era muy grande, pero no pudo. Debía ser por la perla, que controlaba el poder que podían dar a la esfera. Dafne y Lily crearon las suyas. Estaban preparadas.

De pronto la escuadra marrón entró por la esquina más a la izquierda de la estancia a la carrera y con sus dagas en las manos. Al ver que no había nadie se detuvieron en mitad de la estancia. Discernieron el estandarte y se separaron en dos grupos para rodear la herradura. Tres por arriba y tres por abajo. Los de abajo quedaron al descubierto.

—¡Ahora! —dio la señal Taika y salió de detrás del muro con su daga en la mano a una velocidad enorme.

Aiden intentó seguirle pero fue más lento e Ivo muchísimo más. Mientras ellos corrían al ataque, Nahia, Dafne y Lily se pusieron de pie. Libraban el medio muro con sus brazos y cabeza. Lanzaron sus esferas contra los tres atacantes de la parte inferior apuntando cada una al que tenía más cerca. La esfera de Nahia alcanzó de lleno el torso de un Fatum que, al estallar, salió despedido de espaldas y quedó inconsciente en el suelo. Dafne alcanzó a un humano en las costillas que de la explosión de energía se dobló de dolor y cayó al suelo. Lily le dio en el hombro derecho a una Felidae y la explosión la desequilibró.

Taika llegó hasta ellos y con un salto prodigioso cayó sobre la leona antes de que pudiera reaccionar. Le clavó el cuchillo en el corazón. Se produjo una descarga de energía y la Felidae quedó inconsciente. Se giró con rapidez y eliminó al humano de otra cuchillada en el estómago. Aiden llegó y remató al Fatum clavándole su arma en el cuello. No penetró, pero la descarga lo dejó sin sentido.

—¡Recargad! —gritó Taika a las chicas.

Los otros tres componentes del equipo marrón ya habían descubierto la trampa y salían a por Taika y Aiden. Ivo era tan lento que justo acababa de llegar a la refriega. Taika encaró a un Drakónido y comenzaron a intercambiar tajos y estocadas mientras se movían con agilidad esquivando y bloqueando para volver a atacar. Ivo se enfrentó a un Kapro tan grande como él con cuernos de carnero. Optaron por la daga primero, pero tras un par de intercambios de tajos consiguieron cada uno sujetar el brazo armado del otro y forcejearon como dos bestias de la naturaleza. Aiden atacaba a un humano que era más rápido y algo más hábil con la daga que él.

Nahia ya tenía la esfera lista, pero vio que Dafne y Lily todavía no. Lanzó la suya contra el humano que tenía en aprietos a Aiden. La esfera le dio en la cabeza, de lado, y estalló. El humano cayó al suelo como un tronco talado. Aiden miró a Nahia y le hizo un gesto de agradecimiento. Fue a ayudar a Taika.

Dafne y Lily ya tenían las suyas creadas.

—Ayudad a Ivo —dijo Nahia señalando hacia él.

Las dos enviaron sus esferas contra la espalda del gran carnero. Las explosiones no consiguieron derribarlo, pero perdió el equilibrio y clavó una rodilla. Ivo le propinó un golpe en medio de la cabeza con la empuñadura de la daga y se produjo una descarga de energía, pero el gran carnero no cayó. Ivo lo golpeó tres veces más con rapidez y el Kapro quedó en el suelo

inconsciente.

—Nos replegamos —dijo Taika y todos volvieron tras el muro.

Nahia, Dafne y Lily ya invocaban nuevas esferas.

Aguardaron un momento, pero el equipo azul no apareció. Los estandartes volvieron a destellar.

—No se han movido —dijo Taika observando el destello azul que subía hacia el cielo.

—Pues estarán usando nuestra misma estrategia —dedujo Aiden.

—El Escuadrón Azul está bastante tocado, quizá esa escuadra tenga bajas —sugirió Nahia.

—Buena información —dijo Taika.

—Tengo una amiga en esa formación, y hoy he visto a otro azul caer.

—Si son menos será fácil vencer, ¡ataquemos! —se puso en pie Aiden.

—Agáchate, cabeza de roca, que te van a dejar de lo más guapo cuando te den con una esfera en la cara.

Aiden se agachó de inmediato.

—Los Drakónidos no valoramos la belleza corporal.

—Eso es porque no tenéis ninguna —soltó Lily y sonrió encantadora.

Aiden puso cara de haberse ofendido.

—La peor escuadra… —masculló entre dientes.

—¿Qué hacemos, Taika? —preguntó Nahia.

—Si son menos no saldrán a por nosotros —razonó el tigre.

—Vayamos y carguemos, les pasaremos por encima —insistió Aiden—. El estandarte se está consumiendo.

Taika miró el estandarte y asintió.

—No podemos esperar. Vayamos, pero hay que estudiar el terreno primero.

Todos asintieron. Se pusieron en pie y se dirigieron por el gran laberinto hacia la posición rival. Llegaron a un pasillo que parecía conducir directo a donde estaba el estandarte. Taika hizo un gesto de no seguir por allí y rodear la pared de fuego para observar por el otro extremo. Así lo hicieron.

Taika se echó al suelo y arrastrándose sacó la cabeza muy rápido retrasándose enseguida. Una bola de energía estalló contra la pared de agua que había a su lado y salpicó a todos de agua helada.

—Tres tiradores y un luchador. Tienen dos bajas —informó Taika.

—¿Qué estrategia? —quiso saber Ivo.

—Ivo, Aiden y yo entraremos por aquí y cargaremos. Hay una entrada trasera. La guarda el luchador, es una Drakónida. Vosotras tres os encargaréis de ella. Una vez la eliminéis entraréis por detrás y acabaréis con los tiradores que estarán sobre nosotros.

—De acuerdo —todos asintieron.

—En posición. Os daré la señal de ataque.

Se separaron. Nahia, Dafne y Lily llegaron a la entrada trasera de la estancia, que era circular. Parte de la pared era del elemento aire y la otra parte de tierra.

Taika soltó un rugido de tigre y no tuvieron duda de que era la señal. Lily, Dafne y Nahia entraron en la estancia por la parte posterior. En la parte anterior Taika se lanzaba a un lado para esquivar una esfera que explotó sobre una pared de tierra. Fragmentos de roca salieron de ella y golpearon al tigre con fuerza. Aiden, que avanzaba hacia los tiradores, recibió una esfera en el estómago. Se dobló de dolor y se fue al suelo. A Ivo lo alcanzaron en el hombro derecho, pero la explosión no lo detuvo. Lily fue a lanzar su esfera contra la Drakónida, pero fue demasiado lenta. Una cuchillada la alcanzó en medio del cuello y cayó sin sentido. Dafne lanzó la suya y alcanzó a la Drakónida en el costado derecho. Al explotar se dobló de dolor. Nahia atinó en la cabeza y cayó al suelo sin sentido.

Taika luchaba con una pantera negra por el suelo. Aiden recibió una segunda esfera en el torso según se recuperaba de un Fatum y cayó inconsciente. A Ivo lo alcanzó en el costado un humano y se detuvo a recuperarse del dolor. Nahia y Dafne llegaron agazapadas por la espalda. Según el Fatum se volvía hacia ellas las dos lanzaron sus esferas. Le alcanzaron en el torso y cayó inconsciente.

El humano se volvió y lanzó contra Dafne, a la que alcanzó en una pierna. Del dolor perdió el equilibrio y se fue al suelo. Nahia se escondió detrás de una forma alta rectangular y creó otra esfera de energía. Sacó la cabeza y vio que el humano atacaba a Ivo. Esta vez le alcanzó en plena cara e Ivo se fue al suelo, inconsciente. Nahia salió de su escondite y lanzó contra el humano. Le dio en la nuca y se cayó tieso al suelo.

Taika se levantó. Había acabado con la pantera.

—Escuadra Roja —llamó.

Nahia salió con una nueva esfera en la mano.

—Aquí —dijo.

—Auch, aquí —se quejó Dafne desde el suelo.

—Voy a coger los tres estandartes, no queda mucho tiempo —dijo Taika y salió a la carrera.

Nahia ayudó a Dafne a ponerse en pie.

Un momento después aparecía Taika con los tres estandartes.

«Vencedor: Escuadra Ígnea. A tiempo» llegó el mensaje del comandante.

Nahia resopló.

—Lo hemos logrado, no me lo puedo creer.

—Yo tampoco —se unió Dafne.

—Hemos tenido suerte —reconoció Taika.

De pronto aparecieron varios Tergnomus. Se acercaron a los que estaban sin sentido y les inyectaron algo en el reverso de la mano. Tras un momento todos comenzaron a volver en sí.

«Ayudadles y salid del laberinto. El siguiente combate aguarda» ordenó el comandante.

Salieron y fueron con su líder.

«Bien hecho. El Escuadrón Rojo sale victorioso» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Todos se intentaban recuperar como podían. Estaban exhaustos y doloridos y aquello no había terminado. Nahia resopló. Habían sobrevivido al primer combate.

Capítulo 37

Descansaron cuanto pudieron mientras se desarrollaban las siguientes eliminatorias. La Escuadra Ardiente venció, pero la Candente quedó eliminada, lo que hizo que Irakas-Gorri-Gaizt montara en cólera.

«¡Sois una desgracia! ¡Qué deshonor quedar eliminados en el primer combate! ¡Recibiréis un castigo apropiado!».

Nahia se dio cuenta de que después de que las dieciocho escuadras compitieran, solo quedaban seis vencedoras y dos de ellas eran del Escuadrón Rojo.

«La prueba está siendo entretenida. Se espera mucho de vosotros y no todos estáis demostrando lo que un Brujo de Dragón debe tener. Ahora comienza lo realmente interesante, veamos quién está a la altura y quién no» envió el coronel.

«Líderes, presentad escuadra para segunda ronda de combates» ordenó el comandante.

«Escuadra Ígnea, a competir. Extremo norte. ¡Empleaos a fondo! ¡Derrotad a las escuadras rivales!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Aiden no tardó ni un instante. Cogió el estandarte y avanzó orgulloso hacia la entrada.

—¿Cómo estáis? Yo apenas puedo tenerme en pie —dijo Nahia a sus compañeros.

—Yo estoy muerta —reconoció Dafne.

—Yo como si me hubieran dado una paliza una panda de Tauruk-Kapro —admitió Lily.

—Tendremos que ahorrar fuerzas —avisó Taika.

—De eso nada, tenemos que darlo todo tal y como nos ha ordenado nuestro líder —afirmó Aiden.

—Sí, tú vete dándolo todo y verás cuando te aticen con una esfera en esa bocaza que tienes —replicó Dafne.

—Nadie puede con nosotros, somos la Escuadra Ígnea.

—De verdad, que alguien le dé en la boca a ver si deja de hablar un rato —se unió Lily.

—Además duelen de lo lindo. Seguro que le encanta —dijo Dafne.

—Todo esto es un desperdicio de energía positiva. Solo estamos atrayendo la negatividad del universo con estas luchas sin sentido —dijo Ivo negando con la cabeza.

—Algo de razón no te falta —convino Taika.

—Este Tauruk está fatal de la cabeza —se quejó Aiden.

Llegaron a la entrada y dos Tergnomus les dieron las armas a usar en el combate.

—Capuchas puestas —les recordaron.

Todos se las pusieron.

«Escuadras, preparaos. Entrad ahora» la orden del comandante daba comienzo al combate.

Entraron y aparecieron en una habitación rectangular. Cada pared era de un elemento diferente.

La pared a sus espaldas subió y cerró la entrada.

—Tenemos que andarnos con mucho ojo. Ahora las escuadras que quedan son buenas competidoras —dijo Taika, que ya se agazapaba con la daga a punto.

—Ya, todas las escuadras incompletas han quedado eliminadas —afirmó Aiden con la daga en una mano y el estandarte en la otra.

—¿Qué plan seguimos? —preguntó Nahia.

—Yo opto por no movernos, estoy rota —expresó Dafne.

—Esta zona de entrada no tiene dónde protegerse —dijo Taika señalando el amplio espacio abierto ante ellos.

—Pues busquemos una con protección, pero no muy lejos que yo también estoy que me caigo —opinó Lily.

—De acuerdo, seguidme —Taika avanzó y abandonaron la estancia para entrar en un largo pasillo de paredes de fuego.

—Este laberinto es de lo más encantador —bromeó Lily.

—Sí, una preciosidad —se unió Dafne.

Tuvieron que dar un par de giros a la derecha y otros tantos a la izquierda, siempre en dirección sur, hasta encontrar una estancia amplia y con protecciones.

—¿Esta? Ya hemos dejado atrás como seis salas —dijo Dafne.

—Sí, esta servirá. Las otras eran pequeñas o parecían desprotegidas —explicó Taika.

De pronto el estandarte emitió una llamarada y una luz roja se elevó hacia el cielo.

Todos observaron para identificar a las escuadras rivales. Al este vieron un haz de luz negra y al oeste uno de luz cristalina muy brillante.

—Ahí están.

—Escuadrón Negro y Escuadrón Cristalino —reconoció Nahia.

—¿Es el Cristalino o el Blanco? —preguntó Aiden.

—Brilla demasiado para ser el blanco —dijo Lily—. Debe ser el Cristalino.

Nahia resopló. No tenía amigos en esos dos escuadrones, lo que era un alivio. No tendría que enfrentarse a Maika o a Logan. Ana por desgracia ya había caído eliminada. Lo pensó un poco más y se dio cuenta de que Maika y Logan se tendrían que enfrentar en la siguiente eliminatoria.

—¿Por qué no dejamos que luchen ellos primero? Así descansamos un poco —sugirió Dafne.

—¡Eso es deshonroso! —se negó Aiden.

—Es descansar y lo necesitamos —corrigió Lily.

—No es mala estrategia —convino Nahia, que se sentía más que exhausta.

—¡Qué falta de espíritu e iniciativa! —Aiden estaba furioso.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Nahia a Taika.

El tigre se quedó pensativo.

—Para que haya una pelea debe haber dos que quieran pelear… —murmuró.

—¡Yo quiero pelear! —Aiden no podía creerlo y movía el estandarte con expresión de ultraje en su cara Drakónida.

—Calla, cabeza de granito —riñó Dafne.

—Si no nos encuentran, no pueden pelear con nosotros —sugirió Taika.

—¿Nos escondemos entonces? —preguntó Lily.

—Sí, pero con cabeza. Tampoco podemos andar corriendo por todo el laberinto. No tenemos fuerzas para hacerlo —explicó el tigre.

—Sí, yo estoy que no me tengo en pie —dijo Nahia.

—Aiden, llevarás el estandarte, movámonos cien pasos al este —dijo y así lo hicieron.

Llegaron a otra estancia bastante amplia y aguardaron en silencio, sentados en el suelo detrás de dos columnas rectangulares de agua y fuego. Pasó el tiempo hasta el siguiente destello del estandarte, que envió un resplandor rojo hacia los cielos. Vieron que el negro estaba cerca y el cristalino tampoco estaba muy lejos.

—Estamos todos jugando al gato y al ratón —se dio cuenta Taika—. Movámonos, cien pasos al sur en silencio.

Avanzaron hasta llegar a otra estancia y se resguardaron dentro. Todos se protegieron detrás de algo sin tocarlo y se quedaron sentados en el suelo.

Volvió a pasar el tiempo y de nuevo los tres estandartes emitieron sus destellos hacia el cielo marcando la posición donde estaban. Ahora sí que estaban todos muy cerca, demasiado.

Se escucharon gritos y ruido de combate al otro lado de la pared de tierra que tenían a su derecha.

—¡Están aquí mismo! —avisó Nahia.

Según lo decía dos miembros del Escuadrón Negro aparecieron. Llevaban la daga en una mano y una bola de energía en la otra. Eran una Fatum y un humano. Habían visto el estandarte de Aiden, que sobresalía del muro tras el que estaba escondido, y se dieron cuenta de que estaban allí. Rodearon el medio muro tras el que se hallaban Ivo y Aiden y atacaron. Ivo recibió dos impactos de bola de energía en el torso según se levantaba y se dobló de dolor.

—¡Al ataque! —Aiden se lanzó contra los rivales con el estandarte en una mano y la daga en la otra.

—¡Ayudadles! —Taika ya se ponía en pie.

La Fatum y el humano se lanzaron contra Ivo, que estaba tocado. Le dieron cinco cuchilladas en el torso con una rapidez y certeza impresionantes e Ivo cayó sin sentido.

—¡Ivo, no! ¡Traición! —Aiden atacó soltando golpes con daga y estandarte.

La Fatum y el humano se vieron sorprendidos por el extraño e incontrolado ataque de Aiden. Lo esquivaron y le asestaron dos cuchilladas en las costillas. Él se dobló de dolor a un lado.

Nahia, Dafne y Lily se lanzaron contra los asaltantes. Nahia alcanzó a la Fatum en el cuello y esta cayó como un saco. El humano recibió un impacto en el torso y otro en el estómago y se precipitó de rodillas del dolor. Taika llegó y lo remató con un tajo al cuello. Nahia ya creaba otra esfera de energía cuando una Tauruk del equipo Cristalino apareció. Le soltó una patada tremenda y Nahia voló de espaldas. Golpeó la pared de aire y esta la empujó con un vendaval que la volvió a lanzar en dirección opuesta. Acabó en el otro extremo de la estancia, en el suelo, muy dolorida.

Dafne y Lily lucharon contra la Tauruk, a la que enviaron dos esferas al rostro. Cayó de rodillas y sin perder tiempo las dos sacaron sus dagas y la remataron antes de que pudiera reponerse. Una tigresa del equipo Cristalino apareció por la espalda y le cortó el cuello a Dafne

con gran habilidad y rapidez. La Fatum cayó inconsciente. Lily se volvió y luchó con la tigresa daga contra daga. Se defendió y bloqueó hasta que Taika, con un salto prodigioso, derribó a la tigresa. Ambos golpearon la pared de tierra y recibieron dos tremendas pedradas como consecuencia. La tigresa no podía moverse y Taika estaba teniendo dificultades para levantarse. Lily avanzó y acabó con la tigresa.

Aiden se puso en pie y miró hacia la otra habitación, de donde provenía el ruido del combate.

—¡Escuadra Ígnea, adelante! —gritó fuera de sí y se lanzó al ataque.

Lily lo miró horrorizada al verlo cargar y fue tras él.

Aiden llegó a la refriega donde quedaban tres integrantes del Escuadrón Negro luchando contra tres del Escuadrón Cristalino. Aiden cargó contra los dos rivales más cercanos. Un Tauruk enorme del Escuadrón Negro luchaba contra un Drakónido del Escuadrón Cristalino. Se agarraban del cuello el uno al otro con una mano mientras con la otra se golpeaban torso y estómago con golpes secos y muy potentes. Sus dagas estaban en el suelo. Aiden llegó hasta ellos con ojos que destellaban con el brillo de la locura.

—¡A la victoria! —gritó fuera de sí y comenzó a golpear al Tauruk y al Drakónido como si la locura lo poseyera. Asestó con daga y estandarte una y otra y otra vez de forma frenética hasta que los dos quedaron en el suelo inconscientes.

Lily iba tras él sin saber muy bien qué hacer. De pronto, la Escarlatum del Escuadrón Cristalino le lanzó una esfera de energía. Lily reaccionó y se lanzó a un lado con tan mala suerte que golpeó la pared de agua. La mitad del cuerpo se le mojó y heló al momento. Intentó levantarse pero no pudo, tenía una pierna y un brazo congelados.

—¡Aiden, ayuda! —pidió.

Pero Aiden estaba fuera de sí. Ni oía ni veía a nadie, no atendía a razón. En ese momento cargaba directo contra los dos combatientes que tenía al frente para acabar con ellos.

Una segunda esfera alcanzó a Lily en el costado de la cabeza y perdió el sentido.

Taika saltó sobre la Escarlatum que había acabado con Lily. La pilló justo cuando intentaba crear otra esfera de energía y fue a por su cuello con la daga. La Escarlatum cayó sin sentido.

Nahia entró en la estancia en ese momento. Iba doblada de dolor y estaba muy tocada para el combate, pero no podía quedarse en el suelo mientras sus amigos luchaban. Vio a Taika, que saltaba sobre una Drakónida del equipo negro que intentaba reincorporarse. Taika acabó con ella antes de que lo consiguiera.

Aiden atacó al Felidae del Escuadrón Negro que iba a por el humano del Escuadrón Cristalino. Ambos luchaban con daga y eran muy buenos. Vieron que Aiden se les venía encima soltando golpes a diestro y siniestro con su daga y el estandarte y los dos se giraron hacia él y se defendieron. Aiden recibió dos estocadas en el torso que deberían haberle hecho doblarse de dolor, pero apenas pareció notarlas y continuó atacando a los dos rivales poseído por una extraña locura.

—¡A la victoria! —gritaba y atacaba una y otra y otra vez.

Un momento más tarde el león y el humano caían ante los golpes de Aiden.

Ya no quedaba nadie más en pie. Aiden avanzó hasta donde estaban en el suelo la Escarlatum del Escuadrón Negro y el Fatum del equipo Cristalino, que parecían haberse neutralizado mutuamente, y les soltó varios golpes con su cuchillo y el estandarte.

—¡Por la victoria! —gritó.

—¡Para, Aiden! —gritó Taika.

—¡Hasta la muerte! —siguió vociferando y se volvió contra Taika y fue a por él.

—¡Taika, cuidado! —advirtió Nahia.

Aiden avanzó unos pasos hacia Taika y de pronto cayó de rodillas. Un momento más tarde se desplomó de frente. Todas las heridas que había recibido y de las que ni se había percatado, acabaron por tumbarlo.

Taika resopló.

—Menos mal.

Nahia miraba la estancia llena de luchadores caídos.

—Coge los tres estandartes —dijo a Taika. Ella no podía moverse.

—Voy —cogió los tres estandartes de la estancia.

«Vencedor: Escuadra Ígnea. Dentro del tiempo permitido» llegó el mensaje del comandante.

Nahia se sentó en el suelo, exhausta.

Habían logrado vencer.

Los Tergnomus entraron y se encargaron de revivir a todos.

Abandonaron como pudieron el laberinto.

«¡Muy bien hecho! ¡Gloria para el Escuadrón Rojo!» envió Irakas-Gorri-Gaizt cuando llegaron hasta su líder.

Todos estaban tan cansados y doloridos que ni lo apreciaron.

«Podéis sentaros en el suelo y recobrar fuerzas. Os traerán agua y comida» envió a continuación.

Se dejaron caer al suelo y agradecieron poder reponer fuerzas. Mientras lo hacían se produjo el otro combate, en el que participaban las escuadras de Maika y Logan y la Escuadra Ardiente. Debió estar reñido porque tardaron bastante. Finalmente se anunció la escuadra ganadora, era la de Logan. Nahia se sintió mal por Maika, que lo habría intentado con todo su ser. Se alegró por Logan, conociéndole no tenía duda de que era un luchador excelente. La Escuadra Ardiente regresó cabizbaja a recibir la reprimenda de su líder.

Dieron algo de tiempo a la Escuadra Torbellino de Logan para recuperarse antes de que se produjera el combate final.

«Y llegamos a la gran final. La Escuadra Ígnea contra la Escuadra Torbellino. Espero un buen espectáculo. Esta vez será más sencillo, una escuadra entrará por la entrada norte y la otra por la sur. Los estandartes estarán colocados en el centro del laberinto. Debéis avanzar con rapidez hasta ellos y reclamarlos. Si un equipo los reclama antes que el otro, vencerá» anunció el coronel.

«Líderes, presentad escuadra para la final» ordenó el comandante.

«Escuadra Ígnea, a competir ¡La gloria debe ser nuestra!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Capítulo 38

Se levantaron y avanzaron con las pocas fuerzas que acababan de recuperar, que eran mínimas.

—Ánimo, ya casi termina este día de agonía —dijo Dafne mientras andaban.

—¿Por qué no nos rendimos y ya está? —propuso Lily.

—¡Eso nunca, que deshonra! —exclamó Aiden.

—Tú tranquilo que se te va mucho la cabeza —dijo Lily.

Aiden la miró con expresión de que no sabía de qué le hablaba.

—¿Qué dices?

—Estás de broma, ¿verdad? —Lily no podía creer al Drakónido.

—No sé de qué hablas —dijo Aiden, que avanzaba tan tranquilo.

—Me parece que cuando le dan esos ataques luego no recuerda nada —concluyó Nahia.

—¿Qué ataques? —preguntó Aiden muy sorprendido.

—¡Los que te dan a ti, cabeza de mármol! —gritó Lily.

—A mí no me dan ataques de ningún tipo. ¿Qué tontería es esa?

—¡Por los cielos, no puedo con él! —gesticuló Lily.

—Pues yo… ¡Qué te voy a contar yo! —dijo Dafne negando con la cabeza.

—No podemos rendirnos o Irakas-Gorri-Gaizt nos matará él mismo —explicó Taika—. Sería deshonrarle delante de todos y de sus superiores.

—Nos mata seguro —asintió Nahia.

—¡Lucharemos y venceremos, como hasta ahora! —levantó el puño Aiden.

—¿Recuerdas cómo ganaste el último combate? —preguntó Lily.

—Caí luchando, eso es lo importante, el cómo da igual.

—Ya, que no te acuerdas… —Lily puso los ojos en blanco.

Llegaron a la entrada y les entregaron las armas.

—Los estandartes están colocados en posición —informó el Tergnomus.

«Escuadras, entrad. Comienza el combate» ordenó el comandante.

Entraron y se cerró la pared tras ellos.

—¿Qué estrategia esta vez? —preguntó Nahia.

—Lo mejor es que soltemos a Aiden a lo loco y a ver a cuántos se carga antes de que lo derroten —dijo Lily.

—Puede atacarnos a nosotros también, la última vez lo hizo —explicó Nahia.

—Ah, entonces mejor no.

—No sé de qué tonterías habláis pero debemos correr al centro —dijo Aiden.

—¿Correr? —Dafne arrugó el ceño.

—Si llegan antes y se hacen con el estandarte tendrán ventaja —razonó Taika—. Nos veremos obligados a tener que quitárselo.

—Puf… corramos —dijo Dafne.

Echaron a correr con Taika a la cabeza. Cruzar todo el laberinto hasta llegar al centro sin tocar las paredes con todos los pasajes y estancias extrañas no resultó algo sencillo. Hubo dos o tres momentos donde parecían haberse perdido y les costó reencontrar el rumbo. Por suerte, los estandartes lanzaron su señal a los cielos y la vieron.

Finalmente consiguieron llegar al centro del gran laberinto.

Era un gran círculo con pared exterior de fuego. Estaba completamente vacío a excepción de otro círculo en el centro de paredes de agua dentro del cual estaban los estandartes. Nada más llegar comprobaron que la Escuadra Torbellino ya estaba allí, pero no habían intentado ir a por el estandarte.

Según entraron, en el acceso por el que habían atravesado se levantó una pared de fuego. No había salida, era una trampa. No se podía llegar a los estandartes y tampoco abandonar el gran círculo de fuego.

—Nos la han jugado —expresó Dafne con rabia.

—¿Te extraña? —dijo Lily y levantó los brazos.

—Los dragones quieren su espectáculo —razonó Nahia—. Tenemos que dárselo, así de desalmados son.

—Nuestros señores saben cómo prepararnos para la victoria, esto solo es un paso más —expresó Aiden, convencido.

—Formemos una línea —dijo Taika—. Dejad espacio para que podamos esquivar. Y en formación de cuchillo, esfera, cuchillo, esfera, cuchillo, esfera —especificó.

—De acuerdo —dijo Nahia y se colocaron formando una línea con Taika, Nahia, Aiden, Lily, Ivo y Dafne.

—Ellos están en formación de escuadra 3x2 —avisó Nahia.

—Esa formación no es favorable en este entorno —opinó Taika.

—Es la que nos enseñan —rebatió Aiden.

—En abierto y con tiradores es mejor la nuestra, creedme —dijo Taika.

Logan y su escuadra comenzaron a avanzar hacia el centro del gran círculo. Entre las dos escuadras estaba el cuadrado con los estandartes. No se podía acceder a ellos y siendo las paredes de agua se arriesgaban a congelarse.

—Nosotros no nos moveremos, preparad las esferas —dijo Taika.

—¿Nosotros también? —preguntó Ivo.

—Sí, pero ten la daga a mano.

Los seis sacaron las perlas, llamaron a su dragón interior e invocaron las esferas, que aparecieron en las palmas de sus manos.

Logan y su escuadra también invocaron esferas según avanzaban en perfecta formación. Llegaron al centro y en un movimiento inesperado se dividieron.

—¿Atacamos? —preguntó Aiden impaciente.

—Están lejos todavía —dijo Nahia, que había calculado el lanzamiento y no iba a llegar. Estaba tan agotada que solo mantenerse en pie le parecía un esfuerzo titánico. No sabía cómo iba a poder luchar. La escuadra de Logan parecía mucho más entera. Nahia empezó a sentir un calor interior que comenzaba a consumirla.

La Escuadra Torbellino libró los estandartes y se juntaron para formar una línea, como ellos estaban. Avanzaron decididos de frente, sin temor ni duda.

—Preparaos, están ya casi a distancia —dijo Taika.

Todos se prepararon para lanzar las esferas.

La Escuadra Torbellino se detuvo y se quedaron mirándolos fijamente. La Escuadra Ígnea los miró de vuelta, sin mostrar temor, ocultando cualquier inseguridad.

Hubo un largo *impasse*.

Y Logan dio la orden.

—¡Atacad!

Su escuadra avanzó un par de pasos.

—¡Tirad, ahora! —ordenó Taika.

Los seis Ígneos lanzaron sus esferas directas al contrario.

Y comenzó el combate.

Nahia miraba a Logan, al que debería enfrentarse ya que los dos equipos eran prácticamente idénticos. Sin embargo, Logan había cambiado su posición con la Escarlatum de su grupo. Nahia no sabía si lo había hecho a propósito para no tener que enfrentarse a ella. Se centró en la Escarlatum, que se parecía mucho a Lily aunque era algo menos bonita. Lanzó con rapidez y le alcanzó en el hombro derecho provocando que se le cayera la esfera antes de que consiguiera lanzarle a ella. Nahia invocó otra esfera de energía con premura antes de que la Escarlatum se recuperara. El problema era que empezaba a sentirse muy mal, con calor intenso por todo el cuerpo y latidos del corazón que se iban acelerando.

Lily se centró en la leona que tenía delante con una apariencia física impresionante. Era casi tan grande como Taika. Siendo una Felidae sería más débil en magia y muy buena con la daga y el combate desarmado, así que le lanzó la esfera antes de que se le acercara demasiado. La leona recibió el impacto en el estómago y la explosión de energía la hizo doblarse hacia delante. No pudo lanzar su esfera, que terminó en el suelo. De inmediato, Lily ya invocaba otra.

Dafne envió su esfera de energía contra la Fatum rival al mismo tiempo que ésta se la lanzaba a ella. Las bolas se cruzaron en el aire. Ambas se alcanzaron en el torso y al explotar se fueron las dos de espaldas al suelo.

Aiden se enfrentó al Drakónido de la escuadra rival.

—¡Ven y perece! —gritó exaltado.

—¡Por la victoria! —gritó su rival.

Ambos se lanzaron las bolas de energía y se impactaron. A Aiden le dio en una pierna y tuvo que clavar la rodilla de dolor y por quedar desequilibrado. Su rival recibió el impacto en el brazo derecho, que le quedó medio inútil. Un momento después sacaban las dagas y comenzaban a luchar uno cojo y el otro manco.

Ivo se enfrentaba a un Tauruk tan grande como él. El Tauruk rival cargó. Ivo le lanzó la bola de energía y le alcanzó en el hombro derecho. El otro se paró un momento y al ver que no podía

lanzar con la derecha lo hizo con la izquierda fallando por completo. Volvió a cargar como un toro enfurecido. Ivo no era de cargar, así que sacó su daga y se preparó para recibir el embate. El Tauruk lo embistió y derribó con tremenda fuerza. Ivo quedó aplastado bajo el cuerpo enorme de su rival, pero con habilidad comenzó a clavarle la daga en el costado.

Taika vio que Logan se dirigía a enfrentarse con él y saludó con respeto con la cabeza. Logan le devolvió el saludo. Un instante después atacó con gran velocidad lanzando la esfera de energía al tiempo que avanzaba en zigzag. Taika lanzó la suya y se desplazó con agilidad a un lado. Ninguno de los dos consiguió alcanzar al otro. Un instante después ambos tenían las dagas en las manos. Logan llegó hasta Taika y comenzaron a luchar daga contra daga.

Nahia vio que la Escarlatum a la que se enfrentaba sacaba su daga y avanzaba hacia ella. Fue a lanzar la esfera de energía y sintió que no podía respirar. Ya no había duda, le estaba dando uno de sus ataques. Consiguió lanzar la esfera y alcanzar a la Escarlatum en el estómago al írsele bajo el lanzamiento. La Escarlatum se dobló de dolor y paró su avance. Nahia cayó de rodillas y buscó el tónico en su cinto. Debía tomarlo o no solo perdería el combate, sino también la vida.

Lily alcanzó con una esfera a la leona en las costillas y ésta se dobló de dolor a un lado. El problema era que ya la tenía encima y, al ser tan fuerte, aguantaba bastante bien el castigo de las esferas de energía. No se acobardó. Tenía todavía tiempo de crear una última esfera y acabar con la leona si le acertaba en cara o cuello. Invocó otra y mientras se formaba en su mano vio cómo la leona, con la daga en la suya, saltaba sobre ella con toda su potencia. Lily calculó el momento y le estampó la esfera en las fauces según le caía encima. Al mismo tiempo la leona le clavaba el cuchillo en el corazón. Las dos se fueron al suelo y quedaron ambas sin sentido.

Dafne y la Fatum rival se levantaron a la vez. Ambas crearon una esfera de energía tan rápido como pudieron y lanzaron. Se volvieron a alcanzar en el torso y se fueron al suelo. Esta vez Dafne tuvo serios problemas para levantarse. Con expresión de estar sufriendo muchísimo, consiguió ponerse de rodillas. Su rival se puso en pie, más entera que ella. Volvieron a invocar una esfera, pero la Fatum fue más rápida y la lanzó cuando Dafne terminaba de invocar la suya dándole en la cabeza. Cayó sin sentido a un lado.

Ivo se quitó de encima al Tauruk al que había vencido acuchillándolo en el costado. Se puso en pie y vio a la Fatum que había vencido a Dafne. Avanzó hacia ella con tranquilidad y con la daga en la mano. La Fatum lo vio e invocando una esfera se la lanzó. Ivo no se inmutó y cruzó sus brazos frente a su rostro. La esfera los alcanzó y sintió un tremendo dolor, pero siguió avanzando. La Fatum volvió a invocar y a tirar. Esta vez le dio en la mano de la daga, que salió por los aires. Ivo llegó hasta la Fatum, que sacó su daga y lo acuchilló en el costado. Hizo que se doblara de dolor, pero con su puño desarmado le dio un golpe en la cabeza de arriba abajo y la Fatum cayó inconsciente.

—Lo siento… —se disculpó.

Aiden recibió una cuchillada en el hombro izquierdo mientras soltaba otra a su rival en el torso. El dolor de la cuchillada pareció despertar algo en Aiden y sus ojos brillaron con la centella de la irracionalidad. De pronto comenzó a soltar tajos a diestra y siniestra sin ninguna consideración por la técnica o su propia defensa. Golpeaba como un poseso. Su rival, sorprendido por el contundente ataque, se retrasó esquivando los tajos. Soltó un par de estocadas al estómago de Aiden, que ni siquiera pareció sentir el dolor que producían, y continuó su loca embestida contra su enemigo. Avanzó sin parar de golpear hasta que consiguió alcanzarle en el torso. El Drakónido lo sintió y vaciló. Le cayeron tres tajos más y terminó en el suelo, inconsciente.

Taika y Logan se lanzaban medidos ataques y precisos bloqueos seguidos de contrataques. Los dos eran muy buenos con la daga y sus movimientos de ataque y defensa muy rápidos y equilibrados. Taika era más ágil y fuerte que Logan, pero el humano tenía mejor técnica con la daga y equilibraba el combate.

De rodillas, Nahia intentaba llevarse el tónico a la boca, pero estaba sufriendo espasmos. Si seguían, no lo conseguiría. La Escarlatum se estaba recuperando, la atacaría y la dejaría sin sentido de una cuchillada certera. Y si eso ocurría y no tomaba el tónico, Nahia moriría. El miedo hizo que el estómago le diera un vuelco.

Consiguió llevarse el tónico a la boca y quitarle el tapón, pero la Escarlatum ya estaba sobre ella. Lo bebió y cayó de lado al suelo. Estiró la mano mientras los espasmos la sacudían. La Escarlatum la miró extrañada. Estaba de pie junto a ella, pero Nahia no podría levantarse ni defenderse, no después de un ataque. Al menos no moriría, pero se sintió mal, había fallado a su escuadra. No había sido capaz de luchar como los demás debido a la condición que tenía. Se sintió avergonzada, un fracaso. La Escarlatum se puso de cuclillas y le puso la daga en el cuello.

—Lo siento, tengo que hacerlo —dijo.

Nahia no respondió. Miraba la esfera que se le había caído a la Escarlatum en el suelo a unos pasos y se centró en ella. Luego miró a la Escarlatum y con su mente dirigió la esfera desde el suelo a la cabeza de su rival. La esfera salió despedida y la golpeó cuando se disponía a presionar el cuello de Nahia con la daga. La esfera explotó y la Escarlatum cayó al suelo inconsciente.

Ivo se dio la vuelta y se encontró con Aiden.

—Ayudemos a Taika —dijo y señaló hacia el tigre.

—¡A por la victoria! —gritó Aiden, que no reconoció a Ivo.

No reconocía a nadie. Le soltó tres tajos seguidos a la cabeza en un ataque furibundo.

—Pero qué… —es cuanto pudo decir Ivo antes de caer inconsciente.

Aiden se volvió.

—¡Gloria al vencedor! —gritó y atacó a Logan, a quien tenía más cerca, por la espalda. Él lo vio venir de reojo y esquivó los golpes furibundos de Aiden.

Taika aprovechó la ventaja y alcanzó a Logan en el costado con una rápida estocada. Este se dobló de dolor y se agachó. Dos tajos de Aiden le pasaron por encima de la cabeza. Contratacó al estómago de Aiden, que no pareció sentir la cuchillada. Logan se tiró a un lado para evitar otra estocada de Taika. Aiden siguió atacando sin ninguna preocupación por ser alcanzado.

Logan le dio tres veces más mientras esquivaba sus golpes furibundos. Taika volvió a alcanzar a Logan en el costado con una fugaz y precisa estocada. Logan se apartó y le dio otra cuchillada a Aiden en el torso. Luego se quedó agazapado con la daga hacia delante.

De pronto Aiden se detuvo. Miró al frente, se quedó así un instante y al siguiente se precipitó de bruces como un árbol talado.

Taika vio a Logan herido y fue a rematarlo. Golpeó la daga de Logan para apartarla y lanzó su estocada al corazón. Para su sorpresa, Logan tenía una esfera de energía en la otra mano. Le golpeó con ella en la cabeza según su estocada le alcanzaba el corazón. Se produjeron las descargas de energía y ambos cayeron al suelo, inconscientes.

Todo se quedó en silencio. Nadie se movía. El combate había terminado.

Un largo momento después llegó el anuncio.

«Combate finalizado. Parece un empate técnico por eliminación de todos los combatientes. ¿Queda alguien consciente? Si queda alguien consciente que se levante» ordenó el comandante.

De pronto Nahia se dio cuenta de que ella estaba consciente, estaba tirada en el suelo y sin ninguna fuerza, pero consciente. Levantó la mano derecha.

«Tenemos a alguien consciente. Levántate, humana» envió el comandante.

Nahia no quería desobedecer, pero no podía levantarse. Hizo un intento y consiguió ponerse de medio lado.

«Levanta y reclama la gloria de la victoria o quédate tumbada como una débil perdedora. Reclama el triunfo para tu escuadra o lleva la vergüenza a esta por no haberlo conseguido» ordenó el coronel.

Nahia apretó la mandíbula. Tenía que levantarse por ella y por sus compañeros. Tenía que satisfacer a aquellos seres desalmados. Sacando fuerzas de la rabia, del odio por aquellos seres despreciables, se puso en pie.

A duras penas conseguía mantener el equilibrio.

«¡Vencedor de la final y campeón glorioso de la competición: la Escuadra Ígnea!» proclamó el coronel.

Nahia se mantuvo un momento más de pie y luego se fue al suelo. Lo último que vio antes de perder el sentido fue a los Tergnomus entrando a socorrerles.

Capítulo 39

Vencer en la final de la Competición de Escuadras fue algo increíble y que ninguno de los seis componentes de la Escuadra Ígnea pensó poder conseguir. Sin embargo, de alguna forma lo habían logrado. No hubo ceremonias ni reconocimientos. Según el comandante, la gloria de la victoria era suficiente premio y lo mínimo a lo que todos debían aspirar.

Tampoco su líder los recompensó de forma alguna, aunque como habían traído gloria y honor al Escuadrón Rojo les concedió un descanso adicional de tres días para recuperarse y perdón para el siguiente error que cometieran. A Nahia le pareció mucho viniendo de su líder y sabiendo que cometerían errores.

Lo que sí hubo en todas las escuadras fueron castigos, sobre todo en las que habían perdido en el primer combate. Se envió a gente a limpiar los calabozos, a labores de reconstrucción de la muralla, a labores de refuerzo de las atalayas, a picar roca y a doble turno de marcha y formación por las mañanas por un mes, lo que era duro pues perdían la comida de la mañana y solo tenían la de la noche. Dos escuadras quedaron muy mermadas, por lo que se disolvieron y sus miembros se repartieron entre las restantes. Para final de año se esperaba que desapareciesen dos o tres escuadras más de las dieciséis que quedaban. Era terrible y Nahia sufría y se enfurecía cada vez que lo pensaba. Los despiadados dragones sin alma los mataban por igual tanto abajo en los campos, como en la academia.

Lo único bueno que les trajo ganar la final fue el reconocimiento de las otras escuadras. Ahora cuando entraban en el comedor todos los de primer año saludaban con ligeras inclinaciones de cabeza. Era como si de pronto todos los respetaran. A Aiden el reconocimiento le encantaba.

—Da gusto que te respeten por ser victorioso —dijo a sus compañeros el primer día de vuelta a la normalidad, cuando desayunaban.

—El respeto no se gana en la victoria, se gana siendo buena persona —dijo Ivo, que ya estaba terminando su ración de pavo asado para ir a pedir la segunda.

—Eso es una tontería, por supuesto que se gana en la batalla.

—A ti no te saludan por respeto, cabeza de granito, lo hacen por temor —dijo Dafne.

—¿Me temen? ¡Mucho mejor! —Aiden se hinchó todavía más.

—Por lo loco que te vuelves —dijo Lily.

—Sigo sin creer que me den esos ataques que decís —Aiden negaba con la cabeza.

—Te lo hemos dicho. No puedes negar una evidencia que hemos presenciado todos —dijo Lily.

—Sí que puedo. Yo no lo recuerdo, así que no pasó.

—Taika, Ivo, decídselo vosotros que nosotras llevamos tres días haciéndolo y no nos cree.

—Pierdes la cabeza en el furor del combate y no reconoces a amigos ni enemigos —dijo Taika.

—Eso no puede ser.

—Puede ser porque me golpeaste tres veces en la cabeza en la final —dijo Ivo.

—Sería sin querer, accidental…

—¿Tres veces? —Ivo negó con la cabeza—. De accidental nada, estabas en un estado de frenesí y atacabas a todos por igual. Ni veías.

—La furia te cegaba. Atacabas como un poseso —dijo Taika.

—Deberías creerles, por tu bien, o terminarás haciéndote daño —recomendó Nahia.

—Bueno… es que no recuerdo nada…

—Por eso mismo, escucha a tus compañeros y lo que te queremos decir —dijo Nahia.

—Lo pensaré… —cedió.

—Ya es mucho —levantó las manos al cielo Dafne.

—Quiero aprovechar la ocasión para felicitar a Taika. Estuviste magistral —dijo Nahia y levantó el vaso de agua que estaba bebiendo a modo de brindis.

—¿Yo? Solo lo hice lo mejor que pude —Taika se ruborizó un poco, lo cual era extraño en un gran tigre blanco.

—Deberías ser el líder de la escuadra —dijo Dafne.

—Sin duda, tienes mucha cabeza —se unió Lily.

—Gracias, me halagáis, pero yo no quiero ser líder, no va conmigo. Soy un superviviente nato y me guio por la ley de la jungla. Ser fuerte, listo y sobrevivir, no guiar a otros, eso te lleva a la muerte —dijo y bajó la mirada al plato de comida.

—Vaya, pues es una pena porque talento y agallas para liderar tienes —dijo Dafne.

—Cada uno debe encontrar su vocación y destino en esta vida —intervino Ivo—. Todos somos diferentes y tenemos diferentes virtudes y fallos. Dejad que Taika viva su vocación y encuentre su destino.

—Sí, tienes razón, no queríamos presionarte, Taika, solo darte las gracias —dijo Nahia.

—Las acepto de muy buen gusto y te las devuelvo, porque tú conseguiste triunfar donde el resto fracasamos.

—Eso es, te debemos ser campeones —dijo Dafne.

—Quizá tú deberías ser nuestra líder —dijo Taika.

—¿Yo? Ni loca, si soy un riesgo andante…

—Ya, uno que es capaz de atacar a un rival con su propia esfera y con la mente. Eres toda una prodigio —dijo Lily.

—Más que una prodigio, una calamidad. Me dio otro ataque y casi os dejo vendidos, además de que casi muero por ello.

—Tienes un pequeño problemilla, eso es todo —le restó importancia Dafne e hizo un gesto con la mano.

—Un problemazo, más bien —dijo Nahia.

—Los problemas a veces nos los pone la vida para que los solventemos y nos realicemos —dijo Ivo.

—Este no veo cómo voy a solventarlo. No puedo coger el mando porque os fallaré. Volveré a sufrir ataques en momentos críticos, lo sé. Necesitáis a alguien más confiable.

—Ese soy yo —afirmó Aiden convencido.

—¿Cómo vas a ser tú que ni recuerdas lo que haces? —dijo Dafne.

—Tú estás descalificado por perder la cabeza cada dos por tres —dijo Lily.

Aiden puso mala cara, pero no dijo nada.

—A mí no me miréis. Yo no sirvo para escuadras de guerra. Lo mío es paz, amor e individualidad —dijo Ivo.

—Que lo diga un ser hecho para la guerra es algo chocante —replicó Dafne.

—Pues yo no quiero el liderazgo. La responsabilidad de tomar decisiones difíciles envejece y te saca arrugas y canas. Y como comprenderéis, de eso nada —expresó Lily. Puso caras de belleza y echó su hermosa melena azabache a un lado y luego al otro.

Todos miraron a Dafne, que era la última que quedaba.

—A mí me encanta mandar, pero con mi mal carácter lo más seguro es que os castigue a todos a muerte cada día. No, mejor que no sea yo, estaría el triple de irritable, lo cual no os conviene.

—Eso seguro —dijo Aiden y antes de que Dafne pudiera responder se levantó y se marchó de la mesa.

—En ese caso, seguiremos teniendo el equipo campeón de primer año y sin líder, cada cual haciéndolo lo mejor que pueda —dijo Nahia.

Todos asintieron y sonrieron. Terminaron de desayunar y se levantaron para marchar. Nahia buscó con la mirada a Logan.

Él la miró de vuelta y le saludó con la cabeza, con respeto. Nahia sonrió. Vio que a Logan se le curvaron un poco los labios, lo que la animó mucho.

Tres noches más tarde, estaban a punto de irse a dormir cuando Lily le dejó algo envuelto en un paño a Nahia sobre su catre.

—¿Qué es? —preguntó Nahia extrañada.

—Un regalo.

—¿Un regalo? Pero si no tenemos nada que regalar.

—No te creas, ábrelo y verás.

Sorprendida, Nahia abrió el paño y dentro encontró un collar de cuero que en lugar de una joya en el centro, tenía un contenedor de madera.

—¿Es lo que creo que es?

Lily rio.

—Sí, es un collar para que lleves tus tónicos. Sé que los llevas en el cinturón, pero he pensado que cuando tienes un ataque, cuanto más cerca esté de la boca, más fácil será tomarlo.

Nahia se puso el collar y sacando uno de sus tónicos lo colocó en el contenedor. Encajaba muy bien y quedaba bien asegurado por la sujeción de cuero, era como un bolsillo. Lo miró colgando de su cuello y asintió.

—Funcionará a la perfección. ¡Muchas gracias, Lily! —dijo y se levantó para darle un abrazo.

—No es nada —sonrió ella—. Me gusta hacer cosas con mis manos y se me da bien. Soy buena tejiendo, cosiendo, haciendo prendas, collares, pulseras y todo tipo de manualidades.

—Pues yo no tanto —tuvo que reconocer Nahia mirando su nuevo collar—. Lo que no entiendo es cómo nunca se me había ocurrido llevarlo al cuello.

—Eso es porque no tienes mucho aquí —dijo Dafne que estaba dentro de su camastro y señalaba la cabeza con su dedo índice.

Nahia la miró extrañada. Dafne no solía meterse mucho con ella y aquel comentario era un poco hiriente. Los últimos días Dafne estaba de un humor todavía más oscuro de lo que era habitual en ella.

—Oye, no seas así —regañó Lily.

Dafne la ignoró.

—¿Estás bien, Dafne? ¿Te pasa algo? —preguntó Nahia que tenía la sospecha de que algo había.

—No me pasa nada. ¿Por qué me tiene que pasar algo?

—Porque últimamente estás de lo más insoportable —dijo Lily—. Casi más que Aiden.

—Os he oído —llegó la voz de Aiden desde el otro lado del biombo.

—Pues no escuches —contestó Lily.

—Si hablarais más bajo y nos dejarais dormir no escucharíamos —respondió Aiden.

—Calla y ronca, que es lo único que sabes hacer bien —dijo Dafne de mal humor.

Se escucharon improperios en el lenguaje Drakónido que nadie entendió.

—¿Qué te pasa, Dafne? —Nahia se sentó en el camastro de la Fatum sin pisarla.

—Sí, ¿qué tienes? —preguntó Lily y se agachó al otro lado del camastro para hablar con ella.

Dafne cruzó los brazos sobre la manta con la que se cubría.

—Me estoy quedando atrás… —confesó con voz bajita para que los chicos no la oyeran.

—¿Atrás? ¿Te refieres a las clases? —preguntó Nahia.

—Pues claro, no me voy a referir al campeonato de ronquidos que tienen esos tres al otro lado del biombo todas las noches.

—Si en magia vas muy bien —dijo Lily—. Lo haces mejor que yo.

—Mira que sois obtusas. Hay días que casi prefiero hablar con Aiden que con vosotras. Me refiero a las clases de armas —explicó.

—La peor en armas soy yo —dijo Nahia.

—Eras, ya no. Ahora lo soy yo.

—¿Tú crees? —Nahia no estaba muy segura de aquello.

—Antes lo eras tú, pero últimamente has mejorado mucho. Con el cuchillo me arreglo bien, pero la parte física me está matando. No puedo con ella, me quedo siempre molida tras cada clase. Pronto me va a pasar algo y ese dragón azul sin alma me lo va a hacer pagar. Y sabéis los rumores que corren… Pronto morirá otro de primero y no quiero ser yo.

—No me había dado cuenta de que tenías problemas —dijo Nahia.

—Yo sí —reconoció Lily—. Y tiene razón. Ahora la peor es ella y no tú —dijo a Nahia.

—Tiene que ser por el entrenamiento de fuerza que hago con Log… Taika. Es cierto que me canso menos y aguanto mejor las clases.

—Pues ya sabes qué tienes que hacer —le dijo Lily con expresión de que era obvio.

—Sí… bueno… ¿Me ayudaríais? —preguntó Dafne como con dudas y bajando la cabeza algo avergonzada.

—Por supuesto. Somos de la misma escuadra, somos amigas.

—¿Lo somos? ¿O somos compañeras forzosas? —preguntó Dafne.

—Somos amigas, y las amigas están para ayudarse —aseguró Lily—. Puede que este concepto de la amistad no lo tengas muy trabajado por esa personalidad tan áspera que tienes, pero ya te irá entrando —soltó y rio.

—Eso es. Por supuesto que somos amigas y nos vamos a ayudar las unas a las otras —aseguró Nahia—. Yo tampoco tengo mucha experiencia con amistades… pero pienso aprender.

—Desde luego, vaya amigas novatas que me han tocado —Lily puso los ojos en blanco y luego volvió a reír.

—¿Y ellos? ¿Los consideramos amigos? —preguntó Nahia.

—¿A esos tres? Ni en sueños —afirmó Lily.

Nahia y Dafne se miraron sin saber si hablaba en serio o no. Un instante después Lily rompía a reír. Nahia y Dafne asintieron y se unieron a las risas.

—¿Queréis dejar de hacer ruido? ¡Estamos intentando dormir! —llegó el grito de Aiden.

—¡Tú quedas fuera, por cabeza de granito! —gritó Lily y volvieron a reír.

Capítulo 40

El invierno había traído el frío y aunque sus vestimentas les protegían de los rigores del clima, todos caminaban un poco más rápido por las zonas abiertas donde el viento soplaba con más fuerza. Vivir a aquella altura significaba que debían soportar temperaturas más bajas, y ahora que el mal tiempo había llegado, todavía más.

Formar delante de Irakas-Gorri-Gaizt por las mañanas era una obligación que cada día les costaba un poco más. No era por la nieve y el frío, sino porque los hacía formar y marchar por toda la plaza en formación marcial. Llevaban haciéndolo desde después de la competición. No les habían explicado el motivo, más allá de que todo soldado debía saber marchar en formación. En un principio habían pensado que era un castigo por no haberlo hecho bien en la prueba, pero notaron que no eran los únicos. Todos los escuadrones realizaban ejercicios de marcha militar a primera hora de la mañana tras formar ante su líder. Esto los tenía desconcertados. Lo que estaba claro era que les robaba tiempo de desayuno y eso sí que era un castigo, sobre todo para Ivo.

Aquella mañana invernal iban de camino a la clase de armas tras el cada vez más corto desayuno con un cielo completamente encapotado. Los copos de nieve comenzaron a revolotear a su alrededor.

—¿No os parece extraño? —preguntó Nahia.

—¿El qué? ¿La nieve o el frío? —preguntó en respuesta Dafne.

—Ambas cosas, pero sobre todo que no sé si nieva por encima o por debajo de nosotros.

Lily asintió y extendió las manos para que los copos de nieve se posaran sobre ellas.

—Yo diría que ahora mismo nieva por encima de nosotros y muy probablemente por debajo también.

—Eso me agradaría mucho verlo —comentó Ivo—. Me refiero a la parte en que nieva por debajo.

—No creo que nos permitan presenciarlo —opinó Taika y miró hacia la muralla oeste, donde estaban los dos dragones de vigilancia sobre dos atalayas.

—Cierto. No podemos subir a las murallas sin permiso de nuestro líder de escuadrón —explicó Aiden.

—Tampoco es que podamos escapar de aquí. ¿A dónde vamos a ir? —preguntó Lily.

—En este reino, además de la Perla Blanca por la que llegamos no hay más que esta academia y las montañas que se ven al norte, ¿no? —preguntó Nahia.

—Eso es incorrecto —corrigió Aiden y todos se detuvieron y lo miraron.

—¿Qué más hay aquí arriba? —preguntó Dafne.

—¿Es que no os han enseñado nada en vuestras naciones? —el Drakónido se detuvo bajo la nieve que caía y gesticuló con los brazos.

—Se ve que no tanto como a vosotros —dijo Lily.

—¿Qué más hay aquí arriba? —quiso saber Ivo.

Aiden suspiró.

—No sé todo lo que hay, pero os puedo decir que está el gran núcleo de poder que sostiene esta isla en el aire.

—¿El gran núcleo de poder? —preguntó Taika interesado.

—No he visto ninguno, pero todos los reinos de los dragones tienen uno. Es un núcleo de gran energía cuya función es mantener el reino levitando. Requiere de muchísimo poder mágico, o eso se dice en mi tierra.

—Eso también me gustaría verlo —comentó Ivo.

—No es bueno acercarse, es demasiado poderoso y podría matarte —advirtió Aiden.

—Bueno, pues lo miraremos desde lejos. ¿Sabes dónde está? —preguntó Lily.

Aiden negó con la cabeza.

—Ni idea, ni creo que debamos saberlo.

—Y aparte de eso, ¿qué más hay aquí? —preguntó Dafne.

—¿Tenemos que hablar de esto bajo la nieve? —se quejó Aiden.

—Sí, porque una vez entremos en formación de armas no podremos hablar —dijo Lily y puso cara de que quería saberlo.

Aiden suspiró mientras le caían copos de nieve sobre la capucha escamada de su capa.

—Este reino es conocido por tener al Gran Oráculo y el Templo de la Avenencia. Son los que lo hacen especial, aparte de esta academia, claro —el Drakónido lo dijo como si fuera un hecho conocido por todos.

—Yo no he oído nunca nada sobre ningún Gran Oráculo ni ningún Templo de la Avenencia —dijo Dafne cruzando los brazos sobre el torso y frunciendo el ceño.

—Yo tampoco —se unió Lily.

—Parece que los Drakónidos tienen más información que el resto de las razas —comentó Taika enarcando una ceja.

—Información privilegiada —añadió Ivo.

Aiden se encogió de hombros.

—Somos los favoritos de nuestros señores, es natural que compartan más información con nosotros que con el resto de sus razas esclavas.

—Cuando hablas así me dan ganas de pedirle a Ivo que te estampe un puñetazo en esa cara de dragón idiota que tienes —dijo Dafne.

—La violencia no soluciona nada —dijo Ivo y negó con la cabeza.

—Quizá no, pero nos encantaría verlo —sonrió Lily.

—No es culpa mía que los amos no compartan información o conocimiento con vuestras razas —dijo Aiden.

—Todos aquí sabemos por qué lo hacen—dijo Dafne y gesticuló como diciendo algo a Lily.

—¿Qué es ese Gran Oráculo? —preguntó Nahia queriendo detener la discusión.

—El Gran Oráculo es un dragón milenario que puede ver el futuro. Los líderes de los cinco clanes lo consultan de tanto en tanto.

—¿Y cómo es que está aquí? —quiso saber Nahia.

—Imagino que porque este reino es neutral —razonó Taika—. Si realmente puede ver el futuro y uno de los cinco dragones líderes se hace con él, tendría una gran ventaja sobre los otros cuatro.

Aiden asintió.

—Taika está en lo correcto. Por esa razón está en el reino neutral.

—¿Y es realmente un oráculo? ¿Puede predecir el futuro? —preguntó Nahia.

—Así es. Es un dragón ancestral de gran poder —aseguró Aiden.

—No sé yo si eso no serán más que creencias infundadas —Ivo arrugó la nariz, no estaba nada convencido.

—A mí también me suena un poco a cuento para niños —se unió Lily y movió la cabeza de un lado a otro.

—Entre los míos se cree en oráculos y brujas con poder para conocer el futuro —comentó Taika.

—En mi pueblo también —dijo Dafne—. Hay quienes predicen tormentas, malas cosechas, calamidades y similares.

—Entre los míos se cree en la profecía: en que un día, un esclavo se alzará contra los dragones y los vencerá, liberando a los pueblos dominados —explicó Nahia.

—Eso lo creen todas las razas excepto los Drakónidos y es una quimera. Nunca sucederá —aseguró Aiden.

—Porque tú lo digas —replicó Lily.

—¿Todos conocéis la profecía? —Nahia miró a sus compañeros bajo la nieve, que no cesaba de caer.

Dafne asintió.

—Nosotros la tenemos.

Taika e Ivo asintieron también.

—Es una de las razones principales por la que se produjo la Gran Insurrección. Su líder se alzó como el elegido de la profecía —explicó Dafne.

—Por eso consiguió convencer al resto de líderes —comentó Lily.

—Oh, no lo sabía —negó con la cabeza Nahia.

—Hay mucho que tu abuela no te ha contado —dijo Lily.

—Lo habrá hecho de buena voluntad, para protegerla —opinó Taika con tono agradable.

Nahia asintió varias veces.

—Sí eso, seguro.

—Ha hecho bien. Ya se demostró que la profecía era una fantasía y que alzarse contra los dragones era inútil —afirmó Aiden.

Nahia no quería pensar como Aiden, pero tenía que reconocer que tenía mucha razón. No conocía todo lo que había pasado durante la insurgencia, pero se le antojaba imposible derrocar a los dragones.

—¿Y el templo que has mencionado? —preguntó cambiando un poco de tema.

—El Templo de la Avenencia —dijo Aiden—. Es un templo donde se reúnen los cinco

líderes dragones para discutir temas de gran relevancia. No lo hacen a menudo, solo cuando algo muy importante va a suceder y necesitan un acuerdo de los cinco clanes. También ocurre cuando se decide consultar al Gran Oráculo.

—Interesante —dijo Taika—. Entiendo que vendrán sin sus ejércitos.

Aiden asintió.

—Vienen solos. De lo contrario habría disputas entre ellos. Por ello se llama el Templo de la Avenencia, porque deben avenir.

—En poco se pondrán de acuerdo esos —comentó Dafne.

—Sí, eso estaba pensando yo también —comentó Lily quitándose un copo de la punta de la nariz.

—Bueno ya vale de charla, corramos a clase de armas. No quiero llegar tarde —dijo Aiden y echó a correr.

Según corrían Nahia iba pensando en todo lo que habían comentado. Tenía muchas preguntas sobre las que quería respuestas. Algunas quizá las tuviera Aoma, otras tal vez estuvieran en algún lugar de aquella academia o de sus alrededores.

Al llegar a clase de armas se encontraron con que Mai-Beltz-Gaiz no estaba allí. En su lugar había otro dragón tan poderoso como el dragón negro, solo que este era marrón. Frente a él había un instructor Tauruk, otro Fatum y un humano. Todos de género femenino en este caso, lo que dejó a Nahia sorprendida.

«Bienvenidos. A partir de hoy comenzáis una nueva etapa de aprendizaje después de haber pasado la prueba de medio año. Yo seré vuestro instructor a partir de ahora y hasta el final del curso. Mi nombre es Irma-Mar-Gud. Ahora comenzaréis a trabajar una nueva parte de vuestro desarrollo, el estudio de armas regular. Lo primero que haréis es aprender a trabajar con los escudos. Es un elemento muy importante porque no solo os protegerá sino que podréis usarlo para atacar. Instructores, comenzad con la formación».

Nahia y sus compañeros se quedaron de piedra, aquello sí que no lo esperaban. Nuevo maestro y nuevos instructores además de nuevo nivel de enseñanza. En aquella academia cada día se encontraban con una sorpresa.

Esta vez les tocó la instructora Tauruk. Era muy fuerte y grande, casi tanto como Ivo. De un gran baúl que había junto a la pared oeste sacó un escudo para cada uno de la escuadra y los entregó.

Nahia recibió el suyo y al sopesarlo y palparlo vio que era de metal. Se dio cuenta de que si con la daga que llevaba a la cintura había tenido suerte, con el escudo no sería el caso. Pesaba más de lo que esperaba. Además, tendría que llevarlo en el brazo izquierdo, pues usaba la daga con la derecha y ese era su brazo más débil.

La instructora no perdió un momento y comenzó a mostrarles cómo sujetarlo con propiedad y la postura en la que debían poner las piernas para detener los golpes de forma eficiente.

—Tú, Tauruk, atácame con tu daga —dijo a Ivo.

Ivo la miró y en sus ojos apareció la duda.

—Me atacarás con una estocada directa al corazón —ordenó la instructora.

La boca de Ivo se abrió para objetar pero la instructora no se lo permitió.

—Ni una palabra. Haz lo ordenado.

Ivo no parecía nada contento con aquello, pero hizo como le indicaban. Sacó su daga y con el arma en la mano derecha y el escudo en la izquierda se puso en posición con las patas traseras ligeramente flexionadas. Como estas terminaban en pezuñas, era un poco extraño.

—Ejecuta el ataque —ordenó la Tauruk, que solo llevaba un escudo en su mano izquierda y aguardaba en posición defensiva.

Ivo suspiró hondo y atacó. La daga se dirigió al cuerpo de la poderosa Tauruk, pero no llegó a rozarlo. Con un movimiento rapidísimo interpuso su escudo en la trayectoria de la daga y esta golpeó el metal. Al hacerlo, salió desviada hacia un lado y dejó a Ivo mal posicionado. Sin mediar palabra, la instructora le soltó un tremendo golpe con el escudo a la cara. Ivo cayó al lado opuesto como un árbol talado y se quedó tendido en el suelo, sin sentido.

—Que nadie lo socorra, se recuperará en breve —ordenó la Tauruk—. Como habéis podido ver, con un escudo se puede defender y a su vez atacar y derribar hasta al más potente de los adversarios. Pero para ello hay que saber cómo y dónde golpear.

Nahia estaba helada. Al pobre Ivo lo había dejado inconsciente de un solo golpe, lo que le parecía imposible con lo fuerte y alto que era. Por otro lado, la instructora también era fuerte y alta aunque no tanto como Ivo. Estaba claro que la técnica tenía mucho que ver.

—Ahora os colocaréis por parejas y realizaremos ejercicios de ataque con daga y defensa con escudo. Quiero que seáis capaces de defender cualquier ataque que os realicen desde cualquier dirección. Cuando dominéis esto, pasaréis a hacer lo que acabo de mostraros. Aprenderéis a atacar y contratacar con vuestro escudo. Antes de terminar el invierno seréis capaces de tumbar a vuestros compañeros con un golpe de escudo, eso os lo aseguro.

A Nahia la última frase le preocupó sobre manera. ¿Cómo iban a practicar el dejar a un compañero fuera de combate? Tenía la sensación de que iba a ser precisamente dándoles con el escudo en la cara. Solo de pensarlo le bajó un escalofrío por la espalda. Miró a Dafne, que le devolvió una mirada con el entrecejo arrugado. Estaba pensando lo mismo que ella.

Ivo se recuperó tras un momento y se puso en pie sin protestar. Comenzaron a realizar los ejercicios bajo la dirección y atenta mirada de su instructora. Para el final de la clase, Nahia ya no podía mantener el escudo levantado, no tenía fuerza en el brazo izquierdo, tal y como se temía. Tendría que trabajar más su brazo débil. Eso le hizo pensar en el entrenamiento extra en el gimnasio y en Logan. Quizá lo viera allí. Ese pensamiento la animó. En cuanto salieran, iría al gimnasio, aunque poco iba a poder trabajar el brazo porque lo tenía cansadísimo.

Capítulo 41

El invierno continuaba implacable y la nieve parecía ahora constante. La plaza de armas estaba siempre cubierta de un manto blanco y tenían que limpiar el reloj solar para poder saber la hora. Por suerte ya tenían el cuerpo hecho a los horarios y eso no era un problema.

Aquella mañana Irakas-Gorri-Gaizt los hizo marchar algo más de lo habitual y no pudieron desayunar para no llegar tarde a las clases. Ivo estaba muy descontento. El desayuno era su momento favorito del día y cada vez estaba siendo más corto, por lo que su enfado iba en aumento.

—No entiendo por qué tenemos que marchar todas las mañanas. Podríamos hacerlo después de las clases —expresó con aspavientos.

—Después de las clases muchos vamos al gimnasio —dijo Nahia.

—O a la biblioteca —añadió Lily.

—Pues deberíamos desayunar primero y marchar después. La mente no puede razonar si el cuerpo no tiene sustento.

—En eso te voy a dar la razón —dijo Aiden.

—Vaya, es la primera vez que estás de acuerdo con algo que dice nuestro Tauruk —Dafne miraba a Aiden, extrañada.

—Nuestro Tauruk es de lo más raro, por si no te has dado cuenta, Fatum —aclaró Aiden.

—De lo más singular, prefiero ese término —dijo Ivo sin molestarse por el comentario.

—Un Tauruk excepcional —dijo Taika y le dio una palmada en su gran espalda.

—Un Tauruk hambriento —se quejó Ivo y todos sonrieron.

Llegaron a la formación de magia y se encontraron con algo inesperado. En el aula que siempre utilizaban, no estaba Mag-Zilar-Ond y Mabor como solía ser habitual. Sus lugares los ocupaban un dragón blanco enorme y otro Exarbor que todavía parecía más viejo que Mabor, lo cual era difícil.

«Bienvenidos, miembros del Escuadrón Rojo. Hoy es un día especial en el recorrido de la Senda. Ya estáis preparados para dar un paso importante. Dejáis atrás los estudios de magia básica para comenzar los de magia regular. También por ello, cambiáis de maestro. De aquí a final de año yo seré vuestra instructora. Mi nombre es Ande-Zuri-Koa y el Exarbor que ejerce como mi ayudante es Borme. Soy un dragón blanco y como ya habréis imaginado mi elemento principal es el aire. Espero no tener que descargar una tormenta sobre ninguno de vosotros. Advertiros que yo no soy tan benévola como lo es Mag-Zilar-Ond, así que si no estáis a la altura lo pagaréis».

El anuncio del cambio de maestro y avance en los estudios de magia dejó a Nahia muy inquieta. El hecho de que el nuevo dragón instructor fuera además más riguroso llevó el miedo a su cuerpo y el estómago se le agitó. Todo en aquella academia parecía complicarse a cada paso que daban.

«Hoy comenzaremos con los estudios de magia regular y descubriremos vuestra alineación

elemental» envió la dragona albina y les hizo sentir que aquel era un paso crucial.

Por si el cambio fuera poco, había algo más diferente aquel día que los dejó extrañados: en medio del aula había colocada sobre el suelo una pirámide alargada sobre la que descansaba una esfera plateada del tamaño de la cabeza de Ivo.

—¿Qué es eso? —preguntó en un susurro Lily según se sentaban en sus sitios.

—Ni idea, pero no entiendo cómo se sostiene sobre la punta de la pirámide —murmuró Dafne observando con semblante hosco.

—Solo puede mantenerse así por efecto del poder de la esfera —comentó Taika.

Las otras dos escuadras también estaban cuchicheando sobre aquellos dos objetos.

—Silencio, nos vais a meter en un lío —dijo Aiden.

Todos callaron al ver que el Exarbor los observaba.

—Prepararé el proceso… —dijo Borme y con la lentitud de los suyos se acercó hasta la pirámide y la esfera que estaba sobre ella.

«Ya habéis descubierto vuestro dragón de poder interior y sois capaces de interactuar con él gracias al vínculo del dragón con vuestra mente para utilizar la magia que lleváis dentro. Esa es la parte inicial que ya habéis superado. Hoy comenzaréis con la parte más avanzada de la magia de dragón que se enseña el primer año y para ello primero debéis pasar una prueba».

El término prueba provocó un cierto grado de angustia incluso en Aiden, que siempre intentaba ocultar que tuviera ningún sentimiento de miedo o inquietud. Los integrantes de las otras escuadras también se movieron intranquilos.

«La prueba de la alineación elemental marcará un hito importante en vuestra vida, determinará qué tipo de magia elemental es la que corre por vuestras venas. Todos los de sangre de dragón tienen una, la que se ha ido formando en vuestro interior desde que nacisteis y ahora se mostrará».

—Todo preparado… mi señora —informó Borme.

«Muy bien. Es momento de descubrir qué tipo de magia tenéis. ¡Que comience la prueba!».

Borme se situó junto a su pedestal con el gran tomo abierto. Pasó una página y llamó al primer alumno.

—Nahia… del Escuadrón Ígneo.

Un suspiro salió de la boca de Nahia según se ponía de pie. Miró a sus compañeros, que le devolvieron miradas y gestos de ánimo. Se dirigió al lugar donde estaban la pirámide y la esfera, que ahora rotaba sobre el vértice en total equilibrio. Nahia no pudo distinguir si estaba apoyada en él o si rotaba un poco por encima, sin apoyarse.

«Sitúate frente a la esfera y extiende las manos hacia ella, sin tocarla. Deja dos palmos de distancia».

Nahia hizo como se le pedía. La esfera quedaba algo más alta que su cabeza, así que tuvo que extender los brazos hacia arriba. No sabía qué iba a suceder, pero estaba nerviosa. Contemplar la esfera rotando perfectamente equilibrada la inquietaba.

«No te muevas hasta que yo te lo indique» envió la dragona y cerró sus ojos.

Un momento después la esfera plateada emitió un destello. Nahia vio que alrededor de la esfera se formaba una capa de energía blanca. Era una bruma de poder que la propia esfera desprendía y creció hasta tener un grosor de un palmo alrededor de ella, cubriéndola por

completo. Al girar la esfera el campo de fuerza a su alrededor también giraba, pero no a la misma velocidad ni en la misma dirección, sino en la contraria, lo que producía un efecto que a Nahia le pareció de lo más extraño y contra natura.

«La esfera está preparada para determinar tu alineación. Ahora debes despertar a tu dragón interior y enviar energía a tus dos manos, como si estuvieras creando una esfera de energía para atacar. En lugar de eso, situarás tus manos sobre la esfera, sumergiéndolas en la capa de energía exterior. Adelante. Sientas lo que sientas, no retires las manos. Debes finalizar el proceso sin levantar las manos de la esfera».

Nahia obedeció, no sin preocupación. Se concentró y buscó su dragón de poder. Lo encontró en el centro de su torso. Envió energía a sus manos usando su mente y pudo sentir cómo viajaba del dragón a las manos. Las puso sobre la bruma de energía y sintió un cosquilleo algo doloroso en las palmas. Por un momento estuvo a punto de levantarlas. Pero consiguió dominar sus miedos y buscó tocar la esfera con sus manos.

Algo extraño sucedió. Se produjo un destello en el momento en que tocó la esfera con ellas y se detuvo. Ya no giraba. Sin embargo, la capa de energía sí seguía rotando.

El cosquilleo era ahora mucho más intenso y dolía. Sentía una sensación como si le estuvieran dando calambres por las manos. Apretó la mandíbula y puso cara de dolor.

«Debes aguantar el dolor. Recuerda que la magia siempre tiene un precio y el dolor es el que tienes que pagar ahora».

La esfera comenzó de pronto a cambiar de tonalidad. Se volvió de un azul intenso y Nahia sintió algo insólito en sus manos: como si agua las recorriera. Tuvo que mirarlas para asegurarse de que en realidad no las había sumergido en un río. Las dos manos estaban sobre la esfera cubiertas por la capa de energía, no había agua por ningún lado. Sintió que se le congelaban y el dolor hizo que estuviera a punto de retirarlas.

Tras un momento la esfera cambió de color y se volvió marrón. Nahia sintió que sus manos estaban rodeadas de tierra árida. Comenzó a sentir como si rocas rugosas se rasparan contra sus palmas y de nuevo tuvo que esforzarse para no retirarlas. El siguiente color del que se tornó la esfera fue completamente blanco. Al momento Nahia percibió como si el viento le acariciara las manos y se sintió bien, aliviada. De súbito, padeció una descarga terrible que le subía por las dos palmas, como si un rayo la hubiera alcanzado. No apartó las manos de milagro. Obviando el dolor empujó para abajo, hacia la esfera, que ya cambiaba de color.

Ahora se volvió de color rojo y Nahia supo lo que venía. Un ardor tremendo le subió por las manos. Se le quemaban, las notaba achicharradas mientras la esfera mostraba un color rojo intenso. Le costó horrores no levantarlas y soportar el dolor. Por fortuna el color cambió a uno muy brillante, como transparente, pero muy luminoso. Todo dolor desapareció de sus manos en un instante y sintió un alivio tremendo. Resopló aliviada. Estaba disfrutando del momento cuando la esfera cambio a un color negro como la noche. Nahia sintió que sus manos desaparecían, como si la oscuridad se las llevara y un dolor intenso regresó.

Aguantó como pudo sin moverlas hasta que la esfera cambió al color plateado inicial. El dolor fue menguando y fue reemplazado por el cosquilleo que, si bien también era algo doloroso, no tenía punto de comparación.

«Muy bien. Se ha evaluado tu alineación contra los cuatro elementos primarios de la magia: agua, tierra, aire y fuego, y los dos secundarios, luz y oscuridad. Veamos con cuál estás alineada».

La esfera destelló tres veces con brillantes destellos plateados y se volvió completamente roja.

«Fuego es tu elemento» envió Ande-Zuri-Koa e hizo sentir a todos el fuego en sus cuerpos por un instante.

—Nahia… Elemento fuego… —apuntó Borme en su tomo.

«Puedes retirar las manos y volver a tu sitio».

Nahia retiró las manos aliviada y las miró. No les había pasado nada. Sintió un gran alivio. Que su elemento fuera el fuego tenía todo el sentido, por eso ardía por dentro y por fuera. Quizá esa era la causa de su condición. Tendría que estudiarlo y ver si estaba relacionado. También explicaba por qué ella era una Nacida de la Llama, o eso supuso. Se sentó y resopló.

—Dafne… del Escuadrón Ígneo —llamó Borme.

La Fatum se puso en pie.

—Suerte —le deseó Nahia en un susurro.

Dafne fue hasta el centro y el proceso se repitió. Dafne aguantó el dolor y no separó las manos de la esfera en ningún momento. La esfera mostró una luz brillante y transparente como su elemento.

—Dafne… Elemento luz… —apuntó Borme en su tomo.

Cuando regresó a su sitio los miró contrariada.

—¿Qué se supone que puedo hacer con luz? —preguntó.

Nahia se encogió de hombros.

—Ni idea.

Le tocó a Lily y realizó el proceso, también aguantando el dolor y sin separar las manos. En su caso el elemento fue agua. Lily regresó muy contenta a su sitio.

—El azul me sienta genial —dijo sonriente.

Aiden fue el siguiente del grupo y fue a realizar la prueba convencido de que sería excelente. Le tocó el elemento aire, de lo que se alegró.

—Podré crear tormentas con mi magia —dijo.

—Tú ya eres un tormento, así que no es una novedad —dijo Dafne.

—Tormenta, no tormento —corrigió Aiden.

—Te está tomando el pelo —se rio Lily

Ivo fue el siguiente en realizar la prueba. Le tocó el elemento tierra. Le encajaba bien. Se sentó con una sonrisa en la cara.

Finalmente le tocó el turno a Taika. Pasó la prueba y se alineó con el elemento oscuridad.

—No sé qué podré hacer con este tipo de magia —dijo Taika encogiéndose de hombros.

Los demás se miraron y ninguno pudo darle una explicación, no tenían ni idea.

Al finalizar la Escuadra ígnea le tocó a la Candente y luego a la Ardiente. Uno por uno todos sus integrantes fueron pasando la prueba y se fue determinando su alineación elemental.

«Ahora ya conocéis la alineación elemental de vuestro poder. Os habréis dado cuenta de que para la mayoría coincide con el color de vuestras escamas. El poder ya se estaba manifestando en vuestro cuerpo y las escamas indican el elemento con el que tenéis afinidad. Ahora yo lo sabéis

con seguridad. Hay unos pocos para los que el color de las escamas no coincide con el resultado obtenido en la prueba de hoy. Esto puede deberse a dos motivos. Uno, que seáis una excepción, una singularidad, y el color de vuestras escamas sea indicativo de un poder mayor que se manifestará en otro momento. El segundo, que tengáis más de una afinidad y que la que muestran vuestras escamas aparezca más adelante. En cualquier caso, no tenéis nada que temer. Es en realidad una bendición, pues seréis más poderosos que el resto, que solo tiene una afinidad elemental».

Ande-Zuri-Koa hizo una pausa para que todos asimilaran la información que les había transmitido. Nahia se dio cuenta de que tenía escamas doradas y le había salido afinidad con el fuego. Eso la convertía en un caso singular. Aunque Ande-Zuri-Koa asegurara que no tenía por qué preocuparse a ella le preocupaba. Sus compañeros de escuadra todos tenían las escamas del color que la alienación elemental había determinado. Y no solo los de su escuadra, también los de las otras dos escuadras.

—Una singularidad… Nahia… Escamas de Oro —apuntó Borme.

Todos la miraron y Nahia quiso que la tierra la tragara.

«Ahora que ya conocéis vuestro elemento, es momento de comenzar a usarlo. Escuadra Ígnea, adelantaos».

Nahia miró a sus compañeros, que estaban tan sorprendidos como ella. Se levantaron y dieron un paso al frente.

«Quiero que todos creéis una esfera de energía. Adelante».

Los seis sacaron sus Perlas de Aprendizaje y cerrando los ojos buscaron el dragón brillante y poderoso en el centro de su torso. Se concentraron y abriendo la otra mano crearon la esfera de energía sobre la palma. Las Perlas de Aprendizaje destellaron en un color blanquecino plateado. El tamaño de las bolas de energía que eran capaces de crear ahora tras todo el entrenamiento era bastante más grande.

«Muy bien. Las esferas que habéis creado son de pura energía y esa no es la forma más eficiente, ni la más poderosa de crearlas. Lo que quiero que hagáis es destruirlas y crear una nueva, solo que esta vez utilizaréis la alineación con vuestro elemento para crearlas».

Uno por uno, fueron destruyendo las bolas de energía y comenzaron a crearlas de nuevo. Nahia llamó al dragón de poder en su interior e invocó una bola del elemento fuego. La Perla de Aprendizaje brilló y un momento más tarde una bola de fuego levitaba sobre la palma de su mano derecha. La observó y se quedó pasmada. La bola ardía y tenía un aspecto de lo más intimidante. Dafne creó la suya que brillaba con una luz tan potente que cegaba, parecía haber creado una estrella en su mano. Tuvieron que apartar la vista para no quedar cegados. La bola de Lily era del azul del océano y su interior parecía el propio mar ondulante. Aiden creó una blanca que en su interior contenía relámpagos y rayos que intentaban salir. Ivo creó una bola marrón llena de miles de piedras y trozos de roca que parecían tener vida propia. Finalmente, Taika creó una tan negra que parecía que devoraba toda luz a su alrededor.

«Buen trabajo, mantenedlas estables. Borme, coloca la diana».

—Al momento… —el Exarbor fue tan rápido como le fue posible.

Mientras todos controlaban sus bolas elementales, Borme situó la diana en la pared y se retiró.

«Lanzad con la mano la bola elemental contra la diana en orden de formación».

Nahia era la primera. Miró la diana, luego su bola de fuego y con un movimiento fluido la lanzó. Mente y brazo estaban en perfecta armonía. La bola salió directa hacia la diana y al golpearla se produjo una explosión de fuego que no solo destruyó la diana, sino que consumió en llamas todo a su alrededor. Nahia echó la cabeza atrás de la sorpresa. La explosión había sido mucho mayor que la de energía con la que solían practicar y las llamas mucho más peligrosas.

«Como habéis podido apreciar, al aplicar magia elemental los efectos son mucho más poderosos. Siguiente».

Borme colocó una nueva diana e hizo una seña de que estaba lista. La bola que creó Dafne fue una de enorme luz que al estallar contra la diana la destruyó y creó un haz tan potente que cegó momentáneamente a media aula.

«El elemento luz puede que no parezca tan potente como el fuego, pero puedo aseguraros de que lo es. La magia de luz tiene ramificaciones muy interesantes que ya descubriremos más adelante. La más importante que ya os adelanto es que puede sanar».

Nahia miró a Dafne y ésta le devolvió una mirada de que no estaba demasiado contenta con el elemento con el que estaba alineada.

Lily lanzó su bola contra la diana y al estallar congeló todo cuanto había a su alrededor. La diana quedó encajada en un bloque de hielo. Indicaron a Aiden que lanzara la suya sobre la diana congelada. Al estallar los rayos y relámpagos que contenía en su interior quedaron libres y golpearon el bloque de hielo destruyéndolo. Aiden asintió muy satisfecho.

Borme colocó otra diana. Ivo lanzó su bola y, al estallar, miles de piedras y rocas con aristas golpearon la diana. Se quedó perplejo del poder destructivo que había creado. Taika fue el último. La suya era muy oscura y parecía tener vida propia, daba miedo solo verla. La lanzó contra la diana y al impactar algo muy extraño sucedió. Se produjo una explosión sorda y toda el área alrededor de la diana se cubrió de negro. Un momento después desaparecía y también la diana. Taika se quedó pasmado y con ojos muy abiertos contemplando lo que había causado.

«Ahí tenéis los seis elementos principales en acción. Aprenderéis a utilizarlos para realizar ataques más poderosos y desarrollar otras habilidades. Tenéis mucho que aprender y mejorar».

Después de finalizar las demostraciones la Escuadra Ígnea le tocó el turno a la Ardiente. Sus integrantes realizaron el mismo ejercicio y mostraron sus poderes elementales. Luego terminó la ronda la Candente.

Cunado finalizaron, Ande-Zuri-Koa los envió a todos a la biblioteca a que estudiaran cómo dominar el manejo de la magia elemental. Por una vez todos partieron animados a estudiar. El nuevo poder que habían adquirido los tenía muy intrigados, todos querían saber cómo usarlo y qué más podían hacer con él.

Empezaban a entender el verdadero potencial de la magia que corría por sus venas.

Por la noche se estaban preparando para ir a dormir en su habitación, pero estaban alterados por lo que habían experimentado.

—Yo me he quedao helada con lo que hemos aprendido hoy —comentó Lily mientras se peinaba su largo cabello azabache.

—En tu caso además es lo correcto —bromeó Dafne doblando su capa.

Lily la miró y se dio cuenta.

—¡Ah, lo dices por mi poder elemental!

Dafne sonrió.

—No he podido resistirme.

—Ya, eso es porque eres muy lúcida —replicó Lily remarcando sus palabras.

Dafne la miró con una ceja enarcada.

—Oh, por la luz, ya, muy graciosa —rio Dafne.

Lily rio también.

—Tenéis un humor increíble. Me anima el alma —agradeció Nahia.

—Si no nos reímos un poco en este sitio nos vamos a quedar como el cabeza de roca —dijo Dafne.

—Calla que igual te oye, oídos tiene —dijo Lily.

—Os oigo perfectamente —dijo desde el otro lado del biombo—. Pero no me vais a arruinar este día. Hoy mi poder elemental se ha manifestado y es impresionante. Estoy muy satisfecho.

—Ya, contigo mismo. Eso lo sabemos —replicó Dafne.

—Con lo conseguido hoy. Puedo encapsular el poder de la tormenta en una esfera y hacerlo estallar descargando sobre el enemigo. Es impresionante.

—Lo es —estuvo de acuerdo Taika—. Lo que hoy hemos aprendido es algo que da que pensar.

—¿Crees que será peligroso? —preguntó Nahia—. A mí la explosión de fuego y la llamarada que surge me deja un tanto preocupada.

—No es peligroso si aprendes a dominarlo. Es lo que debemos hacer para ser una fuerza en el campo de batalla.

—O podemos matarnos a nosotros mismos en un descuido —comentó Ivo.

—Yo no cometeré tal descuido y seré invencible —aseguró Aiden.

—Por supuesto, no podría ser de otra manera —replicó Dafne.

—La verdad es que nos da un poder que no imaginábamos tener —dijo Nahia—, o al menos yo no lo imaginaba. Me preocupa un poco…

—Tranquila, si se te va la mano con el fuego siempre me tienes a mí, que puedo apagarlo con mi poder de agua. Soy tu enemigo natural —rio Lily.

—Es verdad. No te alejes por si acaso.

—Yo entonces soy el de Taika —dijo Dafne—. Yo soy luz y él es oscuridad.

—Así es, somos fuerzas contrarias de la naturaleza —convino Taika.

—¿Y qué pasa con Aiden e Ivo? —preguntó Lily.

—Puede considerarse que lo son. El rayo poco puede contra la roca —razonó Taika.

—Y la roca nada puede contra el rayo —dijo Aiden.

—Visto así, sí, están neutralizados —dijo Dafne.

—Pues ya tenemos los elementos neutralizados. Ahora con no separarnos e ir siempre formando estas parejas, todo solucionado —dijo Lily.

—Pobre Ivo —compadeció Dafne.

—Orgulloso debería estar de formar pareja conmigo, que soy el más poderoso —comentó Aiden, orgulloso.

—Ya empezamos… —Dafne se llevó las manos a la cabeza.

—Aprenderemos a dominar nuestros poderes elementales, no os preocupéis —dijo Taika—. Por ahora podemos sentirnos muy satisfechos de haberlos despertado y descubierto. Disfrutemos de este momento, no son muchas las alegrías y debemos disfrutar de las que tenemos.

—Muy bien dicho —felicitó Lily—. Descansemos y soñemos con nuestros nuevos poderes.

—Buenas noches a todos —deseó Nahia.

—Buenas noches —respondieron el resto casi al unísono.

Aquella noche Nahia soñó que era capaz de lanzar enormes bolas de fuego a dragones y que éstos ardían al estallar sus proyectiles contra sus cuerpos. Los vencía a todos, nadie podía detenerla. Los dragones morían a su paso y ella avanzaba sin miedo por el campo de batalla. Nada podía matarla y nada podía interponerse en su camino hacia su meta: un mundo sin dragones y con todas las razas viviendo libres y felices en armonía.

Capítulo 42

Los días de invierno pasaban y todos se esforzaban por no fracasar y seguir con vida. En la academia había un lugar donde nunca hacía frío y allí estaba Nahia aquel anochecer con su rutina de ejercicios físicos. Le dolían brazos, piernas y abdominales, pero estaba contenta. Ya solo le quedaba otra serie y terminaría por aquel día. Dafne estaba con ella. La Fatum protestaba más que se ejercitaba, pero aun así era una muy grata compañía.

—Sigue, no te pares que te veo. Solo esforzándote al máximo progresarás —arengó Nahia a Dafne.

—No he parado. Solo estoy haciendo el descanso que toca entre series —respondió ella tumbada boca arriba y mirando al techo.

—El descanso entre ciclos es de un momento, no de una hora de reloj solar.

—Ya es de noche, el reloj no funciona a estas horas —replicó Dafne.

—¡Menuda excusa! Sigue con la siguiente serie antes de que te enfríes.

—¿Enfriar? ¿Cómo me voy a enfriar aquí? ¿Tú ves a todos estos sudando a nuestro alrededor?

Nahia, tumbada en el suelo también boca arriba, miró alrededor y vio a Logan, que estaba ejercitándose al lado. Eso la animaba. Nada como ir al gimnasio y encontrarse con él. Por alguna razón, le alegraba el alma solo encontrárselo. Luego lo veía ejercitarse y la alegría se volvía aún mayor. La razón la desconocía, pero era así.

—Ellos se esfuerzan de verdad, no como una Fatum que yo me sé que protesta por todo y suda bien poquito.

—Los Fatum sudan muy poco, para que lo sepas, y las Fatum nada. En nuestra cultura sudar se considera vulgar y de muy mala educación.

—Ya, pues en la mía si el sudor es fruto del trabajo duro, se considera una virtud.

—Vale, ya sigo con la siguiente serie solo por no escucharte —refunfuñó Dafne y dándose la vuelta se puso a hacer flexiones.

Nahia sonrió. Se giró y se puso a hacer planchas. El control dentro del gimnasio era menor que en otros lugares de la academia. Había dos dragones de vigilancia en sendas atalayas a la entrada y salida del edificio, pero no en el interior, lo cual les daba una tranquilidad solo igualada por la que tenían en las habitaciones de cada escuadra en los barracones.

Estaba comenzando la última serie cuando Nahia se percató de que una cara conocida se acercaba.

—¡Lily! ¿Qué haces aquí?

La Escarlatum llegaba acompañada de Taika.

—Le he pedido a nuestro Felidae que me traiga.

—No he podido decirle que no, se ha puesto encantadora. Ya la conocéis —dijo Taika encogiéndose de hombros.

—¿No me dijiste hace tres noches que ni loca ibas a venir aquí? —preguntó Dafne y detuvo su serie para hablar con ellos.

Lily suspiró.

—No quería darle la razón al cabeza de granito.

Nahia y Dafne se miraron sin entenderlo del todo.

—El muy idiota dijo nada más empezar que tú no aguantarías dos estaciones y yo tres.

—Lo dijo, sí —asintió Taika.

—¿Y por eso no has venido antes? —Nahia no podía creerlo.

—Por eso y porque pensaba que no lo necesitaba. Pero desde que hemos empezado con el escudo estoy teniendo problemas y serios, mi cuerpo no me aguanta bien.

—Te entendemos —dijo Nahia asintiendo.

—Yo ya lo llevo mejor —dijo Dafne—. Pero porque vengo aquí y entreno.

—Pues parece que es mi destino también.

—Uno que compartimos las tres —sonrió Nahia.

—Uno de sudor y lágrimas —dijo Dafne y puso cara de horror.

Lily rio y Nahia se le unió.

—Os dejo, pasadlo bien —se despidió Taika y marchó.

—¿Qué tortura me vais a hacer pasar? —preguntó Lily a sus dos compañeras.

—La misma que pasamos nosotras —respondió Nahia.

Lily resopló.

—Piensa que pronto estarás fuerte y entonces podrás decirle al cabeza de mármol que no tenía razón —dijo Dafne.

—Mira, eso me animará a esforzarme.

—Pues nada, ven y te explicó lo que tienes que hacer —se ofreció Nahia.

Nahia observó a sus dos compañeras por un rato y les corrigió un par de posturas para que las hicieran mejor. Luego las dejó entrenar. Terminó su serie y se sentó en el suelo a observar a Logan luchar en la estera con Markus, el humano de la Escuadra Huracán, del Escuadrón Blanco. Ambos eran fuertes y ágiles. Entrenaban combate desarmado y eran muy buenos.

Cuando terminaron y Markus se marchó, Nahia saludó a Logan.

—Menuda sesión de entrenamiento —dijo.

Logan sonrió al verla y se acercó. Se sentó en el suelo junto a Nahia.

—Para mejorar hay que buscar buenos contrincantes.

—Y luchar de verdad.

—Cierto —Nahia asintió.

—Tú ya haces las series como una experta. Y veo que ahora tienes a dos alumnas —Logan miró a Dafne y Lily, que se ejercitaban entre gruñidos de dolor.

—Porque me has ayudado y enseñado. Ahora que lo pienso, ni te lo he agradecido. Muchas gracias.

—No hay de qué —Logan le restó importancia con un gesto.

—¿Cómo ves nuestras posibilidades de sobrevivir? —preguntó Nahia, a la que aquello le preocupaba mucho.

—Solo tenemos que aguantar un poco más y habremos sobrevivido tres estaciones.

Nahia asintió.

—Sí, pero queda una, la más difícil.

—Bueno, será en primavera y eso siempre anima.

—Cierto, la primavera nos levantará el ánimo. Pero al final tendremos la Prueba de Guerra… Iremos al frente…

Logan asintió pensativo.

—Será una misión por escuadrón. No te separes de tu líder y sobrevivirás.

—He oído rumores de que nuestro líder elige las misiones más peligrosas…

—Sí, esa fama tiene. Mi líder también. Aun así, nosotros tenemos que cumplir las órdenes y no fallar.

—Sí… ¿Y si la misión es demasiado peligrosa?

—No pienses en el peligro, solo en finalizarla. Mantente con tu escuadra y cumple lo que te ordenen.

—Ya, porque si no mi líder es capaz de dejarme en el frente.

—O matarte allí mismo.

—¿Tú crees que haría eso? —Nahia lo miró con los ojos muy abiertos.

—He oído historias, ha sucedido y más de una vez. Si los deshonras en el campo de batalla, te matan.

Nahia resopló.

—Lo que nos faltaba. Si no nos mata el enemigo lo hará nuestro líder.

—Por eso debemos completar la misión y no darle esa opción.

—Espero que podamos…

—Podremos —aseguró Logan y juntando las manos frente a su rostro le hizo la mariposa de la victoria.

Nahia se emocionó. Con ojos húmedos ella también hizo la mariposa de la victoria.

Logan se levantó.

—Sobreviviremos —aseguró y se marchó.

Por la noche, después de cenar y ya en el dormitorio, se preparaban para ir a dormir cuando Taika llamó con los nudillos al biombo de las chicas.

Lily sacó la cabeza y al ver que era Taika sonrió y le hizo un gesto con la mano para que pasara.

—Estamos todas visibles, pasa.

Taika lo hizo y se quedó en la entrada.

—¿Todo bien? —preguntó Nahia sentada en su camastro con las piernas cruzadas.

—Algo le pasa o no tendría esa cara ni estaría aquí tan tarde —adivinó Dafne tumbada en su

catre ya lista para dormir.

Taika suspiró y asintió.

—Tengo problemas con mi magia. Como creo que es bastante evidente.

—Sí, esa magia negra tuya es de lo más extraña y hasta algo grotesca —dijo Lily.

—No la he elegido yo, créeme. Preferiría cualquiera de las vuestras.

—Te creo y te compadezco un poco —Dafne hizo una mueca de horror.

—Bien…he intentado estudiar y practicar por mi cuenta, pero no consigo avanzar en su dominio. Por ello y tras ver a Lily pedir ayuda hoy, he pensado dejar de lado mi orgullo de tigre y hacer lo mismo.

—Vaya, eso te honra. Bien por ti —felicitó Lily.

—Pedir ayuda es lo primero que yo hice y te la pedí a ti. Cuesta, pero es lo que hay que hacer —aseguró Nahia.

—Pues bien, necesito ayuda y a vosotras tres la magia se os da bien…

—A Nahia y a Dafne muy bien, a mí regular —confesó Lily.

—Yo estaré encantada de ayudarte en lo que pueda —dijo Nahia.

—Cuenta conmigo también —se unió Dafne.

—Aquí dentro no practiques con magia —dijo Aiden desde su camastro.

—¡Pero se puede saber por qué nos escuchas! —gritó Dafne.

—Porque no sois de fiar. Nada de magia aquí, sois capaces de crear un fuego y moriremos todos abrasados —prohibió Aiden.

—Esta vez el Drakónido tiene razón. Está prohibido hacer magia en los barracones —dijo Ivo.

—¿Dónde se puede practicar magia con seguridad? —preguntó Nahia.

—En la biblioteca —dijo Ivo—. En el cuarto nivel hay salas especiales. Si pedís permiso a los Exarbor os dejarán practicar allí.

Nahia, Dafne y Lily se miraron extrañadas.

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó Dafne.

—Porque yo uso una. Soy el peor en magia de todos así que pedí ayuda a uno de los Exarbor y me explicó lo de las salas de práctica.

—Podrías haberlo comentado —amonestó Lily.

—Lo acabo de hacer.

—Vuelve a tus meditaciones, que nos tienes contentas —dijo Dafne.

—Encantado —respondió Ivo que pareció no captar o ignorar el sarcasmo.

—Pues mañana después de las clases podemos ir a practicar a la biblioteca —se ofreció Nahia.

—Te lo agradezco, de verdad —Taika inclinó la cabeza.

—Tú me ayudaste y ahora lo hago yo, un favor hay que devolverlo siempre.

—Si es de buena voluntad —añadió Ivo.

—Pero bueno, ¿no estabas meditando? —preguntó Dafne.

—Lo estoy, pero habláis mucho y alto. Es difícil concentrarse.

—Mañana mismo empezaremos —le tranquilizó Nahia.

—Además, con Nahia y conmigo vas a mejorar a la velocidad del rayo —aseguró Dafne.

—Eso o morirás entre llamas y ciego —dijo Aiden desde el otro lado.

—¡Calla, cabeza de roca! —gritaron Dafne y Lily a la vez.

Al día siguiente tras las clases Nahia, Dafne y Taika fueron a la biblioteca de magia y hablaron con uno de los Exarbor allí.

—Nos gustaría disponer de un aula para practicar magia —pidió Nahia.

—Sois… de primero… ¿Magia regular? —preguntó el Exarbor.

—Sí, eso es —asintió Nahia.

—Nombres… escuadra… escuadrón.

—Dafne, Taika y Nahia de la Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo.

El Exarbor abrió un tomo, pasó las páginas y con su dedo índice apuntó en verde algo en una sección.

—Muy bien… acompañadme… no podéis ir… sin acompañante…

Dafne resopló.

—Va a llevarnos una eternidad ir con él —susurró a Lily al oído mientras el Exarbor salía de detrás del mostrador.

—La paciencia… es la mayor de las virtudes… —dijo el Exarbor, que de alguna forma la había ido.

—Y el buen oído la segunda —murmuró Dafne.

El Exarbor los condujo hasta el cuarto piso subiendo por tres escaleras de caracol. Una vez allí los llevó hasta una puerta de plata. La abrió y entraron en un aula que estaba completamente revestida de plata.

—Paredes reforzadas… contra magia elemental —dijo—. Evita incendios y similares.

Nahia, Dafne y Taika se miraron gratamente sorprendidos.

En el centro había una esfera blanca grande. El Exarbor se acercó a ella y la tocó con su mano. La esfera se activó y comenzó a emitir pulsaciones.

—Es una esfera… de protección… Si capta magia dañina… la intenta disipar.

—¿Intenta? ¿No lo consigue siempre? —quiso saber Dafne.

—En el mundo de la magia… todo y siempre… no existen, deberías saberlo… Estudia más…

Dafne miró al Exarbor con grandes ojos. Fue a replicar, pero Nahia le tiró de la manga y no lo hizo.

—Agradecemos el consejo —dijo Taika.

—Cuando terminéis… venid a registraros para la salida…

—¿Y si nos olvidamos? —quiso saber Dafne.

—Entonces… se os dará por muertos… en accidente de magia… y se notificará a vuestro líder.

—Oh, tranquilo, no lo olvidaremos —dijo Nahia—. No nos va a pasar nada.

—Ya… todos dicen eso…

—¿Hay accidentes?

—Por supuesto… que hay accidentes… estáis experimentando con magia…

—Oh, genial —Dafne hizo un gesto sarcástico.

—Buen estudio… —se despidió el Exarbor y partió.

—Un encanto el cabeza de árbol centenario ese —se quejó Dafne.

—Nos ha explicado las cosas como son, nos gusten o no —comentó Taika.

—Cierto —Nahia estaba de acuerdo.

—Muy bien, pongámonos a ello —dijo Dafne.

—Espero que no necesitemos de esa esfera —dijo Nahia.

—Todo irá bien. A ver, Taika, concéntrate y saca esa negrura tuya —pidió Dafne.

—Con tranquilidad y cuidado —añadió Nahia.

—Empezaré por crear la esfera de energía y tornarla en elemental.

—Tranquilo. Recuerda que yo tengo la magia elemental que neutraliza la tuya. Si la negrura se te escapa de las manos la destruiré con mi luz.

Taika asintió.

—Vamos a ello.

Trabajaron por horas hasta que un Exarbor se acercó a decirles que debían dejar la estancia. No había ocurrido ningún accidente y Taika sintió que progresaba un poco con la ayuda de Nahia y Dafne.

Tenía todavía un largo camino que recorrer para dominar aquella negrura que generaba y que no entendía, pero ahora sentía que podría lograrlo gracias a la ayuda de sus compañeras.

Capítulo 43

El invierno se acababa y la primavera estaba a punto de llegar, Nahia podía olerlo en el ambiente y eso la animaba. Iban camino de la formación de armas con el desayuno sin digerir del todo porque, de nuevo, su líder había alargado el entrenamiento de formación y marcha matutino.

Irma-Mar-Gud y las tres instructoras aguardaban para la clase de daga con escudo. Llevaban semanas entrenando y ahora cada uno tenía no solo su propia daga sino también un escudo del que eran responsables.

«Hoy aprenderéis a combinar vuestro poder elemental con el poder marcial de las armas. Es una combinación letal que solo los de la sangre de dragón tienen a su disposición» envió el gran dragón marrón captando la atención de todos al instante.

Las tres instructoras dieron un paso al frente y mostraron sus escudos y dagas a las tres escuadras.

«Formad ante las instructoras y mostradles las armas como ellas os las muestran a vosotros».

La instructora Fatum estaba frente a la Escuadra Ígnea, así que Nahia y sus compañeros formaron delante de ella. La Escuadra Ardiente lo hizo ante la instructora humana y la Candente ante la Tauruk.

«Ahora quiero que os coloquéis el escudo a la espalda y saquéis vuestra Perla de Aprendizaje. No guardéis vuestra daga».

Aquella orden cogió a todos desprevenidos. En las clases de formación de armas nunca usaban magia y, por lo tanto, nunca usaban sus perlas. Como todos debían llevarlas consigo en todo momento, las tenían a la cintura. Se colocaron los escudos a la espalda usando una correa que se cruzaban al torso y sacaron la Perlas de Aprendizaje. Esperaron con la perla en una mano y la daga en la otra.

«Debéis despertar a vuestro dragón interior y enviar energía, vuestra energía elemental, al filo de vuestra daga. Cada uno debe enviar la energía elemental con la que está alineado. No enviéis solo energía pura porque esa no es válida para este ejercicio, debe ser elemental. Recubrid el filo de vuestra arma con ella».

Nahia observó su daga en la mano derecha y luego la perla en la izquierda. Se concentró y despertó al dragón interior. Envió una cierta cantidad de energía al filo, envolviéndolo, al tiempo que invocaba el elemento fuego, con el que estaba alineada. Su mente dirigía la energía y se aseguraba de que rodeaba únicamente el filo. De pronto, la perla destelleó y el filo de la daga comenzó a arder con una llama intensa. Tuvo que extender el brazo para no quemarse a sí misma. Observó cómo su arma parecía ahora una espada corta de fuego. Se quedó muy sorprendida.

Miró a sus compañeros y vio que todavía no lo habían logrado. Aguardó observándoles de reojo.

«Cuando lo consigáis aseguraos de regular la intensidad y la energía que enviáis al arma. No es buena práctica que os incineréis a vosotros mismos o a vuestros compañeros de escuadra».

Nahia reguló la potencia de la llama que recubría su daga y controló la energía que enviaba para mantenerla activa. Era un poco complicado, ya que no controlaba la sensibilidad con la que tenía que abrir y cerrar su flujo de energía. Finalmente consiguió crear un caudal pequeño y constante.

Al cabo de un momento, Dafne logró cubrir el filo de su daga con una luz tan potente que cegaba.

—Regula tu luz o nos cegarás a todos —dijo la instructora, que parecía mucho más curtida y con algunos años más que Dafne. También parecía ser más hosca.

Dafne asintió y trató de controlar la luz que emitía su daga.

—Menos intensidad, contrólala —ordenó la Fatum.

Con un esfuerzo que se apreciaba en su frente fruncida, Dafne redujo el potente resplandor que había creado hasta dejarlo en un brillo intenso pero tolerable. Mientras tanto, Lily recubrió el filo de su arma de agua, que en los extremos se iba congelando. Era un efecto muy curioso. Una capa de agua viva y ondulante recubría el filo culminado por una segunda más ancha de hielo y escarcha. Nahia no tuvo duda de que, si esa capa tocaba algo, lo congelaría.

—Controla la temperatura o congelarás el arma y tu propia mano —dijo la instructora.

Lily apretó la mandíbula y se esforzó en hacer como indicaba la instructora. La capa de hielo dejó de expandirse.

Aiden creó una capa alrededor de los filos de su arma que contenía relámpagos que intentaban escapar. Si ese filo tocaba algo, los rayos saltarían del arma a lo que rozase. Los rayos estaban contenidos en una capa nubosa oscura que daba la impresión de ser una tormenta muy pequeña.

«Por increíble que os parezca el efecto elemental que habéis creado, no se os ocurra tocar esos filos porque no solo os haréis daño, quedaréis como estúpidos ante todos. Y la estupidez se castiga, por si lo habéis olvidado».

Ivo consiguió rodear el filo de una capa de roca fina con piedras y pedazos de rocas con aristas en su interior que se movían alrededor a gran velocidad. Parecían querer romper la capa de roca que las contenía para salir despedidas.

Finalmente, Taika creo una capa con una sustancia negra en su interior que se movía como si fuera una sombra con vida propia. Parecía que la muerte recubría el filo. Nahia miraba asombrada y no era la única, el propio Taika observaba lo que acaba de crear con los ojos muy abiertos.

Poco a poco, todos los integrantes de las tres escuadras consiguieron recubrir sus armas con la energía elemental con la que estaban alineados.

«Ahora vuestras armas son mucho más potentes que antes. La daga es capaz de cortar con su filo y perforar con su punta, y además del daño físico podréis hacer daño elemental, ese que acabáis de añadir a vuestra arma. Instructores, mostrádselo».

La instructora Fatum avanzó y se colocó delante de Nahia. Le presentó el escudo.

—Golpea —ordenó.

Nahia obedeció y soltó un tajo al escudo. Al golpearlo se escuchó el habitual sonido del acero golpeando contra el acero. Sin embargo, algo más sucedió: parte del escudo comenzó a arder. Era como si le hubieran echado alcohol y al contacto con el fuego hubiera prendido. La instructora aguardó un momento y el fuego murió. Se desplazó frente a Dafne.

—Golpea, pero cierra los ojos al hacerlo. Los demás, cuidado.

Dafne asintió y golpeó. Al hacerlo se escuchó el sonido de metal contra metal y se produjo un destello potente de luz, como una explosión de luminosidad. Todos tuvieron que apartar la vista.

La instructora continuó con Lily. Su golpe congeló el centro del escudo. Al pasar a Aiden, su golpe provocó que un relámpago saltara de su arma al escudo. La Fatum sintió la descarga y tuvo que sacudir el brazo. El golpe de Ivo envió una pedrada sobre el escudo y sonó como si mil pedazos de roca lo golpeasen, quedó con un montón de abolladuras. El golpe final fue el de Taika y produjo un efecto muy extraño. La sustancia negra que rodeaba el arma se desplazó por el escudo como si fueran tentáculos negros. La instructora retiró el escudo con rapidez para librarse de ellos.

El resto de los alumnos fueron realizando el ejercicio y cuando todos terminaron quedaron expectantes.

«Con cada golpe, el poder elemental del arma decrecerá. Para mantener el arma con el poder elemental en toda su intensidad tendréis que enviar más energía y mantener el efecto. Ahora practicaréis por parejas los ataques con armas elementales y trabajaréis el control sobre el poder que debéis enviar al arma. Es muy importante mantener el control mental durante la lucha. Aquel que no consiga hacerlo y se deje llevar por la intensidad o los sentimientos de pelea, puede terminar muerto o consumido por su propio poder elemental. En la lucha, la furia y la rabia pueden ser vuestros aliados o vuestros peores enemigos. Eso es algo que debéis aprender a utilizar».

—Por parejas —ordenó la instructora Fatum.

Nahia se puso con Dafne, Lily con Aiden e Ivo con Taika.

La instructora indicó quién atacaba y quién defendía. Los que defendían guardaron las perlas y sacaron los escudos.

—Comenzad —ordenó.

Nahia atacó y Dafne preparó su escudo. Al golpearlo se produjo una llamarada bastante fuerte. Cuando retiró la daga para volver a atacar, Nahia observó que la llama tenía poca intensidad y envió más energía para intensificar el efecto elemental del fuego. El siguiente ataque envió otra llamarada por el escudo y según se preparaba para volver a atacar, recargó la daga con más energía para que la llama actuara con potencia. Nahia se preguntó cuánta energía podría enviar a la daga, pero no quiso sobrecargarla por miedo de hacer daño a Dafne.

A su lado podía ver cómo Lily sonreía mientras congelaba medio escudo de Aiden con cada golpe. Ivo, por su parte, estaba abollando el de Taika con sus ataques de tierra. Continuaron practicando un buen rato. Nahia se dio cuenta de que su energía interior iba decreciendo con cada embestida, se consumía. Si seguía golpeando, se quedaría sin energía y su dragón se apagaría.

—Cambio de rol —ordenó la instructora Fatum.

Dafne atacó y Nahia se protegió con su escudo. Al golpear su daga emitió un brillo cegador y Nahia tuvo que cerrar los ojos, pero no fue lo suficientemente rápida. Si Dafne hubiera querido matarla, si aquello hubiera sido una pelea de verdad, estaría muerta.

—No… veo nada… —dijo para que le diera un momento.

—Parad —ordenó la instructora—. Tienes que controlar la potencia de tu poder elemental. La luz es un poder muy fuerte, más que muchos. Puedes dañar los ojos de tu contrincante si no te andas con cuidado. ¡Contrólalo! —dijo a Dafne.

—Sí… no sabía… —Dafne asintió.

Junto a ellos, Aiden soltó un golpe que hizo que un relámpago descargara sobre el escudo de Lily. Este la protegió del golpe, pero no de la descarga, y se le cayó el escudo al suelo mientras sacudía el brazo.

Taika golpeó el escudo de Ivo y unos tentáculos negros se extendieron por todo él. Ivo miraba con ojos muy abiertos. La negrura se hizo con el escudo hasta el punto de que Ivo tuvo que soltarlo antes de que se propagara a su brazo.

—No me contagies esa oscuridad —le dijo a Taika, que estaba tan sorprendido como él.

Continuaron entrenando hasta que las instructoras dieron el alto.

«Ahora que podéis ver el poder que los elementos añaden a vuestros ataques físicos es momento de que entendáis las ventajas de ese poder aplicadas a la defensa. Quiero que envolváis vuestros escudos con el poder de vuestro elemento y lo uséis para defenderos».

Nahia se quedó muy sorprendida. Utilizar el fuego para atacar se le había pasado por la cabeza, pero rodear su escudo de llamas no. ¿No se consumiría? ¿Se calentaría tanto que sería imposible manejarlo? Lo sabría en un momento.

—Mismas parejas, usad escudos elementales —ordenó la instructora.

Nahia se concentró y envió energía elemental a rodear el escudo. Lo hizo de forma que solo rodearan la parte exterior del mismo, la parte interior no la tocó. El escudo comenzó a arder.

Dafne echó la cabeza atrás y calculó cómo debía golpear para que las llamas no le alcanzaran la mano. Lanzó una estocada directa con su daga elemental de luz. Al contacto se produjo un resplandor cegador y al mismo tiempo una llamarada defensiva del escudo. Nahia tuvo que retroceder deslumbrada y Dafne tuvo que irse hacia atrás también para evitar que la llama le quemara el brazo.

El resultado fue parecido con sus compañeros. Aiden golpeó el escudo congelado de Lily y el relámpago que produjo rompió parte de la protección helada. Al mismo tiempo el hielo comenzó a congelar su daga y Aiden tuvo que retirarla a toda velocidad. Taika golpeó el escudo de Ivo, que estaba rodeado de roca pura, y la negrura consiguió romper parte de la protección mientras gran cantidad de resquicios rocosos salían despedidos hacia Taika, que tuvo que protegerse.

Cambiaron posiciones y Nahia al golpear con su daga de fuego recibió una descarga de luz del escudo de Dafne, que brillaba con una intensidad cegadora. Tuvo que detener los ataques porque no veía nada. Lily atacó con su daga helada y el escudo protegido por rayos de Aiden descargó sobre ella. Al segundo ataque se le quitaron las ganas de seguir. Ivo golpeó el escudo negro de Taika y con cada golpe la negrura intentaba llevarse su daga. Terminó forcejeando con unos negros tentáculos. Consiguió conservarla, pero dejó de atacar.

Las otras dos escuadras estaban teniendo combates similares. Todos intentaban adaptarse a la situación y a las ventajas y desventajas de los ataques y defensas elementales. Las caras y gestos de sorpresa eran continuos.

Al terminar los ejercicios, el dragón marrón se dirigió a ellos.

«Ahora que conocéis cómo aplicar vuestro poder elemental a la daga y al escudo, al ataque y a la defensa, quiero que lo practiquéis y que mejoréis vuestro dominio. Debéis ser capaces de atacar y defender con daga y escudo cargados de poder elemental y enviar energía para soportarlos a ambos. No es fácil y requiere mucha práctica. Y practicar haréis hasta que manejar vuestras armas elementales sea algo que hagáis sin pensar».

—Ya habéis oído. ¡A practicar! Y cambiad de parejas —ordenó la instructora Fatum.

Nahia suspiró. Aquello iba a ser intenso, tendrían que tener cuidado porque ahora se podían hacer daño de verdad. Antes corrían peligro de cortes y punzadas, pero ahora era de todo tipo. No se equivocó. Antes de terminar la clase, Draider, el Drakónido de la Escuadra Ardiente, y Beck, el Fatum de la Candente, tuvieron que ser llevados a la enfermería, uno con quemaduras y el otro con un brazo congelado.

La cena aquella noche se tornó de lo más entretenida gracias a las nuevas habilidades que habían desarrollado en la formación de armas. Nadie, a excepción de Ivo, comía el excelente cordero asado de lo impresionados que estaban y las ganas que tenían de comentarlo con los demás.

—No puedo creer que hayamos sido capaces de hacer lo que hemos hecho hoy con nuestros poderes elementales —comentó Dafne, que seguía atónita y sacudía la cabeza.

Taika asintió varias veces.

—Ha sido de lo más interesante y sorprendente.

—Mi poder elemental es el mejor con diferencia —proclamó Aiden, orgulloso.

—¿Te refieres para ataque o para defensa? —preguntó Lily.

—Para ambas cosas. Tengo el poder elemental del elemento aire. Puedo crear tormentas de relámpagos y encapsularlas en una esfera o aplicarlas a dagas y escudos. Es impresionante.

—No sé, yo prefiero el fuego de Nahia —comentó Dafne—. Te despistas y te abrasa entera.

—El tuyo tampoco es nada malo —dijo Nahia—. Me has dejado cegada cuatro veces. No sabía a qué atacaba ni por dónde me defendía, no veía nada. Todavía veo grandes motas blancas. De hecho miro al plato de cordero y ni lo veo.

—Entonces ya te ayudo yo, pásamelo —dijo Ivo con una sonrisa extendiendo su enorme brazo y mano bestial.

—No seas glotón, todavía tienes un trozo de tu ración —riñó Lily.

—Esto no me dura ni un suspiro —dijo Ivo—. Además, la paz interior comienza cuando el estómago está servido.

—No sé yo qué filósofo te guía, pero ese dicho a mí no me suena que sea muy profundo precisamente… —dijo Lily.

Ivo se encogió de hombros y siguió comiendo.

—No digo que cegar a tu oponente no sea un poder valioso, solo digo que el fuego me parece más poderoso —comentó Dafne.

—Sigo pensando que una descarga de un rayo es más poderosa que una llama —insistió Aiden, satisfecho consigo mismo.

—¿Qué pasaría si lo mojo de arriba abajo con mi poder de agua? —sugirió Lily.

—¿A cabeza de granito? —preguntó Dafne.

—Sí, cuando vaya a soltar uno de sus rayos.

—Por lo que tengo entendido, el agua es conductora del rayo, por lo que lo más probable es que él reciba la descarga —razonó Taika.

—¡Toma! ¡El más poderoso, dice! —se burló Dafne.

—Lo voy a llevar bien mojadito todo el día —rio Lily con malicia.

—¡Eso no es así! ¿Desde cuándo el agua es mala para las descargas? ¿No van juntas en las tormentas?

Taika levantó las manos.

—Solo comento lo que creo que es verdad. No lo sé con seguridad, pero hay gente que ha muerto al caer un rayo en el río o lago en el que se bañaban.

—A mí también me suena —dijo Ivo y luego se levantó a por una segunda ración.

—Eso solo lo decís porque sabéis que tengo el mejor poder elemental y tenéis envidia.

—Sí, de recibir descargas bajo la lluvia —rio Dafne.

—O dándose un baño en el lavabo —se unió Lily.

Aiden se levantó ofuscado.

—Vosotras dos sois insoportables —dijo y se marchó.

—Uy, se ha enfado el dragoncito —dijo Dafne y puso cara de pena.

—Mira que es creído —comentó Lily.

—Yo creo que el poder más singular es el de Taika —comentó Nahia.

—Singular es —convino Taika—. Todavía no sé muy bien cómo utilizarlo. Es como si tuviera vida propia. Tiende a oscurecer todo lo que le rodea.

—A mí me da un poco de repelús —confesó Lily.

—No te culpo, es magia oscura —convino Taika.

—Lo importante es que aprendamos a usarlos de forma que podamos aplicarlos a nuestras armas —comentó Dafne.

—Sí, porque yo he tenido que pedir otro escudo en intendencia. Ivo con sus rocas me lo ha dejado destrozado —comentó Taika.

—Será que el metal que usan no es del bueno —se excusó Ivo, que ya regresaba con su segunda ración y se sentaba a la mesa.

—O igual es que eres un poco bruto —dijo Lily con una risita.

—Nah, es que el metal es malo —aseguró Ivo convencido y siguió comiendo tan tranquilo.

Los demás sonrieron y continuaron debatiendo sobre las posibilidades de sus poderes elementales en sus dagas y escudos. Cuando se marcharon a descansar, Nahia vio a Maika en su mesa y le hizo la seña de la mariposa. Maika la vio y sonriendo le devolvió el saludo. Nahia fue a descansar contenta aquel día, toda una novedad.

Capítulo 44

Nada más salir el sol el Escuadrón Rojo formó ante su líder como hacían todas las mañanas. Nahia imaginaba que tendrían otra sesión de marcha por la plaza como estaban haciendo desde hacía algún tiempo. No eran los únicos a los que su líder tenía realizando aquellos ejercicios. El resto de los escuadrones también lo hacían. Deseó que les quedara algo de tiempo para ir a desayunar. Ese momento del día siempre le agradaba, no solo por la comida sino porque podía saludar a Ana, Maika y Logan, a los que no podía ver muy a menudo.

«Hoy es un día especial, uno en el que debéis comportaros con la mayor de las disciplinas y honor» anunció Irakas-Gorri-Gaizt con una sensación de alta importancia.

Nahia miró a Dafne y Lily, que formaban junto a ella, y sus compañeras le devolvieron miradas de incertidumbre. Aquel anuncio era inesperado y, como con casi todo lo nuevo que sucedía en la academia, no sería bueno.

«Hoy saldremos de aquí y realizaremos una misión de escolta y otra de vigilancia de una criticidad máxima».

La noticia conmovió al escuadrón. Los integrantes de las tres escuadras intentaban disimular la sorpresa y aguantaban exclamaciones de inquietud. Nahia intercambiaba miradas con sus compañeros. Iban a salir de la academia, eso era algo que no se les había pasado por la cabeza a ninguno. Primero porque estaba prohibido y segundo porque todos daban por hecho que una vez que se entraba no se salía hasta la misión de guerra de final de año.

«Seguiréis mis órdenes en todo momento y sin la más mínima dubitación. Si hoy me deshonráis os aseguro que os arrancaré la cabeza».

Estaba bien claro que, fuera lo que fuese que iban a hacer, era importante e Irakas-Gorri-Gaizt no quería quedar mal. Esto no era bueno para ellos, pues errores cometían y más si la situación era difícil.

«Marcharéis en perfecta formación todo el trayecto, para eso os he tenido practicando. No quiero un paso mal dado ni un desequilibrio en toda la marcha. Marchamos a mi señal».

Nahia intentaba mantenerse en calma, pero le estaba resultando cada vez más difícil. De pronto, se abrieron las grandes puertas de la muralla sur. El Escuadrón Blanco comenzó a moverse guiado por su líder, seguido por el Escuadrón Negro y el Escuadrón Azul. Se dieron cuenta de que no era un ejercicio solo para el Escuadrón Rojo, sino que todos los escuadrones de primer año participaban.

«Marchamos. Seguid mi paso. Escuadra Ígnea tras de mí, Escuadra Ardiente en medio y Escuadra Candente cerrando filas. ¡En formación! ¡En marcha!» ordenó y comenzó a avanzar siguiendo al Escuadrón Azul.

Nahia y sus compañeros marchaban siguiendo a su líder en un desfile que llevaban tiempo practicando sin saber para qué. Solo esperaba que no fueran a la guerra. No, Irakas-Gorri-Gaizt había dicho misión de escolta y vigilancia. No habría lucha, o al menos eso esperaba.

Los seis escuadrones partieron formando una larga comitiva. Nada más salir se les unió una carreta. Nahia la vio de reojo un momento antes de perderla de vista al final de la hilera. Era una

carreta cerrada tirada por cuatro caballos y conducida por dos Tergnomus. Se preguntó qué llevarían con ellos y para qué. ¿Suministros? ¿Armas? ¿Algún obsequio? No lo sabía, pero supuso que ya lo descubriría más adelante.

Marcharon hacia el sur. Dafne y Lily sonreían, parecían contentas de salir de la academia y respirar el aire del exterior. La primavera estaba llegando y la verdad era que llenar los pulmones de la brisa que se respiraba en los parajes que les rodeaban les hacía sentirse muy bien. Avanzaron a ritmo marcial y sin paradas hasta llegar a la gran Plaza de la Neutralidad. El trayecto le recordó a Nahia cómo había llegado hasta allí. Sintió que debía volver a agradecer a Maika, Ana y Logan que hubieran cargado con ella todo el camino.

Al llegar, en lugar de ir en dirección sur hacia el Puente del Cielo y la puerta por la que habían llegado, giraron a la izquierda. Salieron de la plaza y continuaron por una amplia avenida empedrada. A los lados de la calzada se abrían bosques frondosos, de robles a un lado y de hayas al otro. Nahia habría dado cualquier cosa en aquel momento por poder perderse en aquellos bosques y buscar plantas y setas medicinales como solía hacer en casa. Aquel mundo le parecía ahora muy lejano, casi ajeno. Iba a perder toda la mano que tenía para la curación y le dio mucha pena. Tantos años con su abuela aprendiendo todo lo relacionado con plantas sanadoras y la curación para ahora sustituirlo todo por armas y magia destructiva. Se marcó el propósito de intentar no olvidar todo lo aprendido, pero para ello necesitaría libros de curación. Quizá los tuvieran en la biblioteca. Tendría que preguntar y ver si le dejaban consultarlos.

Continuaron avanzando toda la mañana manteniendo el ritmo y la formación. Pasado el mediodía divisaron a su izquierda un edificio que los dejó completamente helados. Era una parte de una esfera enorme de más de quinientas varas de diámetro. Solo se apreciaba la mitad superior, y daba la sensación de que la inferior estaba bajo tierra. Ya habían visto esferas grandes en aquel mundo, pero ninguna como aquella. La mitad izquierda era de color plata y la derecha de color oro. Eran tan brillantes a la luz del sol del mediodía que todos tuvieron que entrecerrar los ojos para protegerlos de los destellos que emitía.

Una amplia vía también mitad oro y mitad plata llevaba hasta el gran edificio.

«Atención. Nos detenemos» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

El Escuadrón Rojo se detuvo justo antes de la vía de acceso al edificio. El Escuadrón Azul había parado pasada la vía de entrada, por lo que entre los dos escuadrones había quedado un espacio.

«Esta es la Perla del Auspicio, donde reside el Gran Oráculo. Ahora aguardemos a que su eminencia se nos una y lo escoltaremos».

Aquello dejó a Nahia pasmada. ¿Iban a escoltar al Gran Oráculo? ¿Ellos? ¿A dónde? ¿Para qué? Mil preguntas le vinieron a la cabeza. La principal era por qué debían hacerlo ellos. Eran alumnos de primer año, aquel honor debería estar reservado para los de tercero o para grandes Brujos de Dragón.

Mientras estaba pensando en todo ello un enorme dragón de un color plateado muy brillante salió de la Perla del Auspicio. El edificio no parecía tener puerta, era en parte similar a la biblioteca de la academia. Era el dragón más grande y resplandeciente que Nahia había visto hasta el momento. Debía medir sesenta varas de longitud y era plateado con vetas de oro que le recorrían la espalda, los costados y las alas.

Según se acercó pudieron apreciar que era un dragón anciano. Nahia no sabía muy bien por qué tenía esa impresión, pero su rostro, lo despacio que se movía y lo enorme que era, lo hacían

parecer un ser milenario. Algo significativo en lo que se fijó según avanzaba hacia ellos era que tenía las alas como estrujadas y resecas. No parecía que pudiera volar.

Llegó hasta la comitiva y pudieron comprobar lo tremendamente enorme que era. Sus ojos, que ahora podían ver mejor, eran de plata con el iris de oro. Algo increíble. Desprendía un aura que era casi palpable, de color plateado con algún destello en oro. Le recorría todo el cuerpo, desde la cabeza hasta su larga cola. Tenía aspecto de ser un ser mitológico, no parecía real.

«¡De rodillas todos! ¡Mostrad respeto ante el Gran Oráculo!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt y todos se echaron al suelo de rodillas sin romper la formación. Una cosa que dejó a Nahia sorprendida fue que no solo eran ellos los que se agachaban, sino también sus líderes. Por un largo momento todos se postraron ante aquel ser.

«Levantaos todos y continuemos camino. El destino nos aguarda» llegó el mensaje del Gran Oráculo tan profundo, lejano y lleno de sabiduría, que pareció que un dios les hablara desde su lejana morada.

«¡En pie, preparados para marchar!» llegó ahora la orden de Irakas-Gorri-Gaizt.

Los tres primeros escuadrones comenzaron a moverse. Irakas-Gorri-Gaizt no dio la orden de seguirlos, así que esperaron. El gran dragón plateado siguió al Escuadrón Azul y ellos aguardaron a que su enorme cuerpo pasara. Cuando lo hizo, Irakas-Gorri-Gaizt dio orden de continuar.

«¡En marcha! ¡En formación!».

La comitiva siguió camino por la amplia vía y Nahia entendió a qué se refería su líder con misión de escolta. Debían escoltar a aquel dragón a algún lugar. Y Nahia empezaba a sospechar qué lugar era.

Avanzaron por un largo rato siguiendo la vía. El Gran Oráculo se movía con lentitud, pero al ser tan grande no lo notaban. Subieron por un repecho no muy pronunciado y al llegar arriba, en la distancia, descubrieron un enorme templo circular. La vía que seguían terminaba en el majestuoso edificio.

Si la Perla del Auspicio les había sorprendido, el templo que veían todavía más. Era el doble de grande y su forma era singular. La parte central del edificio era un gran anillo circular alrededor del cual había otros cinco anillos menores adyacentes. Cada uno de ellos tenía una parte abierta hacia el gran anillo central. Rodeándolo todo había un gran círculo con cinco puertas de acceso. Toda la estructura parecía de mármol blanco.

Llegaron a la altura del templo y les llegó la orden de parar. Toda la comitiva se detuvo y el Gran Oráculo se dirigió al interior por una gran vía que conducía a la entrada del templo.

«Este es el Templo de la Avenencia. Es un lugar de gran importancia» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Todos observaron el templo y quedaron pasmados por lo grande y majestuoso que era.

De pronto en el cielo vieron aparecer volando un descomunal dragón rojo de más de cincuenta varas de longitud. Sobrevoló el templo y pudieron ver que era un dragón poderoso, adulto, y que desprendía un aura de poder carmesí. Sobre la cabeza llevaba una corona de plata con rubíes.

«Comienzan a llegar los invitados a la reunión. Escuchadme con atención. El templo tiene cinco entradas. Cada uno de los escuadrones cubrirá una de ellas y el sexto se quedará aquí, en la vía de acceso. Vosotros cubriréis la entrada norte. La que corresponde a ese dragón que estáis

viendo volar sobre vuestras cabezas. Ese es el rey Erre-Gor-Mau, líder del clan Gondra y monarca de su reino en los cielos».

Todos miraban cómo el gran y poderoso dragón volaba sobre el templo trazando grandes círculos. Nahia tragó saliva con dificultad. Aquel era el rey del clan Gondra y los humanos eran de su dominio. Provenía del reino en el cielo que ella había visto en su hogar.

«Los dragones no podemos acercarnos a ese templo, pues es un lugar neutral que solo los reyes y el Gran Oráculo pueden pisar. Por ello, yo no os acompañaré y aguardaré aquí. No me deshonréis. Formad ante la puerta y vigilad que nadie intente entrar o espiar la reunión de los cinco reyes de los clanes. Es una labor de guardia de honor. Nadie intentará nada, así que solo debéis formar y mantener los ojos bien abiertos, nada más».

Todos observaban al dragón mientras asimilaban las órdenes que debían seguir. Era el más fuerte e imponente que hubieran visto. El poderoso dragón rojo descendió para posarse en uno de los cinco círculos adyacentes, el situado al norte.

«Id y cumplid mis órdenes. Y mantened la formación siempre».

El Escuadrón Rojo avanzó hasta la puerta norte sin romper la formación. Se situaron ante ella con la espalda hacia la puerta. El gran dragón rojo soltó un tremendo rugido que los dejó a todos temblando.

Todos los escuadrones excepto el Cristalino fueron a situarse en la puerta que debían vigilar con rapidez y eficiencia.

En el cielo apareció un segundo dragón enorme. Este era de color blanco y también llevaba una corona. Planeó sobre el templo y tras comprobar que todo parecía en orden descendió y se situó en uno de los círculos adyacentes. No pasó más que un momento y un nuevo rey dragón surgió en los cielos. Este era azul y también parecía ser muy poderoso y enorme.

Los cinco reyes dragón fueron llegando y ocupando su sitio en el edificio. Nahia suspiró. Ahora solo tenían que formar hasta que terminara la reunión. Se relajó un poco y miró a sus compañeros, que también se estaban comenzando a relajar.

De pronto Nahia comenzó a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo. Era una sensación extraña, como si algo en el ambiente que la rodeaba le estuviera produciendo pinchacitos. Levantó la mirada y descubrió que sobre el círculo exterior del templo se había formado una cúpula de plata. Miró hacia arriba y vio que la cúpula destellaba con brillos dorados. Era de energía pura.

—¿Veis esa cúpula sobre el templo? —susurró a Dafne y Lily.

—Como para no verla, con lo grande y brillante que es —dijo Dafne.

—Sí, brilla en color plata, parece que le han estado sacando brillo un mes —opinó Lily.

—Sí, a mí me sorprenden más los destellos en oro —dijo Nahia.

—¿Qué destellos en oro? —Dafne la miró extrañada.

Nahia volvió a mirar la cúpula a su espalda. Brillaba en plata, pero sobre esos brillos había otros más intensos en oro.

—¿No veis los brillos dorados?

Lily y Dafne miraron la cúpula un momento. Luego se volvieron hacia Nahia y negaron con la cabeza.

—Solo brilla en plata —aseguró Dafne.

—Tanto marchar te hace ver cosas —bromeó Lily.

De pronto Nahia sintió algo más extraño todavía, le llegó un mensaje y la visión de quién lo decía. Era el Gran Oráculo.

«Me habéis hecho llamar para que asista a esta ilustre reunión y como Gran Oráculo al servicio de los cinco dragones de Kraido acudo con humildad» expresó el dragón de plata, que estaba en medio del círculo interior y bajó la cabeza a forma de saludo respetuoso ante los cinco reyes.

«Ese es tu deber como Gran Oráculo y siempre lo has cumplido con honor desde tiempos anteriores a los de mi padre, y el padre de mi padre. Como es obligado debemos presentarnos todos los presentes para que así conste. Comenzaré yo mismo. Soy Erre-Gor-Mau, líder del clan Gondra» dijo el gran dragón rojo.

«La presencia del Gran Oráculo es siempre apreciada, más cuando se trata de una reunión de importancia. Como representante del clan Zudrik, está presente su rey Aiz-Zur-Tor» expresó un dragón blanco también de aspecto curtido y poderoso.

Nahia miró de nuevo hacia la cúpula y se dio cuenta de que los destellos dorados se producían cuando hablaban los dragones. No solo eso, los destellos dorados los estaba captando ella por alguna razón.

«Hoy tenemos que tomar una decisión muy importante que nos afecta a todos y al futuro de los dragones. Como representante del clan Urdik, está presente su rey Itx-Urd-Arr» expresó un dragón azul también de aspecto letal.

«Una decisión que antes de tomar queremos consultar con el Gran Oráculo, y escuchar su parecer. Como representante del clan Beldrak, está presente su rey Osc-Belz-Hil» opinó un dragón negro como la noche.

Nahia volvió la cabeza hacia Dafne al sentir un calor en su frente que no era natural.

—¿Me brillan las escamas?

Dafne entrecerró los ojos y las miró.

—Sí, un poco, sí.

«Las decisiones de importancia las debemos tomar entendiendo que afectan al destino de los dragones, uno que debe ser de gloria. Como representante del clan Mardrok está presente su rey Ram-Mar-Oia» dijo el dragón marrón.

—Ahora ha brillado una vez, más fuerte.

«De lucha, conquista y gloria. Así debe ser. Todos los presentes a la reunión se han presentado. Cinco reyes. Por lo tanto tenemos quorum. Lo que decidamos hoy aquí, será» afirmó el dragón rojo.

—Ha vuelto a brillar más fuerte —dijo Dafne.

—Si, ya empiezo a ver un patrón.

—¿Patrón? ¿No será que estás teniendo otro de tus ataques?

—Espero que no —Nahia se llevó la mano al cuello, donde llevaba el tónico—, aunque tengo un día raro…

—Tú y todos, mira dónde estamos —dijo Lily con una sonrisa.

Nahia se dio cuenta de que cuando los dragones hablaban ella podía oírlo por alguna razón que desconocía. Cerró los ojos y se concentró en los mensajes que recibía.

«El tema que debemos debatir hoy aquí y sobre el que tenemos que tomar una decisión es si comenzamos la conquista a gran escala del mundo Drameia» expresó el dragón rojo.

«¿Se ha abierto un portal seguro hasta ese mundo? ¿Desde el reino de Gondra?» preguntó el dragón rey marrón.

«Se ha abierto. De hecho, no fuimos nosotros quienes lo abrimos, fue abierto desde Drameia hasta mi reino. Captamos el poder del portal y fuimos a investigar. No estuvo disponible mucho tiempo» explicó el dragón rey rojo.

«Pero sí lo suficiente para que pudierais determinar el mundo desde el que se originó» quiso saber el dragón azul.

«Así es. Dos de mis eruditos llegaron a tiempo de estudiarlo y fueron capaces de determinar desde qué mundo se había originado» explicó el dragón rey rojo.

«Entiendo que si estamos aquí hoy es porque has podido crear un portal inverso» dijo el dragón blanco.

«Así es. Mis eruditos han sido capaces de abrir un portal inverso y podemos viajar a Drameia. Antes de que me preguntéis, sí, lo hemos probado y conseguimos llegar».

«Si lo has probado, si has enviado a dragones allí, puede que sepan que vamos… puede que nos estén esperando» comentó el dragón negro.

«No es probable. Solo se ha realizado una incursión y cautelosa. No se han dejado testigos».

«Como debe ser. Al enemigo no se le debe dar ni la más mínima opción y mucho menos anticipación» expresó el dragón azul.

Nahia escuchaba la conversación como si estuviera allí con ellos. Era consciente de que no debería estar escuchando. Eran los cinco reyes, líderes de sus respectivos clanes, y ella una simple humana de primer curso en misión de guardia de honor. Se dijo a sí misma que debía dejar de escuchar. Sin embargo, no pudo hacerlo, los mensajes mentales le llegaban y ella no podía ni quería dejar de escucharlos.

«Ese mundo, Drameia para nosotros y Tremia para sus habitantes, es uno de los tres hogares primarios de nuestra raza. Nos pertenece por derecho» expresó el dragón marrón.

«Lo es, y de allí fuimos expulsados por los Áureos, nuestros más odiados enemigos» expresó el dragón rojo.

«Lo primero que debemos hacer es asegurarnos de que los Áureos ya no habitan en ese mundo» dijo el dragón blanco.

«Los Áureos ya no lo habitan» aseguró el dragón rojo.

«¿Cómo puedes asegurarlo?» preguntó de nuevo el blanco.

«Porque tenemos un prisionero al que se interrogó cuando fue capturado y así lo estableció» explicó el dragón rojo.

«¿El humano que llegó por el portal hasta tu reino?» quiso saber el dragón negro.

«Ese humano, sí. Está prisionero en la academia Drakoros, tal y como se acordó para que ninguno de nosotros se aproveche de sus conocimientos o la información que pueda desvelar» dijo el dragón rojo.

«Tenemos que mantener el frágil equilibrio entre los clanes» justificó el negro.

«Así debe ser. No puede haber ventajas para uno sobre otros» expresó el dragón marrón.

«Entonces tenemos un portal que nos puede conducir a Drameia y que se ha reabierto para comprobarlo» quiso aclarar el azul.

«Se ha reabierto sí, para asegurar que ese mundo es Drameia» afirmó el dragón rojo.

«¿Y se ha asegurado?» preguntó el negro.

«Se ha asegurado» confirmó el rojo.

«Como se ha asegurado que no hay Áureos ya en ese mundo» expresó el dragón blanco.

«Así es» confirmó el dragón rojo.

«No es que no me fie, pero quiero comprobar esas certezas por mí mismo» dijo el azul.

«Nunca te fías, pero no importa, me lo tomo como un signo de respeto hacia el poder de mi clan. Podemos presentar al prisionero al Gran Oráculo y que sea él quien lo confirme».

«Esa me parece una buena propuesta» estuvo de acuerdo el dragón blanco.

«Sí, que sea el oráculo quien lo confirme» afirmó el dragón negro.

El resto de los dragones estuvieron de acuerdo.

«¿Se ha traído al prisionero?» preguntó el dragón azul.

«Así es. He imaginado que querríais aseguraros. He pedido al coronel de la academia que lo envíe» dijo el dragón rojo.

«En ese caso, que se presente. Adelante» pidió el dragón azul.

Capítulo 45

De la carreta que esperaba en el camino con los líderes de los escuadrones sacaron a un prisionero. Nahia lo reconoció de inmediato y se llevó una sorpresa manifiesta. Era el prisionero de la máscara de dragón de oro. Tenía las manos y los pies encadenados. Los dos Tergnomus lo llevaron del brazo hasta la entrada sur. Allí se les dejó pasar y condujeron al prisionero al interior del edificio, a la gran reunión.

Los dos Tergnomus dejaron al prisionero ante los cinco reyes y salieron del templo. Nahia estaba sin habla. El prisionero que ella había visto era del que habían estado hablando.

«Gran Oráculo, adelante, interroga al prisionero» pidió el dragón rojo.

El gran dragón plateado miró al prisionero con sus ojos de plata y oro.

«Puedes quitarte la máscara» dijo y con su poder soltó el cierre posterior de la máscara.

El prisionero se llevó las manos encadenadas al cierre y abrió la máscara. Se la quitó y la dejó en el suelo. Respiró y se tocó la cara y luego el cabello. Lo hacía como para asegurarse de que seguían allí. Sus gestos eran de alguien que no lo había hecho en mucho tiempo.

El Gran Oráculo cerró los ojos y creó una esfera de energía alrededor del prisionero. La energía parecía hecha de una sustancia gaseosa plateada con puntos dorados que flotaba a su alrededor. Parecía tener vida propia y subía y bajaba llenando la esfera. Comenzó a destellar.

El prisionero parecía tranquilo. Miraba al Gran Oráculo y no se movía, se mantenía de pie donde estaba.

«La energía que te rodea es para ayudarnos a entenderte. No todos aquí hablan el idioma de tu tierra. También me ayudará a saber si me mientes, te recomiendo que no lo hagas pues lo sabré y eso generará una situación de conflicto que es preferible evitar. Mentir no te conducirá a nada en mi presencia. Dime, ¿cómo te llamas?».

El prisionero asintió, miró al Gran Oráculo y respondió.

—Me llamo Egil Olafstone.

La sustancia que lo rodeaba no modificó su comportamiento.

«¿Eres del mundo al que llamáis Tremia?».

—Lo soy.

«¿Cómo llegaste hasta este mundo?».

«Llegué por un portal que un dragón creó en mi mundo».

Nahia escuchaba todo con máxima atención. No podía creer que aquel fuera el prisionero de la máscara de oro que había conocido en las mazmorras. Se sintió muy mal por no haber hablado con él, por no haberlo ayudado. Luego pensó en lo que le habrían hecho si la hubieran pillado y se le pasaron las ganas, aunque no del todo.

«Los cinco reyes están interesados en saber si hay Áureos en tu tierra».

—No sé lo que son Áureos.

«Aquellos que expulsaron a los dragones de tu mundo hace cinco mil años».

—No tengo constancia de que quede ningún Áureo en Tremia. Por lo que he podido deducir, hace tres mil años desaparecieron sin dejar rastro.

La energía que rodeaba a Egil parecía medir si lo que decía era verdad o mentira y se mantenía constante.

«¿Quién reina en Tremia si no son ni los dragones ni los Áureos?».

—En Tremia reinan los humanos. Hay numerosos reinos y naciones de humanos.

El Gran Oráculo miró a los reyes.

«No miente. ¿Requerís más información, majestades?».

«Dices que un dragón abrió el portal desde tu continente al nuestro. ¿Cómo es eso posible si no quedan dragones en tu mundo?» quiso saber el dragón blanco.

—El espíritu del dragón Dergha-Sho-Blaska permaneció congelado en un orbe. El dragón se reencarnó en el cuerpo de un dragón fosilizado y con su nuevo cuerpo abrió el portal —explicó Egil con tranquilidad en su tono y resumiendo mucho lo sucedido.

«Dergha-Sho-Blaska era un dragón de mi clan» dijo el rey rojo.

«De ahí que abriera un portal a tu reino» expresó el dragón marrón.

«¿Dónde está Dergha-Sho-Blaska ahora? ¿No cruzó?» quiso saber el negro.

—Creo que murió antes de cruzar —dijo Egil.

La sustancia que lo rodeaba comenzó a destellar en oro y plata.

«Esa respuesta no es del todo sincera» advirtió el Gran Oráculo.

Egil asintió.

—El dragón murió, no pudo cruzar.

La sustancia volvió a su estado neutro.

«¿Quién lo mató?» quiso saber el dragón azul.

—Lo matamos entre un grupo de humanos —respondió Egil.

«Eso no puede ser. Los humanos no pueden matar a un dragón milenario» dijo el marrón.

«¿Dice la verdad, Gran Oráculo?» preguntó el blanco.

«La dice».

«Estaría débil de crear el portal o enfermo, o su cuerpo adquirido le fallaría» razonó el dragón rojo.

«¿Por qué cruzaste si lo matasteis?» preguntó el dragón negro.

—No fue por voluntad propia. En el combate fui lanzado al interior del portal —explicó Egil.

«Eso tiene más sentido» dijo el dragón rojo.

«¿Todo cuanto ha dicho es verdad?» quiso asegurarse el marrón.

«No ha mentido» confirmó el Gran Oráculo.

«Por mí es suficiente. Ya tengo cuanto necesito saber» se pronunció el rojo.

El resto de los reyes dieron también su conformidad uno tras otro asintiendo con un gesto de la cabeza.

«Como veis, poco hay que temer y mucho que ganar. Un mundo en el que reinan intranscendentes humanos con armas y magia humana, no podrán detenernos» aseguró el dragón

rojo.

«Estoy de acuerdo. Debemos recuperar nuestra tierra. Destruiremos a esos humanos y sus reinos insignificantes y conquistaremos ese continente para nosotros» expresó el dragón azul.

«Los débiles humanos no podrán hacer nada contra nosotros y nuestros ejércitos. Debemos recuperar lo que fue nuestro. Debe volver a serlo» dijo el dragón marrón.

«Os recuerdo a todos que tenemos otras guerras que estamos librando. Entrar en una nueva puede ser costoso en cuanto a recursos» dijo el blanco.

«Un poco de cautela es obligatorio. No debemos dar por hecho que será una campaña fácil y que arrasaremos a los humanos de ese mundo» expresó el dragón negro.

«La Senda de los Dragones marca el camino. Debemos conquistar ese mundo y aumentar la grandeza de nuestro poder y dominio. Nuestro debe ser y arrasaremos a quien se oponga» dijo el dragón azul.

«Antes de tomar una decisión definitiva debemos consultar con el Gran Oráculo. Que nos dé su visión para esta campaña de conquista» dijo el dragón blanco.

«Sí, ¿tiene alguna premonición el Gran Oráculo sobre esta guerra que vamos a comenzar?» quiso saber el negro.

«Como sus majestades deseen».

El Gran Oráculo asintió y cerró los ojos. La esfera que rodeaba a Egil desapareció y otra mucho mayor surgió rodeando el cuerpo del gran dragón plateado. La esfera estaba llena de energía que emanaba del cuerpo del dragón. La energía estaba constituida por miles y miles de puntos plateados que brillaban ligeramente. Entre ellos había otros dorados en menor cantidad. La esfera destelló en plata tres veces.

Todos observaban al Gran Oráculo que, con los ojos cerrados, echó la cabeza hacia atrás y pareció quedar sumido en un trance. Por un largo momento nada sucedió. Luego los miles de puntos plateados del interior de la esfera que lo rodeaba comenzaron a emitir destellos. Un momento después lo comenzaron a hacer los puntos dorados. Toda la estancia quedó iluminada por los miles de destellos de plata y oro que se producían.

El Gran Oráculo echó la cabeza todavía más atrás y casi se tocó la espalda con ella.

«La visión se presenta» confirmó. Todos prestaban toda su atención al gran dragón plateado. Los mensajes llegaban hasta Nahia, que no quería perderse nada de lo que sucedía.

El Gran Oráculo recitó entonces en medio de su ensoñación:

«Cuando el fuego… Encuentre la flecha… Y las cinco coronas perdidas… Se abrirá la puerta… Despertará un poder ancestral… Que derrotará a los señores de los cielos… Se cumplirá la profecía… El esclavo liberará a las ocho razas… El salvador de mundos será».

Se produjeron otros tres destellos muy brillantes en plata y el Gran Oráculo abrió los ojos. Levantó la cabeza y deshizo la esfera de poder que lo rodeaba.

«No puede ser que hayas visto eso. ¿Qué significa?» protestó el dragón azul.

«¿De nuevo con la profecía del esclavo que liberará a las ocho razas?» preguntó el rojo molesto.

«Explícalo con claridad y no con frases místicas» pidió el dragón marrón.

El Gran Oráculo hizo un gesto afirmativo.

«Si se emprende esta guerra se cumplirá la profecía de que un esclavo liberará a todas las

razas y se convertirá en salvador de mundos» explicó con calma.

«Esa premonición ya la hiciste durante la Gran Insurrección y no se cumplió» dijo el dragón rojo.

«Nos encargamos de que no se produjera» dijo el azul.

«Y no se produjo» afirmó el marrón.

«Cierto, pero quizá fuera un preludio de esta premonición» explicó el Gran Oráculo.

«¿Quizá?» el dragón rojo no estaba convencido.

«Esa premonición es demasiado ambigua y si se une a la del esclavo liberador todavía más» dijo el dragón azul.

«¿Cuánta certeza tienes de que esa premonición se cumplirá?» preguntó el dragón blanco.

«No hay certeza alguna en una premonición, pues el destino es caprichoso y puede cambiar en cualquier momento» explicó el Gran Oráculo.

«Entonces no nos sirve» sentenció el dragón rojo.

«El Gran Oráculo ha hecho predicciones bastante acertadas en el pasado» defendió el dragón blanco.

«Sí, por eso estamos aquí y por eso le consultamos» justificó el marrón.

«En ese mundo solo hay humanos y otras razas y bestias menores. No hay nada que nos pueda detener. Su magia y ejércitos no son rivales para los nuestros. Tenemos la oportunidad de recuperar uno de los tres mundos primarios. Debemos hacerlo, es nuestro deber como dragones. Conquista o muerte» expresó el dragón rojo.

«Lo que quieres es que aceptemos esa invasión a toda costa» dijo el blanco.

«Os he dado motivos de peso. La Senda del Dragón nos obliga a tomar ese mundo, por conquista y porque es nuestro por derecho» afirmó el rojo.

«Eso es cierto. Ese mundo nos pertenece y debemos tomarlo. Debemos ser los más poderosos de todo este universo» se unió el dragón azul.

«Opino igual. Poder y gloria, nada más importa» se unió el marrón.

Los otros dos dragones se quedaron pensativos.

«Hemos interrogado al prisionero y consultado con el Gran Oráculo. Es momento de tomar una decisión. ¿Quién está conmigo en invadir y conquistar ese mundo? Votemos» planteó el dragón rojo.

Hubo otro momento de silencio mientras los reyes pensaban su decisión.

«Yo digo sí a la invasión» afirmó el dragón marrón.

«Yo creo que no es el momento y menos con esa premonición que acaba de hacer el Gran Oráculo» se negó el blanco.

«Yo también opino que no es el mejor momento» dijo el negro después de pensárselo bien.

Solo quedaba el dragón azul. Su voto era decisivo. Todos lo miraban.

«La premonición no me ha gustado, pero es una que ya conocemos y hemos evitado. Voto sí a la invasión».

«¡Decidido queda! Tres contra dos. Invadiremos ese continente y reinaremos sobre él» sentenció el dragón rojo.

«Si los cinco reyes así lo deciden, así será» proclamó el Gran Oráculo.

Cada uno de los reyes reiteró su posición antes de abandonar uno por uno el templo para regresar a sus reinos. Los tres reyes a favor hablaron de conquista, gloria, poder y honor. Los dos dragones en contra de precaución, aunque no podían oponerse a la invasión porque eran minoría. Marcharon con el acuerdo de que se organizarían para llevar a cabo una gran invasión para reconquistar Drameia, que sería épica y llenaría las páginas de los tomos de historia. Una en la que los dragones arrasarían el continente y luego reinarían sobre las cenizas.

Una vez los reyes hubieron partido, los dos Tergnomus fueron a por el prisionero, le volvieron a poner la máscara de oro y lo condujeron hasta el carro.

El último en abandonar el templo fue el Gran Oráculo. Una vez lo hizo, la comitiva de los escuadrones de honor se formó de nuevo. Lo escoltaron hasta su hogar y luego retornaron a la academia.

Durante el camino, Nahia iba pensando en lo que había escuchado. Intentaba razonarlo. Lo que no conseguía entender era cómo era posible que ella hubiera escuchado aquellas conversaciones. Estaba segura de que no debía haberlo hecho, y también que se debía al extraño fenómeno de energías que se había producido. Otro pensamiento también le rondaba la cabeza. ¿Debía confiarles a sus compañeros lo que había pasado? No estaba segura. No solo porque no sabía cómo se lo iban a tomar y si podía confiar del todo en ellos, también porque aquel conocimiento podía ser peligroso para todos. Los dragones no hacían distinciones ni excepciones. Si descubrían que tenían aquella información los matarían, eso era seguro. Nada los salvaría. Decidió guardársela de momento, pues no quería poner en riesgo sus vidas.

Capítulo 46

Pasaron los días y Nahia seguía sin poder quitarse de la cabeza al pobre prisionero y lo que había sucedido en el Templo de la Avenencia. Por alguna razón le venía a la cabeza de continuo y aunque no se lo había contado a nadie, sentía una necesidad terrible de hablar con él. Era casi más fuerte que su propia voluntad. Su sentido común le decía que debía mantenerse alejada o se metería en un gran lío que podía costarle la vida. Aquello era un asunto muy grave, uno en el que estaban involucrados los cinco reyes dragones.

Los días de formación avanzaban y pronto acabarían el año. Si ella conseguía hacerlo la iban a enviar al frente en la Prueba de Guerra, y ahora ya sabía a qué frente, o lo sospechaba, la iban a enviar al mundo del que provenía Egil, el prisionero. Este conocimiento, esta casi certeza, todavía la hacía pensar en ello más. No pudiendo aguantar más, decidió hablar con él. Para ello necesitaba de una estratagema.

A la mañana siguiente, a primera hora, corrían a formar frente a Irakas-Gorri-Gaizt. Seguía haciéndoles marchar en formación cada día, aunque últimamente no se alargaba tanto, así que podían llegar al desayuno. Según corrían a formar y ya llegando frente a su líder, Nahia pisó mal y la bota se le torció a un lado. Soltó un gruñido y se fue al suelo. Se quedó en el suelo a tres pasos del grupo, agarrándose el tobillo derecho mientras gruñía.

Lily se dio cuenta y fue a ayudarla.

«Vuelve a la formación, Escarlatum» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Al recibir el mensaje, Lily se detuvo y miró a Nahia. No podía desobedecer la orden. Se volvió a colocar en la formación.

«Tienes un momento para ocupar tu posición en la formación, humana».

Nahia se agarraba el tobillo tumbada en el suelo. Hizo como que intentaba ponerse en pie, pero se tiró de nuevo con una mueca de dolor.

Sus compañeros de escuadra la miraban de reojo con gran preocupación, temiendo por su vida.

«Eres una desgracia, humana. No entiendo cómo puedes haber sido bendecida con el poder de una Nacida de la Llama y tener un cuerpo tan débil y lamentable. Todavía no entiendo cómo te alzaste con el triunfo en la prueba de medio año. Ya que no puedes formar y marchar quedas castigada a un mes de limpieza en los calabozos. Espero que limpiar excrementos y terminar agotada de hacerlo cada día te ayude a fortalecer ese cuerpo tan lamentable que tienes. Ve a la enfermería y luego a clase. Esta noche comenzarás tu castigo».

Nahia consiguió ponerse de rodillas y asintió. Se quedó con la cabeza gacha. Sus compañeros comenzaron con la marcha de cada mañana y ella se levantó y cojeando fue hasta la enfermería. Explicó lo que le había sucedido a los Exarbor enfermeros y tras diagnosticar la herida, dos Tergnomus enfermeras le vendaron el tobillo derecho.

Durante el resto del día Nahia acudió a las clases. Le dio pena tener que mentir a sus compañeros porque en realidad a su tobillo no le pasaba nada, lo había fingido, pero no se lo confesó. Necesitaba ver al prisionero y no quería decírselo a su escuadra para no ponerlos en un

aprieto. Tampoco tenía plena confianza en que Aiden no se chivara a Irakas-Gorri-Gaizt.

Cuando terminó la clase que, por fortuna, fue de magia y no de armas, se dirigió a las mazmorras. Ya conocía el camino y el protocolo. Esperó frente a la horripilante fortaleza a que Tarcel saliera a recibirla.

—¿Otra vez tú? —se sorprendió el Tergnomus al verla y la miró con la mala cara que ponían los Tergnomus cuando algo no les encajaba.

Si ya de por sí eran poco agraciados en belleza física cuando se enfurruñaban eran feos de verdad.

—¿No aprendiste la lección la última vez?

—Tengo mala suerte —se defendió Nahia.

—Más bien será que eres torpe —dijo él con una mueca de que eso no era nada bueno para ella.

—También, sí.

—Bueno, veamos el lado positivo. No tengo que explicarte cómo funciona todo esto —se le mejoró la cara al darse cuenta.

—Cierto, me acuerdo de todo a la perfección.

Te llevaré con Framus y él se encargará de asignarte al equipo de limpieza más oportuno. Vayamos a registrarte.

Nahia asintió y los dos fueron con el Exarbor de control de entrada a las mazmorras. Para sorpresa de Nahia se acordaba de ella.

—Nahia Aske… Escuadrón Rojo, Escuadra Ígnea… —apuntó en el registro sin preguntarle nada.

—Sí, eso es —asintió ella.

Tercel la acompañó y la dejó con Framus, que al verla puso cara de desaprobación, arrugó la gran nariz fea que tenía y negó con la cabeza.

—Algunos no aprenden…

—He tenido mala suerte —se señaló el tobillo vendado.

—La mala suerte puede ser confundida con la debilidad con facilidad en este mundo —advirtió haciendo gestos con el dedo índice.

—Agradezco el consejo —dijo Nahia, que podía ver que el Tergnomus estaba disgustado de verla allí de nuevo.

Los Tergnomus siempre estaban más o menos disgustados, por lo que no era fácil saber si lo estaba más de lo normal.

—Si puedo pedir un favor…

Framus la miró con el ceño fruncido.

—No estamos para hacer favores ni la vida más fácil a nadie —refunfuñó.

—Me gustaría que me asignaran a la misma sección que la otra vez. Con Ufrem… si puede ser… —Nahia lo pidió de todas formas.

El Tergnomus iba a decirle algo de mal humor, pero se quedó pensativo.

—Te veo más fuerte, irás a un nivel más abajo.

—No con este tobillo —Nahia apoyó el pie e hizo un gesto de dolor. Quería ir al mismo nivel, no por miedo, sino porque allí tenían al prisionero con el que quería hablar.

—¿Cuándo te has hecho eso? —cuestionó Framus.

—Esta mañana.

Framus suspiró y negó con la cabeza enfadado.

—Está bien. Subnivel uno entonces, con Ufrem.

—Muchas gracias —agradeció Nahia con una gran sonrisa.

—No te olvides de ponerte la pulsera. Los Serpetuss andan un poco revueltos últimamente.

Ese comentario no le gustó lo más mínimo.

—¿Revueltos?

—Sí, no sabemos qué les pasa, pero están más inquietos de lo habitual. Así que si te los cruzas, quédate quieta como una estatua.

—Lo haré. Descuida.

Framus condujo a Nahia hasta la sección donde estaban Ufrem y su equipo de limpieza, en el primer subsuelo.

Ufrem la vio entrar en la estancia con Framus y negó con la cabeza.

—Pensé que no volvería a verte.

—Sí, esa era mi intención también.

—Está coja —dijo Framus señalando el tobillo de Nahia.

—¿Por qué me envían trabajadores lisiados? ¡Como si no tuviera suficiente tarea! ¡Esto es bochornoso! —comenzó a quejarse Ufrem.

—¡A mí no me digas! ¡Ha venido así! —respondió Framus también a gritos.

Los dos Tergnomus comenzaron a discutir y gritarse por un largo rato. Finalmente Framus marchó entre gritos y aspavientos.

—Qué decepcionante… —dijo Ufrem a Nahia y le puso la pulsera de plata.

—Como ya tienes experiencia, no hace falta que te lleve de la mano. Te emparejarás con Nielse, es el Fatum que está al fondo. Solo lleva una semana y los Serpetuss lo tienen muerto de miedo —explicó Ufrem.

—De acuerdo —asintió Nahia.

—Sección sur, que es la más cercana, así no castigarás mucho el tobillo.

—Gracias —Nahia se inclinó en agradecimiento.

Ufrem hizo un gesto de quitarle importancia.

—¡Coged fregonas, cepillos y baldes y poneos a ello! —gritó enfadado.

—Al momento —dijo Nahia.

Ufrem abrió las puertas y las rejas de las tres zonas que debían limpiar y luego se marchó cerrando la puerta de salida tras ellos. Nahia y Nielse comenzaron por el primer pasillo. Solo había un par de antorchas en cada lado a lo largo de toda la primera sección y el pasillo era amplísimo, por lo que no se veía demasiado.

—Soy Nahia, Escuadra Ígnea del Escuadrón Rojo —se presentó a su compañero.

El Fatum se volvió hacia ella. Era de primer año, sin duda.

—Soy Nielse, de la Escuadra Granito del Escuadrón Marrón.

—¿Escuadra Granito del Escuadrón Marrón? —preguntó Nahia muy interesada.

—Sí… ¿por qué?

—Entonces conoces a Maika.

—Sí, es mi compañera humana de la escuadra.

—Maika y yo somos amigas —dijo Nahia sin poder ocultar su entusiasmo.

—Oh, es una chica muy maja. Nos llevamos bien.

—Me imagino. Es un encanto y fuerte.

—Más que yo —reconoció el Fatum con pesar, que para ser chico era debilucho.

—Si quieres mejorar eso te recomiendo que vengas al gimnasio. Yo he mejorado mucho desde que voy y la Fatum de mi escuadra también.

Nielse la miró inseguro de si lo decía por ayudar o si se estaba burlando de él.

—Si tú lo dices…

—De verdad, yo estaba muy débil, por eso terminé aquí la primera vez.

—Como yo ahora…

—Por eso te recomiendo ir al gimnasio.

—Un poco tarde ya…

—Nunca es tarde, te lo aseguro.

—Gracias… lo pensaré.

—Ah, y hazme un favor, saluda a Maika de mi parte.

—Sin problema.

—Pero con un saludo especial.

El Fatum miró a Nahia enarcando una ceja.

Ella le hizo el saludo de la mariposa de la victoria.

Nielse la miró como si estuviera loca.

—Es una mariposa y la V es de victoria —explicó Nahia.

El Fatum lo pensó un momento.

—Creo que lo entiendo… La saludaré así de tu parte.

—Mil gracias—sonrió Nahia.

Se pusieron a limpiar y cuando Nahia pasó frente a la celda que buscaba, la reconoció. Allí tenían al prisionero de la máscara de dragón dorada, a Egil. Se acercó a la puerta. Deseó que no le hubieran cambiado de celda o su plan de hablar con él haría aguas. Con disimulo descorrió la mirilla y echó una rápida ojeada dentro. Al principio no vio apenas nada, pues al ser de noche solo la luz de los astros penetraba por una diminuta ventana enrejada y alumbraba el interior de la celda. Miró mejor y vio al ocupante. Tenía pies de humano. Siguió por las piernas y el tronco hasta verle la cabeza. Parecía tener una cabeza de dragón dorado.

Era él.

Nahia vio que Nielse estaba limpiando más adelantado y concentrado en su tarea.

—Soy Nahia, quiero hablar contigo —susurró Nahia al prisionero.

De inmediato se puso en pie y se acercó a la puerta. Miró a Nahia y asintió con la cabeza.

Nahia le señaló.

—Tú Egil.

El prisionero echó la cabeza hacia atrás. Estaba sorprendido de que ella supiera su nombre. Al momento asintió varias veces.

—Yo Nahia —dijo y se señaló el torso.

—Na…hia —imitó el sonido Egil.

—Eso es. Tú Egil y yo Nahia —dijo ella señalándolo a él y luego de nuevo a ella.

Egil asintió.

—Tú Nahia —dijo, y Nahia se dio cuenta de que era inteligente. Había usado el "tú" que ella acababa de usar.

—No deberías hablar con los prisioneros… —llegó la voz de Nielse.

Nahia lo miró y vio que el Fatum la estaba observando. La había descubierto.

Iba a decir algo cuando vio una sombra acercarse al Fatum.

—Quieto. No te muevas.

—No… —dijo el Fatum y se volvió.

Un Serpetuss enorme se acercaba a él erguido, amenazante. Abrió la boca, mostró las fauces y siseó muy fuerte.

A Nielse el terror lo invadió y echó a correr.

—¡No! ¡Quieto! —advirtió Nahia.

El pobre Fatum estaba fuera de sí del terror que sentía. Corrió y el Serpetuss le dio persecución arrastrando su largo cuerpo por el suelo.

Nahia vio a Nielse llegar a su altura en su huida alocada y sin pensarlo dos veces se lanzó sobre él y lo placó. Cayeron los dos al suelo.

—No te muevas ni hables si quieres vivir —dijo Nilsa y le puso la mano en la boca mientras lo bloqueaba con el peso de su cuerpo.

El Serpetuss llegó hasta ellos y se irguió todavía más con la boca abierta y las fauces a la vista. Siseó con un sonido estridente y horrible. El Fatum temblaba bajo el cuerpo de Nahia, que aplicaba todo su peso sobre él para que no se moviera. El Serpetuss bajó hasta sus cabezas y Nahia se temió lo peor. Nielse tenía los ojos desorbitados del miedo. Quería gritar pero Nahia le tapaba la boca y no podía.

La bestia reptiliana los olió y por un momento Nahia pensó que les iba a clavar las fauces a los dos de un solo mordisco. Intentó quedarse tan quieta como pudo y que Nielse tampoco se moviera. El Serpetuss olió la pulsera de ambos y tras un momento de duda en el que Nahia pensó que estaban muertos, aquel vigilante de los pasillos de las mazmorras continuó con su ronda.

Nahia y Nielse se quedaron tumbados en el suelo respirando con dificultad del miedo que habían pasado.

—Gracias… me has salvado…

—¿No sabes que no hay que moverse?

—Lo sé… pero… el terror…

—Si corres te matarán.

—Sí… me doy cuenta…

Nahia se puso en pie negando con la cabeza y le dio la mano al Fatum para que se levantara también.

—Mira, te hago un trato. Yo intentaré que no te maten los Serpetuss y tú mantienes la boca cerrada sobre mis conversaciones con ese prisionero.

Nielse lo meditó un momento.

—Trato hecho —dijo y le ofreció la mano a Nahia.

Ella la aceptó y la estrechó.

—Ahora sigue limpiando como si nada hubiera pasado.

—De acuerdo —Nielse recogió su cepillo y fregona, que había soltado para salir huyendo, y se puso a limpiar.

Nahia se acercó de nuevo a la mirilla.

—Egil —llamó.

El prisionero asintió.

—Necesitó hablar contigo.

Egil negó con la cabeza y se encogió de hombros.

No la entendía. Nahia le hizo el gesto de hablar con las manos en la boca y luego le señaló a él.

Egil asintió. Le entendió.

—Tú, Egil, Tremia —dijo Nahia, que había memorizado el nombre del mundo del que era originario el prisionero.

Egil asintió varias veces.

—Yo Kraido —dijo Nahia.

Egil asintió. Aquello lo entendía también.

—Kraido atacar Tremia —dijo e hizo en gesto de una puñalada.

Egil echó la cabeza hacia atrás. Lo entendió y asintió.

Nahia vio que el problema iba a ser cómo entenderse con alguien que no hablaba su idioma. Sin embargo, le dio la sensación de que aquel prisionero era muy inteligente y captaba las cosas a la primera. Decidió que haría un esfuerzo para enseñarle unas palabras y ver si conseguían entenderse.

—Yo enseñar a ti —dijo Nahia con un gesto como si ella escribiera algo y luego señalándole a él.

Egil asintió y le hizo un gesto señalándose a sí mismo y luego haciendo como que leía un libro.

—Veo que quieres aprender, muy bien. Te enseñaré.

Egil no entendió aquello. Dijo no con la cabeza.

Nahia sonrió y le volvió a hacer el gesto de que ella escribía para él.

—Nahia —dijo Egil y luego realizó una reverencia.

Su muestra de gratitud la sorprendió.

Aquella noche no pudieron comunicarse mucho más pues aparte de tener que limpiar los enormes y largos pasillos, Framus apareció un par de veces para ver cómo iban y un Serpetuss otras dos. Nahia se dio cuenta de que enseñar a Egil su idioma iba a ser complicado en aquellas circunstancias. Tendría que andarse con mucho cuidado.

Capítulo 47

El humor y el ánimo de todos mejoró con la llegada de la primavera. Por fin el frío y la nieve dejaron paso al calor y al resurgimiento de la vida. Incluso dentro de las murallas de la academia se apreciaba que la vida renacía. Los pájaros llenaban las plazas y jardines y sus alegres cantos levantaban el espíritu de todos.

Ande-Zuri-Koa y Borme aguardaban para la clase de magia regular.

«El último avance que haremos este año es el de los ataques elementales. Es la más difícil de las técnicas de ataque con magia a este nivel y debéis aprender a usarla. Este primer año solo aprenderéis la forma más básica. En segundo y sobre todo en tercero se os enseñará a utilizar este poder en todo su potencial. Eso requiere mucho trabajo y estudio que ya realizaréis. Borme, prepara el blanco».

El Exarbor cogió un muñeco con forma humanoide y muy despacio lo colocó en el centro del aula. Vestía los mismos ropajes que ellos, lo cual era un tanto inquietante.

Nahia esperaba que no le tocara la primera a ella, que venía siendo lo habitual, pero no tuvo suerte.

—Escuadra Ígnea, primer integrante —llamó Borme.

Nahia suspiró y se presentó.

«Humana, lo que debes hacer es llamar a tu dragón interior y coger una cantidad de energía considerable. Luego debes transformar esa energía en una elemental, la alineada con tu poder, en tu caso el fuego. Una vez lo hayas logrado será momento de expulsarla. Aquí es donde debes tener mucho cuidado. La energía elemental de fuego debe salir de ti de forma controlada y prolongada. Lo hará en lo que conocemos como Aliento de Dragón. Debes canalizarla para que salga de ti a través de tu boca, como si fuera tu aliento, y proyectarla. Adelante».

Nahia miraba de reojo al gran dragón blanco y las dudas la invadían por completo. ¿Cómo iba ella a hacer eso?

—Debes mirar… hacia el blanco… —dijo Borme y lo señaló con su mano llena de hojas.

Nahia se volvió hacia el muñeco muy intranquila, lo observó y se intentó concentrar. Era consciente de que todo el escuadrón la estaba mirando, lo cual no facilitaba nada aquel ejercicio. No quería quedar mal delante del escuadrón y menos aún delante del dragón blanco, que a saber cómo se lo iba a tomar.

«No dudes y haz exactamente cómo te he explicado. Sigue cada paso».

No había vuelta atrás, tenía que hacer lo que el dragón le ordenaba. Sacó la Perla de Aprendizaje y la mantuvo en su mano izquierda. Se concentró lo máximo que pudo dadas las circunstancias y despertó a su dragón interior.

Obtuvo de él una cantidad de energía suficiente para crear una esfera del tamaño de su perla, que era la que solían utilizar para ejercitar los ataques con esferas elementales. Sin embargo, en este caso, no tenía que formar una esfera con la energía, sino transformarla en elemental en su interior y luego dejarla salir. Esto le pareció problemático.

«Siento tu poder, ahora debes transformarlo. ¡Hazlo!».

Nahia cerró los ojos e intentó crear una esfera de fuego en su interior, tras un instante pudo comprobar que su energía se convertía en fuego elemental.

«Bien hecho, ya tienes fuego en tu interior, lo puedo sentir. Ahora debes canalizarlo y dejarlo salir a través de tu aliento. Abre la boca y expúlsalo».

—Hacia el muñeco —indicó Borme, que se retrasó varios pasos bastante rápido para ser un Exarbor.

Los ojos de Nahia se abrieron para observar el blanco. Abrió la boca y fue a dejar escapar el fuego por su aliento cuando algo raro sucedió. Perdió el control del fuego interior y en lugar de salir por su boca, surgió por todo su cuerpo. Una llamarada se expandió a su alrededor. Asustada, Nahia se agachó entre los gritos de sorpresa de sus compañeros.

«Mal, muy mal. Así no. Debes controlar la energía en todo momento. La has dejado salir sin ningún control. Eso es inaceptable, podrías haber herido a alguien».

Nahia se miró el cuerpo. No ardía. Se tocó el cabello para asegurarse de que no se había consumido en la llamarada, pero parecía seguir allí. Se incorporó y miró a su alrededor. No había herido a nadie. Al muñeco y a Borme no los había alcanzado y sus compañeros estaban lejos, así que resopló aliviada.

«Vuelve a intentarlo y controla la energía en tu interior. No puedes permitir que explote hacia el exterior. Eso es una deflagración descontrolada y es muy peligroso. Debes conseguir que el fuego salga hacia delante como si fuera el aliento de uno de nosotros, de un dragón. Hazlo y bien esta vez».

El mensaje era una orden que Nahia sabía que no podía ejecutar mal o terminaría castigada o algo peor. Intentó tranquilizarse cuanto pudo y se concentró de nuevo. La primera parte del proceso no tuvo ningún problema, consiguió la energía y la transformó en fuego elemental en su interior. Esta vez no creó una esfera para encapsularlo, sino que dejó que siguiera vivo y ardiente en su interior. Notaba que tenía que hacer algo con esa energía llameante o la consumiría por dentro. Su instinto le decía que debía apagarla antes de que la consumiera a ella, pero eso la haría fracasar en el ejercicio.

Abrió los ojos y miró al muñeco, que parecía uno de sus compañeros, hasta llevaba la capucha puesta. Abrió la boca y dirigió su energía interna para que surgiera como si fuera su aliento, pero de forma controlada, sin hacerlo de golpe, dejándola fluir como un río. Una llamarada intensa salió de su boca como si fuera el aliento de un dragón y proyectó fuego sobre el muñeco. La llamarada lo alcanzó y lo envolvió.

«Muy bien. Mantén el flujo de energía constante, que siga surgiendo».

Nahia estaba pasmada. Podía ver cómo el fuego salía propulsado de su boca hacia el muñeco, que ahora ardía por completo envuelto en llamas. Dejó salir toda la energía elemental que había transformado y que se proyectara contra el muñeco. Al quedarse sin más fuego que lanzar, cerró la boca.

«Eso ha estado mucho mejor. Debes mejorar el control del flujo y aprender a transformar energía interna en elemental según la necesites en lugar de tenerla preparada de antemano. Eso es algo que ejercitaremos en las siguientes clases. ¡Que pase el siguiente alumno!».

Nahia se retiró pasmada mientras el muñeco ardía. La armadura había aguantado al principio, pero poco a poco se había ido consumiendo por el fuego hasta quedar abrasada, al igual que el

muñeco. Borme dejó que se consumiera por completo y con tranquilidad trajo otro que tenía preparado. Por lo que pudieron ver, el Exarbor tenía más de una docena de muñecos tapados con una lona en un lado del aula.

Dafne fue la siguiente y en su caso, el efecto no fue tan destructivo. Al igual que Nahia, al principio tuvo problemas para controlar la energía interior y en dos ocasiones emitió dos explosiones de luz que casi cegaron a todos. A la tercera consiguió canalizar su energía elemental como aliento y envió su luz cegadora contra el muñeco.

Lily, por su parte, tuvo algunos problemas más y estuvo a punto de congelar por completo a Borme, al que alcanzó sin querer cuando su aliento helado se le descontroló. Al dragón blanco no le gustó lo más mínimo y Lily casi termina limpiando mazmorras. Por fortuna en el siguiente intento lo hizo bien y su aliento helado atinó al muñeco.

Aiden sufrió mucho para manejar la tormenta que generaba en su interior. Todas las veces que intentó que saliera como un aliento controlado, fracasó. Los rayos y relámpagos salían en todas las direcciones sin ningún control. Ande-Zuri-Koa le ordenó parar y no continuar hasta que consiguiera canalizar su poder elemental en un aliento frontal.

Ivo tuvo muchos problemas para convertir su energía interna en energía elemental de tierra. Las primeras veces no lo consiguió y cuando abría la boca y emitía su aliento, salía como energía pura, no elemental y, aunque golpeaba al muñeco y lo tumbaba de la fuerza, no era lo que el dragón había ordenado. Tuvo que dejarlo porque todos su intentos eran infructuosos.

Taika también tuvo problemas de índole extraña. Conseguía convertir la energía elemental pero al intentar enviarla como un aliento de dragón, lo que salía de su boca eran unos tentáculos negros que se agarraban a todo cuanto encontraban. Por desgracia alcanzaron a Borme y estuvieron a punto de consumirlo, por lo que Taika los destruyó y no lo intentó más al no tener ningún control sobre esa energía oscura interior.

Una vez terminaron, pasaron el resto de los componentes de las otras dos escuadras. Corrieron una suerte parecida. Muy pocos lo hicieron bien, y Ande-Zuri-Koa terminó la clase enviando a todos a la biblioteca a estudiar Aliento Elemental. Debían aprender a usarlo pues era una de las armas más potentes del arsenal mágico de un Brujo de Dragón.

En la biblioteca, Nahia estudiaba la habilidad del tomo de magia inicial cuando vio a alguien que reconoció de inmediato.

—Logan, qué alegría verte.

El moreno levantó la mirada y sus ojos claros se encontraron con los de Nahia.

—Nahia, ¿cómo va todo? Siéntate y cuéntame.

Nahia se sentó a su lado. Uno de los componentes de su equipo, la leona con la que había luchado en la prueba de medio año, la miró y saludó con la cabeza. Ella le devolvió el saludo.

—Bueno, hoy hemos tenido una clase de magia un tanto peliaguda.

Logan asintió.

—A mí la magia me cuesta un poco.

—¿Habéis llegado al Aliento de Dragón?

—Sí, ayer, por eso estoy aquí —Logan le mostró el tomo que estaba estudiando. Mismo capítulo que ella.

—Parece que estamos todos con lo mismo.

—Tú tienes aliento de fuego, será digna de ver la llamarada que sueltas.

—Y tú las tormentas con tu alineación de aire.

—Sí, pero son muy difíciles de controlar.

—Ya, nuestro Drakónido está igual. La ha liado hoy en clase…

—Lo entiendo.

—Una pregunta… ¿no te parece raro que, teniendo escamas plateadas, tu elemento sea el aire?

Logan la miró un instante a los ojos y luego a sus escamas.

—Tú las tienes doradas y tu elemento es el fuego.

—Ya, por eso, debería tener escamas rojas y tú escamas blancas, como todo el mundo que está alineado con el fuego y el aire.

—Cierto, pero tú y yo somos diferentes.

—Eso opino yo también. La cuestión es… ¿por qué?

Logan se encogió de hombros.

—¿Un capricho de la naturaleza?

—¿Eso crees? ¿Opinas que es una coincidencia?

—¿Tú no?

Nahia se mordió el labio inferior.

—Verás… yo creo que hay un motivo. No sé todavía cuál, pero no creo que sea una casualidad. Tampoco que tú y yo hayamos coincidido aquí con estas escamas.

—Que somos una rareza está claro. Tú eres una Nacida de la Llama y yo, un Hijo de la Tormenta.

—¿Hijo de la Tormenta? —Nahia se quedó con la boca abierta.

—Así me ha llamado mi líder.

—¿Te han hecho alguna prueba? A mí sí. Resulta que soy inmune al fuego.

—Yo soy inmune a la tormenta, a sus rayos y relámpagos.

—Es decir, ambos somos inmunes a nuestro propio poder elemental. ¡Eso tiene que significar algo!

Logan miró a derecha e izquierda. Un Exarbor los observaba.

—Tranquila, no te excites que nos castigan.

—Vale… ya me tranquilizo… Es que tiene que ser algo de importancia.

—Significa que tú y yo somos singulares, raros, no creo que signifique nada más.

—Pues yo estoy convencida de que sí. Es una coincidencia demasiado grande para no significar nada.

—No sé…

—Debemos buscar ese significado.

—Está bien, mantendré ojos y oídos atentos.

—Yo también. Si descubres algo prométeme que me lo dirás.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Quizá no sean buenas noticias…

—Oh, ya veo. Te lo diré aunque no lo sean.

—De acuerdo. Es un trato —dijo Nahia y le ofreció la mano.

Logan miró la mano, luego a Nahia y la estrechó.

—Es un trato.

—Una cosa más… —dijo Nahia según se levantaba—. En la final de la prueba de medio año, ¿cambiaste tu posición con tu compañera a propósito?

Logan la miró con su habitual seriedad.

—Puede ser.

—¿Para qué no tuviéramos que luchar tú y yo?

—Es posible.

—Lo imaginaba, gracias.

Logan asintió y se volvió a centrar en el tomo que estaba estudiando.

Nahia supo por aquel detalle que Logan era un chico excepcional. Se marchó decidida a averiguar qué significaban sus escamas y las de Logan. Quizá le llevara los tres cursos descubrirlo, pero al final lo haría.

Estaba convencida de que no era una mera coincidencia. Había algo importante tras ello.

Capítulo 48

Una semana más tarde les llegó la fatídica orden de que al día siguiente partirían para la guerra. Comenzaba la Prueba de Guerra, la prueba de final de año. Todos estaban muy nerviosos y fueron a prepararse, todos menos Nahia que tenía castigo todavía. Aprovechó su última noche de limpieza en los calabozos para hablar con Egil sobre aquello. Había continuado enseñándole su idioma, pero no habían podido avanzar tanto como a ella le hubiera gustado porque Framus la mantenía en el subsuelo uno, pero rotaba las zonas. Había muchos días que no le tocaba la sección sur, sino una de las otras tres. Cada vez que esto ocurría A Nahia le daba una rabia terrible.

Había intentado convencer a Framus para que la dejara limpiar siempre la zona sur, pero al Tergnomus esto no le encajaba. Para él no tenía lógica ni orden hacerlo así. Las cuadrillas de limpieza debían rotar. Ella había insistido, pero sin suerte. Tampoco podía arriesgarse a discutir con Framus, pues si lo hacía sospecharía que algo sucedía. Además, los Tergnomus tenían un carácter terrible cuando se enfadaban, chillaban y gesticulaban con muy mal humor.

Por fortuna aquella noche le tocó la sección sur. Resopló aliviada. Saludó a Ufrem y los otros que se encargaban de esa sección y se puso a trabajar con Nielse, con el que le tocaba ser pareja siempre. Esto era debido a que Nielse rogaba a Framus que fuera así. El miedo a los Serpetuss era tan evidente en el pobre Fatum que le permitían formar con Nahia.

—Mañana ir guerra —explicó Nahia a Egil mientras Nielse limpiaba y vigilaba.

—¿Mañana? ¿Guerra aquí? —Egil señaló el suelo.

—No, no aquí —Nahia negó con el dedo índice.

—¿Dónde? —preguntó Egil.

—Drameia, Tremia —respondió Nahia.

Egil echó la cabeza hacia atrás por la sorpresa.

—¿Mañana?

—Sí, mañana.

—¿Gran portal?

—Sí, imagino que gran portal.

—¿Por qué?

Esa era una buena pregunta. Cómo explicárselo.

—Ser prueba. Última prueba año.

—¿Prueba? No entender —dijo Egil negando con la cabeza.

—Pasar prueba para ser guerrero, para terminar curso.

Egil se quedó pensando.

—¿Prueba para guerrero?

—Eso es.

Egil asintió.

—Entiendo.

—No estoy segura, pero creo que voy a Tremia. ¿Puedo hacer algo por ti? —Nahia intentó representarlo con gestos.

Egil pareció entenderlo porque asintió. Lo pensó un largo momento.

—Buscar Lasgol.

—¿Lasgol? ¿Es una persona?

—Sí. Lasgol. Buscar Lasgol. Amigo.

Nahia asintió. Le parecía descabellado que pudiera encontrar a una persona llamada Lasgol en todo un mundo, pero eso era lo que Egil quería y ella lo intentaría.

—Buscaré a Lasgol —asintió Nahia.

—Buena suerte —deseó Egil y le ofreció su mano.

Nahia miró a derecha e izquierda. Solo Nielse estaba en al pasillo.

—Gracias, la necesitaré —dijo y le estrechó la mano a través de la mirilla.

Con la llegada del amanecer los seis escuadrones se presentaron a formar. Todos sabían qué día era. Nahia iba muy nerviosa y sus compañeros muy tensos. El resto de los de primer año que todavía seguían vivos en la academia, también. Los seis capitanes, los líderes de escuadrón, formaban tres a cada lado de las puertas del gran castillo con sus espaldas hacia él y los estandartes frente a ellos.

«¡Escuadrón Rojo, formad!» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia intentaba mantener la calma, pero pensar que iban a una misión real de guerra la tenía temblando. Buscó con la mirada a Ana, Maika y Logan y los vio con sus escuadras. Saber que ellos también estaban y participaban la calmó un poco.

De súbito oyeron dos terribles rugidos que provenían de las alturas. Levantaron la vista sobrecogidos y divisaron al coronel Lehen-Gorri-Gogor y al comandante Bigaen-Zuri-Indar sobrevolando el castillo. Planearon sobre la plaza de armas y descendieron desde los cielos para tomar tierra unos pasos más atrás de donde los líderes aguardaban con sus escuadras.

El coronel rugió.

«Hay tres días muy especiales durante el primer curso de formación en Drakoros. El primero ya lo habéis vivido: la Competición de Escuadras a mitad de año. Este de hoy es el segundo: la Prueba de Guerra al final del curso. Os aseguro que no lo olvidaréis nunca. Y el tercer día es el de la Graduación, si sobrevivís al día de hoy, y no todos lo haréis».

Nahia miró con ojos de horror a sus compañeros. Lily y Dafne la miraron con similares ojos asustados.

Bigaen-Zuri-Indar rugió.

«Acompañaréis a vuestro líder de escuadra en una misión de guerra en territorio enemigo. Seguiréis sus órdenes al detalle. Esa puede ser la diferencia entre vivir y morir así que os recomiendo a todos que las sigáis sin dudar y sin fallar. Cumpliréis la misión y regresaréis. Si lo lográis y vuestro desempeño es aceptable os graduaréis. Si no lo es o si no conseguís regresar, fracasaréis y no llegaréis a graduaros de esta insigne y gloriosa institución».

El coronel rugió una vez más.

«Os deseo suerte. Cumplid con vuestra obligación con valor y honor. La gloria será vuestra».

Unos Tergnomus aparecieron con macutos y entregaron uno a cada miembro de cada escuadrón para que llevara a la espalda. La daga y la Perla de Aprendizaje que llevaban a la cintura y el escudo que portaban eran las reglamentarias de la academia.

«Escuadrón Rojo, marchamos. Seguidme» envió Irakas-Gorri-Gaizt.

Los otros seis escuadrones recibieron la misma orden de su líder y se pusieron todos en marcha. Nahia no sabía a dónde se dirigían, pero de una cosa estaba segura, si iban a una misión de guerra, no podía ser en aquel reino en el que estaban. Eso significaba que tenían que viajar a algún otro lugar.

No se equivocó. Marcharon en dirección sur. Cruzaron los Jardines de la Esperanza Baldía, luego la Plaza de la Neutralidad, el Puente del Cielo y llegaron a la puerta.

Se detuvieron frente a la gran perla a la que rodeaban las seis atalayas. Nahia sintió un escalofrío bajarle por la espalda al recordar lo mal que lo había pasado allí. Era una experiencia que se le había quedado grabada para siempre y que solía darle pesadillas.

Sarre-Urdin-Olto, el gran dragón azul que ejercía de guardián de la puerta los aguardaba. Los seis líderes extendieron las alas y de un brinco echaron a volar para subirse a las atalayas. El guardián hizo lo propio y se subió a la perla.

Por un momento todos esperaron expectantes.

—¿A dónde creéis que vamos? —preguntó Lily en un murmullo.

—A algún lugar a conseguir la gloria para nuestros señores —respondió Aiden en un susurro lleno de orgullo.

—Abrirán el portal e iremos a algún sitio, como hicimos al llegar aquí —dedujo Dafne.

—Va a ser más complicado que eso… —dijo Nahia.

—¿Por qué más complicado? —preguntó Ivo—. Yo soy muy contrario a las complicaciones.

—Porque esta perla solo comunica con lugares cercanos, de este mundo —dedujo Taika.

—Eso es, y nosotros vamos a un lugar lejano —dijo Nahia.

Todos la miraron sorprendidos.

—Tú sabes algo que nosotros no —se dio cuenta Lily, que ya lo había intuido y la miraba con grandes ojos.

Nahia se ruborizó.

—Algo sé, sí —confesó.

—Pues suéltalo si lo sabes —pidió Dafne arrugando la frente.

—Creo que vamos a un mundo que se llama Drameia. Está muy lejos de Kraido.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Aiden—. Eso debe ser un secreto militar.

Nahia resopló. Quería contárselo todo, pero temía que no lo entendieran o que la malinterpretaran. Que supiera lo que sabía era gracias a un hecho fortuito, y bueno, también por Egil…

—Me ha llegado…

—¿Cómo que te ha llegado si es información militar secreta? —exigió saber Aiden.

—En el Templo de la Avenencia. Mientras hacíamos guardia me llegaron las conversaciones del interior… —confesó.

No quería seguir guardándoselo para ella. Sentía que los estaba traicionando. Eran su escuadra, tenía que confiar en ellos y más si iban al frente.

—¿Te llegaron? Estábamos todos juntos y a mí no me llegó nada —dijo Aiden.

—A mí tampoco —dijeron Lily y Dafne a la vez.

—¿Quieres decir que percibiste las conversaciones? —preguntó Taika.

—Sí, no sé cómo ni por qué, pero me llegaron.

—Es por tu poder. Por ser una Nacida de la Llama —dijo Ivo con tono convencido.

Todos giraron la cabeza.

—¿Tú crees? —preguntó Aiden.

—Estoy convencido. Ella es especial. No lo captáis porque no estáis en paz y armonía con la naturaleza y el mundo que nos rodea. Yo sí lo estoy. Ella tiene un aura dorada especial. Yo la percibo.

—Eres un Tauruk profundo —sonrió Taika.

—Yo no capto ningún aura—dijo Aiden mirando a Nahia de arriba a abajo.

—¿Cómo vas a captar nada con esa cabeza de piedra que tienes? —dijo Dafne.

—Que es una anomalía, alguien singular, y que su poder es diferente al nuestro, con más oportunidades para hacer cosas grandes, ya nos lo dijo Mag-Zilar-Ond —recordó Lily.

—Eso será lo que ha provocado que captaras esas conversaciones —razonó Taika.

—Nos lo tienes que contar todo —dijo Lily animada.

—Yo no quiero saberlo, escuchaste a los cinco reyes y al oráculo. Seguro que eso se castiga con la muerte —dijo Aiden.

—Pues no escuches —dijo Lily.

—Y no te chives porque te sacaré los ojos de dragón que tienes con mi daga mientras duermes —amenazó Dafne.

—Yo te lo sujeto —se ofreció Ivo.

—¿No eras pacífico y equilibrado y eso? —le echó en cara Aiden.

—A veces hay que hacer lo que hay que hacer para que reine el equilibrio —respondió Ivo y le lanzó una mirada asegurándole que lo haría.

De pronto, la perla destelló tres veces seguidas con brillos plateados.

—El guardián está abriendo el portal —se dio cuenta Taika.

Un momento más tarde las tres esferas plateadas comenzaron a formarse una detrás de la otra. Un momento después el gran portal plateado se formó y la gran esfera que parecía tener dentro un mar de plata líquida quedó abierta sobre la perla.

«En vuestros macutos encontrareis una pulsera de plata con el símbolo del portal grabada en ella. Ponéosla. Evitará que sintáis los efectos negativos de cruzar el portal» envió su líder.

Nahia metió la mano en el macuto y vio que llevaban la pulsera, una cuerda y algo de comida y agua. Ya le había parecido un poco pesado. Como además llevaban el escudo a la espalda, esta sobrecarga no le agradaba demasiado. Se puso la pulsera, que le recordó a la de las mazmorras, solo que esta tenía una esfera grabada.

«También lleváis cuerdas. Las utilizaréis para subir al portal. Subid los unos por encima de

los otros formando una escalera humana y los últimos con las cuerdas. Todos arriba. ¡Ahora!».

Obedecieron e Ivo se puso el primero con la espalda contra la perla. Luego Aiden se subió a sus hombros y se puso en la misma posición. El siguiente fue Taika. Nahia fue después y alcanzó la parte superior de la perla. Ayudó a Dafne y a Lily y luego las tres, con una cuerda subieron a Taika. Finalmente, Aiden e Ivo subieron. Para alzar a Ivo tuvieron que emplearse a fondo.

Mientras ellos ascendían, también lo hicieron las otras dos escuadras rojas. Los otros escuadrones aguardaron.

«Seguidme» le ordenó Irakas-Gorri-Gaizt y voló desde la atalaya para entrar en el portal. Desapareció en su interior y su escuadrón lo siguió.

Nahia salió del portal y cayó al suelo frente a él. La caída no fue muy pronunciada y quedó agazapada. A su alrededor cayeron sus compañeros y las otras dos escuadras. Todos de la misma forma, como si hubieran saltado de una altura considerable pero no mortal. Se giró y vio que a su espalda había una perla similar a la que acababan de usar con un portal abierto. También distinguió una docena de plataformas rodeándola y sobre ellas dragones vigilando. Eran dragones jóvenes de tamaño mediano.

«Moveos y formad frente a mí. El resto de los escuadrones llegará ahora».

Irakas-Gorri-Gaizt estaba a unos cien pasos frente a la perla entre dos plataformas. Fueron hasta él y formaron. Un momento después llegaba el Escuadrón Negro seguido por el Azul. Un rato más tarde los seis escuadrones formaban frente a sus líderes. Nahia miraba en todas las direcciones para intentar intuir dónde estaban. Veía nubes a su alrededor y cielo despejado donde terminaba la tierra a unos quinientos pasos. Además de eso, por el frescor y lo que costaba respirar, supo que estaban en alguno de los reinos de los dragones en el cielo. No estaban abajo en tierra, eso seguro. Taika miraba con ojos entrecerrados alrededor, probablemente deduciendo lo mismo.

«Nos ponemos en marcha. En formación. ¡Ahora!» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt y todos obedecieron siguiendo una amplia vía hacia el norte. Los seis escuadrones formaron una hilera con el rojo en cabeza. A Nahia le gustó ir primera, podía ver mejor el paisaje que les rodeaba. No era muy diferente al que habían dejado atrás. La vía dividía una gran esplanada de hierba alta y a ambos costados se distinguían bosques en la distancia. No se apreciaba ningún edificio.

Varios dragones pasaron volando sobre ellos y Nahia se preguntó si los estarían vigilando.

«Estamos en los dominios de Erre-Gor-Mau, líder del clan Gondra y rey de este reino en los cielos, así como de la raza de los humanos abajo. Solo tenemos permiso de paso y los dragones que no somos de este reino no podemos volar aquí sin permiso del rey», les explicó su líder y respondió a muchas de las preguntas que se estaban haciendo todos. Nahia se sintió con ganas de correr hasta uno de los acantilados y lanzarse abajo. Su casa, su abuela y su pueblo estaban allí, pero por desgracia ella no tenía alas y si saltaba se mataría.

«El castillo del rey y su ciudad se encuentran al norte del reino. Nosotros no vamos allí, nos dirigimos al este».

De pronto vieron lo que parecía una gran montaña en la distancia. Sin embargo, al acercarse más siguiendo la vía se dieron cuenta de que no era una montaña, aunque tuviera su tamaño. Era una descomunal perla unas cien veces más grande que la que habían cruzado. Todos se quedaron anonadados del tremendo tamaño del objeto.

Llegaron hasta la perla, que se alzaba como un gran edificio esférico, y vieron que tenía unas

largas escaleras que permitían subir a ella. Contemplando la perla y las escaleras, Nahia se dio cuenta de que ambas eran creaciones de los dragones, no eran naturales. Lo pensó y llegó a la conclusión de que aquello se había construido tan grande para poder abrir un portal enorme que pudiera alcanzar distancias larguísimas. Erre-Gor-Mau la había construido para poder viajar desde Kraido a Drameia. La distancia entre ambos mundos debía ser descomunal. También tuvo claro al ver aquello que ellos estaban condenados a realizar ese viaje. Ya no tenía ninguna duda.

La gran perla también estaba rodeada de una docena de atalayas y sobre ellas había grandes y plateados dragones, algo que dejó a Nahia intrigada.

Aquellos no podían ser vigías. Eran dragones de edad y al ser plateados estaban allí para algo. Nahia todavía no sabía qué elemento controlaban los dragones plateados, pero siendo el oráculo uno de ellos supuso que tendría que estar relacionado con el tiempo, pues se suponía que era capaz de ver o predecir el futuro.

«Nos detenemos. Mantenemos la formación» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt.

Los seis escuadrones se detuvieron y aguardaron un largo rato. Todos estaban nerviosos. La presencia de aquella perla descomunal no calmaba a nadie precisamente. Todo lo contrario, hasta los más despistados se habían dado cuenta ya de lo que iba a pasar a continuación.

De súbito se escucharon fuertes rugidos y todos miraron hacia el cielo. Del norte llegaban una quincena de dragones que volaban en formación creando un gran triángulo. En cabeza, liderando, iba un enorme dragón rojo. Nahia supo quién era de inmediato. Erre-Gor-Mau venía hacia ellos con su escolta real. Los dragones sobrevolaron la perla y a ellos realizando varias pasadas y rugiendo con fuerza. Nahia pensó que buscaban intimidar con su poder, aunque no sabía muy bien por qué. Al verlos descender y tomar tierra algo separados entendió que les estaban indicando quién mandaba allí.

«Quietos. Aguardad» envió su líder que, junto con los otros líderes de los escuadrones, avanzó despacio hacia el rey y su guardia. Nahia se percató de que tanto el rey como su guardia eran más grandes que sus líderes, lo cual la dejó boquiabierta. Aquellos eran dragones muy poderosos. Al llegar los líderes ante el rey todos bajaron la cabeza hasta casi tocar el suelo con ella, esto no lo habían visto nunca. Que un dragón se agachara les parecía impensable y que lo hicieran sus líderes más todavía. Sin embargo, allí estaban los seis con sus cabezas gachas rindiendo pleitesía al rey de aquel reino en los cielos.

Por un momento Erre-Gor-Mau pareció hablar a los seis líderes. Luego regresaron con los escuadrones.

«Tenemos permiso del rey para usar su portal. Subid por las escaleras» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.

Así lo hicieron y mientras subían vieron que los dragones plateados de las atalayas destellaban. Luego lo hizo la gran perla. Estaban abriendo el portal.

El portal por el que habían llegado lo había abierto el guardián rápidamente, pero no fue el caso. Los dragones plateados tardaron un largo rato en conseguir que se formara el portal, y eso que eran una docena. Nahia imaginó que para abrir aquello se requería de mucha energía y dragones poderosos y sabios. Cuando se formó sobre la perla, no tuvo ninguna duda de que era así. Se sintió como una hormiga ante lo enorme que era la esfera y el mar argénteo que la llenaba.

Sus compañeros no decían nada, pero todos tenían la expresión en el rostro de estar superados por aquel portal grandioso.

«Ha llegado el momento. Entrad. La misión nos espera» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt.
Nahia suspiró profundamente.
No lo pensó dos veces y entró en el descomunal portal.

Capítulo 49

Nahia despertó en el interior de lo que parecía una tienda militar, sobre una cama de campaña. Tenía algo de dolor de cabeza, pero no demasiado. Sus compañeros de escuadra estaban todos a su lado en la tienda, durmiendo. Se puso en pie extrañada. Recordaba que habían entrado en el gran portal y luego nada más. Se miró la pulsera de plata. Quizá solo servía para trayectos de corta distancia, no entre mundos. Sí, eso debía de ser. Vio que las cosas de todos estaban en la tienda: macutos, escudos y capas.

Oía mucho movimiento fuera. Abrió la puerta de lona y sacó la cabeza para mirar. Se quedó de piedra. Estaba en medio de un enorme campamento militar. Había miles de tiendas a su alrededor y soldados del ejército de los dragones por todas partes. Vestían ropajes que no había visto antes y no eran como los suyos. Las armaduras que portaban eran de escamas, pero no de dragón, sino de metal, emulando a las de dragón. Llevaban cascos también de metal que en la parte superior tenían un dragón rugiendo con las alas abiertas algunos y otros con ellas cerradas. Los ropajes eran de los colores elementales de los dragones.

Cerró los ojos con fuerza varias veces para asegurarse de que aquello no era un sueño. No, estaba viendo bien. Había soldados humanos, Tauruk-Kapro, Escarlatum, Fatum y Drakónidos por todas partes. Parecían muy atareados yendo de un lado a otro, llevando lanzas, escudos, cajas, sacos y todo tipo de intendencia. Se oían los gritos de los que debían ser los oficiales dando órdenes. Varios grupos de soldados pasaron en formación y a lo lejos podía verse a otros grupos practicando ataque y defensa con escudos y lanzas.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? —preguntó Dafne, que también sacó la cabeza para ver lo que sucedía.

—¿A ti que te parece? —dijo Nahia señalando los soldados y las tiendas.

—Me parece que más vale que sean de los nuestros…

—Lo son, ¿verdad? —la cabeza de Lily apareció junto a las suyas.

—Sí, lo son —confirmó Nahia.

—Menos mal —resopló Dafne.

—Estupendo, ya veo un oficial Escarlatum muy guapo. Habría sido una pena que lo tuviera que congelar vivo con mi aliento elemental.

Un momento más tarde despertaba el resto. Se incorporaron y salieron de la tienda a ver dónde estaban y qué sucedía. Lo que descubrieron fue que estaban enfrente de un impresionante y descomunal glaciar con una parte derruida. En la parte todavía helada se había escarbado una gran puerta que debía conducir al interior.

—Ese glaciar, ¿no os parece una fortaleza con una parte derribada? —comentó Lily.

—Sí, tiene forma de fortaleza —asintió Dafne.

—Aquí hace frío y hay zonas todavía cubiertas de escarcha —comentó Taika observando una zona hacia el este.

—Estamos en algún lugar al norte —dedujo Ivo.

—Eso pienso yo también —dijo Taika.

—¿En Drameia? —preguntó Aiden.

Nahia asintió.

—Creo que sí. Me parece que esta es la fuerza de invasión que los cinco reyes están preparando para comenzar a conquistar este mundo —dijo Nahia.

—¿Entonces la invasión no ha comenzado todavía? —preguntó Aiden.

Nahia se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Aquí no hay heridos, ni soldados con apariencia de haber luchado. Los uniformes, armaduras y armas están impolutos. Yo diría que estamos presenciando los preparativos de la invasión —dedujo Taika.

—Pues hay miles de soldados, ¿de dónde los han sacado? —preguntó Dafne.

—Los cinco reyes han acordado la invasión, tienen que enviar a sus ejércitos, creo —dijo Nahia.

—Si os fijáis en las capas de los soldados y de los oficiales, a la espalda en la mitad, tienen una runa y veo al menos tres diferentes —se dio cuenta Taika.

—Debe ser la runa que identifican a cada clan, a cada rey —dedujo Nahia.

—Eso es —dijo Taika asintiendo.

—¿Creéis que nos envían a luchar con ellos? —preguntó Dafne.

—Eso sería un honor —dijo Aiden, que miraba con orgullo a los soldados que pasaban en grandes formaciones.

—Estaríamos protegidos, así que no lo creo… —opinó Dafne.

—No, no sería una prueba si vamos con todos ellos —negó con la cabeza Lily.

Nahia no dijo nada, pero estaba convencida de que los dragones habrían elegido algo con bastante más riesgo para sus vidas. Eso seguro.

Un oficial Drakónido llegó hasta ellos.

—Los líderes de escuadrón os esperan a la salida del campamento. Debéis ir a su encuentro —señaló al sur.

—Ahora mismo —dijo Aiden y entró en la tienda a por sus cosas.

—Ahora descubriremos de qué trata esta misión —dijo Dafne.

Recogieron su equipamiento, se prepararon y cruzaron el campamento. Según lo hacían vieron al resto de integrantes de los escuadrones, que salían de tiendas cercanas a la suya. Se unieron y fueron en formación pasando entre los soldados. Nahia vio a Ana y la saludó. Ella le devolvió el saludo con ojos apagados. Luego localizó a Logan, que parecía en calma tensa, como siempre. Por último, a Maika, que le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. No hablaron pues cada uno iba con su escuadra, pero se enviaron miradas de ánimo.

A medida que cruzaban el campamento militar se fueron dando cuenta de lo enorme que era. Nahia se quedó muy impresionada de la magnitud de aquel ejército. Allí había decenas de miles de soldados.

Al salir del campamento se encontraron con una zona de tundra y unos pocos vigías. Miraron atrás y vieron el gran campamento, el glaciar al fondo y una docena de dragones sobrevolándolo.

Nahia se dio cuenta entonces de que la perla a la que habían salido, el portal en este lado estaba dentro del glaciar, escondido. Tenía que ser así porque no había más que llanura en todas direcciones y una perla del tamaño de una montaña solo podría estar en el interior de otra más grande: el glaciar.

Llegaron ante sus líderes. Los seis dragones estaban a una legua del campamento, en medio de una planicie recubierta en parte de escarcha y en parte de nieve.

«Formad, Escuadrón» llegó la orden de Irakas-Gorri-Gaizt.

Formaron y aguardaron órdenes. El resto de los escuadrones formó también, cada uno frente a su líder.

«Atended con la máxima concentración. Lo que voy a comunicaros es crítico y secreto. Estamos en territorio enemigo. Hemos viajado por el gran portal a otro mundo. El portal por el que habéis salido está dentro del glaciar. Al ser un trayecto tan largo las pulseras no han podido manteneros conscientes. Estamos en Drameia. Los locales lo llaman Tremia. Los cinco reyes están preparando la invasión de este mundo para mayor gloria de nuestra raza. El ejército que habéis visto se prepara para atacar pronto. Este mundo es uno de los tres originarios, así que es de vital importancia recuperarlo. Cuando digo recuperarlo es porque hace miles de años los dragones reinamos aquí».

Un grupo de soldados de patrulla pasó cerca de Irakas-Gorri-Gaizt, que interrumpió su discurso y los miró pasar. Tras un momento, continuó.

«Estamos en un continente al norte de este mundo. Los locales lo llaman Continente Renacido. Por fortuna, hay portales de los tiempos antiguos. El primero está al sur de aquí y allí es a donde iremos. Desde allí nos separaremos para realizar la misión».

A Nahia lo de separarse no le gustó demasiado. El resto encajaba con lo que ya había deducido. Miró a Ana, que estaba cerca. Vio cómo tragaba saliva. Estaba asustada.

«Nuestra misión es de reconocimiento. Debemos viajar a los portales que hay en este mundo y asegurar que están intactos, operativos y reconocer la zona donde se encuentran para evaluar el riesgo de su utilización durante la campaña de invasión. Es probable que nos encontremos con humanos y otras razas locales. De ser así debemos eliminarlos para no perder el factor sorpresa de la invasión».

Aquello no le sonó nada bien. Miró a Logan y consiguió cruzar una mirada con él. Le hizo un gesto de tranquilidad con la cabeza que Nahia entendió. Intentó calmarse, pero la cosa se iba a poner fea. Miró a Maika y vio que no había sonrisa en su rostro, había preocupación.

«Ahora iremos hasta la perla que está al sur en esta tundra. Avanzad a la carrera. ¡Vamos!» envió Irakas-Gorri-Gaizt y se elevó a los cielos. El resto de los dragones líderes echaron a volar también. Un momento después los seis escuadrones corrían en dirección sur por la tundra. Pronto llegaron a una parte de hierba y continuaron al sur. Les llevó tiempo llegar hasta la perla, pero lo lograron. Estaba sola, sin protección o vigilancia. O eso parecía.

Del cielo descendieron los seis líderes y se posaron alrededor de la perla. Mientras el grupo se recuperaba de la larga carrera, abrieron un portal. Esta perla y el portal eran similares en tamaño al de Goraleku. Nahia dedujo que las distancias que podían recorrer con este portal y los similares que hubiera allí eran para aquel mundo.

«Cada uno de los escuadrones se encargará de una de las perlas. Es hora de empezar. Esperad a que os de la orden para subir al portal».

Nahia vio cómo el primer equipo en partir fue el Azul y deseó con toda su alma que a Ana no le pasara nada. Ella le lanzó una mirada de despedida antes de entrar al portal. Fue una mirada llena de miedo y angustia. Nahia sintió un escalofrío y tuvo un mal presentimiento que intentó sacudirse de encima. Lo peor era que se separaban, iban a lugares diferentes, lugares de aquel mundo de los que no sabían nada, con gentes y peligros desconocidos. Cuanto más lo pensaba más se inquietaba. Siguió el Escuadrón Negro y luego el Blanco de Logan. Nahia lo miró y él le devolvió la mirada antes de cruzar. Una mirada de seguridad, intensa. Logan regresaría, seguro, no le iba a pasar nada.

Intentó serenarse mientras veía entrar al Escuadrón Cristalino, pero aquel sentimiento extraño de que algo iba mal no la abandonaba. Quería entrar para que se le pasara, pero parecía que iban a ser los últimos porque los siguientes fueron los marrones, con Maika. Nahia la miró y deseó que su amiga regresara intacta de la misión. Maika la miró y sonrió como siempre hacía, con aquella sonrisa mitad felicidad, mitad coraje. Cuando despareció y ya solo quedó el Escuadrón Rojo, se dio cuenta de que ella también podría morir.

«Voy a seleccionar la runa de la perla de destino en el portal. Entrad cuando os lo diga».

Nahia suspiró. No podía quitarse el mal presagio de encima.

El portal destelló.

«Perla de destino seleccionada. ¡Entrad!».

Subieron a la perla y entraron.

Nahia cayó al suelo y se agachó para amortiguar la caída. Su escuadra cayó a su lado y todos hicieron el mismo gesto. Se quedaron agazapados y miraron a su alrededor. La Escuadra Ardiente y la Escuadra Candente cayeron a ambos lados. Un momento más tarde Irakas-Gorri-Gaizt salía del portal volando.

Todos miraban alrededor con ojos atentos. Estaban en territorio desconocido.

Nahia observó el lugar. Sentía mucho frío, más que dónde habían entrado al portal. Estaban en medio de lo que parecía un descomunal valle helado. Era gigantesco, con paredes de roca helada que se alzaban a los cielos. Tocó el suelo, estaba congelado. A su espalda tenían una perla idéntica a la que habían cogido para llegar allí. Si el suelo y las paredes heladas la sorprendieron lo hizo todavía más el cielo. Cuando miró hacia arriba no lo pudo ver bien, pues había una capa de hielo que no dejaba apreciarlo con claridad y cubría el gigantesco valle.

—Estamos en el interior de un glaciar —susurró Ivo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Aiden.

—Yo sé muchas cosas, te sorprenderías.

—Tiene que ser un glaciar o un valle helado, como prefiráis —dijo Dafne.

—Hace frío del de verdad, se me está arrugando la cara. No me gusta nada —se quejó Lily.

—Este lugar está en completo silencio… transmite sensación de tranquilidad… —opinó Taika.

—No nos confiemos, seguro que hay peligro —dijo Nahia, que no se fiaba de aquella serenidad helada que les rodeaba.

Irakas-Gorri-Gaizt voló sobre ellos en el interior del valle.

«Voy a asegurar la zona. No os mováis. Capto mucho poder mágico aquí dentro».

—Ya os decía yo… — Nahia miraba preocupada.

Todos se quedaron agazapados frente a la perla mientras el portal se fue diluyendo hasta desaparecer. Nahia se percató de que ya no podrían salir de allí si Irakas-Gorri-Gaizt no les abría otro. Miró alrededor y discernió cuevas y grutas a diferentes alturas de las paredes de roca y hielo. Le dio la impresión de que eran madrigueras enormes de seres peligrosos, o quizá era solo su imaginación alimentada por el temor que sentía. Aguardaron en tensión hasta que el dragón rojo regresó hasta ellos descendiendo sobre la perla.

«Este lugar es singular. Aquí hay criaturas de poder descansando, criaturas antiguas y también poderosas. Capto mucho poder. No nos conviene despertarlas. Vamos a asegurar los alrededores. Estamos al norte de este mundo, en un lugar que se conoce como el Continente Helado por los locales. Habrá frío y hielo ahí fuera y también posibles nativos del hielo. Todos atentos».

Irakas-Gorri-Gaizt echó a volar hacia el norte. Las tres escuadras lo siguieron al trote, observando el valle helado con aprensión. A Nahia las cuevas y aquella tranquilidad profunda le transmitían malas vibraciones. Llegaron a la pared norte y una gran caverna con forma de túnel apareció ante ellos. Su líder no podía salir volando de allí, así que bajó a tierra y avanzó hacia la cueva.

De pronto, una araña albina gigante descendió por la pared e Irakas-Gorri-Gaizt le lanzó una tremenda llamarada con su aliento de fuego. La araña se retiró a las alturas con varias patas y parte del cuerpo muy chamuscadas. Irakas-Gorri-Gaizt entró en la cueva y lo siguieron. Avanzaron por un gran y largo túnel y otra criatura impresionante apareció frente a ellos. Era una serpiente nívea de un tamaño enorme. Irakas-Gorri-Gaizt se quedó mirándola y abrió las fauces como si fuera a usar su aliento de fuego. La serpiente siseó enseñando sus colmillos. Todos aguardaron con los escudos y dagas en las manos. De pronto, la serpiente se retiró y les dejó pasar.

«Son guardianes de este lugar. Ahora tenemos paso libre» informó Irakas-Gorri-Gaizt.

Avanzaron por el túnel sin más contratiempos y salieron a un mundo gélido de hielo que los dejó pasmados. Miraran donde mirasen todo estaba congelado. Una capa de hielo y escarcha cubría cuanto se apreciaba. El viento soplaba con corrientes gélidas y hacía un frío feroz. Se apreciaban grandes glaciares como del que acaban de salir en la lejanía.

Por un momento todos se quedaron observando aquel paraje tan impactante y al tiempo desolador. No parecía un sitio donde alguien pudiera sobrevivir mucho tiempo.

«Debemos reconocer toda la zona y asegurarla. Yo lo haré por aire. Daré unas pasadas largas alejándome de aquí. Escuadrón Ardiente, asegurad la zona oeste del glaciar. Escuadrón Candente, la este. Escuadrón Ígneo id al norte y luego al sur. Recordad que puede haber nativos. Si os encontráis con un grupo no dejéis testigos de nuestra presencia aquí. Esperad mis instrucciones una vez hayáis asegurado todas las zonas» ordenó y dando un brinco extendió las alas, las sacudió con fuerza, y echó a volar.

Los tres escuadrones se miraron los unos a los otros con incertidumbre. Un momento después se ponían en movimiento.

—Al norte y con cuidado —dijo Nahia a sus compañeros sin poder sacudirse de encima el mal presentimiento que tenía desde que habían llegado a aquel mundo.

Las tres escuadras pronto se perdieron de vista. La Escuadra Ígnea avanzaba en dirección norte en formación pisando el suelo cubierto de hielo y escarcha.

—Este viento gélido está destrozando mi preciosa piel —se quejó Lily.

—Cúbrete cuanto puedas con la capucha —aconsejó Dafne.

—¿Qué tal os adaptáis a este frío? —preguntó Ivo.

—Yo fatal —respondió Dafne.

—Lo mismo, y no hablo más para que no se me corten los labios —dijo Lily.

—Yo lo llevo bien, en mi tierra hace bastante frío —comentó Aiden.

—Yo también, pero claro, yo soy del norte de mi nación, donde hace frío, y tengo pelaje para protegerme —explicó Taika.

—Yo prefiero este frío a los ataques de calor que me dan —dijo Nahia intentando ser positiva —. Con suerte no me darán aquí con estas temperaturas tan bajas.

—Esperemos… —sonrió Ivo.

Continuaron hacia el norte hasta llegar a un pequeño glaciar con una cueva de entrada y se detuvieron a unos pasos de ella.

—¿Entramos? —preguntó Dafne, pero con tono de que no era buena idea.

—Tenemos que reconocer la zona. No veo ninguna actividad sospechosa —comentó Taika.

—Tampoco huellas —añadió Ivo.

—Esto parece un desierto helado. No creo que haya nadie —opinó Nahia.

—Esa cueva puede tener hostiles dentro escondidos para una emboscada. Debemos asegurarla —afirmó Aiden.

—Ya está el cabeza de granito con sus ideas Drakónidas —se quejó Dafne.

Lily no habló, pero hizo gestos negando con la cabeza.

—Yo voy a asegurar esa cueva, es nuestro deber. Vosotros haced lo que queráis —afirmó Aiden y avanzó hacia la entrada.

—Espero que salga una criatura milenaria y se lo coma de un bocado —expresó Dafne.

—Lo devolvería —dijo Lily que de inmediato se llevó las manos a los labios.

—No podemos dejar que vaya solo… —Nahia lo miraba avanzar.

—Es poco humano y contrario a los principios de la naturaleza y el equilibrio armónico —opinó Ivo.

—Vayamos antes de que se meta en un lío —dijo Taika.

Todos siguieron a Aiden refunfuñando.

Cuando estaban a unos pasos de la cueva Aiden se detuvo.

El resto del grupo llegó hasta él.

—¿Qué sucede? —preguntó Taika.

—He visto moverse algo…

—¿Puedes ser más impreciso? —dijo Dafne.

En ese momento, de la cueva salieron seis nativos de las nieves tan grandes y musculosos que a su lado Ivo parecía un crío.

Nahia los observó con la boca abierta. Tenían la piel azul y su cabello y barba eran blanquecinas como el hielo. Llevaban grandes hachas de dos cabezas en las manos. Lo que más

le impresionó es que tenían aspecto brutal, fiero.

—Esos no parecen muy amistosos —señaló Dafne.

—¡Poneos en formación, rápido! —dijo Taika.

Formaron con Nahia, Dafne y Lily en primera línea y Aiden, Ivo y Taika en segunda.

Los seis nativos de aspecto salvaje avanzaron hacia ellos blandiendo sus grandes hachas de guerra con hojas azuladas. Avanzaban en una línea, sin preocupación aparente, como quien sabe que sus rivales son simples hormigas a las que va a aplastar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Nahia.

—No parece que vengan con intención de hablar —valoró Dafne.

—Pero qué feos y brutos que parecen… —opinó Lily con gesto torcido.

—Si pelea quieren, pelea tendrán —dijo Aiden seguro de sí mismo.

—Te sacan una cabeza y son como tu primo mayor —dijo Dafne.

—Eso es porque soy joven, en cinco años seré como ellos.

—Ya, y yo más grande que ellos, pero el momento es ahora —dijo Ivo.

—Esos parecen guerreros nativos curtidos. Nosotros somos jóvenes e inexpertos, mejor evitar el enfrentamiento —opino Taika.

—Nuestro líder ha dicho que nada de testigos, tenemos que matarlos —afirmó Aiden.

—Te juro que lo voy a cegar y entregárselo para que lo despedacen —refunfuñó Dafne.

—Primera línea, cambiad a magia, quizá eso los asuste —dijo Taika.

—De acuerdo, aunque a esos para mí que no los asusta ni un dragón milenario —opinó Lily.

Las tres guardaron escudo y daga y sacaron la Perla de Aprendizaje. Se concentraron y crearon tres bolas elementales en su mano que levitaron sobre esta.

Los seis salvajes azulados llegaron frente a ellos y se detuvieron. Los señalaron y uno de ellos, el más fuerte, comenzó a gritarles en un idioma que no entendían.

—No te entendemos —dijo Nahia.

El salvaje comenzó a gesticular y los señalaba mientras gritaba.

—Parece que no le gustamos —dijo Dafne.

De pronto dio un grito de guerra y los seis se lanzaron al ataque.

—¡Tirad contra ellos! —gritó Taika.

Nahia miró su bola elemental de fuego. Envió más energía de su dragón interior y la hizo más grande. Luego miró a uno de los salvajes, utilizó su mente y envió la bola contra su poderoso torso azul. Esta impactó y estalló en llamas consumiéndolo en un momento. Dafne envió la suya lanzándola con la mano. Alcanzó a uno de los salvajes en el torso y se produjo una explosión de luz que lo cegó. Dejó de correr y gritó al cielo mientras se frotaba los ojos. Lily lanzó su bola de hielo y al golpear en los pies del salvaje que se le aproximaba los congeló. No pudo seguir corriendo.

—¡Cubríos! —dijo Taika y las tres corrieron y se pusieron a la espalda de los tres chicos que con sus escudos y dagas listas estaban preparándose para aguantar la embestida de los salvajes.

El líder fue directo contra Ivo, como si este fuera el líder del grupo al ser el más grande. Ivo se defendió con el escudo. Recibió un hachazo tremendo que aguantó, pero por poco. Aiden, en

la izquierda, luchaba con un salvaje con la confianza habitual en él, solo que su rival era más fuerte y curtido. De un golpe cruzado con la gran hacha lo envió volando a un lado y se quedó tirado en el suelo. El salvaje levantó el hacha para partirlo en dos antes de que pudiera levantarse, pero Nahia le lanzó una bola de fuego y lo hizo arder. Murió un instante después sin poder rematar a Aiden. Taika esquivó el hacha de su contrincante en lugar de bloquearla con el escudo y le clavó la daga en el costado. El salvaje rugió de dolor y rabia, soltó un golpe lateral con su gran arma y Taika se retrasó dejando pasar el filo por delante de su estómago. Acto seguido avanzó con un potente salto y le clavó la daga en el cuello hasta la empuñadura.

Solo quedaba el que parecía el jefe, que luchaba con Ivo. Le había arrancado el escudo de un golpe de hacha y ahora Ivo sujetaba el arma del salvaje con sus dos manazas forcejeando para quitársela. El salvaje agarraba su hacha también con dos manos y ambos ejercían toda la fuerza que podían. Era una pelea de colosos. El salvaje le soltó una tremenda patada a Ivo en el estómago y el Tauruk se dobló soltando el hacha. El salvaje la levantó para golpearle justo cuando la bola de luz de Dafne le estalló en la cara cegándolo. Dio un paso hacia atrás, sorprendido. Fue a avanzar, cegado, pero la bola de hielo de Lily le congeló los pies. Aun así, intentó avanzar. Por fortuna, la bola de fuego de Nahia le alcanzó en la cabeza y ardió en una llamarada. Murió al momento.

—¡Muy bien luchado! —congratuló Taika.

—Quedan el ciego y el congelado —dijo Aiden, que se ponía en pie con el brazo dolorido—. Hay que rematarlos.

—No vamos a hacerlo —dijo Ivo—. Eso sería muy malo para nuestro karma. Romperíamos el equilibrio natural.

—Nuestro líder lo ha ordenado así —replicó Aiden.

—Los voy a congelar vivos. Como son de por aquí y tienen esas pieles azules, yo creo que sobrevivirán a mi frío. Así cumpliremos con nuestro deber y no tenemos mal karma —explicó Lily mirando a Ivo.

—Eso no es… —comenzó a protestar Aiden y Dafne le lanzó un fragmento de hielo a la cabeza.

—Calla, cabeza de hielo.

Lily los congeló por completo con tres bolas elementales de hielo lanzadas a cada uno. Una vez congelados Taika los tiró al suelo.

—Arreglado. No queda nadie en pie.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Dafne mirando alrededor.

—Yo creo que ya hemos explorado bastante la zona norte del glaciar. Aquí hay nativos salvajes, grandes y agresivos. Tenemos que reportar —opinó Lily.

—Correcto. Vayamos al sur y completemos las órdenes —dijo Taika.

—De acuerdo. Hacia el sur —señaló Ivo.

—A ver qué nos encontramos… —dijo Nahia preocupada.

—Sea lo que sea seguro que rompe el equilibrio armónico… —dijo Dafne y le lanzó una mirada a Ivo. El Tauruk sonrió y no dijo nada.

Capítulo 50

Continuaron hacia el sur, de vuelta al gran glaciar en el que estaban el valle helado y la perla. Como ya habían estado en el interior del valle decidieron bordearlo por el lado oeste. A media altura vieron a la Escuadra Ardiente no muy lejos.

—Menudos vagos esos, no han avanzado mucho que se diga —opinó Dafne señalándolos.

—No es que no hayan avanzado, ¡están siendo atacados! —se dio cuenta Nahia.

Más al oeste identificaron una veintena de nativos con lanzas.

—¡Vamos a ayudarles! ¡Por la gloria de los dragones! —Aiden ya corría hacia ellos.

Dafne miró a Ivo, que se encogió de hombros. Sonrió y echó a correr tras Aiden.

—El karma —dijo.

Correr por la helada tundra no era nada fácil y debían tener cuidado de no patinar e irse al suelo. Además, el fuerte y cortante viento de aquel lugar les daba bandazos de forma inesperada.

Llegaron hasta sus compañeros de Escuadrón, que se defendían de un número superior de atacantes diferentes a los que acaban de combatir. Eran más delgados, no tan fuertes y brutales, aunque altos y atléticos. Su piel era de un color blanco cristalino y brillaba reflectando la luz como si fueran de copos de nieve cristalizados. El pelo níveo refulgía con igual intensidad y parecía nieve congelada. Sin duda eran también nativos del hielo. Iban armados con jabalinas que llevaban a la espalda y cuchillos largos a la cintura.

Según llegaron a ellos se situaron detrás.

—¡Escuadra Ígnea al refuerzo! —avisó Aiden.

—¡Enemigos nativos con lanzas arrojadizas! —avisó Brendan, el humano rubio que estaba detrás de Draider, el Drakónido que sujetaba el escudo y la daga en posición defensiva. Ocupaban el lado izquierdo de la formación.

Cordelius, el enorme Kapro, estaba en medio también con escudo y daga y Evelyn, la Fatum tras él. Sangraba de una herida fea en la mano derecha. Parecía que una jabalina se la había perforado.

En el lado derecho Lara, la pantera negra, aguantaba con escudo y daga y a su espalda se refugiaba Elsa, la Escarlatum, que tenía una jabalina clavada en el muslo.

De pronto varias jabalinas sobrevolaron a la Escuadra Ardiente y cayeron sobre la Ígnea.

—¡Escudos! —advirtió Taika.

Las jabalinas salieron rebotadas.

—Aquí atrás no podemos pelear —dijo Aiden.

—Tiene razón. Nos colocaremos como ellos, a su izquierda —comandó Taika—. ¡Cambiamos formación!

Se pusieron los chicos delante y las chicas detrás. Maniobraron y se situaron junto a la otra escuadra. Ahora formaban dos filas de seis.

Los enemigos estaban sobre una pequeña loma helada, eran más y tenían la ventaja de la

altura.

—¿Qué proponéis? —preguntó Brendan.

—Avancemos todos en formación cerrada con escudos arriba hasta llegar hasta ellos —dijo Taika.

—Tenemos dos heridos —respondió Brendan.

—Si no acabamos con el enemigo no podremos atenderles —dijo Aiden.

—Tiene razón —se unió Taika—. Nos irán mermando con sus jabalinas.

Brendan lo pensó y asintió.

—¡Todos a una, avanzamos, escudos al frente! —dio la orden Brendan.

Avanzaron en perfecta formación como habían entrenado cada mañana delante de su líder.

Los nativos lanzaron las jabalinas, pero los escudos que llevaban al frente o sobre la cabeza las rechazaron. Llegaron hasta la base de la loma y los nativos cambiaron de táctica al verlos tan cerca. Bajaron corriendo con jabalinas y cuchillos en las manos y se lanzaron sobre ellos.

La primera línea aguantó el embate y Aiden, Ivo, Taika, Draider, Cordelius y Lara rechazaron a los atacantes con sus escudos manteniendo la formación.

—¡Segunda línea, ataques elementales! —comandó Brendan.

Nahia, Dafne, Lily y Brendan crearon bolas elementales. Evelin no podía lanzar y cubría con su escudo a Elsa, que se había derrumbado en el suelo. Lanzaron las bolas librando las cabezas de sus compañeros. Fuego, hielo, luz cegadora y más fuego los alcanzaron. Se escucharon gritos de dolor y varios cayeron muertos o heridos. Los escudos salvaron a los de la primera línea de algunas explosiones demasiado cercanas.

—¡Armas elementales! —dijo Nahia a Brendan.

—¡De acuerdo!

Nahia y Brendan se concentraron y comenzaron a aplicar una capa de fuego a los escudos de sus compañeros. Un momento más tarde los seis escudos ardían por la parte exterior. Los atacantes se sorprendieron al verlo, pero siguieron atacando con jabalina y cuchillo. Ivo y Cordelius no tenían problema pues eran más fuertes que los nativos. El resto luchaba por su vida.

—¡Más armas elementales! —dijo Nahia a Brendan y comenzaron a prender fuego a los filos de las dagas. Esto ayudaría a sus compañeros.

Los enemigos, al ver las armas y escudos de fuego y que no podían romper la primera línea de la formación, se detuvieron y atacaron por los flancos rodeando la formación por derecha e izquierda.

—¡Cubrid los flancos! —exclamó Taika.

Nahia vio que un enemigo aparecía a su izquierda y no lo pensó dos veces. Llamó a su dragón interior y cogiendo energía invocó Aliento Elemental. De su boca salió una llamarada tremenda que alcanzó de pleno al nativo que avanzaba a clavarle el cuchillo. Murió incinerado en un instante.

En el lado derecho Brendan protegía a las dos heridas e hizo lo mismo. Usó su aliento de fuego. Lily fue a ayudar y utilizó su aliento de hielo en otro de los atacantes. Dafne se quedó con Nahia y la ayudó cegando al siguiente enemigo. La batalla duró un poco más, hasta que los últimos atacantes cayeron abrasados o congelados en su intento de romper la formación defensiva.

—¡Enemigo derrotado! —llamó Brendan.

—¡Victoria gloriosa! —exclamó Aiden emocionado.

—Cordelius, Ivo, subid a la loma y decidnos si veis más enemigos —dijo Taika.

Nahia se acercó a las dos heridas.

—Hay que hacerle un torniquete —dijo y dejando su macuto en el suelo lo abrió y sacó un pequeño saco con algunas medicinas que les habían dado por si eran heridos.

No era mucho, aguja e hilo de suturar heridas, un ungüento desinfectante, otro para cicatrizar y hierbas contra la fiebre.

—¡No hay enemigos a la vista! —llegó la confirmación de Cordelius.

—Pensaba que el acero no atravesaría nuestras escamas de dragón —dijo Dafne observando cómo Nahia trataba la herida.

—El filo ha entrado entres dos escamas… hay bastante espacio entre unas y otras… y es tela —dijo Elsa aguantando el dolor.

Dafne miró sus pantalones y se dio cuenta de que Elsa tenía razón.

—Y no usamos guantes para tener mejor dominio de la magia —dijo Evelin, cuya mano sangraba mucho.

Nahia las curó haciendo uso de sus conocimientos de curandera. Todos quedaron muy impresionados y tuvo que explicar que esa era su antigua profesión.

—Me alegra tener una curandera tan buena en la escuadra —dijo Taika.

—Y en nuestro escuadrón —dijo Brendan y sonrió.

—Me alegro de poder ayudar. Hubiese preferido ser curandera que Bruja de Dragón, pero es lo que ha tocado.

—La vida que nos espera es misteriosa en su complejidad —comentó Ivo, que ya había bajado de la loma.

Todos le miraron con expresiones de que no le entendían, pero a él no le importó.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Nahia a Brendan cuando terminó de curar a las dos heridas.

—Esperaremos aquí al líder. No podemos moverla —dijo Brendan señalando a Elsa.

—Podríais llevarlas ya a la perla —sugirió Nahia.

Brendan puso gesto de que no le gustaba la idea.

—Puede interpretarse como debilidad… Esperaremos al líder antes de retroceder. Esas son sus órdenes.

Nahia suspiró. Entendía el por qué, pero no le gustaba.

—De acuerdo, nosotros seguimos hasta el sur —dijo Taika.

Se despidieron y la Escuadra Ígnea siguió hacia la parte sur del gran glaciar. Les llevó un buen rato rodearlo y llegar por fin a la zona que tenían que investigar. La recorrieron en silencio y atentos. Llegaron hasta otro glaciar más pequeño y totalmente azul de gran belleza y se detuvieron a una distancia prudente. Ya habían tenido dos encuentros desagradables en aquel lugar de hielo y escarcha y no querían un tercero. Ni siquiera Aiden hizo ademán de ir a explorarlo.

Por desgracia, sus deseos no se cumplieron. Un grupo de una docena de nativos surgió del

interior. Aquella zona estaba llena de nativos en todas las direcciones, por lo que parecía.

—¡En formación! —llamó Taika y todos se colocaron con rapidez.

—Esos son diferentes… más raros… —comentó Dafne viendo que la docena de nativos se acercaba.

—Sí… no me gusta… —dijo Nahia, que se fijó en que tenían un aspecto de lo más extraño.

Eran de piel azulada con el cuello y los brazos de un blanco cristalino, como si la nieve se hubiera cristalizado sobre su piel. El rostro era similar al de los humanos, con ojos de un azul muy intenso. Llevaban la cabeza afeitada y en ella se apreciaban tatuajes blancos con extrañas runas. Vestían pieles de foca y collares de huesos. En las manos llevaban cayados y no se les apreciaba más armas. No eran ni altos ni fuertes y sin embargo emanaban poder.

De pronto, a unos cien pasos se detuvieron. Los observaban con detalle, estudiándolos. Uno de ellos se adelantó y les habló en su idioma, pero no lo entendieron. Los señaló y luego al glaciar a sus espaldas.

—Creo que nos pregunta si venimos del glaciar —dedujo Nahia.

—¿Qué le decimos? —Lili miró a sus compañeros para ver qué opinaban.

—Al enemigo hay que confundirlo. Le diremos que no —opinó Aiden.

—¿No será mejor decir la verdad y evitar otro conflicto? —propuso Dafne.

—La verdad es siempre el mejor camino —ofreció Ivo.

—Ambas respuestas pueden funcionar bien o mal —se encogió de hombros Taika.

—Vale, le digo que sí a ver si hay suerte —Nahia miró al líder de los nativos de hielo y asintió varias veces.

El líder nativo se retiró con los otros y de pronto comenzaron a mover sus cayados y entonar algún tipo de plegaria en su idioma.

—¿Qué hacen? —Nahia estaba confundida.

—Nos cantan una canción, ¡qué majos! —dijo Lily.

—Eso no es una canción —dijo Ivo—. Eso es magia.

Todos miraron al Tauruk.

—¿Magia? —Nahia miró hacia los nativos y empezó a sentir que se le ponía la carne de gallina—. Es magia, seguro —asintió.

—¿Buena o mala? —quiso saber Aiden, que ya sacaba su daga.

—Lo sabremos en un momento —dijo Taika.

Alrededor de ellos comenzó a formarse una neblina baja que parecía salir del suelo helado. Era de un color azul claro, bonito. La neblina se fue haciendo más espesa y cubrió toda el área a su alrededor.

—¿Qué es esto? —Nahia comenzó a notar una sensación de peligro.

—No parece hacer nada, ¿no? —dijo Aiden.

—No es natural, no me gusta —opinó Ivo.

De pronto los ojos de Lily se pusieron del mismo color que la neblina. Sin decir una palabra, sacó su daga se acercó a Taika, que la miraba extrañado, y le lanzó una estocada al estómago. Taika reaccionó y desvió la daga con su antebrazo en un movimiento defensivo casi instintivo.

—¿Pero qué…? —Aiden reaccionó y le cogió el brazo de la daga a Lily, que se volvió hacia Aiden y abrió la boca.

—¡Cuidado Aiden, Aliento Helado! —avisó Nahia.

Aiden abrió mucho los ojos y se tiró a un lado. Lily lanzó el aliento y no le alcanzó por un pelo.

—¡Ivo, hay que noquearla! —dijo Nahia.

El Tauruk avanzó y antes de que Lily atacara le dio un golpe en la cabeza. Cayó al suelo sin sentido.

—¡Es esta neblina, hay que salir de aquí! —dijo Nahia.

—¿Atacamos? —preguntó Aiden.

Dafne soltó su aliento de luz y cegó a Aiden. Nahia la miró y vio que Dafne también tenía los ojos azules.

—¡Ivo, rápido!

No hizo falta, Taika golpeó en la nuca a Dafne y cayó sin sentido.

«Salid del área de acción del conjuro. Son magos. Nunca acercarse a menos de doscientos pasos de un mago. Regresad a la perla. Yo me encargo de ellos» llegó el mensaje de su líder, que apareció volando sobre ellos.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Nahia.

Ivo se echó al hombro a Lily, Taika hizo lo propio con Dafne y Nahia agarró de la mano a Aiden para guiarlo porque estaba ciego.

Corrieron hacia el glaciar mientras su líder enviaba una llamarada terrible sobre la docena de magos. Nahia miró hacia atrás y pensó que su líder los habría incinerado a todos.

Se equivocó, seguían en pie. Habían aguantado el aliento de fuego del dragón. ¿Cómo era eso posible? Los vio correr y retirarse a la carrera hacia su glaciar. Irakas-Gorri-Gaizt dio otra pasada y volvió a atacar con su aliento de fuego. Dos cayeron muertos, pero el resto soportaron el ataque elemental. Eso dejó a Nahia atónita.

Capítulo 51

Al llegar al glaciar no se pararon y continuaron hacia al interior. Había una entrada similar a la de la cara norte. La atravesaron y siguieron corriendo. Vieron una enorme araña albina, uno de los vigilantes de aquel lugar, pero los dejó pasar. Nahia imaginó que Irakas-Gorri-Gaizt tenía permiso para entrar.

Llegaron a la perla y vieron que no había nadie allí.

Dejaron a Nilsa y Dafne en el suelo y Nahia las examinó. Estaban bien, pero habían perdido el sentido. Sacó del macuto el odre de agua y les mojó la cara. Las dos volvieron en sí enseguida. Sus ojos no estaban azules. Nahia resopló.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lily. Le dolía la cabeza.

—¿Me ha pegado alguien en la nuca? —preguntó Dafne masajeándose.

—No ha quedado más remedio… —se disculpó Ivo.

—Nos ibais a matar —dijo Taika.

—Yo sigo ciego —dijo Aiden.

—Contra eso no puedo hacer nada, se te pasará en un rato —dijo Nahia, que miró a Dafne y le preguntó con la cabeza.

Esta se encogió de hombros.

—Más vale o Dafne se va a enterar.

Dafne miró a Nahia y le hizo un gesto preguntando si había sido ella. Nahia asintió y Dafne sonrió.

De pronto vieron a un mago nativo en la distancia. Llegaba con otros. La perla los tapaba y no los habían descubierto todavía.

—¡Más magos! —Nahia miraba alrededor.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ivo.

—Mejor no enfrentarnos a ellos —dijo Taika—. Su alcance es mayor que el nuestro.

—Entonces escondámonos. Hay cientos de cuevas aquí —propuso Lily.

—Buena idea —asintió Dafne.

—¡Vamos! —Nahia echó a correr con la perla a su espalda ocultando su presencia y se llevó a Aiden. Pasaron delante de una cueva, pero por alguna razón no le gustó. Llegó a la siguiente y esta sí le pareció bien. Se metió dentro llevándose consigo a Aiden y el resto le siguieron.

La cueva estaba muy oscura y era enorme. Nahia entró un poco más para apartarse de la entrada, aunque dudaba que los vieran desde fuera en aquella oscuridad. Luego lo pensó mejor y entró más adentro palpando la pared hasta no ver la entrada.

—Aquí, no se nos ve desde fuera —dijo a sus compañeros.

Se quedaron agazapados en silencio. Fuera escucharon pasos. Eran diferentes a los suyos, estos parecían arrastrar los pies sobre el suelo helado. Todos se mantuvieron en silencio.

Nahia llevó la mano a la daga y permaneció callada. De pronto aparecieron unos ojos felinos en medio de la oscuridad y se escuchó un gruñido.

—Una pantera —susurró Taika, que reconoció los ojos y el gruñido.

Un nuevo par de ojos aparecieron junto a los primeros y otro gruñido amenazante.

—Lobo, grande —reconoció Taika.

Las dos fieras no se movieron del sitio, pero volvió a oírse un gruñido y un rugido.

—Nos invitan a irnos… —susurró Taika—. Esta es su cueva, su territorio.

—No podemos salir —dijo Nahia.

Un tercer par de ojos aparecieron sobre los otros dos. Estos eran reptilianos y grandes. Esto sorprendió a todos.

—¿Dragón? —preguntó Ivo.

—No, pero es de la familia… —intuyó Taika.

—Esto se pone feo —opinó Lily.

De pronto Nahia sintió un filo helado sobre su garganta.

—Shhh… —susurró alguien en su oído.

Nahia se quedó callada y quieta como una estatua.

De súbito, frente a ellos se hizo una pequeña luz blanca que iluminó a todos.

Vieron una pantera de las nieves que los observaba preparada para atacar. Junto a ella había un lobo grande, ambos con tupidos pelajes de zonas invernales. Detrás de ellos había una criatura como la que no habían visto nunca. Era una mezcla entre un dragón y un gecko de escamas de color azulado que observaba con grandes ojos reptilianos y saltones.

Todos miraban a las tres criaturas frente a ellos y no notaron a la cuarta que tenía el cuchillo sobre el cuello de Nahia.

Taika se dio cuenta.

—Humano —avisó y se giró hacia Nahia.

Todos lo hicieron y vieron que un humano con capa y capucha blancas presionaba un cuchillo sobre el cuello de Nahia.

—¡No la mates! —pidió Lily.

—Tranquilo… —dijo Ivo y levantó una mano.

Nahia dejo caer su daga y levantó las manos al frente para que su atacante la viera.

Con la otra mano, el atacante indicó que tiraran las armas al suelo.

—Haced lo que dice —indicó Taika y todos dejaron sus dagas en el suelo frente a ellos.

«Yo Camu, Drakoniano Superior. Esta ser mi cueva. Vosotros marchar» llegó un mensaje mental a todos junto a un sentimiento de gran sueño y cansancio, como si aquel ser acabara de despertar de un letargo.

La pantera de las nieves gruñó y el gran lobo rugió mostrándoles los colmillos.

—Nosotros no queremos haceros daño —dijo Taika.

—No tenéis nada que temer de nosotros —dijo Ivo gesticulando con sus grandes manos.

Nahia no se atrevía a hablar con el cuchillo en su garganta. Miraba al Drakoniano y sintió que era una criatura con mucho poder.

«Lasgol y yo no entender vuestro idioma. Marchar ahora» envió y el sentimiento de agotamiento de la criatura les llegó con él.

De nuevo la pantera de las nieves y el lobo amenazaron con gruñidos y mostrando sus fauces. Les iban a saltar encima.

De pronto Nahia se dio cuenta de que conocía aquel nombre: Lasgol. Y lo recordó.

El miedo que sentía no le había permitido darse cuenta. Lasgol era el nombre que Egil le había dado. ¿Era aquello una coincidencia o era el destino que los guiaba? No lo sabía, pero tenía que asegurarse.

—Egil —dijo Nahia.

El Drakoniano clavó sus ojos en ella y el filo del cuchillo presionó menos sobre su garganta.

—Lasgol, Egil —dijo Nahia.

Sus compañeros no entendían qué estaba haciendo y la miraban con ojos perplejos.

—¿Egil? —preguntó una voz masculina a su oído.

—Egil Olafstone —dijo Nahia, que había memorizado el apellido del prisionero.

La presión del cuchillo desapareció de su garganta. El atacante la giró hacia él y le pudo ver la cara. Era de piel blanca con ojos azules y cabello rubio, de la misma edad que Egil. Llevaba un arco con flechas a la espalda e iba vestido por completo de blanco, con capa con capucha, como para camuflarse en la nieve.

—Lasgol —dijo y se señaló con el cuchillo.

Nahia asintió.

—Nahia —dijo ella.

—¿Egil? —preguntó Lasgol.

—Egil con Nahia —respondió ella y se señaló a sí misma.

Vio que el ser y el humano se miraban y tuvo la sensación de que se estaban comunicando. ¿Podía aquel humano enviar mensajes como los dragones?

«¿Dónde estar Egil? ¿Estar bien?» preguntó el Drakoniano y le llegó un sentimiento de gran preocupación.

Nahia asintió varias veces. Luego junto las manos cerradas con las muñecas hacia arriba.

«¿Prisionero?».

Nahia asintió.

«¿Dónde?».

—En Kraido. En academia Drakoros. Mazmorras.

De nuevo el humano y el Drakoniano se miraron. Estaban enviándose mensajes.

«Kraido mundo dragones. ¿Vosotros venir de allí?».

Nahia asintió.

«¿Gran portal abierto en Continente Renacido?».

Nahia volvió a asentir.

«Mucho malo» envió el Drakoniano junto a un sentimiento de gran pesar.

De pronto se oyeron pasos a la carrera fuera. Eran botas. Las escuadras Ardiente y Candente regresaban.

Nahia miró a Lasgol.

—Egil tú —dijo y señaló primero fuera, luego a ella y luego a Lasgol, intentando hacerle entender que Egil le había enviado a buscarlo.

Lasgol sonrió y asintió. Luego miró a la criatura y parecieron hablar.

«Tú decir a Egil nosotros rescatar».

Nahia abrió mucho los ojos y les hizo señas de que no, que era muy peligroso.

Lasgol sacó una de las flechas de su carcaj, la partió y puso la punta en la palma de la mano de Nahia, luego la cerró con su mano.

—Egil —dijo.

Nahia entendió y asintió.

Un rugido enorme sonó en el exterior. Llegaba Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia señaló hacia fuera con urgencia.

«Dragón poderoso. Yo sentir. Vosotros ir» dijo la criatura llamada Camu.

Lasgol hizo un gesto de que marcharan.

Nahia marchó y con ella el resto. Salieron de la cueva y encontraron a las dos escuadras aguardando. La Escuadra Candente tenía también dos heridos. Irakas-Gorri-Gaizt regresaba de dar una última pasada. Nahia dedujo que habría matado a los magos nativos, o quizá estos se habrían escondido como ellos.

«Marchamos. Esta zona está llena de nativos agresivos, algunos con magia. Es una zona peligrosa. Debemos reportar», envió y descendió sobre la perla. Un momento después abría el portal.

«Entrad. Regresamos».

Las tres escuadras se subieron a la perla ayudando a los heridos y entraron.

Salieron en la perla del Continente Renacido. Las tres escuadras cayeron agazapadas y se levantaron. Los Escuadrones Negro y Cristalino ya estaban allí con sus líderes con un par de heridos.

«Formad conmigo» ordenó Irakas-Gorri-Gaizt y se apartaron de la perla. Nahia quería decirle que tenían que llevar a Elsa al campamento de guerra para que la atendieran, pero no podía dirigirse al dragón. Estaba segura de que ya se había percatado de que tenían dos heridos que necesitaban atención, pero no le importaba.

Llegó el Escuadrón Blanco y Nahia miró a Logan, parecía intacto. Se movió y no vio ninguna herida en él. Suspiró muy aliviada. Logan la vio y la miró por un momento, como asegurándose de que ella también estaba bien. Saludó con la cabeza y corrió a formar ante su líder.

Continuaron llegando los escuadrones. El azul venía sin ningún herido y Nahia se alegró en el alma de que Ana estuviera bien. Ella sonrió y saludó con una inclinación de cabeza. Nahia resopló muy aliviada.

Finalmente llegó el marrón con Maika y de inmediato Nahia vio que algo no iba bien. Dos personas quedaron tendidas en el suelo y otras dos no podían ponerse de pie por las heridas. El corazón de Nahia dio un vuelco, una de las que no se levantaba era Maika. Sus compañeros de escuadra la arrastraron junto a su líder. Nahia vio a Nielse arrodillado junto a Maika, le estaba intentando reanimar el corazón mientras otro le insuflaba aire en la boca.

—¡Maika, no! —exclamó Nahia y corrió a su lado.

«¡Quieta en tu puesto! ¡Mantén la formación!» llegó el mensaje de Irakas-Gorri-Gaizt.

Nahia lo ignoró y llegó hasta Maika. Estaba morada.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó con el corazón que se le salía de la angustia.

—Indígenas de la selva con cerbatanas y dardos envenenados —dijo Nielse.

Nahia vio la mano derecha de Maika muy hinchada, la cogió y le dio la vuelta. Tenía dos punzadas claras. Dos dardos la habían alcanzado. Sacó su daga y le hizo dos cortes transversales sobre las heridas. Se llevó la mano de Maika a la boca y comenzó a chupar para extraer el veneno, era lo único que se podía hacer. La situación era similar a una picadura de serpiente venenosa. Al pensarlo se angustió todavía más. Los venenos solían ser mortales la mayoría de las veces. Chupó y escupió.

—¡Antídoto! ¡Traedme un antídoto! —gritó mirando a todos.

Ana y Logan estaban con ella.

—¿Quién tiene un antídoto? —preguntó Logan.

—¡Un antídoto, por favor! —pidió Ana.

Pero allí no estaban más que ellos, no había ningún curandero. Logan revisó su macuto y buscó entre la pequeña bolsa de medicinas por si había algún antídoto. No lo había.

Maika abrió de pronto los ojos.

—Maika, aguanta —dijo Nahia.

Maika la miró y tosió. Salió sangre.

—Lucha… por la libertad… —susurró con un hilo de voz.

—Lo haremos juntas, aguanta—dijo Nahia, que seguía intentando extraerle el veneno.

Maika comenzó a convulsionar y un momento después, murió.

—¡Noooooooooo! ¡Maika! ¡Noooooo! —clamó Nahia.

—Se ha ido —dijo Nielse con la cabeza baja.

Ana lloraba desconsolada. Logan, de rodillas, negaba con la cabeza y con los ojos húmedos.

Nahia miró el rostro morado e hinchado de su amiga y la rabia le llenó el alma. Señaló a su líder.

—¡Habéis sido vosotros! ¡Vosotros la habéis matado! ¡Malditos!

«Cuidado con lo que dices, humana, o tu destino será el mismo que el de ella» respondió.

Nahia, fuera de sí, fue a responder al dragón, a decirle todo lo que pensaba de ellos con toda la rabia de su ser, pero Logan le tapó la boca con su mano.

Nahia se resistió e intentó librarse para poder acusar a aquellos malditos dragones sin alma ni escrúpulos con todo su ser.

Sintió que Logan le hacía algo en el cuello y todo se volvió negro. Perdió el sentido.

Capítulo 52

Tres días más tarde Nahia formaba con su escuadrón frente al castillo. Era el día de la Graduación. Ella tenía el corazón roto por la muerte de Maika, que además no había sido la única baja de la prueba, dos más habían muerto y varios resultaron heridos. Por tres días Nahia había llorado de pena y rabia maldiciendo a los dragones y a sus oscuros y retorcidos corazones. Sin embargo, formando aquel día se había dado cuenta de algo: había sobrevivido al primer año de instrucción. Se graduaba y seguía viva, había conseguido lo que se había propuesto cuando llegaron a aquel lugar.

Miró a Logan, que formaba con su escuadra, y esperó a que él la mirara. Sabía que finalmente lo haría y no se equivocó. Logan la miró un instante y ella le hizo un gesto con la cabeza. Él le devolvió el gesto. Miró luego a Ana. Ella también la miró y sonrió. Nahia sonrió de vuelta. Otro pensamiento positivo le asaltó. No solo había sobrevivido, había aprendido a luchar, a usar su magia elemental y estaba en muy buena forma física, algo impensable cuando vivía con su abuela. Los dragones pagarían el haberle enseñado todo eso y haberla convertido en una Bruja de Dragón. Lo pagarían muy caro. Ahora veía clara su meta. Debía convertirse en una poderosa Bruja no para luchar por los dragones en lejanos mundos, sino para luchar contra ellos y derrotarlos.

—Lo pagarán —murmuró entre dientes.

Dafne y Lily la miraron preocupadas. Ella sonrió. Estaba bien, ahora tenía un propósito claro: luchar por la libertad como Maika le había pedido con su último aliento y vengar su muerte

El coronel Lehen-Gorri-Gogor rugió. Estaba frente a las puertas del castillo y junto a él estaba el comandante Bigaen-Zuri-Indar.

«Hoy es un día glorioso. Hoy los de primer año que han finalizado el curso con vida se gradúan. Es un día de gloria y honor. Los que formáis hoy frente a mí habéis logrado completar la formación de primer año y os graduáis. Debéis sentiros orgullosos y honrados, pues otros no lo han conseguido. No solo eso, muchos más no tienen ni siquiera la oportunidad pues no son de la sangre de los dragones. Hoy es un día de celebración y honor» envió Lehen-Gorri-Gogor.

«Honrad a los de primero» ordenó Bigaen-Zuri-Indar.

Los alumnos de segundo y tercero que estaban formando detrás de ellos con sus líderes de escuadrón lanzaron vítores al cielo.

—¡Sangre y gloria!

—¡Conquista y poder!

«Procederemos a la entrega de insignias» anunció Bigaen-Zuri-Indar.

Cuando Nahia pensaba que nada más del mundo de los dragones podría sorprenderla, vio algo que la obligó a frotarse los ojos para asegurarse de que no veía mal. Del cielo descendieron seis poderosos dragones, uno de cada color elemental. Pero eso no era lo que la dejó sin habla, sino que llevaban jinete. Los miró anonadada y se dio cuenta de que los montaban un humano, un Tauruk, un Drakónido, un Fatum, un Escarlatum, y un Felidae vestidos con pesada armadura, portando un gran escudo en una mano y una larga lanza en la otra. Tomaron tierra en mitad de la

gran plaza, bajaron de los dragones con enorme agilidad y se dirigieron hasta los seis líderes. Llevaban unos cofres de plata.

Se situaron junto al estandarte de cada escuadrón mirando al grupo con su espalda al líder.

«Un día, los mejores de entre vosotros quizá lleguéis a ser como ellos. Son Jinetes de Dragón, un honor como ningún otro solo reservado a los mejores entre los mejores» envió el coronel.

Nahia se quedó pensando en por qué permitirían los dragones que los montaran. No tenía sentido. Eran criaturas poderosas y despiadadas que los odiaban por débiles. ¿Por qué había unos cuantos de entre los esclavos que podían montarlos? ¿Qué razón había detrás de aquello? No sabía qué era, pero sería importante. Tenía que averiguarlo.

«Entrega de insignia de graduación» anunció Bigaen-Zuri-Indar.

Los líderes llamaron uno por uno a cada miembro del escuadrón y el jinete le entregó a cada uno una insignia de plata que tenía un dragón grabado y el número uno. Nahia cogió el suyo sin mirar ni de reojo a Irakas-Gorri-Gaizt, no quería arriesgarse a enfurecerlo y que la matara allí mismo. Sabía que lo quería hacer porque la había desobedecido delante de los otros líderes en la misión. Volvió a su posición y bajó la cabeza.

Cuando los jinetes terminaron de entregar las insignias cerraron los cofres, volvieron a donde aguardaban sus dragones y se subieron de nuevo a ellos. Un momento más tarde echaban a volar. Nahia no concebía lo que veía.

«Felicidades a todos los que os habéis graduado. En el segundo año de formación os esperan cosas de lo más interesantes. Aprenderéis el uso de la espada, descubriréis vuestra Marca de Talento y una nueva afinidad marcial, aprenderéis el uso de la magia mental, descubriréis nuevos ataques elementales y tendremos competiciones entre escuadrones y más sorpresas que prefiero no revelar ahora. Será un año para recordar. Ahora marchad y disfrutad de una semana de descanso» envió Lehen-Gorri-Gogor.

Los de segundo y tercero volvieron a gritar vítores en su honor.

—¡Sangre y gloria!

—¡Conquista y poder!

Entre esos gritos se retiraron en formación y se dirigieron a los barracones.

Al atardecer Nahia se dirigía a las mazmorras a cumplir con su castigo. Irakas-Gorri-Gaizt la había vuelto a castigar por lo sucedido con la muerte de Maika. Según iba hacia allí se cruzó con Logan.

—¿Mazmorras? —preguntó el.

—¿Reconstrucción de muralla norte? —preguntó ella.

Logan asintió y puso cara de resignación. Nahia le sonrió.

—Ana está de camino a las cocinas a labores de limpieza.

—Nos han castigado a los tres, es lógico —se encogió de hombros Logan.

—Quería darte la gracias por haberme… salvado —Nahia le estaba muy agradecida.

—Yo creo que le salvé a él —dijo Logan y sonrió, algo muy raro en él.

—Sí, de un montón de insultos que le iba a soltar.

—Que podían haberse convertido en Aliento Elemental.

Nahia sonrió.

—Gracias, de verdad.

—No hay de qué —dijo él bajando la cabeza.

—No sé cómo lo hiciste, ya me enseñarás lo del cuello.

—Sin problema, en el gimnasio —dijo y miró hacia arriba.

Había un dragón de vigilancia en una atalaya que los observaba.

—Mejor que vayamos a nuestros respectivos castigos —dijo Nahia.

—Sí, mejor.

Se giraron para partir a sus respectivas sanciones.

—Logan…

Él se volvió.

—Hemos sobrevivido.

—Te dije que lo haríamos.

Nahia asintió.

—¿Sobreviviremos al segundo año?

—Lo haremos —dijo Logan con seguridad. Luego juntó las manos y le hizo la mariposa de la victoria.

El gesto le llegó al alma a Nahia. Le devolvió el saludo y se separaron.

Ya entrada la noche, Nahia descorrió la mirilla de la celda de Egil en las mazmorras.

—Egil —llamó.

El prisionero se levantó y fue hasta la puerta.

—Solo tengo un momento, Framus no me ha asignado esta sección.

Egil asintió.

—Yo Tremia —dijo.

—¿Bien? —preguntó Egil.

—Muy bien. Encontré a Lasgol.

—¿Lasgol? ¿Sí?

Nahia metió la mano por la mirilla y le dio la cabeza de flecha a Egil, que la cogió y la estudió.

—Flecha Guardabosques. Sí, Lasgol —dijo emocionado.

—También Camu.

—¿Camu? ¿Bien? —preguntó Egil muy afectado. Nahia no podía verlo por la máscara, pero lo oía en su tono.

—Sí, bien. Los dos bien —aseguró asintiendo.

Egil suspiró tan fuerte que se oyó a través de su máscara y de la puerta.

—Gracias… Gracias.

—Tú y yo luchar —dijo Nahia.

—¿Luchar?

—Por la libertad.

Egil asintió.
—Luchar. Por libertad.
Nahia le extendió la mano a través del mirador y Egil la tomó.
El pacto quedó cerrado y el destino de ambos mundos con él.

La aventura continua en el siguiente libro de la saga:

Poder Elemental (La senda de los dragones, Libro 2)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

La portada del libro 2 será revelada pronto.

Opinión:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Pedro.

Mientras esperas a la siguiente entrega te recomiendo otras tres series mías con las que está relacionada:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)

Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)

Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)

Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: https://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

[Poder Elemental (La senda de los dragones, Libro 2)]

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

La portada del libro 2 será revelada pronto.